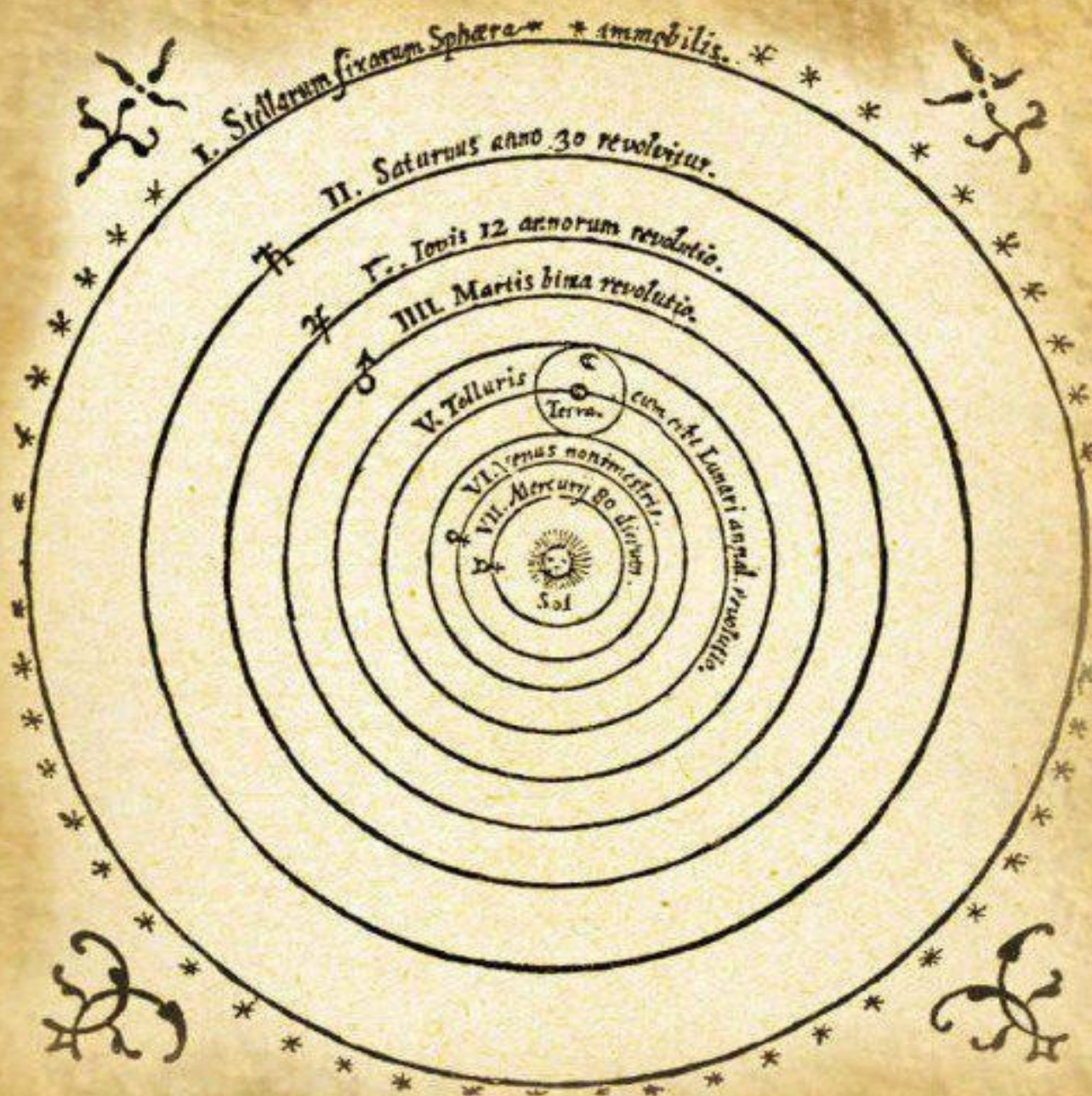


EL SECRETO DE COPÉRNICO



PABLO ROLA



Lectulandia

¿Qué tienen en común una antigua y desaparecida cultura ancestral de más de tres mil años, dos poemas premonitorios del siglo XVI y una teoría científica de casi quinientos años?

Ninguna de estas cuestiones poseía relevancia para el astrónomo David Soriente, quien se encontraba disfrutando de sus vacaciones en la costa Mediterránea cuando una inesperada llamada y un enigmático mensaje, le llevaría de vuelta hasta su ciudad de nacimiento en Francia. La aparición de un extraño hombre que intentaría acabar con su vida sin conocer los motivos y un sorprendente descubrimiento sobre su pasado, le llevarían sin desearlo a verse embarcado en la búsqueda de una antigua reliquia la víspera de Noche Vieja.

Una serie de pistas encriptadas en unos documentos prácticamente calcinados, y resueltas por un experto pero excéntrico matemático, le llevarían hasta una insospechada revelación que nunca hubiera querido conocer. ¿Sería posible que vivieran en la actualidad resquicios de tan vieja cultura? ¿Tendrán razón los poemas? ¿Qué secreto encierra el manuscrito de Copérnico?

Con la ayuda de su propio juicio intuitivo y el devenir de los acontecimientos, comenzaría a ser consciente de las respuestas a tan misteriosas preguntas y de su inmersión en una carrera contrarreloj por impedir un inevitable y siniestro desenlace que le deparaba el destino.

Una novela intrépida, cargada de elementos científicos e históricos, misticismo y cultura Maya. Una cuenta atrás trepidante, dinámica y con inesperados giros durante toda la trama, a la que añadir unos personajes con personalidad marcada, capaces de encontrar la complicidad o provocar el odio. Un emotivo recorrido y un inesperado final que asolará a los indefensos protagonistas.

Lectulandia

Pablo Rola

El secreto de Copérnico

ePub r1.0

XcUiDi 20.08.2019

Título original: *El secreto de Copérnico*
Pablo Rola, 2015

Editor digital: XcUiDi
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

El secreto de Copérnico

Reseña del Autor

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 77

Capítulo 78

Capítulo 79

Capítulo 80

Capítulo 81

Capítulo 82

Capítulo 83

Capítulo 84

Capítulo 85

Capítulo 86

Capítulo 87

Epílogo

Autor

Por y para mis padres...

A Yarezi...

“Saber que sabemos lo que sabemos y saber que no sabemos lo que no sabemos, ese es el verdadero conocimiento”

NICOLÁS COPÉRNICO

Reseña del Autor

Todas las referencias históricas, científicas, teóricas, culturales y gráficas son reales, para enriquecimiento del lector. Han sido desarrolladas en base a una exhaustiva búsqueda de información en diferentes fuentes, las cuales fueron procesadas personalmente para ser incluidas de forma adecuada en el manuscrito.

Los personajes y la trama son puramente creación del autor.

Prólogo

«¡David!»

«¿Dónde estará David?»

La doctora Simmons atravesó el umbral de la puerta como una exhalación, tratando encontrar el cobijo de la noche francesa. Sufría múltiples magulladuras en el cuerpo y sus piernas se hallaban enormemente mermadas tras subir el exiguo tramo de escaleras, pero interminable en aquel momento. Mientras tanto, diversos pensamientos se le arremolinaban en la cabeza.

«¿Qué hago ahora?. ¿Cómo salir de aquí?. ¿Estará bien David?...»

Comenzó a recorrer el angosto pasillo que le conducía hasta una gran terraza al aire libre. Podía sentir el frío de la losa caliza en sus desnudos pies, al mismo tiempo que luchaba por mantener el equilibrio ante el deslizante pavimento mojado.

Unas pocas horas atrás, se encontraba disfrutando de una buena taza de café caliente, acompañado de una de sus típicas novelas sobre la antigua cultura japonesa. Sentada bajo la protección de un sibilino manto de estrellas cuyo brillo parecía menguar, ahora parecían regodearse ante aquella situación, convertidas en expectantes y meras observadoras.

Ahora se veía en el borde de un muro que desde niña saltaba sin aparente esfuerzo, pero que en ese momento se hacía de una altura desmesurada. Su cuerpo cada vez más exhausto, tornaba próximo a desvanecerse. Su mente se debatía entre saltar y emprender la huida, o quedarse e intentar enfrentarse a la situación que le asolaba.

«No hay salida»

La angustia iba en aumento. La bruma y la desidia eran un constante fuego que ardía en su interior durante su intento por sofocarlo con la búsqueda de una solución. Una manera de mantener a salvo lo que realmente estaba protegiendo.

«No tiene sentido seguir huyendo»

Capaz de augurar su funesto destino, al menos así conseguiría tiempo. Un tiempo tan valioso como la razón que la movía. Como la espera en el inicio de

un nuevo crisol o la redención del abatido. Tiempo, solo un poco de tiempo... aunque no fuera para ella.

Durante todos sus años demostró ser una mujer valiente, y esa noche no iba a cambiar la historia. No cuando más se la necesitaba. No cuando debía enfrentarse a una sombra que acechaba largo tiempo atrás. Aunque ello le costara la vida.

Armándose de un coraje, en ocasiones inusitado hasta para ella, viraba rápidamente sobre su cuerpo y emprendía el regreso hacia aquella puerta por la que escasos segundos antes, saliera a gran velocidad. En su camino se hizo con uno de los troncos de madera que usaba para alimentar el fuego de la chimenea los días de intenso frío, los cuales se encontraban perfectamente apilados en una esquina de la terraza. Como si de una leona que espera a su presa, se escondió cuidadosamente con sigilo tras la puerta entornada de aquel minúsculo solarío. Con sumo cuidado, se posicionó con aquel listón de madera llevándoselo hasta la parte posterior de la nuca, para poder conseguir mayor fuerza de impulso al dejarlo caer en el momento del golpe. Tras interminables escasos segundos de angustiosa espera, apareció rebasando el límite de la puerta un hombre encapuchado que portaba un impecable traje, camisa y corbata tan negros como la oscuridad de la noche. Aparentaba querer fundirse con ella para lograr pasar desapercibido, siendo tachado como una sombra más.

En cuanto la doctora Simmons lo veía cruzar la puerta, daba un paso hacia delante y lo golpeó en la cabeza con todas las fuerzas que le restaban. Su rostro reflejaba la inherente rabia depositada en aquel certero golpe, procurando no perder de vista como el desconocido se desplomaba en su presencia hasta que su cuerpo se desmoronó contra el empapado suelo, salpicando gotas de agua helada sobre la doctora.

«¿Estará muerto?»

Aquel hombre yacía envuelto en un charco de sangre nacido desde la zona occipital de la cabeza, terminando por mezclarse con el agua de lluvia que desembocaba en el albañal utilizado para drenar la suciedad de la terraza.

No sabía si estaría muerto o no, pero si existía alguna certeza en dicho atípico momento, es que no podía arriesgarse a que no fuera así.

Como pudo volvió a elevar el listón de madera manchado en sangre, que en ese momento ya pesaba como el plomo o el iridio, y se dispuso a asestar el golpe de gracia a aquel pérfido hombre. Sus piernas apenas podían mantenerse en pie y los brazos le ardían como si sus huesos estuvieran

envueltos en llamas. Aun así, la doctora elevó aquel trozo de madera y lo colocó detrás de su cabeza para volver a conseguir un mayor impulso.

—¡Debí acabar contigo hace mucho! —le espetaba al hombre de rostro desconocido.

La mujer evidenciaba el reconocimiento de quien se escondía bajo aquella envoltura de tela. Incapaz de enmascarar la cobardía bajo una capucha, tampoco podía definir el destino deparado por el verdugo. Final merecido desde largo tiempo en el pasado.

De improvisto, una fuerza extraña tiró hacia atrás de la doctora y la empujó sobre su espalda, hasta que ahora fue ella quien se golpeó la cabeza contra la pared de hormigón, para definitivamente desplomarse contra el suelo.

Acostada y aturdida, contemplaba el oscuro cielo, recordándole al sombrío océano cuando solía darse un baño nocturno en el disfrute de sus viajes a la costa. La desesperación se apoderó de ella y los pensamientos pesimistas comenzaban a aunarse para ganar la disputa a la esperanza. Cuando paulatinamente fue recuperando la conciencia, pudo distinguir otro hombre de idéntica vestimenta que caminaba hacia su posición. Su paso pausado pero firme, ya le hacía percatarse que nada bueno podría provenir de esa siniestra situación.

Ese inesperado hombre, se acercó a comprobar el estado de su compañero, quien seguía sin moverse en el suelo. Al verificar su pulso activo, levantó a la doctora y la depositó sobre su espalda como si portara una marioneta, apresurándose a bajar el tramo de escaleras que los separaban de la sala principal de la casa. Con cuidado la colocó en una de las sillas bien avenidas, metió la mano en su chaqueta y extrajo de uno de sus bolsillos una cuerda totalmente blanca de nylon, disponiéndose a maniatar primero sus manos sobre el respaldo de la silla y a continuación sujetar sus pies en cada una de las patas de madera.

—¡Despierta, vamos!

El hombre de traje comenzó a golpearle en el rostro con cierta severidad con la palma de su mano derecha, no buscando hacerle daño pero sí para que se recuperase de su aturdimiento, pues en ese estado no resultaba de ayuda.

—¿Dónde lo tienes? —le preguntó—. ¡Contesta!

La doctora comenzó a recobrar la conciencia y pudo advertir a un hombre en cuclillas delante de ella. Carente de apariencia o semblante. Sin rostro.

—¿Dónde está escondido? —insistía aumentando el tono—. No agotes mi paciencia y mi tiempo.

En ese momento sintió como si un tren se estrellara contra su cara, padeciendo un tremendo dolor como nunca había sentido. Cuando acertó a divisar de qué se trataba, pudo distinguir a otro hombre con una gran mancha roja sobre su cabeza, que le arrastraba por la cara hasta llegar al traje. Pese a la penetrante oscuridad, podía distinguirse con claridad la complexión de aquel hombre al que tumbó con anterioridad y que ahora pretendería atormentarla todo lo posible por ello.

—¡Eh! ¡Tranquilo! —le espetó su compañero.

Con el impetuoso golpe, su larga melena azabache se posaba sobre su rostro, impidiendo ver sus delicados ojos del color de la miel más pura. Los mismos que iban presentando las secuelas de tanta furia, junto con un ligero desgarró en la comisura de su labio inferior.

—¿Tú no necesitas ocultarte, verdad? —le preguntó la doctora con grandes problemas para articular palabra.

Comprobó como uno de ellos cubría su rostro con una especie de máscara, mientras el otro no parecía tener intenciones de permanecer camuflado ante ella.

—Quiero que recuerdes esta cara. ¡Será la última que tengas la fortuna de acertar a ver! —le replicó aquel más que conocido hombre.

Sin más preámbulos, introdujo su mano derecha en el interior de la chaqueta y extrajo una pistola Sig Sauer de 9mm totalmente negra, poniendo el cañón del arma en su cabeza y volviéndole a alzar la voz con mayor agresividad.

—¡¡¡Dime dónde!!! Podemos encontrarlo con o sin tu ayuda —le volvía a gritar con vehemencia.

Podía notarse como el hombre estaba cada vez más histérico. Alejado de toda benevolencia. Su respiración jadeante y sus balbuceos cada vez eran más lejanos para la doctora, que lejos de amedrentarse con tanta intimidación, ahondaba a cada segundo en sus pensamientos.

La soga impedía cualquier posibilidad de movimiento de la mujer. Se limitaba a entrelazar los dedos de sus manos en su espalda, mientras un hilo de sangre recorría uno de sus orificios nasales, haciéndole probar el amargo sabor de su propia sangre al caer en sus labios.

La doctora aparentaba ser consciente del final que le aguardaba. Tenía miedo, por supuesto, aunque no por ella. Era consciente de que este día llegaría en algún momento, pero podría sentirse aliviada pues ya finalizó su

trabajo. En su pensamiento solo conservaba cabida para una cosa. Una única imagen soliviantaba sus temores, una única razón que ante el terrible final que le asolaba era capaz de darle toda la tranquilidad y la paz posible.

—¿No piensas decir nada? Siempre igual verdad... —Manifestó el hombre trajeado con una voz que ya colmaba su paciencia.

La doctora Simmons recogió las pocas fuerzas que le quedaban y con una cálida y dulce voz, pronunció la que a la postre podían ser sus últimas palabras.

—¡La lumière est un trésor qui guide ceux qui ne voient pas!

Tras eso, un ligero sonido, y al final... oscuridad.

Capítulo 1

La “Rue du General Leclerc” de la pequeña ciudad de Meaux, se encontraba repleta de viandantes que no cesaban su constante tránsito a pesar de la intensa lluvia que caía de un cielo completamente lúgubre. Cerrado al mínimo atisbo de luz.

En ese momento, se podía distinguir a un niño que permanecía inmóvil delante de la cristalera de una pequeña farmacia con tonos blancos y marrones oscuros. Tenía la mirada perdida y lágrimas que caían de sus ojos, pudiéndose distinguir de las que desprendía el cielo.

No hacía más que mirar al horizonte con ojos alterados, como si esperara algo o a alguien.

—¿Qué haces aquí tan solo? —le preguntó la dueña de la tienda, postrada en su puerta de entrada.

—¡Espero! —contestó este.

—¿Y a quien esperas pequeño? —replicó.

—(...) —no esbozó palabra alguna.

La mujer no pudo evitar sentirse desconcertada ante la extraña actitud de un niño que no superaría los diez años de edad, encontrándose solo en mitad de la calle más importante de la ciudad y sufriendo las inclemencias del tiempo con más penuria que ayuda, al parecer.

Vestía con pantalón largo color blanco. Sin precisar la vista, alguna talla mayor que la suya, y una camiseta exactamente del mismo color, que hacía pensar a la mujer que aquel niño estuviera desamparado y sin familia.

Preocupada por ver al pequeño tan solo y desorientado, avanzó hasta quedarse a su lado y le preguntó.

—¿Cómo te llamas?

El niño miró a la dependienta, como si de un anciano que portase el peso de sus largos años pegado a la espalda se tratase. Sin expresión alguna en su mirada, observó fijamente a esa mujer de mediana edad y pelo rubio, quien ya iba presentando ciertas canas, aunque cuya sonrisa impregnaba todo el entorno.

Cuando el niño alzó un poco más la mirada, pudo distinguir que la mujer iba uniformada con una bata blanca con las iniciales “D. S.”. Fue en ese momento cuando la expresión del niño cambió a autentico desconcierto.

—¿Cómo te llamas pequeño? —volvió a preguntar la mujer.

—Yo soy...

—Yo soy... —repetía el niño en voz baja.

En ese preciso momento y sin motivo aparente, aquel niño comenzó a correr despavorido por aquella arteria principal de la ciudad, siempre llena de vida. Dejaba atrás la imponente Catedral de Meaux que se alzaba gloriosa representando la ciudad, dirección al Este sin cesar de repetir idénticas palabras.

—Yo soy...

—Yo soy...

Colisionaba con carteles y maceteros expuestos en la calle, por doquier daba la impresión de no olvidar un viandante sin el roce de su pequeño cuerpo. Dejaba a su zaga una “Maison”, diversas tiendas de las cuales solo supo distinguir una “optizien” a su izquierda, y cuando volvió a alzar la vista giró con gran premura hacia su derecha, adentrándose en la pequeña y menos transitada “Rue du Grand Cerf”.

Pronto empezó a sufrir el peso de su ropa, debido a la intensa lluvia. Por el intenso dolor que sufría, los relámpagos aparentaban penetrar por sus pies recorriendo todo su cuerpo. Esto, debido a que no calzaba zapatos algunos. Corría descalzo por el pavimento mojado, notando en sus plantas el agua helada en cada paso que daba y aun así aceleraba ligero como el mismo viento que incesantemente intentaba frenarlo.

—Yo soy...

—Yo soy... —repetía una y otra vez corriendo hacia ninguna parte, sin dejar de mirar sus desnudos pies como el que siente el tacto del agua por primera vez.

Entre las borrosas visiones que se le aglutinaban en la mente, casi al final de la estrecha calle distinguió otra “Pharmacie”. Observó la puerta mientras seguía corriendo, cuando a su paso por la entrada pudo contemplar a la misma mujer que instantes antes le estaba hablando en la anterior farmacia que había dejado atrás. Su pelo dorado y algo canoso, ojos negros intensos como la noche, además de ciertas arrugas en su tez que no la hacían precisamente joven. La mujer también portaba una bata blanca con las iniciales “D. S.” y al contrario que la anterior, su cara de angustia era mayúscula.

En dicho instante, un gran destello de luz hizo girar su cabeza y cambiar su ángulo de visión, frenando en seco su carrera. Guiándolo como un faro guía un barco en la oscuridad de la noche para resguardarlo de todo peligro, solo que en ese momento, esa luz, era la de un camión que se dirigía a gran velocidad hacia él.

—Yo soy... —repitió una vez más, hasta que la luz pareció iluminar todo su ser...

—¡¡¡Nooooo!!!

El joven se irguió como un resorte de su mullida cama, bañado en sudor y con la respiración agitada. Las sábanas se encontraban enredadas entre sus pies, explicándose así el frío que acusó aquella noche.

—¡He vuelto a tener otra pesadilla!

No dejaba de ser habitual que le sucedieran esos episodios, pues lo cierto era que le ocurrían con gran frecuencia, aun siendo un hecho que en múltiples ocasiones preferiría omitir.

La mayoría de esos sueños no se inclinaban en tener nada en común, pero en otras ocasiones aparentaban relatar una historia relevante de su vida. Aun así algo era muy cierto, y es que eran tan reales como el sofoco con el que despertaba a la mañana siguiente. Cuando estos sucesos se prolongaban en el tiempo, lo mejor que podía hacer era tomarse unas vacaciones para aliviar el estrés acumulado por su trabajo. El inconveniente residía en que ya se encontraba en esos días de merecido descanso, por lo que intentó obviar cualquier relevancia sobre aquel episodio.

Elevaba su postura sintiendo el suave tacto de las sábanas que envolvían su cama, para posteriormente apoyar ambos pies desnudos en el frío suelo de madera. Tras acudir al baño para acicalarse ligeramente, secándose el sudor y mojándose la cara con agua caliente, abrió las cortinas de la sala principal que impedían penetrar la luz de un idílico amanecer, capaz de inundar toda la habitación. Se acercó al límite de la pequeña terraza que lo mantenía apartado de un vacío de tres pisos de altura, sintiendo el frío metal de la barandilla desconchada bajo sus manos.

El Otoño dejó paso al Invierno escasos días atrás, pero esto no era ningún inconveniente para la excelente temperatura que baña estas tierras la mayor parte del año, y ese momento no era diferente. A pesar de la estación invernal, los lugareños gozaban de un cálido amanecer y el viento soplaba con relativa fuerza. Algo que él adoraba. Exhaló el delicado aire matutino de la costa, cuya brisa acariciaba su frondoso pelo negro como hojas de un árbol movidas por el viento, observando con sus penetrantes ojos color miel, lo que ante él

se encontraba; el vasto Mar Mediterráneo y la costa de Cabo de Gata que tanto amaba y tanta paz le reportaba. Se encontraba en Almería.

«Tierra de adopción», como le gustaba definir.

El joven, amante de las nuevas experiencias y retos, que ambicionaba entender tanto dentro de su trabajo como en su tiempo libre, le encantaba pasar largas estancias en esas costas para relajarse y sentir la emoción de practicar su actividad favorita. Algo que aprovechaba con la mínima ocasión. Amante del deporte, necesitaba mantener en forma su cuerpo y sobre todo su mente, considerándola parte fundamental en un equilibrio óptimo. «Men sana, in corpore sano». Su condición atlética así se lo permitía.

Tras un rutinario copioso desayuno, que siempre comenzaba con un poco de café, acompañado por tostadas y cereales con algún jugo, observaba a través de internet las noticias de actualidad con las que se despertaba cada mañana el mundo. Nada solía cambiar por esa época; casos de corrupción política, situaciones de inestabilidad gubernamental en determinados países en conflicto, el resumen de algún partido de fútbol en actualidad,... todo dentro de lo corriente. Permaneció en su asiento ojeando su correo electrónico, verificando con alivio que no se reclamaba su atención en su adorado puesto de trabajo. Simplemente los únicos y monótonos mensajes día tras día.

«Publicidad, publicidad, publicidad,...»

A diario, su bandeja se encontraba atestada de correos basura, sin intención de molestarse en leer. Continuamente desempeñaban la misma e infructuosa acción, pues no tenía intención de cambiar el propietario de ninguna de sus facturas. Suficiente papeleo tuvo que llevar a cabo como para volver a iniciar los trámites. Llegó el momento en el que creía ser algún tipo de broma pesada o entramado de *marketing* de cierta multinacional que intentaba promocionarse como pudiera. Comenzaba a volverse extremadamente repetitivo el tener que acceder a aquellos singulares mensajes. Después de todo, sus pensamientos se centraban en disponerse a preparar todo el material necesario para poder practicar su gran pasión. Tabla, cometa, barra de dirección, neopreno, arnés, chaleco. Listo para un nuevo día de Kitesurf.

Ahí se encontraba, solo ante ese impetuoso y bravuconado mar. Mientras se ajustaba el neopreno no podía dejar de pensar en su idilio con el agua, con el mar, con el océano. Nunca olvidaría la sensación que tuvo la primera vez que lo vio, el primer tacto de la arena caliente sobre sus pies, la sensación del agua fluyendo a través de sus diminutos dedos cuyo frío recorría su cuerpo

como un rayo se adentra en un árbol. Cada piedra escondida entre la arena, cada pez huyendo del tacto de sus manos... esa paz.

Siempre comentaba a sus conocidos, que tras tantos años aún observaba embelesado aquella majestuosa extensión de agua salada. Sin pensar si existiría nada mejor en el mundo. Su cómplice. Su lujuria. Su compañera.

El Kitesurf le proporcionaba una vinculación perfecta capaz de fusionar la tranquilidad, con la adrenalina de sentirse una minúscula parte dentro de un enorme feudo enfurecido y hostil, tratando de salir victorioso de la disputa. En el agua no recuerdas problemas laborales ni sentimentales, no existen los infortunios más allá de la espuma varada en la orilla al romper una ola. Nada importa. Solo piensas en el siguiente movimiento, en la altura y la fuerza con la que golpeará la siguiente ola, en la posición de la cometa y en agarrarse a esa pequeña barra hecha con fibra de unos cincuenta centímetros, como si te agarraras a la vida.

Su rostro era fiel reflejo del esfuerzo y del brío en cada movimiento. Del afán por superarse a sí mismo, de la aflicción en cada caída, como del júbilo con cada éxito. Pese a tener unas líneas fáciles marcadas, acompañadas por un pronunciado mentón y una barba recortada, su apariencia solo era una insignificante fachada de timidez y vergüenza, que al sobrepasar encontrarías un espíritu repleto de armonía, tolerancia y cordialidad.

“Sus miedos eran el rocoso muro de piedra, que impedía su llegada a la completa madurez”.

Al salir del agua, escuchó su teléfono sonar. Tenía numerosas llamadas perdidas de un conocido número con quien precisamente no se esperaba hablar. La curiosidad por tanta insistencia fue lo que le llevó a devolver la llamada.

—¿Soriente? —Se escuchó la voz al otro lado del teléfono—. Soy Martín. ¿Cómo van esas vacaciones?

—¿Qué tal Martín? ¿Cómo estás?

—¡Bien, bien! Soportando excesivo calor —dijo con cierto agobio—. Discúlpame que te llame en vacaciones pero ha llegado una carta desde tu casa familiar. No sé sobre que tratará, pero el remitente procede de tu madre y es de envío urgente. Me pediste que tu correo llegara a mi oficina y como creo que esto puede ser importante he optado por avisarte más pronto que tarde.

Desilusionado y con cierto malestar por la interrupción, el joven se sentía totalmente perdido.

«¿Por qué no me habrá llamado directamente?», se preguntaba contrariado.

—¿Prefieres que la lea yo? Quizá no tenga importancia... —se ofreció con amabilidad.

—No, tranquilo —contestó ofreciendo una alternativa más salomónica para su conciencia.

Como hijo único y habiendo crecido sin su padre, era de aquellos retoños que sentían un vínculo especial con su figura materna. Dicha dependencia era inevitablemente un nexo de unión que hacía conocer cualquier pequeño rasgo de la persona entre ambos. Aquella carta debía entrañar un componente lo suficientemente importante como para no hablarlo por teléfono.

«Pero ¿Qué podría ser y por qué?»

—¡Mañana estaré allí! Pero Martín, ya te he dicho que odio que me llames por mi apellido —contestó entre risas mientras trataba de secarse con su toalla.

Por lo que el impetuoso colega se apresuró a responder tras una ruidosa carcajada.

—Muy bien, muy bien, pues hasta mañana David.

Capítulo 2

—¡Señor! Contacto establecido.

Apenas un segundo de silencio fue interrumpido por una nada desdeñable autoritaria voz.

—¡Pásamelo!

Un hombre atendía su teléfono móvil mientras abandonaba el *hall* de una deslumbrante sala llena de pictóricos cuadros al óleo, jarrones de porcelana y una gran variedad en maquetas de barcos y coches.

Esperando que le pasaran la llamada, comenzó a desprenderse de su americana hecha a medida, dejándola caer sobre el enorme sofá de piel natural blanca sudafricana. Con un movimiento de su mano izquierda, se desabrochó de sobremanera el nudo Windsor de su inmaculada corbata de seda a rayas, liberándose de la presión que ejercía sobre su prominente cuello.

Momentáneamente, posó el teléfono sobre una de las vitrinas que se encontraba repleta de enseres deportivos autografiados. Pelotas de *baseball* y camisetas enmarcadas de los Yankees, pastillas de *hockey* de los Rangers o un balón de los Knicks. Toda una colección que demostraba el afán coleccionista que emanaba aquel hombre, pese a una constitución que daba a entender una pasión por el deporte que no llegaba a la práctica.

Abrió una pequeña puerta insertada en esa misma vitrina y obtuvo un vaso ancho de cristal con una botella de *whisky* de intenso olor acaramelado. Tras servirse un trago, cogió un posavasos y dejó ambos sobre su mesa, para volver a atender a quien esperaba al otro lado de la línea telefónica.

—¡Señor! Todo parece listo para comenzar. ¿Desea emprender el plan previsto? —Se escuchaba una voz que transmitía cierta cobardía.

—¡Comienza el protocolo! No olvides mantenerme informado, pero no me incordies con necesidades.

Sin más palabras aquel hombre colgó el teléfono, dejándose vencer sobre su silla de cuero, tras un imponente escritorio tallado en madera de caoba. Tomó un sorbo del vaso de un pulcro transparente cristalino que tenía

preparado en su mesa, comenzando a contemplar la vista que ante él se discernía a través de su enorme cristalera.

—¡Me encanta Central Park!

Capítulo 3

Cuando la actividad en el corazón de Madrid comenzaba a menguar, un solitario hombre subía las escaleras del metro en Plaza de España con una pequeña mochila cargada a la espalda y portando otra maleta de pequeñas dimensiones, cuyo vaivén de las ruedas hacia que resultara de cierta dificultad su desplazamiento.

Su levita sucia, sus pantalones raidos y su profunda barba, mostraban el aspecto desaliñado de aquel individuo. Un hombre alto, con aspecto atlético, de ojos negros intimidatorios, cabello largo despeinado y unos carnosos labios que no se despegaban el uno del otro. Se podía atisbar que su juventud se le escapaba a causa de las arrugas, que con cierta dificultad se le podían distinguir por culpa de la falta de luz. Aun así su rostro mostraba un hombre enérgico y vivaz.

A su alrededor, aún se observaba a ciertos jóvenes sentados sobre el césped entre grandes carcajadas. Entretanto, el flujo del agua de una fuente de piedra y el fuerte viento que azotaba en ese momento, no hacían sino acrecentar la sensación térmica de helor. Sin embargo no manifestaba el más mínimo lamento pues no usaba abrigo alguno, conformándose con una simple rebeca color negra que ligeramente marcaba sus definidos músculos, además de la capucha de su gorro que se encargaba de ocultar una parte de su larga y poco cuidada melena negra.

Ascendió la grácil pendiente hasta llegar a unas pequeñas escaleras, para descender sus escasos once escalones sin esfuerzo aparente. Tras rodear la fuente, avanzó los reducidos tres o cuatro metros hasta adentrarse en el malgastado y sucio tapiz, donde predominaba el marrón de la tierra por encima de la verde hierba, aun encontrándose iluminado por las luces violetas de un decorativo árbol de navidad propio de la época festiva en la que se encontraban.

Con sumo cuidado y como si de cristal se tratase, posó la maleta muy cerca de un grupo de tres jóvenes que se hallaban realizando piruetas y

bromas varias. Su posición y descaro al colocarse entre ellos, les entorpeció en su práctica.

—¡Eh, tú! ¡Quítate viejo! ¿No ves que estorbas? —le recriminó uno de esos chicos.

El extraño hombre no dijo palabra, ni les dirigió mirada alguna. Sus oídos solo atendían el flujo de agua y sus manos el tacto de la hierba. Sus ojos se limitaban a observar el imponente edificio de veinticinco plantas y más de cien metros de altura que tenía ante sí.

—¡Viejo!. ¿Acaso no escuchas?

El pequeño grupo de tres chicos se reía a carcajadas con claros signos de mofa mientras lo observaban. Ante la pasividad y displicencia del hombre, uno de los sujetos se aproximó a escasos centímetros de su rostro. Su cara reflejaba cólera. Ira. Sus palabras transmitían un claro tono enfurecido lleno de rabia.

—Oye viejo ya me están cansando, te he dicho que...

Sin mediar palabra alguna, el hombre lo agarró del abrigo a la altura del pecho con su mano izquierda, atrayéndolo ligeramente hasta él, cuando prácticamente al mismo tiempo y sin previo aviso le propinó un descomunal codazo en su nariz, que hizo que aquel joven cayera hacia atrás por la inercia del impacto.

—¡¡¡Dios!!!

Afligido y entre grandes muestras de dolor, el chico contemplaba sus manos llenas de sangre que no paraba de brotar por su nariz. Sus amigos se acercaron para comprobar su estado mientras miraban a su agresor con pavor. El misterioso hombre seguía sin moverse, como si nada fuera con él. Los dos jóvenes ayudaron a levantarse a su agredido amigo, cuya sangre ya manchaba todo el abrigo. No podía quitarse las manos de la nariz, intentando que eso aliviara el intenso dolor que sentía. Ante tal situación, el pequeño grupo decidió marcharse sin dilación. Dejaba atrás un pequeño rastro de sangre allí por donde circulaba, hasta alcanzar la entrada del metro.

«¡Pobre muchacho!» «¡Alguien debería llamar a la policía!»

El misterioso hombre, obvió cualquier movimiento por parte de los jóvenes. No sentía las miradas de espanto y confusión de la gente de alrededor, ni sus bisbiseos por miedo a ser escuchados. Nada. Solo el murmullo del agua fluyendo sin cesar. Solo el tacto de la hierba. Solo miraba el imponente edificio.

De repente y sin motivo aparente, se agachó para recoger sus enseres. Se apresuró a salir del césped para comenzar a recorrer los pocos metros que lo

separaban de un paso de peatones que lo conduciría a una de las grandes vías de la capital. “Gran Vía”.

Cuando el semáforo mostró un verde tan intenso como el que debería poseer la hierba que dejaba atrás, comenzó a dar pasos ligeros y progresivos para adentrarse en aquella imponente rama de asfalto llena de establecimientos, luces y todavía algunos viandantes recorriendo sus calles. Observaba el fluido tránsito de vehículos y el gran cartel que anunciaba el éxito de “El Rey León”, que con gracia presidía tan majestuosa exhibición luminosa. A escasos metros se detuvo en la puerta de un edificio donde se leía un cartel de “Hostal”, para posteriormente adentrarse en él. Hizo uso del ascensor para subir a una de las plantas más elevadas, haciendo sonar el timbre de una de las puertas a su llegada al nivel deseado. Al abrirse se dejó ver un encorvado anciano de pelo plateado y amplia sonrisa. Amablemente le invitó a pasar hasta la diminuta recepción, que simplemente constaba de una mesa de tamaño mediano con dos sillas, una estantería tras la misma donde se podían apreciar las diversas llaves y otra pequeña mesita con trípticos de información turística, los cuales comenzaban a escasear.

—Por favor necesito su documentación. Solo se trata de una mera formalidad —reclamó el amable anciano.

Aquel misterioso hombre que se mantenía de pie sin hacer uso de las sillas, le entregó la documentación reclamada mientras observaba con inquietud las anotaciones del hombre. Observaba las diversas fotografías en blanco y negro que presidían tan diminuta y austera sala. Nada de valor que pudiera reclamar su atención.

Ante tan coaccionada inspección, el noble anciano terminó sus registros tembloroso. Nunca se había visto en la tesitura de un cliente tan intimidante en su expresión.

—De acuerdo señor, esta es su llave. Su habitación se encuentra al fondo a la derecha. Permítame que le ayude con su equipaje —dijo aquel hombre mientras comenzaba a agarrar el asa de la maleta.

—¡¡¡¡No!!!!

El grito fue de tal envergadura que pareció resonar en toda la planta. Se escucharon algunas puertas abrirse ligeramente, con interés por saber que sucedía. Aquel hombre le contestó con gran enojo quitándole la maleta de su mano, sin importar la fuerza ejercida.

El recepcionista experimentó un gran sobresalto al no esperar la imprevista negativa del hombre.

—¡Yo mismo me encargaré! —Finalizó con mayor mesura tras comprobar su asustada reacción.

—Disculpe, espero que disfrute de su estancia —le contestó agarrándose su mano, con síntomas de dolor.

El hombre avanzó por el prolongado y estrecho pasillo hasta llegar al término del mismo, donde pudo distinguir el pequeño y cochambroso número que anunciaba la llegada a su alojamiento.

147

Una vez abrió la puerta y accedió, dejó su equipaje próximo a una pequeña mesita con una televisión y algunos libros informativos sobre la ciudad, acompañados por la tenue luz de una lámpara. Al encender la televisión puso las noticias internacionales, que lamentablemente solo se podían ver con cierta dificultad a causa de las interferencias. La tormenta asolada en la ciudad los últimos días, ocasionaron diferentes daños en el tendido eléctrico de diferentes sectores de la capital. Este fenómeno meteorológico, sumado a un complejo hotelero anticuado, resultaba la combinación perfecta para un colapso eléctrico. Después de un breve lamento, sacó un pequeño neceser de su mochila que se dispuso a llevar hasta el baño.

Ahí se encontraba ese extraño hombre. Con su descuidada tez reflejada en el espejo. Se observaba como si llevara años sin ver su rostro. Su barba y su pelo acrecentaban la sensación de abandono y dejadez. Al abrir la cremallera, extrajo una modesta máquina de afeitar que conectó en la clavija, accionando el botón que la hizo funcionar. Con evidente soltura, comenzaba a realizarse múltiples pasadas por su cabeza, reflejando una habilidad patente que no resultaba novedosa. Tras varias pasadas, el largo de su pelo había decrecido. Aun posteriormente de una meticulosa labor, se podía distinguir el intenso color negro que le destacaba. Enseguida comenzó a realizar la misma acción en su profusa barba, dejándola aún más escasa que su cabellera. Un enorme surco de cabellos negros y blancos, que no se molestaría en limpiar, volaban dispersos por todo el lavabo y el suelo del baño. Ahora se podía distinguir un hombre más arreglado y acicalado que el que entró por la puerta pocos minutos atrás. Sus arrugas eran permanentes. Perennes en su maltratada piel. Su semblante proseguía agrio. Adusto. De profunda brusquedad y un carácter falto de empatía. Parecía hastiado de la vida que tanta carga le provocaba en su maltrecha espalda. Pero pese a ello, mantenía erguida su posición.

Al accionar el mando de la ducha, comenzó a salir agua caliente con mesura. En pocos segundos el vapor inundaba todo el pequeño habitáculo,

disfrutando de la confortable ducha y del agua que limpiaba y penetraba todos los poros de su piel. Al concluir, salió de la misma portando una toalla blanca alrededor de la cintura y con el torso desnudo, intentaba secar tanto su recién pelada cabeza como el resto de su cuerpo. Ahora se distinguía con claridad sus fibrosos aunque no excesivamente voluminosos músculos. Se sentía un hombre nuevo.

Al llegar a la cama, dejó caer la toalla sobre el suelo tratando de acercar su maleta. Nada más abrirla se pudo distinguir un pantalón perfectamente planchado con una camisa blanca, que colocó en una de las perchas del modesto armario de la habitación. Al abrir la cremallera contigua, retiró una corbata negra y una chaqueta de similar color de tres botones. Tras acomodar su impecable traje, se dispuso a limpiar sus zapatos de algunas manchas de polvo y barro que se discernían en la suela al mismo tiempo que observaba desconcertado las noticias nacionales e internacionales que continuaban retransmitiéndose. Pese a unas imágenes distorsionadas, el audio era impecable.

«Aparecen nuevos casos de corrupción mientras los máximos responsables de los partidos políticos, niegan una presunta vinculación con la trama que los relaciona con...»

—¡Siempre igual! Esta gente que creen tener tanto poder, piensa que no somos nadie —masculló aquel hombre mientras finalizó la limpieza de sus zapatos.

En cuanto los dejó perfectamente colocados a los pies de su cama, comenzó a trastear una de las paredes de la maleta. Esta comenzó a zarandearse como si de una pieza de puzle se tratase, hasta desencajarla por completo, dejando ver su temible contenido.

«Mañana habrá acabado...»

Capítulo 4

Al día siguiente, David se levantó a las cinco y media de la mañana para partir hacia la estación de tren de la ciudad. Este horario no le suponía ningún sacrificio ya que estaba acostumbrado en su vida diaria a horas tan vespertinas.

La noche envolvía el inmenso estanque de agua salada, con un interminable cielo estrellado. El reflejo en sus reposadas aguas, parecían languidecer en un infinito entre cielo y tierra.

Después de asear su metro ochenta en el baño de su pequeño apartamento costero y tomar su acostumbrado desayuno, solo le quedaba recoger su pequeña mochila y bajar las escaleras de sus dos pisos de altura. Pendiente de regresar con premura, no precisaba de mayor equipaje. Al guardarla en el maletero, se subió a su Renault Clío rojo y comenzó a recorrer la sinuosa carretera de las Salinas. Esta comenzaba a mostrar los primeros destellos de luz del inminente amanecer, esperando al mismo tiempo que fuera importante el motivo por el que abandonar sus merecidas vacaciones.

Siempre que se encontraba frente a la estación de ferrocarril de la ciudad, no podía evitar pensar en la cultura japonesa. Su referencia preferida versaba en cuando al final de la época samurái, ellos mismos tenían que sentir el contraste de “lo viejo y lo nuevo” en el filo de una Katana. Era una arquitectura de contrastes ya que ante él se encontraba la antigua estación cuya construcción dio comienzo en 1890, finalizando en 1893. Significaba una muestra perfecta de la arquitectura del hierro y del cristal, que abanderaba la llegada de la modernidad a un pequeño pueblo a finales del siglo XIX. Aunque en sus comienzos fue construida para la realización de trabajo de transporte de carbón y otros minerales, muy pronto dejaría paso a abrir las puertas de la ciudad como medio de salida y entrada, evitando de esta manera el alto grado de aislamiento en la que se encontraban en la época. Los escasos conocimientos de David sobre arquitectura, no impedían sentirse maravillado frente a tal esplendorosa estructura. Entusiasmado por conocer lo máximo posible sobre todo lo que adoraba, su querida estación no era distinta. Así,

conocía que la obra del diseñador francés L. Farge, estaba compuesta en su mayoría por un contraste muy modernista en la utilización de hierro, ladrillo y amplias vidrieras como rango distintivo, las cuales invitaban a la luz de la ciudad para acompañar a los viajeros. Sentía tristeza y resignación ya que sus puertas permanecían permanente cerradas pues la estación se encontraba en desuso desde hacía años, sin mayor alternativa que la de contemplar a su izquierda la nueva estación almeriense, la cual parecía un simple conjunto de láminas uniformes de aluminio que corrompía el aspecto de la señorial original. Incapaz de volver a cruzar sus señoriales puertas. Sin poder hacerse con los billetes en su añorada ventanilla bajo un increíble mosaico, oda a la imagen de los viajeros. Sus accesos y recovecos por los que solía correr, y su esplendorosa incursión hasta las vías. Comienzo de la salida a un mundo por descubrir. Imágenes sin importancia en su niñez, que ahora recobraban gran valor sentimental. Recordaba una nota de prensa escrita por un conocido periodista de la localidad, la cual aunaría a sus habitantes para su conservación, levantando polvareda contra quienes descuidaban su recuerdo y pretendían desampararla al ostracismo.

“...La evolución no se tiene que convertir en involución. Debemos adaptarnos a las nuevas necesidades de la era moderna, pero ¿Por qué renegar del pasado? ¿Por qué olvidar una de las obras históricas más hermosas de nuestra geografía? Alrededor del mundo encontramos similares representaciones arquitectónicas, las cuales encuentran los recursos necesarios para mantener su vida. Impensable que caigan en el olvido. Donde los viajeros disfrutaban de su clásica y atractiva visión. En sí misma, la primera pieza de museo con la que disfrutamos a la entrada de la ciudad y la última con la que nos deleitamos al abandonarla. Tengamos la sensación de un monumento en movimiento. Seamos esa gran ciudad con solo el primer paso. Con la primera visión a la llegada. No la dejemos simplemente como enclave fotográfico para recién casados. No la dejemos en desuso. No obtengamos su indiferencia...”

Con gran premura, se dispuso a buscar su vagón y su asiento para poder acomodarse lo antes posible. Al demorarse en aparcar correctamente su vehículo en las proximidades, se presentó más tarde de lo previsto en la estación. Pese a tal eventualidad, el vagón se encontraba prácticamente vacío. Así se instaló en butaca para relajarse, y si fuera oportuno, descansar durante el largo trayecto que le aguardaba.

David se dirigía en uno de los asientos de ventanilla del coche número cuatro de la clase turista del Talgo a Madrid, para atender la llamada recibida

por su buen amigo. A este lo conoció en unas circunstancias un tanto estrambóticas, pero desde aquel día parecieron hacerse dos personas inseparables.

Tras 6 horas de viaje y una larga y bien merecida cabezada, el teléfono comenzó a sonar, por lo que David se apresuró a comprobar de quien se trataba.

—¿Sí?

—David, ¡soy Martín!. ¿Cómo vas?

—Ya estoy llegando Martín, ya queda poco.

—¿Necesitas que te recojan? —preguntó con más compromiso que duda.

Era bien sabido, que a su colega no le gustaba que la gente se molestara por él, por lo que siempre prefería viajar en metro. Decía que le relajaba y le ayudaba a hondar en sus pensamientos, pero claro. ¿Quién podía relajarse en un metro atestado de gente en hora punta? Son cosas de David se decía, es un gran tipo pero en muchos aspectos, ciertamente raro.

Los pensamientos de Martín fueron interrumpidos por la respuesta de David.

—¡No, gracias! Ya sabes que no comparto tu opinión sobre el metro de Madrid. Para mi es el mejor medio de transporte y para nada sucio y decadente. ¡Nos vemos enseguida! —Seguidamente colgó el teléfono.

Cuando llegó a la estación de Chamartín, recorrió el exiguo tramo de andén hasta subir por las escaleras mecánicas, para poder llegar al *hall* de la terminal. Pocos pasos después a ritmo raudo, como acostumbra, salió por las puertas automáticas. Incompresiblemente hasta para él, se acercó a la parada de taxis, para con gran premura montarse en uno de los que estaba esperando. La llamada de Martín sobre la llegada de una urgente carta, le había dejado demasiado intrigado como para que en esa ocasión no prefiriera llegar cuanto antes a la Universidad.

El taxista bajó de su vehículo y le ayudó a introducir su maleta en el angosto maletero.

—¡Usted dirá, señor!

—¡A la calle Profesor Aranguren, por favor! Después le indicaré como llegar hasta la facultad.

—¡Ahora mismo! —A lo que el conductor se dispuso a arrancar e iniciar la marcha, dejando atrás la estación de Chamartín.

El trayecto no podía resultar más monótono. La música con excesivo volumen y una gran velocidad, le hacían padecer más temor que cuando se encontraba encima de su tabla de kitesurf en mitad del mar. Ahí era cuando

agradecía viajar continuamente en un medio de transporte tan invariable y rutinario como el metro. Nada le alteraba, con excepción de algunas aglomeraciones matutinas.

Tras unos quince minutos de continuos pensamientos sobre la llamada y debido a un tráfico poco fluido como era de costumbre en aquella ciudad, el taxista recorría las complicadas calles de la Ciudad Universitaria. Con la ayuda de su pasajero se detuvo frente al Edificio B de la facultad de Geografía e Historia, donde su colega era profesor desde años atrás.

Tras bajar del taxi, echó una mirada de comprensiva frustración al edificio de color ladrillo y ventanales blancos por su tempranera vuelta a la ciudad. Un complejo del cual no era miembro, pues su pasión siempre fue el espacio. Su sueño dorado durante su infancia era convertirse en Astronauta. Ser una de las escasas personas que recorren un infinito colmado de estrellas. Que ven casquetes polares, mares y desiertos al mismo tiempo. Sentir en su cuerpo la ausencia de gravedad por el espacio. Pisar la luna,... Por lo que ante la imposibilidad convertirse en astronauta, se hizo Astrónomo.

Una vez dentro, se apresuró a adentrarse observando la infinidad de carteles roídos y muros deteriorados de la entrada que evitaba mirar cada vez que accedía. Tras someterse a sus escrúpulos, recorrió el ancho *hall* de bienvenida, siempre repleto de reivindicaciones, para subir dos tramos de escalones que lo conducirían hasta otro acceso que desembocaría en su llegada a los ascensores. Haciendo caso omiso a la más que comprensible ausencia de tránsito estudiantil, subió hasta la primera planta buscando a su amigo.

—Martín, ¿qué tal estas? —Ambos se fundieron en un cariñoso abrazo.

Su pelo enmarañado, sus gruesas gafas de pasta y sus sobrias camisas carentes de estampado, no daban a entender el hombre alocado y divertido que un día fue. Ahora conservaba un carácter más sobrio, propio de su posición como instructor en la Universidad. Lucía una espléndida dentadura, aunque un tanto descuidada por sus abandonos en su época de mayor jovialidad.

—¡¡David!! ¡Bienvenido de nuevo! Lamento arruinar tus vacaciones. Soy consciente que no es agradable, pero pensé que estarías interesado en volver.

La curiosidad de David iba en aumento con cada segundo que su buen amigo se demoraba en contarle lo sucedido.

—Bueno Martín, necesito saber ya por favor, ¡¡estoy absolutamente expectante!!

Una sonrisa cómplice asomo entre los labios de su no tan viejo amigo, mientras acariciaba un sobre posado en su mesa.

—David, ayer estuvo aquí un hombre que resultó un tanto misterioso, preguntando por David Soriente. Un hombre bastante seco y escueto en palabras, no resultaba nada afable en la conversación. Obviando que en ningún momento se prestó a presentaciones, se limitaba a preguntar por ti con gran insistencia. Era reticente a confiárselo a otra persona que no fueras tú. Hasta que no comprendió tu ausencia, dejó un mensaje y me pidió que te llegara enseguida ya que era de vital importancia tanto para ti como para tu familia. Me dejó este sobre que debía de entregarte únicamente a ti, haciendo hincapié repetidamente en que solo tú fueras el único receptor. Se le apreciaba angustiado por no contactar contigo.

Cuando Martín le entregó el sobre, ambos permanecieron en silencio el tiempo que transcurrió hasta que David decidió abrirlo. Aun estando deseoso de conocer su contenido, se encontraba ciertamente receloso con tales contradicciones. Al fin se decidió a romper el sello protector del sobre color marrón claro, con una notificación impresa de urgente y el nombre del remitente.

Una pequeña nota se dejó asomar:

“ *«¡La lumière nous montre la voie quand le doute s’installe et nous illumine dans l’obscurité redoutable! Je dois ma lumière à la hâte.»*

Tras leer la nota, David no daba crédito.

—Vaya... ¡qué raro!

—¿Sucede algo amigo? —preguntó Martín preocupado.

David miró a su colega con cierta cara de incredulidad.

—No entiendo el porqué de esta nota. Soy consciente de lo que dice, pero exactamente no de lo que significa.

—¿Te importaría traducírmelo? —replicó Martín.

—Como no...

«¡La luz muestra el sendero cuando la duda embarga y nos ilumina en la temible oscuridad! Necesito mi lu...»

«¡¡¡¡¡Boom!!!!!»

Un estruendo asoló el pequeño despacho de la primera planta, cortando en seco a David. Las ventanas reventaron como si el cristal de una cabina presurizada se quebrara, soltando miles de afilados pedazos por el habitáculo.

David y Martín se dejaron caer al suelo por la propia inercia del impacto acaecido. Conservaban los ojos cerrados mientras se protegían la cabeza como si alguien fuera a golpearles. Permanecían aturridos. No escuchaban más allá de un insoportable zumbido y solo distinguían el molesto humo que irrumpía por la ventana, comenzando a llenarles los pulmones.

Al mover las manos, tratando de ubicarse en el suelo, sentían como los pequeños trozos de cristal se clavaban levemente en las palmas de sus manos. El dolor emergía trivial en comparación con el de la explosión, pero aun así intentaban reducir sus movimientos.

—¡David!. ¿Estás bien? —preguntó casi sin voz—. Tenemos que salir de aquí cuanto antes.

El reclamo de Martín no encontraba respuesta. Desconocía el estado de su compañero. «¿Inconsciente?. ¿Aturdido? o peor desenlace...».

En ese momento y ante la sensación de ahogo y tos que comenzaban a tener, David se irguió como quien vuelve del limbo. Notaba sus piernas tambalearse y sus manos temblando al auparse mientras se apoyaba en una estantería, por suerte perfectamente ubicada. Ayudó a Martín a levantarse, sosteniéndolo de la cintura y agarrándolo del brazo derecho, hasta que lograron aproximarse a la puerta para salir de tan congestionado cubículo. Tosían. Con gran dificultad consiguieron atravesar el angosto pasillo y acceder al despacho que había frente a ellos, que para su fortuna se encontraba con la puerta entornada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Martín con grandes dificultades para articular palabra con claridad.

Trataba de dar grandes bocanadas de oxígeno, intentando eliminar el aire tóxico con claro olor a ceniza de sus pulmones.

—¡No lo sé! —respondió.

Innumerables pensamientos iban y venían. Nada elocuente. Con Martín intentando recuperarse, David regresó al despacho del cual veinte segundos antes había escapado despavorido. Seguía inundado por el nocivo humo por lo que se tuvo que valer de la parte superior de su camiseta para taparse nariz y boca, intentando exhalar lo menos posible.

Sin saber porque, ni siendo consciente de los peligros que podía implicar, se asomaba al umbral de la ventana. Cuando lo cruzó, no era capaz de distinguir con nitidez lo que se encontraba tras ella. El humo no le dejaba ver con suficiencia, por lo que se movía intentando distinguir sombras entre una cortina de humo.

—¡¡¡David!!! —Se escuchaba desde el otro lado de la habitación con voz entrecortada por la intensa tos.

Martín pretendía acomodarse en el suelo, apoyando su espalda en la mesa de aquel despacho. Cuando empezó a respirar con mayor normalidad y su cuerpo descansó en ese tablón de madera, se sentía como si acabara de terminar una maratón de cuarenta y dos kilómetros, comenzando a hallar su merecido descanso. Al aventurarse a alzar la mirada, pudo distinguir a David con mayor claridad apoyado sobre la ventana. Su rostro, daba a entender que esa sensación de alivio no podría durar. Algo terrible veían sus ojos.

Capítulo 5

Madrid es una de las ciudades a las que David debía gran parte de su felicidad. En ella ha tenido la suerte de experimentar las mejores vivencias de su vida. En mayor parte alegres y joviales, en otras ocasiones negativas, pero muy validas para crecer y madurar como persona. Orientado por su madre, se trasladó a realizar sus estudios en la Universidad Complutense de Madrid, donde obtuvo excelentes calificaciones y grandes conocimientos. Aquí conoció a Sarah Aries, quien fue su primer y hasta la fecha único amor.

Su vida universitaria siempre resultó más fácil desde que cerca de finalizar su primer año, conoció una hermosa mujer de mirada dulce, pelo color almendra y carnosos labios envueltos en unas mejillas inundadas por sutiles pecas. David nunca sintió con nadie lo que podía sentir con Sarah.

El amor lo consideraba un sentimiento superficial y artificial, arraigado a los intereses carnales y sociales de la humanidad que siempre se encontraba condicionada. ¿Cómo se puede demostrar el amor? No es tangible. No lo puedes medir ni pesar. La confluencia de sentimientos entre las personas sucede a diario. Sentimos nervios cuando aguardamos una noticia que expectantes esperamos finalice favorablemente. Sentimos duda pues no sabemos cuál será la resolución de aquella noticia en la que confiamos. Sentimos miedo si la noticia obtenida no es la esperada y esperanza para revertir ese hecho. Sentimos alegría por las buenas noticias cuando se materializan. ¿Pero como sabemos o de qué manera se demuestra el amor que profesamos por alguien que apenas conocemos? ¿Cómo no confundirlo con amor fraternal?

Desde el Pleistoceno, llaman amor a una acción que realmente se refiere a relaciones carnales. Hablan incluso con sorpresa que durante este periodo existieron copulaciones entre diferentes especies, como la “Neandertal” y los humanos más modernos, por lo que existen genes, aunque muy escasos, que nos unen.

Los antiguos griegos exponían cuatro tipos diferentes de amor. “Storge” es el tipo de amor fraternal y amistoso que se adquiere con el paso del tiempo.

“Philia” es del tipo que se siente por la humanidad en sentido general, uniendo a los miembros de una comunidad. “Eros” es el amor novedoso y atractivo que no dura a lo largo del tiempo pues va condicionado a situaciones agradables y favorables. Y en contraposición a este último tenemos al amor “Agape” que es desinteresado y altruista, sin buscar su propio favor sino el de otorgárselo a la otra persona. Este último es sin duda el más idealizado y buscado en la actualidad.

La antigua Roma no distaba en exceso de pasados periodos en relaciones entre hombres y mujeres, pero bien es cierto que esta edad alcanzó un aumento de la libertad que se pudo llegar a confundir con el libertinaje.

Cuando uno de los recién llegados días otoñales estaba a punto de menguar y David se disponía a volver a su apartamento en bus, pudo distinguir como una preciosa joven sollozaba en uno de los bancos que habitualmente servían a los estudiantes para tomar un aperitivo entre clases. Llamó su atención la larga melena castaña que intentaba ocultar como las lágrimas caían de sus, para él, desconocidos ojos hasta rozar la comisura de sus labios. No entendía como era capaz de distinguirla a tanta distancia, pues pese a que la luz se volvía tenue, conocía su esbelta silueta y el característico brillo de su pelo. Era la mujer más bella que jamás contempló. Era Sarah.

Ardía en deseos de acercarse y aliviar su pesar, pero su timidez y el miedo al rechazo le impedían hacerlo. Sería como lanzarse a un vacío sin paracaídas y pretendía evitar la más que dolorosa caída. Prosiguió su camino hacia la parada de autobús sin cesar en sus próximos planes. Era preso de su falta de arrojo y la conquista de sus anhelos sucumbía a su cobardía. Su mirada perdida solo apuntaba a su reflejo. Las estridencias de los alrededores surcaban su paso sin atención alguna. No existía nada más allá de la cortina de humo que lo ahogaba.

«¡¡Qué estupidez sentir tanto temor por unas palabras!!»

El miedo es un sentimiento tan irrefrenable y persuasivo, que nos conduce a ejecutar actos sin razón. Obra de formas que desconocemos. Evidenciando el modo irracional de las personas. El menos comprensivo. El mayor despectivo.

Sin percatarse de cómo sucedió, el autobús que esperaba siguió su camino mientras él se mantenía sentado, atisbando lo que interpretó como una señal. Su vía de escape había pasado de largo, por lo que se levantó con gran firmeza y se acercó pausadamente hasta donde se encontraba la joven. Su mente era un hervidero de incesantes pensamientos sobre qué decir, como

hablar, cuanto acercarse,... hasta que sin darse cuenta se arrimó tanto que pudo apreciar su refrescante fragancia.

—¿Podría sentarme, por favor? —preguntó con gran timidez.

Ella afirmó con un suave movimiento de cabeza. Apocada. Solo perceptible para quien no desea dejar de observarla.

—¡Perdóname!

La chica, sorprendida, no pudo evitar cesar su tímida ocultación, para mirarle extrañada.

—¿Por qué? —preguntaba ella.

—No me gustaría que te sintieras incómoda por mi culpa, pero no he podido evitar quererte enseñarte un video que me anima mucho cuando estoy un tanto decaído.

Cuando David sacó el teléfono de su bolsillo, seguro de haber tenido una gran idea, se le escurrió entre las manos cayendo sin remedio al suelo. Haciéndole sentir más avergonzado aún de lo que podía imaginar. Enseguida sus miradas se cruzaron en un mismo punto, pudiendo distinguir sus azules ojos y una preciosa mancha de color verde en el iris derecho.

Ella sonrió... y él sintió nacer un nuevo día. Un nuevo futuro.

David mantenía los ojos abiertos como platos y una expresión en el rostro que nunca hubiera imaginado tener. El miedo comenzó a invadirlo cuando un escalofrío recorrió todo su cuerpo, pues no podía creer lo que su vista alcanzaba a ver.

—¿Estáis bien? —preguntó un hombre claramente sofocado por la situación acontecida.

—¡Sí!, estamos bien. Solo un poco alterados —contestó Martín con la misma agitación en la voz tras el susto causado por el estruendo.

Una situación novedosa tanto para él como para aquella importante Universidad, cuyos máximos altercados se debían a la agitación de algunos alumnos por las fiestas de facultad, los nervios por calificaciones o manifestaciones reivindicativas en pro de los derechos de los alumnos.

—¡Martín! —Intentaba reclamar su atención—. Voy a bajar, ¿me acompañas?

—¡Claro! Iré contigo —respondió este.

Ambos enfilaron el largo pasillo a gran velocidad. Obviaron utilizar el ascensor por lo que se apresuraron a abrir la puerta de intenso color rojo, para bajar el tramo de escaleras que les conduciría hasta la salida al *parking*. Sin detenerse llegaron a las proximidades donde fue provocada la explosión, encontrando el estrago ocasionado. Por suerte y con las fechas actuales, solo

había que contar con algunos destrozos materiales pero sin lamentar vidas humanas.

—¿Alguien sabe que ha pasado?. ¿Es un atentado terrorista?,
¡Seguro es un atentado!. ¿Pero porqué aquí?

Las preguntas entre los escasos presentes se arremolinaban como una marejada remueve un océano, sin nadie que pudiera sacarles de su incertidumbre.

—Yo he visto a un hombre de traje oscuro muy cerca de aquí, que ha salido súper corriendo a través del parque, ¡seguro que fue él!, —añadió otra joven que paseaba a su mascota de raza japonesa “Akita Inu” por un parque cercano.

—Sí, sí, yo lo he visto con la bomba —dijo otro tras apartarse del escenario.

Las suposiciones no hacían más que dispararse como aquel explosivo, pero la única verdad que prevalecía era una situación turbia como el humo que asolaba la zona.

—¡David!, —comenzó a hablar Martín con claro miedo en los ojos y en su voz—. Aquel hombre de traje del que te he hablado...

Martín paró en seco de hablar. Dubitativo e inseguro sobre continuar con el tema.

—¿Qué pasa Martín?, dime...

—Estoy convencido que fue quien pasó por aquí preguntando con gran interés por ti. Tampoco quise darle mayor importancia, pero ahora... ya no se qué pensar. ¿Y si te quería para esto?. ¿Y si iba a por ti?

Los pensamientos en su cabeza volvían a sobrepasar la capacidad del raciocinio.

«¿Aquel hombre sabía que estaría hoy en Madrid? ¿En la Universidad? ¿A aquella precisa hora?»

Demasiadas suposiciones propias se aunaban con las del resto de presentes en tan trágico acontecimiento, formando un cocktail difícil de digerir. Muchos cabos sueltos en tan poco tiempo. Lo que estaba claro es que veinticuatro horas atrás, se disponía a disfrutar de las olas, del viento y de un consentido descanso. Hoy, la silueta de ese hombre de mediana edad, alto, de pelo oscuro y con un traje tan negro como inmaculado, sugería que intentaba acabar con él y no llegaba a entender la razón.

Ante tal revuelo y sin ya mayor motivo por el que permanecer parados, David y Martín subieron al despacho de este último.

—Cuéntame más sobre ese hombre —le pidió el joven.

—Realmente no tengo mucho más que decirte —le contestó—. Ayer se presentó en unas condiciones similares a las de hoy. Su vestimenta era idéntica además de ser muy escueto en su trato. Estaba muy interesado en saber de ti. Sobre cuando estarías aquí, sin conformarse con marcharse sin una respuesta clara. Ciertamente inquietante, solo transmitía gran desconfianza. Por supuesto opté por no desvelar nada, pero parece que ha sabido muy bien cuando y donde encontrarte. David... ¿Te has metido en algún asunto escabroso para que alguien este buscándote de esta manera? Soy tu amigo y sea lo que sea puedes confiar en mí. Todos podemos cometer errores alguna vez en nuestra vida. Si es una cuestión de dinero...

—¡Claro que no! —se apresuró a contestar con firmeza y sin dejarle acabar tales suposiciones.

Su corta edad y su carácter filántropo hacían que esa suposición resultara incluso ofensiva, pues sus actos nunca irían encaminados en hacer nada fuera de la ley. El temor a las repercusiones, siempre sería mayor que la excitación que pudiera llevarle a realizarlas.

—Ciertamente me siento ofendido, yo nunca pensaría en nada semejante.

—Lo siento viejo amigo, pero todo esto es muy extraño. ¿No crees que pueda tener algo que ver la carta que te han dejado? Es mucha casualidad que precisamente hoy que recibes un correo postal en extrañas circunstancias, se originen incidentes nunca antes ocurridos por aquí. ¿No piensas igual?

David no opinó nada, pero la expresión de su cara dejaba entrever que interiormente afirmaba dicha suposición.

Antes de que pudiera pronunciarse, un clamor de sirenas comenzó a concentrarse a lo largo de la avenida. A cada instante se hacía más intenso hasta que un grupo de coches de policía, dos ambulancias y un camión de bomberos comenzaron a aglomerarse alrededor de diversas direcciones del campus.

—Vamos David, lee la carta.

—¡Un momento!, mira la multitud que se está congregando. Quizá descubramos algo si bajamos.

Mientras Martín ya creía haber tenido suficiente, David mantenía todas sus inquietudes intactas, e intentaría descubrir lo concerniente a los sucesos vividos.

—No, no, tranquilo, ahora bajaremos pero primero termina de leer la nota. Quizá encontremos algo.

David sostenía la carta en su mano derecha mirándola fijamente, mientras Martín esperaba conocer las tan confidenciales palabras que aquel papel

escondía.

Antes que eso sucediera, un par de policías de la Comunidad, acompañados por dos sanitarios comenzaron a rondar las diversas estancias, comprobando primero la ausencia de heridos que no reclamaran su asistencia.

—¿Están ustedes bien? —preguntó uno de ellos.

—Por suerte parece no haber heridos. Lo peor ha sido el humo pero por esta zona ya estamos más recuperados —contestó David.

Tanto los policías como los sanitarios, prosiguieron con su ronda mientras otros dos miembros del cuerpo de seguridad y dos bomberos comenzaron a abrir todas las puertas del edificio, e instaban a todas las personas a abandonarlo.

—Lo siento, pero nadie puede quedar en el edificio por ahora. Por su seguridad, permanezcan a la espera en la calle por favor.

—¿Se sabe algo de lo que ha sucedido? —le pregunto David con evidente curiosidad.

—Lo lamento señor, no pueden estar aquí, vamos a precintar el edificio —contestó aquel guardia.

Se mantenía expectante hasta que ambos abandonaran el despacho y comenzaran a bajar las escaleras, donde esperaban más agentes de policía que supervisaban que nadie permaneciera en el edificio. Era una situación comprometida, y no podrían rehuir su gravedad con facilidad. La falta de respuestas con una ingente acumulación de preguntas por solución a encontrar, agobiaba a dos de sus implicados más directos.

David no creía lo que estaba sucediendo. Se veía bajando de nuevo aquellas escaleras, mientras el edificio quedaba totalmente a merced y en supervisión de los cuerpos de seguridad.

«¿Realmente iban por mí?», le restaba la duda.

—Necesito una ducha...

Capítulo 6

El extraño hombre trajeado conducía a toda velocidad al volante de un Volkswagen Golf GTI color negro, donde se podía distinguir una pronunciada pegatina de la empresa de alquiler en su luna trasera. Enfiló la Avenida Complutense pasando la plaza Menéndez Pelayo, sin atender la confluencia del tráfico que asolaba la Ciudad Universitaria.

Cuando consideró que la situación revertió a una calma normalizada y que nadie lo seguía, fue cuando comenzó a disminuir la velocidad, tratando de pasar lo más desapercibido posible. Presupuso que nadie se había percatado de su huida, pero le albergaba la duda. Tendría que deshacerse cuanto antes del vehículo, optando por una vía alternativa de escape. Su cabeza estaba atestada por los sucesos ocurridos, desafortunadamente escapados a su control. El sigilo nunca era una opción. Su máxima obligación se basaba en no ser descubierto pero algo escapó de su dominio, haciendo insostenible su cumplimiento.

Una pequeña bomba compuesta por tubos de cristal con Hexano y simple agua, que al quebrarse y entrar en contacto el uno con el otro, provocaría una explosión que habría resultado más que suficiente para volar su objetivo. En aquella ocasión, los acontecimientos no sobrevinieron de tal forma.

—¡Un imperdonable error propio!

Descubierto en la zona del suceso, mientras suficientes ojos le observaban como autor criminal del acto. Un garrafal fallo de suficiente calibre como para ser incriminado.

Debía pensar rápido. Todo lo posible para encontrar una escapatoria a tal insospechada coyuntura.

«Será mejor abandonar la ciudad cuanto antes»

Llevaba varios años realizando los mismos trabajos. Demasiados. Ese hombre de aspecto tan raudo y austero, los veía como los peores años de su vida. No siempre atesoró un carácter tan agrio, pero el paso del tiempo lo había marchitado como al jardín que no se riega.

«Nunca entenderé porque me implique tanto en este proyecto» solía recriminarse.

Consciente del motivo, pues no era minúscula la obsesión para un mercenario como él. Un hombre convertido en lo que era, por lo que muchos obtienen su perdición, y en ese caso no fue diferente.

«Era una situación tan golosa...»

En aquel momento se presentó como una manera muy fácil de conseguir dinero y poder tener una vida llena de lujos. Ese tipo de vida que tantos reclaman, pero no pueden alcanzar. Que tanto arriesgan para caer finalmente al vacío. Una visión difícilmente alcanzable para un hombre nunca preocupado por bienes materiales, pues prevalecía su compromiso con la sociedad. Pero todo pareció girar como un tornado, arrasando las virtudes de las personas.

Años atrás decidió comenzar su vida militar dentro del cuerpo de Marines de los Estados Unidos. Idolatraba diversas incursiones históricas realizadas por este valeroso grupo de soldados, como fue la batalla de “Iwo Jima”, trascendental para el devenir de la guerra del Pacífico y la consecución en la victoria final de los Estados Unidos sobre las fuerzas del Eje. Innumerables bajas acusó el valeroso batallón de marines, conscientes de tratarse de la primera fuerza que establece posiciones de defensa desde su llegada por mar hasta las primeras líneas enemigas, proporcionando paso para la infantería.

En cuanto tuvo la oportunidad, no dudo. Ansiaba pertenecer a dicho grupo de élite que se rige por un código tan estricto donde la ética y la integridad personal hacen de estos soldados poseer unos valores de valentía, honor y compromiso propias de hombres y mujeres con un carácter fuera de lo común. Las pruebas de acceso, tanto de fuerza como de condición física, dan fe de la exigencia que viven sus aspirantes o “poolees”, como les llaman ellos mismos. Deben resistir niveles extremos tanto físicos como mentales, para después de todo ser imposible estar completamente preparado para el estrés que supone convertirse en un marine o su disposición a estar siempre activo allá donde se le necesite.

Durante su época de “poolee”, Renee tuvo que olvidar su potente orgullo pues continuamente recibía insultos y faltas de respeto. Diversas muestras vejatorias que desafiarían a cualquier ciudadano común. Todo se trataba de un orquestado plan de entrenamiento para fortalecer psicológicamente a los soldados, pues se hace vital superar los elevados niveles de estrés mental que esta unidad provoca. Seguir las instrucciones de sus superiores y aceptar los

castigos impuestos, pues la ecuanimidad e imparcialidad son sello de identidad.

Hombre solitario como pocos, no se relacionaba con el resto de compañeros de su unidad. Le veían como un “Jarhead” esquivo, en alusión al corte de pelo tradicional entre los marines. Un lobo alejado de su manada. Aun así, era el lugar donde mejor y más identificado se sentía. Hasta que un oscuro día en Octubre de 1983, lo cambió todo.

En el transcurso de su estancia como fuerza internacional de paz en Beirut, a causa de la guerra civil en Líbano, un atentado acabó con la vida de doscientos cuarenta y un marines estadounidenses y cincuenta y ocho paracaidistas franceses. Dichos atentados acecharon a todos por sorpresa, siendo Renee uno de los setenta y cinco heridos que al final fueron repatriados para poder curar sus heridas.

Tras estos traumáticos hechos, nada volvió a ser igual para Renee. Presenció la tragedia en sus compañeros, compatriotas e inocentes, en una de las peores masacres jamás vividas en tiempos de paz. Meses más tarde fue dado de baja de forma deshonrosa debido a varias ausencias injustificadas, siendo tachado de desertor. Al dejar el servicio, experimentó grandes dificultades para adaptarse a su nueva vida de vuelta en la civilización. Le resultaba extraño permanecer en un mismo lugar sin tener a nadie que le gritara, no escuchar el sonido atronador de las maniobras, el silbido de las balas o un superior que le pidiera que recogiera sus enseres para cambiar de destino. Por lo que valiéndose de su pasaporte francés y gracias a un acuerdo tras la tragedia sucedida, decidió emigrar a Francia en busca de nuevas oportunidades. Hijo de padres franceses, aun se pudo valer del apellido familiar para dar sus primeros pasos en suelo galo.

Tuvo la suerte de encontrar un confortable y tranquilo trabajo dentro de la administración, como ayudante de una pequeña biblioteca en el barrio de “Montmartre” en París.

«Por fin un trabajo tranquilo»

Pero no siempre se encontraría tan dichoso como en aquellos primeros días de la primavera de 1984.

Mientras ordenaba libros sobre antiguos personajes del S. XIV y XV, un hombre de acento misterioso y voz ronca lo abordó sin reparos. Aun teniendo cierta dificultad para expresarse, tenía la seguridad de que cada palabra que salía de sus finos labios, era más certera que la anterior. Su apariencia era impecable. Traje de color negro hecho a medida, camisa de seda blanca con una corbata a rayas de distintos tonos azules perfectamente anudada con un

nudo Windsor, anillo y reloj de oro, zapatos negros pulcros... lo que se podía denominar un hombre con clase... o un hombre que compraba la clase.

—¡Bonjour, Monsieur! ¿Ça va?

—¡Trés bien! —se apresuró a contestar con desgana el bibliotecario.

Su obligación le hacía lidiar continuamente con la gente aun sin poseer un carácter afable, de hecho en ocasiones podía parecer un tanto descortés. Le gustase o no, tenía que cumplir. Así se había comprometido y así debía hacerlo.

—¿Cómo podría ayudarle? —le preguntó con cortesía.

—Verá... soy fundador de una de las empresas más rentables que existen en Europa, y le aseguro que pronto la expandiré por todo el mundo. Para ello necesito gente que tenga grandes aspiraciones, que se implique sin miedo a triunfar y tengo entendido que usted podría ser uno de esos hombres que estoy buscando afanadamente. Le propongo mejorar su vida, tener más dinero del que nunca ha imaginado poseer, no aguantar las miradas discriminatorias de la gente, libertad para que el mundo este a sus pies... Poseer gran poder. ¿Cree que le podría interesar ese tipo de vida Monsieur Renee?

Se sentía desconcertado. «¿Quién es este hombre?», «¿De qué me conoce?», «¿Será real todo lo que me está ofreciendo?»

Multitud de preguntas trastocaban su interior y se cruzaban en su mente como un laberinto sin salida.

Aquel bibliotecario se sentía turbado. El nerviosismo comenzaba a imperar en su cuerpo, tomando el control de su mente. Extrañas proposiciones en similares circunstancias.

«Un completo desconocido viene a mi trabajo y empieza a prometerme una vida llena de lujos...»

—¿Quién es usted y como sabe mi nombre?

—El nombre no importa. Meras letras que escuchamos innumerables veces. Tú puedes ser quien quieras. Ser recordado como más prefieras. Puedes ser amado o puedes ser temido.

Lógicamente Renee no tenía ganas de juegos sin sentido. Estaba más que acostumbrado a padecer a gente que le hacia las mismas preguntas asiduamente; consultas, dudas...

—¡Qué hartito estoy de este trabajo! —bisbiseaba.

Renee consiguió tal oportunidad de reinserción, precisamente tras un programa de “ayuda” a causa de sus pequeños encuentros ilícitos con la sociedad, decidiendo dar un giro a su vida.

«¿Pero como sabía ese hombre de su existencia?», «¿A qué se debía tanto interés?»

—Discúlpeme señor, tengo mucho que hacer.

De una forma bastante cortante dio media vuelta y comenzó a teclear en su ordenador. El hombre no se inmutó ante el desplante de Renee. Solo sonrió, apreciándose un atisbo de su blanca dentadura. Parecía sentirse seguro de lo que iba a conseguir y como lo iba a hacer.

—Solo necesito que me ofrezcas unos minutos de tu tiempo. Yo sé cómo mejorar tu vida, ¡como subir tu listón!

Renee no entendía nada, pero lo cierto es que su curiosidad era tal que acepto la propuesta de aquel hombre.

«No pierdo nada por escuchar».

Ambos cruzaron la desangelada sala y se sentaron en una de las desocupadas mesas que inundaban el recinto.

Tras unos minutos de conversación monopolizada mayormente por el hombre de voz rasgada, le deslizó una tarjeta por la mesa y se marchó. Tras intensos segundos llenos de duda, Renee se levantó de la silla, se deshizo de su bata blanca inmaculada y cogió la tarjeta... una decisión que cambiaría para siempre su vida.

—¡¡Maldita sea!! ¡¡No me lo puedo creer!! —gritó Renee apretando el volante con fuerza.

La suerte no se encontraba de su lado, ya que dos coches de policía comenzaban a posicionarse a su cola, con las sirenas puestas y sin ninguna intención de parar. Cada vez se aproximaban con más energía, por lo que Renee se rindió a la evidencia.

«¡Me han descubierto!»

No valía la pena lamentarse. Debía pensar más rápido que ellos. Su pericia al volante le ayudaba a zafarse de sus perseguidores con cada metro recorrido, pero la gran confluencia en el tránsito impedía que consiguiera despistarles. Renee continuaba intentando despistar aquellos agentes, cuando un ligero zumbido retumbó en su oído derecho. No era un sonido que le produjera excesiva molestia, pero en las últimas fechas habían incrementado los dolores y los pinchazos en la zona occipital y temporal de su cabeza, demorándose más en remitir.

Sin tiempo que perder, huía a gran velocidad por las estrechas calles de Moncloa, sobrepasando la gran avenida de la calle Princesa en el barrio de Argüelles y Príncipe Pio, para atravesar el Puente de la Victoria. Logrando perderse en la amplia zona boscosa de la Casa de Campo.

Una vez hubo despistado aquellos policías, tras unos segundos de silencio, se acabo su tranquilidad.

«Y ahora... ¿qué?»

Capítulo 7

Cuando David entró en su pequeño apartamento de sesenta metros cuadrados, deseaba encarecidamente tomar una ducha que limpiara su cuerpo de polvo y humo que lo había impregnado. Varias horas sin probar bocado acrecentaban esa sensación de debilidad, incrementada por los extraños acontecimientos del día.

Su domicilio actual en Madrid, como estancia temporal, carecía de todo tipo de lujos, basándose simplemente en la mera comodidad de un hogar transitorio. A simple vista austera pues escaseaban los elementos decorativos y mobiliarios a tenor de la utilidad que le otorgaba, se mostraba esencialmente acogedora. Su función era escasa pues diariamente repartía su tiempo entre su trabajo, la biblioteca o en multitud de ocasiones almorzando fuera de casa, pues le resultaba más cómodo para no perder tiempo innecesario en el transporte.

Lo normal para un chico de dieciocho primaveras, con los que contaba a su llegada a la ciudad, era una residencia estudiantil o un piso compartido con otros en su misma situación, pero desde el primer momento prefirió la hogareña intimidad donde no tuviera reglas que acatar ni la incomodidad de convivir con gente desconocida. En su opinión, de esa forma ganaría en calidad para centrarse por completo en sus estudios. El mayor inconveniente era el económico, escollo que salvaba gracias a la inestimable ayuda de su madre, que deseaba verlo convertido en un “hombre de provecho”. En la actualidad, con veintisiete años, al fin podía verse totalmente independiente.

Su estómago mostraba claras señales de inanición. No era capaz de recordar su última ingesta y en aquel momento se tuvo que conformar con unas pocas galletas guardadas en su pequeña despensa, acompañándolas con una bebida isotónica que acostumbraba a tomar tras realizar sus cotidianos ejercicios vespertinos. Hubiera estado agradecido de tomar un buen plato de pasta para recuperar fuerzas, pero sus armarios estaban aun más vacíos que sus energías.

Ese día no esperaba encontrarse en su domicilio madrileño, «Hoy no...», por lo que no podía evitar pensar en la despensa a rebosar de su domicilio vacacional costero, lista para ser disfrutada. Pero ahora ahí se encontraba, delante de aquella paupérrima repisa llena de polvo, sin apenas nada que llevarse a la boca y poder saciar su apetito.

«De nada vale quejarse...»

Tras saciar vagamente su hambre, dio paso a su merecida ducha. Como pocos, se deleitaba bajo el agua caliente que limpiaba su impregnada piel y colaboraba activamente en su relajación. Una vez finalizada y con su cuerpo perfectamente seco, procedió a un necesario cambio de ropa. Se deshizo del pantalón de tonos vaqueros que tan incómodo le resultaba en ese momento, la camiseta azul y su abrigo de un tono similar, ya que estaban impregnados por suciedad y pestilencia. Se apresuró a encender la calefacción pues el frío era intenso entre sus paredes a causa de tantos días sin ser habitada. Al finalizar, acudió a su dormitorio y al abrir el armario agarró uno de sus pantalones de un tono azul oscuro que tanto vestía, una camiseta de color blanco impoluto y una cómoda sudadera gris.

Todavía no había dado tiempo a caldearse lo suficiente la estancia, por lo que tuvo que tomar la manta que se encontraba en su pequeño sofá de dos plazas, recostándose un momento en su butaca. Recogía de su biblioteca personal, la novela en la que se encontraba inmerso en la actualidad, apreciando junto a la misma un libro de una cubierta envejecida y maltratada que no reconocía. Su afición por la lectura le provocaba adquirir libros, los cuales nunca recordaría haberlo hecho. Se llevaba la punta de los dedos sobre los ojos, evidenciando las muestras de cansancio a causa de tan agotador día. Mientras observaba el penetrante sol que atenuaba tan infausta mañana, terminó cayendo en los brazos de Morfeo como oruga en su crisálida, previa a despertar dulce mariposa.

Una intensa luz cegadora iluminaba todo el entorno de David. Su magnitud era tal que tuvo que posar su mano derecha a la altura de sus ojos hasta que poco a poco fue menguando su intensidad, para finalmente terminar desapareciendo.

Se encontraba en medio de una gran algarabía de gente que transitaba por aquella larga y estrecha calle llena de comercios. Caminaba con paso receloso como quien no conoce qué dirección será la correcta.

Aunque desconocía su ubicación, todo aquello le resultaba extrañamente conocido. Como si en algún momento ya hubiera pisado ese suelo y palpado sus paredes.

«¿Dónde estoy?», «¿Qué estaré haciendo aquí?»

Las preguntas empezaban a resonar en su interior sin encontrar respuesta asequible.

A pocos metros, pudo distinguir lo que se dejaba ver como una imponente Catedral gótica. La delicadeza de su arquitectura y la altura de sus bóvedas, la convertían en una espléndida obra maestra.

—¡No me lo puedo creer...!

David quedó perplejo. Sin creer lo que veían sus ojos. Rápidamente comenzó a esbozar una gran sonrisa, y a paso más que ligero se acercó al tramo de escaleras del ala Este de la Catedral.

—Sarah...

David se aproximó cada vez más, hasta llegar a la altura de Sarah, fundiéndose en un intenso abrazo.

—Hola David. Menos mal que has llegado, estaba cansada de esperar —le dijo con una sonrisa en sus carnosos labios.

Su perfecta y blanca dentadura hacía que su cálida sonrisa consiguiera relajar el ínfimo atisbo de inquietud.

David no entendía la razón de sus palabras, pero en ese momento su entusiasmo era tal, que no prestó excesiva atención a semejante afirmación.

—Sarah, ¿por qué estamos aquí?

—¿Cómo que porque estamos aquí? Este es nuestro sitio favorito. David, en esta calle nos conocimos.

Sarah levantó su mano derecha para indicar un pequeño letrero rectangular de un metal color azul con bordes y letras blancas, anclado en una de las paredes próximas a una esquina, pudiendo leer “RUE du General LECLERC et de la 2ème D. B.”.

—David. ¿No recuerdas lo que me contaste la primera vez que nos vimos justamente en este mismo lugar?

“Sarah, ¿sabías que esta calle es la arteria principal de la ciudad? y ¿a que no sabes por qué recibe dicha mención? Debe su nombre a un reconocido general francés, líder del ejército de las fuerzas de la Francia libre en la Segunda Guerra Mundial. Fue miembro de la resistencia y comandó las tropas que entraron en vanguardia de los aliados en París y Estrasburgo en 1944, adentrándose en el sur de Alemania hasta el cuartel de Hitler en Berchtesgaden”.

—Conseguiste que lo memorizara. ¿No lo recuerdas?

La cara de David era de total asombro. No comprendía lo que le estaba contando Sarah, cuando comenzó a sentir repentinos escalofríos.

—¿De verdad no lo recuerdas David? Quizá ya no seas el mismo David...

De repente Sarah se levantó de aquellas escaleras de piedra. Su cara ya no expresaba esa delicada sonrisa. Mostraba desconfianza, recelo, como si estuviera hablando con un desconocido.

—¡He de irme!

Sin más, empezó a correr mientras él la perseguía gritando sin cesar.

—¡No Sarah! Espera, no te vayas...

Mientras David corría sin descanso tras ella, Sarah giró una de las esquinas próximas a la catedral. Simplemente se situaba unos pocos metros a su espalda, pero como si de un fantasma se tratase... desapareció.

Sin saber como había ocurrido, su salón se hallaba totalmente en oscuridad. De forma instintiva, dirigió la mirada hacia la ventana que daba al exterior, observando como el sol comenzaba a ponerse.

«¿Cómo he podido dormir tanto?», se dijo mientras observaba el reloj que portaba en su muñeca izquierda.

Se sentía desconcertado. Pensaba que era de madrugada y no entendía que hacía en esa butaca, pero su cuerpo y su mente se encontraban tan agotadas que no supo reaccionar. No sabía dónde apareció y aun así se debatía entre desadormecerse y dormir.

El frío recorría su cuerpo. La apatía inundaba cada ápice de cada neurona, esforzándose por actuar. David se afanaba en recoger el libro, que sin quererlo había dejado caer al suelo al dormir, cuando de repente una música comenzó a retumbar en el sosiego de la inminente noche. Con gran desgana rebuscó en los bolsillos de su pantalón, para tratar de descubrir la procedencia del sonido.

—¿Sí? —Contestó descolgando su *Smartphone*.

—¡David, soy Martín! He estado pensando y creo que lo mejor que podrías hacer es ir a Meaux y visitar directamente a tu madre. Ella podrá contarte más. No en vano se ha molestado en escribirte, y estoy seguro que hay algo que no marcha bien, y lo sabes. ¡Deberías solucionarlo cuanto antes!

«Resultaría mucho más sencillo llamarla», pensó en aquel momento.

Recién despierto y con poca fluidez mental, añadida a la instigación sometida por Martín, hacia que David no fuera capaz de pensar con lucidez como actuar. Los acontecimientos se estaban precipitando sin preverlo.

—He sacado unos pasajes, —continuó— para tomar un vuelo con destino París, pero tienen salida inmediata por lo que tenemos que darnos prisa si no queremos perderlo. Claro está sino te importa que te acompañe, mi querido amigo.

David se mantuvo unos segundos dubitativo. No tenía nada claro que esa fuera la mejor decisión que tomar. No era un hombre capaz de hacer frente a ciertas adversidades. En su infancia siempre que podía rehuía conflictos y enfrentamientos, pues no sentía la necesidad ni tenía la capacidad de salir airoso de ellas. Prefería ser un barco que navega solo y sin tormentas. Aunque si bien es cierto, ¿cómo no atender a la llamada de su madre lo antes posible si estaba en sus manos? Los acontecimientos ya le habían superado de sobremanera y no sabía que paso sería más conveniente dar ahora. Era consciente de que no estaría solo, confiando sin reparos en el buen juicio de su amigo Martín, necesitándolo ahora más que nunca. Continuamente se atormentaba por su falta de decisión y valentía. Prefería permanecer en la sombra antes que destacar por miedo a las repercusiones, pero no siempre podría ser así.

—¡Enseguida nos vemos!

Capítulo 8

—¡Buenos días señor! —exclamó un hombre con perfecta educación.

Se dirigía a uno de los guardas de seguridad que presidía la entrada a un antiguo edificio datado del S. XVIII.

—¡Buenos días!

—Somos el equipo de mantenimiento —volvió a expresarse cordialmente—. Ayer nos avisaron para que acudiéramos a realizar los trabajos de mantenimiento y dejarlo todo preparado para las festividades. Aquí le entrego la hoja de servicio de nuestra empresa.

El hombre ataviado con su uniforme de color azul oscuro, extendió la mano y le entregó al guarda un papel perfectamente conservado dentro de una funda transparente de plástico, en la que se exponía la necesidad de arreglar el problema de alumbrado y alcantarillado que aconteció el día anterior. Con la correspondiente firma y sello de autorización.

—¡Han llegado ustedes rápido! Parece ser que se montó una buena aquí —charlaba animosamente el guarda mientras observaba la hoja que ya había sacado de la funda—. ¿Ustedes no provienen de la empresa habitual, verdad?

—Somos una nueva empresa contratada recientemente. Ya sabe lo que sucede en ocasiones —contestó con una ligera mueca, mientras dejaba reposar una mochila sobre el suelo.

—¡Un momento por favor!

El guarda de seguridad que se encontraba en la puerta, se dispuso a dar aviso por su *walkie-talkie* de la llegada del equipo, mientras el hombre de mantenimiento esperaba impaciente sin dejar de mirar de un lado a otro. Su respiración era agitada y su sudoración comenzaba a hacerse patente en exceso.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el guarda.

Sin esperarlo, ese hombre que estaba apoyado sobre la pared y sujetando sus instrumentos con la otra mano, se dejó vencer por el propio peso de su cuerpo, cayendo como una manzana madura a los pies de su frutal. Aunque con dificultad, consiguió que sus propias manos ayudaran a rebajar la

violencia del golpe. Su cuerpo se encontraba tendido, luchando por volver a incorporarse, mientras su instrumental estaba desperdigado por el suelo.

—¡Me he mareado! —contestó el pobre hombre con claros signos de agobio.

El guarda le ayudó a sentarse, apoyando la espalda sobre la pared e intentando hablar con él para comprobar su grado de consciencia.

—¿Necesita un médico? —preguntó.

—No, no, estoy bien, gracias —se apresuró a contestar el hombre cuando vio que el guarda se llevaba la mano al walkie, listo para dar parte y pedir asistencia sanitaria.

—¡Por favor! Llevo días con una gripe muy persistente y no me he alimentado bien. Tenía que venir a trabajar porque si no pondría en riesgo mi puesto, y toda mi familia depende de mí sustento para poder comer. Por favor, solo necesito descansar cinco minutos. Si pudiera llevarme a algún lugar donde reposar...

—¡Claro! —contestó desinteresadamente mientras pensaba donde se encontraría más confortable.

Al instante, el guarda con la ayuda de un compañero, condujo al hombre a través de la entrada, no sin antes volver a recoger el macuto que dejó descansando a su lado. Posteriormente, el resto del equipo recogía semejante estropicio que se había formado, para disponerse a pasar rigurosamente por el detector de metales sin contratiempos. Tras dicho control de seguridad, se apresuraron a reunirse con su compañero para conocer su estado.

—¿Estás mejor? —preguntó uno de ellos—. Si, dinos ¿cómo te encuentras? —se interesó el otro.

Ambos se quedaron cuidando de su mermado compañero, a sabiendas que no podrían perder demasiado tiempo en aquella pequeña habitación. Tenían un trabajo que hacer.

—¡Os dejo aquí! Al salir, solo tenéis que cerrar la puerta —avisó el amable guarda mientras se marchaba cerrando el acceso.

—¡Haz tu trabajo! —apremió el supuesto desmayado, a uno de los dos hombres que se mantenía sentado a su lado.

Sacó de los bolsillos interiores de la mochila diferentes artilugios, al parecer extremadamente frágiles debido a su delicado manejo. Estaban envueltos por separado en una funda acolchada para evitar golpes de caídas o roces innecesarios, pues eso era lo último que querían que ocurriera. Trataba aquellas piezas con precisión y delicadeza propias de un cirujano en medio de una intervención, en la que el mínimo fallo podría conllevar un fatal

desenlace. El resto de los componentes del grupo, obtuvieron las piezas más grandes que ellos mismos transportaron en su carrito de limpieza.

En escasos segundos, el hombre reclamó la atención de quien se manifestaba como su jefe, y le indicó que ya tenía preparado aquel misterioso artefacto.

85:20:00

Con unos simples toques en las paupérrimas teclas de las que disponía, se pudo observar como aparecían aquellos números rojos sobre la pequeña pantalla del aparato.

—¡Pronto cesará el final de una era!

Capítulo 9

Las cosas no salieron nada bien para Renee. Su tarea había resultado un estrepitoso fracaso que no esperaba. Figuraba en sus idilios, un trascurso mucho más placentero de lo que finalmente terminó ocurriendo.

Se hallaba en el asiento trasero de su coche, sin parar de pensar en lo sucedido mientras tomaba un paupérrimo bocadillo y un refresco de la pequeña tienda de la que disponía la gasolinera. Necesitaba cargar el depósito del vehículo para proseguir con su viaje de vuelta tras su fallida acción, decidiendo estacionar el vehículo momentáneamente. Se encontraba débil, ya que llevaba varias horas sin probar bocado. Además el cansancio comenzó a hacer mella, pues no había dormido el tiempo aconsejable los últimos días. Esto no ayudaba a reanudar el largo camino que aun le faltaba por recorrer, pero la ingesta que estaba realizando era una gran ayuda para su recuperación.

La estación de servicio se encontraba a casi doscientos cincuenta kilómetros desde su partida y aun restaban un gran número por recorrer hasta la llegada a su destino. Ahora debía volver en busca de redención y una nueva planificación. Entrenado largo tiempo con dureza para evitar este tipo de contradictorios acontecimientos, meditaría una prudencial estrategia.

Destacaba por ser una persona con fuerza física y mental. La disciplina a la que fue sometido por tanto tiempo dio sus frutos convirtiéndole en una máquina bien engrasada. Todo lo medía, todo lo calculaba, sabía donde no podía tropezar. Ese era su cometido, y ciertamente lo hacía formidablemente. Pero ahora, no se encontraba en una tesitura semejante desde que llevara a cabo su primera misión.

Año y medio tras su reclutamiento, todavía era un joven que dejaba ver su inexperiencia e inseguridad en sí mismo. Había sido destinado, junto a otros dos miembros de la recién creada organización “SAHFA”, hasta la zona occidental francesa del continente africano. Se encontraba en “Côte d’Ivoire”, “Costa de Marfil”. No resultó un viaje muy grato, pues se encontraba navegando durante varios días en un barco un tanto decadente, lo que la

convirtió en una agotadora travesía hasta llegar al puerto de “Abidjan” o “Abiyán”.

La misión en si era factible. Existía un grupo de arqueólogos que alcanzaron a descubrir una antigua figura descubierta y robada en el S. XVI, cuyo valor y relevancia histórica era cuestión de debate entre los expertos. Debería infiltrarse como uno de ellos, para comenzar a recabar información lo más rápido posible, y así más adelante conocer donde y cuando poder actuar. Cada uno representaba un diverso papel en aquella ficción que interpretar. El trabajo de Renee era bien sencillo. Únicamente debería contactar con el Dr. Rivadesella, el arqueólogo encargado de la expedición y la principal fuente de información de la que disponían. Debería introducirse en la zona como arqueólogo novato, ansioso por aprender y ayudar a los más grandes expertos en la materia.

Abundantes conocimientos empapados antes de su llegada, la compañía de una pizca de desparpajo y sumadas a unas ligeras dosis de alcohol, serian suficientes para ganar su confianza. En lugar de eso, la única noche en la que podía actuar, comenzó a acudir sin medida a los bares de su zona de actuación. Copa tras copa, terminó por comprobar cómo su tiempo para entablar contacto con el Dr. Rivadesella fue consumido con estrépito. No fue consciente de la cantidad de horas que había dedicado a la noche a su propio entretenimiento, hasta que a toda prisa tuvo que buscar un medio de transporte para su vuelta, consciente que su fracaso ya no tendría solución.

Aun era noche cerrada y solo fue capaz de encontrar un lugareño que esperaba tranquilamente, con un Nissan color blanco, la salida de trabajadores trasnochadores. Consciente que ese tipo de gente era especialista en elevar el precio a los incautos foráneos, no tenía mayor elección ya que debía llegar con premura.

—¡A la zona de embarque del rio!

Cuando quiso darse cuenta, se hizo consciente de que todo el dinero del que disponía, quedó desperdigado en todos los locales visitados. La bebida no sacio por completo sus ansias, pero sí logró vaciar sus bolsillos.

—Lo siento pero no dispongo de dinero. Lo único que llevo encima es mi ropa y este reloj. Si quiere puede quedárselo. Seguro que puede venderlo.

Aquel hombre miró fijamente el usado y sucio reloj que llevaba consigo desde hacía varios años, agarrándolo y guardandoselo en un bolsillo interior de su chaqueta. Se acababa de desprender del único recuerdo que mantenía de su época adolescente, como quien tira un juguete roto. Los sentimientos que

cualquiera podría sentir por algo que guarda durante tanto tiempo, quedaron esparcidos como las gotas de alcohol sobre su camisa.

Sin decir nada, el coche comenzó a andar, por lo que al guardarse el reloj dio a entender que la transacción había resultado afirmativa.

—¡S'accroupir!. ¡Allongez-vous sur les sièges! —¡Agáchese!,
¡Túmbese en los asientos!

Aquel hombre no paraba de hablar a Renee en francés, sin que este pudiera entenderle correctamente. Su acento imposibilitaba que pudiera acertar con su correcta pronunciación. Su comprensión del francés ascendía tan rápido como un globo repleto de helio, aunque no lo suficiente como para enfrentarse a un dialogo con aquel autóctono.

—¡Allez! ¡Allez!

Los constantes aspavientos del conductor, fueron los que le hicieron comprender. El hombre de color no cesaba en pedirle a Renee que se agachara sobre los asientos traseros del coche para que la policía del país, que asomaba con mayor frecuencia de la que a muchos les agradara, no pudiera verle. El problema venía en que él no se sentía seguro ante semejante tesitura. Continuamente trataba de observar el exterior levantando la cabeza levemente por la ventanilla, mientras el conductor le continuaba recriminando que se agachara repitiendo dichos gestos con las manos.

Renee cada vez estaba más intranquilo, pues desconocía si las intenciones de ese hombre pudieran ser más perniciosas. Quizá esperara obtener algún tipo de beneficio a su costa, pero este nunca podría llegar a producirse.

Tras algunos minutos, el coche se detuvo. El hombre de color farfullaba ininteligibles vocablos en un desconocido idioma. Renee fue avisado previamente de la existencia de unas setenta lenguas autóctonas propias de África Occidental. Estas son denominadas como “lenguas mandé”. Entre ellas, según la zona africana en la que se encontraba, predominarían el “bambara”, “dioula” o “yacouba”. Absolutamente indescriptible, la gesticulación era un idioma que nunca fallaría en ningún lugar del planeta. Finalmente y de este modo, terminaría indicando la llegada a su destino.

—¡Baisse-toi!. ¡Rapidement! —¡Bájese!. ¡Rápido!

Tras cumplir con las exaltadas demandas, Renee comprobó que no se encontraba en el lugar solicitado. Incomprensiblemente apareció en el puerto de Abiyán y a una distancia de unos ocho kilómetros de su destino exacto.

—¡Te dije en el rio, no en el puerto! —le increpó.

Desde su posición era capaz de distinguir “Le Port de pêche Awnan” y “Le Rive Gauche”, que indicaban la lejanía de su ubicación.

—¡¡Tu ne m’as pas beaucoup payé!! Prend le sentier de la forêt et tu arriveras dans quelques heures.

Tras la ira del conductor por no recibir compensación económica y aconsejarle lo que debía hacer para llegar a su destino, se puso en marcha para rápidamente desaparecer a través de la desalumbrada carretera de arena.

Renee observó una comitiva de la policía portuaria que se ocupaba de recorrer con sus lanchas los kilómetros del “Canal de Vridi” hasta la “Lagune Abidjan”. Su función consistía en que los marineros que estaban embarcados en cada uno de los diversos barcos atracados, y que habían desembarcado por diversos motivos, pudieran acceder sin problema a sus embarcaciones. Numerosos navíos quedaban anclados a lo largo del extenso río a causa de la masificación que asolaba al puerto de Abiyán, y que no podía acoger a todos sus inquilinos. Por ese motivo disponían de dicho privilegio en el puerto principal. A pesar de ello, sus intenciones poco éticas, hacían que fuera preferible pasar desapercibido entretanto agotaba su estancia en el puerto africano. La lógica le decía que aun siendo el camino más fácil y rápido de llegar a su barco, sería una insensatez acudir a ellos pues le pedirían su acreditación de marinero y como era natural, no contaba con una que no levantara ciertas preguntas. No podía arriesgarse a ser descubierto. Erró suficientes veces esa noche.

Al término del límite hormigonado, que diferenciaba la zona portuaria de la selvática, comenzaba un camino de tierra que le conducía cercando la orilla del río. A lo lejos, divisaba el enorme barco de carga tras el que había atracado su más modesta embarcación. Larga caminata aun debía pasar a horas tan intempestivas para después tener que informar del gran fiasco causado.

Tras varios metros desalumbrados, en soledad y con la única luminosidad de la luna y los barcos próximos, el camino finalizaba para adentrarse en la profunda selva. Pese a su lógico recelo, no tenía más remedio que avanzar a través de aquel estrambótico y siniestro paraje. La iluminación ya era escasa y los sonidos espeluznantes se volvían incesantes. Crujidos, alaridos, chillidos, ... todos parecían aunarse e incrementarse con cada paso que daba. Se sentía como una presa esperando para ser cazado. Brillantes puntos luminosos se distinguían entre la maleza cercana. Las hojas eran movidas por un viento inexistente, mientras percibía como le perseguían aquellos puntos radiantes y resplandecientes que flotaban en el aire.

Nervioso, aumentó el paso todo lo que su vista le permitía, pues no era capaz de divisar más allá de tres metros de distancia, aunque a sabiendas de lo

correcto de sus pasos por el flujo del trascurso del río.

Cuando por fin fue capaz de divisar su nave, tras casi dos horas de insufrible caminata, un nuevo contratiempo se cebó con él. Por aquella zona del río, había un lanchero que recibía ciertos honorarios por aproximar a los marineros a sus respectivos navíos a lo largo de la enorme laguna, pero que por aquellas horas no estaba presente.

«Podría esperar aquí hasta que amaneciera».

Aquella opción se filtró seriamente por su cabeza, pero cuando se sentó en una de las enormes piedras a la orilla de la laguna, esa idea fue perdiendo peso.

A escasa distancia, protegidos por la frondosidad de la jungla, distinguió como un grupo de indígenas le observaban fijamente. Como forastero, claramente estaba invadiendo su territorio e ignoraba las represarías que podrían tomar contra él. Tenía dos opciones; esperar al amanecer y arriesgarse a que aquel grupo de hombres semidesnudos y armados con rudimentarias armas quizás fueran a por él, o tratar de cruzar el río. Esta segunda opción, poco descabellada para un buen nadador como él y sin miedo por la profundidad, la consideró viable pues tampoco le importunaban las aguas oscuras. El inconveniente residía en que en la mañana del desembarco y a plena luz del día, esas aguas estaban infestadas de serpientes venenosas propias de la zona. Una imagen bastante entretenida por aquel entonces, pero actualmente nada alentadora. El miedo era de tal envergadura, que sin duda temía más lo que sus ojos alcanzaban a ver. Así, al menor movimiento de uno de los miembros del grupo, se lanzó imprudentemente hacia las oscuras aguas sin tiempo de reflexionar la sensatez de su acción.

El agua se sentía helada, aunque el temor paliaba todo el frío. Creía notar extrañas corrientes a gran velocidad, que provocaban vibraciones acechando los alrededores de su cuerpo, pero desconocía si se trataba de una realidad o una imaginación. Nunca fue considerado apto para convertirse en un nadador profesional, pero lo hubiera conseguido de nadar tan rápido como en aquel momento. Se encontraba impulsado por un sobresalto angustioso que le había llevado a lanzarse a aguas desconocidas, y una vez en ellas, el pavor a ser atacado por alguna de aquellas serpientes marinas, hacía que se moviera más rápido que nunca.

Cuando por fin llegó a la escalerilla metálica del barco, no era capaz de creer su lograda hazaña. Se sentía libre y a salvo. Sentimiento que duraría poco en desvanecerse.

—¿Qué estás haciendo loco? —le preguntó uno de sus compañeros de expedición, alarmado por el ruido.

—Se me ha complicado mucho el llegar hasta aquí. He tenido que caminar desde el puerto.

Aquel hombre lo observaba con una mezcla de incredulidad y escepticismo. Totalmente mojado, insólitamente había cruzado nadando los más de cincuenta metros del ancho del río. Por increíble que pudiera exhibirse lo que estaban viendo sus ojos, se mostraba mucho más interesado por la consecución de su cometido que por su estado.

—¿Has hecho tu trabajo? —le preguntó ansioso.

—(...) —el silencio se hizo notorio—. He tenido un problema.

«Debo llegar cuanto antes»

Renee abrió la puerta del coche dejando entrar una bocanada de aire gélido. Su cuerpo abandonó momentáneamente el calor del interior del auto y dejó paso a la fría noche invernal. En solo un segundo, un escalofrío recorrió todo su cuerpo y su piel renunció a esa sensación térmica de abrigo, pareciendo que sus propios huesos se volvían hielo. Sin tardar abrió la entrada del conductor, volviendo al reconfortante calor del interior del vehículo. Giró la llave del contacto que seguía puesta y arrancó el coche.

«Espero llegar a tiempo»

Sin más demora volvió a iniciar la marcha, abandonando el diminuto *parking* de la gasolinera y adentrándose en la sinuosa carretera que le conduciría a su paradero.

Capítulo 10

David y Martín tomaron el vuelo de las 20.05 horas, que partía desde el hasta hace poco renombrado aeropuerto “Adolfo Suarez-Barajas”, con destino al aeropuerto “Roissy-Charles de Gaulle”. Situado a veinticinco kilómetros de París, dirección noreste. Ambos complejos aeroportuarios deben sus nombres tanto al enclave en el que se sitúan como a dos grandes gobernantes de cada respectivo país, que aunque en épocas muy dispares, precedían de tiempos difíciles para un pueblo oprimido, y como hombres valerosos y de corazón supieron hacer resurgir su nación.

Uno y otro se encontraba sentados en la zona del ala derecha del Airbus A-321, muy próximos a la salida de emergencia. David observaba continuamente a través de la diminuta la ventanilla mientras Martín a su lado, no entendía como le podía producir semejante pavor el viaje.

—¿Estás bien, David?

David, absolutamente absorto, mantenía la mirada fija en el cristal. Contemplaba el tránsito de las nubes bajo su cabeza, o el continuo movimiento rotatorio del motor, capaz de hipnotizarlo. No cesaba en su vista al exterior como si de ello dependiera su propia seguridad. Agarraba el asiento con fuerza con todos los músculos de su cuerpo permaneciendo en constante rigidez. Su rostro mostraba lo tenso de la situación pues no hallaba ápice alguno de relajación. Solo angustia.

—Sabes que tengo pavor al avión. No soporto las cosas que escapan a mi control. Y sobre todo estar dentro de un fuselaje de cincuenta mil kilogramos, con casi doscientas personas dentro y que puede surcar el cielo a casi doce mil metros de techo de servicio, a más de ochocientos kilómetros por hora.

«En ocasiones, no se puede decir que la creación del hombre sea natural»

El pánico que David sentía a volar, era de tal envergadura que le había llevado a estudiar todo lo relacionado con los aviones. Términos, características, seguridad, posibles problemas y soluciones, historia de los accidentes,... Un exhaustivo e incluso obsesivo seguimiento.

Su respiración era agitada, sus manos no cesaban de una incesante transpiración, su rostro denotaba el miedo que sentía sin necesidad de articular palabra. Era una situación de sufrimiento continuo que con el paso de los años y la experiencia en diversos viajes aéreos no conseguía mitigar. Al contrario, experimentaba como iba en aumento. La experiencia le mostró como contrarrestar ese calvario, para que resultase más llevadero. En una ocasión visitó la consulta de un psiquiatra de confianza, recomendado por un compañero de trabajo y antiguo colega de la facultad. Este le aconsejó diferentes técnicas de relajación, hipnosis o terapia. Pero el modo más rápido y efectivo por el que podía optar en el momento de subir, era la medicación. Un simple relajante le otorgaría las suficientes horas de sueño para evitar tan mal trago. Al ser consciente del viaje que le aguardaba, no olvidó guardar tan importante elemento, por lo que se apresuró a tomarlas para así no tener que sufrir el trayecto de más de dos horas.

Poco a poco, su cuerpo fue venciendo el deseo de mantenerse alerta. Su mente en persistente disputa con sus músculos, pues la primera pretendía estar en constante ojo avizor dondequiera que acechara el peligro, pero la segunda ansiaba descansar. Escasos minutos después, los señores del sueño llevaron a cabo su labor.

«¡Tanta evolución, se termina convirtiendo en involución!»

No siempre resultaba tan simple, pues podía recordar una experiencia muy contraria. Su primer viaje a México para participar en un congreso de la Universidad de Guadalajara en Jalisco, le ayudó a comprobar cómo los relajantes no surtieron ningún efecto. Sus nervios eran de tal magnitud que por horas observaba hipnotizado el movimiento de las nubes, que más tarde daba paso a una inverosímil lobreguez. Incapaz de atender su reloj, realizaba cálculos sobre el tránsito de las horas. Dicha extraña labor, la realizaba con arreglo al horario de despegue y el del amanecer, para de una forma orientativa, conocer el tiempo restante del trayecto. Sería tan sencillo como ojear su reloj de muñeca, pero necesitaba tener la mente tan ocupada que por deplorable que fuera la excusa, era perfecta.

«Un auténtico calvario»

Tras dos horas de un soporífero vuelo, Martín se apresuró a despertar a su compañero, quien lo hizo sobresaltado y desconcertado. A lo lejos podía distinguir aquel “monstruo de hierro”, como era definido en su época de construcción, de trescientos veinticuatro metros de altura y finalizada en Marzo de 1889. El símbolo de la ciudad y en la actualidad de toda una nación, “La Tour Eiffel”. Inevitable recordar como escasos meses atrás, se encontraba

disfrutando de su encanto junto a Sarah. Subieron al cielo de París, para grabar sus nombres en la roída madera por tanto “vandalismo romántico”.

«Las 22.15 y aterrizando»

Nada más pisar tierra firme, la cara y la actitud de David cambió como el arcoíris que nace tras una imponente tormenta. Se sentía una persona nueva y así lo hacía ver.

Tras atravesar las diversas salas sin espera ninguna debido a la ausencia de equipaje, se apresuraron a visitar un *stand* donde alquilaron un coche para recorrer lo antes y más cómodamente posible, los poco más de cincuenta kilómetros que los separaban de Meaux. Pese al horario, no encontraron problema gracias a la inestimable ayuda de un antiguo amigo de la infancia. Al no ser la primera vez que escogía este tipo de servicio, sus datos ya estaban incorporados en su base. Ahorrando un tiempo valioso.

Durante el trayecto, David no podía evitar observar su alrededor con añoranza. Observaba con la mirada de un niño las señalizaciones que indicaban la proximidad del parque “Disneylandia”, que más de una vez había visitado junto a su madre. Incluso el peaje que tanto le incordiaba, ahora estaba encantado de pagar unas monedas que casualmente guardaba en la cartera.

Tras poco menos de una hora de viaje, una vez en Meaux podía respirar su gélido aire de nuevo, que soplaba sin cesar como si tratase de darle la bienvenida. Estaba en casa. Podía sentir el abrigo de sus extensas verdes campiñas, en aquel momento inapreciables para sus ojos por la oscuridad de la noche, pero capaz de reconocer en su mente.

Atravesando “Le Pont Jean Bureau” pudo distinguir, para su deleite, el extenso río “La Marne”, por donde tantos paseos se regalaba. Emergió por “Le Pont Neuf” como si de un afluente se tratara, circulando a través de “La Rue Aristide Briand”, observando con detenimiento cada casa, cada edificio, cada comercio como si llevara años sin transitar esas calles, y aun así las recorría de forma sistemática.

Prácticamente sin apreciar por donde conducía, concluyó su trayecto hasta llegar a su esperado destino.

«Mi hogar»

En la entrada encontró una mujer apostada en la puerta, que por la expresión corporal, esperaba impaciente. David salió raudo del vehículo, fundiéndose en un intenso abrazo con ella. Sus rasgos faciales ya no mostraban a la joven que una vez fue, sin embargo, su rostro reflejaba una

felicidad plena cuando sus cansadas manos pudieron sentir el suave tacto del joven.

—Hola madre, te he extrañado —le dijo David.

—Cariño...

—Madre, este es Martín Castor, el profesor del que te he hablado — presentó educadamente David.

—“Bonne nuit madame, enchanté de vous avoir rencontré”

Ambos se sorprendieron ante la impecable pronunciación en francés que acababa de desplegar aquel cohibido profesor.

Una vez realizados todos los saludos y la correspondiente presentación, los tres atravesaron el pequeño porche de color crema, iluminado por dos farolillos que le ayudaron a adentrarse en la casa. David no era capaz de dejar de observar su alrededor. Palpaba las blancas paredes de la entrada mirando fijamente las fotografías colgadas. Notaba el inconfundible olor a bizcocho recién horneado y el crujido en una parte de la madera del suelo en la misma entrada. Nunca recordaba arreglarlo, sin atender que su técnica en reparaciones del hogar era limitada.

—Escasos meses sin ver estas paredes, pero eternos han parecido.

Al cruzar la holgada puerta, mientras los recién llegados se disponían a sentarse en el sofá ligeramente extenuados por el viaje, la señora Soriente se dirigió hacia la cocina para servir una bebida caliente.

—Traeré un poco de té recién hecho.

Al entrar en la cocina se dirigió hasta la tetera de porcelana que dejó colocada en la encimera de granito, cogiendo tres pequeños vasos para el té, dirigiéndose de nuevo hacia el salón donde esperaban sus recién llegados visitantes. Con una gran y sincera sonrisa en su cara, sirvió una taza de té rojo caliente a cada uno para combatir el frío de la noche invernal, mientras charlaban amenamente sobre la infancia de David entre aquellas paredes. La distendida charla tuvo que ser interrumpida por un tema de menor regocijo.

—David, ¿no deberías compartir con la señora Soriente lo sucedido hoy? —dijo Martín mientras daba un generoso sorbo a su taza.

La señora Soriente comenzó a alterar el entusiasmado semblante de su tenue rostro.

—Supongo que será lo mejor —continuó él—. Justo cuando esta tarde he recibido la carta, ha sucedido un hecho extraño. Seguramente creerás que estoy paranoico pero interpreté que todo era parte de un plan elaborado contra mí.

La cara de su madre no cesaba en su estupor.

—Al llegar a la universidad, —continuó este—, ha detonado un artefacto de reducido calibre, cuya explosión era muy pequeña para creer en un atentado. No obstante, esa era nuestra primera teoría, pero pensando en la pequeña magnitud, el objetivo tenía que ser de menor tamaño. Martín me dijo que el mismo misterioso hombre que vimos hoy y que salió huyendo del escenario del suceso, era el mismo que ayer estaba preguntando por mí.

Martín se apresuro a mirar tanto a David como a su madre, cómplice del horror vivido.

—No tenemos ni idea del porque, —continuo hablando Martín— pero los hechos dejan pensar que hay alguien que intenta dañar a su hijo. Claro está, desconocemos de quien se trata y las razones que lo mueven.

Martín comenzaba a tener problemas para hablar. Las palabras se aglutinaban en su boca y tenían dificultad para salir con coherencia.

—“Seniora, uted nu tindra...”.

Comenzaba a balbucear vocablos sin sentido, y mareado se movía de un lado a otro apoyándose en los brazos de la butaca. Sus ojos se cerraban y abrían continuamente.

—Martín, ¿estás bien?, ¿qué te pasa? —preguntó David levantándose sobresaltado.

Hasta que de pronto se quedó sin habla y su cuerpo se venció recostándose en la confortable butaca en la que estaba sentado. Sin conocimiento. Respiraba, pero no reaccionaba a los leves golpes recibidos en el rostro. Sus intentos por hacerle reaccionar resultaban en vano.

—David, ¡déjalo! —le replicó su madre—. No le pasa nada. Está dormido.

—¿Cómo dormido?. ¿Cómo lo sabes?

—Porque yo lo he provocado.

Capítulo 11

«La una de la madrugada»

El cansancio comenzaba a hacer mella en aquel hombre que llevaba al volante varias horas sin descanso. La desesperación se apoderaba de él pues no lograba verle fin a aquella interminable y oscura carretera de asfalto. Sentía un continuo picor en sus ojos que le dificultaba la concentración. Los abría y cerraba con demasiada frecuencia mientras notaba como el sonido de las bandas sonoras de la carretera, se convertía en una música penetrante en sus tímpanos.

De pronto, una intensa luz se acrecentaba a toda velocidad por su espalda. Se aproximaba hasta su posición como si una estela de meteoro que atraviesa la atmosfera terrestre se tratase, inundando todo cuanto podían alcanzar a ver sus mermados ojos. Imposibilitando seguir con la marcha por un temor más que fundado a una probable colisión.

Intentaba disminuir la velocidad. Realizaba indicaciones para que cesara. Nada. Aquel vehículo continuaba a su espalda como si de un perro buscando un hueso se tratara.

Tras unos intentos infructuosos para zafarse, su mente se activó como un sistema de alarma, mostrando una señal de alerta.

«Esto no es normal»

Renee comenzó a sospechar que la circunstancia que estaba padeciendo, no se trataría de un simple conductor encolerizado.

«No podía ser»

Debería tratarse de algo peor. Estaba convencido de ver una oscura mano orquestando la maniobra para hacerse con él. Y no estaba dispuesto a consentirlo. Su mente comenzó a segregarse endorfinas, su cuerpo se preparaba para un plan de huida que debería ejecutarse sin fallo alguno si quería escapar airoso.

Apretó el pedal del acelerador al máximo, incrementando progresivamente la velocidad del vehículo de pequeña cilindrada que

manejaba. Sobrepasaba los cómodos ciento veinte por hora que dicta la ley de carreteras, para alcanzar unos más que temerosos ciento ochenta.

En aquel momento agradecía enormemente una carretera tan solitaria, pues una gran confluencia de tráfico hubiera repercutido negativamente en su huida. Esta pronto pareció carecer de sentido pues aquellas cegadoras luces, cada vez se hacían más diminutas hasta terminar por desvanecerse en la lejanía.

Como hombre sumamente desconfiado, recorrió varios kilómetros para confirmar la completa desaparición de las mismas, ya que no era capaz de apreciarlas nuevamente. Al existir la posibilidad de haber incurrido en un error por tan vanas teorías, era mejor verificar su eventual equivocación.

«Me estoy volviendo paranoico...»

Su cuerpo comenzaba a eliminar tensión acumulada al mismo tiempo que su mente se despejaba de odiosos visitantes. Los acontecimientos acaecidos habían provocado que Renee aumentara en un gran porcentaje su lucidez al volante, por lo que volvía a encontrarse activo para recorrer los aparentemente exiguos kilómetros que restaban.

—¡Estoy impaciente por llegar!

Tras varias horas de monotonía y la vuelta a una tranquila y relajada marcha, sus ojos volvían a entornarse, regresando a un estado de relajación peligroso en una carretera.

«...»

«...»

—¡¡¡Nooooo!!!

Un gran golpe le hizo despertar de su ligero letargo, pero más que suficiente para provocar una colisión que se había producido contra el raíl protector de la carretera. El lateral del vehículo se levantó bruscamente, haciendo que Renee se golpeará la cabeza con el cristal de su ventana, provocando unas grietas en el mismo. El susto fue tremendo, pues el golpe le podría haber hecho perder la vida en un aparatoso accidente. Al recuperar el control, requería comprobar la ausencia de daños que impidieran proseguir con su trayecto, pero tras llevar su mano a la cabeza pudo comprobar que estaba sangrando levemente.

—¡Pararé un momento!

Justo cuando otro gran golpe sacudió la parte trasera del vehículo. Esta vez se encontraba totalmente lúcido, por lo que no comprendía de donde provenía. Instantáneamente, tras de sí volvieron a emerger las enormes luces

que creía haber dejado en el olvido, pero que para su padecimiento volvieron a convertirse en una cruel realidad.

Como si de una feroz tormenta que descarga toda su furia, Renee se encontraba en el ojo de la misma, bregando por continuar a pesar de las adversidades.

Mientras trazaba el plan, podía sentir como comenzaba a perder el control del vehículo. El coche daba bandazos y él luchaba por qué no saliera del asfalto. Colisionó nuevamente contra el raíl protector. Saltaban chispas provocadas por el contacto del aluminio, sumada a la alta velocidad. Al mirar por los espejos pudo comprobar como de sus neumáticos, no cesaban de desprenderse trozos de goma, hasta quedar la llanta por completo besando el asfalto.

—¿Les han disparado?

Sin tiempo para procesar lo que estaba ocurriendo, propinó un brusco giro del volante para evitar caer por una cuneta. Fue entonces cuando terminó perdiendo totalmente el control del vehículo, volcando irremediabilmente contra el duro asfalto. Aquella pequeña tartana de tres puertas, dio dos vueltas de campana y se detuvo fuera de los límites de la carretera. La disminución de la velocidad, su pericia y prontitud de reacción le salvo de un malogrado desenlace.

Una vez el maltrecho vehículo se encontraba boca abajo, atrapado en ese amasijo de hierro y aluminio, pudo sentir unos pasos que se acercaban prudentemente hasta él. Intentaba liberarse a toda costa del cinturón que lo mantenía atrapado. El mismo que le había salvado la vida, paradójicamente, ahora provocaba el efecto contrario. De repente cayó al suelo sobre su dolorida espalda, preguntándose como lo habrían encontrado. A causa de la inercia de su posición o por puro instinto, llevó la vista a su brazo derecho.

«¿Será...?»

Se encontraba sumamente magullado y dolorido, pero podía sentir que el golpe no había provocado la pérdida funcional en ninguna extremidad de su cuerpo, por lo que todavía se podría valer por sí mismo para salir de aquella situación.

Su visión se encontraba parcialmente nublada y podía escuchar con dificultad. La herida de su cabeza parecía haber aumentado pues la sangre teñía su ropa. Superficialmente, trató de discernir si tenía alguna herida de especial consideración, pero para su suerte solo encontró rasguños superficiales sin importancia.

Se encontraba en una posición inverosímil y nada cómoda como para intentar razonar quien se aproximaba. Observaba a su alrededor pese a la oscuridad que aun asolaba aquel nuevo día, para tratar de encontrar una manera de evitar su captura. Antes de proseguir, se retorció sobre el tejado del coche para acomodar su posición, cuando de repente pudo distinguir a través de la ventanilla del copiloto un arma que apuntaba en su dirección. Escuchó un silbido y sintió un intenso dolor en su nuca.

Tras milésimas y una visión más que borrosa, notó su cuerpo siendo arrastrado por el asfalto.

No notaba dolor, ni desesperanza, ni inquietud. Solo deseaba cerrar los ojos y olvidar.

Capítulo 12

David estaba incrédulo. No entendía las razones que llevaban a su madre a sumir a su amigo a la inconsciencia. Más propio de una película de espionaje a las que estaba acostumbrado a seguir, pero no de una dulce mujer de sesenta y dos años cuya vida era un ejemplo de bondad y tranquilidad.

—David, confía en mí. Simplemente he utilizado un relajante común disuelto en su bebida, pero en una dosis alta para un efecto más potente. Lo he hecho porque por ahora es mejor que no conozca lo que estamos a punto de contarte. Debes comprender mis reticencias, pues ahora mismo desconozco en quien puedo confiar.

—¿Que no puede escuchar?, ¿escuchar el que?, y ¿cómo que estamos?. ¿De quién más estás hablando?

—Por favor, acompáñame arriba —finalizó la mujer.

Ambos se aproximaron al tramo de escaleras y comenzaron a subirlas de forma muy tranquila. David seguía los pasos de su madre, incrédulo, pues no entendía lo que estaba ocurriendo.

Al término, entraron en un pequeño despacho donde se encontraba un hombre sentado en una de las sillas de roble tallada a mano, con una carpeta azul encima de la mesa, mientras esperaba con las manos unidas y los dedos entrelazados.

—David, este hombre se hace llamar William Bari.

Mientras William se levantaba, David se acercó para estrecharle la mano con mirada escéptica. Ninguno de los dos dijo nada. En aquel momento sobraban las palabras.

Los tres se sentaron alrededor de la mesa circular de aquel pequeño espacio, como si del Rey Arturo se tratase, en su pequeña tabla redonda con sus caballeros, en un concilio para tratar asuntos del reino de Camelot.

—Ayer fue cuando William, —prosiguió la Señora Soriente tratando correr un tupido velo— dio a conocer su existencia por primera vez, con un mensaje difícil de creer. El motivo por el que te escribí, a consejo suyo, y por el que ahora estas aquí.

Ralentizado por el enojo, iba recobrando el hilo del tema por el que debían valerse todos sus sentidos.

—Me recomendó un tipo de correo tan poco utilizado en la actualidad, que nadie se molestaría en intentar cotejarlo. Tan visible que incluso sin dificultad pasaría desapercibido. Aun así ya sabes que yo siempre trato de tomar mis precauciones, pero lo que nunca pensé fue que vendrías acompañado. David, ha llegado el momento que empieces a saber la verdad —exclamó la señora Soriente con una tensión cada vez más palpable.

—¿La verdad sobre qué? —preguntó intranquilo.

Una sutil pausa en silencio, resultó más estrepitosa que cualquier potente voz. Fue sencillo desarbolar la apacible actitud de David, quien no esperaba tanto misticismo.

—Tenía una hermana menor de la que tú nunca has oído hablar, de hecho, el contacto entre nosotras era esporádico. Desde que eras niño, en ocasiones recibía alguna visita suya, no permaneciendo más de unas escasas horas. Lo hacía porque ella siempre se ha interesado por tu vida y así lo demostraba. Su amor por ti era tan real como las palabras que estas escuchando. La razón por la que te cuento esta historia tan extraña, es que hace escasos días ha fallecido en extrañas circunstancias y el señor Bari se ha molestado en venir a informarme sobre esta desgraciada noticia.

—Madre, —interrumpió David— no te ofendas pero no entiendo nada. ¿Qué tiene que ver todo esto conmigo?

Un tenso silencio se hizo eco dentro de la sala. La señora Soriente no podía mantener la penetrante mirada de su querido David, presa de la ansiedad ante su reacción.

—David... yo no soy tu madre biológica.

A pocos kilómetros de la casa, un imponente hombre acababa de aterrizar con su *jet* privado “Dassault Falcon 900” de tres motores y doce metros de longitud de cabina en el aeropuerto de Paris-Orly.

Un sequito de hombres, que no pasaban desapercibidos precisamente, se apresuraba a recoger sus pertenencias y acompañarlo a la enorme limusina negra de veinte metros y cristales ahumados, que lo llevaba esperando varios minutos pacientemente. Todo lujo al alcance de escasas personas.

—¿Qué tal el vuelo señor? —dijo uno de ellos.

—Largo, demasiado largo —contestó sin alzar la mirada, comenzando a introducirse en el coche.

—Dicen que Nueva York atraviesa un fuerte temporal de viento y nieve. Por poco no puede despegar, ¿cierto? —volvió a preguntar el hombre de

menuda estatura, intentando iniciar una amistosa conversación.

El problema que se encontró fue que aquel pretencioso hombre ni se molestó en apreciar la procedencia de la pregunta. Se limitó a acomodarse en el enorme y lujoso vehículo, cerrando su puerta nada más terminar de escuchar la pregunta. Al instante, iniciaron la marcha dejando atrás el gigantesco complejo abarrotado de aviones.

El hombre contemplaba tranquilamente el paisaje y las estrellas a través del no tan pequeño cristal en el techo del vehículo, hasta que bajó su cansada mirada en dirección al corpulento hombre que se encontraba sentado al otro lado.

—Celebremos la llegada a la ciudad de la luz y a la nación del mejor *Champagne*.

El fornido hombre agarró una botella de “Dom Perignon Plenitude” cosecha de 1998, abriéndola con pasmosa facilidad como si de liviano papel se tratara. Sirvió una copa a rebosar, no pudiendo evitar derramar un poco de espuma sobre el suelo de moqueta de la majestuosa limusina.

—Disculpe señor, ahora mismo lo limpio señor.

La mirada, cual gato acobardado, discernía en gran medida de la simple apariencia de aquel robusto y corpulento hombre. Cuyo cometido distaba mucho de las labores de un guardaespaldas corriente.

En el momento en el que le entregó la copa, comenzó a degustarla como el que paladea un sabor tiempo atrás olvidado. Disfrutando cada sorbo de ese maravilloso néctar. Tras eso se recostó en el regazo del comfortable asiento, esperando no demorarse en la llegada a su destino.

«Yo no soy tu madre»

Esas palabras comprimían su cabeza, como el exceso de aire las paredes de un globo a punto de explotar. No admitía como auténtico lo que sus oídos estaban escuchando.

«Yo no soy tu madre...» —repetía.

—Por favor David, escúchame. La mujer de quien te hablo, mi hermana pequeña, es tu madre biológica. Cuando no eras más que un bebé, viniste a vivir conmigo a esta casa. Su peligroso trabajo le hizo tomar la decisión más delicada jamás pensada. No existe y nunca ha existido mayor razón que la de protegerte, para que llevaras una vida tranquila y en libertad. Ese era su deseo por lo que ante los ojos del mundo, e incluidos los tuyos, yo sería tu madre. Ella pertenecía a una agencia encargada en la recuperación y conservación de antiguos tesoros ocultos. Aquellos que a lo largo del paso de los años, nadie había sido capaz de revelar a la sociedad. Desconozco como, cuando o porque

lo hizo, pues nunca me ha querido contar la verdad, pero la única y auténtica certeza es que ese fue su gran error. Su absoluta perdición, que la abocó a una vida llena de bruma y desgracia. Mucho tiempo hacia que tristemente habíamos perdido el contacto, a causa de insignificantes disputas familiares, que con el paso del tiempo y sumado a la apatía de ambas, terminaron por parecer insalvables. Una imprevista tarde, tocó a mi puerta con una pequeña sorpresa entre sus brazos, rogando mi ayuda. Aun con tal extraña situación, no accedió a darme demasiadas explicaciones de cómo terminó aquí, solo se limitó a contarme la historia de cómo llegaste al mundo. Me suplicó que os diera cobijo durante un tiempo. «No era necesario que lo hiciera por ella, me dijo, que solo lo hiciera por ti». Lógicamente, incluso con tanto misterio, accedí.

A los pocos días, los tres buscamos un refugio más seguro en una casa en la sierra de una ciudad al sur de España, llamada Almería. Nos instalamos en un recóndito pueblo de un lugar perdido llamado “La alpujarra”, cuya villa exacta no soy capaz de recordar. En el transcurso de aquellos días de absoluta soledad, no pudo evitar referirse a todo lo pasado desde un tiempo atrás. El desahogo que hacía tiempo que no sentía, le hizo más vulnerable, para terminar revelando más sucesos padecidos en su pasado. Tu madre era una mujer ambiciosa y aspiraba a resolver los grandes enigmas del mundo. Su pasión eran los tesoros históricos que perduraban escondidos por años. Aquellos incapaces de encontrar, sin importar los recursos disponibles. Eran su pasión. Sin embargo, poco a poco tenía la sensación que un cerco cada vez más estrecho se cernía sobre ella. Pese a no querer ser consciente de la realidad, si realmente quería protegernos no podría seguir mucho tiempo con nosotros pues levantaría sospechas, comenzarían a hacerse preguntas, para finalmente dar con su paradero. En sus palabras, «esa gente es implacable». Se tuvo que marchar. Con gran dolor en su corazón, era su única opción.

Nunca se olvidó de ti. No le importaba correr riesgos para solo verte unos pocos minutos desde la ventana sin que te percataras, o cuando salías del colegio desde la distancia. Todo por su amor hacia su querido hijo.

La voz de la mujer tildaba de gran emoción. Mientras agarraba las manos de David al hablar, sus ojos se volvían cristalinos.

—Aquí es donde entra el hasta ayer desconocido, señor William Bari.

Recostado sobre el respaldo de la silla, no pudo evitar incorporarse para dar comienzo su especie de alegato. Pretendía convencer tanto a David como a la Señora Soriente, de una historia difícil de manejar para quien no temía expresar su recelo.

—Tu madre y yo, —comenzó William —teníamos un pacto. Ese pacto consistía en que si algo nos pasaba a alguno de los dos, el otro prometería acudir a su familia para desvelarle su verdad. Nuestras historias eran muy similares, con la importante salvedad que ella salvó mi vida en una ocasión, estando así en deuda con ella. Desafortunadamente no conseguí devolverle el favor, por lo que ayudaré a la persona más importante para ella. Su hijo David Soriente. Los dos trabajamos para la “SAHFA”, pero cansados de sus métodos poco éticos y destructivos moralmente, decidimos huir. Hemos vivido como nómadas desde entonces. Sin paradero fijo. No más de pocos meses permanecíamos en el mismo lugar sin un motivo para ello. Siempre seguíamos alguna pista. Quizá nuestros esfuerzos, en ocasiones no obtuvieran recompensa, pero tu madre era una de las mejores en lo que hacía, y te ha legado su trozo de historia. Poseía unos documentos, concebidos para marcar la ubicación exacta del paradero de un importante objeto encontrado. Un preciado tesoro de relevancia histórica. Lamentablemente esos documentos sufrieron un desgraciado accidente, dejándolos muy deteriorados. Danielle era una mujer muy meticulosa y no dejaba nada al azar, por lo que cifró los documentos con algún tipo de código secreto para que no pudieran ser leídos por ojos erróneos.

—Danielle, —dijo en voz alta David—. Ese era su nombre. Danielle.

El joven astrónomo continuaba desconcertado ante tales acontecimientos, pero aun así deseoso por seguir escuchando sin perder ápice de la excitante historia.

—Todas sus notas y mensajes están escritas con algún tipo de mensaje cifrado. Entiendo que ustedes sabrán resolverlo, o al menos usted señora Soriente, ya que ella especificó que se los entregara exclusivamente. En caso contrario, todo esto no serviría de absolutamente nada. Aunque les puedo asegurar que este no es el mayor de los problemas.

Estos días nos encontrábamos en las proximidades, ya que Danielle quería verse con la señora Soriente. Se encontraba muy interesada en conversar con ella sobre unos últimos acontecimientos bastante relevantes, cuando nos sorprendieron en nuestra casa franca. Aun no he podido comprender como nos localizaron ya que era un recóndito lugar en las afueras de París, a no demasiados kilómetros de distancia de la suya. Una pequeña casa abandonada que perteneció a su familia tiempo atrás. No existían documentos, ni pistas sobre ese lugar. Todo fue meticulosamente eliminado para poder establecernos. Pero de nada sirvió.

Los acontecimientos que se desarrollaron esa noche fueron funestos. Debería haber transcurrido un crepúsculo como otro cualquiera. Apenas llevábamos dos jornadas y simplemente estábamos reconociendo el terreno para que Danielle pudiera ponerse en contacto con ella —dijo dirigiendo su mirada a la señora Soriente—. Se encontraba en la parte superior, pues adoraba tomarse una taza de café mientras leía un libro al aire libre. Pero aquella noche el tiempo era muy desapacible para ello, por lo que decidió permanecer cercana a la puerta, contemplando la oscuridad invernal. Yo me encontraba varios metros adentrándome en el bosque, tratando verificar la seguridad del perímetro, cuando sin esperarlo escuché una potente voz que provenía del interior de la casa. Corrí cuanto pude a través de la densa arboleda, cuyas afiladas ramas no cesaban de impactar en mi rostro y brazos, pero no fue suficiente. En la zona superior divisé dos hombres que portaban un immaculado traje y el rostro oculto, por lo que ya sabía lo que buscaban. Era consciente que si iban tras ella nos podrían atrapar a los dos, y eso era algo que ella misma no me hubiera perdonado nunca. Hablábamos mucho de esa posible circunstancia pues la confrontación cuerpo a cuerpo no era nuestra mejor baza. El sigilo era nuestra arma y nuestro claro objetivo, salvaguardar la documentación. Decidió quedarse y distraerlos para ayudarme a escapar, demostrando un coraje que nunca había visto. Sacrificándose. Yo no sé si hubiera sido capaz de hacer lo mismo...

Retrocedí varios pasos. La noche y la gran tormenta que acontecía me ayudaron a permanecer oculto. Como pude me escondí entre los boscosos árboles, con los campos de trigo y cebada tras de mí, sin dejar de observar la casa. Aun desde la distancia podía distinguir su silueta forcejeando con uno de ellos, hasta que el mayor de los horrores se apoderó de mí. La vi caer. Presenció como la golpeaban hasta que su abatido cuerpo, escapó momentáneamente de mi campo de visión. Ese mismo hombre la agarró, cargándola sobre su peso, desapareciendo de mi perspectiva. La desesperación se apoderó de mí. Aunque con gran pesar no podía ayudarla, pero tampoco alejarme. No sin los documentos por los que ella se estaba sacrificando. Tras algunos minutos esperando bajo la intensa lluvia que no cesaba, divisé una cortina de humo saliendo de las ventanas de la planta baja. En escasos segundos comencé a vislumbrar las primeras llamas de intenso color amarillo y rojizo que abocaban a una inesperada e intensa luz, empezando a dilucidarse a varios metros de distancia. El humo inundaba los alrededores, siendo la oscuridad la única barrera para no ser visto por las cercanías, aunque en escasos minutos acabaría siendo atisbado por varios

lugareños de las proximidades. Sin demora, vi a los dos hombres saliendo por la puerta principal de la casa. Se detuvieron, teléfono en mano, tratando de realizar una llamada cuando se deleitaban ante tal escabrosa visión. En sus gestos corporales no existían ni reparos ni escrúpulos en sus acciones. Al terminar la corta llamada, se apresuraron a salir del lugar dejándolo libre de todo peligro. Fue entonces cuando comencé a avanzar. Consciente de la seguridad de la zona, me acerqué donde guardábamos la documentación, prácticamente destruida por las llamas. Me hice con lo poco que quedaba de ella y escape de allí antes de un peor desenlace. Imprudentemente, me aproximé hasta la zona principal donde pude distinguir su cuerpo sobre el suelo. Inerte. Era una visión que nunca debería haber visto y que casi me cuesta la vida.

William comenzó a quitarse el abrigo que vestía, dejando ver a la perfecta luz artificial, una gran abrasión en su brazo derecho y parte de su torso, producto de su internada en aquellas llamaradas.

—Por ese motivo —continuó— ahora estoy aquí. Tu madre tenía guardado unos objetos de incalculable valor histórico, encontrados durante sus búsquedas. En esta carpeta tienes una serie de indicaciones para poder hacerte con ellos. Entiendo que todo esto será una gran sorpresa. Soy consciente de ello. Pero he de decirte que tu madre fue una gran mujer y no quiso que tú pagaras el engaño y la trampa a la que fue sometida. Ella no buscaba la ambición económica, sino la moral y la personal, pero con tu llegada no podía arriesgarse a fugarse simplemente pues sabía que os encontrarían, por lo que tuvo que permanecer en aquel infierno el tiempo necesario hasta que fuera posible una huida segura. Te pido que cumplas su deseo, pues tú eras la única razón que la impulsaba a seguir adelante.

—¡Parece que ya he escuchado bastante! —dijo una extraña voz masculina.

Su rostro permanecía oculto tras una extraña y pintoresca máscara de múltiples y variadas tonalidades, capaces de distinguirse desde la distancia. El oscuro traje que vestía, realzaba sus vivos colores, además de resaltar el blanco de los guantes de sus manos.

De pronto la habitación comenzó a llenarse de humo blanco. La respiración era cada vez más dificultosa. Tosían. Los ojos les lagrimeaban. Las fuerzas y el equilibrio abandonaban su cuerpo.

—¿Pero qué...? Pero... —Intentaba decir David mientras terminaba por desplomarse.

—¡No puedes ser...! —increpó William.

La desconocida silueta de un hombre se dejó notar ligeramente por la sala al mismo tiempo que caminaba hacia ellos, hasta que de pronto William y la señora Soriente terminaron por acompañar a David en el suelo, sucumbiendo al humo.

Perdiendo la noción del espacio. Sin poder moverse, sin poder respirar, sin saber que les iba a suceder.

Capítulo 13

El extraño hombre salió de la casa de la Señora Soriente como alma que lleva al diablo. Con la carpeta sustraída en una mano, se apresuró a sacar su teléfono móvil del bolsillo de su chaqueta con la que le quedaba libre. Se limitó a pulsar únicamente dos teclas.

El tono de la llamada se fusionaba con su acelerada respiración, por la carrera que estaba realizando. Sentía cada zancada en el suelo que acompañaba el frío aire que inhalaba y le llegaba hasta los pulmones.

—¡Los tengo! Pero están calcinados...

—Sí, de acuerdo...

—Me pondré a ello de inmediato...

La conversación fue realmente escueta. A causa de la carrera tenía cierta dificultad a la hora de hablar por lo que resultó parco en palabras, siendo no obstante preciso.

Sin más que decir colgó el teléfono y lo volvió a guardar, en esta ocasión en el bolsillo derecho de su pantalón. Volvió a cambiar de mano los documentos y aumentando la velocidad de su carrera, se perdió entre las oscuras calles que dejaba tras su paso.

«Parezco un perro», se decía cuando sin reparo lo sentaron en una andrajosa silla, remangándole la camisa de cuadros rojos y negros que estaba estrenando.

El hombre que tenía frente a sí, se hizo con una especie de pequeña pistola que apoyó unos diez centímetros por encima de la muñeca. Sin previo aviso ni una señal para prepararse mentalmente, acciono el mecanismo introduciéndole ese minúsculo microchip de escasos milímetros. El dolor fue tan intenso que no pudo reprimir un ahogado quejido acompañado de una mueca que mostraba su aflicción. No esperaba sentir un calvario de la magnitud que estaba soportando.

—No te comportes como un crío —le dijo aquel hombre.

Todos los presentes de esa gran sala, evidenciaban estar curtidos en mil batallas. Sus rostros no mostraban expresión alguna. Fríos como el hielo,

como si nada ni nadie pudiera perturbarles. Pero él era un simple novato en aquellas lides. Nunca había estado tan al margen de la ley. Cuando solo era un imberbe adolescente, coqueteó ligeramente con la venta de estupefacientes o pequeños hurtos, con algún que otro ligero problema por violencia. Esto último, fue lo que en mayor medida provocó la salida del mejor trabajo del que disfrutó y que era capaz de realizar como ningún otro a su juicio. Pero ahora esto era mucho más extraño de lo que nunca se hubiera imaginado. Desconocido e incierto. Aunque miedo, no era precisamente lo que sentía.

Al despertar, Renee se encontraba maniatado y atrapado en una sala que sus ojos desconocían de manera absoluta. Era consciente de la voz que lo condujo hasta allí, aunque desconocía la mano ejecutora de tal macabra maniobra.

Al mirar a su alrededor solo pudo verse encerrado entre cuatro paredes mugrosas de no más de diez metros cuadrados de anchura y tres de altura. Distinguía tuberías, que olvidaron almacenar fluido alguno desde largo tiempo atrás. La mayoría se encontraban agujereadas y era capaz de avistar más de una rata atravesándolas. La humedad y el hedor más que evidente, impregnaba todo el habitáculo. Un ligero atisbo de esperanza se dejó notar en su pensamiento cuando observó luz en la habitación. Al alzar un poco la cabeza, pudo comprobar la existencia de una pequeña ventana por donde penetraba la luminosidad de la luna. En aquel instante, su mente ya trataba de encontrar una fructífera vía de escape.

La puerta que tenía frente a él comenzó a emitir un ligero chirrido, seguido del movimiento que indicaba que comenzaba a abrirse muy lentamente. Tras ella se dejó ver la silueta de un hombre menudo, no muy corpulento pero sí de posición imponente. Portaba lo que parecía unos papeles en su mano derecha, apoyándolos en una pequeña mesa de madera que apenas se mantenía en pie.

Poco a poco y con paso paulatino, se aproximó hasta donde se encontraba. La cara de Renee reflejaba la furia que ardía en su pecho. Intentaba abalanzarse contra él, pero al ejecutar movimientos tan bruscos, las ataduras de sus manos le provocaban más dolor del que ya sentía, por lo que no le quedó más remedio que desistir en su desesperada intentona.

—¡Hola Renee!

—¿Qué quieres de mí? —le contestaba sofocado.

—¡Cuánto tiempo desde la última vez! —le dijo aquel hombre a un palmo de su cara.

Renee no esbozó palabra pues era consciente que se perderían en el aire. Se limitó a mirarlo de manera desafiante con encolerizados ojos envueltos en sangre.

—El jefe no está contento contigo —prosiguió—. Al parecer has intentado hacer cosas por tu cuenta y sabes que eso no es lo más inteligente. Además, tu carente inteligencia no ofrece alternativa —le decía mientras daba ligeros toques en su cabeza.

Tras ser ligeramente golpeado, Renee expresó un leve quejido entre dientes, tratando de aguantar un extraño dolor que padecía. Estaba tan furioso que barbotaba amenazas ininteligibles.

—Tú eres como un perro, —hostigó— que corre detrás de un coche, sin saber la razón que lo mueve, porque cuando lo alcanza no sabe qué hacer. Solo deberías limitarte a seguir las órdenes que te mandan y cumplir con tu parte del trabajo, pero parece ser que ahora algo te mueve a caminar libre. El problema de la libertad es que cuando no la posees, no sabes que puede tener consecuencias. Tú eres un vil mercenario. Eres un diablo. Tu vida se resume en tus penosas acciones por lo que ahora no busques redención. No sé qué intentas ni me importa, pero no te equivoques, tus manos están tan impregnadas en sangre, que nunca las podrás limpiar.

Todo en Renee reflejaba la furia que ansiaba descargar sobre su captor, pero al mismo tiempo, esas palabras comenzaban a reflejar la frustración de la realidad en sus ojos. Lo más comparable a puñales clavándose en su interior.

—No pretendo acabar contigo. Sería demasiado fácil para mí. Sin embargo, tengo una noticia buena y otra mala. La buena es que veras a alguien a quien te gustaría, seguro a no mucho tardar. Ya me he ocupado de eso. Pero la mala es que las repercusiones no van a ser muy halagüeñas para ti, porque acarreará tu final.

—¡Maldito cobarde! —replicó Renee volviendo sobre él la ira—. Suéltame y arreglemos esto. Te aseguro que saldré de aquí. Te buscaré y te encontraré.

De repente el hombre se llevó la mano a la parte trasera de su pantalón, mostrándole un arma y comenzando a apuntar directamente al pecho de Renee.

—¿Sabes?, hoy estoy contento, asique te obsequiare con ambas peticiones. Te daré una oportunidad de salir y comprobar tus ganas de sed de venganza. Además si lo consigues, podrás descubrir cuál será mi próximo destino, y veremos si realmente eres capaz de cumplir tan vanas promesas. Así podrás comprobar mis buenas intenciones. Solo lamento, que la cruel

realidad será que esta será la última vez que nos veamos “k’atiina’an et-meyaj” (querido compañero). Lo único que vas a conseguir aquí será un final. Tu final. Al jefe no le gustaría, pero ya sabes... nunca lo sabrá —en aquel momento ese siniestro hombre soltó una potente carcajada. Se acercó a Renee que seguía sentado y apoyado en la sucia y húmeda pared de la habitación, cuando dejó caer una diminuta cuchilla de unos tres o cuatro centímetros, no más grande que los dedos de sus manos, muy cerca de su pie derecho.

—Aquí tienes mi regalo. Si eres capaz, tardaras lo suficiente para la llegada de mi siguiente sorpresa. ¡Ya he finalizado mi misión de esclavo! — terminó diciendo el hombre mientras abandonaba la estancia.

Cerró con fuerza la misma puerta por la que había entrado, dejando solo a Renee, en un mar de dudas sobre cuál sería la sorpresa que le deparaba aquel insidioso hombre. Se preguntaba la razón que le llevaría a dejarle un modo para liberarse, y sobre todo... ¿porque dejar un modo de descubrir sus planes?

«¡Liberar el mundo...!»

Se sentía poco esperanzado, pues indudablemente la sorpresa preparada debería ser funesta. Cada vez que daba más vueltas a su cabeza, pensaba que no encontraría solución alguna a su conflicto y que no tendría posibilidad alguna de salir de ahí. Que no sería capaz de encontrar una manera de escapar. Que ese sería su fin.

Capítulo 14

Una vez dejó de alimentar su desesperación y se despojó de los pensamientos pesimistas por un infructuoso paradero desconocido, se dispuso a activar su mecanismo de supervivencia para trazar un plan y poder escapar lo antes posible. Y lo más importante, con vida.

Se apresuró a buscar la localización de esa pequeña cuchilla que le había cedido aquel hombre, ya que le serviría de gran ayuda para desprenderse de sus ataduras.

—¿Dónde estará?

Nada más localizarla, pudo comprobar su proximidad en torno al tobillo de su pierna derecha. Ayudándose de su talón y del peso de su bota, logró pisarla con fuerza contra el rasposo y desnivelado suelo de hormigón para posteriormente arrastrarlo todo lo que le permitía la flexión de su rodilla. Debía realizar un último esfuerzo por intentar acercársela con la máxima fuerza que pudo para que llegara hasta la pared, pues sus manos estaban atrapadas e inmovilizadas sobre su espalda.

La cuchilla apenas se quedó a media altura de sus cuádriceps, por lo que tuvo que ingeniar otra opción para poder hacerse con ella. Una vez realizó la extensión de su rodilla, se posicionó para realizar la posterior flexión, apoyando la planta de los pies contra el suelo y valiéndose de todas las energías que tenía en sus ya no tan llenas reservas. Comenzó a retorcerse en la barra de metal cuyas manos se encontraban atrapadas, intentando incorporarse sobre la misma hasta conseguir levantarse. Su cara reflejaba el gran esfuerzo que conllevaba dicha acción, ya que precisaba transmitir todas sus energías a los artífices de todo el trabajo motor. Una vez erguido, pisó la cuchilla y la arrastró hasta pegarla todo lo que pudo a la pared. Cuando se fue a agachar de nuevo, poco a poco se venció sobre el suelo hasta conseguir hacerse con ella. Cogió ese diminuto pero útil utensilio afilado y poco a poco comenzó a cortar la cuerda que lo mantenía maniatado y sin posibilidad de escapar de ese cuchitril.

Mientras procuraba liberarse, trataba discernir las razones que moverían a una persona tan importante, movilizar a su mejor hombre para detenerlo. Un halago en otra época, convertido hoy en un contratiempo. Sabía perfectamente de donde venía la orden que orquestaba todo, pero ¿por qué exponerse ofreciéndome alguna mínima posibilidad? ¿Acaso querría que saliera de ahí? ¿Tendría algún interés especial, debido a lo que me había preparado a posteriori?

Renee ni siquiera conocía su paradero. Era consciente que no podía andar lejos de París ya que en el momento del accidente se encontraba a escasos kilómetros, por lo que debería de estar en las proximidades o incluso en la ciudad. ¿Pero dónde? No sabía cómo iba a salir de allí ya que se encontraba atrapado entre cuatro paredes sin vías de escape. No encontraba posibilidad para salir, pero mientras el pesimismo volvía a inundarle, no cesaba en su intento de cortar la cuerda.

«Debo pensar rápido»

Tiempo transcurría desde que aquel misterioso hombre que dejara solo a Renee, abandonara el edificio. Tras sortear algunas más que solitarias y escasamente iluminadas calles, entró en un pequeño utilitario cuyo color negro se confundía con la penumbra. Nada más sentarse, abrió la guantera y sacó un teléfono móvil. Al marcar, activó el manos libres y el tono de llamada, comenzando a escucharse en todo el vehículo mientras él introducía la llave en la hendidura para poder arrancar. El tono de llamada seguía escuchándose a gran volumen, retumbando entre los helados cristales.

Nada más iniciar la marcha, el teléfono dejó de sonar sin obtener respuesta ninguna.

—¡lik-zah t'an!

Ante tal infructuosa llamada, se apresuró a insistir en su intento, pareciendo cambiar a un número distinto, marcando más dígitos con sumo cuidado, de permanecer dentro de los límites de esa oscura y solitaria carretera que se citaba ante sí. En esta ocasión, la llamada fue atendida de inmediato.

—¿Sí? —contestó una voz ronca y agotada.

—¿Es que duermes en el trabajo pedazo de vago? Soy Kabil, ponme con el jefe.

—El jefe no puede atenderte ahora —contestó con un poco más de vida en la voz.

Kabil se ofendió ante la negativa proveniente del otro lado de la línea.

—Muchacho, deberías conocer mi repulsa cuando me hacen perder tiempo. ¿Por qué no puede contestar?

—Porque si lo despierto, me mata —respondió la voz pareciendo ya totalmente vivaz.

La cara y la voz de Kabil reflejaban incredulidad y un tanto de bochorno, al pensar en la incompetencia del hombre.

—¿No era Nueva York la ciudad que nunca duerme? —dijo con sorna.

—Nueva York si... pero en París aun quedan algunos minutos para el amanecer.

Al escuchar esas palabras, la cara de Kabil pasó de la ironía al asombro. Si su jefe estaba en París, algo muy importante le movía a realizar tan largo desplazamiento. Aunque precisamente lo que más le apetecía no era tener que tratar con él personalmente, si consideró que sería una buena forma de aclarar ciertos temas en torno a los recientes hechos.

Aunque era consciente de cumplir con gran eficiencia su cometido, el trato con aquel hombre siempre le representaba un acto ciertamente desagradable que intentaba eludir lo máximo posible.

—Muy bien, mándame la ubicación y mantenme informado —sin más palabras colgó el teléfono y lo dejó caer sobre el asiento del copiloto con cierta desidia y frustración.

—Ahora a verme con ese estúpido engreído... “ah lob men”, “ah lob ol-al”. «“mal hombre”, “de mal corazón”».

Los dedos de Renee se encontraban extremadamente fatigados y ligeramente ensangrentados a causa del roce involuntario, pero su esfuerzo no fue en vano pues afortunadamente consiguió deshacerse de sus férreas ataduras.

Renee se apresuró a echar un ligero vistazo a los documentos que había dejado su captor. No fue lo más acertado pues su necesidad más imperiosa era la de encontrar una salida de aquel desafortunado encierro, pero en cuanto pudo ojearlos hubiera preferido no hacerlo. Su estupor era tal magnitud, que sus manos comenzaron a temblar y las primeras gotas de sudor se evidenciaban por su frente.

—Dios mío. ¡No puede ser verdad!

El miedo comenzó a vencer su implacable batalla, pero consecuente con los hechos comenzados, sabía que pasos debía llevar a cabo. Su estado de alarma le ayudó a volverse más lúcido de lo que se había encontrado durante todo el frenético día. Algo que le reforzaría en su tarea más fundamental ahora. Escapar.

Tras romper determinados documentos que no quería que vieran la luz y guardarse el resto en el interior de su chaqueta con gran cuidado, debido a su fragilidad, advirtió su ansiada vía de escape. Arrancó un pequeño trozo de tubería oxidada de una de las paredes de la habitación y sin mayor dilación se acercó a la pequeña ventana que esperaba a su espalda los últimos minutos, propinándole varios golpes con fuerza hasta que consiguió hacer añicos el pringoso cristal. Se afanó en limpiar todas las puntas salientes para no sufrir cortes innecesarios, pues la estrechez cuadrangular era evidente. Seguidamente se apresuraría a asomarse para comprobar cuál era su situación, pues ignoraba lo elevado de su ubicación o si tendría una huida factible. Pudo divisar unos cables eléctricos de unos dos centímetros de grosor que no parecían muy estables para descender los probables más de treinta metros de altura que lo separaban a simple vista del suelo, pero encima de su cabeza fue capaz de divisar la azotea del edificio. Tras comprobar ligeramente su resistencia y sin pensarlo mucho, dejó vencer su peso sobre esos cables con gran sangre fría. Como si de un escalador se tratara, comenzó a valerse de la fuerza de sus brazos y sus piernas, pretendiendo distribuir el peso y sus energías tanto en el tren superior como en el tren inferior para que su resistencia no se mermara con rapidez. Con cierta soltura consiguió llegar a la altura del muro que lo separaba del vacío, valiéndose del mismo para conseguir el apoyo e impulso suficiente que lo llevaría al principio de su salida. Para que por fin, sus pies pudieran volver a tocar tierra firme.

Una vez en el nivel más elevado, no se molestó ni en mirar alrededor del edificio para comprobar con mayor exactitud su posición. Su mente solo pensaba en descender, y una vez abajo ya pensaría donde dirigirse.

Pudo advertir unos conductos de ventilación corroídos por culpa del óxido y la humedad. Se encontraban totalmente podridos y pese que su estabilidad era muy cuestionable, no era capaz de encontrar otro medio para iniciar el descenso que la de adentrarse en aquel angosto y sucia tubería. Como si de una cueva se tratase, comenzó a avanzar totalmente a oscuras sin poder apreciar ni un solo atisbo de luz. Caminaba a cuatro patas, palpando cada centímetro que recorría antes de seguir avanzando. El conducto comenzaba a llevar un camino descendente, pero conforme lo seguía, el mismo cada vez se hacía más estrecho. Cada metro que descendía, sentía como se encogía de manera notoria, hasta que una vez que volvió a recobrar su adecuada postura, no era más ancho que su propio pecho. Avanzaba con gran dificultad pues era incapaz de realizar movimientos fluidos. Presentaba problemas para ayudarse de sus brazos y piernas en el avance. Su respiración era complicada por el

polvo y la suciedad, además de lo angosto del lugar. Su pecho se hinchaba más de lo habitual por culpa de su agitada respiración, ocasionando únicamente un empeoramiento de la situación.

Por fin consiguió ver un atisbo de luz y con un último esfuerzo se impulsó valiéndose del borde del conducto, dejándose caer provocando un impacto directo contra el suelo.

La caída fue más dura de lo presentado. Sentía un fuerte dolor en su brazo izquierdo, derivado de la absorción de la mayor parte del impacto. Aun así, resultaba más confortable que encontrarse en aquel tubo irrespirable y lleno de porquería. En el suelo, dio varias bocanadas de un aire, todo lo limpio que se podía respirar en un lugar así.

Repleto de energías renovadas, se levantó e inicio la búsqueda del siguiente punto para continuar su camino hacia la codiciada salida.

Comenzó a recorrer la planta con cierta cautela ya que por doquier veía fragmentos de suelo desprendidos, tuberías oxidadas, cristales rotos, tierra, suciedad y humedad, mucha humedad. Las tinieblas llenaban aquel complejo. La noche era muy oscura y solo la luna era su fiel aliada, pero ciertos recónditos rincones no podían proporcionarle ese sustento tan vital en esos momentos. A pesar de las dificultades, pudo distinguir un gran orificio en una de las paredes más dañadas por la erosión. Cuando al aproximarse, fue capaz de percatarse de su origen.

—¿La puerta de un ascensor?

En principio sintió un gran alivio pues podría ser una vía más que rápida y viable para llegar a su destino, pero pronto su satisfacción quedó en dolorosa desdicha. Era consciente que le separaban demasiados metros de altura y el camino sería muy peligroso. Existían más factores que le podían repercutir en una caída al vacío que en llegar de una pieza. Sin embargo, sabía que no tenía más opción. Su dicha fue encontrar unos salientes cercanos a la puerta, percibiendo a su vez los cinco o seis cables que servían para mantener y manejar la caja de metal. Podía sentir su tensión por lo que fue capaz de reconocer que el ascensor seguía colgando de aquellos cables. La consideraba una opción más sensata que la de dejarse deslizar, ya que si aguantaban el peso de una caja de metal de más de una tonelada, «¿Cómo no iba a aguantar mi peso?». Pese a dicha conclusión, decidió descender por los salientes, confiándoles su seguridad.

Con cada paso, se adentraba en una oscuridad más que tenebrosa. Consideraba un descenso al averno, sabiendo que lo hacía por propia

voluntad. Hasta que de repente, un nuevo contratiempo entorpecería su camino. Sus pies dejaron de encontrar apoyo.

—¿Pero qué...?

Por más que lo intentaba y estiraba sus extremidades inferiores todo lo posible, no conseguía encontrarlo sin soltar las manos.

—¡Hasta aquí hemos llegado!

No tenía escapatoria.

«¿Otra vez arriba?»

Sospechaba que la única solución era volver sobre sus pasos e intentar buscar una alternativa, pero en primera instancia trató palpar con su mano derecha los cables que anteriormente había descartado para el descenso. Una vez sintió su escurridizo tacto, se venció livianamente inclinando todo su cuerpo sobre ellos, recogiénolos como si fueran uno solo entre brazo y pierna derecha. Finalmente soltándose de sus apoyos en la pared, se dejó caer para agarrarlos con fuerza, quedándose parado y poder iniciar el descenso con lentitud y cautela.

De improvisto, una contrariedad que no había calculado se apoderó de la situación arrebatándole el control. Su cuerpo empezó a caer a gran velocidad a través de los cables. Por más que intentaba aferrarse con fuerza, no era capaz de frenar. Seguía deslizándose a más velocidad con cada fracción de segundo que pasaba. La completa oscuridad no ayudaba, al contrario, empeoraba la situación ya que desconocía cuánto más podía caer. Si descendía hasta el final de aquel conducto de hierro, a esa velocidad su cuerpo no sobreviviría al impacto.

—¡¡Aaaaahhhh!!

Sin esperarlo sus piernas impactaron con una superficie que se quebró al instante, ayudándole ligeramente a soportar mejor el siguiente impacto que vivió, consiguiendo frenar en seco su descenso.

Magullado, dolorido y un tanto confuso, Renee intentó recobrar la compostura, vital en ese inhóspito lugar. Para cuando lo consiguió, pudo discernir donde se encontraba.

—¡Bendito ascensor! ¡Me has salvado!

Aliviado, inspiró una gran bocanada de cargado aire, que le supo a redención. Tras un gran suspiro que atenuó su exacerbado estado, se inclinó apoyándose en las paredes de esa prodigiosa caja de metal. Sin tiempo para prolongar su más que merecido desahogo, se percató que la tesitura en la que se encontraba seguía sin ser ventajosa. Atrapado, sofocado y herido, no se imaginaba el tortuoso escenario que estaba viviendo.

—Maldita sea, ¿y ahora como salgo de aquí?

Capítulo 15

Cuando David comenzó a abrir los ojos, aun se encontraba tendido en la misma posición con la que cayó al suelo. Atolondrado y desorientado, fue capaz de distinguir a su lado una mujer tumbada, sin moverse, con su propio brazo tapándole el rostro. Se percató que aquel corpulento desconocido de piel cálida, se encontraba de pie y hablando por teléfono, pero no pudo distinguir nada de su conversación y mucho menos con quien. Extraño le resultó que fuera el único entre todos que se encontraba en perfecto estado, y más misterioso fue que en cuanto reparó que estaba siendo observado, se apresuró a colgar el teléfono y acercarse para prestar su ayuda.

—David, soy Will. Soy William. ¿Puedes oírme?

—¡Sí! —contestó este mientras le ayudaba a erguirse—. Me duele mucho el pecho y la cabeza —dijo sin parar de toser.

—Es por causa de la toxina. Nuestras vías respiratorias deben estar impregnadas. Me pregunto que habrá utilizado...

David aun se encontraba aturdido, pero por una fracción de segundo recordó aquella mujer tendida sin conocimiento.

—Madre...

A duras penas consiguió reaccionar, se dispuso a ayudarlo a despertar, pero sus intentos resultaron infructuosos.

David y William pudieron distinguir unos sigilosos pasos que se acercaban, subiendo las escaleras próximas a la puerta de la habitación. El instinto les hizo desconfiar inmediatamente y ponerse en guardia por si se trataba de aquel intruso. Con gran tensión, las escaleras llegaban a su fin, comenzando a asomarse ligeramente una silueta y una mano que se apoyaba en el marco de la puerta. Preparados o no, el tiempo expiraba para comprobar su rostro.

Después de un largo lapso de tiempo, Martín volvió a aparecer como el perezoso que despierta de su letargo. La cara de David y William, enseguida cambió experimentando un gran alivio ante lo que vieron sus ojos. Con gran desconocimiento, preguntó que le había ocurrido. Sentía que había dormido

eternas horas y no recordaba estar tan cansado. Aun así sentía su cuerpo tenso, como si sus huesos pesaran como el hierro pero resultaran tan frágiles como el cristal.

—David, ¿sucede algo? Tengo un inmenso dolor de cabeza y estoy muy mareado.

Todavía intentaba ubicarse cuando al echar un ligero vistazo a la habitación, comenzó a notar que algo no iba bien.

—¿Qué le sucede a tu madre? —preguntó.

Mientras David y Martín trataban discernir juntos lo ocurrido, William volvió a manejar el teléfono móvil que no había soltado de su mano. Lo observaba con detenimiento, como si intentara resolver un rompecabezas con las imágenes que se proyectaban en sus ojos.

Ante tal inmovilidad de aquel, todavía desconocido hombre, Martín con gran iniciativa decidió acercarse hasta colocarse a su lado para poder observar que buscaba con tanto ahínco en su pequeña pantalla llena de rayas y colores tenues.

—¡Parece un laberinto! —No pudo evitar exclamar en voz alta.

—Se trata de un localizador —respondió el hombre sin dejar de mirar la pantalla.

—¿Un localizador? —contestó David incrédulo, como si nunca hubiera escuchado hablar de uno.

Permanecía pacientemente sentado al lado de su madre, esperando a que por fin reaccionara. Sabía que seguía viva, pues continuamente le tomaba sus constantes vitales en el cuello y se acercaba hasta su cara donde podía escuchar su respiración. Aun así, seguía extremadamente angustiado ya que era la única que aun no había despertado de su involuntario letargo.

—Lo que esa carpeta portaba, —continuo William— no eran unos vulgares papeles quemados sin importancia. Teníamos que proteger su contenido, para que aun si existiera la posibilidad de que cayeran en las manos menos indicadas, siempre tuviéramos alguna opción de recuperarlos. Aunque solo ganáramos unos minutos, siempre sería mejor que no intentarlo. Ahora mismo intento descubrir la localización del punto de control, pero tengo ciertas dificultades ya que tanto el chip rastreador como el receptor son un tanto obsoletos y al parecer ocurren interferencias. No consigo que llegue una imagen limpia de rastreo. Necesito un mapa de la ciudad lo más grande posible, ¿podrías conseguirlo? —preguntaba a David mirándole fijamente a los ojos.

Solo conocía a ese hombre de escasos minutos, pero atendía sus necesidades hipnotizado por su capacidad de liderazgo. Difícilmente había cruzado alguna palabra con él, sin embargo lo consideraba su única esperanza para saber qué era lo que estaba ocurriendo.

«Yo no soy tu madre»

Esas palabras seguían en su cabeza atrapadas como pez en un anzuelo. Provocándole un dolor desgarrador y al mismo tiempo desconcertante. Deseoso por encontrar alguna explicación que lo liberase del martirio. Porque nada cambiara.

—David, ¿me estas escuchando?, debemos actuar lo más rápido posible. Si se desprende de la carpeta y se quedan con los documentos, se acabó. Nunca podremos encontrarlos y algo terrible sucederá. ¡¡Hay vidas en juego!!

Con la ayuda de William, David cogió en peso a la señora Soriente y la llevó hasta su dormitorio. Este se encontraba en la habitación contigua, por lo que evitó fatigar sus ya extenuados brazos. Con sumo cuidado, la posaron sobre las sabanas de color ocre del mullido colchón, arropándola con delicadeza.

—David...

—Si, si. Ya sé.

Ambos salieron de la habitación dejando la puerta abierta y la luz encendida tras de sí, bajando las escaleras a toda prisa, sin cuidado alguno a una abrupta caída.

—Creo recordar que hay guardados unos mapas de mi época escolar en uno de los armarios de la sala principal —le contaba David.

Mientras tanto, Martín permanecía sentado en una de las sillas del cargado despacho, intentando recobrar todas sus facultades. Se llevó la mano al bolsillo interior de su chaqueta, para sacar su pequeño teléfono. Comenzó a teclear con lentitud sobre su pantalla, cuando a los pocos segundos le sobresaltó un ruido que provenía de la puerta. Pudo apreciar la figura de la señora Soriente reposando sobre el marco de madera de roble mientras lo miraba fijamente. Su cuerpo se sostenía con dificultad sobre sus hinchadas piernas mientras sus extenuados ojos entreabiertos miraban fijamente los de Martín.

—¿Podrías ayudarme, por favor? —le pidió la frágil mujer.

Martín volvió a guardar el teléfono para apresurarse a asistirle. Con suavidad, reposó su cuerpo sobre una de las sillas de la habitación, entretanto esperaba poder comprender que era lo que estaba sucediendo.

—¿Se puede saber que ha pasado aquí? —preguntó mientras recibía la asistencia del profesor de Geografía.

Su pelo castaño enmarañado y sus ojos alicaídos de idéntico color, evidenciaban que aun no se había recuperado de su somnolencia. Algo de lo que la señora Soriente se percató, siendo consciente que los efectos no remitirían con tanta prontitud.

—¡Lo tengo!! —Se escuchaba desde la planta superior, el eufórico grito de David.

La actividad procedía de la sala principal, cuando sacó de un pequeño armario lo que se suponía un mapa al desplegarlo. Más grande de lo que esperaba, carecía de colores. Nada actualizado y bastante arrugado, su obligación era darle el mejor uso posible.

—¡No dispongo de nada mejor! —comentó defraudado por no poder ofrecer una opción más deseable.

Enseguida William se hizo con él y lo puso sobre la mesa que se situaba a su espalda. Observaba tanto el mapa como su teléfono simultáneamente.

—¿Qué tratas de hacer? —preguntó David.

—Busco similitudes para intentar acotar una zona de búsqueda, sin nada concluyente. El trazo de las calles resulta muy parecido en muchos casos, existiendo amplias zonas deshabitadas que pudieran asemejarse a lo que tratamos de encontrar.

William Bari retenía el mapa entre sus manos al unísono que confeccionaba sus indicaciones sobre el papel, para cotejar el desconocido e inédito rumbo a tomar.

—¡Parece como si buscaras vida en Marte! —se aventuró a expresar el joven con cierta preocupación.

—¡David! —Se escuchó una voz exaltada.

El joven de ojos como la miel, salió corriendo atravesando las dos salas que lo separaban de la entrada de la casa, donde pudo ver como Martín se encontraba detenido en mitad de las escaleras con una media sonrisa en sus labios.

—Tu madre está consciente.

Sin dudarle un segundo, el joven se apresuró a subir veloz todos los escalones para reencontrarse con ella, dándole un gran abrazo de alivio.

—¿Cómo te encuentras?

—¡Bien, bien, tranquilo! Cuéntame que está sucediendo.

Justo en ese preciso momento apareció la fornida silueta de William por la puerta.

—¡Se lo han llevado todo! —comentó David—. Nos han drogado y se han llevado los documentos que había traído este hombre.

—¡Atentos! —reclamaba atención William.

Posando el gran mapa sobre la mesa circular de la habitación, todos comenzaron a ojearlo mientras no perdían de vista las explicaciones que darían paso a las insólitas indicaciones.

—¿Qué hacen? —cuestionó confusa la Señora Soriente.

—Los documentos incorporaban un rastreador. Ahora intenta dar con ellos a través de algún tipo de aplicación.

—Se puede observar una gran zona despejada o deshabitada con límites construccionales —decía William—. Una gigantesca avenida y otra mucho más ancha y menos uniforme que la anterior. Quizá carreteras. No lo tengo claro.

—No puede ser cerca del centro. Ningún parque es tan extenso —comentó David—. Según lo veo intuyo únicamente una opción, “Cregy-les-Meaux”. Gran parque próximo con una gran avenida en su enclave. Pero me desconcierta la última gran arteria y no consigo determinar donde aparece ni de que se trata. ¡Maldita sea!, no soy capaz de verlo con claridad, pero tendremos que arriesgarnos.

—¡Trilport!, —aseveró la señora Soriente—. Debéis ir allí. A Trilport. La gran arteria que buscáis es el río “Le Marne” que cruza la ciudad. Por ese motivo tiene esa forma. Podréis cruzarla por la carretera que ofrece salida a la ciudad antes de la zona boscosa. Antes de salir encontrareis distintas naves y casas abandonadas. Buscad allí.

Una proclive decisión, provocó que sin apenas meditar, los tres hombres se pusieran en marcha al destino indicado por aquella erudita mujer.

—Bien. ¡Vámonos!

Sin total seguridad pero con un destino; David, Martín y William se apresuraron a abandonar el calor hogareño para internarse en la gélida noche. La sensación resultó como una estancia glacial pasajera, ya que pronto introdujeron sus fríos cuerpos en el coche de William, estacionado en la puerta. Sin esperar un instante, arrancó con cierta dificultad, debido a la baja temperatura, y salieron ayudados por las indicaciones del ciudadano de Meaux.

—Antes dijiste que había vidas en juego. ¿Qué querías decir con eso? ¿No buscábamos simplemente unos objetos escondidos? Señor Bari, creo que me ocultas demasiado y eso no me gusta.

—¡Concentrémonos en llegar! —sentenció sin querer explayarse.

Rápidamente tomaron la “Avenue de la Victoire”, ansiando que significara un presagio de lo que se avecinaba, hasta que a escasos metros después de atravesar el susodicho río Le Marne, pararon el coche a una distancia moderada del complejo indicado por la señora Soriente. Sigilosamente comenzaron a avanzar en medio de aquellas naves. La oscuridad abarrotaba por completo el sector, obteniendo gran dificultad para distinguir sus pasos.

De forma repentina, a lo lejos discernían la silueta de un hombre que asemejaba ser su captor. Corría despavorido, continuamente echando la vista atrás. Por lo tétrico del entorno y los extraños ruidos, parecía como si lo persiguiera “Cerbera”, el terrible perro del Dios Hades, en un desesperado intento por huir del mismísimo infierno.

El pequeño grupo logró esconderse tras una serie de columnas, pero ese hombre corría tan rápido como para no tener posibilidad de seguir su estela, por lo que se apresuraron a perseguirlo a una cautelosa distancia sin perderlo de vista. De pronto el hombre paró en seco. Como si sus piernas estuvieran ancladas en el suelo como un barco atracado en puerto, sin mover músculo alguno. Miraba a su espalda pareciendo buscar algo, hasta que volvió a iniciar la carrera con aun más fuerza que antes. Este hecho descolocó a William.

—Nos ha descubierto, ¡seguro!

Sin importar ya lo más mínimo el sigilo, se dejó ver por la explanada que reflejaban en el suelo arenáceo las pisadas del hombre que huía. Sin cesar de correr, sacó una pistola de la parte interior de su chaqueta de cuero y comenzó a abrir fuego. El sonido de las balas saliendo del cañón del arma se podía escuchar a varios metros de distancia. Un estruendo que terminó por asustar aun más a David y Martín, pues no esperaban que el hombre al que estaban acompañando portara un arma escondida, haciendo uso de ella, sin saber si se encontrarían en un fuego cruzado por su culpa. Corriendo sus vidas un innecesario peligro.

En mitad de la huida, William se escondió tras una columna, imitando los movimientos del fugitivo. Desconocía si igualmente manejaba un arma con la que pudiera responder a sus disparos, así que su celeridad debería ser precavida. Lo observaba con gran cautela. En una fracción de segundo, el sospechoso dejó caer algo al suelo que ya no podría recuperar, cuando William, desconcertado volvió a abrir fuego, pasando una bala muy cerca de sus piernas.

Tras tres disparos infructuosos, irremediablemente terminaron por perderlo de vista, como un condenado escapando de su verdugo, huyendo

entre las sombras.

—¡Maldición! —se quejaba William—. He perdido mi oportunidad.

Capítulo 16

La “Autoroute de l’Est”, nunca había parecido tan inmensa como esa noche. Escasas veces realizaba el recorrido en la actualidad, pero aun así podía presumir de ser una ruta que conocía a la perfección.

Sus aproximadamente cincuenta y cuatro kilómetros y unos cuarenta y cinco minutos de ruta en coche, los habría salvado con gran facilidad en cualquier otra ocasión, pero esa noche acumulaba excesivo agotamiento físico y psíquico a costas. Varias horas sin probar bocado le afectaban severamente en sus facultades, además del sueño que se seguía almacenando en sus mermados ojos, músculos y hasta en cada pequeña neurona que recorría su sistema nervioso.

Ahora conducía por aquella interminable carretera en un monovolumen robado. Para un hombre como Renee resultaba extremadamente fácil puentear esa clase de vehículos. No representaba ninguna complicación, ni era nada nuevo para él. Sin embargo, ahora se hacía imposible tratar de olvidar lo complicado de su huida. Su nuevo destino era la ciudad de la luz, en busca de una cara familiar. Necesitado de su auxilio.

Tras quedarse atrapado en el ascensor que le salvó de una caída terrible, necesitaba salir apresuradamente. Podía intentarlo a través del quebrado tejado, pero coherentemente sabía que era inaccesible pues no había escapatoria real por aquel inhóspito acceso. No podía volver atrás. Ayudado de un trozo de madera desprendida, la introdujo por la estrecha ranura de la puerta que se situaba justo en el centro, dividiéndola en dos partes. Cuando consiguió separarla sutilmente, introdujo sus dedos de uno en uno hasta que consiguió incrustar ambas palmas de la mano. Haciendo fuerza consiguió que la puerta separara sus dos partes, quedando abierta y con una salida factible entre dos plantas. Fuera como fuese tenía que aprovechar la oportunidad para salir de ahí, y ese era su medio.

Con cierto escepticismo, quedó unos segundos inmóvil observando el pequeño hueco que lo separaba de su ansiada evasión. Se advertía la indecisión en su carencia de determinación. Sabía que un ascensor en tal

posicionamiento podría resultar una terrible guillotina si justo en ese preciso momento, los cables decidieran desprenderse de su sujeción. Con un fatal desenlace si su cuerpo se encontrara entre la caja y la salida. Su intrínseca contradicción se basaba en no dejar que esos pensamientos tan funestos se apoderaran de su cabeza.

—Debe llevar mucho tiempo así. No sucederá nada.

Aun así, decidió que tenía que ser veloz en sus movimientos y no permanecer demasiado tiempo en un hilo donde el verdugo pudiera ganar otra víctima. Haciendo acopio de todas las fuerzas que le resultaba posible, las transfirió íntegramente hasta sus brazos, los cuales se apoyaron en el suelo de la planta. Arrastrándose con pericia, logró salir de la caja de metal, no sin antes pensar en la suerte que había tenido de seguir con vida.

Rápidamente se alejó despavorido hasta alcanzar una explanada que oteaba al rebasar una puerta enrejada, cuyos candados carcomidos quedaron destrozados por un fuerte impulso en forma de patada. Antes de adentrarse en tan ansiado exterior, hecho un rápido vistazo por la zona para asegurarse cuál era la mejor y más rápida vía de escape, pues desconfiaba de las sorpresas que se pudiera encontrar. Al Noreste de su posición, pudo divisar como aquella explanada se perdía entre escombros y planchas de metal que lo separaban de la calle, por lo que al comprobar la inexistencia de alma en la zona, salió corriendo como una exhalación para dejar atrás cuanto antes aquel infierno.

Se alejó corriendo a gran velocidad, sin parar de mirar su espalda, sabiendo lo que dejaba y atisbando su nuevo destino.

«Algo no va bien»

De forma extraña y repentina, Renee cesó su carrera. Trataba percibir un extraño sonido a su alrededor.

—¡Hay alguien aquí!

De pronto empezó a correr aun más despavorido de lo que nunca ha podido recordar. Su dinámica evasiva se vio truncada en el momento que escucho un disparo, para posteriormente dejarse oír otro.

Rápidamente se refugió en la primera columna de hormigón que tenía a su estela, cuando otro disparo impactó en dicho soporte, exhalando el polvo de arcilla que se desprendió del impacto. Probando su infausto sabor.

—¡Maldita sea!

Los papeles que logró obtener durante su tortuoso encierro, quedaban tendidos en el solar tras él. Era capaz de avistarlos a escasos centímetros de su posición, observando simultáneamente los documentos y su vía de escape. Al dejarse ver ligeramente para poder distinguir con clara percepción quien le

disparaba, una bala pasó tan cerca de su pierna que pudo sentir el aire caliente que desprendía. Logró atisbar ligeramente un corpulento hombre mientras se escondía tras las naves, por lo que rehusó dicha posibilidad para centrarse en su huida. Vertiginosamente logró saltar la plancha metálica que lo separaba de las calles por las que corrió para encontrarse a cubierto y poder introducirse en el coche, comenzando su impetuosa salida de la zona.

Una vez abandonara el vehículo sustraído, se adentró en los jardines “Buttes Chaumont”, recorriendo sus amplios jardines y arboledas. Escuchando sus pasos sobrepasando la pasarela de húmeda madera, sentía el arrullo del agua del pequeño lago del parque, que abandonó hasta abordar las puertas de un inmemorial edificio gótico. Su representativo arco apuntado junto a la bóveda de crucería, demuestran una espectacular altura apreciada a simple vista. Sin esperar, abrió una de sus hojas decorada con una amplia vidriera de señoriales colores, dándole acceso a una estancia situada en la entrada. Tenía frente a él un pequeño elevador de poca capacidad, debido a que el edificio contaba con escasas viviendas en cada planta. Instintivamente decidió subir a pie los dos pisos que lo separaban de su destino, llegando en escasos segundos a una gran velocidad pese a la fatiga.

La noche seguía siendo intensa, aunque comenzaban a asomar algunos atisbos de la inminente llegada del amanecer, por lo que tendría que actuar con agilidad sino quería ser descubierto.

Ya era la segunda vez que se encontraba delante de esa puerta de color blanco con el número cuatro presidiéndola. La primera ocasión lamentó el momento en el que consiguió cruzarla, pues pareció que todo París se percató de lo sucedido. Esta vez no tenía tiempo para idear un plan por lo que tenía que actuar rápido. Discernía una pequeña ventana que conexionaba un patio comunitario. Sin esperar la abrió y se agarró a una de las tuberías que estaban ancladas a la pared.

«¿Otra vez?»

La noche lo seguía protegiendo. Un gran privilegio que aprovechar, pues no podía arriesgarse a ser descubierto. Tenía que actuar lo más rápido posible y se apresuró a entreabrir una ventana contigua que daba acceso a un pequeño baño. Al ejecutar la maniobra, se dejó escuchar un ligero chasquido.

«¡Serás...!»

Justo en ese momento fue consciente de perder el factor sorpresa, siendo complicado contar con un acceso despejado. Muy pronto comenzó a escuchar un ligero chirrido al otro lado, así que con gran rapidez se escondió tras el origen de la puerta. Mientras una se descubría por completo, Renee quedaba

escondido tras su huella. Al abrirse se dejó ver la espalda de una mujer de pelo moreno y recogido, que andaba temerosa hasta la ventana.

—No recuerdo haberla dejado abierta —dijo la mujer.

Somnolienta, se aproximó hasta la misma para cerrarla, cuando algo la agarró por la espalda. Sujetándole con fuerza la boca y ambos brazos contra su pecho, imposibilitaría que pudiera realizar movimiento o ruido alguno.

—Tranquila, no grites. Soy Renee.

De inmediato rodeó a la mujer, que mostraba su joven rostro, para que pudiera cerciorarse que realmente era él quien le estaba sosteniendo. Tras eso, comenzó a aflojar sus tensos brazos que sujetaban la espalda y extremidades superiores de la mujer hasta que terminó soltándola por completo, liberando su boca.

—¡Me has dado un susto de muerte! ¡Pensaba que eras un ladrón!

—¿Qué estás haciendo aquí? —dijo la joven.

—Necesito tu ayuda y la necesito rápido. Tengo que deshacerme de lo que tú ya sabes. ¡Lo necesito ya!

La mujer se mantenía dubitativa y recelosa. Su experiencia con los asuntos de ese hombre nunca habían resultado agradables.

—¡Mariah!, de lo que menos dispongo ahora es de tiempo para estar perdiéndolo.

Durante un segundo se pudo notar la tensión en ambas miradas. Una parte desesperada por recibir ayuda con premura y sin objeciones. La otra estaba desconcertada y atolondrada. Después de un largo turno de quince horas en el hospital sin cesar de atender urgencias, lo que menos necesitaba era que volviera a surgir un contratiempo. No llevaba ni dos horas de merecido y placentero sueño cuando ya se lo estaban arrebatando.

—¡Vamos! —exclamó Renee una última vez.

—¡Dame cinco minutos! —dijo ella entrando en su dormitorio para comenzar a prepararse.

Ante la disyuntiva a la que fue sometida la mujer, Renee se acercó a un armario situado en la entrada de la casa. Al abrirlo se encontró con diversas prendas invernales de mujer, pero recónditamente escondido apreció lo que le resultaba familiar. El bello de su escasa bronceada piel, se le erizó cuando dejó su cuerpo desnudo al amparo del frío ambiente que había penetrado por la ventana abierta del baño, para comenzar a colocarse la ropa que estratégicamente se encontraba guardada. Un pantalón oscuro perfectamente planchado y un abrigo color negro que ocultaba prácticamente por completo su fornida complexión, se convertían en sus nuevas prendas. Acicaló un poco

sus zapatos y su camisa, tratando de eliminar la mayor parte de polvo posible, para dejarla caer sobre el suelo antideslizante del baño. Se acercó a la cocina, buscando algo que saciara su apetito y poder recuperar fuerzas. Cuando entro en ella pudo notar el predominio del blanco en la estancia, tanto en paredes como en mobiliario. Modesta, pero la despensa se encontraba repleta. Como buena francesa, cuyos antepasados padecieron la escasez nutricional en tiempos de la Segunda Guerra Mundial, fue doctrinada en la importancia de una cantidad, a veces ingente, de alimentos para disfrute de la familia. Pasta, lácteos, quesos, legumbres, y una pequeña bodega con buen vino de la región. Finalmente se hizo con unas onzas de chocolate, terminándoselas al instante, que le proporcionarían sobre todo los carbohidratos que le posibilitarían recuperar parte de sus energías gracias a los azúcares de los que se compone, además de las grasas con las que recuperaría el otro porcentaje. Unos lácteos para recuperar proteínas, grasas y aumentar sus reservas, añadiendo unas piezas de fruta, que se guardó en los bolsillos interiores de su chaqueta.

Amante del buen vino, observaba deseoso tener la oportunidad de poder volver a disfrutar de una copa de su enérgico sabor, sentado a una mesa con un poco de Brie.

—¡Lista! En marcha.

Ambos salieron de la pequeña casa, entrando en el insignificante ascensor que Renee rehusó utilizar con anterioridad. Bajaron hasta la planta inferior del edificio sin articular palabra, hasta adentrarse en un *parking* adecuadamente señalizado. Se montaron en el pequeño turismo propiedad de la joven, y salieron hasta la carretera dirección al hospital Saint-Louis, donde Mariah era residente.

Durante el apresurado camino, incitado por un cargante pasajero, parecía ineludible conocer la razón que lo había movido a solicitar su ayuda en aquel preciso momento. Mariah conocía lo que Renee portaba en su brazo y por qué había sido marcado de tal manera, pero nunca había requerido la laboriosa tarea de librarse del mismo.

—¿Qué es lo que sucede Renee? ¿Por qué tanta prisa? ¿Acaso alguien te persigue?

Las preguntas de la joven se aglutinaban como los versos en un poema descuadrado. No sin razón, no era la primera vez que la comprometía sin necesidad en sus descontrolados asuntos secretos, nunca revelados. Aprovechándose de su amor por él, conseguía lo que necesitaba de ella para volver a marchar y no aparecer.

—¿Por qué solo apareces en mi vida para utilizarme y después te marchas para no volver a saber de ti?

Renee se resguardaba entre los asientos, sin evidenciar intención de expresar palabra. Característica que provocaba gran enojo en la mujer, pero muy acostumbrada a dicha tesitura.

—Por favor, Renee. ¡Quédate esta vez!

Ni el emotivo tono de suplica era capaz de achantar su inquebrantable escudo de hielo.

Una vez llegaron al “Distrito République”, observaron una pequeña parte de los más de cuatro kilómetros del canal St. Martín que conecta al Sur con el Sena, dejando atrás la esclusa y el puente móvil de Dieu. Al llegar al Hospital, Renee se escondió a los pies de los asientos traseros por indicación de la mujer, cosa que le transportó hasta ciertos años atrás. Pasó el control de seguridad con su acreditación, accediendo así al *parking* subterráneo.

Tras bajarse del coche lo más cerca posible del acceso y con sumo cuidado para no ser vistos, continuaron por las escaleras que conducían al siguiente nivel. Cautelosa, Mariah se asomó por una brizna de visión a través de la puerta, para comprobar la seguridad del acceso. A esas horas tan madrugadoras, el hospital no se encontraba tan aglomerado como en otras ocasiones, y el tránsito de gente era menos fluido. Nada más hacerle una indicación a Renee, abandonaron la estéril seguridad del descanso de las escaleras para dirigirse por el estrecho pasillo, hasta que Mariah condujo a Renee a una pequeña habitación con luces apagadas. La tensión era máxima pues querrían evitar a toda costa las explicaciones innecesarias que por seguridad deberían ofrecer.

—Espera aquí.

Sin más, cerró la puerta y se fue dejándolo solo en la oscuridad.

A pocos metros se encontraba el pequeño almacén de planta donde se tiene acceso a materiales variados, necesarios para atender a los enfermos de urgencias. Aquí se hizo con todo el instrumental necesario para realizar la intervención. Gasas, escalpelo, pinzas, antiséptico, vendas, separadores y algo de medicación en comprimidos. Al concluir, se apresuró a volver sobre sus pasos con la pequeña cesta de plástico llena de instrumental. Al recorrer el pasillo, saludaba sin detenerse a algunos compañeros de trabajo. Algo habitual dentro de un Hospital debido al trasiego de la jornada, por lo que nunca levantaría sospecha.

A pocos pasos de la puerta, ralentizó el ritmo, esperando que no hubiera nadie que pudiera verla. Una vez se aseguró, se adentró nuevamente en la

oscura sala.

—¿Dónde has ido? —pregunto él.

—Necesitaba todo este material —contestó ella.

Se encontraban en un viejo quirófano en desuso, ahora reformado como pequeño almacén. Ni disponían de luz dentro, así que tendrían que improvisar cómo hacerlo.

—¡Siéntate ahí! —Le indicó la mujer señalando una silla que se encontraba en mitad de la sala, mientras ella cogía una pequeña mesa donde dejó todo su instrumental.

No era fruto de la desesperación el contar con aquella mujer. Conocida como una de las doctoras más jóvenes y prometedoras en el entorno parisino, adoraba participar en novedosas incursiones dentro del campo de la medicina. Sus excelentes calificaciones cinco años atrás aunados a sus grandes conocimientos y una capacidad de decisión inusitada en situaciones extremas, le habían llevado a ser considerada por Renee la única opción viable.

—Apoya el brazo —le volvió a pedir—. Tienes que ser consciente de que esto te va a doler, y mucho. No puedo suministrarte anestesia porque no dispongo de ella, pero aun pudiendo conseguirla, si te la administrara no sabría qué efectos posteriores podrían ocasionarte. Podría originarte algún tipo de reacción adversa y si el tiempo es tan importante ahora, supongo que no querrás arriesgarte.

—¡Hazlo ya! Termina cuanto antes —contestó Renee con cara de resignación, sabiendo que aun siendo un sacrificio necesario, lo que le esperaba no iba a ser agradable.

—Ponte esto entre los dientes y aprieta fuerte cuando sientas la necesidad de gritar.

Mariah le proporcionó un rollo de vendas que había dejado encima de la mesita, que con delicadeza le ayudó a colocarse entre los dientes. Tras eso, roció sobre su antebrazo un espray. Se trataba de una simple solución de hielo que le adormecería la zona. No era mucho, pero quizá le ayudara a mitigar parte del dolor.

—Necesito que sostengas mi teléfono móvil, e ilumines con la luz de la linterna constantemente. No hay otra manera de que pueda ver donde actuar. Por el resto... intenta relajarte.

Sin mayor dilación, la doctora se hizo de una gasa esterilizada que humedeció con un antiséptico, restregando toda la zona del antebrazo.

—Con esto intentaremos evitar infecciones innecesarias. Ahora quiero que mantengas la calma. Va a comenzar lo más doloroso para ti.

Aun siendo severa y directa en sus palabras, la expresión de la joven trataba de transmitir la mayor serenidad posible. Cogió el pequeño escalpelo de la bandeja, realizando una pequeña incisión de unos cinco milímetros con la palma de la mano de cara al techo. Esta la llevó a cabo unos diez centímetros por encima de los ligamentos radiocarpianos, mostrando los primeros signos de brillante rojo que comenzaba a brotar. Renee no hizo gesto alguno pero en breve su expresión no tardaría en cambiar.

Mariah agarró unas pinzas y las introdujo en la incisión, comenzando a remover piel y carne, tratando de localizar el microchip insertado en su interior. La cara de Renee experimentó un cambio radical, pues luchaba por reprimir el dolor y evitar quejarse. Mordía con fuerza las vendas cuyo seco y áspero sabor inundaba toda su boca, pero que insustancialmente le ayudaban a paliar el dolor. La doctora se hizo de unos separadores con los que ayudarse para abrir más la incisión e intentar discernir la localización de tan ansiado chip, pues resultaba imposible a simple vista. Tuvo que dejar uno de los separadores y valerse de unas pinzas de tamaño más reducidas, que introdujo en la herida para intentar palparlo.

—¡¡¡¡Aaaahhhh!!!!

El dolor era tan creciente que se retorció en su asiento, complicando la labor de la doctora. Sin poder evitarlo, exteriorizó un quejido ahogado al desprenderse de los apósitos de su boca, que mostraba su manifiesto dolor.

—¡¡¡Ssshhh!!! ¡Renee, necesito luz!

Ante tal suplicio, no se percató que estaba desaprovechando la necesaria luz de la doctora. Extremadamente dolorido, a duras penas hizo acopio de sus mermadas fuerzas para volver a iluminar la zona, esperando que su tortura cesara cuanto antes. Seguía opinando que eludir la administración de anestesia era lo más acertado, pero lamentaba no poder evitar tan infausto dolor. Si el espray debía eliminar parte del mismo, no quería imaginar lo que tendría que resistir sin él.

La sangre seguía brotando a cada movimiento con la pinza y las gasas con las que se limpiaba resultaban empapadas, teniendo que hacerse con limpias continuamente.

—¿No notas si se mueve? —preguntó Mariah.

—Justo ahí estoy notando algo —contestó compungido, cansado del dolor.

—Si, si. ¡Ya lo tengo! —anunció la doctora con satisfacción.

—¡Por favor, quítamelo ya!

El tono de Renee daba paso a una bochornosa súplica personal, para poner fin a tan aciaga experiencia.

Con suma meticulosidad, comenzó la extracción hasta dejarse ver el pequeño dispositivo de escasos milímetros, envuelto en sangre. Tras dejarlo en una bandeja próxima y limpiar el fluido coagulado que recorría la mano de Renee, pudo cerciorarse de cómo su rostro transmutaba su pálido color. Un gran resoplido mostraba su mejoría.

—Ya hemos terminado Renee. El problema era que se encontraba dentro de la aponeurosis, es decir, te lo habían colocado dentro del músculo, por eso ha resultado tan complejo. Si hubiera sido subdérmica habría sido mucho más sencillo de extraer y menos doloroso, a pesar de no usar anestesia local.

Renee aun se encontraba abstraído. Meditabundo. Sin atender las aclaraciones que le proporcionaba Mariah.

—Voy a realizarte un vendaje compresivo para evitar una hemorragia, e impedir la aparición de un horrible hematoma los próximos días.

Renee pareció despertar de su letargo para lanzar una mirada con cierta ironía a su doctora, mientras esta recogía las vendas del suelo y comenzaba a envolver su antebrazo, después de añadir una de las pocas gasas que sobrevivían limpias sobre la herida.

—Después de esto, ¿de verdad piensas que voy a sufrir si aparece un hematoma?

—Bueno Renee. ¿Qué puedo decirte? Soy médico, e irremediablemente tengo que preocuparme por esas cosas.

Ambos terminaron por encontrar sus miradas cómplices, por unos segundos llenas de jovialidad.

—¡Tómame esto!

Mariah le acercó una pequeña botella de agua y le facilitó unas cápsulas que dejó caer sobre la palma de su mano.

—Te ayudaran a paliar el dolor. Te dejo algunas más pues también evitarán una infección. Tómalas si sientes intenso dolor.

Le proveyó con un pequeño bote de pastillas que se guardó en el bolsillo interior del pulcro abrigo.

—¿Cuándo salimos de aquí? Mi pasaje sale en instantes. ¡No puedo perderlo! —Dijo Renee mientras se colocaba bien la manga de la chaqueta.

Su voz se notaba afligida por los minutos de agudo suplicio que había vivido. Pareciendo inverosímil, era crucial deshacerse de toda pista que mostrara su paradero, y ese microchip era la mejor baza para ser descubierto. Librarse del mismo no era una opción, sino más bien una obligación.

—No te preocupes, te harán efecto pronto —intentó aliviarle Mariah.

—¡Yo no me he quejado! —contestó resabiado.

Su cara era el fiel reflejo de dicho calvario, pero él siempre negaría aquella evidencia. Su orgullo derribaría montañas si fuera necesario.

Ambos se dispusieron a salir de la improvisada estancia quirúrgica, regresando por el mismo camino tomado a su entrada. Renee rechazaba toda ayuda que trataba proporcionarle la joven, intentando que su descenso fuera menos doloroso. Se veía forzada a revisar cada rincón en busca de una huida sigilosa, hasta que una vez seguros volvieron al coche de la doctora.

Renee se recostó en los asientos traseros intentando descansar lo máximo posible, esperando que remitiera el dolor cuanto antes. Nada más salir, Mariah tomó dirección sur, recorriendo el largo “Boulevard Richard Lenoir”, hasta llegar a contemplar la “Place de la Bastille”. Distinguía su pavimento formado por una triple fila de adoquines, que representaba el perímetro de la antigua fortaleza construida bajo el reinado de Carlos V allá por el S. XIV. Siendo tomada por el pueblo el catorce de julio de mil setecientos ochenta y nueve, pasando a ser considerada el primer acto de la mítica Revolución Francesa.

—¡Déjame aquí!

Conforme le indicaba que le permitiera bajar del vehículo, le lanzó una profunda y enigmática mirada a Mariah que esta no llegó a comprender. Creía conocer a aquel introvertido y mal humorado hombre, pero en aquella ocasión algo le decía que el problema en el que estaba involucrado sería aun peor de lo que habituaba.

—¡Suerte!

Sin palabras amables, una explicación o ni un simple gracias por toda la ayuda ofrecida. Renee se estaba despidiendo en la puerta de la “Gare de Lyon”, por donde pretendía abandonar París a través de la red de ferrocarril, esperando que los controles fueran menos exhaustivos.

—¡Renee!

—¡Un momento Renee! —repetía.

Sin dejarle tiempo para despedirse, ni para articular palabra, Mariah observó como se perdía entre la gente. Desconocedora de su nuevo destino o que le depararía este. Sufriendo como el primer día por no saber si volverían a encontrarse.

Capítulo 17

Los espacios donde mantenerse oculto eran escasos. Aun así, David y Martín lo consiguieron con una facilidad pasmosa cuando comenzaron a escuchar los inesperados disparos.

Martín, menos cauto, decidió asomar ligeramente su cabeza por un recóndito hueco tras el armazón ya escaso de hormigón. Observó como el corpulento hombre que los había conducido hasta allí, sujetaba una pistola en su mano, mientras se agachaba para agarrar algo que reposaba en el suelo.

—¡Podemos salir! —le afirmó Martín a David.

Ambos se dejaron ver por la explanada, cuando el ruido de sus pisadas pareció alterar en cierta medida a William. Tras un movimiento brusco se incorporo sobre sus fornidas piernas, escondiéndolo en el interior de su chaqueta con cuidado. Extraña les resulto la reacción del hombre, pero decidieron omitir todo comentario al respecto pues ambos deseaban dejar atrás aquel despacible lugar. Ya podrán sufragar sus inquietudes más adelante.

—¡Será mejor volver! —sentenció David.

Durante gran parte del trayecto predominaba un silencio sepulcral. Los acontecimientos simulaban causar un clima tedioso e incomodo, pese a conocer la naturaleza de su incursión.

Al fin, David se aventuró a preguntar lo que sus mentes estaban cavilando.

—William, te hemos visto recogiendo algo tirado en el suelo. ¿Eran nuestros documentos?

—Si. Se le escaparon al hombre durante su huida. Lo extraño es que fui incapaz de acertar a ver su rostro, pero juraría que no era el mismo que nos asaltó en la casa. Su cuerpo se apreciaba mucho más fornido que el anterior, más alto y con un aspecto diferente. Si tuviera que hacerlo, juraría que no se trata del mismo hombre —aseguraba.

Al recordar la escena, William mostró una duda que hasta ese momento no se había parado a analizar. Si ese extraño hombre no era el mismo,

«¿Cómo puede ser que tuviera todos sus documentos?. ¿Cómo se hizo con ellos?». Preguntas y más preguntas se mezclaban sin ninguna respuesta clara. Necesitaba analizar aquellos documentos y a ser posible con el mayor sigilo al que pudiera optar.

Sin apenas percatarse, llegaron hasta la casa de la señora Soriente. El alba se vislumbraba entre el verde de la campiña. La luna daba paso a un nuevo día, marcado por el rojizo sol que pretendía hacerse notar entre las grises nubes. Tratando escudriñar un atisbo de luz entre tanta sombra vivida.

Con urgencia se adentraron en casa, alterando el ligero descanso al que el agotamiento había llevado a disfrutar a la señora Soriente. Su edad comenzaba a pasarle factura. A causa de un día tan ajetreado como el vivido hasta el momento, y la falta de costumbre a trasnochar, le condujo a rendirse al cansancio con la tranquilidad de la noche.

Al irrumpir, todos pasaron hasta el salón donde se deshicieron de los diversos tapetes y marcos con fotografías que la señora Soriente fue colocando cómodamente en la estantería próxima. Una vez la mesa quedó libre, William se dispuso a desplegar todos los deteriorados papeles que habían recuperado hace escasos minutos en aquel aciago paraje abandonado, uniéndose a ellos la señora Soriente, con ansias de conocer los entresijos y secretos que se escondían en aquellas palabras que tanto valor en apariencia poseían.

—¡Vamos, vamos! No hay tiempo que perder —reclamó Martín, exigiendo mayor celeridad.

Se podía captar la tensión y la expectación que unos pocos papeles estaban suscitando en aquellas cuatro personas que se encontraban de pie alrededor de la pequeña mesa circular, esperando encontrar todas las respuestas posibles a sus dudas e inquietudes. Todas estas fueron suscitadas varias horas atrás, cuando una llamada provocó la inesperada partida de David desde Almería, donde se encontraba en unas dulces y amenas vacaciones de relajación. Ahora se encontraba en Meaux, su casa natal, tratando descifrar un gran secreto de la historia, oculto por una completa desconocida, quien supuestamente era su madre biológica.

«¡Mi madre Biológica!»

En unas pocas horas ya había vivido más acontecimientos imprevistos, peligrosos y desconcertantes que en toda su joven vida.

—¿Pero que es todo esto? —se preguntó David con una cara de incredulidad que compartían todos los presentes.

—¿Qué sentido tiene todo esto? Solo hay letras y números sin sentido ni orden lógico. Esto me parece una tomadura de pelo. ¿Seguro que es lo que necesitamos? —preguntó Martín, compartiendo su frustración junto a la de su amigo.

—¡¡Maldita sea!! —vociferó William—. Estos son los papeles que teníamos en las manos. Los papeles que me dio tu madre para que os lo entregara a vosotros y os ayudara. Los papeles que nos robaron aquí hacen escasos minutos. ¡A partir de estos documentos tenemos que descubrir lo que estamos buscando!

A cada palabra era evidente que las venas concentradas en la frente y cuello de William, tornaban cada vez más enormes, denotando el progresivo hastío que estaba experimentando.

—¡Relájate! —le increpó Martín con un tono desafiante que todos en la sala mostraban ansiosos por exhibir.

La tensión era flagrante. Por momentos daban a entender su disposición a un enfrentamiento físico por la acalorada discusión acontecida. El tiempo apremiaba pues no sabían las consecuencias que podía tener que aquel hombre desconocido tuviera la información y escapara del lugar donde la había perdido. Entre tanto grito, recriminación y acusación, la señora Soriente, haciendo honor a su analítica personalidad para con los acontecimientos, hacía eco de una tranquilidad asombrosa mientras observaba con gran detenimiento aquellos papeles, intentando discernir la solución a tan intrincado contratiempo.

—¡¡Enigma!! —gritó la mujer sobresaltada.

—¡¡¡¡¡Enigma!!!!!!!

Los tres hombres cesaron en su discusión y se volvieron hacia ella. Aun seguía observando aquellos papeles con una amplia sonrisa que envolvía sus labios.

—¿Enigma? ¿Qué quiere decir enigma? —preguntó con incredulidad Martín.

—Enigma era una máquina de cifrado utilizado por el bando Nazi en la época de la Segunda Guerra Mundial. Fue un gran quebradero de cabeza ya que todos los intentos de los aliados por descifrar su código secreto y con él, todos sus mensajes en clave, resultaron infructuosos. Unos reputados matemáticos ingleses consiguieron descifrarla tras dispares ensayos, a través de una máquina de descifrado fabricada por Alan Turing. Se ha demostrado que este hecho, sin contar con la gran ventaja que suponía para los aliados en el avance de sus tropas, rebajó considerablemente el tiempo de duración de la

guerra y salvó numerosas vidas humanas para todos los bandos en conflicto. Se logró evitar innumerables bajas militares y civiles inocentes, que por aquellas fechas ya se contaban por millones. Así como salvar de la devastación a ciudades y pueblos, ya bastante masacrados durante demasiado tiempo.

La señora Soriente efectuó una ligera pausa, apenada por los sucesos tan innegables que estaba relatando. Como si ella misma hubiera padecido en sus carnes aquellas penurias ya pasadas, pero nunca olvidadas.

—La máquina enigma alemana —continuó— se basaba en una serie de mensajes codificados indescifrables, para los ojos que no tuvieran los códigos de descifrado. Estos códigos cambiaban la medianoche de cada día, ya que si no lo hacían, las fuerzas aliadas terminarían por descifrarla en algún momento. Era un sistema infalible... o al menos así resultó por un tiempo.

—Señora, le aseguro que conozco la historia —se atrevió a contestar Martin con sarcasmo—. Pero entonces... ¿qué quiere decir?. ¿Qué no podemos saber qué es lo que dice?

William constató su estado de nerviosismo con su reiterada réplica y su gesticulación exaltada.

—La enigma, —prosiguió la mujer— no es una máquina física que podamos conseguir, pero para su tranquilidad, puedo decir que enigma es simplemente un simbolismo. La resolución de este mensaje nada tiene ver con ello, sino con otro método... o al menos eso espero.

La expectación que había creado con sus palabras era tal, que los presentes ardían en deseos de comprender su complejidad.

—David, nuestro abuelo, y por causa tu bisabuelo, fue un soldado francés que perteneció a la resistencia francesa. Era un apasionado del cifrado de códigos y nunca desaprovechaba oportunidad para contarnos todo lo que conocía de la maquina “enigma”. Cuando comenzamos a avanzar de edad, nos instruía en juegos donde nos escondía nuestras pertenencias más queridas o teníamos que encontrar los regalos de cumpleaños mediante el descifrado de mensajes que en apariencia para los ojos normales no tenían ningún sentido, pero que con la utilización del adecuado método que nos mostró, seríamos capaces de descubrir. Siempre nos decía que era nuestro lenguaje confidencial. La manera más segura de guardar nuestros secretos. Al principio nos enseñó un método de cifrado creado por él mismo. Este método es con el que nos comunicábamos nosotras dos cuando no queríamos que nadie descubriera nuestro diálogo. Es muy sencillo y si no me equivoco, dará lugar a la resolución del texto.

La señora Soriente se apresuró a hacerse con bolígrafo y papel, que obtuvo del primer cajón del armario. Con ambos papeles en paralelo, comenzó a realizar anotaciones ante la atenta mirada de los tres hombres, expectantes por destapar los resultados.

—¿Piensas que los puedes descifrar? —preguntó David con cierto recelo en torno a la respuesta.

—Nosotras, —prosiguió— utilizábamos una sencilla operación en la que desplazábamos las letras del abecedario unas determinadas posiciones, cuyo número exacto íbamos alternando para que no fuera siempre el mismo. Es decir, utilizábamos por ejemplo el número cinco, lo que quería decir que si en el mensaje estaba la letra “A”, deberíamos adelantar el abecedario cinco posiciones para conseguir la letra real, que sería en este caso la “F”. Si en el mensaje se situaba la letra “N” y ese día utilizábamos el número ocho, al avanzar ocho posiciones en el abecedario, obtendríamos la letra “U”. ¿Comprendes? Este método era muy sencillo y es el que creo que ha utilizado aquí.

—Entiendo. ¿Pero sabes que número debes utilizar? Según dices siempre utilizabais posiciones en el abecedario alternas. ¿Cómo vas a saber cual usar? Serían muchas opciones para resolver tantos caracteres.

—Ahora mismo se me ocurriría una idea alternativa. En ocasiones, al avanzar de edad, utilizábamos fechas de nacimiento. La primera vez que nos valimos de esta técnica fue el mismo día que nuestro abuelo falleció. Aquella dolorosa mañana decidimos utilizar la suya, ya que fue él quien nos mostró esta técnica. Nació el 20/06/1910. Lo que hacíamos era sumar todos los números de la fecha, obteniendo el número diecinueve, en este particular caso. Posteriormente, asignábamos el número diecinueve a cada letra, por lo que cada carácter cifrado tendríamos que moverlo diecinueve veces en el abecedario para conseguir cada uno de los reales. ¡Y eso es lo que pienso intentar!

William y Martín se encontraban totalmente obnubilados viendo a aquella mujer en zapatillas y con cierto aspecto de fragilidad, como realizaba todas esas anotaciones como quien resuelve una de las ecuaciones más complejas de la historia de las Matemáticas.

EHE10UWFMKH11SNLMKASLPÑA

Observaban aquella maraña de caracteres sin sentido, y se revelaban altamente intrigados e interesados en descubrir como trataba de obtener la respuesta a tan enorme enigma. Todos observaban como la señora Soriente escribía el abecedario es una de las esquinas de la hoja, y poco a poco

contemplaban como iba realizando el conteo a través de todas esas letras perfectamente ordenadas. Anotaba los resultados, que carácter a carácter iba obteniendo. No podían evitar comparar la inmaculada primera línea de aquel apartado que había sobrevivido al abrasador tacto de las llamas, con las correcciones realizadas menos elegantemente de la señora Soriente.

MOM10CENT

—¡Parece que empieza a obtener algo!

Cuando cesó la escritura, se apresuraron a ver la traducción final de la señora Soriente, cuya ortografía denotaba la ausencia de claridad a cambio de una mayor presteza en la transcripción.

MOM10CENTRO11AUSTRIASXVI

—¿Se supone que esto debe tener sentido? —preguntó un William contrariado, esperando la llegada de otro tipo de respuesta más convincente.

—A menudo, este tipo de transcripciones suelen ser como telegramas. Mensajes en clave para ahorrar tiempo a la hora de transcribir y descifrar, además, lógicamente si los mensajes caen en las manos equivocadas existiría alguna posibilidad de mantener el secreto. Desconozco el propósito o la razón, pero este mensaje seguro es vital y hay que desenmarañar su particular entresijo. Presiento que esta primera serie de palabras, entraña el comienzo de un mensaje encriptado todavía aun mayor. Será difícil de obtener pues poco ha sobrevivido —predijo la señora Soriente con gran seguridad en sus palabras.

—¿Cómo estás tan segura? —preguntaron.

—Porque podremos discernir cierta información de gran relevancia si nos centramos en lo que las palabras nos quieren decir. Existen otros datos singulares y son los referentes a los números 10 y 11. Ignoro su función, pero su disposición correlativa hace pensar que no corresponde a una mera eventualidad. ¿Se supone que tiene relevancia que se establezcan alrededor de la palabra “centro”? Se encuentran a ambos lados y en orden consecutivo el uno con el otro, pero es complejo elaborar una conclusión acertada. Más que difícil, a simple vista dictaría que se hace inviable ofrecer un juicio objetivo.

Inevitablemente, las primeras grandes expectativas daban paso a una mustia cautela a la que enfrentarse, pues nada estaba resultando sencillo.

—Hemos conseguido obtener ciertas palabras, pero la dificultad intrínseca del mensaje nos lleva al final del mismo. Encontramos otras tres letras sin sentido por si solas, pues no parecen que tengan ninguna relación con todo lo expuesto.

—¿Y a que crees que se deberá dicho hecho? —volvió a preguntar David, percatándose en ese preciso momento como uno de los papeles caía liviano sin detener su ondulación hasta besar el suelo, agachándose para recogerlo.

—No sabría decirte, pero son tres caracteres al comienzo y otros tres al finalizar dicho mensaje los que parecen que no tienen ningún sentido con respecto al resto. Lo único que se me ocurre es que se trate de un mensaje cifrado dentro de otro. Es decir, cuando has conseguido descifrar el primero, en vez de encontrar la resolución, obtienes otro con distinto tipo de descifrado. Como cuando estas soñando tan profundamente que sientes estar viviendo un sueño dentro de otro sueño, y al despertar confuso ya no eres capaz de reconocer cual era ese sueño que te ha transportado al secundario. Creo que en este caso necesitarías dos tipos diversos de descifrado en...

—¿Pero qué es esto? —Alzó la voz David interrumpiendo a la Señora Soriente en su exposición, haciendo inevitable que todos atendieran al joven.

En aquel preciso momento y aprovechando la distracción, William hizo una señal a la señora Soriente para abandonar la sala en la que se encontraban. Con gran misterio, ambos tomaron idéntico camino hasta dejar atrás la estancia.

—¿Qué sucede David? —preguntó Martín.

La página que cayó flotando con gran suavidad hasta el suelo, se había girado accidentalmente mostrando su cara oculta. Esta no estaba exenta de mensaje, y lo que dejaba ver era tan claro como inesperado.

—¡Este soy yo! —recalcó ante la evidencia.

Dicha hoja mostraba su fotografía, siendo cumplimentada con ciertos datos sobre su vida estudiantil, laboral, vacacional, compleción, datos personales,...

David se apresuró a darle la vuelta a otro de los mismos documentos que continuaba en la mesa, donde se dejó ver lo que a primera vista se discernía como una nueva ficha identificativa.

—¡Y esta mi madre! —señaló, tratando buscar a la señora Soriente con su indicación.

Mientras David y Martín observaban incrédulos las fichas personales, William y la señora Soriente ya entablaban una intrigante conversación en la privacidad de la cocina, donde no pudieran ser escuchados.

—He conseguido guardar este documento sin que David pudiera percatarse. He pensado que sería más sensato que lo viera usted primero, pues considero su contenido demasiado chocante.

William le mostró una ficha de idénticas características a las demás, pero completada con distintos rasgos y fotografía. Con esta, la cara de la señora Soriente pasó de cierto nerviosismo a auténtico pavor. Su rostro empalideció en milésimas, sus piernas se tambaleaban sosteniéndose en pie con dificultad. Era como verse reflejada en un espejo, del cual solo se podría obtener desesperanza.

—No puede ser. Por favor. ¡¡¡No!!!

Capítulo 18

Zapatillas deportivas color gris con tonos violetas. Pantalón ceñido con cierto toque morado, mudando a un marrón negruzco a causa de las manchas de barro, tierra y polvo. Sudadera carente de marcas y señales, pero embadurnada de idéntica suciedad. Tras todo eso, una funda de tela negra que envolvía lo que estaba claro, era una cabeza.

Un cuerpo se encontraba inerte sobre una alfombra de pelo largo color marrón chocolate. Por lo que se podía distinguir a través de su vestimenta y silueta, era evidente reconocer a una mujer como la dueña de tan exhaustiva descripción. Pudiendo añadir para mayor exactitud, el de una joven, fijándose en la tersa piel de sus manos.

Aquel cuerpo se tendía maniatado por una recia cuerda, nada agradable al tacto. Se observaba una extensa rojez en sus muñecas que rodeaba la misma, por culpa de la excesiva tensión empleada. Sus pies se encontraban en la misma situación, pero su indumentaria impedía poder comprobar si las secuelas resultaban igual de dolorosas. Si se podía apreciar una de sus enrolladas mangas, a través de la cual se dejaba entrever diminutas marcas circulares en la zona más elevada del antebrazo. Como quien es víctima de varios pinchazos llevados a cabo por una aguja.

Las ataduras eran tales que aun encontrándose con conciencia, la movilidad sería reducida. La habitación en la que se encontraba retenida era ciertamente austera pues solo disponía del tapiz ya mencionado sobre el que reposaba, una silla metálica volcada en el suelo y una bombilla de luz diurna que se encontraba encendida. Esta colgaba desde el techo, pudiéndose observar los endeble cables con el fino cobre raspado que la sujetaba. Ni existía ventana, portillo, tragaluz o abertura de ningún tipo. Nada. Sin posibilidad de apreciar atisbo de luz natural. Solo una puerta sin pomo y con pintura desconchada era la única opción de salida o entrada en aquel presidio de cuatro paredes de hormigón.

Tras horas de profundo adormecimiento, sus manos comenzaban a cobrar vida de nuevo. Extendía los dedos, simultáneamente con movimientos

circulares sobre la sedosa alfombra. Esos exiguos segundos le hicieron transportarse al confortable salón de su casa familiar en las montañas suizas de Neuchâtel, apreciando la suavidad de su moqueta sobre manos y pies al mismo tiempo que notaba en su espalda el duro suelo sobre el que se despertaba. Fue la imposibilidad a la hora de mover los pies, lo que le resultó extraño.

Adormecida, no llegaba a ser consciente de su aprisionada situación. Poco a poco, comenzó a pensar en su deseo de levantarse de su mullida cama y volver a disfrutar de las cautivadoras vistas de los Alpes nevados, la iglesia colegial y el esplendoroso castillo de Neuchâtel con su lago protegiéndolo. Pero la realidad iba a resultar tan dolorosa como un duro golpe en la boca del estomago.

—¡¡¡Aaahhhh!!!

Un grito ahogado retumbó por toda la habitación, cuando al abrir los ojos solo pudo encontrar profunda oscuridad. Ansiaba creer que aun estaría soñando, pero todo se presentaba muy real. No podía mover pies y manos. Se agitaba continuamente como la mosca que intenta volverse para alzar el vuelo, pero le resultaba imposible. Notaba gran presión sobre las muñecas y tobillos, además de la sensación de asfixia que sufría al respirar con gran dificultad.

—¡¡Por favooooor!! ¡¡Ayudaaaa!!

Parecía al borde del colapso nervioso cuando entre tanto gemido, pudo escuchar el chirrido de lo que aparentaba ser una puerta. No cesaba un ápice en sus gritos, tratando ser escuchada, cuando de repente una intensa luz conseguía abrasarle las retinas. Al despojarse de la maloliente capucha negra, solo se pudo distinguir una larga melena castaña que ocultaba unas sonrosadas mejillas. Al no poder aguantar tan reciente luminiscencia, requería proteger sus ojos, refugiando su rostro sobre la alfombra y evitando así que sus delicadas pupilas tuvieran contacto directo con tan molestos destellos.

—¡¡Cállate ya!! —le dijo una voz ronca, imposible descubrir de donde provenía, debido a que aun sus retinas no se habían acostumbrado a la intensidad de la luz.

—¿Quién eres? ¡¡Socorroooo!!

La joven no cesaba en sus impetuosos gritos, cuando de pronto notó un agudo daño en su brazo. Aquel hombre le agarró con tal fuerza que le resultaba imposible la movilidad. Se percató de como algo penetraba en su piel. El dolor le recordaba a sus años de niñez, cuando temerosa, acudía al doctor con su madre para inyectarse las vacunas.

Cuando el hombre la soltó, cogió un pañuelo que llevaba en el bolsillo y se lo introdujo en la boca a modo de mordaza, saliendo por la puerta y cerrándola tras de sí.

—¡Más te vale que tu novio lo haga bien! —le dijo antes de abandonar la sala.

Poco a poco la joven comenzó a desvanecerse, hasta notar como la oscuridad de nuevo la envolvía.

Capítulo 19

—¡Sarah...! —dijo con voz alicaída la mujer.

—¿Quién es Sarah? —preguntó William.

—Sarah, —siguió la mujer— es la pareja de David, o expareja. No tiene relevancia. Es el gran amor de su vida. Y si estos documentos están en lo cierto, afirman que su secuestro ya ha sido ejecutado.

La habitación entera enmudeció durante unos eternos segundos. Sin saber que paso dar. Sin saber cómo continuar, William comenzó a coger la palabra, mostrando su habitual seguridad.

—Si esta es su pareja, conseguiremos rescatarla. Pero ahora lo más importante es descifrar los mensajes. David no puede saberlo, al menos por ahora. Solo lo distraería y enloquecería.

—Si... tienes razón.

—Tranquila, conseguiremos honrar la memoria de tu hermana por los años venideros, pero necesitamos descifrar el mensaje cuanto antes. Nos urge concentrarnos en lo más imprescindible ahora.

De pronto la señora Soriente comenzó a moverse con gran lentitud, como si su cuerpo anduviera solo movido por un involuntario impulso que lo conducía de vuelta hasta la sala principal donde permanecía la extraña pareja.

—¿Qué sucede? —preguntó David, dejando de sollozar mientras retenía en su mente las imágenes de los documentos.

La señora Soriente no podía evitar mirar los irritados ojos de su querido hijo, sin dejar de pensar en el pesar que supondría si conociera tan traumática noticia. Debía tratar salvaguardar en ese momento la seguridad de un David ya suficientemente angustiado y sobrepasado, para tratar de obtener ayudas conclusas y fiables. Su mirada incrustada en la mesa, daba a entender que su mente había encontrado alguna solución posible.

—Años... años no. ¡Siglos! —respondió la mujer.

—¿Cómo dices madre?

—Los siglos. Los siglos se transcriben a través de los números romanos. SXVI. Esas siglas no corresponden a un cifrado dentro de otro cifrado, sino que

hacen referencia al Siglo XVI.

Sus ojos resultaron fiel reflejo de la emoción ante el descubrimiento realizado.

—Los números tienen dos maneras de expresarse, tanto con cifras como con letras. Las cifras obviamente quedan expuestas a los ojos de cualquier persona que tenga en su poder el mensaje, pero las letras, las letras hay que descifrarlas. Primero pensé que eran simples caracteres a los cuales dar una solución, pero realmente toda la línea tiene algún sentido por así decirlo, el único problema es que debemos descubrir cuál es. Es obvio que esos dígitos tienen la misión de ser visibles a los ojos, pero si tuviera que emitir una conclusión ahora mismo lo primero que mencionaría con ese “XVI” sería otro tipo de número. Los números romanos.

—¿Y el resto del mensaje? —interrumpió William de forma grosera sin dejar terminar a la señora Soriente, pero realizando la pregunta que el resto estaba pensando formular.

—El resto del mensaje... es más complicado. He observado por encima las primeras letras y no soy capaz de hallar lógica al realizar la misma transcripción que antes. Sigo obteniendo los mismos resultados sin orden ni norma sensata. Pero quizás...

La concentración de la mujer era absoluta. Su dedicación para con la causa de aquellos jóvenes estaba fuera de toda duda. Mujer con una gran agudeza interpretativa, no iba a permitir que el mensaje de su propia hermana, pudiera ser el primero que su mente no fuera capaz de resolver.

—AUSTRIAS, XVI, CENTRO —la señora Soriente no cesaba de hablar entre dientes, pensando una posible respuesta.

Poseía grandes conocimientos sobre historia del renacimiento. Aun así, necesitaría la referencia de una interminable biblioteca llena de tomos relacionados con el tema para ser capaz de contrastar con mayor exactitud las posibles soluciones que circulaban por su cabeza.

Se oponía fervientemente a las nuevas tecnologías de masas. Por muy útiles que resultaran, no quería tener nada que ver con un medio tan pernicioso que era capaz de corromper y distraer a tantos jóvenes en la actualidad. Por esa razón se aventuró a examinar su gran colección, escogiendo uno de los tomos sobre España en el Renacimiento. Ojeaba de forma liviana algunas páginas intentando discernir datos claves y concisos, procurando no divagar en generalidades.

«SXVI, AUSTRIA,...»

Mientras la señora Soriente parecía buscar una gota de aceite en un océano, el grupo intentaba arremolinarse a su alrededor, buscando más allá de los ojos de la experta.

David poseía ciertos conocimientos frescos sobre historia, debido que para sus estudios realizó algunos trabajos relacionados en mayor medida sobre la evolución de la capital española con el paso de los siglos. No podía entender como un hombre tan elocuente en sus trabajos, podría verse en una tesitura de absoluta confusión. Los nervios le habían llevado a quedarse en blanco como si del peor examen de su vida se tratase. Aunque no fuese su especialidad y en astronomía no había quien lo superase, sentía gran afinidad por la historia de su tierra de adopción.

—¡Es imposible! —gritó la señora Soriente sobresaltada por la frustración.

Tras ella comenzó un revuelo de inquietud ante la imposibilidad de obtener conclusiones. David fue el primero en acercarse para leer lo que exponían aquellas páginas amarillentas, a causa del paso de los años, sin proporcionar indicio de optimismo.

—Martin. ¿Tú no...?

—¡Es fácil! —contestó Martin con desproporcionado ego—. Austrias y el S. XVI han sido la clave. Austrias no hace referencia al país, sino a una dinastía de reyes que gobernaba en Madrid en el S. XVI.

Su confianza iba en aumento, exponiendo la cantidad de conocimientos albergados sobre su especialidad. No en vano, se jactaba de considerarse el gran historiador del viejo continente.

—Además en ese mismo siglo, Madrid pasó a ser la capital del reino de España.

—¡En efecto! —prosiguió la mujer—. ¿No lo entendéis? La capital del reino significa que pasa a ser el centro de toda la nación. El centro tanto geográfico como político de un territorio. Incluyendo el linaje de los Austrias en el S. XVI, se disipa toda duda. El próximo destino al que tenéis que partir es Madrid. Ese es vuestro objetivo.

Por un instante, la pareja Soriente quedó paralizada al ser consciente que tan misterioso mensaje les conducía de regreso al origen.

—Trataré de seguir buscando información al respecto por si puedo servirlos de más ayuda, pero precisaré tiempo para buscar en profundidad —finalizó la mujer.

En aquel preciso momento, William abandonó la habitación para pasar a la contigua tratando de buscar cierta intimidad.

—¡David mira! —le avisó Martín reclamando su atención sobre la silueta que dejaba ver vagamente el corpulento hombre—. No confío en él. Se oculta para hablar por teléfono, lleva un arma y disparó sin dudar. No lo conocemos de nada. ¿Qué crees que tramará?

—Te entiendo. Yo tampoco sé porque estamos haciendo esto. ¿Qué necesidad tenemos realmente?

William volvió a pasos agigantados hasta donde se encontraba la pareja confabulando contra su persona.

—He conseguido un vuelo privado hacia Madrid. Salida en lo que tardemos en llegar al aeropuerto, así que hay que darse prisa en partir.

—Un vuelo. ¿Tan rápido? —preguntó con escepticismo un receloso Martín.

—No entiendo a que te quieres referir, profesor —contestó con sarcasmo—. Lo he conseguido gracias a un amigo común que teníamos con tu madre David.

—Es solo que encuentro desconcertante que tengas tanto interés en querer ayudarnos, por una simple deuda moral.

—Podéis quedaros aquí discutiendo la veracidad de mis palabras o podemos partir para empezar a solucionar esto de una vez. Por cierto, no te incluyas. No tengo ninguna deuda que pagarme con tu persona. No poseo deuda ninguna.

David y Martín mantuvieron su mirada fija en aquel hombre que habían conocido escasas horas atrás, sin conseguir consensuar la mejor manera de actuar.

—¿Crees que no te hemos visto como entrabas con mi madre para hablar en privado? Será mejor que nos contéis que está pasando o de aquí no nos vamos a mover.

Las rotundas palabras de David mostraban su severidad al enunciarlas. Seguro de consumarlas si no satisfacían su reclamo.

Mientras tanto, nada era capaz de distraer a la señora Soriente que seguía intentando razonar como resolver aquel enigmático cifrado. Dubitativa comenzó a expresarse en voz baja.

—S. XVI... Si. Puede ser la clave. Quizá sea... —De repente callo, con ello, pareciendo silenciar las voces que se aglutinaban en su cabeza. Se sentía frenética.

—David... es cierto que no te hemos contado toda la verdad.

La cara de William experimentó la angustia de estar cercano a vivir una ligera traición, facilitando información que había pedido no transmitir.

—¡No, no! ¡No se lo digas! —Imploraba, agarrándola del brazo.

—¡Es mejor que sepa ahora! —sentenció—. Escucha atentamente. Si bien es cierto que mi hermana Danielle buscaba tesoros escondidos para una organización secreta, también lo es que ha truncado los perversos planes de muchas personas peligrosas. Ahora se encargarán de buscar a quienes tengan algún tipo de conexión con ella para descubrir si se los legó directa o indirectamente. Si no fuera así, siempre les quedaría saborear la venganza.

La cara de David era de absoluta estupefacción.

—El problema, —continuo William con alivio— reside en que la única persona que conocía los planes con exactitud era Danielle. Ella fue quien me avisó mediante un escueto mensaje que había conseguido una información de vital relevancia. En ese momento no reparé en ello, pues suponía que más tarde me la transmitiría. Era tan meticulosa que toda la información que recogía la cifraba para que si alguna vez caía en manos equivocadas, no fueran conscientes de lo que sabíamos. Por desgracia, ese día terminó por llegar. Nuestro infortunio radica en que ahora desconozco dicha información y solo disponemos de estos documentos quemados y cifrados. Para agravar la situación, estas fichas identificativas exponen que os habéis convertido en parte de su objetivo. Seguro han llegado a descubrir vuestro vínculo familiar.

—Pero hay algo que no entiendo —interrumpió David—. Según estas contando, todo esto es un conflicto entre vosotros y ellos ¿no? Entonces dime, ¿qué tenemos que ver nosotros en esto?

—David... tú haces la pregunta, y tú mismo eres la respuesta. Hace tiempo, Danielle se arriesgó demasiado sobrepasando los límites en uno de sus “trabajitos”. Eso conllevó que ese hombre pretendiera tomar duras represalias contra ella. Hasta que hace pocos días, consumó una parte de su venganza. Vosotros nunca habíais existido para ellos, ya que Danielle se ocupó de que así fuera, sin embargo todo cambió. Aun no entiendo cómo ha podido pasar, pero descubrieron vuestra existencia. Empezabais a formar parte de la ecuación y ella era consciente de ello, por eso también asumía más riesgos. De hecho, en esta última visita que iba a realizar a la señora Soriente, tenía intención de contarle todo por si algo le sucedía.

—¡Dios mío! ¿Por ese motivo estamos viviendo este castigo? ¿Por culpa de esa mujer? —David empalideció severamente ante tal historia, con la que el miedo ya recorría todo su cuerpo.

—Tenemos que conseguir atraparlos para que esta pesadilla termine de una vez. Pero no lo conseguiremos sin vuestra ayuda. Danielle era vuestra

familia y todos sabemos que esa información solo la podréis descifrar vosotros.

—¡David, hijo mío! Todo lo indica. Su única pretensión fue que nosotros pusiéramos fin a toda esta locura por ella —imploraba la señora Soriente.

William retomó la palabra con un tono más estoico que el precedente.

—En ocasiones los acontecimientos llaman a la puerta del coraje y depende de uno mismo hacerles frente. ¿Dejarás morir a personas como tu madre o trataras de salvar sus inocentes vidas? ¿Qué quieres hacer tú, David?

Ante tales impetuosas palabras, David no pudo evitar contagiarse del entusiasmo y el arrojo que transmitía el ambiente. Sin embargo, la verdadera razón que lo podía mover, residía en la situación de constante peligro que se encontrarían sus seres queridos.

—Muy bien. ¡Hagámoslo! Qué remedio...

Con el ímpetu en alza, la señora Soriente se apresuró a calmar el ambiente.

—David acompáñame arriba por favor, necesito que me ayudes con mi problema de espalda. El dolor ha ido en aumento las últimas horas y en breve apenas podré moverme.

—Claro, vayamos madre, —la voz de David dejaba ver cierta preocupación por el estado de salud de su, para él, madre.

Hace escasos años había sido operada de una hernia discal, pues en ocasiones le ocasionaba dolorosas épocas que tenía que paliar con medicación y asiduas visitas a rehabilitación. Su estado se veía resentido siempre que no obtenía el adecuado descanso que su mermado cuerpo demandaba, siendo esa noche la más propicia.

Al llegar a la planta superior, David recorría el camino que lo llevaba hasta la habitación principal, pero la señora Soriente realizó un desvío imprevisto agarrándolo del brazo e internándolo en el pequeño despacho, cerrando la puerta lo más delicadamente posible y procurando evitar ruidos.

—Madre, ¿qué haces? Tu espalda...

—Olvídate de eso. Hay algo de lo que quiero hablarte. Algo que he visto en el mensaje y no he querido decir delante de ellos.

La expresión de David, torcida, intentaba comprender lo que trataba de expresar.

—La primera palabra de la línea es “MOM”, —siguió la mujer— ¿la recuerdas? Esa palabra la utilizábamos tu madre y yo cuando jugábamos en casa. Como bien sabes, significa “Mamá” en inglés. Acordamos usarlo al

iniciar nuestros mensajes cuando creíamos que ella nos podría castigar. Para nosotras era un mensaje de aviso. ¡De peligro!

No es ninguna casualidad que todo el mensaje comience por esa palabra. Tu madre intenta avisarnos de algo. Los documentos con nuestras fichas identificativas son una evidencia que nos implica como objetivo.

—No me importa lo que hayan escondido porque a mí eso me tiene sin cuidado —interrumpió el joven—. Adoro la historia y en otras circunstancias sería un viaje que realizaría sin dudar, pero nunca pensaría en poner mi vida en peligro por algo así. Por algo que yo no he buscado. Me estáis asignando una responsabilidad que no he pedido.

—¡Te entiendo!, —prosiguió la señora Soriente— pero asimila que tu madre nunca haría nada de esto sino fuera absolutamente necesario.

—¡Pero tú eres mi madre! —Elevó la voz nervioso.

—¡David, por favor! —Siguió—. Tienes que llegar al final de todo, seguro que después encontrarás respuesta a muchas preguntas que te asolan. Este mensaje estaba escrito para mí. Solo para que yo fuera capaz de saber qué hacer y con ello guiarte.

Su tono se volvía turbio. Palabras enfrascadas en un amasijo de sombras lúgubres, cuyos matices se volvían cada vez más comprometidos.

—David... ten cuidado. Ve con cautela. No confíes en nadie. No quiero asustarte pero ahora mismo eso puede marcar la diferencia, pues nunca sabes que oídos son un problema que escuchan. Eres más fuerte de lo que tú te piensas y sabrás arreglártelas, pero por favor cuídate y recuerda que no debes confiar completamente en nadie. Puede ser que corras un grave peligro.

Capítulo 20

1945... Uno de los mejores años posibles para la historia de la civilización y para nuestros antepasados. Grandes acontecimientos se perpetuaron para una eterna gloria histórica de mi nación.

Los Estados Unidos de América le ganan la guerra a las infaustas fuerzas del Eje tras varios años de cruda batalla, cuando el siete de mayo se rinde el bando fascista ante nuestra implacable fuerza bélica. Pocos meses después, en agosto terminamos de demostrar todo nuestro potencial con la detonación de las implacables bombas en suelo japonés, para por fin acabar con el ejército que nos masacró a traición en Pearl Harbour años atrás.

Demostremos que la nación americana es la más grande nunca jamás vista, capaz de derrotar al mayor y más temido de los ejércitos, con el mejor arsenal y con los mejores guerreros que se puedan conocer. Un gran hito en la historia, al que pusimos fin con épica victoria sobre nuestros enemigos en este glorioso año.

Un hombre se encontraba confortablemente recostado sobre su butaca de piel con una copa de vino en la mano, mientras observaba a no muchos metros de distancia la imagen de la Torre Eiffel, a través del inmenso ventanal que tenía ante sí. Recordaba continuamente los logros de su país por recuperar dicho monumento para un país aliado como el francés. Aun no vestía ropa de calle, ya que portaba una bata de seda con unas iniciales bordadas en la solapa que asomaba en la parte izquierda de su pecho, donde quien se fijara leería “R. K”. En su otra mano observaba constantemente una botella de vino, pareciendo atravesar el oscuro cristal que la protegía, como si intentara formar parte de ella.

Sus pensamientos se encontraban enfrascados como el líquido burbujeante de aquella botella de “Chateau Mouton-Rothschild” de 1945, mientras no cesaba de observar su traslúcido contenido.

El excéntrico millonario disfrutaba de las delicias que Francia le aportaba en maridajes. Siendo la mejor cosecha la de 1945, nunca pudo evitar encontrar el símil de las grandes victorias de aquel año con sus dos pasiones,

la bética y la vinícola. Gran amante de esta última, nunca faltaban en su bodega brebajes de la ya mencionada, además de otras como “Chateau Lafite Rothschild”, o una de las escasas seiscientas botellas que se hicieron de Romanée Conti al finalizar la Segunda Guerra Mundial. Todas ellas del mismo año de cosecha. No le importaba gastarse quince mil, veinticinco mil o incluso cien mil dólares en una botella como en el caso de la última. Cuando es preciso el dinero, no es ningún problema para un hombre lleno de lujos, acostumbrado a conseguir todo cuanto reclama. Solo le importa saborear sus tesoros cuando la ocasión lo precisara.

En la majestuosa habitación en la que se encontraba, se podía distinguir una pequeña bodega con diferentes adquisiciones que realizaba cada vez que visitaba un país. Encontrándose ahora en un país famoso por su producción, nunca dejaba pasar la ocasión de adquirir nuevos maridajes para degustar su paladar cada vez que la ocasión lo merecía. Aquel resultó un momento idóneo. No importaba la hora. No importaba el lugar. Ni siquiera importaba la compañía. Había recibido la llamada más esperada de los últimos días. Estaba a punto de recibir grandes noticias que le iban a llenar aun más sus ya adineradas arcas.

Por fin podría dar caza a uno de los mayores hitos que buscaba tiempo atrás y que los infortunios provocados por ciertas personas habían desbaratado. Cada vez que lo recordaba, la ira que albergaba su interior, asomaba como imperioso terremoto que azota la tierra.

«Por culpa de esa maldita...»

Justo en aquel momento se escuchó un sonido que reclamó su atención. Al instante se percató que intentaban contactar con él a través de su línea privada. Con gran lentitud y parsimonia, estiró su brazo derecho dejando la botella sobre la mesa con sumo cuidado. Decidió posarla en su exclusivo soporte de titanio, realizado exclusivamente por uno de los más consagrados diseñadores del viejo continente. Apretando uno de los botones cuya luz roja parpadeaba sin cesar, se escuchó una voz femenina al otro lado.

—Señor King, acaba de llegar.

—Hazle pasar —contestó sin apenas titubear.

La majestuosa puerta metálica de casi tres metros, comenzó a abrirse a su espalda con un ligero sonido como un soplido de viento, dando lugar a unos ligeros pasos que cada vez se hacían más intensos conforme avanzaban hasta llegar a la mesa. Se pudo escuchar como rechinaba la silla a su espalda, hasta que se escuchó como alguien se sentaba en ella.

—¿Por qué has tardado tanto? —le preguntó con una voz un tanto displicente.

El hombre seguía observando a través de la cristalera, saboreando su copa. Sin mayor aprecio a su invitado.

—Han surgido contratiempos y aun así los superé. Y he tenido que esperar hasta que su eminencia se despertara —contestó el hombre con claro tono de sarcasmo.

Ante tal insolencia, el millonario hombre se apresuró a levantarse, dando la vuelta sobre sí mismo para mirar a la cara de su invitado.

—¡Cómo osas faltarme el respeto! No te olvides quien es el jefe aquí. Tú eres simple basura y te pago para que hagas todo lo que te pida. ¿Te queda claro Kabil?

Las miradas entre aquel hombre de pie, de pose autoritaria con su batín y su copa de vino en la mano y la retadora de Kabil, se cruzaron unos escasos segundos pareciendo interminables.

—¡Claro... jefe! —terminó contestando Kabil, introduciendo una pausa entre su contestación.

—¡Bien!, ahora informa.

Su vida entera estaba colmada de logros. Siempre conseguía todo aquello que se proponía, sin valorar el dinero pues nunca le escaseaba.

Proveniente de una familia adinerada asentada en Orange Country, Robert King dio paso muy pronto a su impulso empresario de compra venta tanto de coches, joyas,... No le importaba rodearse en mercados ilegales. El mercado negro era como un hogar para el donde conseguir los máximos beneficios, pues muy pronto comenzó a coquetear con la ilegalidad. El sustento económico de su familia le ayudó a despegar por su cuenta muy pronto y en cuanto se hizo unos cuantos contactos, abandonó su ciudad de origen para marchar con destino a la Gran Manzana donde prosperar en sus oscuros e ilegales negocios.

En sus inicios, comenzó a traficar con drogas en pequeñas escalas. Marihuana, cocaína o estasis, representaban su mercancía, hasta que poco a poco se fue convirtiendo en un gran magnate conocido por todos. Un día cometió un grave error y fue cazado por la policía. Pasó ciertos años en la cárcel hasta que lo soltaron antes de tiempo por un comportamiento impecable dentro de prisión, llevándolo indebidamente a la reinserción. Todo falso. Esos años le sirvieron para expandir aun más sus turbias relaciones valiéndose de un don de gentes y manejo de las situaciones, inusitadas para

una persona tan joven que siempre había contado con todo lo que deseaba. Pero la ambición de ese hombre no tenía límites y siempre quería más.

La cárcel le valió para hacerse de unas cuantas “ratas”, que empezarían a ser domesticadas para realizar el trabajo sucio en su lugar, mientras él permanecería en el más estricto anonimato desde ese momento. Otros pagarían las consecuencias por un poco de dinero, mientras él obtendría todos los beneficios.

Su ambición le llevó a comprender que un hombre como él no podía codearse con esas personas en la cárcel. Procuraría no ser un simple ratero o camello, por lo que decidió dar un paso más en su grandeza. Debía marcar hitos y ser superior a todo aquello. Así comenzó a interesarse por la obtención de antigüedades de gran valor económico y algunas de ellas de gran valor histórico. De esa forma conseguiría la exclusividad que un hombre como él estaba en posición de poseer.

Con el tiempo, y conforme los acontecimientos lo iban exigiendo, se fue haciendo de expertos en arqueología, historiadores, etc. Necesarios para poder buscar la información y rastrear donde se encontraban los mayores tesoros de la historia y hacerse con ellos. Evidentemente se eximía de contar la realidad y se bastaba con una coartada para que este tipo de gente accediera a trabajar para él. Si posteriormente surgía algún problema ético, el dinero podría solucionarlo.

—He conseguido todos los papeles necesarios para dar comienzo a la búsqueda de inmediato. Pero existen ciertas eventualidades por analizar — explicaba Kabil mientras constantemente se movía en su asiento.

—La inesperada carcajada del excéntrico millonario, retumbó en toda la sala.

Esa acritud la vivió Kabil como la peor de las ofensas. Más dolorosa que cualquier agresión física. Aprovechó para coger los papeles y comenzar a ojearlos, buceando con detenimiento en lo que necesitaba de ellos.

—¿Analizar tú?, ¿pensar? Tú no eres capaz ni de ir al baño sin una explicación — intentó avergonzarlo entre profusas risas.

Mientras Kabil intentaba no cambiar la expresión de su cara para aparentar el sosiego y la confianza que intentaba transmitir, su interior ardía como un volcán a punto de entrar en erupción. Su paciencia menguaba con solo observar la actitud arrogante del hombre, soportándola desde bastante tiempo atrás. Sus desplantes eran constantes y pretendía tener un control sobre su moralidad y su cuerpo que nunca aceptó. Nunca consintió su trato degradante porque según él «El dinero le otorgaba control sobre su cuerpo, su

alma o su mente». Su problema era que lo necesitaba. No le importaba ser una presa, en ocasiones acorralada, para llegado el momento poder convertirse en un cazador implacable.

—¿Que necesitas? —preguntó Robert King a su subordinado.

—Vuelo. Dinero. Accesos. Armas. Contacto.

La contestación fue lo más escueta y precisa posible. Como si de un telegrama se tratase, volvía a recoger los papeles que había dejado caer sobre la mesa, próximos al teléfono que se dispuso a descolgar. Presionando un botón, comenzó a sonar un tono de llamada que seguidamente se dispuso a desactivar para colocarse el auricular en su oreja, pareciendo preservar el anonimato de la persona detrás de la línea.

—Prepáralo todo. Vía libre. Que únicamente vuelva con el objetivo conseguido. De lo contrario acabas con el sin dudarlo o te haré personalmente responsable.

Tras la breve conversación, cerró toda comunicación y le dio una pequeña nota en papel escrita a mano acompañada de una llave.

—Con esto obtendrás lo que necesitas. Podrás hacerte con todo a tu llegada.

El hombre volvió a darse la vuelta en un claro gesto despectivo, devolviendo su mirada al infinito a través de los inmensos ventanales.

—Y mantenme informado. —Terminó de forma categórica dando por zanjada la reunión.

Era el momento de escuchar el sonido de unos pasos alejándose cada vez más. Prestaría atención al ligero sonido de la puerta abriéndose tras de sí, hasta cerrarse por completo. Otorgándole su merecida soledad para poder acabar de disfrutar su copa.

Por el contrario, no escuchaba nada. No había movimiento. Ni pasos, ni puerta. Confundido volvió a dar media vuelta, clavando su incrédula mirada en el pequeño hombre sentado en la silla, sin manifestar intención inmediata de desocuparla.

—¿Se puede saber que demo...?

—¡Por favor! —le interrumpió Kabil alzando la voz lo suficiente para cortarlo en seco, pero no ser escuchado más allá de la puerta—. Llevo haciendo tus sucios trabajos muchos años —prosiguió templando el tono de nuevo— por arriesgado que fuera he cumplido mi cometido. Mi tiempo de esclavo ya ha expirado. Tengo lo suficiente para completar mi misión en el mundo y ejecutar los planes de mis antepasados.

—¿Pero que estas diciendo maldito loco? ¿Olvidas quién te saco de la cárcel medio moribundo por culpa de tus adicciones? Tú no eres más que una simple rata y siempre tendrás que vivir escondido en la alcantarilla. Saldrás cuando me plazca y comerás basura cuando te la escupa a la cara, solo cuando hagas lo que yo te ordene. No eres nada y nunca será nadie despojo.

La voz de Robert King intensificaba su gravedad con cada amenaza. Rechinaban palabras entre sus dientes por la rabia acumulada y aun así las espetaba con sonora claridad. De repente apoyó ambas palmas de sus manos sobre la mesa, dando a entender su poderío y autoritarismo.

Kabil observaba la pared a su derecha, no pudiendo evitar percatarse de numerosas fotografías de su jefe en yate, pescando, jugando al golf, con sus vehículos deportivos de alta gama, etc. Una clara oda al egocentrismo, evidenciando la actitud hedonista que emanaba.

—¿Me has entendido? Ahora sal de mi vista. Quiero estar solo.

Esa vez sí, el grito atravesó la puerta, incluso sobresaltando a la mujer al otro lado que transcribía plácidamente documentos a su ordenador.

—Si bien es cierto que tiene razón en sus palabras, mi encierro me ofreció resurgir iluminado en mi interior. Consciente de lo que se requiere de mí en el mundo terrenal, mi cuerpo mortal rendirá buena práctica de esa misión.

Se levantó de la silla con gran lentitud, evitando perturbar la escena de sumisión, cuando de repente y haciendo acopio de una gran velocidad agarró una de las plumas apoyadas en la mesa con su mano derecha, hincándosela en la yugular haciendo acopio de todas sus fuerzas. Al mismo tiempo, con su mano izquierda agarraba su boca impidiéndole emitir sonido alguno. La sangre se dejó notar con premura y de forma cuantiosa comenzó a enfangar la pulcra mesa de madera.

—¿Te cuento una historia? —dijo Kabil mientras seguía apretando con fuerza ambos brazos—. Es algo que leí durante mis años en la cárcel. Existió tiempo atrás un sabio romano llamado Petronio que adoptó la decisión de suicidarse cortándose las venas en un banquete, ¿te imaginas la escena? Pues bien, al incauto de Petronio le dio tiempo a debatir sobre filosofía antes de desfallecer a causa de la hemorragia. Estuvo varias horas en las que quizá no sufriría al principio pero poco a poco se iría desvaneciendo hasta que caería desangrado. Ahora dime, ¿quieres sentirte como el bueno de Petronio o prefieres acabar rápido con esto?

Al mismo tiempo que dejó de hablar, extrajo la pluma ensangrentada, no sin antes provocarle un desgarró mayor, acompañado de otra gran cantidad de

sangre que terminó por encharcar la mesa de forma desmesurada, haciendo perder el conocimiento al hombre.

—Por suerte para ti no tengo tiempo que perder, y menos contigo —a lo que siguió un escupitajo sobre el moribundo hombre apoyado encima de la mesa.

Tras tan cruel acto, dejó caer la pluma llena de sangre que había provocado que se ensuciara la manga derecha de su camisa negra. Sin perder tiempo entro en el lujoso cuarto de baño decorado con motivos en oro y cristal, abriendo el mango del grifo con forma de estrella de seis puntas redondas dando paso a un caño de agua caliente. Ayudándose de una toalla, comenzó a limpiarse a conciencia para no dejar rastro sobre su cuerpo del atroz acto perpetuado. Comprendió enseguida que la camisa que vestía no tenía solución, por lo que se despojo de ella dejándola tirada en el suelo de mármol gris, quedándose solamente con una camiseta interior.

En el brazo izquierdo se dejó ver un tatuaje que ocupaba todo su enclenque hombro. En el mismo se apreciaba un círculo perfectamente trazado del que sobresalían cuatro puntas, simulando una especie de estrella. Cada punta de un color diferente, como si de un sistema cartesiano, donde se representan los cuatro puntos cardinales se tratase. El punto que representaría al Norte figuraba de color blanco, el Este de rojo, el Oeste de negro y el Sur de amarillo. En el centro, una especie de figura con cabeza deformada, semejante a un hombre anciano con una apariencia que asimila a un anfibio o reptil, con característica nariz larga y curva, cargando un hacha.

Frotaba sus palmas sin cesar, contando los segundos que duraba dicha acción. «Uno, dos, tres, cuatro,...». No cesaba en su acto con las manos llenas de jabón «... dieciocho, diecinueve, veinte». Por fin comenzó a enjuagarse con el agua caliente hasta eliminar de sus manos cualquier rastro de gel cuando volvía a contar, «cinco, seis, siete, ocho,...». El agua continuaba su curso y él proseguía lavando sus ya más que pulcras manos que aun así se mantenían bajo el agua caliente. «... dieciocho, diecinueve y veinte». Al finalizar la cuenta numérica, abandonó el calor líquido sin cerrar el grifo por el que seguía cayendo el flujo transparente, dejando un intenso rastro de vapor simulando una profunda y tenebrosa niebla. Agarró una de la toallas que había perfectamente dobladas a su derecha con la que se ayudo para cerrar el grifo sin tener que tocarlo directamente. Tras eso comenzó a secarse con gran fuerza y continuó con su cuenta ascendente. Procurando eliminar los inexistentes restos de sus impolutas extremidades, «... diecinueve y veinte».

Al terminar se podían ver como sus palmas, evidentemente enrojecidas, dejaban caer la toalla muy próxima a la camisa manchada de sangre que anteriormente había desechado. Sin mayor dilación se aproximó hasta la silla donde acomodó su chaqueta de cuero, abrigando con ella su desprotegido torso. Se aproximó a la puerta atusándose el pelo y comprobando que mantenía en sus bolsillos los documentos sustraídos, abriéndola con mucho cuidado para dejarse ver por la mujer al otro lado.

—He de marcharme. Me ha reiterado que no quiere ser molestado. Creo que lo he cabreado un poco. —Dijo Kabil con una voz cómplice, a lo que la mujer le devolvió una sonrisa similar.

—Si. Lo he escuchado. No sé qué habrás hecho pero no quiero ser yo sobre quien descargue su ira. Esperare a que me necesite —contestó la secretaria entre risas.

Al instante, Kabil se encontraba bajando pisos a gran velocidad en el elevador del edificio. Sin más ordenes, sin más sumisión, sin mayor fijación que la de su próximo destino.

Capítulo 21

Las 12:34 horas del 31 de Diciembre. Antesala de la última celebración del año. La noche de este señalado día del calendario, es por tradición una fiesta de culminación que se celebra como despedida en cada país del mundo.

Nochevieja, Víspera de año nuevo, Fin de año, Bonenkai, Silvester, Notte di capodanno... Multitud de nombres adopta dicha fiesta según sea el país de origen, con multitud de diversas costumbres según las tradiciones o supersticiones, que al mismo tiempo juegan un papel más que fundamental. Toda tradición tiene su comienzo en algún punto de la historia. Desde la época del Imperio Romano, “Enero” se dedicaba al Dios bifronte Janus. Este Dios era capaz de mirar hacia delante y hacia atrás, representando al año que se abandona con un rostro de hombre viejo y el nuevo año que se recibe con otro joven. La celebración implicaba la congregación de amistades para compartir alimentos dulces. Esta era la forma en la que representaban la entrada de un año exquisito.

Como toda celebración, el paso del tiempo ayudó a su expansión por Europa, realizándose de maneras diferentes según cultura o tradición. En diversas culturas se pretendía una entrada de año dichosa con el ofrecimiento de lentejas para la prosperidad económica.

Sin embargo, la historia siempre prepara una contrariedad para todo acontecimiento pionero y novedoso. La iglesia representaba todas estas costumbres como paganas, por lo que no las reconocía. De esta manera intentó acabar con esta festividad en la Edad Media, sin poder conseguirlo. Tiempo atrás este cambio de año se tomaba con temor y acritud, pero desde el siglo XIX se celebra con motivos alegres y jocosos. A principios del siglo XX, se terminó expandiendo de tal modo que cobró gran relevancia por todo el mundo.

España también ha evolucionado en la celebración de dicha festividad desde que se produjo el cambio al calendario Gregoriano en el S. XVI, comenzando a celebrarse de acuerdo con las tradiciones y supersticiones de la cultura española. Una de ellas, la de vestir ropa interior de color rojo o la

famosa y extendida de comer las doce uvas. Las doce uvas es una tradición de origen español que posteriormente fue importada a otros países, sobre todo hispanoamericanos. Consiste en tomar una uva por cada campanada que se efectúa en los supuestos últimos doce segundos del año, en representación de la buena ventura de los doce meses venideros. Madrid tiene una importancia relevante pues fueron sus lugareños, que desde 1897, comenzaron esta tradición tomando las “uvas milagrosas”. Su lugar de celebración es el más conocido de todo el país, no obstante en la Puerta del Sol se congrega gente de todo el territorio para contemplar las últimas campanadas de un año que se va, dejando paso a uno nuevo lleno de expectativas, ilusiones y buenos propósitos.

—No debemos perder tiempo David. ¡Hay que darse prisa! —reclamó William ante la distracción que estaba sufriendo David a causa de su teléfono móvil.

Ambos, acompañados de Martín, se encontraban atravesando la enorme sala repleta de gente recogiendo sus pertenencias sobre las cintas en continuo movimiento, tras el recién aterrizaje de su vuelo procedente de la capital francesa. La ausencia de equipaje les ayudó a evitar desesperantes esperas, para concentrarse en su próximo destino.

“Mr. Rodríguez Frías, Sra. Larrubia Romera, Srt. Yarezi Rodríguez Cuevas,...”. La salida de la sala diez se encontraba repleta de expectantes caras buscando ojo avizor los rostros que con tanta ansia esperaban. En otros casos valiéndose de carteles identificativos para que los recién llegados pudieran reconocer su servicio de transporte ya contratado. Cuando se encontraban sorteando la maraña de personas de distintas nacionalidades esperando, a punto de cruzar las dobles puertas de salida de la Terminal cuatro para buscar un taxi, David ojeó una “tablet” en la que se leía “Mr. Soriente”, sostenida por un hombre impecablemente uniformado. Sumamente extrañado, se detuvo repentinamente. Bañado por los enormes focos circulares que iluminaban la sala, se acercó a aquel hombre pausadamente.

—¿Es usted el Señor Soriente? —preguntó el hombre al ver que se acercaba hasta él.

—Pues sí. Soy yo —contestó lacónico.

—¿Señor David Soriente? ¿Desde París? —insistió.

—El mismo. Pero desconozco la razón por la que pregunta por mí —contestó de forma áspera.

—¡Oh! señor, no se preocupe. Soy consciente de ello. Su madre, la señora Soriente, ha contratado mis servicios para usted y dos acompañantes hace una

hora escasa. Me pidió que se lo comentara. Seré su chofer particular cuanto necesite.

David se encontraba sorprendido, pero al mismo tiempo aliviado pues aquella circunstancia les haría ganar tiempo.

—¿No venía acompañado, señor?

En ese momento David echó una vista a su alrededor sin poder encontrar ni a Martín ni a William. Cuando un estado de nervatura comenzaba a crecer, los vio aparecer abriéndose paso a través de las puertas automáticas de salida, sintiendo un inmenso alivio.

—¿Qué haces David? ¡Vámonos ya! —reclamó William.

—¡Buenas noticias! Mi madre nos ha conseguido un transporte particular para lo que solicitemos.

—¿Un transporte? ¿Así de fácil? —expresó Martín con duda.

No era capaz de cesar en su metódico análisis superficial de aquel hombre. Traje apropiadamente arreglado pero sin marca de ninguna agencia en la solapa, típica gorra de chofer más propia de una película hollywoodiense, pero de un tono más oscuro que el del traje. Perfecto afeitado y acicalado. En apariencia cabeza afeitada, aunque difícilmente apreciable con exactitud por la gorra. Complejión fuerte pero no desmesurada y estatura media con una excesiva rigidez, pareciendo una magistral estatua.

—¡Estupendo! —exclamó William expresando su júbilo—. Pues entonces que estamos esperando...

—¿Cómo nos dirigimos a usted? —preguntó David con educación.

—Gutiérrez... José María Gutiérrez, pero pueden llamarme José si ustedes gustan.

—De acuerdo José. Estamos en tus manos. Guíanos. —La voz de David, ciertamente cortés, invitaba a conducirlos hasta el vehículo para comenzar así el camino.

Sin demora, entraron en el ascensor para bajar al *parking* descubierto con el que contaba la terminal. Tras pocos segundos andando a paso ligero, las naranjas luces intermitentes de un fabuloso Mercedes clase C de color negro, se iluminaron indicando la abertura del coche. Dicho vehículo no pasó desapercibido para un amante de los automóviles de lujo como Will.

—¿Gasolina? —preguntó entusiasmado.

—Exactamente señor.

—¿Cuatro cilindros? —No cesó William en su interés.

—Veo que lo conoce bien —contestó apropiadamente el correcto chofer.

—¿Cuál es su potencia exacta?

—Ciento ochenta y cuatro caballos de potencia, pudiendo alcanzar más de doscientos treinta kilómetros por hora.

Ambos comenzaban a divagar mientras David y Martín subieron en la parte trasera del vehículo. William se colocó en la parte del copiloto, deseoso de sentir al máximo todo lo que pudiera ofrecerle.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó el predispuesto conductor mientras se ponía en marcha.

Sin preámbulos, se apresuró a buscar la salida del *parking* del complejo aeroportuario que se encontraba a unos cien metros, esquivando viandantes que con sus maletas le hacían perder tiempo. Cuando introdujo el *ticket* en la máquina automática de salida y la valla de rayas blancas y rojas comenzó a abrirse, se dirigió por la pronunciada primera curva buscando la salida a la carretera principal.

—Llévanos rápido a la Puerta de Alcalá —indicó David.

—¿Alcalá?. ¿Por qué? —cuestionó Martín.

—¡Ahora mismo señor!

El chofer lo dispuso sin dudar, ante la indicación de su nuevo cliente.

—Mi madre, para ti la señora Soriente, ha hecho su parte del trabajo. Me ha mandado un *email*.

—¿Tu madre, *email*? ¿No estaba en contra de las nuevas tecnologías? —preguntó extrañado Martín.

—No le quedaba más remedio. Ha descubierto una conexión que nos hará terminar esto más rápido de lo que pensamos.

Con un gran estruendo de los motores a toda potencia, el *jet* Dassault Falcon 900 se encontraba sobrevolando el espacio aéreo peninsular, muy próximo a su destino.

El balanceo del aparato era constante, algo que no alteraba lo más mínimo a su único pasajero fuera de la tripulación, confortablemente sentado en uno de los asientos de piel color crema. Observaba como los paisajes quedaban atrás, mientras se hacían insignificantes al paso de sus ojos.

—En breve descenderemos por debajo de los veinte mil pies de altura. Por favor, manténgase alerta para abrocharse el cinturón de seguridad señor.

La mecánica voz en *off* que se escuchaba, provenía del piloto del *jet*. Este se encontraba acompañado de su copiloto y una azafata. Equipo habitual del ostentoso propietario del aparato, que minutos antes había dado luz verde al solitario viaje de Kabil.

La atractiva azafata de pelo negro azabache y ojos cristalinos, se acercó para ofrecer una bebida al invitado. Acostumbrada a servir al, para sus ojos,

decrépito vejestorio, creía tropezar ante su ocasión de conocer un hombre de su edad con similares virtudes económicas aunque carente de atractivo.

—¿Desea que le sirva algo?, señor...

La joven se mostraba extremadamente amable ante su novedoso asistente, esperando que le facilitase su nombre para poder tratar con él. Había recibido órdenes estrictas de no entablar conversación durante el trayecto, pero comprobando que llegaba a su fin, decidió desollar la orden. Tratando de no ser directa, lo pospuso todo el vuelo. Si el señor King lo autorizaba, se trataría de algún pudiente hombre de negocios. La esbelta azafata no era de las que pasaba precisamente desapercibida entre el género masculino, pero Kabil hacía caso omiso a las reclamaciones de atención que emanaba tan exuberante mujer con voz sensual. En cuanto ligeramente se inclinó sobre su oído, descansando suavemente su mano en la rodilla de su pasajero, la reacción de este le dejó perpleja.

Rápidamente, Kabil se apresuró a apartarle la mano de forma grosera y airada, apretando su muñeca y desplazándola violentamente hacia atrás. Tal fue la fuerza empleada, que la joven pudo comprobar las marcas que habían penetrado en la artificialmente bronceada piel de sus escuálidos brazos.

—¡No vuelvas a tocarme! —dijo clavándole sus ojos inyectados, como bestia que huele la sangre.

Asustada y patidifusa ante tal violenta respuesta, salió a paso ligero hasta adentrarse en la cabina del piloto, cerrando con un sonoro portazo.

Las manos de Kabil temblaban con mesura, sus rodillas no cesaban de agitarse, su corazón comenzó a estremecerse rápidamente comenzando a sentir un frío tan intenso que no lograba evitar contraerse.

A duras penas metió su mano derecha en el bolsillo del pantalón, sacando del mismo un pequeño bote blanco, sin marcas ni etiquetas. Al desenroscar la tapadera, dejó caer dos pequeñas pastillas circulares rojas, las cuales se apresuró a ingerir. Tras escasos segundos su ritmo cardíaco se ralentizó, sus espasmos cesaban y de nuevo se encontraba solo con sus pensamientos.

Pensamientos incómodos que le hacían regresar al pasado. Un pasado ávido por olvidar pero que su mente no toleraba. Infaustos recuerdos de niñez que traumatizarían al hombre de hoy. Una animadversión irrefrenable recorría cada ápice de su cuerpo cuando situaciones como la acontecida le hacían rememorar tan infelices recuerdos. No resulta fácil para la mente común, menos aun la de Kabil que ya se encontraba suficientemente atormentada, el poder sobrellevar una vida denominada “normal” cuando su relación personal con la gente fuera de su entorno familiar era apenas escasa. Tales relaciones,

no se supeditaban únicamente a las emocionales, sino que también las transmitió a las carnales de igual modo, por lo que era incapaz de desarrollar ningún gesto físico a una mujer.

Desde su más tierna infancia, su padre infundiría un miedo desorbitado e inconcebible para un niño de tan corta edad, incapacitado para poder reprimirlo. Dicho miedo cambiaría su manera de relacionarse con el sexo femenino, obteniendo un gran pavor a experimentar sentimientos hacia ninguna mujer.

Pese a que Kabil aun no fuera consciente, lo achacó a una abstinencia sexual que perduraría durante todos los años de su vida. Nunca fue informado adecuadamente sobre tales temas y debido a su corta edad, nunca se planteó cuestionar las férreas enseñanzas de su padre. Llevó su celibato, como lo denominarían desde otras culturas, como una parte natural de su transición desde su edad temprana hacia la vida adulta. Con el paso del tiempo descubriría la verdadera razón de dicha abstinencia sexual...

Al abandonar su hábitat natural, todavía era considerado un pequeño adolescente que reclamaba un mayor protagonismo en el mundo donde habitaba. Su encarcelamiento tan prematuro, hizo que se tropezara de bruces con la multitud de obstáculos que siempre una persona se encuentra al desarrollar su camino. El gran inconveniente con el que un día se encontró fue que su temperamento involuntario e impredecible, provocaba que no fuera capaz de asimilar el progreso en dichos obstáculos. No aceptaba el fracaso, ni mucho menos no alcanzar sus deseos sin esfuerzo.

Terminó refugiándose en otro mundo desconocido para alguien tan joven. Uno donde no tardaron en mostrarle aquellos niños que escapaban de los centros de menores o de sus casas, creyendo que encontrarían mayor libertad, pero que pronto descubrirían que era igual o peor del que despavorido habían huido tan precipitadamente. Un mundo que llevaría a Kabil a comenzar sus peores años de delincuencia y privación de una libertad que tanto anhelaba desde aquel fatídico día cuando todo cambió. Su vida cambió. Su mente cambió. Su espíritu cambió. Pues con el paso del tiempo encontró un mundo distinto. Una idea que lo movía y conducía su camino. Que solo buscaba obtener su lugar en el mundo y ser recordado en el tiempo. Su nombre sería un legado que perduraría en los anales de la historia. Su pueblo volvería a obtener su lugar perdido en el antiguo mundo y lo recuperaría con más fuerza y esplendor en su nueva vida global.

—Señor, le informo que nos disponemos a emprender el descenso. Por favor, permanezca sentado y abróchese su cinturón de seguridad.

La voz procedente de los transmisores del avión volvían a aparecer, para recordar a Kabil lo cerca que se situaba de su anhelado objetivo.

«Nadie será capaz de evitarlo, pues el nuevo mundo llegará por la fuerza y buenaventura de “Kinich Ahau”»

Capítulo 22

El tráfico en pleno centro de la capital española era desmesurado y ensordecedor. La víspera de fin de año provocaba que numerosas familias acudieran a realizar las últimas compras, salieran de los puestos de trabajo hacia sus domicilios o directamente llegaran a casa de sus familias procedentes de multitud de rincones de la geografía. La calle estaba repleta de viandantes que se apresuraban a comenzar ciertos preparativos para tan señalada fecha, además de un gran número de turistas, como era costumbre. Grandes furgonetas de distintas cadenas de televisión se dejaban ver de un lado a otro de la ciudad, preparándose para una acostumbrada y multitudinaria retransmisión entrada en el año nuevo a través de sus ya famosas campanadas desde el inmemorial edificio de estilo Neoclásico de la Real Casa de Correos.

—Señor, —se refirió José con escrupulosa formalidad— si se fija ahí mismo podrá contemplar a la Diosa Cibeles. Justo a la derecha enfilaremos la calle Alcalá, hasta llegar a su respectiva Puerta. ¿Dónde le gustaría que me detuviera?

Cuando se incorporaron a la empinada calle, al fondo pudieron discernir la majestuosa obra arquitectónica. Construida en sillería de piedra berroqueña y piedra blanca de casi cuarenta y cuatro metros de ancho y veintidós de altura, formaba prácticamente un rectángulo equilátero perfecto, ofreciendo a sus visitantes una estupenda vista digna de ser inmortalizada.

—¿Puedes quedarte un momento donde están esas motos en la rotonda? Justo en el carril bici. Intentaremos no tardar José —pidió de forma amable David.

—¡Claro señor! Ningún problema. Aquí espero.

Con gran ímpetu, salieron del coche por la zona más cercana al kiosco de prensa que se encontraba justo a su lado. Corriendo, se abrieron paso cuidadosamente entre los transeúntes que se arremolinaban en las inmediaciones. Al asegurarse que no pasaba ningún vehículo, sin esperar la luz roja del semáforo que aseguraba la detención de los automóviles,

terminaron cruzaron a toda prisa la transitada carretera circular de siete carriles para detenerse en la mediana.

—Aquí estamos. La puerta de Alcalá. ¿Y ahora qué? —preguntó con indecisión William, sintiendo el húmedo tacto de hierba recién regada en sus zapatos.

—Tenemos que buscar algún tipo de señal o marca. Algo fuera de lo normal o que parezca hecho por alguien —explicó Martín.

En cuanto el semáforo ordenó la detención de todos los vehículos, David comenzó a correr desesperadamente a través de la redonda, bajo la incrédula mirada de los presentes. Evitó entrar en el jardín circular y no arriesgarse a estropear el verde de la hierba natural que tan viva se advertía, llegando hasta los muros de piedra de tan imponente símbolo de la ciudad. David no cesaba de moverse de un lado a otro de la puerta. Miraba incesantemente el suelo, palpaba el césped perfectamente cortado y de intenso verde próximo a los adoquines del pavimento, cuya luz se reflejaba en las gotas que conservaba. Tentaba la fría piedra moviéndose entre sus cinco vanos con tres arcos centrales de medio punto y dos arcos adintelados laterales. Alzaba la mirada, pero sin encontrar nada que le satisficiera.

—¡¡No puede ser!! ¡No lo entiendo! —La frustración se apoderaba de su brío.

Martín y William atravesaron velozmente la zona verdosa hasta pisar el suelo empedrado en el que desesperadamente seguía buscando David, pero haciendo inútiles sus esfuerzos.

—Vamos, ayudadme a buscar. Una marca, un dibujo, una señal, una palabra, lo que sea. ¡Debe haber algo aquí!

Los tres aunaron esfuerzos, dividiéndose la zona de actuación para poder abarcar más terreno y más rápido, pero tras unos cuantos segundos de meticulosa búsqueda, algunas personas de las proximidades no dejaban de observarles. Cada vez eran más ojos los que estaban atentos a sus acciones.

—¡¡Eh!! ¡Vosotros! —comenzó a increparle un hombre desde el otro lado de la calle— ¡salid de ahí gamberros!, que ya sois muy grandes para esas tonterías. ¿Queréis que llame a la policía?

Ante tal amenaza, Martín se acercó a David, indicándole que era el momento de irse de allí.

—Aquí no hay nada. ¡Tenemos que irnos! Que la policía viniera a por nosotros sería lo peor que nos podría pasar. ¡Vamos! —añadió William.

Disconforme, David aceptó la sugerencia. Rápidamente atravesaron la rotonda que no cesaba en el flujo de vehículos, pero que en aquel instante no

podían permitirse el lujo de esperar a que cesara por completo, por lo que arriesgando su propia seguridad y con algún frenazo espectacular de más de un vehículo, entraron de nuevo en el coche reanudando la marcha.

—Creo que será mejor alejarnos ahora mismo de aquí, señor.

José inicio la marcha rápidamente, tomando la pronunciada curva de la rotonda y siguiendo la extensa calle Alcalá, paralela al frondoso parque del Retiro hasta poder girar por la calle de Velázquez. Desafortunadamente había un intenso atasco que al contrario de permitirles avanzar con rapidez, los retenía por completo en aquel enjambre de coches.

—Lo siento señor. Por mi culpa ahora estamos parados.

—No te preocupes José. Ya saldremos. No viene mal un poco de pausa —tranquilizaba David al arrepentido conductor.

—¿Qué ha pasado ahí hace un momento? ¿No crees que deberías contar que es lo que sabes para que podamos seguirte? —le preguntó William, molesto con tanta improvisación.

—Recuerdas las palabras que descubrimos en Meaux, ¿verdad? —le respondió Martín.

—“S. XVI, Austrias, centro, 10, 11”, —contestó con firmeza William.

—Resulta que a finales del tan renombrado siglo XVI, —siguió Martín con la explicación— con el reinado de los Austrias se celebró un desfile en honor a Margarita de Austria, esposa de Felipe III. Desde esa época la nombrada calle Alcalá comenzó a utilizarse asiduamente como el primer itinerario de entrada en la villa. Las comitivas reales ingresaban en la villa a través de la calle Alcalá, atravesando su puerta, seguidamente se dirigían a la Puerta del Sol y a través de la calle Mayor la llegada hasta el antiguo Alcázar. Y tú te puedes preguntar. ¿Qué relación tiene todo esto? ¿Es solo la casualidad de un acontecimiento durante ese siglo? Te puedo asegurar que no...

—En 1520 fue cuando se construye la Puerta del Sol, cuyo objetivo era procurar la defensa de la ciudad. Más tarde, en ese mismo siglo se derriba el muro de defensa para despejar la plaza, realizando remodelaciones en el empedrado para mejorar el decoro, ya que las comitivas reales realizaban su tránsito por aquellas calles. ¿Y te imaginas el remate ya? —pregunto Martín con un sarcasmo gracioso.

Multitud de claxon simulaban la banda sonora de aquellas horas de retención. Martín detuvo su discurso cuando al bajar la ventanilla pudo divisar que ningún coche venía en dirección contraria.

—José, da la vuelta aquí mismo. ¡Rápido! Tenemos que ir a la Puerta del Sol.

El complaciente conductor dudo por un instante de la maniobra a realizar ya que se encontraba fuera de la legalidad, pero recordaba la dulce voz de aquella mujer al otro lado del teléfono que le repetía más de una vez, «guíalos donde necesiten por favor. Ellos dependerán de ti, pero ten por seguro que tú también dependerás de ellos. Confío en ti». No se pudo resistir a los incesantes encantos de aquella dulce mujer, y claro está la importante suma de dinero que había recibido ayudaba a la labor.

Tras unos segundos de divagar mentalmente, José oteó el horizonte y dobló al máximo las ruedas de su vehículo acelerando al mismo tiempo que terminaba de hacer semejante giro ante la mirada de incredulidad de los demás conductores. Con un surco de goma de los neumáticos sobre el asfalto, paradójicamente más de un vehículo implicado en el atasco comenzó a imitar su acción, cansados de tanta espera. Volvió a la calle Alcalá, pero esta vez sobrepasó rápidamente la puerta para adentrarse más adelante en “Gran Vía”.

—Bueno David, ¿te lo imaginas o no? —retomó la conversación interrumpida.

—El Alcázar ya no existe. Fue derruido a causa de un incendio en el Siglo XVIII y fue construida como fortaleza musulmana en el Siglo IX por lo que no te debes de referir a eso... —sentenció con gran seguridad en sus palabras.

—Ciertamente tus afirmaciones son correctas, pero la verdad es que en el Siglo XVI fue cuando se realizó su primera gran remodelación y lo más importante y ha terminado por convencerme es que en dicho siglo fue cuando paso a denominarse “Palacio Real”.

Los integrantes del coche, incluido José, se encontraban asombrados ante tal exposición de eventos que concuerdan como piezas de un puzle desordenado en el que empiezan sus piezas a encajar.

—Lo más rápido que puedo hacer por usted, es dejarle aquí señor. Si lo desea puedo esperarle.

A través de la ventana podían distinguir el pequeño cartel del metro, que indicaba su posición en la plaza de “Callao”.

—No, no. Espéranos en la “Almudena”. Ahí justamente se encuentra el “Palacio Real” o “Palacio de Oriente”, que es exactamente la ubicación del antiguo Real Alcázar.

Cuando David y William comenzaban a salir a toda prisa del coche, Martín permanecía inmóvil en su asiento.

—Creo que voy a permanecer aquí, en el coche. No me encuentro bien.

—¿Qué te sucede?, —pregunto David con cara de preocupación.

—Simplemente no me encuentro bien. Me siento débil y solo sería un lastre ahora mismo. Necesito tomarme un respiro con mayor tranquilidad.

—¡Tenemos que irnos! No hay tiempo que perder —apremió William de malas formas.

—Ok. ¡Nos vemos ahora! —A lo que ambos se alejaron del vehículo cruzando la carretera, enfilando a toda velocidad la calle Preciados que les conducirían directamente hasta la plaza de la Puerta del Sol. No intercambiaban palabras, pareciendo querer ahorrar todas las energías posibles.

Una imponente plaza donde destacan de manera notable los comercios y elementos de distinción como la estatua del Oso del Madroño, tan idolatrada en la capital, se postraba a su llegada. Desde 1950, uno de los detalles más fotografiados y conmemorativos del país y que se encuentra justo en la Plaza del Sol y frente a la Casa de Correos, es el “Kilómetro Cero”. Representando el paso de todas las carreteras radiales del país, concentradas en un mismo punto. Por su parte, la Casa de Correos es el edificio más antiguo de la Puerta del Sol, y sobre él se levanta un majestuoso reloj centenario. Se pueden distinguir diversas placas conmemorativas sobre su fachada de ladrillo crema y arena.

—Esto es demasiado grande para buscar algo tan trivial por aquí.

—¿Estás seguro que estamos haciendo lo correcto? —cuestionaba William.

Después de todo lo contado, no deberías seguir cuestionando tanto. Estamos en el buen camino, lo sé. Solo necesitamos tener paciencia. No hace falta buscar por toda la plaza. Solo buscaremos por las zonas más representativas como la fuente, el cartel del Km. 0 o las proximidades de la casa de correos. Tu mira por la fuente y aquella estatua de Carlos III y yo hare lo propio con el edificio de allí en frente.

Sin tiempo que perder volvieron a separarse, buscando con gran ahínco en la zona asignada para cada uno. Mientras William se quedaba justamente donde ya se encontraba, David salió disparado como un cohete para cruzar la estrecha calle a gran velocidad hasta llegar al edificio de ladrillo y piedra caliza, con puertas transparentes cerradas y bien custodiadas. Adentrarse en aquel enorme edificio no era la mejor idea que podría tener ya que era totalmente inviable, por lo que se conformaría con husmear por los alrededores lo más exhaustivamente posible. Debería tener en cuenta que no se encontraba solo, de hecho en una de las plazas más transitadas de la ciudad, no querría tener la misma experiencia anterior que en la Puerta de

Alcalá. Evitar suscitar el exiguo atisbo de desconfianza de ningún miembro de seguridad que tan próximos se encontraban. Decidió sacar su teléfono móvil, activar la cámara fotográfica integrada y como un turista mas, comenzó a realizar capturas de distintos rincones, placas,... Incluso tenía la intención de capturar alguna fotografía del interior del edificio, por lo que disimuladamente se colocó a unos tres metros delante de las puertas e imitó uno de los populares “selfies” haciendo creer que se tomaba una fotografía a sí mismo con la plaza de fondo, cuando realmente la estaba realizando hacia el interior del edificio a través de las puertas transparentes.

—¿Dónde habrá escondido la reliquia?

Ante tal ingeniosa hazaña, decidió alejarse con disimulo para no levantar sospechas. Sin esperarlo, William lo agarró del brazo con fuerza, desplazándolo a cierta distancia hasta la vuelta de una esquina cercana.

—¿Te has vuelto loco?, ¿acaso quieres levantar sospechas? —recriminó enfurecido.

Las venas de su cuello y frente, alcanzaron un volumen peligroso. Como si sus reservas sanguíneas se aglutinaran en esos dos puntos, estando a punto de explotar. La congoja que David comenzó a sentir ante tal inesperada situación, supuso un gran sobresalto en su recién adquirido tranquilo estado.

—¡Suéltame por favor! —pidió un tanto nervioso.

—Aquí no hay nada. Tenemos que volver y descifrar de una vez los documentos. Debemos encontrar la reliquia y acabar con aquel despreciable insecto.

Aunque molesto por la situación y la agresividad, David supo reponerse para comprender la veracidad de sus palabras. Sin tiempo para pensar, vio como William se hizo con una de las cuatro bicicletas blancas, usualmente alquiladas por turistas para recorrer la ciudad, que se encontraban apoyadas en la entrada de una tienda. Comenzó a pedalear a toda prisa, tratando que sus dueños no se percataran.

—¡Vamos David! ¿A qué esperas? —gritaba mientras se alejaba a gran velocidad.

—¡Venga ya!. ¡Esto no puede ser real!

Sin ser consciente de lo que realmente estaba haciendo, ya que nunca había usurpado nada ajeno, cogió una de las tres bicicletas que quedaban, mientras unos turistas salían de la tienda y comenzaban a gritarle sin parar.

—¡¡Heyy!! ¡¡Wait!! ¡¡Our bikes!! ¿¿Where are you going?? —Dos de aquellos sorprendidos foráneos, comenzaron a correr detrás de ellos. Una impetuosa acción del todo inútil, pues ya estaban fuera de su alcance.

En ese preciso momento, el reluciente Mercedes se detuvo justamente frente a la “Catedral de la Almudena”, como coloquialmente es llamada, ya que su nombre correcto corresponde a “Catedral de Santa María la Real de la Almudena de Madrid”.

Podía observar a través de la ventana, aquel majestuoso monumento donde se hallaba la casa de Dios y de la ciudad de Madrid de ciento tres metros de longitud por sesenta y nueve de altura. También formada por una prominente cúpula recubierta con pizarra, y presidiendo sobre ella las estatuas de los doce apóstoles.

—Espero que no tarden mucho.

José se mostraba tenso, pues la zona en la que había aparcado el vehículo no era nada adecuada. Abundante afluencia de vehículos que podrían cabrearse por dificultar su paso y un todoterreno de la Guardia Civil a unos doscientos metros, no ayudaban al servicial conductor a cumplir los requerimientos para pasar desapercibido de su hoy cliente. Al mismo tiempo miraba incrédulo a aquel desconocido que se encontraba tendido boca abajo sobre sus lujosos asientos, con las piernas encogidas, el brazo derecho extendido sobre el suelo y su cara en la misma dirección.

«Imposible saber si está durmiendo. ¡Espero que no manche la piel!»

De frente, pudo percatarse como se abrían las puertas del vehículo de la Guardia Civil, y dos agentes miraban sin ningún disimulo en su dirección. Comenzaron a realizar unos breves aspavientos hacia su dirección, intentando que saliera de aquella zona donde no podía estacionar el vehículo.

—¡Lo sé, lo sé! Un momento por favor.

José era consciente de que esa situación no podía durar mucho. «¡No me lo puedo creer!». Comenzó a ver como aquellos guardas empezaban a andar a paso firme hasta su posición. Sabía que se dirigían hacia él y aunque en algún otro día normal, si llevara a uno de sus acostumbrados ricachones podría pagar la multa que le impusieran, era consciente que lo que sus clientes se traían entre manos no podía afectar ese tipo de incidentes.

—Sera mejor salir de aquí.

Cuando se encontraban a medio camino, no pudo aguantar la presión y arrancó el coche. Prácticamente sin emitir sonido, observó por el retrovisor como dos hombres corrían despavoridos. Cuando estaban a escasos treinta metros, apreció como David y William aminoraban el paso sustancialmente hasta aparentar ir dando un tranquilo paseo. Terminaron introduciéndose en el vehículo con el que no tardó ni una fracción de segundo en acelerar con moderación, evitando definitivamente a los guardias.

—¿Ahora dónde vamos señor?

—A la zona de Vallecas —contestó David con presteza.

Al escuchar el nombre del destino, Martín se incorporó sobresaltado por culpa de su amigo. Parecía resultarle extrañamente conocida la dirección indicada.

—¿Vamos a ir donde me estoy imaginando? —preguntó exteriorizando su perplejidad.

—Es la única persona capaz de descifrar el mensaje. No conozco a nadie más que domine los sistemas de cifrado y que tenga la suficiente habilidad como para conseguirlo. Además, no tenemos tiempo para ponernos a buscar más gente capacitada. No hay otra salida. Tendremos que arriesgarnos —respondió David con voz conformista.

—¿De verdad crees que nos va a ayudar? —dijo Martín irónicamente.

—¿Se puede saber de qué y de quién habláis? —terminó por preguntar un incrédulo William, que desconocía la naturaleza de la conversación entre ambos profesionales.

—Nos tendremos que arriesgar Martín, nos tendremos que arriesgar —reiteró David con mayor resignación.

—¿Pero me vais a contar que sucede de una vez?

William comenzaba a desesperarse ante la indiferencia recibida, pues su intriga iba en aumento. No comprendía tanto misticismo al que envolvía el destino al que se dirigían. David tomó la palabra mientras Martín y William escuchaban con gran atención.

—Vamos a visitar a un, digamos, antiguo conocido.

Capítulo 23

—¡¡Hit the deck!!

—¡¡¡Hit the deck!!!!

Unos extraños gritos a horas prematuras, comenzaron a sobresaltar a un adormecido Renee. Este se encontraba confortablemente recostado sobre su precario colchón, acompañado de más miembros de su unidad en una de las habitaciones situada en las instalaciones del ala-oeste del edificio principal.

—¿Pero qué...?

Sus pensamientos se vieron colapsados cuando un tremendo estruendo los despejó por completo. Una atroz explosión, cuya magnitud nunca fue antes vivida por aquel joven, asoló el edificio lleno de compañeros que aun se encontraban en sus literas descansando tranquilamente. Como pudo se giro sobre su litera para poder observar al resto de los presentes mientras se apresuraba a sacar su arma, cuando una potente ola de polvo y escombros le golpeó sin compasión en un lado de su cara, haciéndole caer de la cama.

Cuando con gran dificultad logró abrir los ojos de nuevo, se encontraba enterrado por una montaña de escombros que le aprisionaban una de sus piernas, impidiéndole el movimiento. Sus oídos estaban taponados. No podía escuchar más allá de un continuo pitido que le recorría toda la cabeza. Los restos de suciedad de sus ojos desdibujaban todo lo que llegaban a alcanzar a ver. En aquellos segundos no era capaz de sentir a nadie cerca, ni el sonido de la piedra crujir, ni las heridas amontonadas en su cuerpo.

Aun severamente aturdido, procuró moverse para tratar de salir de aquel siniestro lugar, pero esta vez sí, un intenso dolor en su pierna derecha le llevo a bajar su mermada mirada hacia su cuerpo. Fue cuando pudo notar la gran cantidad de piedras, polvo y suciedad sobre su pecho. Sus brazos se encontraban llenos de cortes, algunos de ellos de considerable envergadura, y al tratar de erguirse ligeramente pudo ver como una gran plancha de hormigón aplastaba su pierna derecha impidiéndole poder salir de aquella situación.

De repente pudo discernir movimiento a sus espaldas cuando vio como dos fornidos hombres trataban de quitar dicha losa de su dolorida pierna, liberándolo de su aprisionamiento involuntario. Una vez lo consiguieron, trataron de agarrarlo entre ambos para poder sacarlo de allí lo antes posible, y fue en ese momento cuando un intenso e insoportable dolor comenzó a recorrer por completo su cuerpo. Podía comprobar cómo su pierna estaba rota, las heridas superficiales en su cuerpo eran múltiples, se encontraba lleno de contusiones y de quemaduras por todo el cuerpo, pero como pudieron lo colocaron lo más alejado posible del edificio.

—¡Tranquilo! Ahora vendrá alguien a ayudarte.

Y sin más volvieron a desaparecer en dirección al edificio, para tratar de buscar a más supervivientes.

Tirado en el suelo, soportando un incesante dolor nunca vivido antes, miraba a su alrededor. Presenciaba tal horror en primera persona, siendo una visión que hubiera deseado no experimentar nunca. Papeles se alzaban por los aires y el suelo, una cargada nube de humo marcaba el punto exacto donde había comenzado todo, el suelo se encontraba lleno de piezas de hormigón y piedra, la nube de polvo abrasaba los pulmones cuando intentabas inhalar aire,...cuerpos inertes yacían próximos a sus ojos.

El revuelo era absoluto y la sensación de asombro y miedo candente. Nada podía presagiar antes de acostarse tranquilamente a dormir la noche anterior, tan inesperado y horrible despertar. La zona comenzaba a llenarse de gente uniformada y civiles tratando de colaborar en una misión de rescate que resultaba más comprometida de lo que aparentemente podría suscitar. Aquella multitud de escombros podría derrumbarse llevándose consigo a decenas de personas ilesas, y con ellas a todos aquellos supervivientes que permanecían atrapados como Renee hasta hace escasos minutos.

—¿Estás bien?. ¿Puedes oírme?

Con escollos, podía escuchar una voz que aparentaba posicionarse tras él, pero que pronto pudo contemplar con cierta claridad. Esa persona inmediatamente comenzó a tocar su pierna herida, cuando comenzó a retorcerse por el daño ocasionado. Volvió a recordar el intenso dolor sufrido al dejarlo en aquella posición pero que ante tan dantesco panorama, olvidó pasajeraamente.

—¿Puedes moverte? —Volvía a repetir.

Tras no encontrar respuesta, se encontraba asignando algunas indicaciones vitales. A continuación, dos hombres cogieron a Renee sin mostrar demasiada delicadeza, dada la necesidad de presteza, y lo recostaron sobre una rajada

sábana, comenzando a transportarlo por el desnivelado camino. Con cada movimiento brusco, sentía como si su cuerpo se desquebrajaba en mil pedazos. Sin poder soportar más dolor, lo introdujeron en una camioneta, cerrando la puerta delante de él. Dejando de ver tan desalentador espectáculo. Queriendo solo despertar de tan dantesca realidad.

—¡¡Hit the deck!!

—¡¡¡¡Hit the deck!!!!

—Renee, despierta. ¡¡Renee es solo una pesadilla!!

Cuando por fin consiguió abrir los ojos, tras varios gritos y espasmos, se levantó corriendo de su mullido colchón, sobresaltado por tan espantosa pesadilla que había vivido. Las caricias de una hermosa mujer pronto comenzaron a ver que la realidad en la que se encontraba era muy diferente a la de su reciente sueño. Su dulce y calmada voz apaciguaba todo el descontrol y desorden mental que estaba sintiendo en aquel momento.

—¿Otra vez la misma pesadilla? —preguntó aquella bella mujer, cuya mirada penetrante mostraba la angustia vivida.

—Sí. Creo que es una visión que nunca dejará de perseguirme.

Alicaído, volvió a recostarse con la mirada perdida y los pensamientos en las nubes, junto a la joven que no cesaba en tratar detener tal desazón, ya acostumbrada a tan inoportunos sobresaltos. Aun así, sentía su horror con cada palabra, con cada grito, con cada espasmo involuntario como si ella misma formara parte de ella.

—Tendrás que aprender a vivir con ello. No puedes hacer más de lo que hiciste. No puedes dejar que te atormente el resto de tu vida, porque precisamente tú tienes la suerte de vivirla. Debes hacerlo también por ellos.

Las palabras de ánimo nunca pasaban inadvertidas para un ilusionado Renee. Su fría coraza, era evaporada cada vez que miraba el rostro de la mujer más interesante que jamás tuvo el privilegio de conocer. Siempre se mostraba valiente en sus palabras, denotando un coraje y confianza que enardecían sus afligidos pensamientos. Era consciente del estrecho lazo que les unía, pese a las escasas oportunidades para poder conocerse mejor.

—«¿Ves?, ¡lo has vuelto a hacer!», —le dijo entre risas la mujer.

—¿Qué he vuelto a hacer? ¿Aun sigues con eso? Es ridículo. Tu teoría es infundada —dijo Renee con tono cortés y sonriente.

Realmente sabía de lo que le hablaba, ya que no era la primera vez que le exponía una de las teorías que le apasionaban. En numerosas ocasiones le repetía la existencia de la “neurona espejo” encontrada en la zona parietal,

cuya función trataba de imitar involuntariamente los movimientos de alguien próximo. «Siempre quien este a tu lado».

—He sonreído y tú has reído. Te he tocado la nariz y tú has hecho lo propio. Sabes que mi teoría funciona.

A menudo le repetía que eso era propio entre personas muy allegadas o como ella decía, de personas enamoradas. Habitualmente y entre bromas, a Renee le encantaba llevarle la contraria pues siempre había sido extremadamente reacio a mostrar sus sentimientos, y esa coraza parecía romperse irremediabilmente con el tiempo.

Ambos se levantaron por cada lado de la cama al mismo tiempo. Mientras él iba hacia el baño para acicalarse un poco, ella se dispuso a desayunar en la cocina, cuyo espacio abierto dejaba ver claramente a ambos realizar sus respectivas acciones. Renee se encontraba secándose su humedecida cara bañada en agua fresca, cuando el suelo comenzó a tambalearse. Apoyó sus mojadas manos sobre el lavabo, sorprendido por el temblor que estaba viviendo. La pequeña magnitud con la que comenzó, no despertó excesiva inquietud. Una segunda sacudida conllevó un incremento en su fuerza, pero sin exaltar sus templados nervios, hasta que un grito ahogado reclamó su atención. Se desprendió de la toalla y se dispuso a salir del pequeño habitáculo, cuando su visión se llenó de un intenso color rojo y amarillo proveniente de la cocina.

Sus ojos no alcanzaban a ver más allá de una intensa llamarada que crecía a cada segundo que pasaba. El suelo, en contra de cesar en su vibración, cada vez iba en mayor aumento hasta hacer dificultosa su estabilidad. Renee trataba de alzar la voz pero era incapaz de hablar. No era capaz de articular palabra por más que lo intentaba con énfasis. El seísmo comenzó a aumentar a tal magnitud que el techo sobre sus cabezas comenzó a desprenderse ante sus ojos. Grandes cantidades de hormigón y polvo inundaban la habitación, haciéndole permanecer inmóvil, transportándole a una época que siempre deseaba poder olvidar. Los escombros eran cada vez mayores y apenas podía mantenerse en pie debido al seísmo. Trataba de moverse pero sentía un gran dolor en el pecho, las llamas comenzaban a abrasar su piel y al alzar la mirada pudo ver cómo como una gran placa de hormigón caía hacia él, haciendo que todo el entorno que lo envolvía se volviera oscuro.

«...»

Esta vez no hubo gritos. Ni una voz. Ni un ruido.

Cuando Renee abrió los ojos pudo comprobar como una mujer de avanzada edad se acomodaba en los asientos contiguos al suyo con

parsimonia, mientras le observaba con cierto temor. Recordaba que al sentarse en su butaca, se encontraba justo a su lado y ahora parecía querer huir del mismo con cierto nerviosismo. Quizá había realizado alguna acción inapropiada que hubiera alterado a una mujer tan mayor, pero ciertamente no pretendía preocuparse del estado de aquella mujer. Se sentía mucho más ensanchado con todo ese espacio para él. El sofoco de las pesadillas que había vivido, la vestimenta y la fuerza de la calefacción en aquel vagón, ayudaban a que se sintiera bañado en sudor, además de sentir un gran agotamiento físico.

«Me he quedado dormido».

Cuando se quiso reponer de la situación y al dejar de sentir los ojos de aquella mujer sobre si, se incorporó sobre su asiento quitándose el abrigo e intentando dejar pasar aire fresco sobre su acalorada figura. Al desprenderse del mismo sintió un intenso dolor en el brazo que le hizo cesar momentáneamente, pero que terminó por realizar con mayor delicadeza.

«El brazo... ¡quizá las pastillas me hayan hecho dormir tanto!»

Siendo así o no, se dispuso a agarrar su bote para tomar otra ración de medicamentos que le ayudaran a paliar el dolor. En esta ocasión se aseguraría de mantenerse bien despejado.

—Cariño, estamos a punto de llegar a Barcelona. Vamos a sacar el equipaje, para ser los primeros en salir —escucho decir a una joven pareja que comenzaba a prepararse.

Tras escuchar eso, quedo obnubilado mirando a través de la ventana el frondoso paisaje que ante él se emplazaba. Tras varias horas de sueño reparador, estaba seguro de paliar en cierta medida el cansancio acumulado que arrastraba. Quitando el incesante dolor del brazo que poco a poco mitigaba gracias a la medicación que Mariah le había proporcionado, se sentía totalmente lúcido y preparado para la acción. Listo para concluir lo que había empezado en aquella Universidad un día antes. Terminar de una vez por todas.

Ya nada podría detenerlo. Podría consumir su venganza y conseguir lo que tanto tiempo llevaba anhelando.

«Ya queda menos»

Capítulo 24

Una vez alcanzaron su destino, el deslumbrante vehículo se detuvo por completo frente a un edificio estropeado y anticuado. Martín se notaba totalmente indispuerto, por lo que se dispuso a abandonar apresuradamente el coche con patentes síntomas de nauseas. Aparentemente, tanta tensión le había pasado factura y ahora su cuerpo estaba sufriendo parte de las consecuencias. David se mostró diligente para acompañar a su amigo en tan desagradable situación, pues no pretendía que se sintiera solo en aquel momento tan angustiioso, aunque si tenía que ser testigo de alguna imagen repulsiva también se cobraría las consecuencias. Prefirió mantenerse a una distancia prudente mientras Martín se adentró en un roñoso callejón, como si tratara de guarecerse de miradas indiscretas tras unos mugrientos contenedores de basura. Corría agarrándose la boca del estomago pues se retorció de dolor.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó David con preocupación en sus palabras, pero manteniéndose a cierta distancia.

Martín no emitió palabra. Solo lanzaba claros sonidos de arcadas, luchando por retener el vómito. Hacía aspavientos con una de las manos para que su amigo no se acercara, al mismo tiempo que contemplaba como se terminaba de ocultar por completo. Aunque lo consideraba un tanto egoísta, experimentó desahogo ante la negativa de su proposición de asistencia, por lo que retorno al vehículo asegurándose de cerrar la puerta.

Para ser el último día del año, en ocasiones se advertían abundantes rayos de sol que ofrecían un confortable respiro a tan intenso frío. Lamentablemente aquel no era uno de esos vigorizantes momentos, pues los escasos dos grados sobre cero de temperatura acompañados de una ligera brisa, creaban en el exterior una sensación térmica escasamente reconfortante.

—¿Cómo lo aguantará Martín?

Una vez refugiado y con la ayuda de un caldeado ambiente interior, volvió a observar aquellos fragmentos de papel carbonizado con aparentemente aleatorios caracteres. Se mostraba deseoso de poder encontrar al fin

respuestas que ofrecieran la perspicuidad necesaria para actuar con clarividencia.

—¿En qué piensas David? —Curioso William.

—Pensaba... en lo diferente que hubiera sido si estos papeles nunca se hubieran calcinado. Quizá ahora subiríamos las escaleras de ese edificio, y sin contratiempos ni obstáculos obtendríamos la ubicación del misterioso objeto para poder prevenir a la policía. Así se lograría encontrar a quien sea que me está buscando y todos los problemas quedarían solucionados. Pero ahora es algo que ya no sabremos. Jamás hubiera imaginado estar embarcado en algo tan peligroso como esto y te aseguro que no pienso volver a hacerlo. ¡Nunca!

El tono de David denotaba la fragilidad y desconfianza que en ocasiones lo caracterizaba. En aquel momento debía convertirse en un hombre totalmente diferente para hacer frente a las adversidades que ante él se postraban, pero esa era una opción que no estaba seguro ser capaz de ver cumplida.

—O, V, B... X, W, Z, J... T, K... ¿Cómo vamos a sacar nada en claro de este desastre? Parece de locos.

—Ahí está todo. No tenemos más opción que jugarnos todo a esa carta. Y si este lugar nos ofrecerá la ayuda que requerimos para arreglar tan desafortunados problemas, entonces no tenemos tiempo que perder. Avisemos a tu amigo y entremos. “I follow you!” —concluyó William.

Ambos se apresuraron a salir del coche cuando David se acercó hasta la posición de Martín, que permanecía sentado en el mugriento suelo con la cabeza ladeada sobre la pared.

—¿Qué haces así Martín? Vamos, te ayudaré a levantarte.

David aupó a Martín, reviviendo un “*déjà vécu*”, de lo acontecido el día anterior con la explosión en la Universidad. Esta vez no le condujo hasta otro despacho, si bien si lo hizo a un espacio más reducido, recostando su tensa figura sobre los confortables pero fríos asientos traseros de piel oscura, de intachable presencia.

—¡Quédate aquí! No tardaremos en volver.

Mientras tanto el chofer se mantenía inmóvil en su asiento. Impasible. Concedor de su cargo en aquella situación, se limitaba a trasladar a sus pasajeros donde indicaran, sin inmiscuirse en otros asuntos que no se relacionaran con sus obligaciones, a no ser que se lo pidieran. En su caso no era cuestión de holgazanería sino de respetar la privacidad de su cliente, ya que le había recibido una buena cantidad de dinero por ser lo más discreto posible.

—¡Aquí esperare señor Soriente!

Tras quedar Martín bien acomodado y realizar un gesto de afirmación a José, David cerró la puerta del coche, no dejando entrar la gélida corriente. Junto a William se encaminaron hacia el portón de madera de roble de más de tres metros de altura, cuyo implacable paso del tiempo dejaba su rastro, y consiguieron abrirlo con pasmosa facilidad ya que sus dos hojas se encontraban entreabiertas. David aprovechó para ofrecer un sonoro resoplido, mezcla del alivio que sintió al ver abrirse la puerta y del frío que acusó los escasos metros hasta donde se encontraba ahora.

Al internarse en el diminuto recibidor de paredes color crema con grandes desconchones desprendidos por el suelo de mármol, de un brillo extinguido hace tiempo, cerraron las puertas tras de sí dejando atrás el intenso helor que comenzaba a aumentar. Ante ellos una enorme escalera de caracol forjada en hierro cuyo oxido había corrompido íntegramente, denotando de extremado riesgo una andadura por sus delicados y maltrechos escalones.

Grandes cantidades de papeles y publicidad por el suelo, cartones, jeringuillas, profilácticos, botellas de alcohol... eran lo único que podían distinguir. Ninguna muestra de un hábitat confortable o mínimamente apropiado. Solo suciedad e inmundicia, desolaban unos ojos que idolatraban cualquier mínimo rincón de la ciudad. Sabedor de los complicados momentos que atravesaba no solo su localidad, sino todo el país, nunca se había movido por aquella zona que tanto reparo le ocasionaba. Conocedor de a quién iba a encontrar en aquellas lides, jamás sintió la necesidad de atravesar semejantes puertas. Nada que le hiciera conocedor de tan inhóspita realidad.

—¿Y cómo conociste a este hombre? —preguntó William.

David conoció al Dr. Luca De Janeya mientras ofrecía una animosa conferencia durante su época de estudiante. El Dr. De Janeya, como era conocido dentro de sus esferas más cercanas, siempre fue un más que admirado y reputado investigador dentro del versátil y complicado campo de las Matemáticas.

—Llevaba a cabo la importantísima investigación para resolver “La conjetura de Goldbach”, la que para muchos matemáticos no solo era uno de los problemas no resueltos más complicados de la teoría numérica, sino de todas las Matemáticas.

—¿La teoría de qué? —preguntó extrañado William.

—La conjetura de Goldbach cuestiona si todo numero par mayor que dos puede escribirse como suma de dos números primos.

—¡Espera, espera! —Interrumpió de nuevo—. ¿Números primos? Tío, en serio, ¡no me entero de nada!

—¿Tampoco conoces los números primos?; 2, 3, 5, 7, 11, 13, 17, 19, 23...; déjalo, no importa. Lo que trato de decir es que nadie sabe cómo ni porque, pero un día desapareció por completo. Dejó de ofrecer conferencias, ceso en sus publicaciones,... nadie conocía su paradero. Dentro del campo científico siempre se suscitan ciertas diferencias o envidias cuando se atribuyen meritos científicos de repercusión y envergadura a unos pocos, mientras el trabajo de otros de tantos años queda en el olvido. Incluso se llegó a presentir que algo aciago le había ocurrido, hasta que poco a poco en el campus comenzó a conocerse la realidad. La razón podría resultar tan difícil de explicar, como sencilla y rápida de nombrar. Una única palabra que muchos nunca alcanzan a entender su significado, pero para otros supone un conflicto moral irremediable.

«Fracaso»

Prolongados años permaneció encerrado con su pizarra, sus tizas y sus anotaciones tratando resolver tan complicado problema, pero nunca lo logró. Pensaba que un hombre con su capacidad podría conseguirlo aunque le llevara meses de duro trabajo compulsivo, pero se topo de frente con una cruel realidad que no esperaba. Eso supuso no solo su final académico, sino también como persona. No quiso saber más de su olvidada vida pasada que tan lejana yacía. Simplemente se quedó encerrado como un preso sin grilletes, pero que pesadamente cargaba en su mente.

—¿Seguro que es aquí donde tenemos que ir? —cuestiono William, con grandes dosis de recelo al escuchar la historia.

—¡Aquí es! Recuerda que vamos a tratar con alguien de carácter delicado. Por cierto, nunca le mires fijamente a las piernas. Eso le pone... nervioso.

—¿Las piernas? —preguntaba William confuso.

Tras las advertencias de David, abrieron la puerta sin previo aviso para adentrarse en la casa. William resistía impasible ante lo que veían sus ojos, como si semejante tesitura le resultase de lo más habitual. Un desapacible lugar lleno de desechos, cristales rotos o heces que presuponían de animales, inundaban el lúgubre pasillo central. Conforme avanzaban podían notar el ligero movimiento de insectos acompañando su camino o la intensa guardia de vehementes roedores cuyas miradas parecían languidecer en sus ratoneras. Advirtieron una habitación con un sofá de tres piezas, cuya espuma se desprendía de la tela que la protegía. Una mesa vencida por una pata rota, acompañando una silla con restos de comida casi descompuesta.

—¿Dr. De Janeya? —demandaba David con cierta cautela.

Alarmar a aquel irascible hombre era lo último que le gustaría, pero encontrarlo por sorpresa podría tener peores repercusiones. Con tal propósito, intentó urdir un plan sensato para acceder hasta él, con el inconveniente que ese plan aun resultaba una incógnita. De hecho, encontrarse en ese lugar y ante una situación tan imprevisible, sería lo último que desearía.

—Largo de aquí. Hoy no recibo a nadie. ¡¡Fuera!!

La voz era severa y muy grave. Proyectaba gran ímpetu en su vigorosidad pero sus cuerdas vocales no ofrecían igual solidez. Cada palabra reclamaba tal esfuerzo que hacia desvanecer su fortaleza.

—¡Dr. De Janeya!, disculpe pero mi nombre es David Soriente. Soy un gran admirador de su trabajo desde que escuché su conferencia en la Universidad Complutense. Creo que es usted uno de los mayores genios del campo de las ciencias.

No se escuchaba nada. No había respuesta ante el intento de amabilidad y adulación para poder llamar su atención. Aun así, David prosiguió en su intentona.

—¿Dr. De Janeya?

Cuando se atrevieron a cruzar el umbral de la puerta, se encontraron a un hombre postrado en una silla de madera, con una frondosa barba blanca y una melena escasa de pelo. Su rostro era impasible ya que no demostraba gesto alguno sobre su estado de ánimo. Nada quedaba de aquel elegante hombre de pelo corto y engominado, pantalones color crema y camisa a cuadros cuidadosamente remangada hasta los codos. La última imagen que David recordaba de un immaculado investigador, nada tenía que ver con el de aquel mugroso personaje, cuestionándose incluso que realmente fuera la persona que estaba buscando.

—Me gustaría que nos ayudara con un problema de encriptado. Es de vital relevancia su solución para nosotros, pero estoy convencido que no supondrá de ninguna dificultad para una mente privilegiada como la suya.

—Iros de aquí. Yo ya no me dedico a eso —se excusó el decrepito hombre con nostalgia.

—Estuve en su conferencia del año dos mil, cuando anuncio que iba a intentar lograr dar solución a la conjetura de Goldbach y reclamar el prestigioso premio de un millón de dólares que ofrecía una ilustre editorial británica.

—Nunca me ha interesado el dinero —aclaró con categoría el desaliñado matemático—. Mi pasión por la ciencia más precisa que existe siempre lo ha

representado todo. Me han hecho lo que era y ahora me han convertido en lo que soy.

Aun era patente la frustración al recordar tantos años de apasionado trabajo, desperdiciados sin productividad ninguna.

—He dedicado años de mi vida a solucionar ese problema. Es muy fácil verlo desde la perspectiva de los números pequeños; $18=7+11$, $24=15+9$ o $7112=5119+1993$; todos son números pares provenientes de números primos. El problema reside en que los números son infinitos y entonces debería existir una ley que los abarcara todos. Ahí reside su inmensa complejidad.

—Por esa razón intento apelar a aquel entusiasmado y brillante hombre que aun vive en su interior. Para poder demostrarse que sigue siendo un genio aunque lo haya olvidado.

Las palabras de David trataban de transmitir ese sentimentalismo que esperaba calara hondo en un admirado, aunque desconocido colega.

«...»

Tras breves instantes de incómodo silencio y miradas de duda entre David y William, la voz de aquel que ahora retornaba más vivaz, comenzó a alzarse.

—¿Existe algún número con tantas letras en su nombre como el valor de su cifra?

—¿Perdón? —Estupefacto, a David no se le ocurrió mejor repentina respuesta—. ¡No entiendo!

—Es una pregunta bastante sencilla. Si quieres que te ayude, primero tendrás que jugar tú a mi juego y demostrar que eres digno de mis conocimientos. Y si tienes prisa será mejor que no tardes en contestar porque no me gusta que me hagan esperar. Así que dime animoso desconocido. ¿Existe algún número con tantas letras en su nombre como el valor de su cifra?

Capítulo 25

«¡Biiiiip! ¡Biiiiip!»

Kabil trato de agarrar su teléfono móvil al escuchar el liviano sonido que desprendió, significando la recepción de un mensaje de texto.

Una fuerte sacudida provocó que se le escurriera de las manos, cayéndose irremediabilmente sobre la tersa moqueta color arena, que podía palpar con la punta de sus dedos. Al conseguir agarrarlo de nuevo con cierta dificultad, pues se encontraba justamente debajo de su asiento, la pantalla se iluminó dejando ver como efectivamente se trataba de un mensaje. Tras un ligero movimiento sobre la pantalla pudo comenzar a leer su contenido.

«Todo casi listo»

Nada más alcanzar a leer el mensaje se apresuró a contestarlo de inmediato, pero el hecho que las turbulencias se hicieran cada vez más intensas dificultaba que pudiera teclear con vigorosidad. De hecho, encontraba grandes dificultades para escribir con coherencia.

«Me siento preparado para lo que se requiere de mí»

Tras enviar el mensaje, dirigió su mirada hacia el exterior del avión y pudo comprobar cómo atravesaba un constante girón de nubes que no cesaba a su paso. Parecía introducirse en un oscuro túnel carente de iluminación.

«Debemos eliminar a quienes intentan truncar nuestros planes»

Ante tales palabras, Kabil no pudo sino emocionarse ante la idea de consumir el propósito que le había llevado hasta aquella situación. No sentía ningún miedo, simplemente deseaba comenzar una vida.

«Personalmente guiare el viaje»

Las luces de emergencia saltaron mientras el piloto le anunciaba que se abrochara el cinturón y mantuviera la cabeza entre las piernas, pues desafortunadamente estaban próximos a verse envueltos en un aterrizaje de emergencia. La situación se había vuelto límite sin percatarse de ello. Ahora no sabía donde estaría, si aterrizarían en su destino o ni siquiera si lograrían aterrizar.

«Así no puede acabar. Ahora no»

Las mascarillas de oxígeno saltaron de la trampilla ubicada sobre su cabeza mientras el aparato no cesaba en su vertiginoso descenso. Sintió como el tren de aterrizaje se desplegaba bajo sus pies. Continuaba sin ver nada, solo negrura, cuando en su interior sonaba una canción, un himno o quizá una oración.

“...Uje’ tu yokoltaj ten junp’éel áak’ab
u asab ch’ujkil yéetel u senki’il a paakat;
kitak túune’ kin máan tu paach yéetel kuuxil
le ken u ye’es u táaj ja’tsilil t-ka’an;
kin muts’ik a wich yéetel in ts’u’uts’o’ob
tia’al ma’ in satik mixba’al a tia’al...
tia’al ma’in satik mixba’al a tia’al.
Seten x-ki’ichpam Uj yaan te’e ka’ano’
ta kaxtik u juulil u paakat;
suut ti’ ten u sáasilil u paakat,
u sen jats’uts icho’ob
ma’ tu páajtal in tu’ubsik...”

“...La luna me robó una noche clara
la más dulce y más sutil de tus miradas;
desde entonces le persigo con recelo
cuando muestra su esplendor en nuestro cielo...
y te cierro las pupilas con mis besos
para no perder de ti ya nada más...
para no perder de ti ya nada más.
Luna, que en el cielo, seductora,
buscas el fulgor de su mirar
vuélveme la luz de aquel destello
de sus ojos tan bellos
que no dejo de extrañar...”

Capítulo 26

—¡Cinco! —contestó David.

—Muy bien amigo. ¡Quizá seas más inteligente que un chimpancé! Sigamos. ¿Cuántas veces podría restarse el número 1 del número 1111?

William puso cara de incredulidad. «¿Pero que está diciendo este tío? ¡Eso es imposible!»

—¡Solo una vez! —contestó David con gran seguridad, aguantando la estupefacta mirada de William—. Después de la primera resta, el número ya no es 1111, sino 1110. Por lo tanto ese número específico solo se puede restar una vez antes de que cambie. Lo recuerdo perfectamente de la facultad.

Aunque no soltara palabra, con cada acierto el extraño hombre se mostraba satisfecho como si de su mejor alumno se tratara.

—¿Qué es eso que cuanto más grande sea menos se verá? —prosiguió el motivado matemático.

En esta ocasión, David se mostró un tanto dubitativo. Era impensable que pudiera conocer todas las respuestas con semejante facilidad y aun así, no se hacía esperar a la hora de proporcionar su veredicto. Realmente se había transformado en un hombre más decidido que nunca.

—¡La oscuridad! —contestó raudo, conocedor de la respuesta.

—Muy bien. Muy bien. Estas demostrando ser un valioso rival. No lo dudo.

—¿Hemos terminado ya? Podemos empezar con...

—¡Solo! una última prueba más —interrumpió a David—. La más difícil de todas, pero a la vez, la de mayor probabilidad para acertar.

El aire de misticismo iba creciendo mientras David y William clavaban sus desconcertantes miradas en aquel hombre que abría lentamente un cajón de su desastrosa mesa. El nerviosismo comenzaba a palpase en el ambiente.

«¿Qué irá a coger?. ¿Algo peligroso?»

William se mostraba cauto y alerta ante tan extraños movimientos. Para cuando se quiso acercar, cansado de tan insoportable incertidumbre, el hombre sacó una diminuta pelota de color rojo, la cual les enseñó y

posteriormente se guardó dentro de una de sus manos, escondiendo ambas sobre su espalda.

—¿En qué mano está la pelota? —preguntó mientras mostraba ambas manos con el puño cerrado.

—¡Tienes que estar de broma! —No pudo evitar expresar William en voz alta, pensando que las ideas de ese hombre rebasaban los límites de la cordura.

David, hastiado de tanta espera y pregunta, no se cuestionaba nada. Se limitaba a mirar ambas manos preparando su respuesta e intentando pensar como aquel extraño hombre.

El silencio era sepulcral. Se notaba la tensión y expectación.

—¡Derecha! —respondió David.

—¿Te importaría explicarme porque has decidido así? —preguntó con gran expectación el matemático.

—Al abrir el cajón que estaba más cerca de tu parte izquierda del cuerpo, te has vencido aun más para utilizar tu mano derecha para abrirlo. Has cogido la pelota con la mano izquierda pero te la has llevado rápido a tu mano derecha para mostrármela sujetándola con tus dedos índice y pulgar. Durante todo el tiempo que llevamos aquí solo has movido los dedos de tu diestra mientras que la izquierda ha permanecido en todo momento sobre tu pierna. Por lo que me figuro que sufres algún tipo de problema articular o de estructura ósea en tus dedos y mano izquierda, imposibilitando poder realizar una acción tan rudimentaria como la de apretar la pelota ejerciendo la suficiente fuerza para poder cerrar la mano completamente. De tal modo que solo podrías hacerlo con la mano derecha.

El matemático no pudo evitar mostrar una mueca que provenía de sus labios, mientras poco a poco habría los dedos de su mano, dejando ver un intenso color rojo sobre la palma de su mano derecha.

—¡Sí! —exclamó con gran énfasis William mientras le daba una palmada en la espalda a David por tan magnífico ejemplo de agudeza.

—¡Solo una cosa más! —repuso.

—¡Si acabas de decir que era la última prueba!

—Esta será la última y la más difícil prueba a la que te hayas enfrentado jamás. Necesitarás una gran agudeza mental para poder resolverla pues muy pocos son capaces de conseguirlo. ¿Estás listo?

Sin más remedio que afirmar con un movimiento de cabeza mientras le observaba a los ojos, William daba vueltas por la habitación tratando de no perder los estribos.

—¿Cómo ladra el perro de un matemático?

La cara de David al escuchar la pregunta, no tenía desperdicio. Digna de ser grabada, no podía sino pensar que estaba siendo víctima de una broma sin sentido.

—¿Qué?

Sus ojos se abrieron casi por completo por tan asombrosa y desconcertante pregunta.

—No tengo ni idea de lo que me estas preguntando. ¿Tiene que ser una broma!, ¿es un chiste? No se la respuesta.

—¿No? ¿Seguro? ¡Venga ya! ¿Cómo ladra el perro de un matemático? “Gauss, gauss, gauss” —contestó entre carcajadas.

Al terminar, contempló la estupefacción o escasa diversión en sus invitados.

—¡Sois muy aburridos! —sentenció—. Muy bien. ¿En qué puedo ayudarte? —expresó con satisfacción terminando con su juego.

—Tenemos unos documentos, —comenzó David muy serio—, los cuáles han sido escritos con algún tipo de cifrado secreto. Lo sabemos porque conocemos al autor, y somos conscientes de su debilidad por este tipo de anotaciones. No sabemos qué tipo de cifrado es y no tenemos ni idea de cómo resolverlo. La única pista que tenemos es que nos estamos moviendo por acontecimientos ocurridos en el S. XVI, pero no sé si eso te servirá de algo. Tenemos mucha prisa y te agradecería que...

—Se os han quemado un poco ¿verdad? —Interrumpió el Dr. De Janeya—. Bueno, bueno, bueno. Puedo decirte que existen multitud de códigos de cifrado. Algunos de ellos muy sofisticados y otros más rudimentarios. Todo en este mundo posee fórmula matemática. Podría enumerarte “La Ley de la Gravedad de Newton de 1687”, “Teoría de la Información de Shannon en 1949”, “La teoría de la Relatividad de Albert Einstein en 1905” o incluso “La teoría del Caos de Robert May en 1975”. Pero si quieres que acote la búsqueda a algún tipo de sistema de cifrado del Siglo XVI, entonces tendríamos que usar sin duda alguna “el sistema de cifrado de Vigenère”.

—¿El qué? —preguntó con gran interés David.

—El cifrado de Vigenère —replicó el hombre—. Este es un sistema de cifrado basado en una fórmula matemática, que precisa de una clave para poder hallar el mensaje oculto dentro del criptograma. El cifrado de Vigenère se basa en la ecuación $[Y_i = (X_i + Z_i) \bmod T]$. Para descifrar el criptograma la ecuación sería $[X_i = (Y_i - Z_i) \bmod 27]$. El descifrado es muy sistemático pero no

exento de complejidad y duración en su desarrollo. Por vuestro bien, más vale que no se trate de este sistema.

El extraño hombre, se apresuraba a coger aire de nuevo cuando solo presentía unas mentes incapaces de comprenderle.

—Para poder descifrar un gran texto, —prosiguió— requiere bastante tiempo poder llevarlo a cabo. Son numerosas anotaciones y cálculos los que realizar. Realmente este sistema ha ido evolucionando en gran medida y en ciertos momentos de la Historia, incluso en algún artículo a principios del Siglo XX se ha considerado como indescifrable. Erróneamente se le ha otorgado el nombre de un autor que no fue el precursor de dicho sistema. Fue Giovan Battista Belasso en su libro publicado en 1553 donde lo dio a conocer.

—¿Entonces puedes descifrarlo? —preguntó David.

—¿Tiene un triángulo acutángulo equilátero todos sus lados y ángulos iguales?

Ambos seguían sin entender las expresiones de ese extraño hombre, pero por primera vez en todo el tiempo que llevaban juntos, se levantó de su roñosa silla y comenzó a observar los fragmentos ennegrecidos con gran atención. Absorto en un mundo del que no escuchaba ni los murmullos de William. Observaba la fila que mejor se distinguía, leyendo entre sus líneas.

OLDYBVWXZXWMOVBSJTXVCKO

—La clave de descifrado es lo más importante que necesitamos obtener, porque sin ella no podremos descifrarla. Cada letra del criptograma posee una letra equivalente denominada clave, para poder llevar a cabo el descifrado. Lo primero que tenemos que saber es que la clave tendrá tantos caracteres como tiene el criptograma. Veinticuatro en este caso. Debemos asignar un valor “x” para cada carácter, y encontrar la frecuencia con la que cada uno de los caracteres aparece como cada letra del alfabeto. Ahora tenemos que comparar la frecuencia media de cada letra, ya que existen determinadas que se repiten con mayor frecuencia como puede ser la letra “E”, para así obtener algunas ya predeterminadas que nos hará avanzar. Así que si le asignamos un valor de uno a veintiséis, como tantos caracteres posee el alfabeto, siendo “A” igual a cero, el texto se transforma mediante la adición del valor del carácter.

Aquel hombre al que perplejos observaban, no cesaba de relatar sus pensamientos mientras continuaba apuntando números y cifras constantemente.

Atónitos pero al mismo tiempo absortos se encontraban observando la maraña de letras que no cesaba en su escritura.

—¡Voila! He aquí la clave.

LALUZESELTESOROQUETEGUIA.

«¿Cómo lo habrá conseguido tan rápido?»

Aun conociendo la inteligencia superior, David levantaba suspicacias sobre su relación con dicho cifrado.

—¿Y cómo sabe que es la clave? ¿No podría ser parte del mensaje? —preguntó con duda William.

—Podría. Pero es un método habitual su posición en la parte superior del texto. Quizá acierte..., —terminó con una risa para sí mismo—. Ahora solo tenemos que utilizar nuestra querida fórmula matemática y obtendréis vuestro mensaje.

El matemático comenzó en primer lugar escribiendo la fórmula; $X_i = (Y_i - Z_i) \bmod 27$; para posteriormente continuar realizando las primeras operaciones que conllevarían a garantizarles los primeros resultados.

OCINRE

David y William observaban esas primeras letras escritas sobre la hoja cuadriculada que les transportaba de regreso a sus años escolares. Era un clamor la facilidad y la determinación con la que ese hombre se suponía descifraba tan complejo problema.

OCINREPOCNEATS

Intentaban discernir algo coherente, pero por más que lo intentaban no sacaban nada en claro. Su impaciencia era mayúscula observando aquel hombre que descifraba tan imposible encriptado para ellos, pero un juego de niños para su mente. El único problema es que las letras que llevaba aun no tenían ningún sentido. Escépticos por el momento, siguieron observando.

OCINREPOCNEATSEOTERCESLE

—¡Eureka! —exclamó el doctor volviéndose a acomodar en la silla.

La cara de estupefacción era mayúscula. No entendían nada.

—¿Esta es la frase? “OCINREPOCNEATSEOTERCESLE”. Pero si no tiene ninguna lógica. Vuelven a ser solo letras aglutinadas.

La desesperación se apoderaba de David que no daba crédito a lo que veían sus ojos.

—¿No sabes decirnos que significa esto?

Capítulo 27

Como un resorte, aquel extraño hombre volvió a incorporarse raudo ante la petición recibida, bajó la mirada de rareza que en los ojos de sus dos invitados se divisaba.

—¡Menos mal que me lo has pedido! —expresó con satisfacción.

De igual modo que David captó los problemas que aquel hombre tenía en su extremidad superior izquierda, no pudo evitar fijarse que cuando se alzaba de su silla aparentaba tener dificultades también en su extremidad inferior. Traslataba toda la fuerza a su pierna derecha, pues ladeada su cuerpo al erguirse. Sinónimo que su pierna izquierda presentaría algún tipo de lesión.

—“OCINREPOCNEATSEOTERCESLE”...

El Dr. De Janeya se rascaba la cabeza compulsivamente, en un claro tic nervioso.

—Bueno... pudiera ser un cifrado dentro de otro cifrado, pero a simple vista tampoco obtendríamos ninguna otra conclusión clara. A menudo se pueden utilizar diferentes juegos de palabras para ocultar mensajes en diferentes textos ocultos que no se desea ser descubiertos a simple vista. O simplemente jugar con la visión del receptor del mensaje.

—¿Juegos de palabras? —dijo William.

—Paradojas, dilemas, crucigramas o anagramas. Quizá sea un anagrama.

—¿Anagrama?

—Si... Un anagrama. Consiste en que las letras desordenadas de una frase, realmente forman una oculta con sentido real. Tendríamos que ordenar todas estas letras para conseguir que saliera una frase con lógica —explicó David.

—¿Todas estas letras? ¿Ordenarlas para conseguir una frase? ¡Tardaríamos horas en conseguirlo! —dijo el pesimista William.

Sus caras reflejaban la frustración ante tal contratiempo inesperado. No podían permitirse el lujo de perder tanto tiempo pues ni sabrían del que disponían.

—¿Por qué Danielle haría algo que nos implicara tanto tiempo? —renegó William.

—Porque seguramente no sea un Anagrama. Puede que sea un Palíndromo. —Martín apareció de repente por la puerta como fantasma que se deja ver.

—¡Un palíndromo! ¡Qué interesante! —El Dr. De Janeya se expresó entusiasmado con la idea mientras recogía papel y lápiz, comenzando inmediatamente a escribir.

—¿Y ahora qué diantres es un palíndromo? —preguntó con malestar William.

—Un palíndromo consiste en leer una frase al revés. Ordenando las letras desde el final hacia delante obtendríamos una frase con sentido. Siempre y cuando seamos capaces de separar las silabas de forma adecuada. Mucho más sencillo a todas luces —explicó Martín.

«ELSECRETOESTAENCOPERNICO»

Todos miraban atentamente las letras, hasta que el Matemático alzó la voz ante la indecisión de sus visitantes.

«EL SECRETO ESTA EN COPERNICO»

—¡Ahí tenéis vuestro gran enigma!

La resolución resultó como agua de mayo ante tanta sequia de evidencias, pero ahora necesitaban saber el siguiente paso ya que tampoco resultaba extremadamente esclarecedor.

—¿Copérnico?

David se sentía extrañado. Nicolás Copérnico era el personaje histórico por el que sentía mayor admiración. Dentro de su campo compartido, la astronomía, Copérnico fue quien revolucionó la visualización del espacio y sus integrantes en tiempos que no se podían cuestionar arcaicas teorías.

—Las grandes ideas de Copérnico, —hablo David con pasión— se fundaron en este mismo siglo XVI. Además la impresión de su libro más conocido donde mostraba todas sus ideas, fórmulas y teorías, terminó su impresión el mismo día de su muerte en 1543. Solo diez años antes de la publicación del libro donde aparece el cifrado de Vigenère al mundo. Esto ya no es fruto ni de meras coincidencias ni pequeños atisbos a los que tengamos que atender. Todo ha sido hilado para mostrarnos el camino. Todo está relacionado dentro del S. XVI, ¿no lo veis? La capitalidad de Madrid como símbolo del centro de la nación en 1561, el cifrado de Vigenère en 1553, las ideas y el libro de Copérnico en 1543, solo diez años antes de...

David paró en seco. No podía creer la información que su mente no cesaba en procesar.

—¡Dios santo! Solo diez años antes. El número diez.

Una ola de exacerbada positividad inundaba las entrañas del joven astrónomo que imaginaba sentirse como aquellos extraordinarios hombres de la historia, vislumbrando grandes descubrimientos en *post* de la humanidad.

—Muy bien. Creo que estamos de acuerdo en que todos los datos hasta ahora conducen a una época exacta en la historia. Somos conscientes que nos ayudará a acotar la búsqueda. ¿Pero que estamos buscando? Un importante hombre que falleció en el S. XVI, una dinastía real ya extinguida y una ciudad que pasó a tener gran importancia en la misma época. ¿Se puede saber que tienen en común?, ¿se puede saber que lógica tiene todo esto?

William, frustrado, no cesaba de cuestionar las escasas conjeturas a las que se acercaban. Ofreciendo únicamente su inservible contrariedad.

—Sé que todo esto es difícil de entender, yo también estoy escaso de respuestas pero si nos hemos involucrado tendremos que intentar buscarle el sentido que creemos perdido. Tenemos una pista importante, “Copérnico”. “El secreto está en Copérnico”. Deberíamos recabar información lo antes posible y para ello, quizá sería recomendable separarnos para ganar tiempo. Opino que deberías quedarte aquí con Martín para tratar de descubrir lo que el mensaje aun nos permita. Estos papeles son lo único y mejor que tenemos. Yo me dirigiré al planetario. Allá tengo infinidad de trabajos que por seguro nos serán de gran utilidad, —concluyó asegurando con convicción.

—¿Cómo crees que me quedaré aquí? No pienso hacerlo. Ya te dije que no confiaba en aquel hombre y no pienso quedarme aquí sin nada que hacer.

Las reclamaciones de William se volvían cada vez más obstinadas, tratando estar siempre en el ojo del huracán.

—Pues explícame como te moverás por una ciudad que no conoces en absoluto. No disponemos de tiempo así que lo necesitaras más que yo. Debemos darnos prisa —sentenció el intrépido joven.

Lejos de conformarse, William comenzaba a aproximarse con actitud desafiante, mientras David se amedrentaba ante la impactante imagen de un corpulento hombre acorralándolo. Arrepintiéndose al instante por sus autoritarias palabras.

Justo en aquel momento, un movimiento del Dr. De Janeya le distrajo, reclamando su atención.

—¿Qué haces con eso? —replicó a la vez que se percataba como aquel singular hombre recogía los frágiles pedazos de fragmento.

—Esto se queda aquí. Sera mi seguro para saber qué vais a volver y no me vais a engañar.

La cara de William mostraba su evidente enfado por las exigencias de aquel chocante joven. En menos de un minuto, dos seres a los que podría aplastar como hormigas, pretendían darle órdenes. Algo a lo que no estaba acostumbrado de donde venía. Sin más remedio, ambos tuvieron que claudicar a sus pretensiones, sabedores del pacto de alianza consumado.

—¡Vámonos! —Finalizó David dando una palmada en la fornida espalda de William, comenzando a abandonar la casa.

No podía evitar pensar en las palabras de su madre «¡No confíes en nadie!». En aquel momento eran palabras propias de una madre sobre protectora, no obstante iban incrementado su relevancia en cada contratiempo. Evidentemente solo podía tratarse de conjeturas, pero aquel hombre que tantas exigencias exponía, no demostraba ser un simple peón en aquella partida. Demasiada información abarcada para tan poco revelada.

David, William y Martín comenzaron a bajar las escaleras a paso ligero, comenzando a realizarse preguntas el uno al otro.

—¿Piensas que tu madre...? es decir, ya sabes... Danielle me refiero, ¿pensó en todo esto como un hilo de conexión? —preguntó William eliminando su estado colérico.

—Bueno... yo nunca la he conocido y no sé nada de ella, pero si se supone que conoce todo sobre mi vida no es producto del azar. Soy astrónomo y como tal conozco muy bien a Copérnico. Mi tesis fue encaminada al paso de la teoría de Ptolomeo y refutada por Aristóteles a las innovadoras ideas de Copérnico. Siempre he sentido gran admiración por su trabajo ya que no solo fue un simple astrónomo, ante todo, el paso de la historia le ha consumado como el precursor de la revolución científica que acompañó al Renacimiento en el viejo continente. A través de las enseñanzas de Galileo-Galilei, conduciría años más tarde por obra de Newton, a la sistematización de la física y a una intensa metamorfosis en las convicciones filosóficas y religiosas. Obteniendo la denominación de “Revolución Coperniana” a tal coyuntura. Un hito gracias al cual ha beneficiado el devenir de la comprensión de la historia y la ciencia hoy día.

David se sentía entusiasmado de poder compartir con alguien la gran cantidad de conocimientos que atesoraba sobre uno de los eruditos más imprescindibles en la historia pasada y moderna. William, por su parte, se sentía contrariado y muy poco conforme a seguir las exigencias de un simple astrónomo. Pero por el momento no tenía más remedio que seguir sus

instrucciones si pretendía conseguir lo que había ido a buscar dos días antes a ese pueblo francés de Meaux. Como hombre inteligente y calculador, era consciente que David y la señora Soriente eran los más capacitados para poder desenmascarar a los culpables que se encontraban detrás de toda esa trama y poder hacerse con el que ya se convertía en el mayor secreto guardado de los últimos siglos, por tanta importancia que había adquirido.

—Bien, por ahora lo haremos a tu modo —se resignó William, cansado de recibir órdenes.

—Por cierto, ¿estás bien Martín? No te he preguntado antes —le dijo preocupado David cuando se reencontraba con José, una vez bajaron todas las escaleras.

—Mucho mejor. He descansado en el coche después de haber tomado aire fresco para despejarme. José ha estado conmigo en todo momento. Ha sido un apoyo.

—Si, si. Es cierto señor. Todo el tiempo —se apresuró a contestar rápidamente de manera servicial.

—Es mejor que tú permanezcas aquí con William para asegurar que seguimos consiguiendo descifrar el resto de los documentos. No creo que dejarles solos con tanta información valiosa, sea lo más inteligente. ¡No me fio! —explicaba en privado a Martín.

William se mantenía en el interior del edificio, protegiéndose de la helada temperatura que por su parte, padecían a quienes observaba fijamente.

—David, lo último que se me ocurriría sería dejarte ir solo. Piénsalo. Tú eres como el Sol y nosotros los planetas que giramos a tu alrededor. El centro de todo. Eres quien puede desvelar los secretos que ahora parecen tan ocultos. Solo con descifrar una pequeña parte no es suficiente. No van a hacer nada hasta que no regreses porque necesitan tus conocimientos, así que no me importa si se quedan solos. ¡Pienso ir contigo! —sentenció Martín.

—De acuerdo entonces —se aventuraba a exponer, fácilmente convencido—. ¡Pongámonos en marcha! William quédate, volveremos lo antes posible.

Mientras observaba como el coche se alejaba, William obtuvo rápidamente un teléfono del bolsillo de su pantalón. Sin demorarse, marcó los nueve dígitos que daban comienzo a una llamada. Después de cuatro tonos, su impaciencia cesó al escuchar una voz masculina al otro lado de la línea.

—¿Estado? —Se escuchó con voz rota.

—¡Progresamos lentamente! —contestó William.

—Es una prioridad. Haz lo necesario para traerlo perfectamente —se pudo escuchar al otro lado del teléfono, envuelto en un ruidoso ambiente.

—Ha encontrado una pista que seguir y ahora espero su regreso, no me ha dejado ir con él. Creo que empieza a sospechar. No confía en mí. No dispongo de información fehaciente del otro miembro, pero está claro que no está ayudando nada en eso. ¿Lo tenemos identificado?

—No —contesto escuetamente la voz—. ¿Dónde os encontráis?

—No estoy seguro... Más vale que cumplas con tu parte del trato, si no tendrás que acarrear con las consecuencias.

La voz enmudeció contundente, mientras William se mostraba nervioso ante tal carencia de respuesta inmediata. Era consciente que confiar en aquel hombre podría resultar altamente perjudicial no solo para conseguir lo que había ido a buscar, sino también para sí mismo, sabedor de su pasado.

—¡Tranquilo! Un trato es un trato. Tendrás tu parte. Luego... será diferente —tras eso pudo notar como colgó el teléfono.

Capítulo 28

«Tiempo estimado de llegada a Madrid... una hora»

Tras un escueto trasbordo en la estación de ferrocarril de Barcelona-Sants, donde aprovechó para tomar un copioso almuerzo como no lo realizaba en días e hidratarse generosamente, volvió a ponerse en marcha para realizar el último tramo de su viaje. Aunque pudiera sentirse arrepentido por el trayecto tan largo que estaba concluyendo, debería encontrarse aliviado ya que gracias al mismo podría recuperar unas fuerzas que había perdido tras tan largo día. Los acontecimientos y la larga conducción desde Madrid hasta Paris ya supondría un reto para el ser humano, pero la posterior huida de aquel escabroso edificio hubiera constituido para cualquiera un desafío insalvable, incluso con su fuerza y técnicas de supervivencia.

El dolor del brazo parecía mitigar no sin cierta dificultad, pero podía notar como su vigorosidad volvía a fluir. Ahora viajaba a unos trescientos kilómetros a la hora en una impresionante obra de la ingeniería moderna, respecto a lo que el mundo de los transportes terrestres se refiere. Se logró evolucionar un transporte que ahora es capaz de moverse a más del doble de la velocidad de lo que se podía hasta el momento de su creación. Un privilegio que parte de la población en diversas localidades no tienen acceso, ya se trate por deficiencias arquitectónicas o económicas.

Renee se encontraba despierto, motivado y seguro de que esta iba a ser su misión definitiva. Ahora nada ni nadie lo iba a detener. Deseoso en poder llegar para culminar sus cuentas pendientes. Su interior ardía cada vez que imaginaba la cara de aquel mezquino hombre que tanto le había arrebatado. Gracias a la inestimable ayuda de su desconocido colaborador, con quien ambos mantenían un trato de interés personal que se rompería en cuanto consiguieran llevar a cabo sus respectivos objetivos, podría encontrarse en el lugar adecuado. Sabiendo en su interior, que sería capaz de llegar hasta cualquier final si fuese necesario.

Capítulo 29

Una de las mejores circunstancias de tan intenso día y seguro la mejor idea que le podría haber ofrecido la señora Soriente, fue contar con los servicios de José como su chofer. Su pericia al volante, su carácter servicial y gran conocimiento de la ciudad, les eran de una inestimable utilidad en esos momentos en los que cada minuto podría resultar de vital trascendencia. No solo se comportaba como simple conductor, si no como incondicional apoyo en el trayecto.

Así, se encontraban dejando atrás la calle Méndez Álvaro, llegando por fin a la avenida del planetario. Recorrieron sus aproximadamente doscientos metros en escasos segundos, para finalmente aparcar el coche en un aparcamiento del parque “Tierno Galván”, donde se ubica el complejo.

«¡¡Bienvenidos al Planetario!!»

La ciencia astronómica no se basa en la ejecución práctica o palpable de los elementos que la conforman. No se fundamenta en un ejercicio manipulable como sucede en los laboratorios o los despachos. Su campo de estudio perduraría a millones de kilómetros o años luz de distancia, sin posibilidad de alcanzar las estrellas del firmamento o agujeros negros. Únicamente perceptibles a través del ojo, fuente de absorción de todos los acontecimientos e información de cuanto nos rodea. En el caso de David, desempeñaba una labor más relajada dentro de un complejo en el cual atendía numerosos grupos de personas, deseosas por aprender los secretos que encierra el Universo.

La Astronomía depende de agentes externos para desarrollar su labor. Es imperativo confiar en instrumentos como telescopios para ser capaces de visionar la mayor distancia posible a través de las capas terrestres. Un químico solo necesita sus tubos de ensayo y un laboratorio. Un docente un aula. Un deportista un pabellón,... Un Astrónomo, además de los conocidos planetarios y observatorios, con todo el material interno, precisan de unas condiciones nocturnas óptimas para desarrollar con riqueza su actividad. A raíz de estos instrumentos y agentes de naturaleza, con los que un

investigador del espacio podrá realizar sus descubrimientos a partir del movimiento de los distintos cuerpos celestes. Gracias a la tecnología, la edad ha hecho la labor de los astrónomos más gratificante con el hallazgo continuo de nuevos elementos en movimiento. Hay que añadir la ventaja que supone tener la capacidad de enviar cuerpos y maquinas al espacio con el que estudiar estrellas o planetas. Atreverse a formular las preguntas básicas que todos conservamos y encontrar la compleja respuesta a través de análisis poco convencionales de los datos. Los astrónomos no se conforman con avistar los cuerpos, sino entender la razón de su existencia, su forma,...

A la hora de unirse al exclusivo mundo del estudio de la Astronomía, David sabía que no tenía intención de convertirse en una persona con grande facturación económica. Su trabajo en el planetario nunca le reportaría grandes ingresos, pero la experiencia y el enriquecimiento que absorbería a través de los ojos ajenos serian como los suyos al observar por un telescopio. Su pasión por lo desconocido y la existencia de ocultos cuerpos, estrellas, galaxias o planetas, es lo que le motivaría a trabajar de forma desinteresada si fuese necesario.

—Espera aquí —le indicaron al conductor.

David y Martín salieron a toda prisa a través del solitario aparcamiento, para subir los pocos escalones que los conducían hasta zona verde abierta y repleta de una arboleda de hoja caduca halladas en el suelo cubiertas de polvo y microbios.

—Y ahora en estas fechas, ¿podremos entrar? —cuestionó confundido el profesor.

—No deberíamos, pero conozco bien al guarda que vigila el complejo estos días. No habrá problema.

Tras una inestimable más que rápida carrera a pie, consiguieron discernir la impresionante torre del observatorio de veintiocho metros de altura con una cúpula de tres metros de diámetro.

—... donde se encuentra el telescopio refractor Coude de 150 mm de abertura y 2.25 m de distancia focal. Aunque seguro que eso no te interesa, ¿verdad Martín?... —Finalizó entre risas justo cuando terminaron de subir el último tramo de escaleras y atravesaron el corto pasillo para llegar a la puerta de entrada.

Observaban con ahínco a través de la transparente cristalera, tratando de discernir la figura de uno de los guardas que custodiarían el lugar en aquellos momentos, sin distinguir a nadie.

—¿Dónde estará? —se preguntaba David.

De repente y sin previo aviso, Martín comenzó a golpear el cristal con fuerza. Sus golpes provocaban fuertes réplicas que retumbaban varios metros dentro del edificio, esperando que fueran suficiente reclamo.

—¿Pero qué haces? —preguntó desconcertado David.

—¿Tienes alguna idea mejor? Cuando escuche el estruendo, tendrá que venir para comprobar que es lo que lo provoca —contestó él.

Tras poquísimos segundos mirando el interior, apareció un hombre vestido con un uniforme marrón, portando una linterna en la mano, pese a tenerla apagada por la claridad que aun emanaba el día. Se mostraba incrédulo mientras los miraba con desconcierto, pues pensaba que serían unos gamberros con ganas de gastar bromas y que al verle se irían corriendo. Por el contrario, ellos se quedaron como estatuas delante de aquel grueso cristal realizando aspavientos con las manos para llamar su atención. Cuando por fin lo lograron y sin ninguna prisa, el guarda de seguridad se acercó con parsimonia hasta la puerta, deteniéndose delante de ella sin aparente intención de abrirla.

—¿Qué hace aquí señor Soriente? —preguntó asombrado cuando se aproximaba un poco más para poder ver sus caras.

—¡Hola Raúl!. ¿Cómo estás?

Confundido, el hombre se limitaba a esperar tras una puerta de recio cristal bien sellada.

—Verás, he olvidado en el trabajo una serie de libros que necesito devolver. Es esencial hacerme con ellos ahora. ¿Te importaría abrirme para poder ir a mi mesa? Solo tardaría unos escasos minutos —le pidió David, con la esperanza de que acceder a su lugar de trabajo diario resultase más fácil de lo que su mente imaginaba.

—Bueno señor, déjeme consultarlo con mi superior por favor.

El guarda de seguridad se llevó la mano hacia la cintura en busca de su walkie, cuando Martín se apresuró a detenerlo dando unos ligeros golpes contra el cristal, tratando de llamar su atención. Resultaba una situación irónica. La gran mayoría de la población, incluido aquel guarda de seguridad, estaría deseosa de abandonar su lugar de trabajo para encaminarse de una vez a sus respectivos hogares y comenzar la gran fiesta. Sin embargo, había un joven que deseaba entrar en el mismo con gran insistencia, encontrando trabas que lo imposibilitaban.

—Perdona, Raúl. Yo soy Martín. Trabajo en la facultad de Geografía e Historia de la Complutense. Es un placer hablar contigo. ¿En serio no podrías hacer una excepción en esta ocasión? Sabes que es una persona muy honrada

y si llamas a tus jefes, os expondréis a una tesitura muy comprometida. Tendrás que dar parte en un día tan señalado y quedareis muy mal innecesariamente con vuestros superiores. Estamos a final de año y no vamos a tardar apenas tiempo. ¿Crees que podríamos hacer una excepción por esta vez, por favor? Te prometo que seremos tan rápidos que no te enteraras que estamos aquí, pero si lo prefieres podrás estar con nosotros.

El guarda quedo pensativo. Parece que las palabras de Martín le habían hecho pensar en la posibilidad de que él tampoco querría meterse en líos innecesarios con sus jefes en un día festivo tan señalado en el calendario por todos. En escasas horas podría estar disfrutando de una deliciosa cena navideña con su familia sin contratiempos. Comprobaba como la cara de David reflejaba una clara angustia, por lo que imaginaba que él también se encontraría en una encrucijada sino solventaba aquel problema.

Nunca olvidaría su primer día como empleado en el planetario, cuando lo conoció, ni la amabilidad que diariamente le profesaba aquel humilde trabajador. Recordaba que tras varios meses sin conseguir ocupación remunerada, los gastos comenzaban a mermar su ya escasa economía. Con una hija de ocho años y cuando la situación comenzaba a hacerse insostenible, una llamada le hizo recobrar la esperanza en poder sacar adelante a su familia. Con gran ilusión comenzó en el turno de mañana de su nuevo trabajo, sin que sucediera nada fuera de lo normal. El tránsito de gente era fluido y normalizado, escaso a decir verdad pues siendo un Martes en la mañana y al no atender excursiones escolares, hizo que el día se convirtiera en aun más tranquilo. Una fortuna.

Al finalizar su jornada, mientras se encontraba en la sala común recogiendo sus enseres para marcharse a casa, vio como a la vista quedaba cierto material típico escolar. Lápices, bolígrafos, colores, folios,... material que de seguro seria de uso laboral o para las excursiones de alumnos. Raúl nunca hubiera imaginado hacer lo que estaba pensando en aquel momento, pues jamás habría sustraído nada que no le perteneciera por mucha falta económica que padeciera. El problema residió en las ocasiones que su hija tenía que asistir al colegio con falta de dicho utilitario. Fue ahí cuando no pudo evitar llevar a cabo su poco ético acto. Su pequeña le contaba como algunos niños, en numerosas ocasiones se reían de ella porque no vestía ropas diferentes cada día, no asistía a las excursiones o no tenía los materiales escolares tan nuevos como el resto de los alumnos. Cada vez que le contaba esas historias, Raúl se sentía abatido, y cuando ella se iba a dormir, el rompía a llorar.

Observó a su alrededor para asegurarse que se encontraba solo. Que nadie pudiera verle realizando tan deleznable acto. Una vez se cercioró, cogió los diferentes materiales y comenzó a guardarlos en su mochila; tijera, compas,... solo recopilaba uno de cada pues no necesitaba más, con tan mala suerte que en ese momento entraron dos personas por la puerta. Asustado y sobresaltado dejó caer unos lápices al suelo, alertando a uno de los trabajadores del recinto.

—¿Qué escondes ahí? —le preguntó enojado.

Nervioso, Raúl no supo contestar en aquel momento. Sus ojos se volvían cristalinos, a punto de romper a llorar desconsolado por ser atrapado en una acción que se recriminaría por siempre, presuponiendo que eso podría costarle su situación laboral. Un puesto que llevaba tiempo esperando y que no podía permitirse perder por semejante bobada. Tristemente ahora se encontraba en una tesitura muy dificultosa para salvar, cuando aquel indignado hombre se fue acercando acelerado.

—Yo le he dicho que puede cogerlos si quiere, para sus hijos —dijo el otro trabajador a su lado.

Un respiro sintió cuando vio a su compañero agarrarle del brazo. Raúl comenzó a sentirse ligeramente aliviado viendo que aquel hombre trataba de encubrirle para ayudarle.

—No pensé que fuera tan importante que se llevara un poco de material. Hay familias pasándolo mal y aquí siempre sobra demasiado. Si hiciera falta yo me haría cargo de la responsabilidad, pero él no tiene culpa ninguna. Simplemente me ha hecho caso.

—Vale, vale. Siento haberte acusado.

Satisfecho con la explicación, se apresuró a pedir disculpas al nuevo empleado mientras cogía sus bártulos y salía de la sala.

—¡Nos vemos mañana! —se despidió.

Una vez solos, Raúl se acercó al hombre, que exteriorizaba numerosas veces sus muestras de agradecimiento por solventarle tan odiosa encrucijada, que podría haberle costado muy caro.

—¡Muchas gracias!, de verdad ¡muchas gracias! No sé que hubiera hecho si llego a perder el trabajo. Te aseguro que no soy ningún ladrón pero mi hija apenas tiene materiales en el colegio y he visto tantas cosas que he pensado que nadie se daría cuenta.

Raúl comenzó a llorar mientras le explicaba tan vergonzosa situación para él.

—No te preocupes. Puede pasarnos a todos. Vete tranquilo a casa con tu hija. Yo tengo prisa así que tengo que dejarte. ¡Nos vemos mañana!

Mientras aquel amable joven dejaba de palpar su hombro en forma de consuelo, se acercaba a la puerta de salida con prisa.

—Por cierto, me llamo David.

—Yo soy Raúl.

—¡Un placer amigo! —se despidió saliendo por la puerta, dejando al guarda de seguridad solo pero con su nerviosismo aplacado.

Lo que en otra circunstancia hubiera resultado un acontecimiento más cómico que pernicioso, para Raúl tuvo un gran significado pues no podía permitirse el lujo de cometer ningún error que le llevara a perder tan preciada fuente de ingresos sin poder demostrar que se encontraba capacitado. Nunca olvidaría ese gesto de altruismo con alguien que acababa de conocer. Así, cuando vio que podría compensar en cierta medida la ayuda que le prestó desinteresadamente. ¿Por qué no hacerle ese favor? Nunca se lo recordó ni le pidió nada a cambio. Ni en aquel momento que lo necesitaba, lo utilizaba como pretexto para obtener lo que demandaba.

Raúl extrajo de su cinturón un contundente manajo de llaves, comenzando a abrir el candado interior de la puerta de cristal que separaba el acceso.

—¡Pasad! —les indicó.

Una vez que ingresaron dentro del complejo, volvió a cerrar la puerta y a colocar el correspondiente candado. Como si nada hubiera ocurrido.

—¡Gracias Raúl! Te debo una —expresó con gratitud David.

—¡Tranquilo! Pero por favor, no tardes demasiado.

La preocupación de Raúl no era infundada, pues sus superiores acostumbraban a asegurarse de que sus empleados realizaban sus labores de forma correcta y profesional. Tener a dos personas dentro de un edificio cerrado, aunque una de ellas fuera un trabajador del complejo, le llevaría a tener que dar demasiadas explicaciones.

—Dime donde tienes que acceder para desconectar la alarma de seguridad de esa zona.

—¡Iremos a la sala de video! —contestó David mientras observaba como Raúl tecleaba diversos números en la pequeña pantalla del sistema de seguridad.

—¡Listo!

Los tres se encaminaron hacia la sala referida, dejando atrás al pequeño guarda de seguridad que pretendía seguir la estela de ambos pero que irremediamente quedaba atrasado. La condición física no era uno de sus fuertes pues su prominente barriga y los continuos jadeos en tan poco tiempo

recorrido, denotaban que el ejercicio y la dieta sana no pertenecían a su vida diaria.

—¿Y allí encontraremos todo lo que necesitamos? —preguntó con cierto recelo Martín.

—¡¡Ssshhh!! Baja la voz. No podemos dejar que nos escuche nadie. Nos tomaría por locos y solo conseguiríamos que llamara a la policía —contestó alterado mientras giraba una de las numerosas esquinas del complejo.

Trataban ser cautos a la hora de omitir todo tipo de comentarios relacionados con el asunto demandado, pero en ocasiones resultaba significativamente difícil tal tarea.

—El mensaje —prosiguió— decía que “El secreto está en Copérnico”.

Atendiendo dicha información, tenemos que encontrar algún dato relevante sobre el astrónomo. Tendré que buscar información relacionada con él. En un principio se perfectamente donde comenzar a buscar, pues poseo dos tomos bastante interesantes que son los que nos pueden dar alguna respuesta.

El teléfono de Martín emitió un ligero sonido, diferente al habitualmente conocido. No era el mejor momento para aminorar el paso, por lo que obviaron dicha llamada entrante que les estaban realizando en ese momento.

—¡Ya hemos llegado a la sala! —comunicó.

David se aproximó a la puerta, agarrando el tirador con firmeza hasta que comenzó a abrirse.

—¡No tenemos tiempo que perder!

Capítulo 30

Desde su más tierna infancia, la vida de Luca de Janeya nunca resultó sencilla. La crueldad de los niños no conocía escrúpulos de ningún tipo, pues a causa de su aspecto físico era sometido a continuas burlas desde sus años de primaria hasta su llegada a la adolescencia, donde comenzó a soportar un profuso acoso diario por un grupo de estudiantes de su misma aula. Este resultaba de tal parangón, que acusaba un jovial carácter como debería ser a su edad, para transformarse en un ser mustio y retraído.

Acusaba un notorio estrabismo y unas voluminosas gafas que a simple vista ya eran causa de denigrantes desprecios. A eso se le añadía unos problemas al caminar, derivados de una deficiencia en una de las articulaciones de su pierna izquierda. Su tendón rotuliano estaba fallando por lo que acusaba una visible cojera.

Todas estas características y por ende, persecuciones por parte del resto de grupos sociales, continuaron de manera incesante a lo largo de los años, sin saber qué día podría ser no solo agredido psicológicamente sino también físicamente. En época de infantes, cualquier excusa parece más que justificada para ser objeto de chiste y mofa, su nombre no era diferente.

«¡¡Cuánto odio ese nombre!!»

Ese pensamiento habrá pasado cientos o miles de veces por su cabeza a lo largo de su vida. Pensamiento que ni en su adultez había sido capaz de eliminar. No recuerda a nadie que lo llamara por su nombre, solo con ofensivos y destructivos apodos que no hacían más que acrecentar un estado mental de fragilidad, apunto de resquebrajarse por completo. De hecho, no recuerda que nunca nadie tuviera un gesto amable. Luca siempre recordará como una mañana en el colegio que transcurría con normalidad, siendo un ente invisible para el resto, una chica se acercó a hablar con él. Nunca tuvieron contacto previo ni habían entablado conversación alguna, pero aquella mañana se sintió menos extraño. Ya fuera por lástima, interés académico u otro motivo, no importaba. Era feliz de sentirse uno más en un mundo que siempre le había dado la espalda. Con el paso de los días,

comenzaban a entablar una solida amistad, hasta tal punto que creyó vislumbrar lo que en tantas ocasiones escuchara y nunca comprendió. Estar enamorado.

Un día, aconsejado por su fuente más fiable; los libros, se decidió a regalarle un ramo de rosas. Gesto tan popular dentro de una actividad romántica, que supuestamente tanto gustan a las mujeres. Al ofrecérselo con timidez, ella exteriorizó su entusiasmo con semejante presente. Solos y por la noche, pues era impensable entregarle tal regalo con indiscretos ojos juzgándole, vivió en sí mismo el mejor momento de su vida. Se sentía feliz. Una condición la cual no era consciente de que pudiera existir y ser vivida realmente. Exultante. En agradecimiento, lo condujo hasta un apartado rincón en el instituto donde sus nervios comenzaron a sentirse a flor de piel. Sus latidos eran más constantes que cuando realizaba alguna de las duras pruebas deportivas a las que era sometido semanalmente. El sudor no dejaba libre ningún poro de su cuerpo y sus extremidades temblaban de manera notoria. Quizá después de aquella acción tan altruista, tendría que enfrentarse a lo que se podría definir “ritual del beso”. Algo a lo que nunca se enfrentó y por lo que en aquel momento sentía más miedo que por las simples vejaciones que soportaba a diario.

Una vez llegaron a la zona ajardinada, después de colarse en el recinto escolar muy a su pesar, su maravillosa pareja le pidió que cerrara los ojos y simplemente confiara en ella. Él, aunque miedoso, no lo dudó. Era la persona en la que más había confiado en su corta edad. La única en tenderle la mano en una solitaria vida llena de estragos y penurias, a cuya sociedad nunca fue capaz de acceder y menos entender. Dispuso sus labios, tal como visualizara en tantas películas, preparado para culminar uno de los momentos que recordaría de por vida, cuando de repente sintió algo frío y húmedo sobre sus labios. Al abrir los ojos, comenzó a escuchar las carcajadas de un gran número de chicos y chicas que a diario se burlaban de él, viendo como al intentar separar sus labios era incapaz de hacerlo. Pusieron pegamento en ellos. Entre el grupo, aquella a la que tanto apreciaba y tantas esperanzas de ser un niño normal le había otorgado, se reía de él. Comprobó cómo estaba siendo grabado con una cámara de video, con lo que entre lágrimas y sollozos corrió para esconderse.

Días más tarde, comprobaría que dicho video resultó expuesto en una conocida página de internet y era visto por un gran número de personas tanto conocida como desconocida, despertando múltiples comentarios con el único objetivo de ridiculizarle.

Aquella traumática experiencia le acompañaría durante toda su vida, haciendo que nunca más consiguiera tener una relación normal con ninguna mujer. La desconfianza se convirtió en un muro insalvable. Ni siquiera el que debiera ser su principal apoyo femenino, su madre, podía otorgarle serenidad y consuelo en tan duros momentos, pues apenas recibía de ella muestras de afecto.

Hijo de reputados científicos en el campo de la física, exigentemente pasaba tiempo con sus progenitores. Se crio con una de las ama de llaves que cuidaban su hogar paternal y creció con la ausencia de prácticamente amor fraternal. Sus padres parecían dioses mitológicos a los que era imposible acceder, exigiendo siempre lo máximo de él. Ese requerimiento fue el que le llevó a conseguir sus mayores éxitos en el campo de las matemáticas y la investigación, pues vivía por y para la ciencia. Pero también fue el que le ocasionara diversos factores de inferioridad e inseguridad en otros campos de la vida cotidiana. Este tipo de pensamientos negativos fueron los que desataron un carácter huraño y con matices orientados a la autolesión. Todo esto, provocado por una incapacidad de ejecutar el mayor de sus retos como científico, la resolución de la detestable teoría.

La ejecución de esta conjetura resultaba de increíble complejidad, pero para una persona que había sido tratada como genio desde su llegada a la Universidad, no podía permitirse un fracaso similar. El reconocimiento que comenzaba a ganar, unido a las “etiquetas” grandilocuentes sobre su capacidad intelectual, eran los primeros atisbos de adulaciones que provenían de una sociedad siempre cruel. El paso del tiempo y la progresiva resolución de brillantes investigaciones, unidas a lo prematuro de su ejecución, hacían que se convirtiera en uno de los principales cerebros del panorama nacional. Comenzaba a ser reconocido en el campo de las ciencias matemáticas y admirado por muchos de sus compañeros de trabajo. Halagos, oferta de trabajo, peticiones de compañeros de profesión,... multitud de agasajos se arremolinaba en torno a su persona. Quien había dejado atrás sus años de tristeza, soledad y desamparo social, por una vida llena de semejantes que ansiaban estar a su lado y compartir su genio e ingenio. Dicha época de bonanza no resultaría muy extendida en el tiempo, pues justamente al finalizar sus estudios de Doctorado con una brillante calificación y reconocimiento, anunciaba uno de los mayores objetivos dentro del mundo de las ciencias matemáticas. La resolución de la conjetura de Goldbach era un reto a su altura y de similar envergadura a consumir las expectativas y el nivel de adoración que le profesaban. Podría ser su auténtico encumbramiento

no solo dentro del ámbito académico sino también del social. Nadie podría volver a mofarse de él, ni denominarle de forma peyorativa. Se ganaría el respeto definitivamente para los anales de la historia.

«Al menos esa era mi idea»

El tiempo lo único que haría sería aniquilar su razón.

Alquiló un apartamento a las afueras de la ciudad, pues precisaba de un espacio solitario para trabajar de manera confortable. Lo ubicado más allá de sus muros no era importante pues únicamente salía para hacerse con necesario en su subsistencia. El resto del tiempo lo invertía en su silla y su escritorio. Multitud de ecuaciones, números y teorías pasaron por su mente hasta desembocar en un trozo de papel, que en demasiadas ocasiones terminaba en la papelera o disipados en el aire. Pasaron días, semanas e incluso meses en los que nadie de su, teóricamente cercano entorno, conocía testimonio sobre él. Dejó de acudir al trabajo en la Universidad, no ofrecía conferencias, no mostraba investigaciones,... nada. No daba señales de vida. Como quien desaparece por completo en extrañas circunstancias.

Durante el seguido invierno de su aparente desaparición, cuando una investigación fue abierta para encontrar su más que probable cadáver tras tanto tiempo desaparecido, una carta escrita por el mismo aparecía en el Rectorado de la Universidad.

A quien tenga interés en su lectura...

El mundo es únicamente un lugar oscuro y sombrío donde nos refugiamos para años observar ante nosotros. Un tiempo que no es útilmente consumido, pues nos rebajamos a la conformista tarea de sobrellevarlo sin apenas alicientes. No presentamos objetivos que hagan útil la vida. Y tampoco nos permiten hacerla.

Los niños solo buscan divertirse con otros semejantes, intentando que estos le aporten las necesidades intrínsecas que por naturaleza vienen a reclamar. No importan cuan pecuarias sean ya que siempre buscarán ese tipo de juego desenfrenado y sin sentido en tantas ocasiones. Los adolescentes buscan constantemente la aprobación de su mismo género para encontrar un emplazamiento en el que socializarse y estar en contacto dentro del mundo que ellos mismos generan. A menudo ese mundo es autodestructivo con las personas que lo habitan sin importarles las consecuencias que con ellos puedan arrastrar. Se busca el afecto y aprobación del género contrario para sentir que existe una belleza estereotipada con la cual podamos sentirnos humanamente aceptados. Se hace totalmente necesaria esa aceptación hombre-mujer pues la sociedad es quien la dicta como una regla vital de

supervivencia, pero nunca se habla de las atrocidades que enmascara. En general no distamos en exceso de ciertos grupos del mundo animal salvaje, aunque no queramos admitirlo. Los clanes no se preocupan por quien se vea afectado para poder conseguir sus objetivos más vanos en este tipo de relaciones. Muy a menudo se consiguen autodestruir a ellos mismos y arrastrar a la muchedumbre de su alrededor, sin presentar respeto de ningún tipo, aprecio ni aflicción.

La adultez es el colmo del humano racional, pues se encuentran en la obligación de llenarse de objetivos, sean estos de diversa índole. Debe llevar a cabo todos y cada uno de ellos, tratando ser un ejemplo para los demás, para tu familia, amigos e incluso cualquier desconocido que pueda hablar notoriamente de tus actos. Pero yo me pregunto. ¿Qué pasa cuando esos niños te rechazan por tener un aspecto diferente? o porque sufras un tipo de daño físico anormal a sus ojos y con más frecuencia que ellos no puedas estar a su altura. ¿Qué pasa cuando esos chicos adolescentes no te aceptan en sus grupos porque tu actitud no es tan viva como la suya y en lugar de tratar soliviantar tus pesares y dudas para integrarte, te hunden más aprovechándose de ellas y conseguir ser aun más aceptados a tu costa? ¿Qué pasa si nunca eres capaz de acercarte a ninguna fémina porque el miedo al rechazo es tan fuerte que te hace paralizarte, a sabiendas que nunca encontraras la fórmula para poder ser lo suficientemente bueno para ellas? ¿Qué pasa cuando te relacionas con la persona con la que descubres que significa ese sentimiento tan arcaico como es el amor, y durante semanas ha jugado contigo para simplemente reírse de ti con los miembros de su clan? ¿Qué sucede si te ves llegar a la adultez y cuando por fin consigues reconocimiento por logros personales propios pese a estar totalmente olvidado en la vida, llega el momento de descubrir la atroz realidad que dictamina la carencia de la suficiente inteligencia como para cumplir los objetivos que te has marcado? ¿Qué pasa si no tienes familia? ¿Qué pasa si no tienes nada?

El mundo es una habitación oscura y demasiado grande para caminar tropezando constantemente. Magulladuras continuas que nunca curan. Tratando de reclamar ayuda pero sin nadie que te la proporcione. Gritando con voz enmudecida. Visiblemente invisible.

Ese siempre ha sido mi mundo. Y ya me he cansado de buscar la luz.

Luca de Janeya

No cabía duda. Había vuelto aquel niño autodestructivo y ya nunca volvería a marcharse. El fracaso le hacía parecer volver a ser motivo de burla, y en ese caso prefería no tener que volver a enfrentarse con la sociedad.

Estaba hastiado de aquella vida pasada y no quería rememorarla de nuevo, por lo que tras tan irresoluto intento de poner fin a su calvario personal, quedó recluido en su apartamento. Cada vez más mugriento. Cada vez más solo. Cada vez con menos vida.

Mientras tanto, en la actualidad más reciente, el controvertido matemático Dr. De Janeya continuaba con su laboriosa misión de seguir consiguiendo recuperar todo lo posible de aquellos pedazos de papel casi destruidos. La tarea no se encontraba exenta de una labor más que complicada, pues necesitaba de un ingenio inusual y de una mente capaz de desentrañar tan complicado misterio. La escasez de elementos y su deplorable estado, hacía más difícil su consecución.

«Cuan complicado es conseguir tanto con tan poco»

Aunque considerada una tarea inaudita, ese par de personas le habían devuelto la esperanza por sentirse útil y ser capaz de aportar, de nuevo, su ingenio para resolver un gran enigma. La “teoría de Goldbach” ya quedaba muy en el pasado, un pasado tan olvidado que en ocasiones no recordaba de donde provenía. Un pasado tan olvidado que no recordaba tener pasado.

De nuevo resultaba útil. Después de tantos años, alguien había ido en su busca para reclamar su ayuda. Una ayuda vital, pues resultaba la única opción de tan desesperadas personas. Se sentía como un pájaro de cuerpo enjaulado y una mente que deseaba y anhelaba la libertad, pero que cuando contemplaba la puerta de su jaula abierta, temía el exterior. Su espíritu y su mente resurgían cuan ave fénix de sus cenizas.

Otra vez se sentía vivo. Otra vez se sentía con vida.

Capítulo 31

David abrió el camino en primer lugar, tras sentir como los músculos de sus brazos se relajaban posteriormente a abrir la pesada puerta de la sala.

Una vez dentro, aunque a desgana, Raúl quedó fuera realizando su ronda habitual para asegurarse que no sucedía ningún otro contratiempo. Las probabilidades de que alguno de sus superiores asistiera para comprobar que todo estuviera correcto eran prácticamente nulas, pero también consideraba improbable que llegaran dos personas interesadas en recuperar un trabajo precisamente el último día del año, por lo que valía la pena ser precavido y avisarles con presteza si fuera necesario. Aunque su curiosidad le invadiera con fuerza, no sabría lo que estaría ocurriendo tras esas puertas. Solo necesitaría dejar que las cámaras de vigilancia hicieran su trabajo y más tarde acudir a curiosear lo que recopilaban en su memoria.

Enseguida el astrónomo, conocedor de cada rincón, se lanzó a una búsqueda voraz de diferentes libros, apuntes y fotocopias que tenía apilada en una de las librerías de madera de roble que se encontraba anclada a una de las paredes. Observándolas se podía dilucidar que no era precisamente una persona muy ordenada. Multitud de libros bien colocados, aunque no así ordenados. Algunos con la solapa al revés, otros tendidos como si hubieran sido utilizados recientemente, una montaña de documentos apilada sin ningún tipo de separación,... Todo lo que representaría un caos para alguien obsesionado con el orden. Y aun así, con solo echar una ligera ojeada, se hizo con dos libros de considerable grosor y con las tapas tan cuidadas que aparentaban recién salidos de la imprenta. Con gran delicadeza los colocó sobre la mesa que tenía frente a él, observando ensimismado las cubiertas de los libros, pareciendo comprobar que efectivamente son los que necesitaba. Se volvió a girar sobre la estantería y buscó un montante de fotocopias, que por su reacción deberían ofrecer gran valor.

NICOLAI COPERNICI
TORINENSIS DE
REVOLUTIONIEUS ORBI

um coelestium, Libri vi.

—¡Aquí está el trabajo de Copérnico! —advirtió observando las primeras páginas de la obra.

Dejó los libros sobre la mesa y fue abriéndolos cada uno por separado. Realizaba grandes ojeadas aunque muy exhaustivas, tratando de hallar lo necesario en su difícil búsqueda.

—Esto está en otro idioma. ¡En Latín! Podría echarle un vistazo aunque no conozca el idioma a la perfección —expuso Martín.

—Yo me encargaré de ese. Examina aquel y dime si encuentras algo que sobresalte o que posea alguna anotación escrita a mano.

David le señaló uno de los libros menos extensos que se encontraba encima de la mesa y que Martín se dispuso a coger con no demasiada energía.

—No sabía que hablaras latín —le preguntó el veterano profesor al joven astrónomo, antes de que comenzara a examinar el libro.

—Y no lo hablo, pero ya conozco ciertos pasajes —contestó al abrir las primeras páginas—. El trabajo más importante de Nicolás Copérnico fue “De Revolutionibus orbium coelestium” o en su traducción del latín al castellano “Las revoluciones de las esferas celestes”. Este trabajo le dedicó gran parte de toda su vida académica, pues se cree que lo escribió entre 1507 y 1532, sin llegar a ser publicada hasta 1543. Sus ideas supusieron una gran revolución en el mundo de la ciencia. De hecho, a partir de sus hipótesis comenzó un movimiento que se denominó “Revolución Coperniana”. Se dice que no solo aludió al cambio conceptual de la Astronomía sino que toda la ciencia en general fue alterada.

—Y si sus ideas fueron tan importantes. ¿Por qué esperar tantos años en dejárselas ver al mundo? —cuestionó intrigado Martín.

—Bueno, precisamente porque sus ideas eran demasiado revolucionarias y totalmente opuestas a una de las mayores fuerzas que siempre ha movido la historia.

—La iglesia —acertó a decir Martín.

David continuó con su extensa y más que exhaustiva explicación, bajo la absorta mirada de su compañero.

—Las primeras ideas de la historia sobre la posición de los planetas datan de Aristóteles en el siglo IV a. C., posteriormente compartidas por Claudio Ptolomeo en el siglo II d. C., quien fue considerado el mayor astrónomo de la antigüedad. La concepción de Ptolomeo se denominaba “geocéntrica” y consistía en que el universo se veía como una serie de esferas cuyo centro estaba formado por la Tierra.

A comienzos del S. XVI; por donde nos movemos hoy constantemente si te das cuenta; la teoría nos decía que sus posiciones estaban formadas por diez esferas y más allá se encontraba el Empíreo o el Cielo, donde habitaba Dios y las almas salvadas. Por lo tanto este tipo de universo tenía un fin, que era llegar hasta el lugar de Dios en un extremo para alcanzar la salvación, encontrándose en el centro los humanos. Las innovadoras ideas de Copérnico eran totalmente opuestas a estas, y por ende, contradecían a la Iglesia, restándole importancia en la distribución del universo. Copérnico planteó el sistema “heliocéntrico” del universo...

—¿Elicéntrico?, —pregunto Martín desconcertado.

—Heliocéntrico... La Tierra ya no formaba el centro del Universo sino que se convertía en un planeta más como Marte o Venus. Todos estos planetas giraban alrededor del verdadero centro que permanecía estático. Siempre se había tratado de la mayor estrella existente. El Sol. Para mayor esclarecimiento, planteó teorías sobre el movimiento de la tierra que conocemos en la actualidad, y la existencia de un Universo infinito, contrario al finito de la antigüedad.

Pese a encontrarse en disposición de refutarlas, no se atrevía a publicarlas pues no sabría cómo sería juzgado tanto por el mundo como por la congregación católica, a la que él tan activamente pertenecía.

Pudimos quedarnos sin ver la obra de Copérnico, pues su publicación no estuvo exenta de grandes problemas. La llegada a su vida de un joven conocido como Rheticus, fue quien lo impulsó a dar a conocer sus brillantes ideas hasta que un día aceptó. Su obra fue llevada a una imprenta de Núremberg, como se puede leer en uno de sus relatos.

“...me parece que tuve una gran recompensa por esos problemas, particularmente el que yo, un osado jovenzuelo, obligara a este venerable hombre a compartir sus ideas en esta disciplina antes que con el resto del mundo”.

Hasta dos años después, Copérnico no pudo ver su obra finalizada en su lecho de muerte. Al menos eso se cuenta.

—Una gran clase de historia de la astronomía, —soltó Martín con cierto sarcasmo— ¿pero de dónde vamos a obtener la información? “El secreto está en Copérnico”, la verdad que no es de mucha utilidad que digamos.

Ambos evidenciaban contrariedad por la controvertida circunstancia que les asolaba transcurrir tanta búsqueda sin descubrir nada que David no conociera a la perfección. Lo más desconcertante eran las marcas en algunas

páginas que tenían su extremo de la hoja doblado, pareciendo indicar algo de relevancia.

—¡Qué extraño! No recuerdo haber hecho estas marcas.

Aunque se percató de que podría presentar relevancia, no quiso centrarse en un hecho tan arcano pues no podía dilucidar ningún tipo de mensaje en aquellos dibujos. Lo tomaría y lo llevaría consigo para su posterior estudio si lo considerase necesario.

—¿Y ahora qué?. ¿Nos quedamos aquí perdiendo más tiempo?, ¿no entiendo que hemos ganado aquí? —recriminó un estresado Martín.

—¡Darle ventaja! —dijo cariacontecido.

—Pues no perdamos más tiempo.

David agarró el libro que estaba a punto de olvidar a causa de su distracción y salieron de la sala, donde vieron a Raúl que seguía realizando su ronda de manera natural. Cuando llegaron a su altura después de una corta carrera, este se encontraba de espaldas totalmente ajeno a cualquier ruido. Al sentir una mano que le tocaba el hombro, irremediablemente se sobresaltó, sintiendo una gran vergüenza ante tal miedosa reacción.

El alarmado guarda les acompaña hasta la puerta de salida, la cual abrió con gusto esta vez.

—Raúl, nos vamos. ¡Gracias por todo! Nos veremos en el trabajo —se despidió David mientras comenzaban a salir del planetario a toda prisa, pisando a su paso las hojas que se agolpaban en su camino.

—¡Ha sido un placer! —contestó aun avergonzado, sin que pudiera ser escuchado.

David y Martín dejaron atrás lo que en principio para ellos era causante de haber aletargado su búsqueda de una solución rápida.

Una vez entraron en el coche, David dejaba reposar su libro sobre el asiento y con la voz entrecortada por el sofoco de la carrera, quiso compartir su frustración de nuevo.

—Tiene que haber algo más en el texto. Algo en que apoyarnos. No entiendo en que nos ayudará conocer dónde está el planeta tierra... —dijo mientras golpeaba el cabecero del coche, alterando a un tranquilo José que escuchaba con atención.

—¡Perdona José! No quería...

—Tranquilo señor. No pasa nada. Pero si quiere yo puedo llevarle.

—¡Ahora no sabría dónde ir!

—No, no. Me refiero que puedo llevarle hasta el planeta Tierra. ¿No es a donde quería llegar?

La cara de David y Martín mostraban la incredulidad de la situación. No sabían si aquel callado hombre quería gastarles una broma para distender el tenso ambiente, pues era una burla difícil de entender.

—¿Nos vas a llevar al planeta tierra no? Si supieras de lo que hablamos... —contestó con ironía.

—Bueno señor, yo solo le intento ayudar. He escuchado que quiere ir al planeta tierra y yo le puedo llevar. Está a pocos metros de aquí. Suponía que lo decía por eso.

David se manifestaba aun más inquieto. Comenzaba a levantarse de su asiento, intrigado.

—¿Cómo que a pocos metros? No te entiendo.

—Sí señor. El planeta tierra. La calle el planeta tierra está justo en esa dirección. Ahí al lado.

La impronta reacción del joven, no hizo sino aplacar su sobria actitud, para regresar quinientos años atrás en el tiempo y recordar las marcas en su libro. Rememorando así la pregunta que se hacía con anterioridad.

No recordaba haber realizado aquellas marcas en las páginas, pero ahora abría su copia del “De revolutionibus orbium coelestium” para analizar con exhaustividad dichas palabras. Por seguro, mostrarían grandes frases que habría dejado para la posteridad de la historia, teniendo algún significado concreto. Nada por azar.

Su latín no resultaba fácil de traducir para David, a quien además la tensión del momento no dejaba recordar sus conocimientos del idioma. Así, requería la pronta ayuda de un colaborador experto.

—Martín, necesito que me traduzcas esta frase... —le pidió señalando la primera de las señales marcadas.

El recordado profesor de Historia, haría uso de sus avanzados estudios con el idioma, observando en primera instancia la dificultad que entrañaba la legibilidad del documento.

«An terrae plures... attribui motus... de centro mundi...»

No simplemente cosechaba las competencias adquiridas durante sus años de estudiante, sino que gracias al análisis de textos antiguos, le hicieron mejorar sus aptitudes con diversas lenguas clásicas.

—“Como sentado en un trono real, el Sol gobierna la familia de planetas que giran alrededor suyo”.

La ilógica incredulidad, daba paso a una ola de esperanza que inundó sus hasta hace poco hundidas mentes. Puede que aquel modesto chofer hubiera

dado con la clave. Lo que estaba claro es que era la mejor noticia y la mejor opción que habían tenido hasta el momento.

—Calle Planeta Tierra. ¡Claro que podría resultar! ¡Eres un genio José!

Pese a la gran alegría presentada por David, pronto se volvió a mostrar cauteloso, pues en su cabeza existía una posibilidad que aun no sabía si podría resultar posible.

—José, necesito un mapa grande de la ciudad. ¿Puedes conseguirme alguno rápido?

—Claro que sí. Siempre llevo uno en el maletero.

Raudo, el buen conductor se bajaba del coche hasta abrir el maletero torpemente por las prisas y comenzar a buscar.

—¿Qué pretendes hacer David? —quiso saber Martín sobre las ideas que le discurrían.

—Observa esta frase escrita por Copérnico en su libro —le señalaba David a Martín—. ¡Tradúcela!

Aun con cierta desgana, a causa de la intrínseca lucha con las adversidades que le planteaban los textos, no tardaría en culminar su encomiable labor.

—“En medio de todo está el Sol. Pues, ¿quién en este bellissimo templo pondría esta lámpara en otro lugar mejor, desde el que se pudiera alumbrar todo?”.

David y Martín se miraron compartiendo una mirada extraña y confusa.

En aquel momento José volvió a entrar en el coche, dándole el mapa perfectamente doblado y envuelto en una funda de plástico, lo que hacía percatarse de su intacto estado.

—Siempre llevo uno por si mi sistema “GPS” fallara. Aun en la creencia sobre mis amplios conocimientos de la ciudad, como conductor no puedo arriesgarme.

David y Martín se apartaron todo lo que pudieron, pegándose a las puertas respectivas para poder dejar espacio al desplegado mapa de la ciudad, apoyándolo sobre lo que restaba del asiento trasero del vehículo.

—¿Podrías dejarme un bolígrafo, lápiz o algo con lo que dibujar? —pidió David a José—. Por cierto, ¿no te importará que escriba encima? Te aseguro que te comprare otro.

Mientras el amable conductor a regañadientes negaba con la cabeza, le prestaba un rotulador de color azul que guardaba en la guantera. Que estropearan su cuidado mapa no era lo que más le gustara, pero pretendía que su carácter servicial dominara por encima del resto.

—José, has dicho que conocías muy bien la ciudad, ¿no? Si te pido que señales la localización de algunas calles, ¿sabrías decírmelas? —preguntó David.

—¡Claro que sí! —contestó un predispuesto José mientras se giraba hacia los asientos traseros del coche, donde se encontraba el colorido mapa desplegado.

Seis ojos se encontraban clavados en aquel trozo de papel lleno de calles, que en tan imprescindible se había convertido. David, mientras tanto, proseguía con sus habituales incógnitas irresolubles.

—Has dicho que la calle planeta Tierra estaba a escasos metros de aquí, ¿verdad?. ¿Puedes situármelo en el mapa?

El afanado conductor indicó la justa localización con su dedo índice, sin ni siquiera tener que pensar una décima de segundo.

—Esta es la calle —señaló—. Justamente aquí estamos nosotros.

David se apresuró a realizar una marca circular, exactamente donde indicaba José.

—Te voy a nombrar diferentes nombres que quizás sean calles o avenidas u otras zonas de la ciudad. No lo sé. Pero si las conoces, necesito que me las sitúes en el mapa, ¿de acuerdo?

—¡De acuerdo! —contestó el chofer con decisión.

—¿Dónde se encuentra la calle Luna?

—La calle Luna se sitúa en el centro de la ciudad. Justamente se encuentra aquí —señalaba.

Tras señalar con el dedo, David realizó su marca indicando la posición.

—¿Dónde está la calle Venus?

José se dispuso a colocar su dedo en la zona noreste de la ciudad. Muy próxima al aeropuerto Adolfo Suarez-Barajas. A lo cual fue marcada de igual manera que la anterior.

—¡Creo saber que intentas! Piensas preguntar por las calles de los planetas, ¿no es así? —le preguntó Martín mientras sentía que comprendía la idea de su amigo.

David no dijo nada, solo le contestó con una ligera sonrisa pues sus pensamientos parecían enfrascados en aquel mapa.

—Ahora necesito la calle Marte —prosiguió David.

—Señor... si me va a preguntar la localización de las diferentes calles referentes al nombre de los planetas, le puedo indicar que en esta misma zona tenemos varios.

Pese a la contrariedad de que la Luna no es un planeta, es un satélite imprescindible para la tierra. Quizá fuera una temeridad dejarla apartada de su teoría.

David se mantenía atento a las explicaciones de su inesperado colaborador, mientras proseguía señalando los lugares que le precisaba para comprobar su intuición.

—En esta misma zona noreste encontramos la calle Venus que ya le he indicado, la calle Marte, aquí la calle Saturno, calle Júpiter y calle Urano exactamente en este punto. ¿Qué nos quedaría?

—¡Mercurio! —contestó un más que atento Martín, comprobando como a David no le daba tiempo en sus anotaciones.

—Mercurio está más alejada de las otras. La tenemos justo aquí —dijo orientándose en la zona este de la ciudad.

—¿Y Neptuno?

José se quedó meditando la correcta localización. Era la primera ocasión que le daba algún tipo de problema.

—Sinceramente, no sé donde está la calle Neptuno en la ciudad. Pienso que no existe una calle denominada “Neptuno”, pero si tuviera que darle una respuesta, le diría que existe la fuente de Neptuno. Lugar de culto en la ciudad.

David, contrariado, quedó preocupado.

—Quizá no necesitemos conocer tantas posiciones. En el S. XVI las teorías no hablaban ni de Urano, ni de Neptuno como planetas conocidos. Debemos ser conscientes que tenemos que fijarnos en las teorías de antaño y no en las actuales. Tener presente dicho siglo.

—Nos queda el Sol, ¿verdad? —dijo José.

—¿Dónde queda el Sol? —preguntó David más intrigado que por el resto de nombres.

—¿La calle Sol? La calle Sol está justo aquí —indicó muy próxima a una gran arteria que recorría la ciudad.

Tras indicar la última referencia, una oleada de pensamientos florecía en cada uno de los presentes. David necesitaba asegurarse de algo de lo que creía haberse percatado, mientras observaba a un obnubilado Martín que no cesaba de calcular el siguiente paso. José, por su parte, contemplaba el mapa sin entender en absoluto la razón de tanto misterio.

Al finalizar, el intrépido joven nacido en Meaux, se apresuró a realizar una línea recta entre los distintos grupos de localizaciones, obteniendo un triángulo entre la unión de sus tres puntas.

—¿Has visto lo que sucede? —dijo David sobresaltado.



—El Sol queda en el centro rodeado de los planetas. Como la teoría heliocéntrica de Copérnico. ¡¡¡El sol queda en el centro!!!

Incapaz de esconder su excitación, la desprendía a raudales para que todos fueran testigos del hallazgo.

—El Sol es el centro del Universo —continuó el astrónomo—. En este mapa, después de colocar todos los nombres de las calles, el Sol queda en una determinada situación pero en el centro del triángulo.

Como quien encuentra agua en el desierto tras varios días extraviado, David tenía la esperanza de que no fuera un espejismo lo que sus ojos creían estar viendo. Sentía la esperanza y la alegría de lograr saciar su sed, pero aun así tendría que asegurarse de que fuera real y no una ilusión.

—¡Ahí es donde debemos ir!. ¡¡¡Ahí está la reliquia escondida!!! — terminó por exclamar exaltado.

—¿Reliquia?. ¿Qué reliquia? —José abrió de par en par sus incrédulos ojos, sobresaltado por lo que acababa de escuchar. Nunca hubiera pensado que esa gente estaba detrás de algo tan inusual.

—¿Estás seguro David? —preguntó Martín.

—¿No lo ves? Es evidente. “El secreto está en Copérnico”. Lo más importante que hizo Copérnico fue revolucionar el mundo con su teoría heliocéntrica, la cual exponía que el Sol era el centro del Universo. Ahora

tenemos un mapa con todos los planetas que se conocían hasta el S. XVI, con la posición del Sol justamente en el centro del mapa y rodeado del resto de planetas. Es indiscutible. Debemos llegar lo antes posible. Rápido José, llévanos a esta calle.

El conductor se mantenía paralizado, aun pensando en la extraña noticia que acababan de escuchar sus oídos.

—Un tesoro... —murmuraba entre dientes.

Comenzaba a ser presa del pánico. No hablaba y su mirada perdida denotaba que no se encontraba en toda su lucidez.

—¡Vamos José! Te necesitamos en plenas facultades. Te contaremos todo a su debido tiempo, pero no nos podemos permitir perder tiempo. ¡Vamos! ¡Reacciona! —exigió Martín con severidad.

—José tienes que conducir. Tranquilo, lo tenemos todo bajo control.

Las palabras de David trataban de ser más tranquilizadoras que las de su colega, procurando resarcir a un catatónico hombre.

Tras unos pocos segundos durante los cuales continuaba con su comprensible estado paralizante, arrancó el vehículo y se puso en marcha.

Capítulo 32

Sin tiempo que perder y tratando de no llamar la atención, el Mercedes Benz se encontraba recorriendo los escasos seis kilómetros que lo separaban del planetario hasta la solicitada calle Sol. Se encontraban cruzando la extensa calle Dr. Esquerdo, de más de tres kilómetros, mientras inhóspitos miedos acechaban el interior del confundido conductor. Seguía su camino observando las gente que a su alrededor se cruzaban, totalmente ajenas a lo que vivía su ciudad.

—¡Eres demasiado tremendista! —le dijo Martín a José.

Por fin habían descubierto una pista fundamental con la que poner fin de una vez a tan considerable misterio, por el que llevaban ya dos días de auténtica locura.

«¿Se encontraría aquí la reliquia? Debe estar oculta en alguno de los sitios más representativos de la ciudad. ¡Eso seguro!»

Las preguntas en la mente de David eran inacabables, únicamente superadas por la excesiva confianza que demostraba en sus planteamientos. Imposible de encontrar respuesta tangible, se resguardaba en su incesante idea positivista. Dicho planteamiento versaba en la posibilidad de superar cualquier circunstancia, y la capacidad de lograr terminar airoso dispares situaciones. Cada vez que se paraba a pensar en lo que estaba realizando, no era capaz de procesar el cómo había sido capaz de involucrarse en algo tan peligroso. Seguía creyendo que la mejor idea hubiera sido llamar a la policía y dejar que ellos se ocupasen.

«Debería hacer caso a mi instinto».

Esperaba que su momento de heroísmo no terminara con él y finalmente pudiera ver un nuevo año.

Era inevitable observar el libro que había recogido del planetario e intentar meditar sobre la teoría que le encauzó a descubrir tan valiosa información. Deseaba que todo acabara pronto por su bien y probablemente el de muchas más personas. Proseguía especulando interiormente, sobre las marcas encontradas en el libro recogido anteriormente. Estaba seguro de no

haberlo dejado así, pero entonces quería decir que alguien ejecutaría tal acción. Nadie excepto el posee acceso a ese libro ya que se trata de material de uso personal.

«¿Alguien lo habrá hecho para avisarme?»

Sea como fuere, pensaba descubrirlo más pronto que tarde por lo que se dispuso a abrir el libro de manera disimulada, sin que ninguno de los presentes se percatara. En aquel momento ya prefería hacer las cosas de una manera más conservadora pues para buscar ayuda en encontrar soluciones, ya tendría tiempo de preguntar.

En ocasiones vivía una realidad en la que el tiempo parecía no correr, como un retrato de Dorian Grey sin pasado. Innumerables veces sucede que cuando deseas algo fervientemente, esperas poder conseguirlo o alcanzarlo cuanto antes. Son estos casos en los que el tiempo parece pasar más despacio, de modo que tienes la sensación de que nunca llegará. Pero durante estos dos días, los sentimientos de estos dos compañeros de fatigas, parecían encontrados. Anhelaban con ansia el poder culminar la misión por la que habían comenzado tan peligroso viaje, pero a pesar de su deseo, el tiempo no transcurría veloz. Esto suponía una paradoja. De hecho, más propio de una contradicción negativa pues cuanto más tiempo corría y menos sabían del paradero, más lejos se encontraba de la salvación.

—¡Hemos llegado! —dijo José con la voz entrecortada.

Ante la afirmación del conductor, David dejó reposar el libro de nuevo sobre el asiento, alejando sus enturbiadas ideas que no hacían más que alimentar su desazón.

—¿Esta es la calle Sol? —preguntó David con contrariedad.

No se encontraba capacitado para asimilar las razones que le movía para ubicar algo tan importante en un sitio con tan poca relevancia.

Se encontraban en una larga avenida en la que predominaban edificios y locales de cierta antigüedad. El tránsito era más que escaso y la zona en general se dejaba ver un tanto precaria. En mayor medida acrecentó su extrañeza cuando José señaló la localización exacta de la calle Sol, que tanto ansiaban encontrar. Un simple callejón de unos treinta metros de largo y otros cinco de ancho. Con salida a otras calles similares, era oscuro, solitario y sucio. Solo disponía de algunos accesos para *parking* privados y a casas particulares sin importancia ninguna.

—No entiendo nada. ¿Por qué estos alrededores? Casi no hay gente ni edificios importantes. ¡¡No hay nada!!

La sombra de la duda se volvía a adueñar del joven astrónomo que por más que lo intentaba, no lograba encontrar sentido ni lógica a lo que estaba viviendo.

—¿Y si no fueras la única víctima? ¿Y si provocara un accidente cuya magnitud pudiera comprometer a cientos de personas de toda la ciudad?

Martín planteó una idea que helaría la sangre de quien escuchara. Sería improbable permanecer impasible ante tal demencia, por muy descabellada que pudiera parecer. Primero solo debían recuperar una reliquia. Después todo se complicó con la entrada de aquel menudo hombre que les sustrajo sus documentos. Y ahora existía la posibilidad de que aquel hombre resultase ser un asesino en su busca.

—¿Pero qué dices? —replicó David, incrédulo ante lo que acababa de escuchar.

—Piénsalo, tampoco sería tan raro. Ya en 1945, al finalizar la guerra, hicieron explotar dos bombas nucleares que arrasaron sendos pueblos en Japón. Los exterminaron por completo. Han pasado setenta años y conocido es por todos, que las armas han evolucionado de una manera que asustaría a cualquiera. ¿Qué nos asegura que no nos estamos enfrentando a algo similar? ¿Y si tenemos que afrontar la aniquilación completa?

—¡¡Pero es que ahora no estamos en guerra!! —sentenció alterado.

—Quizá tú no, pero él... ¡la guerra vive en su interior! —declaró Martín, sin pensar en la repercusión de sus espeluznantes palabras.

David no podía creerlo. Lo que había comenzado como posiblemente el acto de un perturbado que solo afectaría a unos pocos, ahora se convertía en una posible destrucción que podría asolar a la ciudad por completo. Se sentía desbordado y muy asustado.

«No es eso a lo que nos enfrentamos. ¡Claro que no!»

Ambos se encontraban postrados en la esquina que daba comienzo a la calle Sol. Inmóviles y estupefactos, no existía atisbo alguno de reacción inmediata que hiciera prever la existencia de evolución.

—¡Comencemos a buscar David!

Martín abandonó la desazón que perpetuaba su ser, para comenzar la búsqueda por aquella pequeña calle. Al fin y al cabo no había mucho sitio donde buscar. Trataba de animar a David que seguía abatido. Incluso taciturno. Su cara rozaba la dura corteza del árbol sobre el que se apoyaba, mientras la palidez de su tez se compararía con los fantasmas que estaba cobijando en su interior.

Martín seguía examinando exhaustivamente cada rincón de la pared de ladrillo, donde no se apreciaba nada en absoluto. Buscaba una marca, un nombre, un símbolo, lo que pudiera darle alguna pista de si realmente se escondía ahí, lo que estaba buscando. Hastiado por la actitud de David, se volvió corriendo hacia él para increparlo. Lo zarandeó del brazo, tratando de hacerlo despertar de su letargo.

—¡Reacciona ya, maldita sea!

David se sorprendió por tan brusca actitud. Nunca había recibido ese tipo de trato por su parte, ni en los peores momentos que padecieron unidos. Se sentía patidifuso por aquella reacción tan enajenada que supusieron los violentos zarandeos. Miraba como poco a poco, sus ojos enfurecidos cambiaban el semblante, consciente de su mala actitud.

—¡Lo siento amigo mío, pero necesito que reacciones y me ayudes a buscar!

Tras recibir las disculpas, algo en su mente se activó repentinamente, pues cesó en su enajenación para salir corriendo a través de la carretera. Sin prestar ninguna atención al tránsito de los coches, alcanzó de nuevo la puerta del vehículo y entró.

—¡Vamos! —le gritó al bajar la ventanilla a un asombrado Martín, olvidado en soledad.

Tal vez habría descubierto algo que se estaba guardando y solo quería llamar la atención de Martín, que permanecía estático limpiando las suelas de sus zapatos del barro que acababa de pisar.

—¿Pero dónde vamos? Si tenemos que buscar aquí —replicó desde la distancia.

—Contrariado y molesto, no tuvo más remedio que seguirlo, esperanzado que la razón que lo movía fuera lo suficientemente importante como para abandonar el sitio donde tan seguro estaba de encontrar el tesoro pocos minutos atrás.

Tras cruzar la carretera, se adentró en el coche, cuando este se puso en marcha de inmediato.

—¿Se puede saber porque nos vamos? Era aquí donde teníamos que buscar ¿no? —contestó molesto por la situación.

—Regresemos. ¡He tenido una idea!

Capítulo 33

William se mantenía sentado en una de las mugrientas sillas del apartamento de aquel talentoso hombre esquivo, sumido en su intento por descubrir el siguiente mensaje procedente de aquellos documentos.

Resultaba una ardua tarea pues aunque el primer enunciado que consiguió resolver, “El secreto está en Copérnico”, fue de relativa facilidad para él, todas los caracteres de aquel mensaje cifrado, eran totalmente legibles por lo que con mayor facilidad pudo obtener la clave para resolver el encriptado. En los progresivos caracteres cifrados, el daño resultaba de tal envergadura que solo existían ciertas letras sueltas que se podían distinguir con cierta legibilidad. El resto era como si nunca hubieran existido. Estas las transcribió exactamente tal cual se encontraban en un documento nuevo, tratando revelar su contenido con la clave que ya había conseguido.

En primer lugar, debería calcular la longitud de cada mensaje encriptado. Conociendo que la clave obtiene un número determinado de caracteres, entraría dentro de la lógica conociendo el Cifrado de Vigenère, que el resto de mensajes cifrados contuvieran idéntica cantidad de caracteres. Es decir, que cada uno de los guiones encriptados, englobara veinticuatro letras. El mismo número que posee la clave. Esa sería la manera más evidente de descifrar todos los guiones del documento, y por ende el mensaje por completo con una misma clave. La misma longitud de encriptados con la misma longitud de mensaje-clave, significaría con dictatorial evidencia, poder resolver todo el texto. Solo restaría el inconveniente de no contar con todas la letras legibles. Tarea complementaria para el Dr. De Janeya, mediante un metódico análisis estadístico sobre la frecuencia de las letras. Si no fuese así y existieran encriptados más cortos o más grandes, quizá hubiera que conseguir una clave diferente para cada tipo de encriptado. De eso dependería en gran medida resolver la duda sobre su finalización, pues acarrearía una gran cantidad de valioso tiempo el llevarlo a la práctica.

En contradicción a estas dos opciones, sin más remedio debería valerse de su ingenio. Pese a la creciente garantía que pudiera ofrecer en sus ideas, en

Matemáticas nunca valdrían las suposiciones de sus teóricos, pero si la solidez e infalibilidad de sus teorías. Quizá si los caracteres del mensaje fueran más numerosos que la clave, al llegar al final se daría un comienzo nuevo. Una especie de bucle de repetición utilizando las letras del mensaje-clave. Complicada tarea que trataba llevar a cabo de la forma más racional posible, pese al atosigamiento que le infería aquel escultural amasijo de músculos, rondando constantemente su mesa para tratar de supervisar un trabajo aun sin finalizar.

Tras barajar tantas posibilidades y con tanto tiempo que llevaba centrado en su tarea, el misterioso matemático se mostraba incapaz de encontrar solución alguna al misterio. Numerosas anotaciones reflejaban la carencia de sentido lógico que existía entre ellas. Un gran número de caracteres, de cifras y letras, sumadas a la resolución de numerosas ecuaciones, no esclarecían ningún tipo de mensaje resolutorio. Aun así, su voluntad y compromiso eran inquebrantables. Desde la época en la que trato por largo tiempo resolver la aparentemente irresoluble “Teoría de Goldbach”, no se sentía tan emocionado y motivado para tratar conseguir resolver un problema de gran calibre. Las circunstancias en las que aquellos hombres se habían presentado, sumado a su carente emotividad perdida por la falta de contacto, le hacían sentir que el vacío que nunca lograba llenar desde hace tiempo, ahora lo apreciara rebosante.

Se sentía como su admirado “Juan de Celaya”, reputado matemático, físico y cosmólogo español del Siglo XVI, miembro de los llamados “Calculadores”. Podía sentirse en aquel momento como uno de aquellos sabios pertenecientes a organizaciones secretas, encargado de desenterrar los grandes misterios de la historia y revelarlos al mundo.

—¿Te queda mucho? —pregunto William con vehemencia.

Quedaba claro que la paciencia no era uno de los fuertes por los que destacaba. Más de una hora aguantaba esperando a que alguien apareciera para poder reanudar su objetivo, pero solo le quedaba una desesperante e improductiva espera.

—Todas las verdades son fáciles de entender una vez descubiertas. ¡El punto es descubrirlas! —soltó el Dr. De Janeya sin sentido aparente, a tenor de la pregunta lanzada.

—¿Pero qué estás diciendo? —contestó William, asombrado por la extraña respuesta obtenida.

—¡Galileo Galilei! —dijo el pensativo Dr. De Janeya.

—¿Galileo Galilei? ¿Se puede saber de qué estás hablando? Me parece que estas peor de lo que ninguno pensábamos.

William sentía que entablar conversación con ese hombre era una pérdida de tiempo. Llegaba a sentir ciertos escrúpulos por encontrarse desamparado y sin donde ir.

—¡Vamos, que no tenemos tiempo Galileo Galilei! Te limitas a estar ahí con la cabeza agachada y sin decir nada. ¿Acaso has perdido la lengua? — volvió a espetarle con falta de consideración.

—¡Los hombres sabios hablan porque tienen algo que decir; los tontos porque tienen que decir algo!

Tras tan contundente declaración, el Dr. De Janeya volvió a enmudecer, queriendo sentenciar categóricamente con enigmáticas citas su capacidad de trabajo.

—¡¡Supongo que no me estarás llamando tonto!! —recriminó con ligera ofuscación.

—¡Platón!

—¿Platón?. ¿Galileo Galilei? Me tienes cansado con tus filósofos. No creo que sea tan complicado hablar como una persona normal, ¿verdad?

Era evidente el cambio a cierta ironía que emanaban sus palabras. Incluso un tanto burlesco, como no había tenido con anterioridad.

—¡No reces por una vida fácil, reza por la fortaleza de resistir una vida difícil!

—¡Esto parece una broma! —expresó William con terrible hastío—. Y ahora que. ¿Aristóteles, Sócrates,... quién?

—¡No!... Bruce Lee.

La respuesta logró sonsacar lo que se podría interpretar como una utopía. Una sonrisa cómplice entre ambos mientras intercambiaba una rápida mirada. Después de todo, necesitaban colaborar.

En ese instante, William creyó percibir un ruido proveniente de la calle. Su instinto le llevó a asomarse a la ventana que se orientaba a un mugriento callejón, en el que solo había unas escaleras contra incendios y unos contenedores de basura. No percibía ningún tipo de vida por los alrededores, así que decidió asomarse por la puerta de entrada que se encontraba ligeramente abierta. Nada. No venía nada, aparte de los múltiples insectos que habitaban en tan insanas paredes. Quizá su imaginación jugara con su percepción, esperando eliminar su gesto de desesperación por tan larga espera.

—¡Tengo algo!

Tras escuchar el grito, atravesó corriendo la casa por completo hasta la posición del matemático, cuyo ímpetu resultaba tan notorio como el atleta que se alza con la victoria en unas Olimpiadas.

Sentía arder un fuego en su interior hace tiempo congelado. Quizá esa sensación era tan reconfortante como si hubiera logrado resolver en su momento aquella intrincada teoría.

—¿Qué has descubierto? Dime.

Los nervios y el ansia de William eran tan evidentes como el sofoco con el que se aproximó raudo a preguntar. Su voz titubeaba y no acertaba a expresarse como él quisiera, por lo que esperaba a escuchar.

—¿Conoces la cruz cósmica?

Capítulo 34

Cuando menguó la luz diurna, Renee se encontraba abandonando la estación de capitalina de Chamartín, deseoso de emprender su particular tarea.

Excesivas horas había permanecido sin movimiento a causa de un trayecto tan largo. Demasiado tiempo para dormir y descansar, aunque resultase positivo para su dolencia. Un cuantioso número de horas para pensar en qué hacer y cómo hacerlo. Pero ahora se encontraba a disposición de comenzar.

Sin problemas con la autoridad, completamente descansado, bien alimentado y por el momento con el dolor controlado, se disponía a buscar transporte para trasladarse a la dirección proporcionada hará aproximadamente una hora. Fue el afortunado receptor de un extraño mensaje de un desconocido remitente, indicando la posición a la que tendría que acudir una vez a su llegada a Madrid. Era desconcertante que de manera altruista alguien quisiera ayudarle, pero aun más el saber si la información ofrecida era correcta, esta persona debería conocer los motivos que le movían. El emisor supo localizarle, sabiendo que carecía de rumbo a su llegada. Probablemente compartirían propósito.

«¡No tengo otra opción...!»

Con su renovada vestimenta, más informal que la que habituaba para realizar sus trabajos, ahora se vería obligado a escudriñarse en alguna identidad inverosímil. Trataba sortear lo más rápido posible la confluencia de gente que se aglomeraba en las escaleras mecánicas de la estación. Sin pensárselo dos veces comenzó a subirlas corriendo, apartando a todo aquel que le impedía el paso.

—¡Oiga!

—¡Será mal educado! —dijo otro turista con claro acento andaluz.

Al llegar al término de las escaleras, golpeó con su hombro a una pareja de considerable edad avanzada, quienes cayeron al suelo producto del impacto. Renee los observó caer, pero en ningún momento detuvo su camino. Ante tal caótica estampa y mientras la gente se arremolinaba en torno a aquella pareja para socorrerla, sus miradas acusadoras buscaban al hacedor de

tan ruin acción que ya se encontraba tomando la salida de la estación. Con el impacto, el dolor del brazo se hizo notorio, por lo que no pudo evitar emitir un quejido interior. Podría culpar a las personas que se encontraban en mitad de su camino y le impedían el paso o asumir su culpa por tan descuidada salida. Renee nunca destacó precisamente por asumir parte de sus culpas, sin importar la gravedad de sus actos o a quien afectara.

Sin parar de correr y por índole, saltándose una larga fila de personas que ordenadamente esperaban con sus maletas, entró en uno de los taxis de la zona delantera. Sin importarle los comentarios de la gente que le increpaba por saltarse la respetuosa espera, no tuvo reparo en continuar con su incívica acción. Estos taxistas esperaban en otra fila perfectamente ordenada a los viajeros recién llegados, pero un momento de distracción lo aprovechó en su beneficio. Una vez dentro y sin esperar el permiso, pudo comprobar cómo iba a disponer de una conductora, a sus ojos, claramente atractiva.

—Lléveme hasta Vallecas. Le indicaré la calle una vez me diga que hemos llegado.

Llevaba tiempo sin tratar con mujeres como lo hacía antes. Siempre había rechazado las relaciones esporádicas, por lo que se entregaba en cuerpo y alma a la mujer amada.

«Atrás quedaron esas fechas»

—¡Ahora mismo! —contestó amablemente, aunque concisa.

Varias semanas en las que no entablaba palabra con ninguna mujer ni se interesaba por su aspecto físico. Únicamente tenía relación con su hermana pequeña Mariah, que pese a la falta de estrecho vínculo por dirigir personalmente vidas tan dispares, era quien le proporcionaba todo el afecto que reclamaba cuando lo necesitaba, aunque este fuera reacio a pedirlo.

«Todas las personas necesitan ser amadas, de una u otra forma»

En muchas ocasiones le proporcionó un techo en el que refugiarse, un plato de comida con el que alimentarse o sustento económico para desaparecer el tiempo preciso hasta que sus actos perpetuados, no reclamaran excesivas consecuencias.

—¿Qué tardaremos en llegar? —preguntó Renee, observando un conocido paisaje.

—Unos veinte minutos fácilmente. El tráfico puede ser traicionero. También dependerá de la zona a la que quiera ir —dijo la mujer que no cesaba de atender a la carretera—. Aunque no creo que tardemos mucho más de ese tiempo.

—¡Si tarda menos le compensaré! Necesito llegar rápido.

Capítulo 35

—¿Cruz cósmica? —preguntó William.

Se estaba habituando a escuchar términos desconcertantes, aunque precisamente eso no significaba que le terminará agradando.

—Lamentablemente tampoco puedo ofrecer excesiva información sobre esto —dijo él—. Solo creo recordar que es un hecho que se da en la alineación de planetas, y que sucede cada cierto número de años. Un hecho insólito, por así decirlo. Hay que otorgarle la importancia que demuestran el resto de caracteres a su alrededor. No debemos dejar pasar un ápice.

XICRUZVIIIICÓSMICAMCMXCIX

El Dr. De Janeya se dispuso a mostrar todas sus revelaciones a William que escuchaba absorto, como el niño que percibe por primera vez las palabras de sus padres.

—He encontrado un fragmento que pertenece a un enunciado muy afectado por las llamas, aunque por suerte descifrible. Utilizando la misma clave de descifrado y sabiendo que se compone de idéntica longitud al realizar el conteo, este sería el resultado.

NOSTRADAMUSCENXCUARXXXIV

NOSTRADAMUSCENXCUARLXXII

—Y ahora tú te preguntarás querido amigo. ¿Qué significa?. ¿Qué esconden esas letras? Pues no debes preocuparte porque conseguiré darle sentido. Si no lo encuentro es porque no lo tiene, y solo serían caracteres sin orden ni lógica. Tendría que seguir optando por otra vía de descifrado, pero juraría por la veracidad de la Ley de la Relatividad, que este es el camino acertado. El hecho de que los tres enunciados contengan el mismo número de caracteres y que los haya podido descifrar con la misma clave, es un hecho impensable dejar al azar. Quien lo haya hecho, lo ha realizado a conciencia para poder descifrar sus veinticuatro letras, una vez obtengas la clave.

El lánguido carácter del científico, tornó a absoluta excitación lunática. Gozaba con cada carácter que destapaba y con cada palabra obvia que descubría. No podía esperar a seguir con su resolución.

—¡¡Dios!! ¿Cómo se le puede ocurrir a alguien algo tan enrevesado? Tan intrincado. Quien haya sido es un completo genio. ¡¡Un genio!!

BUSCALOYDESTRUYELOPRONTO

William curioseaba todas las anotaciones de aquel genio de las matemáticas y la física, escuchando sus conclusiones mientras se hacía de un trozo de papel que localizó con un vistazo sobre la mesa. Empezó a transcribir sobre el mismo, todas las anotaciones con pasmosa clarividencia, pese a encontrarse carente de apoyo.

—Una última cosa. Esta vez si no se trata de otro idioma, te aseguro que entonces estará mal descifrado. “Bakab”. Es muy probable que exista algún tipo de error en su traducción. Lo desconcertante es que la caligrafía es muy distinta al resto. Incluso parece escrita recientemente. Es legible con una claridad que difiere del resto... Bakab...

—“Señor principal” —se escuchó decir a una voz al otro lado de la puerta.

Cuando William iba a contestar ávidamente, aun sin saber la respuesta, fue interrumpido de forma inesperada por una tensa y oscura voz. Se dio rápidamente la vuelta al percatarse que no pertenecía a ninguno de sus compañeros de viaje, creyendo averiguar a quien pertenecería su rostro. Ante tal incertidumbre se apresuró a guardar en un bolsillo interior de su pantalón el pequeño papel arrugado con las anotaciones para dejarlo a salvo. Parecía intentar hacer desaparecer con la mirada el documento más grande donde el Dr. De Janeya había resuelto todo el encriptado, pero ya resultaba demasiado tarde.

Una sombra se cernía sobre aquellas dos expectantes almas en vilo, sin saber quien aparecía por la puerta. Tras cruzar su umbral, dejó ver su menudo cuerpo, aproximándose a ellos pausadamente. Con el brazo estirado en su dirección y una pistola agarrada por los cinco dedos de su mano, no cesaba de apuntarles amenazando con ello cualquier movimiento extraño.

—“Señor principal” —volvió a repetir—. Bakab en la antigua lengua Maya se refiere a los “Jefes o señores principales”. Uno de los gobernantes supremos dentro de la forma de gobierno de la cultura Maya, capaz de sostener el equilibrio en el mundo. Entre un gran número existieron otros como “k’inich” o rostro solar, “ahaw te” o señor árbol y “ch’ul ahaw” o señor sagrado. Los nobles emparentados que seguían con la tradición de los señores eran reconocidos como “ahaw”. Su misión y relevancia no tenían parangón, aunque no representaban los grandes señores.

La actitud de William exteriorizaba serena, tranquila incluso, pese a que su mayor amenaza y a quien debía eliminar estaba apuntando con su arma en dirección a su pecho. Era consciente de que no debía exteriorizar su actitud temperamental, pues las repercusiones podrían resultar fatales.

—Y ahora yo seré quien os pregunte. ¿Por qué estáis profanando con vuestras inmorales bocas, la antigua lengua Maya?. ¿Qué motivo os lleva a pronunciar dicho llamamiento?

Aquel extraño hombre se mostraba enfurecido al preguntar. Se mantenía a escasos tres metros de distancia en paralelo a William, que permanecía de pie sin moverse. El Dr. De Janeya se mostraba más tenso, mirando disimuladamente sus anotaciones, esperando su más mínima posibilidad para quitárselos de en medio.

—Os he hecho una pregunta y deseo una respuesta. ¡Contestad!

Ante la pasividad percibida, el desconocido acrecentaba su malestar por la inexistente colaboración. Permanecían estáticos como si la situación no pudiera presentar repercusiones. Inmersos en un panorama donde nadie quisiera verse inmiscuido, no dispusieron de tiempo para analizar ninguno de los mensajes. Quizá vitales, en vez de conferirles el valor que le otorgaron, se encontraban en una encrucijada donde solo podían esperar la pronta llegada de quienes partieron largo tiempo ya.

William comenzó a examinar lo que su aspecto exterior era capaz de expresar. Su rostro desnudo no era capaz de decirle tanto como los pequeños detalles en los que decidió detenerse por completo. Sus pies. Calzaba unos zapatos de ante azul marino ligeramente manchados por algún tipo de polvo grisáceo que más bien tornaba a oscuro, con ligeros toques de restos de tierra. Los zapatos tenían una característica marca de color blanco en el empeine, que por pequeña que aparentase no pasaba desapercibida.

«Esos zapatos... creo haberlos visto antes»

Le resultaban extrañamente familiares pero no conseguía recordar cuándo o dónde los había visto. Quizá solo una invención o casualidad, pero su perspicacia le decía que su intuición no erraba.

—¡Al suelo! —le ordenó expresamente a William.

Este no se detuvo en insustanciales protestas y aceptó de mala gana la demanda injerida.

Cuando aquel misterioso hombre comenzó a andar alrededor de la sala, siguiendo preguntando sin conseguir respuesta alguna, William se pudo fijar con total perfección desde su posición en que una de las suelas del zapato se

encontraba más desgastada de lo normal, como si tuviera algún problema al caminar o pisara de manera defectuosa.

Al ver eso, su rostro no pudo aguantar lo que su mente le pedía que hiciese, hasta que su boca expresó lo que estaba pasando por su cabeza.

—¡Maldito seas!. ¡Eres tú! Tú eres el bastardo que nos atacó en Francia. Quien nos dejó dormidos y nos robo los documentos. Tú eres quien mató a...

William terminó por reconocerle, pero no pudo finalizar su acusación. Las palabras aún eran dolorosas al salir. Cuando aún se sentía adormecido en aquella villa francesa, con los ojos livianamente entornados, pudo distinguir esos mismos zapatos con la pequeña marca blanca. Pero cuando se percató de su característica forma de caminar y del estado de su suela, fue cuando recordó verlos con anterioridad. «No solo una vez»

—Muy bien “pentacoob”. Parece que tienes una cuenta pendiente.

—No lo sabes bien, y ahora pienso cobrármela —le contestó un orgulloso William.

Pese a mantenerse controlando la situación, no se sentía nada contento con el tono de desprecio de aquel hombre.

—Creo que voy a llevarme todo eso. Sería una gran recompensa para mi “ahaw” y dar así por finalizada mi misión terrenal —volvió a tomar la palabra señalando los papeles que había encima de la mesa del Dr. De Janeya.

Pausadamente se iba acercando con un movimiento en círculo, rodeando la habitación, sin arrimarse en exceso a sus dos retenidos. Al mismo tiempo, mientras el Dr. De Janeya permanecía inmóvil en su silla y sin articular palabra, William también se desplazaba reptando como una serpiente por el pegajoso suelo.

—¿Crees que no sé quién eres? —preguntó acérrimo William—. Solo eres una vil rata. Te dedicas a coger lo que no es tuyo y seguro que después no sabes ni qué hacer con ello. Escúchame, ¿al menos sabes leer, maldito lunático?

Las palabras de William le penetraban como el arpón que atraviesa un gran pez, desgarrando carne, espinas y órganos. Parecía que intentaba atraparle como a un monstruo de río. Preparaba la carnaza tratando de llamar su atención para posteriormente de morder el anzuelo, hacerlo moverse a terreno propio. Decisión poco inteligente tratándose de un hombre que portaba un arma y no sabía a ciencia cierta lo que haría con ella. Pero pese a las contrariedades proseguía con su estrategia de debilitación moral.

—Si... ¡Estoy seguro que eres tú! Solo eres un peón. Alguien que hace el trabajo sucio mientras otro te maneja y se lleva la mejor parte. Eso es para lo

único que vales.

—¡Cállate! —le contestaba el hombre violentamente.

La ira en el rostro del intruso, acrecentaba con cada palabra que escuchaban sus oídos. En su interior comenzaba a sentir las deplorables voces del detestable Señor King, lo que provocara su eliminación. No consentía que nadie lo ultrajara de aquella forma pues en el trascurso de su vida ya había superado suficientes muestras de desprecio. Ahora era él quien impondría miedo y respeto a partes iguales. Era él quien cumpliría la misión divina.

William seguía moviéndose alrededor de la habitación hasta que finalmente se estableció frente a la mesa del matemático, quedando el intruso frente a él y de espaldas al Dr. de Janeya. Parecía haberse olvidado de la presencia de este último, pues se encontraba absorto y cegado por la rabia en el corpulento hombre que no cesaba en sus provocaciones.

—¡Tira tu arma por la ventana! —le exigió a William.

—¿Qué arma? —preguntó extrañado, como si no entendiese de que estaba hablando. Intentaba disimular la evidencia, pero él no debería conocer su existencia ya que no la estaba mostrando en ningún momento.

—O la tiras o acabo contigo ahora mismo —tensó el brazo y agarró su arma con más fuerza que nunca, haciendo saber que estaba dispuesto a abrir fuego contra el sino accedía a sus pretensiones.

De inmediato y ante una perspectiva que había empeorado severamente, muy lentamente fue introduciendo su mano derecha en dirección a su espalda, recogiendo un arma de pequeño calibre que se encontraba oculta por su pantalón y camisa. Con su dedo pulgar e índice la agarro del mango y la lanzó a través de la ventana, mientras la abría aquel hombre. Con ella veía alejarse las opciones depositadas en su estrategia.

—¡Ponte de rodillas, ahora! Este será tu final —aseveró con gran contundencia.

William volvía a estar más relajado de lo normal. Se levantó del suelo y se posicionó ante lo que se iba a convertir en una cruel ejecución, pero una ligera sonrisa aparecía a través de la comisura de sus labios.

—¡Quizá sea el tuyo!

Inesperadamente, aquel extraño hombre sintió un intenso dolor en su cabeza, cayendo desplomado al suelo sin aparente movimiento. La sangre comenzaba a brotar sin cesar, arremolinándose en un pequeño charco a su alrededor.

Acostumbrado a lidiar con personajes escalofriantes durante las transacciones de narcóticos que el mismo entregaba, El Dr. De Janeya se

encontraba justamente a su espalda sosteniendo un palo de hierro y con una expresión en su cara de gran angustia ante la acción que había llevado a cabo. Invadido por el miedo, no consiguió paralizarlo por completo, consiguiendo salvar a ambos de lo que se presentía una muerte segura.

—¡Bien hecho! —expresó William mientras se volvía a alzar.

Sin tiempo que perder, se acercaba para recoger la pistola de aquel hombre que se encontraba tirada en el suelo. Se aproximó hasta notar como la sangre que emanaba de su cabeza le ensuciaba el calzado. Se agachó y le colocó el cañón del arma en la cabeza.

—¿Vas a matarlo? —preguntó el doctor.

—¿Prefieres que vuelva a encontrarnos por segunda vez y termine lo que había empezado?

Consciente del sentido en sus palabras, el Dr. De Janeya dejó de cuestionar la decisión y sin ofrecer oposición se apartó ligeramente, pues no pretendía ser testigo de tan sangrienta acción.

—¡Adiós rata! —Preparado para poner fin a su vida, apretó el gatillo.

—...

Volvió a apretarlo por segunda vez. Nada. No sucedía nada. Confundido por aquella anomalía se decidió a abrir el cargador y se dispuso a confirmar de cuantas balas disponía, aun creyendo improbable que aquello resultase la causa del problema. Cuál fue su sorpresa cuando pudo comprobar que el cargador se encontraba vacío. No había balas en aquella pistola.

—¡Pero qué...!

Sin tiempo para reaccionar, sintió un dolor infernal como nunca con anterioridad. Notaba como algo se adentraba en la boca de su estomago y le invadía hasta lo más profundo de su ser, más propio de una pesadilla. La cruda realidad era que aquel hombre que creían inconsciente, se alzaba hasta su posición y se disponía a sacar el enorme cuchillo de más de ochos centímetros de afilada hoja de acero de su torso.

Sin vacilación el agresor se terminó de erguir, controlando la posición del matemático, mientras el agredido quedaba totalmente tendido sobre el helado suelo, poco a poco impregnado con su propia sangre. Trataba, en vano, de cortar la hemorragia presionando la herida, pero esta era de tal calibre que resultaba imposible. Pudo comprobar como aquel hombre se volvía a aproximarse hasta que sus zapatos se mancharon ligeramente de la sangre vertida sobre el suelo. Sus manos y su cabeza se encontraban envueltas en sangre tanto propia como ajena. Clavó sus rodillas lo más cuidadosamente

posible para no seguir manchándose y se agachó hasta llegar a sus oídos, susurrándole unas últimas palabras.

—Yo, me llamo, Kabil.

Tras lo cual, clavó su cuchillo en su pecho, provocándole una herida lo suficientemente grande como para introducir su mano derecha y arrancar el latente corazón de su cavidad torácica. Una vez efectuada tan macabra acción, lo observaba como a un trofeo y lo dejó descansar sobre el inerte y moribundo cuerpo.

Tras esto y sin preámbulos, se dirigió hasta donde se escondía el otro asustado hombre debajo de la mesa. Kabil lo sacó con fuerza y lo arrastró hasta donde se situaba el cadáver de William. El Dr. De Janeya no emitía palabra alguna, ni sonido. No parecía tener miedo. Era como si no fuese consciente de lo que estaba ocurriendo.

“Auh ixquichi in topa michiuh
in tiquitaque in ticmahuizoque
in techocti in tetlaocolti
inic titlaihyohuique...”

Recitaba unas palabras en un idioma desconocido para los oídos del Doctor, aunque pocos segundos después no era capaz de distinguir palabra ni sonido. Kabil clavó su cuchillo en el cuello de aquel pobre hombre.

Un grito ahogado dejó comprobar la crueldad de la acción. Notaba como el aire no llegaba a sus pulmones y jadeaba buscando el oxígeno que estaba perdiendo. Percibía la sensación de cómo una vida se estaba escapando de un cuerpo. Se trataba de su cuerpo. Su vida.

Kabil lo recostó sobre el suelo conduciéndolo a su particular cadalso, queriendo llevar a cabo la misma siniestra ejecución. Clavó el cuchillo sobre su pecho, provocándole tal herida que volvió a introducir su ensangrentada mano y arrancó el corazón de su interior, dejándolo reposar sobre su ya exánime cuerpo.

En escasos minutos había llevado a cabo la acción que le había encomendado su “ahaw”, realizándola en base a sus creencias. Unos sacrificios totalmente necesarios a su juicio y unas ofrendas con las que podría ser gratamente recompensado. Al término de tan escabroso suceso, se dirigió al baño para tratar de eliminar toda la sangre que embadurnaba su cuerpo. Como un patrón de repetición, propio de una persona con un trastorno obsesivo-compulsivo como era su caso, volvió a aclararse de la misma manera que todas las veces anteriores. Contaba veinte segundos en tres

ocasiones y al secarse repetía el bucle. No era capaz de cesar en ese medio de repetición. Ni siquiera cuando se estaba percatando de ligeros sonidos que provenían del exterior de la casa. Aumentó el ritmo al secarse sin perder la cuenta, y cuando por fin finalizó, corrió hacia el despacho donde permanecían tendidos los dos cadáveres. Se hizo con los documentos que se encontraban encima de la mesa, que no quiso recoger antes para no marcharlos y salto por la ventana hasta la escalera de incendios. Rápidamente se perdió a través del callejón como gacela que huye de una leona a través de la sabana, tratando de evitar ser cazada. Dejando atrás sus crueles acciones.

Capítulo 36

«Saludos y buenas tardes. Desde la sede central de informativos, tenemos que ofrecerles una última hora de interés internacional. El ministerio del interior ha confirmado que uno de los hombres más peligrosos de la nación, Kabil Tzunún, condenado en el año dos mil seis y acusado en diversos crímenes de asesinato, solo probado uno de ellos en menor grado, habría abandonado de forma ilegal las fronteras del país. Sus intenciones pueden resultar altamente sospechosas y perniciosas pues se trata de alguien bajo continua vigilancia, que respetaba regularmente sus obligaciones presenciales en el centro penitenciario de “Puente Grande”. El jefe de policía encargado del caso, el Comisario Cuevas, está ofreciendo una rueda de prensa en estos momentos.»

«Me dispongo ante ustedes hoy día 31 de Diciembre, para informar a la nación de México y las posibles implicadas, un suceso que deberían tener en cuenta para poder ayudarnos en nuestra búsqueda del peligroso exconvicto Kabil Tzunún. Obtuvimos una información recabada por los elementos de información e inteligencia del bloque de búsqueda del servicio de la policía nacional, en razón que son ya cuatro años desde la salida de la cárcel de este ciudadano que corresponde al nombre de Kabil, considerado uno de los hombres más peligrosos a nivel nacional. Según la información del bloque de búsqueda ha sido localizado fuera de las fronteras de nuestro país, cuando nuestro individuo tiene una orden de reclusión para no sobrepasar nuestras fronteras por ningún motivo. Este ciudadano tenía una difusión de alerta por asesinato y en expediente 2006, 43-5-6-14, por delito de homicidio.

Por elementos probatorios, hace escasas horas se han obtenido las pruebas donde se ha notificado su presencia en país ajeno. Nos mantenemos en constante contacto con las autoridades de seguridad de dicha nación, para lograr localizarlo y conseguir su deportación lo antes posible.

No se trata de un mensaje de alarma, pero requerimos la colaboración ciudadana por si alguien estuviera en disposición de localizar a dicho hombre...»

A medio camino de su destino, en mitad de los ochenta y dos kilómetros cuadrados y trescientos veintitrés kilómetros cúbicos de volumen que ocupa el Océano Atlántico, el Comisario Jefe Leonardo Cuevas, perteneciente al cuerpo de policía federal preventiva y de investigación mexicana, observaba con atención la conferencia de prensa que estaba siendo retransmitida por el mismo en aquel preciso momento. Gracias a los canales vía satélite, podía comprobar cómo el mensaje que había grabado hacía ya unas horas y no publicado para no sembrar el pánico, ya no podía mantenerse más en secreto. Kabil había sido descubierto en París, cuando su libertad le prohibía la salida del país. Ahora la vida de numerosas personas podría estar en peligro, viéndose obligado a difundir la noticia muy a su pesar. Era perfectamente consciente que generar una alarma innecesaria no era la mejor que podía tomar, pero como jefe al mando, debía tomar la decisión más oportuna.

Kabil es uno de los criminales más peligrosos que nunca haya conocido, y la única razón por la que no pasaba en la actualidad el resto de su vida entre rejas, fue por la inoportuna intervención de aquel multimillonario y su legión de abogados que consiguieron exculparlo de numerosos delitos.

Su desequilibrio patológico, hacia que no le importara llevar a cabo los peores crímenes que jamás haya visto perpetrar por un humano. Su cercanía a la cultura maya y la obsesión por ser perteneciente a tan ancestral cultura, le hace pensar en ser un misionero de los dioses con una labor en la tierra. “El sacrificio y la destrucción que conduce a la creación”. Una persona tan desequilibrada como él, y altamente inteligente, podría crear el caos en diversos lugares del mundo si considera que la misión a realizar es un gesto por ofrecer a la divinidad de los dioses.

—¡Tengo que conseguir parar a ese maniaco!

El Comisario Cuevas, no cesaba de investigar y recabar información sobre aquel hombre que permanecía desaparecido. Llevaba varias horas sin dormir y no pretendía cambiar eso hasta darle caza.

—Señor, han encontrado el cadáver de un hombre de mediana edad, en una lujosa habitación de hotel de la capital Parisina. Se trata de Robert King.

«Aquel infausto multimillonario que le ayudó a salir de la cárcel, ¿y se lo pagaba de aquella manera?»

—¿Testigos, fotografías, algún tipo de prueba,...? —preguntaba desesperado el Comisario Cuevas.

—Están interrogando a su secretaria. Es quien ha encontrado el cuerpo. Me están enviando visual del cadáver —le contestó su inseparable ayudante.

Al verlo, no importaba cuantos crímenes hubieran visto de aquel despreciable salvaje. Seguían sin poder creer en la crueldad que demostraba sobre la vida humana.

Capítulo 37

“Kabil Tzunún”. Nombre de origen Maya. Su apellido “Tzunún”, hace referencia a un tipo de ave diminuta de plumaje hermoso, fiel reflejo de su pequeño tamaño. Entendido por los más ancianos para distinguir a miembros de una misma comunidad. Por su parte, el nombre por el que es conocido, “Kabil”, fue elegido por los padres de sus padres. Sabios concedores de su significado y repercusión, hace referencia a un hombre bueno en la siembra, tan necesario para un pueblo acostumbrado a subsistir de sus calidades. Esperaban fuera una ofrenda a la Naturaleza de la que tanto reclamaban y una premonición que les ayudara a autoabastecerse de forma prolongada y cuantiosa.

Cuando Kabil abandonó su pequeña aldea de nacimiento, situada en el centro más profundo de México, unas creencias mal elaboradas en su interior le llevaron a una vida llena de crímenes que provocaron su precipitada devastación.

Durante años, vivió aprendiendo las creencias de una de las civilizaciones ancestrales más importante de todos los tiempos, “La cultura Maya”. Los Maya nunca han constituido un grupo homogéneo, por lo que convivían con pequeños grupos de etnias diferentes con diversas lenguas y costumbres, pero cuyos rasgos les hacen integrarse en una única unidad cultural politeísta, que creía en diferentes dioses. Pero para Kabil, al igual que en multitud de sociedades, siempre existe un ente superior por encima de todos. “Hunab Kú”, creador y principal Dios maya, cuyo nombre significa “un solo Dios”. Creador del mundo y la humanidad según sus dictámenes, padre y señor de todos los dioses.

«Volveré a encumbrar mi raza»

Kabil vivía obsesionado por devolver a su cultura al lugar que un día fue. Consciente de que la sociedad los daba por desaparecidos, él quería enseñar al mundo que sus creencias aún seguían vivas en sus gentes y regiones, por muy remotas que estas fueran dentro de los más de trescientos mil kilómetros cuadrados que antaño abarcaban.

En su todavía imberbe niñez, soñaba con convertirse en uno de los ilustres sacerdotes que gobernaban dentro del pueblo. Con el florecimiento de la civilización, estos se convirtieron en los depositarios de la ciencia alcanzando una gran sabiduría en campos como la astronomía y adquiriendo un notorio poder político para convertirlos en la casta dominante.

A menudo se relacionaba con los demás integrantes del poblado, otorgándoles motes según la jerarquía instaurada por los mayas. Su padre solía representar el sumo sacerdote o “Ah Kin May”, siendo su hermano mayor reconocido como El sacerdote o “Halach Uinic”, que estaría un rango por debajo del Sumo Sacerdote. Nombraba como “Bacab” o señores principales a todos los adultos con los que a su paso tenía el placer de entablar conversación. Y el mismo era reconocido en su juego imaginario como un “Nacom” o jefe guerrero y encargado de realizar los sacrificios.

Continuamente, se encontraba entonando un canto de danza guerrera enseñada por su padre. “Xtoles”.

Conex, conex palanxen, xicubin, xicubin yocolquin.

Conex, conex palanxen, xicubin, xicubin yocolquin.

Xola mayola, xola mayol, ea, ea, ea, óh.

Conex, conex palanxen, xicubin, xicubin yocolquin.

Vamos, vamos muchachos, que ya el sol se está poniendo,

Vamos, vamos muchachos, que ya el sol se está poniendo,

Xala mayola xala mayol, ea, ea, ea, óh.

Vamos, vamos muchachos, que ya el sol se está poniendo.

Dicho inocente juego, simplemente era una representación de lo enseñado en base a la jerarquía terrenal, dado que la divina se hacía extensible al culto de las fuerzas de la naturaleza representada en diversos Dioses.

La cultura Maya representaba como nadie la majestuosidad ancestral. El culto a los dioses era una obligación y una devoción que provocaba el sentimiento de engrandecimiento al realizar tributo. Común se hacía la premonición de acontecimientos que incluso pudieran provocar hechos caóticos para la consecución de una mayor prosperidad. Los eclipses solares o lunares, eran habituales a la hora de vaticinar un cambio. Este debería mejorar su forma de vida y prosperar a mejor, sino querían obtener la destrucción.

“La Gran Cruz Cósmica nos invita a proponernos nuevas metas, hacer cambios radicales de vida, algunos pueden ser positivos, mientras que otros podrán parecer caóticos a primera vista, solo resta recordar, que la oscuridad, es simplemente el otro lado de la luz.”

Con Kabil en la cárcel, fue capaz de entablar una estrecha amistad con uno de los reclusos con el que compartía módulo. A menudo, este le pedía que le contara historias sobre su pasado y su cultura maya, pues estas le resultaban fascinantes. Al escuchar estas palabras, no sintió miedo por el trasfondo de las mismas, ni inquietud. Sintió el fervor que demuestra un fiel a las palabras de un orador. Comprendió el mensaje oculto que transmitía, pues para Kabil no hay luz sin oscuridad. Para Kabil, alcanzar la plenitud, en ocasiones supone liberar las tinieblas.

Con su salida de la cárcel, su mente ya estaba preparada para cumplir la misión que las fuerzas estelares no habían realizado. Estaba listo para rendir tributo a sus dioses, seguro de poder culminar su misión.

Su primera tarea sería la de prepararse físicamente para tal misión. Con el tiempo su endeble estructura, pasó a ser una máquina atiborrada de complementos y suplementos cíclicos que lo hicieron aumentar su masa muscular de forma notoria. Su cuerpo era un monumento perfectamente esculpido. Un lienzo donde representar la veneración a sus dioses, predominando su adoración por el Dios de la lluvia “Chaac”. El tatuaje del hombro de su brazo izquierdo, lo mostraba con su naciente simbolismo de los cuatro puntos cardinales y un exclusivo color para encarnar cada uno de ellos. “Chaac” junto con los cuatro, eran los encargados de realizar los rituales de los sacrificios. Dicho rituales estaban justificados en parte por la creencia de que de ellos dependía el orden cósmico y también el terrenal. Por tanto la supervivencia de su cultura estaba ligada a dichos rituales. Pasado el tiempo y debido a inadecuados hábitos y adicciones, sus prominentes músculos volvieron a dejar paso a su escuálida aunque intimidante presencia.

Al brindar la sangre como sustancia mágica a los cielos y sus dioses, se garantizaba de algún modo el orden social y la perpetuidad de su cultura. En recompensa se recibiría poder divino.

Su cuerpo era un templo para no profanar. Como uno de los rituales que llevaban a cabo, la abstinencia sexual había sido elegida por Kabil, quien nunca había sentido el íntimo tacto de una mujer. Mostraba perforaciones voluntarias en su lengua y uno de los pómulos, como parte de un ritual dentro de los autosacrificios que se hacían para honrar a los dioses. Destacaban las perforaciones en el rostro y órganos sexuales, pues ofrecían la sangre recogida, quemada con papel, resinas vegetales y los propios instrumentos utilizados para tal uso.

Kabil era un ferviente creyente en los sacrificios humanos como en las ofrendas a los dioses. Aunque en la ancestral época maya se llevaba a cabo

mediante prisioneros de guerra o esclavos en mayor medida, también creía en el autosacrificio voluntario como obtención de una nueva vida mejor. Tuviera o no razón, Kabil estaba dispuesto a entregar su vida al dios “Ah Puch” o “Dios de la Muerte” e “Ixtab” o “diosa de los suicidas”, como ofrenda y recompensa para una nueva y mejorada etapa futura.

—¡Necesito esconderme antes de proseguir! —decía Kabil.

Ahora se encontraba huyendo de la escena de un asesinato. Un cruel crimen que nunca será reconocido como tal, pues para Kabil ha sido una ofrenda al Dios “Kinich Ahau” o “Dios del Sol”, hijo de “Itzamná” que a su vez era hijo del creador “Hunab Kú”.

Capítulo 38

“El coraje no se genera viviendo. Evoluciona resistiendo épocas complejas y retando a la adversidad”.

Palabras que no simplemente quería sentir propias, como héroe malogrado por sus inexistentes actos. Son palabras que debía sentir como un himno de batalla y tambores de guerra, como las canciones sobre épicas batallas o los versos de una victoria. El desarrollo de su vida justificaba cada letra como un símbolo cronológico o como las manecillas de un reloj que marca la marcha de cada paso.

Después de pagar al taxista con unos euros que Mariah le había prestado en París, Renee se aproximó a la frontera donde se separa despreocupación de confrontación. No era nada que le intimidara pues su decisión ya estaba tomada tiempo atrás. Reclamaba su venganza. Deseaba reclamar su ansiada venganza. El mayor problema residía en los tres hombres que tratarían impedirselo. Aunque no resultaran gran escollo por separado, la situación se podría complicar de sobremanera al actuar juntos, sabiendo que portaban al menos un arma de fuego. Por eso, ¿realmente quería cruzar aquella puerta y adentrarse en aquel lugar?

«No tengo nada que perder ya»

Con extremo sigilo, procedió a avanzar a través de la estancia, asegurando cada rincón ciego que percataba. Su arma en la mano era la única protección que le separaba de un asegurado funesto final. Siempre convencido de sus posibilidades, tenía la ventaja de que solo ansiaba un objetivo. Después de eliminarlo, no le importaba lo que le ocurriera.

Prosiguió hasta alcanzar la última habitación y se detuvo detrás del umbral que lo separaba de su interior. Apoyó su espalda sobre el marco de la puerta al mismo tiempo que agarraba con fuerza la pistola. Inhaló una fuerte bocanada del gélido aire que se respiraba... y entró.

—¡Quietos! —gritó con fuerza.

Su corazón se aceleró y sus labios enmudecieron al contemplar tan dantesca imagen que se posaba ante sus ojos. Quedó petrificado por unos

segundos con tan siniestra e inesperada representación. Dos hombres yacían en el suelo, encharcados en una sangre que brotaba abundantemente por el suelo. Algo se posaba sobre sus inertes cuerpos que no conseguía apreciar desde su distancia.

—¡Dios santo!

La mezcla de sorpresa y horror fue mayúscula. No podía creer lo que estaba viendo.

—¿Son... corazones?

Ante él, un corazón se situaba sobre el torso de cada uno de los cadáveres. El primero de ellos lo conocía perfectamente pues ya había tenido un encuentro con él en Meaux, en aquella explanada cuando trataba de salir de aquel edificio donde le tenían retenido. Aquel hombre tenía dos heridas profundas que se situaban en la boca de su estómago, más pequeña y menos precisa a simple vista, y la segunda muy próxima al esternón, más grande y precisa pues conformaba una abertura perfectamente recta por la que poder acceder dentro de su pecho.

«Sus propios corazones...»

Todavía no podía creer como alguien podría llevar a cabo tal acto de crueldad y mutilación mientras observaba a aquel robusto hombre tendido. Podía observar como la sangre seguía fluyendo ligeramente, conservándose en estado muy líquido.

—¡Ha ocurrido hace muy poco!

Al llegar a esa conclusión, se aproximó rápidamente a la ventana que se encontraba abierta, de la que no se había percatado. Oteó todo el callejón de un extremo a otro sin divisar a nadie, pero cuando parecía desistir e introducirse de nuevo en la habitación, al agachar la cabeza pudo comprobar unas marcas de pisadas sobre la roída escalinata que conducía a la calle. No eran excesivamente aparentes pero imaginó que el asesino llevaría la suela de las botas manchada de sangre, habiendo huido no hacía demasiado tiempo.

«¡Ha sido él!»

Tenía la certeza de conocer el autor, pero también confiaba en encontrar algo en ese escenario que le ofreciera información.

Al aproximarse al otro hombre, más menudo, pudo ver un profundo corte en la base del cuello y otro de mayor calibre en el torso. Idéntico al anterior y con su corazón reposando sobre su pecho.

Había vivido situaciones terribles y escenarios dantescos, pero nunca fue testigo de unos asesinatos tan tétricos, con tanto ensañamiento y que

produjeran un sufrimiento excesivo. Pero no podía perder más tiempo observando esas personas ya pasadas a otra vida.

Instintivamente, su primera reacción fue la de acercarse hasta el escritorio donde podía ver restos de material de escritura. Examinó con ahínco la mesa y todo su alrededor, pero lo único que pudo encontrar eran algunos documentos sin importancia y algunos trozos rotos de papel con anotaciones que no parecían servirle de nada. Comenzó a sospechar que su viaje podría haber sido en balde. Empezó a mirar con mayor detenimiento los cajones del escritorio, los cuales iba sacando de su sitio y dejándolo caer sobre el suelo sin ninguna delicadeza. Esto provocaba un ruido más que notorio dentro de la desangelada habitación, olvidándose del vital sigilo.

—¡Condenado...!

Se encontraba frustrado pues no era capaz de discernir nada que le fuera útil. No existía ningún tipo de compartimento secreto dentro de aquel estropeado mueble y su paciencia comenzaba a agotarse. De repente propino un fuerte puñetazo sobre el escritorio, consecuencia de una notoria frustración.

—Se lo ha llevado, ¡seguro!

Lo propinó con tal fuerza que hizo saltar el polvo que inundaba la mesa, desprendiendo algunas astillas sueltas y haciendo crujir la endeble madera. Tras eso, quedó pensativo unos segundos. En silencio absoluto. Absorto en sus pensamientos. Se mantenía con los codos apoyados en la mesa y sus manos cubriéndole la cara, cuando escuchó un chasquido al otro lado de la puerta.

«Alguien se acerca»

Sacó su arma de la parte trasera del pantalón; una M-45 MEUSOC negra y plateada del cuerpo de Marines de los Estados Unidos de América, la cual empuñó con fuerza en dirección a la puerta que daba acceso al habitáculo.

Unos resonantes pasos le indicaban que alguien se acercaba, dándole la oportunidad de prepararse ante la posible e inminente amenaza que se alzaba sobre él. Quizá fuera el asesino que volvía de nuevo al escenario de su crimen, o quizá fuera aquel a quien tanto buscaba. La sombra que se cernía era cada vez mayor. No hacía ruido alguno. Se mantenía tenso con la mirada tan constante en su objetivo, que incluso controlaba su respiración. Hasta que aquella aparente sombra, se materializó en un cuerpo que sobrepasaba la puerta.

—¡Quieto! —gritó Renee.

Sus ojos se volvieron frenéticos cuando vieron aparecer a esos dos hombres, cuyos rostros conocía tan bien. Ahí estaba por fin. Después de tantos días con meticulosas estrategias, tenía la tan ansiada oportunidad delante para por fin consumir su venganza. De la forma más inesperada y estrambótica. De nada sirvieron todos sus planes, pero no le importaba. Había llegado el momento.

—Tu...

Estaba paralizado. Tantas veces había procesado en su cabeza el momento, pero que ahora no sabía cómo actuar en aquella tesitura. ¿El problema?... no estaba solo.

Cuando David atravesó el umbral de la puerta, nunca hubiera imaginado el dantesco escenario más propio de una novela de terror, que encontró tras ella. Un hombre le estaba apuntando con una pistola mientras los cuerpos de William y el Dr. De Janeya yacían en el suelo. Inertes y envueltos en sangre.

—¡Dios santo!

Enseguida y por puro instinto, alzó los brazos en señal de rendición, mientras Martín se situaba justo a su espalda, también con una pistola en sus manos y apuntando con decisión a Renee.

—¡No te muevas lo más mínimo! —le avisaba Martín.

Ambos apuntaban al frente con su arma, mientras David que se encontraba paralizado, se situaba en el centro de ambas trayectorias. Seguía con las manos en alto, absorto, observando los dos cadáveres en el suelo con dos corazones posados sobre su pecho. Nunca había visto nada parecido ni hubiera imaginado que todo eso sucediera fuera de la ficción.

—David —le llamó Martín— ¿recuerdas el hombre de la Universidad?. ¿El de la bomba? Lo tienes delante apuntándote. El fue el causante. ¡Quien intento matarte!

David llevó sus ojos atemorizados hasta aquel hombre. Su rostro se volvió pálido sin saber, otra vez, lo que le iba a ocurrir.

—¡Calla! —le espetó Renee—. ¡Maldito canalla!

—Ha matado a nuestros amigos para conseguir la información. ¡Mira sus manos llenas de sangre! —volvió a acusar un decidido Martín.

Cada segundo que pasaba, con cada acusación, la situación se volvía más irascible. Como dos pistoleros del salvaje Oeste que se posaban frente a frente, se mantenían con ambas piernas ligeramente separadas y apuntando amenazantemente cada uno en una dirección. El problema de que los disparos comenzaran a sonar, residió principalmente en que David se encontraba en

medio, con aquel desconocido delante apuntando hacia su posición y con Martín detrás. Era el único indefenso, sin escapatoria ninguna, ni protección.

—¿Dónde están los documentos? —preguntó Martín.

David no era capaz de recordar los tan ansiados documentos, cuyo mensaje se suponía que ya tendría que estar resuelto. ¿Qué habría sido de ellos? Nada se podía ver encima de la mesa. ¿Los tendría aquel hombre?, ¿por eso habría matado a William y al Dr. De Janeya?

—No te lo quiero volver a repetir. ¿Dónde están? —replicó con tono amenazante Martín, mostrando una seguridad impropia de un hombre que está siendo apuntado por un arma de fuego.

Renee permanecía en absoluto silencio. Su enfurecida y encorajinada expresión facial, dio paso a una mayor serenidad. Aunque le resultara extremadamente difícil, aparentaría mantener la calma el tiempo necesario si quería que todo saliera como él deseaba, pues no quería arriesgar más de la cuenta.

—¿Por qué les has hecho eso? —preguntó David.

Su voz temblaba a causa del miedo y el desconcierto. Pese a dejar de mirar los cuerpos, no podía cesar en volver a ojearlos pues seguía sin creer posible una masacre semejante.

—¿Son sus propios corazones?

Renee permanecía en el más absoluto silencio.

La impaciencia comenzaba a apoderarse de su frágil mente, por lo que intento acercarse a los cuerpos.

—David. ¡No! —le dijo Martín sobresaltado—. Es mejor que no te muevas. No sabemos cómo podría reaccionar este tipo.

No terminó de avisarle, cuando movió un pie a su derecha imitando con sutil sincronización el movimiento que anteriormente terminó realizando David.

—¡Ya me he cansado de esperar! O sueltas el arma o te garantizo que veras más sangre vertida.

La voz de Martín se mostraba decidida a actuar en consonancia con sus palabras. Renee se mantenía vacilante mientras su antagonista apretaba con fuerza su arma. Creía ver como su dedo índice oprimía cada vez más el gatillo, amenazando la posibilidad más real del disparo. De repente y de manera incomprensible, Renee dejó su arma caer sobre el suelo por delante de la mesa y se dispuso a ser él quien levantara los brazos.

David sintió un gran alivio, que quedó demostrado en un largo suspiro de relajación. Aunque parecía que el peligro había pasado, prefería abandonar

cuanto antes aquel lugar. Martín se acercó hasta donde cayó el arma, sin titubear en su obcecación con apuntar a un Renee ahora desarmado. Con una patada la alejó hasta sobrepasar la puerta, perdiéndose de la vista de todos.

—¡David, regístrale!

La estupefacción emanaba de su aura. La cara de David fue de desconcierto al oír esas palabras.

—¿Qué le registre?. ¿Yo? Ni hablar —contestó.

—No te preocupes. No te hará nada. Necesitamos comprobar si está en posesión de los documentos —apremió Martín—. Yo le estoy apuntando. Te aseguro que no te hará ningún daño. Fíate de mí. ¡Rápido!

Ante tal insistencia, David se acercó a aquel hombre con recelo. Comenzó a observar el interior de su ropa y los bolsillos por si escondiera algo. Renee solo era capaz de mirar fijamente a Martín. Mostraba la furia de un volcán que no podía entrar en erupción. Habían conseguido apaciguarlo.

—¡No tiene nada! —aseguró David mientras se alejaba de su lado.

—Entonces no tiene sentido que sigamos con esto —a lo que justamente tras terminar la frase se escuchó un estallido.

Martín disparó un proyectil desde su arma que impactó en el pecho de Renee, provocando un abundante esparcimiento de su sangre por los aires. No tardó en ensuciar la mesa, haciéndole retroceder hasta caer en el suelo.

Asustado, David se agachó cubriéndose la cabeza sin saber de donde procedía el disparo.

Martín se acercó pausadamente hasta el cuerpo de Renee que se encontraba boca abajo, sin movimiento, envuelto en un abundante charco de sangre que salía de su pecho y recorría el suelo.

Capítulo 39

Aun sobresaltado por la escena, David bajaba las escaleras de hierro tratando de no perder la estela de Martín. Una vez abajo, podía distinguir en el suelo unas pocas pisadas de un intenso color rojizo que se iban difuminando en dirección contraria a la que él se dirigía a toda velocidad. Pese a desconocer la causa de su existencia, sentía gran alivio de dejarlas perdidas.

En ese momento, José se encontraba tranquilamente recostado sobre el asiento del conductor, con la música ligeramente más alta de lo habitual. Necesitaba descansar un poco de tan estresante día y evadir su mente de la espeluznante noticia que había recibido hace escasos minutos. La música era su mejor terapia de relajación.

—¡Rápido arranca! ¡Vámonos!

Unos gritos enajenados le sobresaltaron de manera estrepitosa de su mar de relajación. Ni siquiera notó abrirse las puertas del vehículo, cuando David y Martín se internaron en el mismo. Sobresaltado, fue repetidamente avisado para emprender la marcha, aun sin conocer el destino ni la razón de sus prisas.

—¡¡Vamooooos!!

Desorientado por los imprevistos acontecimientos, José arrancaba el coche y pisó fuerte el acelerador, dejando un rastro de humo y goma quemada en el suelo. La humareda pronto se disiparía, pero la penetrante tufarada de la goma de los neumáticos les acompañaba en los primeros metros del trayecto.

—¿Qué ha pasado? —preguntó un angustiado chofer que propinaba un potente giro en el volante para evitar a varios de los peatones que cruzaban indebidamente la calle.

—¡Tú límitate a conducir lo más rápido que puedas sin llamar la atención!
—contestó Martín con tono desdeñoso.

David se encontraba pasmado en su asiento sin decir palabra desde que abandonaron la casa. La coyuntura a la que se estaba enfrentando sobrepasaba los límites de su aptitud. La magnitud de los incidentes, las visiones tan grotescas que se había visto forzado a presenciar y la actitud peyorativa de Martín no le ayudaba a encontrar sosiego.

—¿Se puede saber dónde vamos? —preguntaba azorado.

—Tranquilo. Iremos a lugar seguro —contestó el otro—. Dirígete a las afueras de Fuenlabrada —comunicó, resolviendo así las dudas de ambos.

José agarraba el volante con fuerza a causa del estrés producido por tan rápida evasión. Tal y como le habían pedido, conducía a gran velocidad por la normalmente siempre concurrida “M-50”. Una de las autovías con mayor confluencia de tráfico y famosa por sus interminables atascos. Adelantaba progresivamente diferentes coches, sin hacer caso a los límites de velocidad ni a los pertinentes instrumentos encargados de la seguridad. No era capaz de pensar en otra cosa que no fuera llegar rápido y sin ser visto por ningún cuerpo de seguridad.

«¿Cómo acabará esta locura?»

Capítulo 40

—(...)

Acostado en el mugroso suelo, podía sentir como su torso se encontraba completamente empapado de un oscuro color rojizo. Sus labios parecían saborear la amarga sangre que emanaba por todo su cuerpo. El interminable dolor que sentía, cada vez se hacía más lejano, mientras el persistente helor se apoderaba de sus extremidades.

—(...)

En multitud de ocasiones había pensado como sería su final. ¿Qué sentiría cuando llegara el día?... ¿Miedo?. ¿Dolor?

No podía emitir palabra, ni balbuceo, ni sonido. Su respiración era entrecortada y muy débil.

Solo quería cerrar los ojos y descansar.

Capítulo 41

En apariencia, la situación había tomado tintes de cierta confusión.

David nunca soportó una posición tan compleja. Jamás creería vivir un trance tan inhóspito.

«Ni hablar»

Tenía que luchar contra espectros, cuyo reflejo escapaba al alcance de sus ojos. Solo encontraba fantasmas en su camino. Volátiles. Cortinas de humo que desaparecían al entrar en contacto con ellas y ocultaban cualquier atisbo de realidad. Hastiado. Sentimiento que no quería reprimir. Nunca destacó por ser un hombre valeroso. Nunca sintió la necesidad de demostrar una capacidad voluntariosa antes situaciones comprometidas. No tenía necesidad de probar su valentía ante nadie ni ante ninguna situación por rutinaria que pareciera para algunos. Nunca idolatraba la idea de “héroe” como en las películas. No tenía intención de convertirse en ninguno.

—¿Dónde estamos ahora? —preguntó a su amigo Martín.

—En lugar seguro. Debemos pensar que hacer ahora. Aún seguimos en peligro.

Ni la presencia de su figura de confianza, conseguía soliviantar sus temores e inquietudes. Martín lo acompañó inseparable durante todo el camino, incluso cuando el también parecía desfallecer, nunca lo dejó a su suerte. El tramo de sucesos que habían vivido en las últimas horas, comenzaban a desestabilizar las percepciones de los motivos que los arrastraban a correr tantos peligros, pues no llegaban a concebirlos.

Todo comenzó con una bomba, colocada supuestamente para acabar con su vida sin motivo aparente. El misterioso hombre que les dejó inconscientes en su casa materna, en otro país. Los documentos robados y posteriormente recuperados en un desangelado lugar dejado de todo amparo. ¿Por qué no intentarían recuperarlos si la posibilidad era más que factible?

«¡Los tenía al lado!»

El viaje les llevaba de vuelta hasta Madrid. ¡¡Madrid!!

«¿Por qué Madrid?»

¿Importaría que fuera su lugar de residencia en la actualidad?

¿Todo esto para acabar con él? ¿Realmente todo esto estaba orquestado sencillamente por él?

No entendía como podía existir una mente tan retorcida, que fuera capaz de obrar de un modo tan calculado. Había involucrado a un hombre ajeno a toda esa historia, aprovechándose de su disconformidad consigo mismo para que pudiera volver a sentirse eficaz. Volver a ser el genio que fue.

Estaba poniendo en peligro una vida inocente aprovechándose de su tormento personal. Aunque no fuera consciente de ello, estaba enfrascado en ponerle fin al suceso. Una de esas ocasiones que solo imaginamos o soñamos, en la que nos convertimos en héroes y salvamos a la humanidad, pero que ahora estaba viviendo en primera persona como hecho real. Un sueño del que fue despertado de golpe con las escabrosas imágenes de las que fue testigo al regresar a la casa del Dr. De Janeya. Sus cuerpos en el suelo fue una imagen que dejaba sobrecogido su espíritu. Era responsable y así debía sentirse, de una muerte innecesaria, valiéndose de su egoísmo. Esa imagen le hizo comprender que ya no quería ser ese héroe al que estaba comenzando a acostumbrarse. Un héroe silencioso al que nunca nadie le iba a reconocer ningún mérito, pero que sin embargo estaba siendo implacablemente perseguido.

La imagen de los corazones sin latido sobre el cuerpo inerte de sus aciagos portadores, parecía un tatuaje grabado con tintes sombríos e imborrables. Perenne por el resto de sus días. El miedo que se encontraba agazapado en su interior, ahora le acechaba convertido en tan habitual como cada bocanada de aire que respiraba. Como cada latido del corazón que aquellos dos cuerpos ya no sentirían.

«¡No quiero ser una víctima más!»

Finalmente, la histeria se apoderaba de su mente y su cuerpo, comenzando a revelarse a su favor.

—¡Quiero irme! ¡Necesito irme! —comenzó a gritar descosido—. ¡No aguanto más esto!

En aquel momento mientras andaba a la estela de Martín, comenzó a actuar coléricamente. Gritaba desgañitado como un niño asustado que solo quería volver a su casa para sentirse seguro. Un profundo y novedoso miedo le había invadido. Un sentimiento que no había padecido nunca, se apoderó de él por completo, imposibilitando sus aptitudes encomendadas a la razón. Un sentimiento lúgubre que se desprendía como el aire se escapa de un globo y se apodera de cada neurona de su, ahora mismo, perturbada mente.

—¡Tranquilízate! ¡No te comportes así! —le contestaba Martín—. Vamos sígueme.

Ambos terminaron entrando en lo que interpretaron como una vieja nave abandonada, en la que se diferenciaba la presencia de diferentes estancias con pales de madera, bolsas de plástico desperdigadas por el suelo, polvo y mucha suciedad. Era evidente que nadie hacía uso de ella desde hacía tiempo.

—¡Me marcho!

La afirmación de David mostraba tintes de una sentencia en firme cuando se dio la vuelta, seguro de querer abandonar tan tormentosa experiencia. Consideraba mejor opción recurrir a la policía y que se encargaran ellos. Colectivo, cuyo trabajo se basaba en saber cómo actuar en ese tipo de acontecimientos, pero no un simple astrónomo que se dedicaba a visionar las estrellas mientras imaginaba como sería visitar cada una de ellas.

David abrió la pequeña puerta de tan gigantesca plancha de aluminio, decidido a seguir adelante. El remordimiento era un pesar grande pues le había fallado a su madre, a quien le dio su palabra y a Martín a quien estaba dejando solo ante tan peliaguda tesitura.

Se detuvo mirando el exterior, cuando agachó la cabeza hacia el suelo con signos de vergüenza.

—¡Perdóname! —le pidió a Martín.

Cuando se disponía a abandonar el abrigo de la apesadumbrada nave, que en su mente figuraba como el preso de una cárcel aproximándose a la ansiada libertad, sintió un tremendo golpe en el lateral derecho de su cabeza que le hizo desplomarse hasta el suelo. Mareado, se encontraba paralizado y aturdido.

—¡Quizá deberías perdonarme tú!

La vista era turbia sin saber que había pasado, hasta que finalmente sus ojos se fueron venciendo, sumándose en una profunda oscuridad. Pese al doloroso y misterioso momento, incluso aquella situación parecía un descanso para él.

Inconsciente y tendido sobre el suelo, ya no existía preocupación. Ni angustia. Ni duda.

Solo quietud. Solo paz.

Capítulo 42

El incesante dolor en el pecho, prácticamente había remitido. Levemente sus piernas comenzaban a mostrar atisbos de movimiento, sus brazos empezaban a encogerse mientras se impulsaban para levantar su torso lleno de sangre y su rostro compungido. Aliviado, aunque aún sintiendo la sangre sobre su cuerpo, logró incorporarse sobre sus rodillas, tomando una fuerte bocanada de aire tras otra, intentando recuperar el aliento que le había faltado durante los últimos minutos.

El impacto del proyectil resultó más potente de lo que esperaba, aunque su chaleco antibalas se defendió con gran efectividad.

—¡Ha sido una buena idea!

Tenía un plan perfectamente elaborado, el único inconveniente residía en el desconocimiento sobre cuando se podría llevar a cabo. Conocía perfectamente los métodos del autor del disparado. Siempre se había jactado de una puntería inigualable, lo que hacía que poseyera un *modus operandi* inalterable. Para acabar con sus víctimas realizaba un solo disparo donde la bala siempre reposaría en la zona del corazón, haciendo provocar una muerte lo suficientemente lenta como para observar los ojos de quien le estaba arrebatando la vida.

Renee terminó por erguir su cuerpo completamente, hasta apoyar sus mojadadas y endebles manos sobre la mesa. Sus fuerzas, aparentemente no se encontraban mermadas pues las había recuperado prácticamente en su totalidad. Se deshizo de la desdibujada y aparatosamente manchada camisa que vestía, intentando eliminar cualquier rastro de sangre, lo cual parecía una labor difícil. En lugar de su torso desnudo, dejó visible su chaleco antibalas o antifragmentación modelo “Sistema de blindaje personal multi-amenaza interceptor” cuya protección frente a proyectiles de alta velocidad le había salvado la vida. Este chaleco lo conservaba desde su época perteneciente al cuerpo de Marines de los Estados Unidos de América y no era la primera vez que se encontraba en una situación de alto peligro y finalmente le salvaba de un final malogrado.

Tras inspirar una última bocanada de oxígeno que llenaría sus pulmones como nunca antes, dejó caer el chaleco pues ya había cumplido su cometido.

—¡Cuando vuelva a tenerlo frente a mí, el chaleco ya no valdrá de nada!

Era consciente de que había gastado su única protección, pero ganado algo más valioso. El factor sorpresa. Para ellos, ahora era un cadáver más y debería aprovechar esa situación con inteligencia y no actuar impulsivamente. Ser consciente del plan más acertado para actuar, pues quizá solo tuviera una oportunidad. No le importaba su final pero si caía, su objetivo caería con él.

Una vez se sintió orientado de nuevo, se llevó la mano hasta la parte baja del pantalón a la altura de su gemelo, donde al palpar, pudo comprobar que no fue registrado debidamente. Tras levantarse la pernera, dejó ver su cuchillo de combate y supervivencia “MK. II KA-BAR” de la Segunda Guerra Mundial. Al guardarlo nuevamente, recordó tener su Sig Sauer tras la puerta después de que se la arrojaron durante el duelo. Inmediatamente fue a recogerla y la volvió a guardar en su espalda desnuda. Volvía a sentir el intenso frío de la época invernal por lo que no tuvo más remedio que enfundarse su chaqueta, aún estando húmeda por la sangre vertida.

Esperando que William hubiera sido lo suficientemente hábil, Renee se acercaba hasta su yacente cuerpo, sopesando que hubiera guardado algún tipo de información valiosa de manera estratégica que no hubiera podido encontrar nadie. Una información que pudiera recuperar y que le sirviera para conocer los próximos pasos de David y Martín. En un acto no muy propio de su carácter, cogió su camisa como si de un guante se tratara y colocó los corazones que se posaban sobre el pecho de ambos dentro de sus cavidades torácicas. No reparó en una colocación adecuada si no en tratar de dar mayor descanso a aquellos cuerpos tras la atroz mutilación perpetuada.

—¡Esta atrocidad no es justa para nadie!

Comenzó a hurgar dentro de la chaqueta de aquel musculoso e inerte cuerpo, rebuscando en sus bolsillos con ahínco sin que nada quedara sin escudriñar. Nada. Con muy poca delicadeza giró el cuerpo hasta posarlo boca abajo y comenzó a mirar en sus bolsillos traseros.

—¡Aquí hay algo!

En uno de los traseros del pantalón, pudo notar lo que parecía ser un trozo de papel. Lo sacó con cuidado pues no quería arriesgar ni lo más mínimo a que se rompiera, pese a notar su dureza. Cuando estaba fuera vio que se trataba de un pedazo de papel rasgado con la mano, pues se notaba por el corte realizado sin ninguna precisión ni limpieza. Se encontraba doblado en un minúsculo pedacito de papel, quizá para que pasara lo más desapercibido

posible pues incluso a él le había costado encontrarlo. De ahí, su insistencia en querer cerciorarse. Confiaba en que algo así ocurriera.

Tras una leve sensación de alivio, se apresuró a abrirlo. Conforme iba desprendiendo sus dobleces, era capaz de comprobar que había algo escrito, pero no fue capaz de saber que era hasta que estuvo descubierto en su totalidad. Incapaz de comprender que misterio aguardaba su traducción, solo era capaz de advertir la singular distribución de los caracteres cuya idéntica longitud no pasaba desapercibida.

XICRUZVIIIICÓSMICAMCMXCIX
NOSTRADAMUSCENXCUARXXXIV
NOSTRADAMUSCENXCUARLXXII
BUSCALOYDESTRUYELOPRONTO

No sabía que podía significar, pero sí de quien requería la ayuda para descubrirlo. Era imposible sacar una conclusión a partir de ahí o al menos imposible para él. No existía excesiva preocupación pues el otro sabría resolver el misterio y descubrir de una vez lo que estaban conspirando.

—¡Tanto esfuerzo para nada!

La frustración se apoderaba de Renee, quien esperaba encontrar los datos oportunos para poder conocer el destino que habrían seguido David y Martín. Nada más lejos de la realidad, ahora se encontraba nuevamente perdido y sin rumbo.

«¿Dónde debo ir?»

Ahora recordaba las cómicas pero alabadoras palabras de sus excompañeros cuando le decían que “sería capaz de que un perro perdiera la pista de su propia cola”, porque quien se encontraba perdido era el mismo. Totalmente solo. Sin saber qué dirección seguir. Sin saber dónde buscar.

Capítulo 43

Atravesando un extenso terreno envuelto en polvo de arcilla y ladrillo, Kabil se disponía a buscar fervientemente un refugio donde pasar unos instantes de meditación. La remodelación de un enorme edificio abandonado, parecía el lugar idóneo para llevar a cabo tan solitario trance.

Su última reunión estaba próxima de ser celebrada. La lealtad era un rasgo que Kabil profesaba con ferviente virtud. Nunca hubiera llegado hasta la posición en la cual se encontraba en aquel momento por sí mismo, teniendo la necesidad de reclamar ayuda. Una valiosa colaboración por la que debería prestar su servicio. Ahora se encontraba en disposición de deshacerse de las cadenas que le ataban a aquel hombre y por fin ser libre. Libertad para llevar a cabo el encumbramiento. La divinidad espiritual de los dioses se había hecho cargo de su cuerpo carnal, para así ejecutar el plan divino y dar paso a una nueva era de prosperidad. Una época actual donde el hombre malicioso quedará extirpado por culpa de sus desleales e impuros actos con la Naturaleza, para dar paso a una insólita extirpe que desarrolle un mundo inédito.

—¡No puede ser!

Kabil se llevó la mano al bolsillo de su chaqueta, extrayendo un pequeño bote donde habitualmente guardaba unas pastillas. Su repentino enojo resultó de comprobar que dicho frasco se encontraba vacío, por lo que no podía contar con su ansiado fármaco.

—Debo mantener la serenidad, al menos por unas horas más.

“Oh Corazón del Cielo, Corazón de la Tierra
Ahaw que estás en el cielo,
que estás en la tierra,
que estás en los campos,
que estás en las veredas...”

Sentado en el suelo, entre vigas de hormigón y con la mirada perdida, trataba refrenar su impetuoso espíritu para tratar de encontrar el momento de conexión espiritual.

—¿Qué demonios estas soltando por la boca?

Una impertinente y desconocida voz interrumpió su “payalchi”. Esto suponía un gran desagravio contra los padres de la naturaleza. Resultaba una gran ofensa la interrupción de una plegaria u oración.

—Necesito mantenerme recto en el camino.

“...que estás por los ríos,
que estás en el mar,
que estás en la ciudad...”

Por extraño que pudiera parecer, Kabil se encontraba tan inmerso en su reflexión, que pretendía hacer caso omiso a tal desagradable voz.

—¡Creo que voy a acompañarte! —Volvió a molestar.

Los ojos de Kabil se abrieron de par en par, mostrando su gran disgusto ante tal ofensa. No podía consentir que tal afrenta quedara impune. Comenzaba a sentir en su interior un irrefrenable deseo de mostrar el respeto que sus dioses merecían, otorgando el justo castigo que debería llevar a cabo. Fue en solo un momento cuando una intensa imagen, carente de alegoría, irradió sus más profundos recuerdos, provocando un estado de excitación tiempo atrás hartamente conocido.

Aquel obstinado hombre, resultó ser un drogadicto que estaba preparándose para consumir una dosis. Solo con ver la jeringuilla, la mente de Kabil se debatía entre el recuerdo de una época, fiel reflejo de aquel hombre tirado en el suelo sin fuerza ni espíritu, y la histeria por recordar aquellos malogrados años que terminaron por resultar tan inservibles como lo debería ser aquel instrumento del averno.

—¿Qué haces con eso? —increpó Kabil, alzando la voz con un tono perceptiblemente airado.

—¿Acaso no lo ves? —contestó aquel hombre.

Kabil comenzó a levantarse. No cesaba de mirar aquella jeringuilla que en tantas ocasiones había penetrado su escuálida piel. Creía notar como volvía a brotar por su interior.

—¿A dónde vas? ¡Eso es mío!

Ante la amenaza que suponía el aproximamiento de Kabil hasta su posición, el hombre comenzó a erguirse con gran dificultad. Su debilidad y los mareos ocasionados por tan alta consumición, hacían de él no más que un

muñeco de trapo con el que Kabil podría hacer lo que le plazca. Sin tardar, lo agarró del brazo y le quitó la jeringuilla de la mano. Parecía debatirse internamente sobre la mejor forma de utilizarla.

“...Escúchame, Perdóname, Encamíname,
No me desampares...”

En aquel instante la soltó y la dejó caer al suelo, posando con fuerza su pie hasta escuchar cómo se rompía en diminutos trozos.

—¿Pero qué has hecho? —le gritaba el hombre con toda la fuerza que poseía en sus delicados pulmones.

Kabil no sucumbió a la perdición. Era más fuerte que cualquier fuerza impura que tratara de perturbar su aspiración. No así, aquel deshonesto hombre. Continuaba queriendo otorgar el oportuno castigo por su insolencia. Así, y sin ningún miramiento lo agarró del cuello. El hombre trataba de revolverse, intentando desprender las manos de Kabil de su cuello. La fuerza que usaba no resultaba suficiente como para acabar con su vida, pero sí lo suficiente para conducirlo con mayor avidez hasta donde se propuso.

Ambos subieron las escaleras del edificio, hasta parar en un espacio inacabado de grandes dimensiones y completamente abierto. Numerosas ventanas por finalizar su construcción, daban al exterior de la abandonada calle.

Kabil arrastró con suma facilidad el demacrado cuerpo del hombre y lo postró tendido en el suelo, cercano a una de las ventanas. Su actitud transmitía una irrefrenable sed de venganza, nunca similar a otra. Se encontraba en un delirio que irremediablemente resultaba descontrolado.

—¡Suéltame! Déjame ir.

Kabil sacó el cuchillo con el que momentos antes había cortado una vida en instantes. Mientras mantenía paralizado al hombre con la fuerza de sus rodillas, puso el cuchillo sobre su pecho, a la altura del corazón.

“Poderoso Kukulcán,
Cuya furia
Podría arrastrar a esta tierra al olvido,
Permíteme aplacar tu ira con este sacrificio.
Para exaltarte en tu gloria
Para que mi pueblo sea prospero
Para ser dignos en tu regreso...”

Kabil recitaba aquel rezo con gran satisfacción. Ahora si estaba llevando a cabo una acción que dignificara a sus dioses. Un adecuado sacrificio ofrecido al dios Sol, no como los anteriores que resultaron tan impropios.

“...Guerrero valeroso y voluntario
Con tu sangre renuevas el mundo
De edad en edad
Gracias te sean dadas”

Con sumo cuidado, comenzó a clavar el cuchillo en la cavidad torácica del hombre. Rechazaba cometer el mismo error, al no querer usurpar su cuerpo de ignominiosa sangre.

—¡No, por favor!

El hombre no paraba de gritar desconsolado. Inundado por un inmenso dolor, era incapaz de cesar en sus gritos. Parecía impulsado por una fuerza que no había demostrado antes, pero solo concentrada en sus cuerdas vocales. Su cuerpo cada vez se volvía menos consistente, menos fuerte.

Kabil desgarraba con esmero y saña, piel y carne. Hasta que la magnitud de la herida se convirtió en desproporcionada. Por debajo de las costillas, introdujo su mano envuelta en la camiseta que vestía el hombre, para evitar mancharse de sangre. Con facilidad pasmosa arrancó el corazón de sus venas y arterias, dejándolo reposando sobre sus manos. El hombre aun era capaz de comprobar cómo su latente corazón era colocado sobre su pecho, apreciando los últimos latidos mientras aun golpeaban su cavidad torácica, mientras notaba como expiraba su vida. Una vida tirada con solo perjuicio. Sin fuerzas, dejó de gritar. Dejó de pronunciar palabra. Hasta que el último aliento de sus pulmones se escapaba de su cuerpo.

Kabil, tras vengar la ofensa, y el ofrecimiento otorgado, recogió el corazón del pecho del hombre y lo puso en un marco de la ventana que daba a la calle, como si pretendiera que fuera visto. Tras eso, cogió el cuerpo inerte de aquel hombre y sin dudarlo, lo arrastró hasta las escaleras por las que había ascendido con anterioridad. Al llegar lo impulsó por el mismo hueco de las escaleras, observando cómo caía rodando sin control hasta toparse con el suelo de arena. Cayó al vacío, quedando su cuerpo yacente reposando sobre una polvareda originada por sí mismo al caer.

—¡Brindo su sangre a los dioses para garantizar el orden y perpetuar nuestra cultura ancestral!

Tras aquellas últimas palabras, se dispuso a limpiar las manchas que involuntariamente había recibido. No tenía intención de pasar más tiempo en aquel lugar, por lo que descendió por las mismas escaleras manchadas de

sangre, y sorteando el cuerpo salió corriendo. Volviendo a dejar atrás un reguero de sangre.

Capítulo 44

“El mar dará a cada hombre una nueva esperanza...”

Las palabras de Cristóbal Colon resonaban continuamente en su cabeza como un intenso dolor de cabeza. Nunca se hubiera imaginado hastiado de tan evocadora e inconclusa cita, pero lo cierto era que se transformaba en un incesante zumbido repetitivo en su cerebro. No entendía el porqué de aquellas palabras ni como habían llegado a su mente, pero lo cierto era que algo en su interior le decía que faltaba un pedazo del mensaje y que debería descubrirlo. Ni si quiera porque conociera la mano que había empuñado la pluma que había evocado tan grácil mensaje, era capaz de sostener el fervor de un mensaje inacabado. No solo se encontraba desbordado por palabras misteriosas y ansiosas por revelarse, si no dentro de unas gélidas aguas que envolvían toda su cabeza.

Como de una cruel tortura, se encontraba aguantando la respiración bajo un agua cuyo helor hacia recorrer por su turbio cuerpo una sucesión de descargas eléctricas que desembocaban en la punta de sus pies, como un afluente deja caer su caudal sobre un vasto rio. El incesante dolor de cabeza se sentía aliviado, pero su oxígeno comenzaba a consumirse. Necesitaba salir de aquella angustiosa situación. Como joven que le encantaba el mar, la apnea era una constante en su vida, pero aun así resistía lo suficiente como para hacer perder el conocimiento a cualquiera por la falta de moléculas de oxígeno en cada glóbulo rojo. Su razón le decía que debía salir de aquella situación, pero algo impedía a su cuerpo atender su reclamo de auxilio.

Había escuchado cosas horribles relacionadas con la asfixia. La hipoxia es la falta de oxígeno a los tejidos y al cerebro. Las células sanguíneas, desoxigenadas, pierden su intenso color rojo para pasar a tomar un color amoratado reflejado en la piel. Aunque los pulmones en un principio se conserven secos gracias a los espasmos de la laringe que impediría el paso del agua, posteriormente se terminaría inundando el estómago, provocando que

sumado a la falta de oxígeno se sufra un paro cardiaco y cerebral, perdiendo la consciencia.

«Aterrador»

Su vista no dejaba dilucidar con la misma claridad el tránsito de los peces ni los cambios de tonalidad del mar. Comenzaba a ser borrosa.

Deseaba que sus manos apoyadas sobre una escalerilla metálica, generasen la suficiente fuerza para impulsarse, pero sus músculos no eran capaces de procesar la orden de su sistema nervioso. La situación se volvía cada vez más agónica. La permanencia del monóxido de carbono, revertía hasta hacerse patente. El dolor de cabeza que estaba remitiendo se hacía ahora insoportable. Los ojos expresaban querer estallar y sus oídos emitían un zumbido irritante y a la par persistente.

Sus fuerzas comenzaban a fallar y sentía sus pulmones contraerse sobre ellos mismos. El hilo que lo unía a la vida parecía romperse poco a poco. Sus ojos cada vez abarcaban menos visión. Una luz tenue comenzó a iluminarle hasta que se hizo más intensa.

«Así debe ser el final»

El fulgor que radiaba le hacía cerrar por completo su cansada vista.

Extenuado, comenzó a toser con fuerza, tomando una enorme bocanada que empaparía sus órganos por completo. Una sensación extraña le inundó. No era agua. Sintió como un aire limpio y milagroso se adentraba en él, recuperando la esperanza y con ella la vida que se le había marchado. Con gran dificultad comenzaba a inspirar aire limpio, anegando dulcemente sus pulmones y cada célula de su cuerpo, recobrando poco a poco la lucidez y el calor en cada músculo. Sentía el frío de la plancha metálica sobre su espalda, mientras comenzaba a abrir los ojos, dando paso a un reconfortante sol que se abría paso a través de las nubes. Una luz que consideraba su final, pero resultaba una nueva oportunidad para continuar.

Al recuperar el aliento, fue consciente que la angustia vivida pasó como una tormenta, que tras de sí deja un arco iris. No era consciente de la razón que le oprimía dentro del agua y no le dejaba salir, pero aun más extraña era la que explicara como abrió los ojos fuera de la misma cuando parecía que ya no tenía escapatoria. En ese momento, era un misterio que podría soportar no resolver.

Se irguió, mostrando las marcas perfectamente cuadrículadas de la lámina metálica sobre su espalda. Aliviado, se sentó sobre la cubierta de madera recientemente pintada de blanco, para obtener una última intensa bocanada de aire limpio que impregnaría sus pulmones de reconfortante vida.

No le importaba en absoluto el dolor que podía sentir en la espalda, pues los incesantes dolores de cabeza y pecho remitían. Como un hombre nuevo, entró en el pequeño navío, que utilizaba para dar relajantes paseos por el mar Mediterráneo. Cruzó la pequeña cubierta hasta pasar el timón del barco, deseando marcharse a tierra firme.

«Suficiente agua por hoy»

Antes, accedió al pequeño camarote pues deseaba secarse lo antes posible. La camiseta verde que portaba estaba totalmente empapada y sumada al salitre hacia verdaderamente incómodo su uso al pegarse en exceso a su depilado torso. Al entrar, se deshizo de la misma y del bañador, secándose con una gran toalla a rayas blancas y rojas todo su cuerpo. Su cuerpo desnudo no acusaba las largas horas de sol que padecía en aquel lugar. Su blanquecina piel, dejaría entrever que nunca exponía su cuerpo a los placeres solares como sus conocidos. Prefería respetar las repercusiones que producían los rayos ultravioleta sobre su cuerpo. Se vistió un seco bañador con colores vistosos, rebuscando entre sus prendas. Mientras lo hacía, evidenció la existencia de una prenda extraña sobre el colchón. Arrugada. La prenda, con mayor blancura que la nieve más pura que jamás hayan visto sus afligidos ojos, se encontraba posada sobre una letrina del minúsculo camarote. Como un impulso involuntario, le condujo hasta donde se encontraba para agarrarla. Comenzó a acomodarla, intentando buscar algo en ella. Cuando finalizó, la alzó como un trofeo para contemplarla con la ayuda de la intensa luz que penetraba por el minúsculo ojo de gato.

«¿Una bata?»

Ahí estaba. Sus sospechas no resultaron infundadas. Mismo color. Mismo tamaño. Y en el mismo lugar de aquella inmaculada prenda se distinguía aquella serigrafía.

«D. S.»

“El mar dará a cada hombre una
nueva esperanza, como el
dormir le da sueños”

Como si de algún tipo de criatura que emergiese bruscamente de las oscuras profundidades de un infausto sueño, un largo gemido resonó por todo el frío y húmedo habitáculo.

En su creencia, David sentía llevar largo tiempo sin sufrir aquellos episodios, pero lo cierto era que durante los últimos días solo necesitaba unos instantes de un trascendente sueño para volver a evocar aquella vida que

últimamente no percibía tan exenta de realidad. Soportaba rememorar recuerdos o vivencias de una vida pasada, que el joven astrónomo no era capaz de conocer como propia pero que la sentía como tal.

Una misteriosa representación esta, comenzándola a aceptar más profusamente. ¿Puede que esa vida fuera también la suya?

Capítulo 45

David era incapaz de creer lo que veían sus ojos. Estaba siendo traicionado por su gran amigo, por su “hermano mayor” como en multitud de ocasiones solía llamarle de forma cariñosa.

Martín había sido para él un gran apoyo, el mayor de hecho desde que llegara a Madrid. No pasaba ocasión tanto buena como mala que no tomase en consideración su consejo o sus palabras. Como si del Dios Zeus o Poseidón se tratase, lo veneraba y respetaba, pero aquel momento pareció convertido en el Dios Ares, el Dios de la guerra que se arropaba con la piel de sus víctimas. Sin remedio, se sentía una de ellas...

—Martín, no puedo creerme lo que está sucediendo. ¿Por qué haces esto? Somos amigos...

David se encontraba encadenado. Encaramado a una sucia pared de piedra. Le habían colocado grilletes en las muñecas y unas cadenas que llegaban hasta un punto de anclaje en la pared. Las cadenas tenían una extensión de aproximadamente un metro y medio, lo que no era muy útil para una cómoda movilidad, pero si le permitía al menos poder descansar sus cansados brazos sobre sus piernas.

—¿Amigos? Se nota que no entiendes nada. Llevas tiempo viviendo una mentira querido amigo.

Sus primeros días en Madrid, fueron de los más tormentosos. Se encontraba tan perdido como un animal salvaje en una jungla urbana, fuera de su sabana natural. Era la primera vez que salió de su pueblo natal y emigraba a una gran ciudad sabiendo que tendría que pasar los próximos años allí. Solo. Sin nadie a quien acudir en los malos momentos. Sin nadie con quien celebrar los buenos momentos. Su familia estaba lejos. Demasiado para él.

Con tan solo dieciocho años y pocas semanas en la ciudad, David volvía a horas nocturnas del centro de Madrid. Necesitaba buscar información acerca de los “Fundamentos de la Física”, por un trabajo de una asignatura de similar nombre. Nunca se adentraba en calles desconocidas pues ciertamente no confiaba en la gente que podía morar esos lóbregos rincones.

—Ve con cautela David, y nunca confíes en nadie —solían decirle continuamente en casa.

Esa noche retornaba demasiado tarde, y como un chico de extremada responsabilidad por aquellos entonces, no concebía mantener preocupada a su madre por no llegar a la hora acordada. A tantos kilómetros de distancia entre ellos, la preocupación de una madre se acrecentaba con la mínima razón. De tal modo que se apresuró a intentar llegar lo antes posible cogiendo un atajo, para ello, desviándose así de su habitual hoja de ruta.

«Son las diez de la noche. ¿Qué puede pasar?», se dijo a sí mismo intentando insuflarse la confianza que necesitaba, ya que aun era un joven con grandes desconfianzas e inseguridades.

Se adentró en un oscuro y estrecho callejón del cual pudo discernir a lo lejos, como desembocaba en la parada de metro a la que intentaba acercarse. Caminaba con paso firme. Rápido. Prácticamente iba corriendo, pues de hecho se lo propuso a sí mismo, pero no quería infundirse el miedo de que algo malo pudiera sucederle por lo que reprimía esas ganas imperiosas de correr.

A mitad del largo callejón, un ruido llamó su atención veinte pasos por detrás de los ya recorridos. Una puerta se abrió a su espalda, sin cerciorarse de su existencia.

«¿Había una casa ahí?»

Dos hombres salían rápido y avanzaban hacia él con un paso más firme aun que el suyo. Sin detenerse ni cruzar palabra entre ellos, se dirigían en su misma dirección, como si de un objetivo se tratase al cual no podían dejar escapar. Los nervios le imposibilitaban pensar con lucidez y el miedo cada vez era mayor. Sus pies caminaban aumentando su cadencia, dejando atrás un rastro que apestaba a miedo e inquietud.

Sus brazos portaban dos libros de considerable grosor, que a cada metro avanzado creía que aumentaban en peso y le impedían avanzar con mayor ligereza. Sus pies pesaban como si de plomo se tratase. Su respiración era jadeante. Hasta el aire frío se impregnaba con el sudor de su frente.

Con cierto disimulo, ladeaba la cabeza hacia atrás para controlar su posición. Pudo distinguir que eran dos hombres de complexión atlética y gran estatura. Llevaban las manos en los bolsillos y caminaban con una coordinación propia de quien se adiestra en cada movimiento.

«No sucede nada, ¡mantén la calma!»

Pero por más que lo intentaba, no era capaz de calmarse. Aquel callejón cada vez parecía más largo. Infinito. «Maldita sea, esto no termina nunca»

Entonces lo vio. La imagen más aterradora que nunca había vivido en sus dieciocho años de edad. Uno de los hombres se sacó la mano del bolsillo y le hizo una indicación al otro con el dedo mostrando algo en la palma de la mano. Justo en ese momento los dos hombres comenzaron a correr como alma que lleva el diablo. David comenzó a correr despavorido, los libros lo ralentizaban pero su cabeza no era capaz de pensar que era mejor desprenderse de ellos. Al contrario, los agarraba con fuerza como si su seguridad dependiera de ellos.

«Cada vez están más cerca»

No sabía que querían. ¡Robarle!, suponía. El problema no era ese, ya que simplemente tenía unos pocos euros en el bolsillo y una cadena de plata que le regaló su madre por un cumpleaños, de escaso valor económico pero si de gran valor sentimental. Tenía miedo a que esos hombres pudieran hacerle daño por algo que no llevaba o que no pudiera darles.

Sus piernas ya no daban más de sí. No era capaz de correr más. Estaba a punto de llegar al final del camino pero esos hombres no cesaban en su asedio.

«Corre David y no mires atrás»

Justo cuando prácticamente podía sentir el aliento en su nuca, salió del callejón y tropezó violentamente con un transeúnte, de manera que ambos cayeron al suelo, disparando los libros y los enseres de aquel viandante hacia diversas direcciones. David que había caído boca abajo, hizo caso omiso a aquel incidente ya que se apresuró a echar la vista atrás para controlar a aquellos hombres que lo perseguían.

«¿Dónde están??»

Nada. No era capaz de verlos. Cuando alzó un poco más la cabeza pudo distinguirlos a lo lejos. Seguían a la carrera en otra dirección. Entonces no pudo evitar dejar caer un gran suspiro de alivio.

—¡Disculpe, podría tener cuidado por dónde va con esas prisas! —
recriminó el hombre agraviado.

—Discúlpeme señor, lo lamento. Caminaba por el callejón y dos hombres empezaron a correr detrás de mí. Pensé...

—¡Que querían atracarte! —terminó la frase.

El hombre se agachó y recogió uno de los libros que pudo obtener desperdigado por el suelo.

—“El tratado de la pintura, por Leonardo da Vinci”. Creo que esto es tuyo, ¿no? ¿Estudias el Arte del Renacimiento, o al visionario Leonardo da Vinci?

—Sí señor. Trato de comprender mejor las ideas de varios eruditos de la historia. El Arte no es una de mis especialidades pero si nunca intento mejorar mis conocimientos...

Ambos quedaron unos segundos en silencio, mientras el transeúnte no separaba su mirada del libro.

—¡Vaya! Casualmente imparto clases de Historia en la Universidad. Si te diriges a las proximidades, puedo acompañarte para que te sientas más seguro.

—Estaría encantado, pero voy dirección a Moncloa. Pertenezco a la Facultad de Ciencias Físicas.

—¡Tranquilo! Estamos cerca. Podemos charlar por el camino, si así lo deseas.

—Claro señor, será un placer. Mi nombre es David. David Soriente.

—Encantado David. Yo soy Martín Castor.

—Te aseguro que no eres consciente de la magnitud de la situación. No creo que por ti mismo nunca fueras capaz, pero no te preocupes amigo porque lo comprenderás pronto.

David estaba incrédulo. No creía todo lo que estaba escuchando, pero aun así no podía dejar de atender.

—David, a lo largo de la historia siempre ha habido hombres que han buscado poder o riquezas. No siempre han sido hombres repudiados por la historia como Stalin, Atila, Nerón, Robespierre,... y tantos más que no han dudado en masacrar o torturar incluso millones de vidas para alcanzar su ansiado poder. Hitler es uno de los personajes más atroces de la historia. Mal líder y genocida. Sin embargo por sus ansias de poder y al iniciar una cruel guerra que cobró millones de bajas inocentes, ahora no cesan de hacer documentales y películas en torno a su persona. Es uno de los personajes de la historia más utilizados, aunque solo sea para despojarle de su humanidad. Pero su nombre perdurará en el tiempo, por siempre. Por años se celebrarán películas sobre los países aliados o personajes específicos, y el nombre de Hitler siempre aparecerá en ellas, pues fue el causante de todos aquellos acontecimientos por los que se llevan a cabo. Ese reconocimiento. Esa eternidad. ¡Todo eso es cuanto anhelo!

—Nadie se acuerda de los barcos que no se hundan, ¿verdad? —le increpó David enojado mientras permanecía encaramado a una piedra fría y sin vida.

—Igualmente, —continuo Martín— existieron muchos otros cuyas hazañas convertidas en idílicas victorias, les han llevado a ser reconocidos como grandes héroes por el resto de la historia. ¿Piensas que no tenían el

mismo interés? Codicia. Sed de poder... Los hombres siempre han tenido un talón de Aquiles. Siempre débiles ante el ansia de poder, que les conduce a reclamar más, en muchas ocasiones sin importar en absoluto el medio para poder conseguir el fin. ¿No fue Aquiles un siniestro asesino? Se llevó miles de vidas simplemente buscando una gran batalla, donde su nombre pudiera ser recordado por siempre,... y lo consiguió. ¿Y no se le recuerda como un grande? ¿No es William Wallace un héroe para todos los escoceses por su lucha por la independencia y sin embargo fue ejecutado por alta traición a Inglaterra? ¿No fue el Cid Campeador reconocido como héroe de Castilla y sin embargo a lo largo de sus años tuvo diversos amos, luchando como un vil mercenario por dinero? ¿No les reconoce la historia como gente valerosa? ¿No lo reconoce la historia como héroes? ¿No lo reconoce la historia como líderes? Sin embargo, detrás todas esas historias, no les importó el medio para intentar hacerse con un fin.

David se mantenía sobrecogido Confuso. Nunca había visto a su amigo hablar de una forma tan siniestra de un tema similar.

—David, fui miembro importante de una organización secreta que busca ese poder. Nosotros hemos escudriñado cada rincón de este mundo. Nueva York, Tokio, Madrid, Berlín, Roma, Vancouver,... No hay frontera que se escape, ni límite que no podamos cruzar. Allí donde haya un atisbo de conseguir una fortuna mayor, nuestra organización siempre ha estado al acecho. ¿Piensas que nuestro primer encuentro fue obra de la mera coincidencia?

La conmoción de David acrecentaba. Como un implacable tornado que arrasa a su paso, seguía incrédulo sin conseguir que amainaran sus desatadas y huracanadas tempestades.

—¿Pero qué diablos quieres de mí? Yo no entiendo nada. No se dé que estás hablando.

—David, amigo mío, tú siempre has sido la clave.

Capítulo 46

La mujer de timbre sensible, se mantenía echada sobre el sofá leyendo uno de sus eternos libros, ajena a toda la algarabía formada. Intranquila, esperaba una llamada tranquilizadora que nunca terminaba por llegar. Cansada de tan amargarte espera, decidió coger el teléfono y ser ella quien intentara entablar contacto. Precavida, como siempre, se había tomado la libertad de proporcionar a José, un número de teléfono con el que debería contactar en caso de una situación de peligro. Decidió no ofrecer ningún tipo de información relevante sobre quien se trataba. Ni un nombre, ni pseudónimo, ni descripción física. Por su seguridad simplemente se tendría que limitar a informar.

—¿Señora? —Se escuchó una voz cansada al otro lado de la línea.

—¿Hay alguna novedad?

—¿Novedad? ¡Demasiadas! —contestó con cierto sarcasmo—. Pero creo que tardaríamos mucho en analizarlas con exhaustividad.

El tono de voz de José era de cierto resquemor ante la falta de información tan importante, que ponía en tela de juicio su propia seguridad. Cosa que le habían asegurado, no iba a suceder.

—Lo lamento... pero era un mal necesario.

Para nada se sentía convencido con tan burda explicación, pero con ella se debería conformar.

—Dejando a un lado ese tema, —continuo José— llevo más tiempo de la cuenta sin saber nada de él.

La voz de aquella mujer comenzó a sentirse tensa, escuchando una respuesta que no deseaba tener que oír.

—Se más específico por favor —le pidió.

—Hará unos cuantos minutos, —comenzó el conductor— llegaron claramente sofocados hasta donde me encontraba con el vehículo, corriendo y sin aliento. Martín me exigió ponernos rápido en marcha, ofreciendo únicamente una dirección y ninguna explicación. Poco tiempo antes descubrí

involuntariamente que no me había contratado para hacer simple turismo. ¡Comprenderá mi sorpresa!

Apenas emitían sonido alguno. Parecía consternado. Desconozco lo que habrá sucedido en el piso que se encontraban antes pero no creo que nada bueno por su expresión. Una vez llegamos donde me encuentro ahora, salieron del vehículo y ya... hasta ahora. Sigo sin saber nada de ninguno.

La distancia y la completa ignorancia sobre el trascurso de los sucesos, hacían que resultase difícil el poder contemplar una perspectiva adecuada para la mujer, quien seguía sumida en la sombra de la duda y la intriga.

—¡Ponte en contacto con él! —reclamó la amable mujer.

Aun cuando daba una orden o emitía una contrariedad, su cálida y delicada voz nunca se perdía. Le acompañaba perenne como las hojas violetas a la lavanda o las rosas al cerezo.

—¡Como usted quiera!

Aunque receloso, pues no le satisfacía en absoluto tener que ponerse en contacto con alguien al que desconocía por completo, como persona que cumple con su palabra, se apresuró a buscar el número en su listín telefónico y proceder a la llamada, dando paso al primer tono.

Sentado sobre las planchas de hierro y aluminio, observaba la escasa profundidad de sus vistas, mientras pensativo trataba discernir un modo de continuar.

De repente y sin esperarlo, comenzó a sonar su teléfono.

—(...) —Renee descolgó el teléfono, pero decidió no contestar la llamada al desconocer la procedencia de la misma.

—¡Buenas tardes señor! Mi nombre es... ¡Perdón! Existe alguien que encarecidamente me ha pedido ponerme en contacto con usted lo más rápido posible.

Renee continuaba sin emitir palabra, procurando seguir prestando atención.

—¡Puedo decirle dónde se encuentran David y Martín!

Esas palabras resultaron un inesperado hilo de dogma. Su desidia tornaba a excitación al escuchar aquella afirmación que quizá, podría volverle a conducirlo al camino correcto. Un camino en el que ahora si podría ir un paso por delante. “Ser el león que acecha a la gacela”.

—¿Cómo fiarme? —respondió por primera vez.

—No puede. De usted depende.

Renee quedó sorprendido. Aunque era consciente de que se trataba de la única opción con la que contar, no era lo más inteligente seguir las

indicaciones de alguien a quien no conocía. Podía buscar otra manera o arriesgarse con aquel desconocido. A esas alturas...

—¡Te escucho!

Capítulo 47

—Tiempo atrás nuestra organización no era más que una ilusión de unos pocos visionarios que queríamos reivindicar nuestro poder, con aun más poder. Desde piratas hasta los hombres de la actualidad que incrementan sus ingresos en las grandes bolsas del mundo o entidades bancarias, han destinado un buen número de años de su vida o incluso la vida misma en busca de tesoros y riquezas. ¿Crees que son personajes cobijados por la ambición o pasión por la historia? En mi opinión, todos se convirtieron en la sombra de la historia para seguir sus huellas y encontrar los tan soñados tesoros.

Las ruinas de Troya, ciudades sepultadas, los restos del Titanic, el oro nazi perdido, galeones, la cámara de Ámbar... son tantísimos los tesoros escondidos en el mundo, que simplemente conocer su existencia nos abrumaría de sobremanera. Ya sea bajo el agua o bajo tierra, muchos hombres y mujeres se han afanado por encontrar estos preciados botines. Amor a la historia, a la aventura o por dinero.

“Algunos hombres nacen grandes, otros tienen la oportunidad ante sí”, y yo no iba a desperdiciar la mía.

Te aseguro que mi única ambición no consiste en el dinero. No persigo solo las riquezas y los lujos porque por si solas son vanas y vacías. Mi propósito es mayor. Quiero ser recordado en la historia, como todos esos héroes. Quiero que mi nombre perdure como el hombre que fue capaz de dar al futuro, los tesoros antaño perdidos en el pasado. Los más grandes de todos los tiempos. Un hombre forjado así mismo que se convierte en un héroe del pueblo. Venerado. Admirado. Idolatrado.

Antes de pasar a la acción teníamos que recopilar información primero, infiltrarnos en organizaciones, reunir datos,... Claro está, para eso necesitaba gente a mi lado que supiera que habría que hacer y que tuviera los medios necesarios para poder llegar hasta a ellos. Como muchos, yo también empecé desde abajo. No disponía de recursos necesarios para poder llevar a cabo mis planes por mi cuenta, por lo que comencé a trabajar para un millonario avaricioso. Todo calibraba conforme a los procedimientos que debíamos

desarrollar, hasta que un día sin esperarlo, llegué a comprender que no todos los tesoros son de oro y diamantes compañero.

David permanecía incrédulo ante las incongruentes palabras que Martín le estaba dedicando con tanto ahínco.

—David, creo que ha llegado el momento para que empieces a conocer la verdad de tu historia.

Llegó a nuestros oídos la existencia de una doctora que estaba realizando trabajos de exploración sobre un antiguo botín de la Alemania Nazi, estratégicamente escondido para que los aliados no se hicieran con él al concluir la guerra. Las imágenes de aquella sublime mujer me llenaron de una forma nunca antes similar, hasta que me aventuré a rogarle a nuestro jefe el poder reclutarla para nuestra organización. Quizá fueran sus rasgos y su belleza la que me impulsó más que sus actos profesionales y su habilidad para recabar información fidedigna, pero quedé obnubilado con ella. Mostré toda la información que poseía a mi superior. La seguía y estudiaba exhaustivamente durante lo que me pareció un largo tiempo, hasta que un día fui autorizado a entablar conversación con ella. Lógicamente no podía amedrentarla con tal información u objetivo que tenía preparado para ella, pues nunca hubiera aceptado mi proposición. Entonces era una simple doctora que cumplía con un trabajo remunerado para su gobierno, por lo que debía de allanar el terreno y mostrarle que en mí podría conseguir una persona noble en quien depositar su confianza.

Los días pasaron, y las semanas con ellos, convirtiendo el lazo que me unía con aquella mujer cada vez más fuerte. Me enamore. Y comencé a pensar que ella conmigo. Su manera de mirarme. Su manera de hablarme. Su manera de tratarme... Un día reuní el valor suficiente para contarle a lo que me dedicaba en realidad. Le ofrecí toda la información, aunque claro, con ligeros detalles. Suya era la posibilidad de encontrar tesoros escondidos para una organización privada, para con el tiempo exponerlos al mundo como ofrenda para su deleite. Le hice pensar que seríamos los mensajeros que otorgarían los presentes a un posterior museo de grandes dimensiones que la gente pudiera admirar. Mentí. Y ella me creyó.

Nos adentramos en la antigua mina de sal Kaiseroda, muy próxima a la ciudad de Merkers, donde las fuerzas aliadas encontraron más del noventa por ciento de las reservas de Alemania en los instantes finales de la guerra. Más de 8527 lingotes, innumerables monedas de oro, billetes, plata, diamantes, perlas, etc. Un botín muy succulento como para dejarlo allí. Pero aquella mina era un auténtico laberinto de más de ochocientos metros de profundidad y

cincuenta kilómetros de enredados túneles, y aun así, ella estaba convencida de que podríamos encontrar antiguos lingotes de oro de la época Nazi, algo que por el tiempo en el que nos encontramos sería un auténtico hallazgo histórico.

Durante días nos adentramos dentro de la mina, sin que nadie lo supiera. Vivimos en aquella mina para solo encontrar polvo y piedras. Buscábamos una ilusión y no encontramos lo que anhelábamos. La duda y el recelo se apoderaban de mí. Quizá no era la persona adecuada. No deberíamos estar perdiendo tanto tiempo persiguiendo sombras. Pero yo confiaba en ella... Sin perder tiempo, me contó que existía otro tesoro que nunca había sido encontrado a ochocientos kilómetros de donde nos encontrábamos ahora mismo. En las montañas de Mittenwald. Tenía una gran motivación y una sed de conocimientos inusitada. Conocía perfectamente el trayecto realizado por aquel tesoro a través de las boscosas montañas de Karwendel. Conocía los oficiales encargados del tesoro, Friedrich Josef Rauch y Franz Pfeiffer, quienes fueron misteriosamente puestos en libertad poco tiempo después de la ocupación y consiguieron emigrar a Argentina. Lógicamente esto nos hacía sospechar que el tesoro voló de allí, ya que en tiempos de guerra un tesoro en un lugar tan recóndito sería un preciado demasiado apetecible como para dejarlo bajo tierra, ¿verdad? Aun así nos adentramos y nos centramos en la búsqueda.

Sus métodos eran impolutos. No dejaba huella y exteriorizaba saber donde tenía que buscar perfectamente. A los pocos días creíamos que estábamos a punto de encontrar toda la reserva Nazi perdida en aquellas montañas. Su expresión era de confianza absoluta. Por lo visto apareció una antigua partitura de una marcha militar escrita por Gottfried Federleinen, donde entre sus líneas, Martín Bormann; secretario personal del dictador; escribió unas letras y números que marcarían la ubicación del tesoro para que una vez conseguida...

—¡Ta gueule!. ¡Cállate! ¿Se puede saber porque me cuentas todo esto?. ¿Qué demonios tiene que ver esa historia conmigo? —le gritó David totalmente enfurecido, cortándole en su relato.

—David, amigo mío, háblame de tus padres...

Tras soportar tan insultante historia, no esperaba que al cortar su relato, tornara en relevancia a sus padres.

—¿Mis padres? ¿Qué tienen que ver ellos?

—Mucho mí querido amigo. Mucho. Esa mujer de la que te hablo se trata de tu madre. Tu verdadera madre. Ella robó un gran objeto histórico y ahora

queremos hacernos con él. Ella fue la que hizo todo este enredado plan para poder encontrarlo. ¿Sabes de qué se trata? ¿Te gustaría saber de qué tesoro tan importante hablo?

Ambos quedaron unos segundos en silencio en un cruce de miradas que más bien parecía la antesala de un combate feroz, solo interrumpido por el sonido de un teléfono móvil.

—¿Sí? —contestó Martín.

Una voz ronca y ahogada se escuchaba al otro lado del teléfono.

—¡Hazlo! —Con lo que Martín sin más colgó el teléfono.

—Tendrás que disculparme querido amigo pero tengo trabajo que reclama mi buen hacer. No te apures, no tardaré en volver y podremos terminar lo que hemos empezado. Mientras tanto puedes quedarte con esto, ya que quizá así empieces a tomarme más en serio y puedas meditar intentar ayudarme con mayor ahínco.

Martín introdujo su mano derecha en el bolsillo izquierdo de su chaqueta, sacando un trozo de papel grueso. Sin apenas cruzar una escueta mirada o gesto alguno, con desdén se lo lanzó a David.

—Ya no la necesito.

Con las mismas abrió la puerta y desapareció dejándolo solo en aquel oscuro lugar que olía a humedad y alcohol embotellado.

David se movió con dificultad a causa de las cadenas, pero en aquel momento se alegró de esa pequeña movilidad que poseía, no solo por el descanso sino porque gracias a ella parece que podría llegar, no sin trabajo, hasta aquel trozo de papel.

Le dolía todo el cuerpo pero a pesar de aquello, como si de su misma liberación dependiera, no cesaba en su intento. El suelo estaba frío como el agua helada. No debería de haber más de uno o dos grados en aquella habitación y su ropa no ayudaba a entrar en calor ya que el que fuera su amigo le había despojado de su abrigo y ahora también luchaba por no sufrir congelación.

Antes de darle la vuelta imaginaba que era una fotografía por las siluetas que se podían apreciar y por el tacto del papel. Al contemplar la figura que se dilucidaba, su rostro empalideció y su cuerpo quedó aun más helado que aquel suelo en el que se apoyaba. Posiblemente era lo último que esperaba ver. Era lo último que imaginaba ver. Era lo último que deseaba ver.

Capítulo 48

Un coche de policía que patrullaba las proximidades, recibió un aviso por radio hacia escasos minutos proveniente de su centralita, para atender una extraña llamada anónima. Dicho llamamiento alertaba de varios gritos y quejidos en una vivienda, y lo que parecía una trifulca entre más de uno de los presentes. Igualmente, denunciaban la presencia de un sospechoso desconocido con algunas imperceptibles manchas de sangre, que salía huyendo a toda velocidad de dicho lugar, atravesando uno de los recónditos callejones.

—¡Es aquí!

Ambos policías bajaron del vehículo, que mal estacionado dejaron delante de la puerta de entrada al edificio, para terminar de abrir el portón que ya se encontraba entreabierto y adentrarse en el oscuro inmueble. La pareja desenfundaba sus armas de la cartuchera donde reposaba en sus caderas, preparándose para cualquier eventualidad. No sabían lo que se podían encontrar, por lo que deberían sentirse seguros ellos en primer lugar. Con gran delicadeza, como si atravesaran un puente colgante en mitad de una potente tormenta, ascendieron cada uno de los escalones tratando de no ser percibidos por los posibles intrusos que pudieran permanecer dentro del mismo.

—¡Debemos mantenernos alerta! ¡Cubre mi espalda!

Una vez alcanzaron la planta deseada, fueron avanzando con gran sigilo hasta la puerta que daba acceso a la casa. Para su sorpresa, totalmente abierta. Con una perfecta formación defensiva, flanqueando diversos campos de visión, se adentraron en la vivienda indicada por la anónima llamada. Cruzaron el origen de la puerta con las armas en alto. Vigilando cada pasó con precisión quirúrgica. Uno tras otro le iban acercando al destino indicado, evitando ser oído y con cuidado de no ser percibidos. Expectantes al devenir de los acontecimientos.

Habían solicitado una patrulla de refuerzo, ante el completo desconocimiento al que se enfrentaban. Estos aun se encontraban en camino,

pero aun así, decidieron adentrarse solos en tan inhóspito lugar sin ser conscientes del peligro que podría conllevar.

Una vez se dispusieron a adentrarse en la lúgubre ambiente del mugriento lugar, sus pasos les llevaron a atravesar los diversos aposentos, cerciorándose que estaban libres de toda amenaza. Estancia tras estancia, se preocupaban de su exhaustivo registro pues no podían dejar rincón sin investigar. El menor recóndito lugar, podría resultar un escondrijo para ese tipo de alimañas.

El camino les llevaba a desembocar en un amplio salón desangelado. Sucio y cochambroso como todas las demás habitaciones, y que solo dejaba un habitáculo más por comprobar. El primero de ellos le hizo una indicación a su compañero para cubrir los dos ángulos de los que disponían en la entrada.

Después de una escasa pausa, decidieron comenzar su vertiginosa acción. Hubieran rogado por no ver jamás lo que se postraba ante ellos. La imagen más escabrosa que jamás hubieran pensado ver cuando se incorporaron al cuerpo de policía, se postraba ante sus ojos. Uno de ellos se apresuró a sacarse del cuello, lo que parecía una especie de crucifijo religioso, que preso del pánico besaba repetidamente.

—¡Santo Dios!

Capítulo 49

“Sueña... sueña... Deja tu imaginación volar

Pues en los sueños albergamos nuestros refugios más secretos

Sueños que en mi cabeza siempre están

Sueños que me abandonan

Para solo contigo convertirse en realidad

Pues tú eres mi sueño

El refugio en el cual calor siempre quiero encontrar...”

Como gran fanática de los deportes de montaña, reconocía las sufridas sensaciones ofrecidas por la escalada a través de la cara vertical de una ladera. Su convicción y raciocinio suponían la suficiente fuerza en sus brazos y la resistencia de la soga que sostenía su ascenso. Pero era suficiente un ligero atisbo de desaliento e inanición para que un mal soporte sobre la pared o debilidad en su cabo, le hiciera caer con estrépito a un foso de irracionalidad y desesperanza.

Así se sentía en aquel momento. Incapaz de moverse. Incapaz de pensar. Sumida en un profundo sueño en el que era incapaz de soñar. Cayendo con fragor. Tratando de encontrar su refugio para salvaguardarse de su desidia.

“...Refugios que de arduos sentimientos quiero contigo llenar

Refugiarme en tus deseos que eternos convertir

Para así como míos sentir...”

Por su mente recorrían aquellas palabras como un halo desesperado de recomposición ante tan frustrante situación. Anhelaba sus delicadas palabras, sus constantes ánimos cuando se encontraba decaída. Sus inseguridades encontraban consuelo para enardecer su alicaído espíritu.

En su cabeza no cesaba el tránsito de los versos dedicados. Versos que no recordaba. Inspirados en su recuerdo, que no era capaz de recordar pese a ser tatuados en su memoria, como si fuese su autora. Unos versos que al recibir en día tan señalado, llenaron de ilusión y amor su corazón. Para finalmente, volver a su recuerdo, aquel boceto plasmado en un papel de pergamino, como si lo tuviera ante sus ojos.

“Descubriendo...”

“Sueña... sueña... Deja tu imaginación volar

Pues en los sueños albergamos nuestros refugios más secretos

Sueños que en mi cabeza siempre están

Sueños que me abandonan

Para solo contigo convertirse en realidad

Pues tú eres mi sueño

El refugio en el cual calor siempre quiero encontrar

Refugios que de arduos sentimientos quiero contigo llenar

Refugiarme en tus deseos que eternos convertir

Para así como míos sentir

Refugios lúgubres y sombríos que no quiero cosechar

Pues que una luz siempre a nosotros nos venga a brillar

Y así sus destellos acaricien tus mejillas,

Esas mejillas que con mis dedos pueda sentir

Tu corazón siempre junto al mío escuchar latir

Pues tu cuerpo, un bello paraje en el cual

Como en una blanca orilla, rodeados del cristalino mar

Donde exaltados los besos van a anidar

Tus ojos, eterno manantial donde sacio mi sed

Penetrantes diamantes que con solo una mirada...

Mi corazón consigue envolver

Tu mano junto a la mía siempre quiero notar

Que no haya nada en el mundo que las pueda separar

Estremecerme con cada roce de tu piel

Que como un huracán se instala en mí ser

Con cada palabra de tus labios que...

Como un susurro se alberga en mí dándome fe

Con un simple gesto cotejado en la espesura del silencio

Y finalmente sacia su timidez con gran esplendor...

Te deseo cuando a tu lado estoy

Te anhelo cuando a mi lado no estas

Contigo nuestros deseos cumplir

Muchos sitios por recorrer

Muchos pasos que andar

Pero esos pasos, nuestros pasos juntos irán

Nuestros corazones en un único latir

Nuestra mirada fija en un descubrir
Descubriendo nuestro mundo juntos
Descubriendo nunca acabar
Descubriendo lo que realmente es... AMAR”
David & Sarah

Capítulo 50

Pocos segundos después, la pareja de policías se encontraban dentro de aquella habitación, testigos de tan atroz crimen, con el resto de la patrulla de refuerzo mostrando las percepciones individuales sobre la escena posada ante ellos. Todos coincidían en que aquella visión era más propia de una película o de una cruel historia ficticia literaria, que de la realidad.

Mientras trataban recobrar el aliento, se apresuraron a dar parte a sus superiores sobre lo recién descubierto. Tenían órdenes específicas de informar lo más raudo posible sobre cualquier altercado anormal. De hecho, ya estaban tardando demasiado en cumplir la orden. Conscientes de los últimos acontecimientos acaecidos sobre un peligroso criminal mexicano, se encontraban en estado de alerta. Habían sido previamente avisados de las posibles atrocidades en las que podría desembocar la libertad de aquel perturbado, pero nunca podrían imaginarse que alguien llevara a cabo tan crueles y deliberados actos.

—Si señor... Sus corazones extirpados de sus pechos... De acuerdo señor.

Tras la conversación con uno de sus superiores, el agente de policía colgó el teléfono y se dirigió a su compañero, que aun permanecía angustioso.

—Van a dar informe. Parece que se trata de él.

Capítulo 51

La imagen de Sarah en aquel trozo de papel manchado, cuyo rostro cubierto por la tierra y el polvo gris del suelo, supuso un intenso “*shock*” personal. Añadiendo su procedencia, la confusión se hacía notoria. Encerrado y maniatado en una jaula de hormigón, solo podría comprobar el tiempo pasar ante sus ojos. Martín, mejor que nadie, conocía la importancia de aquella mujer en su vida. Era evidente que trataba de mandarle un claro mensaje, y este no resultaba nada benévolo.

La amenaza se cernía sobre ella como el acero de una guillotina acosaba a un condenado al cadalso. No había nada peor para una mente atormentada de tan malogrados acontecimientos, que la incertidumbre y la ignorancia sobre el estado de un ser querido. Otra piedra para un camino ya enfangado. No era la primera experiencia negativa que padecían. La mayor de las tragedias jamás imaginada, la experimentó con solo una palabra proveniente de sus labios.

Años de gratas experiencias, sumados a increíbles sentimientos nunca antes comprobados, quedaron en el suelo como un edificio que se derrumba por el largo desgaste de los años. Dejando solo un rastro quebradizo de cenizas y polvo disipado. Por lo que tras su estrepitoso fracaso sentimental, prefirió dedicarse por entero a su vocación académica.

«¡No tengo tiempo para esto!», se decía continuamente. Siendo consciente que no era más que un escudo para tratar de soliviantar su pesar.

Siempre otorgó gran valor a las sensaciones que se experimentan por primera vez, pues son las únicas auténticas e incontroladas en la vida que nunca se repiten. Las más especiales y emocionales. Donde mostramos nuestra alegría o miedo, nuestro altruismo o egoísmo, y con ella creía vivir dicho sentimiento continuamente.

Cada vez que su mano atusaba su pelo, probaba la primera brisa mañanera en la Costa de Almería. Tocar su suave piel era como palpar por primera vez las dulces flores del “Jardin Bossuet”, cuando sus padres lo llevaron contando con tan solo ocho años. Sus cariñosos besos en la frente, mostraban la dulzura

de su madre cuando lo arropaba en las noches o soliviantaba los continuos miedos que padecía.

Era incuestionable el afán que depositaba el uno por el otro, tratando complacer todos los deseos por satisfacer y aspiraciones a perseguir. Uno de estos, recaía en el interés de David por visitar el centro astronómico más importante de España y parte de Europa. Parecía impensable encontrar una situación más ventajosa para cumplir su empeño, pues dicho complejo se encontraba en la tan predilecta ciudad de Almería. Su ciudad de veraneo, su enclave de gozo y su lugar de relajación, se convertía al mismo tiempo en el espacio donde soñaba con desarrollar su labor profesional y de investigación desde que sus piezas encajaran en el fabuloso mundo de la Astrofísica. Nada le complacería en mayor grado que aprovechar una oportunidad de trasladar su residencia permanente a aquella ciudad bendecida con la fortuna de contar con todo lo que amaba. El cielo y el mar.

—¿Cómo decías que se llamaba el centro que con tanto interés quieres visitar? —le dijo Sarah.

Era una pregunta con dosis de burla, pues precisamente ella conocía la respuesta a la perfección. Tantas veces había escuchado ese nombre que no dudaría en resolver dicha cuestión con precisión memorística, sin necesidad de ayuda.

—“Centro Astronómico Hispano-Alemán del Calar Alto”. Uno de los más grandes, con mejores instalaciones y condiciones ambientales que existen sobre la faz de la tierra —contestaba con orgullo.

Situado en el pico del “Calar Alto” a 2168 metros de altitud, su específico emplazamiento fue seleccionado posteriormente a un exhaustivo estudio de localización que tras comprobar diversas ubicaciones en el planeta, se llegaba a la conclusión de que dicho lugar en la “Sierra de los Filabres” era el más adecuado por sus ventajosas condiciones para la observación estelar. Dicho enclave otorga el mayor número de noches despejadas. Cuestión indispensable para una adecuada observación. Otro de los factores a tener en cuenta, es la búsqueda de una zona con nula contaminación lumínica. Esta circunstancia se supera con una adecuada altitud por encima de los dos mil metros, y la lejanía suficiente de núcleos urbanos que perturbaran con su contaminación la luminosidad.

—¡Pareces una máquina hablando! —dijo con sorna Sarah.

Las palabras de David sonaban redactadas por una enciclopedia parlante. No en vano, su entrega le hacía aprender meticulosamente cada palabra que ofreciera luz sobre el observatorio.

—Hay personas que se aprenden las vidas privadas de otras, las estadísticas de jugadores o la filmografía de los actores. Yo aprendo todo lo relacionado con la Astronomía.

—Pues si tanto deseas visitarlo... ¡Tendremos que hacer las maletas! —le sorprendía Sarah con una risa en sus labios.

—¿¿¿Si???

La alegría de David era inconmensurable. Sarah no era capaz de compartir el ímpetu y la fogosidad que desprendía cuando se trataba de temas astronómicos, pues no lo discutía como un tema predilecto para ella. Pero la felicidad de David si lo era, por lo que nunca dudaría en complacerle aunque supusiera un esfuerzo para ella.

La expectación cosechada por David a su llegada a la ciudad andaluza, desbordaría las expectativas de los mayores científicos. Sarah sería la privilegiada que recorrería los aproximadamente setenta kilómetros que separaban la capital del deseado observatorio. Era la primera vez que ambos recorrían aquella carretera forestal, tan distinta a las acostumbradas de una gran ciudad, pero con determinación y la pasión visible en los ojos de David, no existía obstáculo que no pudiera superar. Aprender por primera vez el complejo por el que suspiraba, fue uno de los instantes más emocionantes de su joven vida. Como un niño en un parque de atracciones, disfrutaba observando las enormes cúpulas giratorias de acero tan blancas como la nieve que las bañaba en invierno. Deseoso de que cayera la noche para contemplar todo lo que aquel pulcro cielo podría ofrecer, acompañado de su telescopio de 203 mm de diámetro de objetivo y 2032 mm de distancia focal.

—Las noches en este punto de la sierra, son de las mejores en todo el mundo. La atmosfera carece de inestabilidad y las oscilaciones en la dirección de la luz no difuminan las imágenes. Además, el grado de pureza de la atmosfera es impecable.

Sarah no podía hacer más que contemplar con que fascinación hablaba David, para ser testigo de uno de los momentos más impactantes que pudiera ver en un ser humano.

—Acerquémonos para visitar el complejo.

Ambos se acercaban a la entrada de una de las cúpulas que albergaba el telescopio de 3,5 m. El de mayor envergadura del complejo y de Europa Continental.

—Disculpen las molestias, pero no realizamos visitas —les dijo uno de los hombres que parecía custodiar el recinto.

Después de tanto disfrute, el corazón de David albergaba sus primeras dosis de aflicción. No podía ser testigo de las entrañas de ese complejo. Observaba el exterior, pero no como operaba su esqueleto. Resultaba un chasco imprevisto del cual comenzó a entristecer, pues albergaba una tenue ilusión de presenciar la capacidad que encerraba detrás de sus puertas.

—Lo siento, David. ¡Es una lástima! Pero podemos preguntar si en algún momento se organizan visitas —intentaba consolarle Sarah.

Su verdadera meta, tras desechar visitar el espacio exterior, se emplazaba en poder aprovechar las virtudes que se encerraban bajo aquellas cúpulas y conseguir descubrir nuevos planetas, supernovas, colisiones de cometas y sus trayectorias, etc.

—Quizá algún día... —Soñaba despierto.

Cierto era que esperaba con gran esperanza ver sus telescopios en acción y empaparse de nueva información que le resultara muy importante en su desarrollo como Astrónomo, pero llevaba tanto tiempo esperando aquel momento que al percatarse que la noche caía con estrépito, no albergaba tiempo para aguardar tristeza. Solo se apresuraba hasta su maletero para hacerse con su telescopio personal, generoso regalo de la Señora Soriente, y apresurarse en su fácil y rápido montaje. Restaba ver el Universo desde el emplazamiento privilegiado en el que pocos en el mundo tendrán la oportunidad de disfrutar.

Un hombre y una mujer, recostados sobre una suave alfombra en el único lugar donde las estrellas se convierten en accesibles y la luna una compañera que ilumina el camino. Una despejada noche conseguía enaltecer los sentimientos de una joven pareja de enamorados en la cima del mundo, donde los sueños se hacen realidad.

—¿Estás feliz? —preguntaba Sarah con delicadeza.

—Sería imposible encontrarme más feliz que en este preciso momento. En este preciso lugar. ¡Gracias!

—¿Gracias? ¿Por qué?

—Por lograr hacerme más feliz cuando parece imposible lograrlo.

—¡Dios santo!

Incapaz de comprender las razones que lo impulsaban, comenzaba a experimentar un contradictorio sentimiento que lo incitaba a creer, que debería asimilar la realidad de los acontecimientos.

—¿Y ahora que puedo hacer solo?

Su vista comenzó a volverse turbia, como quien nada bajo el agua. Tenía dificultades para respirar y sufría un incesante dolor en el pecho. De repente

se desvanecía hasta golpear su cabeza en la pared, posándose en el suelo. Sin conocimiento.

El peor de los escenarios al que podía enfrentarse, se había convertido en realidad. Privado de su libertad y totalmente a su merced, solo le quedaba observar una endeble fotografía de la mujer a quien pretendía salvar. Atormentado por la persona que mejor conocía como hacerlo, por fin tenía una razón para arriesgarse. Una razón por la que continuar el camino. Una razón por la que pelear.

Capítulo 52

Una infesta peste comenzó a atravesar sus fosas nasales como parásitos, inundando todo su sistema olfativo.

Kabil acababa de acceder al enorme sistema de alcantarillado de la ciudad, tras abrir una de las placas que sobre la superficie, se encontraba estratégicamente manipulada para ser abierta a conveniencia. No era la primera vez que accedía por aquel repugnante camino, pero siempre que se había internado por aquel pasadizo, su hediondo olor le provocaba una indisposición que no era capaz de mitigar hasta pasados varios minutos.

Atravesaba las interminables galerías del subsuelo que conducían a múltiples destinos, con pasmosa facilidad. Lo que para quien accediera por primera vez supondría una asegurada desorientación por sus interminables corredores, la maestría que demostraba Kabil, hacia percibir que los conocía preocupantemente bien. Una red de alcantarillado la que estaban recorriendo, que en total alcanzaba más de cuatro millones de metros de longitud, donde se concentraban conjuntamente aguas de lluvia, residuales e industriales. Había asegurado un paso lo suficientemente confortable para caminar ya que el diámetro podría llegar a ser escalofriantemente estrecho, y las aguas transitadas con un volumen exageradamente alto.

Por suerte, la distancia a recorrer era pequeña, pues mientras se regocijaba en la última ofrenda realizada, ya se encontraba en la galería principal de acceso. Esta más bien parecía un túnel destinado a la ubicación de un transporte subterráneo, pues su acondicionamiento distaba del trascurso del agua contaminada y las grandes cantidades de porquería que había atravesado. No tardo en dejarla atrás pues inmediatamente se adentro en otro acceso más solitario. Más oscuro.

Pronto se detuvo delante de una puerta acorazada de aproximadamente dos metros de alto y uno de ancho. Consciente de cómo actuar en todo momento y de donde lo hacía, la puerta se abrió ligeramente provocando un intenso aunque breve estruendo. Esto se debía en parte, a un ambiente tan cerrado que el ruido producido al abrirla se escuchara con mayor intensidad.

Un chirrido liviano aunque más perdurable en el tiempo, se reproducía por causas intrínsecas del inhóspito lugar, hasta que consiguió dejar la puerta tal como él tenía la intención.

—¡Magnífica! —soltó Kabil sin que nadie pudiera oírle.

No podía evitar deleitarse al admirar el artefacto que se posaba ante sus ojos. Era la primera vez que se hacía con semejante máquina proporcionada por el Señor King, quien si hubiera descubierto su verdadera finalidad nunca habría accedido a suministrarla. Observó ligeramente el reloj que portaba en su muñeca derecha, para posteriormente mirar el luminoso contador en rojo, donde también se mostraba una especie de hora o conteo.

03:25:54

—Todo marcha a la perfección.

Kabil se mostraba satisfecho con el devenir de los acontecimientos, sin contemplar el más mínimo atisbo que pudiera repercutir de manera negativa en sus planes. Al fin podría convertir en realidad el cometido otorgado por sus ancestros para brindar un sustento, que alcanzaría su cenit hasta “k’inich” por su puerta más próxima.

Al salir del pequeño habitáculo, no más grande que la cabina de mando de un Boeing 737, al cerrarse la puerta volvió a tomar un sonido atronador aun más estimulante que el anterior. Este hizo que una extraña sombra, escudriñada tras uno de los recónditos accesos, apareciera de manera improvisada sin perturbar un ápice los templados nervios de Kabil.

—¿Qué tal amigo Kabil? —saludó Martín con aires de superioridad.

La inexistente respuesta de este, dejaba entrever un tenso ambiente acusado que no encontraría alivio en su charla.

Por extraño que pudiera parecer, Kabil y Martín se encontraban frente a frente. Esta circunstancia no pertenecía a una casualidad, pues ambos tenían un trabajo en el que colaboraban tiempo atrás. Aunque su finalidad individual no podría discrepar más, la colaboración entre ambos se había hecho inevitable. Pertenecían a la misma organización que Renee, siendo Martín un colaborador directo en algunos de sus peores trabajos. Ofrecían sus servicios al mismo hombre, pero parecían tener en común el mismo sentimiento de repugnancia hacia su persona. Su relación era nula, pues el trato entre ambos era inexistente. No más lejos de un conveniente apoyo, que les supusiera una suculenta suma para sus acaudaladas arcas personales.

—¿Lo has traído contigo? —le preguntó ansioso Martín.

—¡Aquí lo tengo! —contestó Kabil.

La cara de satisfacción de Martín resultó inconmensurable. Por fin podría descubrir donde había guardado la Doctora Simmons el manuscrito, para posteriormente venderlo al mejor postor sin ninguna dificultad. Su idea prioritaria era ser el hombre que recuperó uno de los objetos más prestigiosos del mundo cultural, para así ser reconocido como el héroe que devolvió a su lugar de origen tan preciada pieza. Pero la codicia de una vida llena de lujos era más tentadora que una eternidad vivida como un mediocre.

—¡Acompáñame! —le pidió a Kabil.

Los dos comenzaron a caminar sobre el mismo acceso por el que Martín había aparecido de forma espontánea. Tras pocos segundos, el profesor se detuvo frente a una puerta de aluminio con muy mala imagen.

—Aquí tengo mi seguro para que David acceda a ayudarme.

Esperaba no tener que recurrir a esto, ya que el plan iba a la perfección. Se había creído todas las historias sobre mí y con el tiempo me gané su absoluta confianza. Ahora obtendré fruto de ello.

Martín abrió la puerta rápido y ante ellos se observaba una hermosa joven, sentada aunque con los ojos medio cerrados.

—¡Su nombre es Sarah! Es importante mantenerla con vida, al menos el tiempo necesario.

Sarah los observaba, como si el poderoso letargo del tiempo, se hubiera cebado con ella. Sintiendo una enorme presión en los hombros y sus maltrechas piernas. No era capaz de seguir pidiendo ayuda pues la energética fuerza que rebosante recorría su cuerpo, ya le había abandonado a su suerte.

—¡Alto! ¡Fuera de ahí!

Una extraña y enajenada voz recorría el subsuelo, haciendo imposible no percatarse de la misma. Martín y Kabil se sobresaltaron, al descubrir cómo se aproximaba con premura hasta su posición. El desconocimiento sobre la identidad era mayúsculo, pues resultaba improbable que alguien pudiera descubrir tan profunda guarida.

Los pasos cada vez eran más fuertes y las pisadas casi podían envolverse con las suyas. De repente la silueta de un espigado ser de desgarrada figura, atravesó el umbral de la puerta, dejándose ver por los tres presentes que ante él se amontonaban.

—¡Quiet...!

El escuálido hombre, al ver a Martín, dejó caer el arma que portaba en su mano a causa de la impresión que le supuso el reencuentro.

—¡Jefe! ¿Qué hace aquí tan pronto? —preguntó cariacontecido el hombre.

—Cuido mis bienes, que es lo que no estás haciendo tu ahora por lo que me temo.

El tono de Martín parecía un tanto satírico. Se sentía molesto pues Sarah se encontraba sola en la angosta y mal oliente sala, cuando le había explicitado que la vigilara en todo momento. Estaba desnutrida y en condiciones insalubres, algo que a Martín en otras circunstancias no le habría importado, pero ahora la quería en perfectas condiciones hasta poder mostrársela a David, como el tributo a conseguir por ayudarle a encontrar el ansiado tesoro.

—¿Se puede saber dónde estabas? —dijo Martín.

—Lo siento jefe, —respondió el espigado hombre— había salido un momento por el aburrimiento de tanto esperar aquí solo y quería dar una vuelta por los alrededores...

Mientras Martín y aquel subordinado, se encontraban enfrascados en una conversación que no les llevaría a ningún lado, Kabil se mantenía tras ellos en una actitud serena y expectante. No sentía ningún interés por lo que aquellos dos individuos inferiores estuvieran tratando, pues era consciente que sus propósitos eran mundanos. Su labor estaba siendo excelente por lo que no debería sentirse nervioso por la falta de tiempo. Tiempo es lo que más tendría para utilizarlo de la mejor manera que eligiera.

«...» «...»

Un doble sonido seco y perdurable en el espacio, sacaba de su letargo sensorial a Kabil. En esa ocasión si prestó atención a la pareja que hablaba sin parar. Para cuando posó la vista sobre ellos, comprobó como el raquítico hombre se encontraba tumbado en el suelo, acompañado por un charco de sangre de un rojo tan intenso que era el mayor tono de color que se encontraba en aquella inmunda cloaca. Martín se encontraba a sus pies, con una Beretta en su mano que apuntaba al cuerpo que yacía en el suelo. Cuando un arma era disparada, un extraño olor a pólvora quemada impregnaba sus orificios nasales. No necesitaba encontrarse presente para percibir aquella pernicioso sensación, que flagraba sus sentidos.

—¿Así tratas a tu gente de confianza? —le cuestionó Kabil con cierta aversión.

Para Kabil resultaba ilógico que acabara de una forma tan ruin, sin honor ni honra, con la vida de alguien que había realizado las labores encomendadas, respetando sus órdenes y al ejecutor de las mismas.

—¡Tranquilo!, tú eres demasiado valioso para que acabes de la misma forma —le reprendió con dotes de superioridad.

—¿Y tú? ¿Lo eres? “La sangre es importante para el sustento de cuerpo y alma según el cosmos” —le reprochó Kabil de una forma tan enigmática como elocuente para sus oídos.

Martín quedó momentáneamente paralizado, sin entender las palabras ni la actitud tan arrogante de Kabil. No conocía aquella faceta de aquel trastornado hombre, aunque no quiso hacer excesivo caso pues supondría que estaría atravesando algún brote pasajero.

—¡Dame mis documentos ya!

Martín exigía la entrega de los ansiados archivos. Aburrido, se acercó hasta Kabil para tratar de registrar sus bolsillos, quedando mermada su exteriorización calmada.

—Con esto saldo mi deuda. Ahora seré libre.

Kabil hablaba a Martín, que esperaba ansioso que le reportara la información obtenida. Apenas escuchaba sus palabras y mucho menos hacia caso a sus afirmaciones.

—¡Vamos dámelo! —Exigía Martín impacientándose.

Kabil se fue aproximando lentamente hasta alcanzar la inapreciable silueta de Martín. Al llegar a su altura, sacó unos papeles arrugados y mal cuidados, ofreciéndoselos directamente sobre su mano. Mientras lo hacía, los agarró con fuerza sobre la mano de Martín, impidiendo que este pudiera hacerse con ellos. Se aproximó a su oído, susurrándole algo totalmente imperceptible menos para el receptor del mensaje. Cuando finalizó y se apartó, la cara de Martín era de absoluto pavor. Parecía estar viendo reflejado en sus palabras, la llegada de los siete jinetes del apocalipsis cabalgando por su alma. Su rostro que reflejaba un claro júbilo y entusiasmo, tornaba a asombro y pánico.

—Ahora dejo mi figura oprimida, para convertirme en el liberador que estoy llamado a ser —dijo Kabil—. “nahwaj yahil kalomte” (el despertar del gobernante supremo fue expuesto). La sangre es importante para el sustento de cuerpo y alma según el cosmos.

Martín estaba desconcertado ante la demencia de aquel hombre. Sus perturbados delirios eran más que conocidos entre los miembros, pero nunca imaginó tal envergadura hasta padecerla el mismo. Observaba su rostro encendido, ante tan suculento devenir. Su mandíbula luchaba por no desencajarse a causa de la fuerza imprimida sobre sus dientes. Los enormes e inyectados ojos, ensombrecerían cualquier alma iluminada, pues era como si su mirada tratara erradicar la escasa bondad que su espíritu conservaba.

—¡Debes estar más loco de lo que he escuchado! —dijo Martín con repulsa en su gesticulación.

Este trataba de mantener su mirada firme, pero interiormente el nerviosismo se apoderaba de cada comisura. Las palabras de Kabil se hacían más turbadoras.

—Ya no hay vuelta atrás. Todo está dispuesto —terminó por sentenciar firmemente—. ¿Eres capaz de apreciar los caminos cerrados a tu alrededor?

Martín trataba de afianzar su vista sobre su reducido campo de visión. Intentaba averiguar de que estaba hablando Kabil, pero por más que lo intentaba no era capaz de ver más allá de hormigón destrozado en el único acceso que conocía.

—No veo nada. Aquí solo hay basura. ¿Qué pretendes con esto? —contestó.

—¡Tus desnudos ojos abiertos, no te dejan ver más allá! —masculló, ofreciendo un tono de misticismo que solo entendía su persona.

—Existen cinco puertas entre estos muros. Cada una de ellas conduce a diferente lugar, pero en definitiva todas están unidas por el mismo destino. Abrir una de esas puertas provocaría la anticipación de los acontecimientos, y un destino precario para la nueva vida.

En una de las paredes que Kabil se afanó en señalar a Martín, se podía distinguir unas escrituras con unas extrañas figuras realizadas por el mismo.



... u pak'ah tzen chaak ajawlel...

—Los dioses han aunado su infinita sabiduría, por conferirme la suficiente energía para llevar a cabo su misión terrenal —siguió Kabil—. “Si cortas una de las cinco uniones, una maldición caerá sobre quien perpetra dicho vínculo sagrado”.

Alarmado, Martín lo miraba con vacilación. Lo que antes suponía delirios de un perturbado, ahora tomaba con cautela cada amenaza que su lengua bífida era capaz de esputar.

—¿Serías capaz de sacrificar tus propias riquezas? —preguntó con duda Martín.

—“El sacrificio sigue el antiguo ejemplo mitológico donde la destrucción, conduce a la creación y perpetuación.”

La última respuesta de Kabil, le resultó categórica. No podía creer ser testigo de tanta demencia, y ser responsable de la exaltación de tal monstruo del caos.

—Mejor que resuelvas tus asuntos con premura. En algún momento de esta vida, terminará por hacerse tarde. Debes entender que tienes que ser más precavido a la hora de pensar, que esta vida nos pertenece solo a nosotros y que solamente somos quienes controlamos el destino que camina por nuestras cabezas.

Durante años, Martín había trabajado en secreto tratando de persuadir a David para conseguir su plena confianza, seguro de que la Dra. Simmons se pondría en contacto con él en algún momento. Desde que abandonara la organización, había elaborado numerosas estrategias para volver a encontrarse con ella, pues su obsesión por aquella mujer nunca sucumbiría al rechazo. El tiempo era un elemento que continuamente desperdiciaba durante sus primeros años en la ciudad, tratando de intimar con aquel joven estudiante sin conseguir nada a cambio. Hasta que de pronto, unos días atrás sus esfuerzos se vieron recompensados. Supo tanto de su persona, como de otros hallazgos por lo que se interesaría aun más. Tiempo era lo que siempre había disfrutado, y ahora parecía que aquel a quien tenía frente a su rostro, era la gran muralla que impedía la consecución de sus objetivos.

—¡Deberás elegir! No puedes quedarte sin hacer nada —interrumpió Kabil.

Ahí fue cuando Martín, más sobresaltado de lo normal, cerró la puerta que dejaba ver una Sarah que medio inconsciente se mantenía reposando su peso sobre la fría piedra de la pared. Su mano ejecutaba la acción pero su mente estaba totalmente fuera de la misma. Fue cuando Martín volvió a sacar su arma para comenzar a apuntar directamente sobre el pecho de Kabil, pero este fue más rápido y consiguió arrebatarse el arma sin que casi pudiera inmutarse.

—¡Maldita sea!

El miedo era descontrolado. Kabil fue capaz de recoger su arma y ahora desconocía las venideras represalias.

—La resurrección del grupo humano será un hecho —dijo Kabil— por lo que tienes dos únicas opciones. Puedes quedarte y detenerme o escapar e intentar postergar tu inevitable fin de era.

Martín se encontraba en una encrucijada. Las sensaciones que le ofrecía el que fuera su aliado, no podían ser más malas. Tenía los papeles en su bolsillo y por su cabeza solo pasaba salir de allí con vida para que fueran aprovechados.

—¡Vete! —dijo Kabil, sin dejarle responder.

Martín vio como Kabil lanzaba la pistola al suelo, a escasos centímetros de sus pies y lo instaba a salir de allí sin perder más tiempo.

Sin decir una palabra y sin mirar atrás, Martín la cogió y salió huyendo de aquel escenario que tan en su contra se había vuelto, con la certeza de que aquella situación no debería volver a repetirse, ya que el final podría ser totalmente diferente. Si no volvían a encontrarse no le importaría, pero ¿Quién lo detendría a él?

Capítulo 53

A una distancia de aproximadamente nueve mil quinientos kilómetros en una línea recta perfectamente trazada, desde donde se estaba desarrollando toda la trama, y justamente orientada en la posición 20° 44' 18" N y 103° 22' 51" O, la actividad comenzaba a tornarse inesperadamente frenética. Un secreto a voces se hacia la comidilla del día que llegaba a su media tarde, pues el gobierno ya no era capaz de retener a los medios de comunicación para no difundir tan importante información. Los días pasados, confiaron en poder resolver con presteza y dentro del más estricto secretismo, el hurto de valor histórico más destacado que jamás haya asolado el país. Pero el mismo paso de los días, les daría de bruces con la cruel realidad.

El Comisario Jefe Cuevas, se encontraba ya a miles de kilómetros de distancia, conocedor de tan convulsionante noticia para un país tan arraigado a su cultura histórica. Desde el momento en el que fue informado, tenía la extraña sensación de que si se hacía con Kabil, sería mucho más sencillo volver a recobrar el valioso manuscrito.

Enseguida, el jefe del estado mayor, acompañado por el encargado de la biblioteca "Juan José Arreola", en honor al académico y editor mexicano del S. xx, procedieron a conceder la similar y pertinente rueda de prensa, que horas antes había realizado el Comisario Cuevas. Requerían pedir la colaboración de las naciones y conseguir hallar tan importante patrimonio afincado desde tiempo atrás en la Biblioteca pública de Guadalajara, en Jalisco.

Dicha conferencia, en esta ocasión fue realizada en el más riguroso directo por Juan Manuel Duran como jefe de dirección principal de la biblioteca, bajo la atenta mirada de la Mtra. Ana María, encargada y protectora del módulo donde reside el archivo, que no podía evitar recordar entre lamentos tan complejo momento vivido.

Dos días atrás, el 29 de diciembre, la mañana amanecía como otra semejante a la anterior, en la vida de la coordinadora Ana María. Tras levantarse a unas tempraneras seis de la mañana, como cada día se disponía a

acicalarse comenzando con una vespertina ducha de agua caliente que le ayudaría a conseguir despejar un sueño aun atrapado. Su preciada soltería, le ayudaba a prescindir de la necesidad de evitar hacer ruidos o compartir tiempos a la hora de arreglarse. Una buena taza de café de malta, terminaría por colmar la labor de despejarla por completo, y tras vestir con su impoluto traje de color azul y una camisa blanca, se encontraba lista para abandonar su domicilio camino de una nueva y gratificante jornada laboral.

Para Ana María, era indudable lo molesto que podría resultar el largo trayecto en coche que tenía que soportar cada mañana. Más de cincuenta minutos de un soporífero y angustioso camino en su monovolumen, era sin lugar a dudas lo peor que concernía a su trabajo. Todo el camino iba acompañada de la música que ella misma elegía, las emisoras de radio o alguna interminable llamada telefónica con su hermana, que amenizaba su viaje enormemente. El día en el que se encontraba llegaba llena de energías renovadas, consciente de la proximidad de las fechas navideñas. Estas festividades resultaban especiales por sus celebraciones familiares, la realización de juegos, el grandioso pavo presidiendo la cena de gala, las piñatas de siete picos que representan los pecados capitales. Todo esto bien avenido en las posadas, cuyas reuniones alcanzaban su esplendor con la realización además de intercambio de regalos o veneración al nacimiento del niño Jesús, tan importantes en la cultura mexicana.

Tras confirmar el comienzo de su jornada laboral, se dirigió con premura por su zona favorita de todo el complejo. La encargada de un tesoro tanpreciado tiene que salvaguardar su bienestar tras casi quinientos años desde su llegada a la historia de la ciencia.

D. Juan Manuel Duran, director de la institución, destacaba su importancia y la gran duda existente sobre su llegada a dicha biblioteca. No solo es parte histórica de Jalisco sino del mundo entero.

—¡Buenos días! —saludó afablemente.

—¡Buenos días! —Le iban contestando los diferentes trabajadores del servicio de administración.

Una vez en el sexto nivel del edificio, donde cohabitaban los módulos contemporáneo e histórico, el camino se tornaba más intrincado que en el resto de salas. Para llegar a la prestigiosa zona de la biblioteca que se hace llamar “El Tesoro”, primeramente se deben cruzar las oficinas administrativas del complejo. Tras observar la gran cantidad de puestos de trabajo a pleno rendimiento, se debe proseguir por el despacho de dirección, que en aquel momento se encontraba desangelado y carente de ocupación, cuando una de

las características era precisamente la gran cantidad de trabajo vertiginoso que transmitía. Tras pasar esto, siguió continuando por el largo pasillo hasta que logró alcanzar una puerta de madera, traspasándola tras teclear el código correcto con sumo cuidado de no cometer ningún error innecesario.

Sus ojos deslumbraban como el primer día, cada vez que alcanzaban a ver tal oda a la historia escrita, donde se guarda un magistral fondo bibliográfico. Contaba con la esplendorosa fortuna de albergar tres mil setecientos dieciocho volúmenes de “el Tesoro”, destacando con gran relevancia las veinticuatro obras cortas de San Agustín Hipona de 1484; el primer mapa del mundo que representa detalles del continente americano por Abraham Ortelius en 1588 o una colección de ciento veintiocho libros escritos en veintiuna lenguas indígenas distintas. Pero el santo grial de esta institución lo conforma un manuscrito bajo llave, convertida en la obra más importante del físico Nicolás Copérnico; “De Revolutionibus orbium coelestium” (De la revolución del orbe celeste), fechada en 1543.

Por seguridad, en el “Tesoro” se cuenta con alarmas contra robos e incendios, radiolocalizadores y un sistema que mantiene un microclima artificial que va de los 18 a los 20 grados centígrados con una humedad del 40 %.

Ana María se disponía, a paso liviano, a aproximarse hasta la localización que alberga la colección “Los Incunables”. Incluida por formar parte de los primeros textos impresos.

—¡Oh Dios mío!

El miedo se reflejaba en su rostro. La protección donde debería situarse el tan célebre libro, se encontraba totalmente intacto y a la vez totalmente vacía, cuyo cristal transparente no demostraba haber sufrido desperfecto alguno. La tan preciada obra permanecía constante bajo llave. Precisamente, dieron gran prioridad a realizar una copia digital que tenía como propósito evitar su manipulación directa, pues esta es una de las principales causas de daño en la obra. El paso de los años podía causar estragos en la misma. Incluso recordaba como los investigadores acreditados para su manipulación, debían utilizar guantes de algodón para proteger tanpreciado papel de la propia grasa corporal humana. Todo resultaba escaso para su decente conservación.

Ahora llegaría la peor parte. Para una apasionada y acérrima aficionada a la lectura e impetuosa en su trabajo, que le permitía observar y manejar las mismas joyas literarias que a lo largo de los años han recurrido e influenciado a tantos académicos y personajes celebres en el mundo, se encontraba ante la peor tesitura jamás pensada. Como una bala, salió de aquella cámara del

tesoro, cerrando tras ella el portón de madera y avanzando por el pasillo. Al llegar al despacho de dirección, se colocó delante de la puerta y quedó parada durante unos segundos. Cientos de pensamientos pasaban dentro de ella. «¿Lo habrán robado?. ¿Sufriría algún percance?»

Era incapaz de pensar más allá del manuscrito de Copérnico. No se preocupaba ni por ella misma, pues asumía su inmediato despido. Tras una última profunda bocanada de aire, miró el interior del despacho cuya luz artificial estaba encendida, y armándose de valor terminó llamando a la puerta del despacho.

—Disculpe, ¿puedo pasar?

—¡Adelante! —Se escuchó al otro lado.

«Muy buenas tardes. Desde la sección de informativos, volvemos a retransmitir en directo una noticia de última hora. “De revolutionibus orbium coelestium” de Nicolás Copérnico, escrita entre 1503 y 1531, ha sido sustraído de la biblioteca pública “Juan José Arreola” en el distrito de Zapopan; Guadalajara. Dicho manuscrito de veintiséis centímetros de largo y dieciocho de ancho, es el único ejemplar original existente en Hispanoamérica. Su exclusividad es innegable pues solo cuenta con doce ejemplares en todo el mundo cuya autenticidad esta datada de la primera edición impresa y recibida por Copérnico en persona, el día de su muerte en 1543. Esta obra escrita en latín y compuesta por seis libros, ha sido considerada con el paso del tiempo una de las mayores innovaciones ofrecidas en la historia y una auténtica revolución de época que marcaría el progreso y el cambio en el mundo de la ciencia. La custodia del manuscrito, que siempre permanece bajo llave, fue quien dio la alarma ya que no se encontraba en su caja como debía ser normal. De igual manera y con gran extrañeza, esta misma no había sufrido desperfectos, por lo que se ha procedido a una inmediata investigación. El acceso al recinto donde permanece es totalmente restringido, viéndose obligados a valorar las circunstancias que han podido originar que sea posible perpetrar tal hurto. El edificio cuenta con controles en todos los ángulos posibles para su protección, así que dichas imágenes se encuentran en manos de la policía para su investigación. En breve nos disponemos a ofrecer la rueda de prensa que realizarán los representantes del centro bibliotecario y miembros del Estado Mayor de Guadalajara.»

Después de tan buenas vibraciones, no podía creer lo sucedido. Sus ansiadas fiestas eran ya truncadas. Sería una de las principales investigadas por tan desgraciado infortunio, y debiendo sobrellevar todas las consecuencias que ello repercutiría. Los noticiarios se inundaban con

informaciones semejantes sin que nada lo pudiera ya frenar. Se esparciría a lo largo del país como la arena en una tormenta del desierto. Los periódicos digitales se hacían eco, y se apresuraban a incluirlos en sus últimas novedades como cabecera informativa. Los periódicos y revistas, trabajarían a marchas forzadas para ser capaces de incluir toda la información posible. El día siguiente se inundarían con la trágica noticia, copiando portadas y dejando en segundo plano la entrada a un nuevo año.

Ahora se encontraba expectante, a punto de ser espectadora de lujo de la tan esperada rueda de prensa del director de la institución, Juan Manuel Duran, que debería esclarecer en cierta medida los sucesos acaecidos. Se mantendría a su lado pese a estar cerca de convertirse en una sospechosa mas. Debería mantenerse calmada y actuar con la mayor normalidad, ofreciendo su máxima colaboración sin medida, para no levantar mayores suspicacias de las que ya habría generado. Su tesitura era sin duda la más comprometida de todas las posibles pues en ella, y únicamente en ella, se centrarían todas las miradas de responsabilidad sobre tan goloso botín. Quienes contaran con libre acceso, en su caso la custodio personal, con mayor fijación.

«¡Menuda desgracia!»

Este era un desastre inimaginable. Un desastre de magnitudes épicas. Un desastre por el que sería juzgada. Un desastre para el que se sabía culpable.

Capítulo 54

—¡Señor Cuevas! —gritó intensamente un hombre atravesando los escasos pasos que lo separaban de su jefe.

El repentino clamor despertó de una inesperada cabezada en los asientos del avión privado del gobierno mexicano, otorgado para tan excepcional ocasión, al hombre más capacitado y estimulado del país para preservar la ley. Ya fue capaz de dar con Kabil en una ocasión, pero “fallos burocráticos” como él los definía, ocasionaron que aquella escoria saliera impune a la calle. El resultado... horripilante.

“Para servir y proteger nacimos
Para entregarlo todo a nuestra causa
Con la comunidad comprometidos
De sostener con hechos la confianza
En la legalidad con eficiencia
doblegaremos a la delincuencia
Somos auxilio de nuestros hermanos
Con su seguridad en nuestras manos...”

El comisario Cuevas nació en la ciudad de León, México, el 21 de Julio de 1966. Cursó su instrucción superior en esa misma ciudad, hasta obtener el grado de licenciado de Maestro en Política Criminal, por la Universidad Autónoma de Nuevo León. En 1995 inició su trayectoria en el ámbito de la Seguridad Pública como policía tercero y auxiliar administrativo oficinista. Puesto que desempeñó hasta 2000, pues su iniciativa no le llevaba a ocupar un puesto en una oficina. Su entereza incitaba a patrullar las calles y ocuparse de asuntos más relevantes. Fue a partir de esta fecha cuando comenzó a experimentar un cambio meteórico en su *status* dentro del cuerpo de seguridad. De 2001 a 2004 fue ascendido rápidamente a policía primero, gracias a su versatibilidad y predisposición a la hora de desempeñar diversas investigaciones menores. Derivado de su preparación y experiencia en tan

reducido espacio de tiempo, en 2004 fue nombrado Director General del Consejo Estatal de Seguridad Pública de su estado natal Guanajuato, cargo que dejó en 2006 cuando fue nombrado Director General de Operaciones e Infiltración. En 2008 fue invitado a encabezar la Dirección de Seguridad Pública Municipal de Guanajuato. Cargo que rechazó por no encontrarse motivado a desempeñar tal función. Su ambición iba a más allá de un cargo tan inferior a sus ojos. Sus ideales y obsesión por preservar los principios de lealtad, no eran capaces de distinguir entre paz y guerra. Consideraba que cualquier medio era lícito para conseguir que los criminales obtuvieran su justo castigo, aunque algunos inocentes tuvieran que caer para un bien en mayor escala.

Al término de dicho encargo fue nombrado en 2010 Inspector General de la policía federal preventiva y de investigación del cuerpo estatal mexicano, pasando a Comisario en un vertiginoso ascenso sucedido en tan solo un año, que ni desde el interior del cuerpo se podían explicar. Actualmente ocupa el cargo de Comisario Jefe desde 2012. Accedió a dicho cargo el 19 de Octubre de 2012, al ocurrir pocos días antes un extraño accidente donde perdió la vida el actual comisario Jefe. Una posterior investigación del suceso, no fue capaz de vislumbrar una clara explicación, por lo que en contra de la voluntad de muchos suspicaces, tuvieron que archivar el caso definitivamente. Tras eso, fue designado para sustituirlo en sus funciones, no sin miradas que apuntaban a su persona como precursor de un exagerado ascenso meteórico desde su inicio. Siendo al parecer, el único candidato realmente visible entre los disponibles.

—¡Por fin voy alcanzando mis objetivos!

Su ambición no tenía parangón, pues ansiaba alcanzar el rango más alto dentro del cuerpo de la Policía Federal, sin ser otro que el de comandante; Comisionado general de la policía.

Su renovado puesto le llevaba a ser nombrado en diversos premios nacionales y de países vecinos, osando a rechazarlos enérgicamente. No aceptaba reconocimientos derivados de su experiencia y aportación a la seguridad, ya fueran gubernamentales o internacionales. No le interesaban los reconocimientos, solo quería el control total para erradicar la delincuencia.

“...De grandes héroes, fieles compañeros
Su sacrificio cimbra nuestro pecho
Cada minuto de nuestro silencio...”

—¿Qué ocurre? —contestó sin reparar en a quien se dirigía.

—Hemos recibido una llamada, —continuaba el joven ayudante— avisando que han encontrado dos cuerpos sin vida en un domicilio de la periferia. Han informado a nuestro departamento por la atroz mutilación que presentaban los cuerpos.

El Comisario Jefe Cuevas esperaba escuchar noticias que le ayudaran a marcar el paradero exacto a su llegada a París. Acortar la búsqueda era vital.

—¿Qué sucede con los cuerpos? —preguntó el comisario.

—Ambos cuerpos presentaban desgarros por puñalada. El primero en el cuello y el segundo en el estomago. Ambos coinciden en el segundo ataque y es la que realmente ha levantado el pánico sobre tan escabroso suceso. Tienen una perforación provocada por algún tipo de objeto cortante de dimensiones considerables. Su cavidad torácica...

—¡Déjate de jerga ya! —le interrumpió el comisario claramente enojado—. Dime claramente lo que sabes que quiero escuchar.

El joven ayudante, acostumbrado a las malas actitudes de su jefe, en esta ocasión era consciente que tenía razón. Andaba por las ramas sin ninguna necesidad de ello, simplemente por hacer ver su control sobre la situación.

—¡Les han arrancado el corazón del pecho!

Por la cara del Comisario, estaba claro que era la noticia que reclamaba y la que esperaba que sucediera. No era agradable escuchar que un criminal al que debería retener, estuviera sembrando el caos, pero le satisfacía saber que el campo sobre él se estaba estrechando.

—En cuanto lleguemos a París, quiero que preparen un vehículo. La prioridad es ver los cuerpos. Aumente la seguridad en todas las posibles salidas del país. Quiero estar informado en todo momento. Debemos estrechar el cerco al máximo.

“...Es nuestra estrella emblema del camino

Que alumbra siempre alerta tu destino

Tenemos el valor y la templanza

Para vestir de gloria a nuestra patria...”

—Comisario... —habló temeroso—. Los cuerpos no han sido encontrados en París.

—¿Cómo que no? ¿Dónde ha sido? —le contestó tan rápido como pudo el comisario.

—Los cuerpos han sido hallados en Madrid hace escasos minutos.

El comisario Cuevas estaba enormemente contrariado. Otra vez conseguía darle esquinazo. Una vez más dejaba en entre dicho su capacidad de control.

—¡Cambiad rumbo! —ordenó el comisario.

—Señor. ¿Qué haremos con respecto al manuscrito? —preguntó con desaliento su devoto ayudante.

La estridente mirada del comisario Cuevas, se clavaba amenazante en los ojos de su ayudante como la daga del samurái se ensarta en su vientre al realizar el honorable ritual del harakiri. Entregado a una muerte con honor antes de ver su vida deshonrada por falta o delito, y rechazando final natural. Tales términos se encontraban bien expuestos en el “*bushido*”, el código de los guerreros samurái. El Comisario Cuevas, como hombre honorable y entregado a las necesidades de su pueblo, se consideraba un ferviente seguidor de los dictámenes samuráis y de sus respetados códigos, los cuales había leído en multitud de ocasiones. Los respetaba por su cultura guerrera y protectora de su pueblo, la cual asumían con sus propias vidas si los acontecimientos así lo requerían...

—¡Cambiad rumbo a Madrid inmediatamente! —aseveró el comisario con resolutiva contundencia.

—¡Si, señor!

“...La nación es nuestra fuerza
Juntos no nos vencerán
Porque tengo el privilegio
De servir a nuestro pueblo
Y de ser Policía Federal
Con México hasta el final.”

Capítulo 55

Tras la más que preocupante conversación con Kabil y hacerse eco de sus escabrosos planes, Martín decidió huir del lugar angustiado por el pánico. El miedo a unas probables represalias por no compartir su destino y haberse enfrentado a él, hizo que saliera lo más rápido posible de aquel infesto lugar en el que se encontraban reunidos. Nunca había visto a Kabil tan enajenado y obsesivo por llevar a cabo una misión de magnitudes tan desorbitadas. Siempre se había mostrado un buen ayudante en el que confiar. Se mostraba dócil y dispuesto a todo sin pensar en sus propios intereses, pero quedaba claro que solo se trataba de un oscuro velo que mantenía oculta la verdadera tempestad venidera. Ahora parecía creer que todo era una estratagema para ganarse su confianza.

«Seguramente el tenía pensado acabar con King»

No quería ver vientos inundados por sospechas que rondaban a su personalidad obsesiva y destructiva, pero ahora las padecía en sus propias carnes. Su extraña veneración con la cultura maya se había convertido en un mal destructivo que afectaría no solo la integridad del manuscrito, sino incluso a su propia vida. Tenía una misión y la única razón por la que seguía vivo y pisando de nuevo la calle, era la antigua lealtad que le profesaba.

—A partir de ahora todo será diferente.

Necesitaba esconderse lo mejor posible y el tiempo necesario, para así poder pensar una nueva estrategia y conseguir el codiciado manuscrito de Copérnico. No se reflejaba pizca de benevolencia, con una ciudad odiada, pues sus vivencias siempre fueron más negativas que de encontrarse en una verdadera familia. Precisaba pensar la forma de hacerse con la reliquia y conseguir huir a tiempo.

David seguiría atrapado, por lo que sus preocupaciones deberían ir dirigidas en otra dirección. Estaría disponible para la consecución de un nuevo y mejorado plan. Una vez definido, volvería para conseguir su cometido de llevarlo a cabo.

Mientras tanto, David continuaba retenido en aquel cochambroso y mal oliente habitáculo, rezando por ser salvado de alguna manera milagrosa. Sabía que estaba pidiendo demasiado pues ya no había nadie en quien pudiera confiar, y por aquel momento la desesperación comenzaba a ganar terreno. Tras varias horas de inesperadas situaciones, peligros continuos, incertidumbres varias y asimilación de las circunstancias, comenzaba a desvanecerse moralmente sin ápice de esperanza por una solución adecuada.

En ese preciso momento, en aquel preciso lugar y en esta precisa hora, su desesperación abatía tan enormemente su interior, que ya ni le importaba lo que le tuviera preparado aquel a quien en tantas ocasiones había llamado “amigo”.

03:14:29

Kabil se recreaba con su obra maestra, como el león se deleita con la carne de su presa. Cada vez quedaba menos para completar su misión y conseguir la ansiada transformación a una nueva vida más prospera cerca de la iluminación de sus dioses.

—Ehime aquí bajo el Dios G, preparado para enviar mis tributos a su enorme grandilocuencia.

—Ehime aquí, me encuentro esperando a ofrecer mis tributos a la divinidad del Dios N.

Ardía en deseos por labrar su nuevo comienzo, tratando de creer en convertirse en el sumo sacerdote “Ah K’in May”, cuya misión se partía entre la elaboración de los calendarios maya y consejero del máximo jefe maya “Halach Uinijk”.

Permanecía impasible y enfrascado en sus pensamientos más recónditos, preparado para el siguiente paso.

José se mantenía inquieto en el asiento delantero de su vehículo. Como le había indicado la señora Soriente, realizó la llamada indicada. Ahora esperaba impaciente la llegada de un rostro invisible, pues no sabía la identidad de quien aparecería próximamente.

Más de una vez pensaba que debería dejar a un lado su carácter servicial, pues en momentos como este solo le podrían traer problemas donde no debería estar involucrado. Como simple conductor que es, se dedicaba a desempeñar su trabajo lo mejor que podía ya que las necesidades económicas justificaban todo esfuerzo.

—¿Qué puedo hacer?

La inesperada e incógnita llamada recibida, dejaba a Renee en una tesitura contradictoria. Suponía un rayo de sol en tan tenebrosa tormenta, pero al mismo tiempo, la autenticidad de dichos datos era impredecible. Al asumir los riesgos, pues no tenía más opción, bajó a toda velocidad las escaleras de incendios por las que había huido Kabil no hace mucho. Alcanzó la calle principal donde corriendo avenida arriba, buscaba de forma incesante algún medio de transporte con el que llegar. Infinidad de vehículos que podía manipular se postraban ante él, pero un gran contratiempo le asolaba.

«¿Cómo demonios voy a llegar hasta allí?»

Renee no era consciente de la dirección que debía coger, pues su orientación por aquella ciudad era más bien escasa.

—¡Ehh! ¡Deténgase!

Divisó un taxi que emergía tras una esquina, aminorando la velocidad tras ver los aspavientos que realizaba Renee en su dirección.

—¡Emergencia policial! Necesito que me lleve hasta Fuenlabrada —le dijo al conductor tras adentrarse como una exhalación en su interior.

Renee trataba utilizar sus argucias para hacer que aquel taxista le condujera a su destino gratuitamente, pues no disponía de dinero para poder pagarle.

—¿Es una broma? Enséñeme su identificación —pidió el conductor.

El taxista estaba realmente sorprendido. No se mostraba muy prestado al dialogo, sino más bien taciturno. Molesto por entablar conversación. Lo que parecía la típica broma de cámara oculta, prosiguió por unos derroteros con los que no se encontraba cómodo.

—¡Bájese! Aquí hay que pagar —le contestó cabreado por estar perdiendo el tiempo.

—Le recompensare de alguna otra manera... —insistía.

—¡Que se vaya de aquí!

La última contestación tan airada del taxista, colmó la paciencia de un Renee que no podía permitirse estar perdiendo el tiempo. Con gran enojo sacó el arma que ocultaba y la colocó sobre la sien del conductor.

—¡Fuera del coche! ¡¡¡Ya!!!

Capítulo 56

El viaje de Renee hasta el destino indicado por aquella voz anónima, no resultó nada fácil. No disponía de medios ni de tiempo para ingeniar alguna manera de que alguien le llevara. Si amenazaba a algún taxista o conductor para que lo condujera hasta el destino, correría un serio riesgo de ser delatado y complicar todo por lo que tanto había peleado. Tomar decisiones improvisadas, era una consecuencia de sus trabajos que debía llevar a cabo. El problema residía en que precisamente no era una de esas personas en las que su improvisación pudiera destacar por ser lo más acertado que llevara a cabo. En multitud de ocasiones se había arrepentido de grandes decisiones poco consensuadas consigo mismo, y aunque en esta ocasión tampoco se inclinaba por ser una buena opción, la asumió como la única posible.

En cuanto un vehículo pasó por su zona, lo paró de inmediato, percatándose que se trataba de un simple taxista. Aproximándose hasta la posición del conductor, trató que lo condujera de forma gratuita hasta su destino, pero ante la continuada negativa de este, optó por una alternativa. Logro sacarlo de forma amenazadora de su propio vehículo y salir huyendo dejándolo tras el humo de combustible. No era la mejor opción pues desconocía el camino a seguir, pero al mismo tiempo era la única manera de obtener un transporte rápido y seguro, al menos el tiempo que precisara.

La imposibilidad de conocer la llegada exacta al lugar, fue lo que le hizo recordar la llamada que le había llevado hasta dirigirse allí. En una clara temeridad, con el coche ya en marcha cogió el teléfono para realizar una nueva llamada al número que escasos minutos atrás le pidiera que atendiera su aviso de socorro.

—¡Necesito indicaciones para llegar! —expresó Renee una vez que el hombre descolgó la llamada.

—¿Indicaciones?

Parecía evidente que seguir entablando conversación con aquel hombre, no era grato. Pero una vez involucrado y respetando los deseos de la señora Soriente. ¿Qué más podría hacer?

—¡Tú me has llamado! Ahora necesito que me indiques como llegar. ¡No hay tiempo que perder! —comenzaba a alzar la voz Renee.

—¿Dónde se encuentra?...

La ayuda de aquel anónimo resultaría inestimable. Poseía una inconmensurable capacidad para situarse con las simples indicaciones que le proporcionaba Renee desde su asiento del vehículo, y poder señalar el camino correcto que debería seguir. Aparentaba tener grabado un mapa y ser capaz de posicionar cada metro en el que Renee avanzaba para poder indicar con acierto cada giro, salida o curva. Con precisión meridiana y prácticamente a ciegas, logró conducirlo de manera brillante hasta llegar a su destino.

«¿Estará por aquí ese tipo?»

Como rastreador, a lo largo de los años adquirió una habilidad que le debería ser muy útil en sus trabajos. Su capacidad de observación era enorme. Ni el más mínimo detalle escapaba de su vista, pues consideraba estos, los más imprescindibles para el conocimiento de los acontecimientos.

Al final de la calle, a no demasiados metros de distancia, pudo distinguir un lujoso Mercedes que no se encontraba bien estacionado. Se preguntaba que haría un coche de tanto lujo en una zona tan desierta y a unas horas tan tardías como eran esas.

«Una solitaria calle, ¿y estaciona la mitad del vehículo en una de las pocas zonas prohibidas?»

Resultaba ciertamente inquietante, pero en ese momento debería centrarse en otro asunto.

Las indicaciones eran claras; “busca un almacén de color rojo y un portón blanco con una pequeña puerta metalizada”.

Se encontraba justo frente a aquella pequeña puerta de color metalizado, ojeando su tamaño, el posible grosor y su cerradura.

—¿Cómo podré entrar? —dijo con un ligero susurro entre sus labios.

Se le pasaban multitud de ideas por la cabeza, pero por desgracia no disponía de materiales para poder forzar de forma segura la cerradura. Tendría que idear alguna otra alternativa para acceder.

El tiempo era un bien preciado. No debía consumirlo gratuitamente, por lo que se dispuso a investigar toda la envergadura de la plancha metálica blanca. Esta, a su vez, resultaba ser una puerta aun mayor que ocupaba todo el ancho de la nave. Una de sus esquinas se encontraba ligeramente levantada por algún golpe recibido y por consiguiente no podía cerrar de manera adecuada. La abertura no era más grande que el diámetro de un balón de fútbol y los pequeños pelos enganchados en las esquinas, indicaban que algún animal

callejero de pequeño tamaño lo utilizaría para acceder y usar la nave de refugio. Al lado, vio un contenedor grande, del que sustrajo una recia vara de hierro. La posicionó en la abertura y comenzó a imprimir toda su fuerza, realizando efecto palanca. Su intención se basaba en el hecho de que con aquel impulso, trataría de agrandar la abertura lo suficiente como para que una persona de complexión delgada pudiera acceder por ahí. La mayor parte de la fuerza empleada, era ejecutada por sus brazos, cuyas venas eran fuertemente marcadas por el esfuerzo realizado por sus músculos principales y secundarios. El dolor del brazo retornaba incesante aunque controlado. Lo peor era que comenzaba a emanar ciertos restos de sangre.

«¡Clack!!»

Un sonido seco, fue la señal que indicó la culminación de su trabajo. Capaz de ampliar la abertura lo suficiente para que un robusto hombre como él, pudiera acceder a su oscuro interior.

—¡No se ve nada!

Renee quería evitar en el mayor grado posible emitir sonido que pudiera delatar su posición a algún sicario que estuviera dentro de aquel complejo. La luz de la luna, proyectada sobre una pequeña cristalera en una de las paredes, era la única iluminación con la que contaba el complejo. Sin más demora, Renee comenzó a deambular cuidadosamente por la amplia y congestionada sala. A su alrededor era capaz de distinguir a corta distancia, multitud de instrumentos acuáticos como kayak, neoprenos, etc.

Su instinto le llevó hasta una planta superior, donde accedió gracias a unas escaleras de metal que se apostaban expresamente a los pies de una pequeña habitación. Con gran sigilo fue subiendo escalón a escalón, asumiendo la frustración de no poder llegar a ser totalmente sigiloso, pues el crujir de cada paso no se lo permitía. Una vez en la parte alta, apretó el pomo de la puerta que se encontraba envuelto en polvo que impregnó su mano derecha y con un grácil movimiento de muñeca, comenzó a girarlo.

«¡Abierto!»

Una sensación de alivio recorrió su cuerpo, pero al mismo que iba abriendo la puerta, la tensión iba en proporcional aumento. Cansado de tanta lentitud, decidió armarse de valor, aunque no de sensatez y abrió la puerta de golpe, internándose como un toro condenado enviste a su entrada en la plaza.

—¡Maldición!

Nada. Vacío. Ni rastro. Simplemente un despacho lleno de papeles encima de una mesa.

Se encontraba frustrado por no encontrar a David, y dubitativo sobre la veracidad de aquel que le había llamado asegurando que lo encontraría en aquella dirección. Aunque no desolado, pues era consciente que aún le quedaba una oportunidad en la parte inferior.

«La clave del éxito consiste en no sucumbir a la desesperación y mantener la confianza intacta»

Con el ruido que ya había provocado, sospechaba que aquella nave de ladrillo, hormigón y metal, se encontraba tan desierta como un cielo diurno sin estrellas. Sin ningún cuidado, bajo las escaleras a toda prisa, cansado de perder tanto tiempo. El estruendo, ahora sí, retumbaba en todas las paredes del complejo, provocando un potente efecto rebote que hacía más imponente el ruido. Una vez abajo, se posó frente a la única puerta posible de la que disponía. Al girar el pomo, comprobó que a diferencia de la anterior esta se encontraba cerrada. Hecho el cual le hizo sospechar sobre las razones.

Recorrió unos pequeños pasos hacia atrás, tratando de ganar impulso y con toda la fuerza de la que disponía, golpeó con su cuerpo la puerta. Logró que la cerradura se rompiera, dándole la posibilidad de poder acceder a su interior.

La oscuridad era dantesca. Ni el más mínimo atisbo de luz asomaba. Si el habitáculo ocupaba un metro cuadrado o cincuenta, era imposible saberlo. Con cautela comenzó a pasar su mano por la pared con suavidad, con la esperanza de encontrar el dispositivo que encendiera alguna luz artificial en su interior. Si esa puerta se encontraba cerrada, no podía ser por casualidad. Algo escondía y por lo tanto se debería poder iluminar la habitación.

Con suerte, pudo encontrar un saliente en la pared, que parecía tener un pulsador. Sin meditarlo, lo pulsó.

—¡Dios santo! —se quejó en voz alta.

Un destello cegador provocó que se llevara las manos a la cara, por el tremendo dolor que experimentaron sus ojos ante tan repentina y potente luz. Como llamas penetrando en la cuenca de sus ojos, abrasaban sus pupilas. El dolor era tan incesante que le resultaba imposible poder separar los párpados. Tuvo que dar unos pasos atrás y aguantar de nuevo en la oscuridad, para que sus ojos olvidaran el incesante quemazón que estaba soportando, y así volvieran a nutrirse del fresco de la noche.

Una vez los fue abriendo con suavidad, comenzó a distinguir lo que se postraba en aquella diminuta habitación. Se trataba de un rudimentario cuarto de aseo. Un sucio y cochambroso baño que disponía de lo más básico para los

trabajadores. En el suelo, por el hueco que dejaba la puerta entreabierta, pudo divisar unas piernas extendidas. Inmóviles.

—¡¡¡David!!!

El grito de alarma, provocó un gran estruendo dentro de la nave. Se apostó hasta donde se encontraba aquel inerte cuerpo, sin saber si estaría con vida o no. Cuando terminó de abrir la puerta por completo, ahí estaba. Hacía mucho tiempo que no veía su rostro desde tan cerca. David se encontraba postrado en el suelo sin moverse.

—¡Respira! ¡Está vivo!

Una vigorizante energía le impregnaba. Lo último que necesitaba, es que su única esperanza de encontrar tan preciado objeto, se encontrara muerto. Pues con el también lo harían sus esperanzas. Apresuradamente, regresó hasta donde se situaba toda aquella cantidad de material inutilizable por el desgaste, buscando alguna pieza útil para desprender a David de sus cadenas. Con gran dificultad podría encontrar algo en ese almacén de basura, pero con suerte, localizó una herramienta parecida a un hacha. De mango corto y estrecho para un fácil agarre, pero de hoja pronunciada aunque no afilada.

—¡Esto servirá!

Reapareció en el claustrofóbico habitáculo con rapidez y comenzó a golpear con cuidado la parte superior de los eslabones, más cercanos a la pared. Pronto comprendió que dicha acción se presentaba inútil e ineficiente por muy impetuoso que golpeará. Los eslabones de metal eran recios y resistentes a los golpes infligidos. Dirigió su mirada hasta el candado al que iban unidas sendos extremos de las cadenas, muy cerca de donde estaba golpeando cerca de la pared, y sin pensarlo comenzó a atizarle con toda su fuerza en la parte superior del mismo, donde encajan las pequeñas patas del candado. No se apreciaba un candado recio pues con cierta facilidad las desprendía de su origen.

Tras algunos segundos de dura labor, escuchó un crujido como ningún otro, que daba a entender que su misión fue ejecutada con éxito, no sin un gran esfuerzo.

—¡Aleluya!

Cargó sobre sus hombros los ochenta kilos de peso, y se dispuso sin demora a sacarlo de aquella jaula sin barrotes. No sabía cuándo podría llegar alguien y truncarlo todo.

Aun inconsciente por el duro golpe recibido en la cabeza, David seguía totalmente ajeno a la presencia de Renee, que lo conducía hasta la apertura que había conseguido abrir con anterioridad para entrar. Ahora le serviría para

salir de la misma manera, aunque en esta ocasión tuvo que tirar de su nuevo acompañante para que pudiera salir al exterior. Una vez fuera, pudo percatarse desde la distancia de un brillante destello ignorado en el interior. Olvidó apagar la potente luz que casi le quema los ojos.

«Que importa. Descubriré de todos modos que he estado aquí» Cuando el cuerpo de David se encontraba fuera, volvió a posarlo sobre su espalda. Esta vez, la duda ensombreció el alarde de lucidez que estaba demostrando.

—¿Dónde voy ahora?

No sabía qué dirección tomar ni a dónde dirigirse, pues necesitaba a aquel inconsciente hombre para conocer el destino al que partir.

«Tendré que volver a conducir»

Aquella no era la decisión que más prefería, pues no sabía dónde dirigirse y prefería estar atento a cuando despertara, pues intentaría escapar y debería impedirselo.

De repente, unas luces gemelas alumbraron la desangelada calle. Renee posó su mirada sobre ellas y entonces recordó el vehículo mal aparcado del que se había percatado antes. Con un gran chirrido de las ruedas sobre el asfalto y un intenso olor a rueda quemada que no tardaría en penetrar en sus fosas nasales, Renee vio como aquel lujoso Mercedes se quedaba justamente parado a su lado.

—¡Vamos suba!

Una voz que lo llamaba, se escuchó tras la ventanilla del vehículo que se entornaba ligeramente abierta.

—Yo soy quien le ha llamado. ¡Rápido, suba de una vez!

Aquella voz volvió a insistir con más vehemencia que la vez anterior. Renee no se encontraba totalmente seguro, pero tenía unas sospechas por resolver. Si aquel era el hombre que realmente se había puesto en contacto con él, le resultaría de ayuda. Con muchas dudas, decidió hacer caso al conductor del vehículo. Abrió la puerta trasera y dejó caer el cuerpo de David sobre los asientos del coche, introduciendo al mismo tiempo el suyo, pues no quería que aquel desconocido partiera a toda velocidad una vez estuviera el cuerpo del joven dentro, dejándolo a él tirado. Cuando se encontró seguro en el interior, cerró la puerta con fuerza y el coche se puso en marcha.

—¿Quién eres tú? —preguntó Renee con tono desafiante, tratando de que comprobara su actitud.

—Me llamo José —contestó sutilmente y un poco acobardado—. Se han puesto en contacto conmigo para que le ayude a llevarse a David.

Era la primera vez que José se encontraba con ese hombre de aspecto y voz tan ruda. Sobrecogido por desconocer sus intenciones, trataría ser lo más cortés posible. Por otro lado, como era habitual en él, aunque esta vez le acompañaba una pizca de temor.

—¿Tú fuiste quien me llamó? —replicó Renee, reduciendo la severidad del tono de voz.

—Lo siento, pero no puedo decírselo. Tengo ordenes específicas de no revelar cierta información. De todos modos no importunaré a nadie.

—A mí sí me importunaría —dijo Renee, otra vez con el enfado agrandado—. Quiero averiguar quien anda tras de mí. Es evidente que sabéis mucho más de lo que contáis, seáis quienes seáis.

La actitud de Renee comenzaba a tornarse airada, ante la negativa de aquel hombre a complacer sus exigencias. Difícilmente pudiera confiar en una persona que ofreciera tanta resistencia a revelar información, cuando ellos mismos habían asistido en su busca. Después de tantos años aprendiendo de errores, la desconfianza era una parte más de su carácter como se asociaría el color verde a la hierba o el azul al mar.

—¡Te lo voy a repetir una vez más! Dime para quien trabajas o terminarás por arrepentirte.

Renee se volvió extremadamente amenazante. Su tono y gesticulación, denotaban el enfurecimiento previo a sus amenazas sobre el ecuánime chofer. José se mantenía impasible, implorando interiormente para que no cumpliera sus amenazas y consiguiera apaciguar los ánimos de su encolerizado pasajero.

—¡Por favor trate de calmar...!

José no fue capaz ni de terminar el ruego, cuando por el espejo retrovisor interior, pudo comprobar cómo David comenzaba a moverse. Paulatinamente iba recobrando la consciencia, tratando de erguirse por sí mismo.

—¿Dónde estoy? —se cuestionaba atolondrado—. ¿Qué ha pasado?

—Estas en un coche, camino a un lugar apartado —contestó Renee.

Al hacerse eco de la desconocida voz, David posó su mirada sobre el transmisor de la misma, llevándose una desagradable sorpresa al contemplar su rostro.

—¡Oh Dios mío! Tú no...

Después de encontrarse con un aspecto deplorable y alicaído, era difícil poder saber que rostro o que voz escucharía una vez se encontrara despierto. Lo último que hubiera creído sería ver el rostro de quien quería acabar con su vida. Aquel que fue a buscarlo a la Universidad. La persona que solo quería su mal, se encontraba justamente a su lado y sin salida.

—Tú no puedes estar vivo. Martín te disparó y caíste. Vi como te desangrabas. ¿Cómo puede ser posible? —preguntó.

Instintivamente, David trató de abrir las puertas del vehículo, procurando una oportuna escapatoria de tal encerrona en la que se veía implicado. No le importaba que el coche estuviera en marcha ni la peligrosidad que representaba, pues sentía mayor pavor por quien tenía sentado a escasos centímetros. Por más que lo intentaba con empuje, era como si las hubieran cerrado herméticamente. No tenía escapatoria.

—¡Caí!, es cierto. Viste mi sangre impregnar mi cuerpo. Pero si nunca surcas un río a contracorriente, jamás descubrirás la cascada de donde proceden sus manantiales aguas —contestó Renee—. Sabía perfectamente cómo iba a actuar Martín. Siempre asesina de la misma manera. Se jacta de realizar un disparo en el mismo punto del pecho, y era algo que ya conocía.

Renee trataba de explicar una realidad extremadamente difícil de asimilar por David. Se mostraba receloso, pese a ser consciente de que su instinto le decía que algo no encajaba.

—Incorporé justo en la zona del corazón, una bolsa llena de mi propia sangre, extrayéndomela yo mismo durante mi viaje desde París. Una vez Martín me disparó, la fuerza del impacto me hizo caer aunque permanecer con vida. La bolsa de sangre explotó y el chaleco antibalas que llevaba incorporado hizo el resto del trabajo. Era la única manera de hacerle creer que había acabado conmigo. Si no hubiera sido así, no podría haber venido a rescatarte. ¿Entiendes?

—Tranquilo señor Soriente. ¡Estoy aquí con usted! —Se escuchaba desde los asientos delanteros.

Una conocida voz llegó a sus oídos. Alzó la vista hasta la persona que manejaba el vehículo, percatándose para su gozo de quien se trataba.

—José, ¿eres tu verdad?

—¡Sí, soy yo! —contestó.

Un extraño sentimiento de serenidad lo embargó por segundos. Los suficientes como para ser capaz de proyectar otro escenario que le resultara igualmente negativo.

—¿Qué haces con este hombre? —le preguntó de nuevo—. El asesinó a William y al doctor de Janeya. Buenas personas a quienes arrancó el corazón del pecho de forma deliberada.

—¡Me han pedido que le llame para encontrarle! Me han asegurado que sería capaz de dar con usted —le contestó José.

David volvió a sobresaltarse. José, el conductor al que su madre había contratado para que le ayudara en sus recorridos, estaba colaborando con el hombre que intentaba acabar con él. Había sido capaz de sobrellevar su personaje notoriamente, pues le encandiló con su afable y magnánimo carácter. Realmente llegó a pensar en el cómo alguien en quien confiar ante tan turbios acontecimientos. La traición de Martín era indudablemente suficiente e imposible de superar, pero ahora debería soportar otra más.

—¡No puede ser! Tú estás aliado con él. ¿Qué queréis de mí? ¿Por qué queréis acabar conmigo?

La desesperación y la angustia de David eran notorias. Atravesaba un espeluznante bache nervioso. Pensaba que podía confiar en José, pero también se encontraba aliado con aquel misterioso hombre de traje de la Universidad. Ahora y ante una perspectiva agorera, su ansiedad crecía a pasos agigantados.

—¡David, escúchame! —le dijo Renee agarrándole los brazos con contundencia—. Ninguno de los dos queremos mal para ti. Nosotros somos quienes queremos colaborar contigo para acabar con la verdadera amenaza. Martín es quien realmente quiere utilizarte. Debes empezar a comprender la realidad de los hechos que no tienen nada que ver con lo que crees saber.

David, sorprendido ante las palabras del hombre, comenzaba a recordar los hechos que lo postraron en esa oscura habitación.

—¡Es cierto! —confirmo José—. Llegamos hasta un polígono de naves, donde presupuse entraron en una de ellas. A los pocos minutos pude ver como Martín salía corriendo. Parecía buscar algo pues se postró en mitad de la calle sin cesar de mirar a lo largo del polígono, hasta que desistió y se marchó. Quizá me buscara a mí, pero fui precavido y decidí ocultar el vehículo lo máximo que pude. Le estuve esperando paciente, pero no tenía noticias sobre usted. Al preocuparme, me puse en contacto con la Señora Soriente y ella fue quien me pidió que avisara a este hombre cuando pensara que pudiera estar en peligro.

—¡Soriente...! —dijo Renee.

—¿Mi madre? ¿Mi madre te pidió que avisaras a este hombre?

—¡Si señor! —le contestó José.

La confusión de David no podía ser más grande. Imaginar la controvertida propuesta de su propia madre con un hombre que había tratado de acabar con él, convertía el paradigma en resolutivo.

—¡No entiendo nada! Esto no puede ser real... —decía David con dificultad para hablar—. ¿Por qué conoces a mi madre?

Renee quedaba pensativo. Se mostraba como quien no desea contestar a la pregunta o si midiera las palabras correctas.

—Es... una larga historia. Pero te aseguro que estamos de tu parte. Me adentré en una de las naves abandonadas del lugar, encontrándote atrapado en el pequeño baño. Inconsciente. ¿Recuerdas que ha pasado?

David se mostraba desorientado. Demasiados acontecimientos perturbaban su ser en corto espacio de tiempo.

—Si... creo que si lo recuerdo —dijo David con cautela—. Martín me dejó inconsciente y empezó a contarme una historia sobre líderes que llevaron a cabo actos desdeñables que eran más recordados que los honorables. Que quería llevar a cabo un acto que lo encumbrara. Y... ¡Oh dios!

—¿Qué sucede? —preguntó intrigado Renee al ver que paraba en seco su explicación.

David se llevó la mano a su bolsillo y comenzó a palpar lo que creía un trozo de papel de cierta dureza. Cuando lo sacó tenía la esperanza de que no fuera lo que estaba seguro que iba a encontrar, pero la realidad era más cruel que lo que sus deseos esperaban.

—¡Sarah!... ¡Tiene a Sarah!

Una turbia ola repleta de pánico, acabo por enloquecerle.

—¿Cómo dices? —preguntó Renee.

—Esta foto —continuó— fue un presente que Martín se encargó de dejarme antes de marcharse. Quiere decirme que tiene en su poder a esta mujer. ¡Maldita sea! ¿Cómo puede ser todo esto real?

Repentinamente, el teléfono comenzó a sonar. Su estridente sonido se hizo eco en la pequeña extensión móvil, alarmando a los presentes y creando confusión entre ellos.

—¿Quién será ahora? —preguntó Renee con sospecha.

David, reacio a descolgar el teléfono, estaba más que cansado a descubrir desagradables sorpresas y prefería mantenerse en una ignorancia completa.

—Vamos cógelo —dijo Renee.

—No estoy seguro de querer hacerlo —respondió David.

David observaba la pantalla del móvil y pudo observar el enorme número con más de veinte dígitos en la pantalla.

—¡Qué número tan extraño!

Finalmente cedió ante tanta insistencia, descolgando el teléfono con desgana.

—¿Sí?

—¿David?. ¿David Soriente? —Se escuchó al otro lado de la línea.

La voz de aquel hombre era totalmente desconocida e incluso extraña. Su capacidad de reconocer acentos distaba enormemente de su habilidad para recordar las tonalidades.

—Sí, soy yo. ¿Quién es usted? —preguntó el joven desorientado, esperando una respuesta aclaratoria ante tan misteriosa llamada.

—¡Quien te va a salvar la vida...!

Capítulo 57

—¡Comisario Jefe Cuevas al aparato! Pertenezco a la policía federal de México y me dispongo a contactar con usted para proporcionarnos ayuda mutuamente. Pese a su desconocimiento, es una necesidad recíproca para un similar objetivo.

—¿Policía de México?

David se mantenía extrañado. No entendía como una persona de la que nunca había oído hablar, le llamara desde tan lejos para... ¿proponerse ayuda mutua?

—¿Ayuda con qué? —preguntó David—. ¿Y qué es eso de que me va a salvar la vida?

Renee, aun con dificultad, fue capaz de distinguir el nombre del autor de la llamada. Al escucharlo mostraría sentimientos encontrados. Conocía la identidad de quien se hacía llamar “Comisario Cuevas”. Siempre se presentaba de idéntica forma, sin importar el evento, la situación o el *status* de quien tuviera que conocer. Era evidente el orgullo que profesaba a su profesión y rango, o quizá se tratara de un hombre excesivamente pedante. Bien sabido era que se trataba de uno de los hombres más tenaces de toda la comunidad que defiende la ley, pese a no ser un claro ejemplo de regirse por las normas. Si quería atrapar a alguien, no importaba lo arriesgado que fuera, a quien tuviera que engañar ni el tiempo que le llevara, al final se haría con él. Al mismo tiempo, si entablaba contacto con David, significaba que algo o alguien podría atentar contra él. El simple hecho de reclamar la ayuda del astrónomo, podría repercutir en graves consecuencias para el mismo. Aquel hombre utilizaría vidas ajenas, por tal de conseguir atrapar su objetivo.

—Necesito que esté atento a lo que le voy a explicar, —le dijo el Comisario— pues quizá en primera instancia todo le parezca extraño, pero le aseguro que ira atando cabos y encontrando el sentido a muchos dilemas que seguro habrá acumulado estas horas.

—¡Pon el altavoz David! Por favor, estoy interesado en saber que está ocurriendo —le dijo Renee.

Aun con ostensible desconfianza, David accedió, pues ciertamente su nivel de desconcierto era de tal envergadura que ya no sabía en quien podía confiar. Su propia inercia inconsciente le hizo activar el altavoz de su teléfono móvil, resonando la voz al otro lado del teléfono en todo el vehículo.

—¡Atienda bien Señor Soriente! —le avisó el comisario—. Uno de los criminales más peligrosos que personalmente conozca, ha abandonado ilegalmente nuestro país. Me dirigía hacia París, ya que la policía francesa había encontrado un cuerpo mutilado de una peculiar forma. Eso quería decir que nuestro hombre se encontraba allí, pues aquel “modus operandis” es su seña de identidad. Ahora mi rumbo es totalmente diferente y de ahí el motivo de mi llamada. La policía española nos ha avisado que han encontrado dos cuerpos yacentes con el corazón extirpado. Ese fue el indicativo de que Kabil se encontraba en la capital española.

La consternación de David iba en aumento. Estaba escuchando sucesos que él había sufrido en primera persona. La magnitud de aquellas circunstancias estaban atravesando las fronteras de la realidad.

—¡Te lo he dicho David! —dijo Renee, confirmando las palabras del Comisario—. Yo no soy el responsable de ninguna de aquellas atrocidades. Martín es el cerebro de la operación, y Kabil es la mano ejecutora. ¡Quieren conseguir algo de incalculable valor y te quieren utilizar a ti, ya que eres hijo de quien lo ha escondido!

—La situación es peor de lo que cree —volvió a sentenciar el Comisario Cuevas—. Si Kabil está en su ciudad y ha tenido relación con algún asunto personal con él o con algún objetivo suyo, le aseguro que lo buscará y le dará fin. Kabil padece un trastorno obsesivo severo que le afecta profundamente en su modo de interpretar las acciones y a las personas. El hombre que encontramos muerto en París, era el jefe de una de las mayores organizaciones en secreto del mundo, al que apodaban, “El señor King”.

—King...

Cuando Renee escuchó el nombre, quedó entumecido. En “*shock*”. Su anterior y poderoso jefe había sido asesinado por aquel hombre con el que colaboraba Martín. Su alianza debería ser de tal magnitud que harían lo posible para conseguir la ayuda de David, sin importar lo que finalmente sucediera con él.

—Voy a realizarle una pregunta y espero absoluta sinceridad. ¿Comprende usted? —le preguntó el comisario.

—Si... —contestó David.

—¿Por qué están inmersos en una fratricida búsqueda a través de dos países, dejando un reguero de sangre a su paso? ¿Qué les impulsa a esa repentina búsqueda repleta de peligros?

—¿Cómo puede saber eso?

—¡Tenemos nuestros medios! —dijo—. ¡Señor! Lo único importante ahora es que conocemos que usted es descendiente de una importante colaboradora de la organización “SAHFA”. Quienes van en su búsqueda lo saben y por supuesto nosotros también somos conscientes de ese hecho.

David ignoraba como contestar con exactitud a aquella pregunta. El mismo pretendió recapacitar en multitud de ocasiones su precipitada y coaccionada decisión. Un enigmático hombre con un propósito pernicioso en su contra, un tesoro escondido, y ahora... ¿Qué más podría ocurrir?

—Un desconocido llegó a nuestra casa, acarreando unos documentos donde explicitaban la localización de una antigua reliquia histórica. Siempre atendiendo a los mensajes cifrados que escondían dichos papeles, elaborados por una mujer llamada Danielle. Eso nunca hubiera sido motivo suficiente para embarcarme en esta locura, de no descubrir que estábamos siendo estrechamente vigilados. Me sentí chantajeado, preso del pánico de mi madre. Hasta que hace poco he descubierto que tienen retenida a una mujer de gran importancia para mí. A partir de ese momento descubrí que se valdrían de la repercusión que provocaría en mi dicha noticia, para tratar de boicotear nuestra incursión. O al menos la mía.

—¿Una reliquia histórica ha dicho? —preguntó el comisario.

—¡Eso insinuó! ¿Sucede algo?

—Escasos días pasados, —continuó el comisario de policía— desapareció un manuscrito de la biblioteca “Juan José Arreola” de Guadalajara, en México. Dicho escrito se trata del “De revolutionibus orbium coelestium”, una de las obras más relevantes de la historia tal y como la entendemos hoy día, realizada por Nicolás Copérnico. Se trata de un trabajo de gran valor histórico y académico, pero también económico si se sabe vender a un comprador adecuado. ¡Debemos encontrarle y detenerle! —sentenció el comisario—. Y yo personalmente, le voy a ayudar.

David y Renee se encontraban sobrecogidos. Mientras el miedo albergaba a David, la mente de Renee procesaba una forma de poder acabar con aquel hombre. Su primordial objetivo era el de zanjar su interminable disputa con Martín, pero ahora se interponía otro obstáculo que intentaría acabar con la vida de David, haciendo modificar transitoriamente sus preferencias.

—¿Cómo podemos hacer para detenerlo? —preguntó Renee, interesando activamente.

—¿Quién es usted? —dijo el comisario, receloso de que una voz desconocida estuviera husmeando en una conversación privada.

—Mi nombre no importa, —añadió— pero soy quien ha sacado a David de su encierro. Lo tenían prisionero y gracias a la información que me ha proporcionado una fuente personal, que por ahora preservaré su anonimato, he conseguido tenerlo a mi lado. Su protección es vital, así que espero que comience a hablar y revele toda la información de la que disponga.

El autoritario tono de Renee, desagradaba al Comisario. Nadie osaba a hablarle de esa manera. No era la forma más adecuada de relacionarse con él, pero dándole la espalda a su orgullo de forma pasajera, debería colaborar si quería atrapar a su objetivo.

—¿Cómo se atreve a dirigirse a mí de tal manera?

Renee guardo silencio en aquel instante, tratando de no alterar más la situación. No por falta de actitud sino por evitar una inútil confrontación.

—Lamentablemente no tengo más remedio que colaborar con usted, pero le aseguro que cuando llegue a Madrid, tendremos unas palabras cara a cara.

La amenaza del comisario era clara. Provisionalmente aparcaría su orgullo por necesidad, pero guardaba en su recámara el recuerdo de aquella contestación.

—Kabil —prosiguió— es un hombre extremadamente peligroso. Ya han comprobado lo que es capaz de hacer. Se rige por la cultura “Maya” y por ese modo tenemos que tener en cuenta las acciones que lleva a cabo. Yo conozco aspectos importante de dicha cultura, por eso si usted es consciente de alguna pista que nos pueda llevar hasta él, quizá piense que no tenga sentido pero puede que resulte de vital importancia.

—¿Pero usted puede proporcionarnos su paradero? —insistió Renee, tratando con mayor cortesía irónica.

—No muchos serian capaces de detenerle. Hay que actuar con cautela, además de experiencia en este tipo de trabajo y muchas agallas. Jugar con sus debilidades y volverlas contra él. Les ayudaré en todo lo que pueda. ¿Usted tiene experiencia militar o algún tipo de entrenamiento en confrontaciones?

—Le aseguro que puedo acabar con él. Solo diga dónde encontrarlo —contestó Renee con tal confianza que resultaba temeraria.

Desde un segundo plano, David no perdía atención a la conversación.

—Decía que tenía estrecho contacto con un tal Martín. ¿Han cometido algún tipo de acción ilícita? —le preguntó el comisario.

David mantuvo el silencio. No tenía claro si contestar dicha insinuación.

—Señor Soriente, —hablaba José— soy consciente de que este tema escapa de mis responsabilidades, pero llegados a este punto tan inusual creo que debería contarle todo. Usted debe conocer bien a su madre. Si la Señora Soriente me pidió expresamente que me pusiera en contacto con el hombre que tiene a su lado, aun comprendiendo que le suscite dudas al desconocer su identidad, ¿piensa que no debería fiarse de ella? La llamada de quien dice ser Comisario de policía es desconcertante. ¿Por qué explicarle todo a usted? A un desconocido. Pero pregúntese usted mismo si todo esto tiene alguna lógica. Quizá todo lo relacionado con aquel hombre, el tesoro, la mujer,... forme parte de un mismo conjunto de acontecimientos. He realizado una pequeña búsqueda en la red sobre el comisario Cuevas y su presentación es veraz. Pertenece al cuerpo de la policía federal de México, con el rango de Comisario Jefe. Si no fuera quien dice ser. ¿Qué daño podría ocasionarle?

Señor Soriente, yo no soy nadie para interferir en esta situación. Me sobrepasa. Pero quizá debería dejarlo en manos de quienes saben realmente lo que deben hacer. Son personas seguro capacitadas para resolver todo esto. Necesitamos ayuda y apartarnos de todo esta locura que estamos padeciendo.

David se mostraba comprensivo con las palabras de angustia de José. Compartía su desazón pues era copartícipe de dicha lucha.

—¡Es quien dice ser! —replicaba Renee desde su posición—. Podéis confiar en su identidad y la verdad sobre que os ayudará a encontrar a Kabil. ¡No dudéis! Pero tened cuidado con sus métodos. En ese caso es donde debéis desconfiar.

—¡Bien! —dijo David— pues escuche con atención. Lo dejaremos todo en sus manos para que se ocupe.

—¡No se confunda Señor Soriente! Este es un problema el cual no puede evitar.

Capítulo 58

Gran Creador, Tú nos formaste, Corazón del cielo,
Corazón de la Tierra:
Te damos gracias por habernos creado
Dios del Trueno, Dios de la lluvia:
Desde la salida del sol buscamos la paz en el mundo entero.
Que haya libertad, tranquilidad, salud para todos
tus hijos que viven en el Este, donde el sol se levanta.
Te pedimos también, a la puesta del sol,
hacia el Oeste, que todo sufrimiento, toda pena,
todo rencor terminen, como el día termina.
Que tu luz ilumine los pensamientos,
las vidas de los que lloran, de los que sufren,
de los que están oprimidos, de los que no han oído.
Rogamos hacia el Sur,
donde el Corazón del Mar purifica toda corrupción,
enfermedad, pestilencia.
Danos fortaleza, para que nuestras voces
lleguen a tu corazón, a tus manos y a tus pies.
Nos postramos delante de Ti
con nuestras ofrendas, invocándote día y noche...

Kabil se encontraba en pleno frenesí, recitando los versos de una de sus oraciones maya predilecta. Invocando los señores y avisando del sacrificio que iba a realizar en su honor. Recitaba en voz alta, casi alzando la voz, siendo difícil no ser escuchado si no fuera porque se encontraba solo en aquel solitario lugar.

... Rogamos hacia el Norte,
desde los cuatro puntos cardinales de este mundo,
confiando en que El Corazón del Viento

llevará hasta tus oídos la voz, el clamor de tus hijos.
Oh Gran Creador, Corazón del Cielo,
Corazón de la Tierra, nuestra madre:
Danos vida, mucha vida y una existencia útil,
para que nuestros pueblos encuentren
la paz en todas las naciones del mundo.

Capítulo 59

—¡Deben acabar con él! —Exigía el Comisario Cuevas.

La actitud de ese hombre se transformaba en vehemente. Daba a entender la irascibilidad de un carácter que tornaba a un individuo de empatía variable. Voluble. No transmitía la conveniente confianza a una persona como David.

—¿Cómo dar con su paradero? —meditaba Renee.

Mayor preocupación que la de enfrentarse a tal crueldad, derivaba en dar con ella. Pocos imprudentes buscan conscientemente el camino que conduce al infierno, y aun así se aventuraban para averiguarlo. Predomina la creencia de que lo difícil no es encontrar el miedo, sino escapar airoso de sus garras. Para ellos, la única solución se encontraba en dar con aquel desconocido sendero hasta el diablo, pero sin embargo ahí residía toda su dificultad.

—Quizá en alguna guarida con Martín. O donde tengan retenida a Sarah. En algún lugar la tendrán... —comentaba David desesperado.

—No tenemos constancia de unión alguna entre Kabil y ese tal Martín. No estamos en disposición de prejuzgar la existencia de un nexo de unión entre ambos. Por lo que nos respecta, estamos tratando de personas diferentes con objetivos muy diversos. ¿Es consciente de la ingente cantidad de metros cuadrados de los que dispone Kabil para esconderse? Le aseguro Señor Oriente, que si decide ocultarse por la eternidad, invertiríamos meses o años en dar con su paradero. Lo sé por experiencia.

—Pero ya se hicieron con él una vez, ¿cierto? —replicó Renee.

Ahí fue cuando hizo memoria al recordar sus escasos años en prisión, expuesto por el mismo Comisario.

—Y no sabe lo que sacrificamos...

Aunque de forma insólita, con las confianzas realizadas entre aquellos tres disparejos hombres, se estaba fraguando una alianza. Extraña, pero al fin y al cabo para un supuesto bien común. Renee y el Comisario, pese a no profesarse ninguna estima en apariencia, eran los mejor formados y más decididos a tal labor. Por el contrario, David se mantenía distante. Taciturno. Únicamente su mente era capaz de pensar en Sarah y en como poder

rescatarla. No importaba todo lo lejos que hubieran quedado sus vidas. La llama que ardía en su interior, pedía con malevolencia desprender su fuego en sed de venganza.

—¡Lo tengo! Creo conocer cómo encontrar su paradero —afirmaba Renee con confianza vigorosa.

—¡Explíquese señor!

—Con la muerte de King, la organización quedará totalmente desmantelada. Su vulnerabilidad será patente, así que simplemente se necesitan conocer ciertos puertos de acceso electrónicos con sus claves, y alguien que sea capaz de romper la seguridad que permanece en ella. Esta seguridad quedará fuera de su rango, pues el encargado de mantenerla alejada de amenazas externas, ya habrá desaparecido por miedo a ser descubierto.

—¿A dónde quiere llegar? Expone su ejecución con una apariencia demasiado sencilla en mi opinión.

—Solo los miembros de la organización “SAHFAs”, poseen unos limitados puntos de incursión electrónica, para acceder desde cualquier emplazamiento del planeta. Yo le puedo mostrar el camino principal, pero me encuentro incapacitado para adentrarme en los accesos codificados. Esos son a los que necesitamos acceder. Comisario, si le facilito códigos de rastreo digitales, ¿su equipo de ingenieros sería capaz de dar con sus claves y quebrar la seguridad permanente?

—No tengo duda de la capacidad de mi equipo. Al contrario de lo que pienso de usted, pues no tengo confianza en sus palabras. ¿Para qué nos va a servir tal acción? Si nos descubren, podemos perder mucho más de lo que podamos ganar.

Renee se encontraba reacio a dialogar sobre aquel apartado de su vida. No era motivo de orgullo explicar su pasado, como conocía tan bien de que hablaba, ni de como lo marcaron como a un animal doméstico.

—Los integrantes de la organización “SAHFAs”, tenemos microchips de rastreo incorporados en el brazo. Imperceptibles a cualquier aparato que intente advertir su presencia en el cuerpo, incorporan una función que al percibir alguna honda extraña, proceden a su autodesintegración para no dejar rastro. Ese era el modo con el que nos podían controlar como animales extraviados, para conocer en todo momento nuestra posición. Es un sistema muy sofisticado e impenetrable. Solo accesible con unos códigos individuales, únicamente portados por los miembros. Nunca los sacaríamos a la luz porque quedaríamos expuestos, y claro... lógicamente ninguno se iba a delatar. Si son capaces de adentrarse en la seguridad de la organización y obtener la ruta

de acceso que conduce hasta la ficha de cada miembro, quizá puedan dar con todos los que tengan ese chip y rastrearlo. Si se hacen con la posición de todos los localizadores, solo tenemos que seguir al que se sitúe aquí en Madrid. Para un “*hacker*” aceptable, ahora será de gran facilidad acceder con un simple código que le puedo proporcionar, pues su seguridad es inexistente. Quizá le lleve un tiempo de trabajo pues la información que le puedo proporcionar es limitada, pero lo conseguirá.

—Es consciente de que si logramos acceder al historial, ¿usted quedará expuesto de igual manera que los demás? Es igual de culpable por pertenecer a una organización de semejante magnitud. De ningún modo conseguirá librarse ni escapar una vez su rostro inunde las calles. Será perseguido de manera implacable y quedará expuesto para ser detenido por los correspondientes cuerpos de seguridad de multitud de países. Un prófugo. Anhelando la libertad arrebatada entre los barrotes de una mal oliente celda por el resto de su vida.

Renee quedó impactado por tal sinceridad. A fin de cuentas, quien exponía tales hechos, sería uno de los que disfrutaría dándole caza. Para después deleitarse con el trofeo obtenido.

—¡Qué alentador Comisario! Vuelva a llamar en quince minutos. Necesito esta línea.

—¡Espe...!

Renee colgó el teléfono dejando al Comisario con la palabra en la boca y una clara expresión de cabreo, poco deseable para cualquiera que se mantuviera cercano.

—¡Traedme un café! —vociferó de tal manera que hasta en la cabina de mando se escuchó tal berrido.

—¡David! Préstame el teléfono. Necesito hacer una llamada.

Sin tiempo para contestar, Renee ya se encontraba realizando dicha llamada, mientras David creía estar viviendo en un eterno letargo. No era capaz de reaccionar con avidez a ninguna de las proposiciones que se le planteaban. Era como ver el mundo pasar a través de un cristal, sin poder interactuar en él.

—¿Mariah? —hablaba Renee con cierta cautela.

—¿Renee? ¿Eres tú? —Se escuchaba desde la otra línea—. Me sorprende que sepas mi número de teléfono. No consideras estas horas un poco...

—Mariah, no tengo tiempo. ¿Recuerdas el diminuto chip de esta mañana? ¿Lo conservas? —preguntaba angustiado.

—¿Cómo voy a conservar eso? —le contestaba con sarcasmo.

—¡Vamos Mariah! Es muy importante. ¿Realmente no lo has guardado?

Mariah sucumbió de pronto. Parecía que era de vital importancia aquel inservible aparato.

—Lo cierto es... que sí. ¡Lo he guardado! Lo llevo conmigo. ¿Qué es lo que sucede?

Renee sentía que rejuvenecía treinta años de la felicidad que le proporcionaba tan buena noticia. Su insistencia estaba justificada, pues era consciente de la obsesión que sentía aquella mujer por conservar cualquier objeto que hiciese referencia a su persona. Obsesión tantas veces criticada, reconvertida en prodigiosa virtud esa noche.

—Escucha con atención. Necesito que desprendas la pequeña cápsula de color rojo. Simplemente deslízala hacia un extremo y saldrá con facilidad. Luego veras una especie de placa base con diminutas conexiones como las de una computadora. En el reverso de dicho panel hay escrito un código de diez dígitos. Tienes que decírmelo sin errores.

—¡Es demasiado pequeño! —se quejaba amargamente—. Necesito fijarme con mayor claridad.

Mariah aprovechó para abandonar la abarrotada sala de urgencias, a la que había vuelto tras un duro turno el día anterior. Se lamentaba acerbamente por tener que pasar una noche tan señalada en un lugar tan poco gratificante, pero la llamada de Renee resultó un regalo sin importar la causa que lo llevara a ello.

—¡Atento! —le indicó a Renee como aviso—. “1-1-9-2-0-1-6-2-1-8”. ¿Lo tienes?

—¡Confirmado! —le contestó—. Mariah, ahora sí, deshazte de eso. Quémalo o lánzalo al fondo del Sena, pero no te quedes con él o tu vida correrá peligro. ¡Hazme caso y destrúyelo!

Mariah quedó asustada con tal severidad. Si Renee le explicaba tal afirmación, sería porque algo peligroso estaba rondando su aura.

—Pero Renee. ¿Qué está sucediendo?... ¿Renee?...

No era posible escuchar ninguna contestación, ya que nada más comunicarle el código, Renee no se demoró en colgar con celeridad el teléfono. Volviendo a dejar a esa desangelada pero entregada mujer, sin una adecuada despedida.

—¡Renee...!

—¿Por qué son tan importantes esos números? —preguntó David, tratando comprender.

—Con estos dígitos, podremos encontrar a Kabil. Los tres primeros corresponden a un dominio específico dentro de la red. La organización posee una tapadera en forma de simple página web con apariencia ordinaria. Dentro de ella, si insertas estos códigos en el lugar correspondiente, te otorga acceso a la red de información real de la organización. Nosotros solo disponemos de acceso personal, pero si la policía hace bien su trabajo, accederán a toda una interminable red de información y del rastro de sus miembros por todo el globo terráqueo.

Como bien advirtió el Comisario, si dicha acción resultase efectiva, Renee quedaría igualmente expuesto. ¿Acaso no le importaba? A David no le preocupaba que pudieran atrapar a aquel del que tan poco conocía, pero si le perturbaba la idea de que quien estaba a su lado, sintiera tal ausencia de nerviosismo ante los posibles hechos que se le avecinaban.

«¡Algo debe tramar!»

«¡Biiiiip! ¡Biiiiip!»

El sonido del teléfono móvil, interrumpió afortunadamente un incómodo silencio que para sus implicados perduraba en exceso.

—¿Sí? —habló David, volviendo a activar el potente altavoz.

—¿Listo? —preguntó el Comisario con cierta ironía, tras el desplante anterior.

—Deben escribir en un buscador la palabra “SAHFA”. Una vez aparezcan diversos enlaces, acceda al primero de ellos. Dentro de la página debes buscar un subapartado denominado “privado”. Ahí poner el código que te voy a indicar en cualquiera de los recuadros. Automáticamente te mandará a un enlace externo y es ahí donde debéis hacer vuestro trabajo. Tendréis sesenta segundos para vulnerar su seguridad. Pasado ese tiempo, el programa interpretará una amenaza, pasando mi código de seguridad a modo hibernación. Inutilizado.

—¡Déjese de cuentos y díctelo ya! —le apremió con exigencia el Comisario.

—“1-1-9-2-0-1-6-2-1-8”

Sin dilación, el ayudante del Comisario se dispuso a transcribir la información para enviársela a su enlace en la sede central. Allí ya habían sido debidamente comunicados sobre qué hacer y cómo proceder. Solo restaba averiguar la pericia del informático al cargo y su velocidad en la ruptura e invasión de los obstáculos aparecidos. Durante la espera, un silencio sepulcral inundaba la sala de operaciones, el avión y el coche. Ninguno era capaz de

pronunciar palabra. La expectativa era tremenda, hasta el punto de provocar un estado de tensión, únicamente perceptible durante el fragor de una batalla.

El comisario Cuevas, disponía de una visión directa del trabajo de su informático, gracias a la revolucionaria tecnología dispuesta en el aeroplano. Observaba la cantidad de numerología y la velocidad de ejecución, hasta que alcanzó a distinguir algo con mayor claridad.

—¡Estoy dentro! —le comunicaron a través de una línea privada de la central.

—Infórmeme de la posición del código otorgado. ¡Rápido!

—¡Comisario! —Intentaba llamarle la atención Renee desde la otra línea telefónica—. No busque esa posición. Ese lo extrajeron de mi brazo y se encuentra en París. ¡Céntrese en los demás!

El Comisario Cuevas se mostró sorprendido ante la revelación tan tardía de dicha eventualidad. Aun así, estaba enfrascado en la cantidad de códigos que introducía su agente especial para terminar accediendo a un mapa global con diversos pequeños puntos en el mismo.

—¡Señor! Aquí está —le dijo su ayudante.

Sorprendido, el comisario recogió rápidamente su celular.

—¿París? Su código no apunta a París.

—¿Cómo que no? —dijo sorprendido Renee.

—Su señal proviene de Madrid. ¡Muy próximo a las Torres Kio!

Cuando David alzó la mirada por la ventana, lo hizo con un objetivo muy marcado. Comprobar su situación.

—¡Estamos atravesando las Torres Kio...!

—Lo más inquietante no es eso —dijo el Comisario con mayor sorpresa—. ¡Junto a la suya, se mueve otra señal!

La mirada de Renee tornó a asombro mientras cambiaba de dirección su ojeada, dejando caer el teléfono al suelo. Clavada en la nuca de José, lo agarró del cuello con tal fuerza que no estimaba intención para soltarlo.

—¡Detén el coche! ¡Ahora mismo!

Capítulo 60

Kabil comenzó a padecer un severo y repentino pinzamiento en su brazo. Creía sentir arder su musculatura, calándole hasta los huesos. Lo sufría atravesando carne y piel, como si perforaran un agujero con metal fundido en sí mismo.

—¡Maldición!

Una alarmante actitud, impregnó todo su cuerpo. Culpable del abandono de su zona de meditación, se dispuso a bajar el tramo de escaleras que lo separaba de la salida.

—¡Me están buscando!

Como bien aseguró Renee, la activación de la búsqueda de los chips, provocó que el de Kabil se autodestruyera como forma preventiva de seguridad. Ahora se veía en la obligación de huir y esconderse en un lugar menos comprometido. Si finalmente lo atrapaban, no quería arriesgar la correcta ejecución de su misión final. Disponía de ciertos minutos hasta que la señal del microchip se extinguiera por completo. Debería darse prisa en desaparecer y ocultarse. El tiempo apremiaba.

Capítulo 61

—¡Detén el coche! —gritaba incesantemente Renee.

José soportaba una fuerte presión sobre su cuello, producto de la contingente fuerza que aquel rudo hombre empleaba sobre el mismo. Asustado y desconcertado, no distinguía los pedales que presionaba, por lo que en ocasiones en vez de tratar de detener el vehículo, aumentaba la velocidad.

Mientras Renee trataba con la otra mano direccionar el volante, en una de las sacudidas del automóvil, pudo divisar como el conductor guardaba un arma dentro de la solapa de su chaqueta. Apenas visible, pero no para un experto.

—¡Por favor...! —suplicaba José con la voz entrecortada por la falta de aire.

La estabilidad del vehículo comenzaba a volverse carente, hasta que en un punto de no retorno de la larga avenida, terminó por colisionar frontalmente contra uno de los locales que por suerte permanecía cerrado. Destrozando el enrejado para evitar robos y haciendo saltar la alarma de forma inmediata.

—¡No te muevas!

Renee consiguió arrebatarse el arma de la chaqueta y apuntándole a la cabeza, comenzaba con su interrogatorio. En cambio, José lo observaba paralizado, con ojos atemorizados.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? ¿Cuál es tu misión? —le voceaba con insistencia Renee, tratando de desestabilizarlo para que confesara.

Por propia experiencia, era consciente que un miembro de la organización se encontraba preparado para soportar dosis de estrés con la cabeza fría. Así, debería tratar de quebrantar su moralidad en un corto espacio de tiempo para conseguir la confesión que requería. Cuanto más tiempo pasara, más afianzaría su idea.

—¿Qué? No sé de qué me hablas. Deja de apuntarme por favor.

En ese momento Renee aprovechó para disparar a la ventanilla del conductor, resonando en todo el vehículo y haciendo añicos el cristal a su

espalda. El susto de José y David fue mayúsculo, pues no esperaban tan imprevista acción.

—No tengo tiempo que perder. La policía no tardará en llegar, así que no agotes mi paciencia. ¿Cuál es tu objetivo?

—Te juro que no se dé que hablas. Solo soy el conductor. ¡Lo juro!

Renee volvió a disparar a través de la ventana rota, rebotando en el solitario asfalto pero de igual modo con un sonoro estallido. En esta ocasión no percibió los cristales desprenderse sobre su espalda ni el doloroso sonido del estallido cerca de su tímpano.

—¡La próxima en tu cabeza! —le amenazó con ojos inyectados en sangre—. Tienes una pistola y el localizador dice que aquí hay otro microchip de la organización. Tú perteneces a la organización. Dime ya cuál es tu misión o acabo contigo.

—¿Qu... Que? No soy de ninguna organización. Solo soy el conductor. ¡Se lo juro! Por favor no me haga daño.

«¡¡Arrgghhhh!!»

David comenzó a sentir un fuerte dolor en el brazo. Parecía que se lo abrasaban con roca volcánica. El dolor era tan incesante y repentino que no podía evitar estremecerse para terminar desgañitándose. Un cruel sonido que retumbaba en todo el vehículo, alterando el estado de nerviosismo y crispación que estaba envolviendo el ambiente.

—¿David?

Renee olvidó momentáneamente a José, para interesarse por su estado. Trataba descubrir que le afectaba cuando al observar su brazo, pudo ver como una penetrante marca roja como llamas y extendida como la lava recorre la ladera de un volcán, inundaba su antebrazo. Una quemadura expandida a lo largo y ancho, sin ninguna razón aparente.

—¡No puede ser! —dijo Renee.

De pronto comenzaron a moverse marcha atrás, desprendiendo lo que quedaba en pie de la puerta del establecimiento. Renee continuaba obnubilado observando aquella extraña reacción en el brazo de David, aunque al parecer conocida para él. Tal escena le recordaba la cicatriz en su brazo y el dolor extremo soportado al extraer tan diminuto chip. Recordaba el dolor como una vieja amiga, pero no se permitía el lujo de pensar en él. Los acontecimientos requerían de toda su atención.

José acelero a toda velocidad, dejando una estela de humo desprendida directamente de las ruedas, y alterando la quietud de sus pasajeros traseros.

—¿Qué estás haciendo insensato? ¡Te he dicho que te mantuvieras quieto!
—le dijo Renee.

—¡Mira detrás! Vienen dos coches de policía. Tenemos que salir de aquí
—le contestó José con la mirada fija en la carretera.

Capítulo 62

—¡Recupera la llamada! ¡Vamos inepto!

El Comisario Cuevas deambulaba por el avión, frenético ante el devenir de los acontecimientos. Golpeó con violencia una pequeña mesa con bebidas, las cuales algunas de ellas terminaron cayendo al suelo por inercia del golpe, para terminar empujando el resto con vehemencia contra la pared del fuselaje. El sonido provocó la alarma en todo el claustrofóbico recinto, volviendo a alterar la que podría haberse convertido en una sosegada marcha, de no ser por sus repentinos e irascibles cambios de humor.

Acababan de descubrir la existencia de otro miembro de la organización “SAHFA”, viajando junto a ellos. Justo cuando el devenir de los acontecimientos más tornaba a una calamitosa resolución, inexplicablemente habían perdido la conexión de la señal. Nada le enfurecía más, que perder el control de una situación a su cargo. Ahora se encontraba atormentado, pues no podía conocer que sucesos estarían ocurriendo.

—Señor, el piloto nos avisa que acusamos un tramo de fuertes turbulencias. Es probable que no dispongamos de señal hasta que las dejemos atrás.

—¿Cuánto tiempo duraremos así? —preguntó contrariado el Comisario.

—Es imposible saberlo, señor. Quizá unos pocos segundos o quizá algunos minutos.

—¿Algunos minutos? ¿¿¿Algunos minutos??? No disponemos de ese tiempo. Es imperativo recuperar la señal con prontitud. Muévete y encontrad una solución inmediatamente.

—¡Señor! ¿Qué más podría ha...?

—¡¡¡Ve con el piloto y encontrad una solución si no quieres pasar el resto de tu carrera limpiando baños!!!

Con desgana, pero con obediencia, su ayudante abandonó la presencia del comisario para adentrarse en la cabina del piloto. Sin nada más que pudiera hacer, pero al menos evitaría la presencia de su jefe.

Mientras el Comisario, en soledad, mantenía la mirada perdida en el girón de nubes que ante él se disponía a través de la pequeña ventana junto a su asiento. Carecía de toda compañía, y aun así notaba el incordio que le ocasionaba el abrigo de aquellas nubes, asentadas en su trayecto.

Capítulo 63

José marchaba a toda velocidad por la calle Marqués de Viana, adentrándose en una de las bocacalles de la medianamente extensa carretera. Accedió a dicha ruta tras recorrer varios metros en dirección contraria el enorme Paseo de la Castellana, provocando el caos entre varios taxistas que recorrían su amplia avenida y algunos conductores que tranquilamente transitaban dicho recorrido. Su pericia y la fortuna de un tráfico sin aglomerar, evitaron lo que podría haberse convertido en un accidente de considerable repercusión.

La capacidad de José al volante no encontraba parangón. Experimentado conductor desde que su mayoría de edad se lo permitiera, comenzó desde infante manejando el viejo Renault de sus padres por las extensas y abandonadas explanadas de su casa de campo. Pese a su capacidad más que contrastada, nunca había marchado a tal velocidad por un circuito urbano. Tenía la ocasión de sentirse como piloto de Fórmula Uno, pero por el contrario, con cada metro recorrido se encontraba más alejado que nunca de una ficticia gloria. Su capacidad, decisión y un potente vehículo en todo su esplendor, trataban despistar a dos coches de policía que no dudaron en iniciar una persecución a gran velocidad por las calles del centro de la capital. Las luminosas sirenas y su sonido atronador, no pasaban desapercibidas entre los alarmados vecinos que se asomaban para intentar descubrir el origen de tal escándalo. La fiesta de Año Nuevo aun no había dado comienzo, por lo que resultaba extraña la actividad policial a esas horas. Aunque en una ciudad tan preponderante, nunca se sabía lo que podría ocurrir.

—¡Tienes un microchip de rastreo de la organización! —expresaba Renee, preocupado por David—. ¿Cómo puede ser posible?

David permanecía enfrascado en su extraño dolor. Incapaz de comprender que le sucedía, acumulaba una fuerte dosis nerviosa a causa de su padecimiento y el desconocimiento de su procedencia. Miraba fijamente a Renee, buscando una respuesta en el hombre que mejor podía entender que le ocurría. El calvario entró en su momento álgido cuando un inesperado giro

del vehículo, provocó que sus dos pasajeros de la parte trasera se deslizaran a través del asiento.

«Seguro que Martín se lo ha colocado en algún momento de distracción, para inspeccionar cada paso que daba, con quien se relacionaba y que sitios frecuentaba. Una manera efectiva de controlarlo para cuando la situación lo requiriese»

Sus pensamientos, se vieron interrumpidos por las explicaciones redentoras de José.

—¡Le dije que yo no tengo nada que ver! —dijo sin apartar su mirada del asfalto—. Solo intento ayudar al Señor Soriente.

—¿Crees que me puedo fiar de ti? —le contestó Renee.

—¿No ve que estoy haciendo? Me estoy jugando la vida, la cárcel, mi trabajo,... todo para evitar vuestra detención.

José nunca había vivido una situación tan al límite. Parecía haber estado en el momento menos oportuno y el lugar poco propicio cuando recibió la llamada de la Señora Soriente para contratar sus servicios. Nunca imaginaria estar viviendo lo que ahora, y ninguna cantidad de dinero podría aplacar el hecho de verse en tan enrevesada tesitura. Sin embargo, ahí se encontraba. Tan servicial como siempre, y con un coraje como nunca. Huyendo de la policía para tratar de ayudar a quien se veía desangelado e indefenso.

—¿Por qué no paramos y le explicamos todo? Deben de ayudarnos. ¡Son la policía! —reclamaba desesperado David.

—¿Tú le vas a explicar todo esto? —le contestó Renee—. ¿Y te van a creer en el lapso de tiempo que representan los escasos minutos que nos restan de cuenta atrás? La colisión, la huida, la pistola,... si paramos ahora estamos perdidos. Tenemos que despistarles y rápido.

De repente el teléfono comenzó a sonar. Podían escucharlo débilmente a causa del ruido atronador de las sirenas, cada vez más cerca, y el alboroto organizado en el interior. Ni David ni Renee, acertaban a conseguir localizarlo, por más que trataban de buscarlo entre los asientos.

«Debajo»

Renee recordó haberlo dejado caer en su intento por inmovilizar a José. Introdujo su cabeza todo lo que pudo por el hueco del asiento del piloto, y escudriñando, divisó una luz intermitente. Alargó el brazo hasta hacerse con el teléfono. Una vez en su mano, descolgó la llamada, a sabiendas de quien se situaría en la otra línea.

—¿Comisario?

Sin respuesta...

—¿Comisario? —insistía Renee.

Al no obtener contestación, separó el celular para activar el altavoz del teléfono, cuando de repente notaron una enérgica sacudida sobre sus espaldas, provocando un sobresalto que les desplazó de su sitio e hizo volar el teléfono hasta el asiento delantero. La investida de uno de los coches de policía contra la parte trasera del Mercedes de José, provocó la violenta e inesperada sacudida. Intentaban provocarles un accidente, para así evitar que prosiguieran con su huida, repitiendo tan peligrosa acción hasta en dos ocasiones más. La última intentona, cogió a los tres con el cinturón de seguridad abrochado, lo que amortiguó en gran medida el golpe.

Sin tiempo para reaccionar, apreciaron como el coche comenzaba a perder el control.

—¿Qué estás haciendo José?

A duras penas, era capaz de conservar la dirección del automóvil. No podía mantenerse en un mismo carril e invadía involuntariamente el resto de calles, colisionando con lo que hubiera a su paso. Papeleras, señales u otros coches estacionados sufrían la furia de sus ciento ochenta y cuatro caballos a toda potencia.

—¡No puedo controlarlo!

Cuando Renee asomó tímidamente la cabeza por la ventana, comprobó como la rueda delantera derecha redujo su presión de aire casi por completo. Perdía a su vez, fragmentos de goma que se esparcían progresivamente por el asfalto, lo que en breve provocaría un colapso en el vehículo y le impediría escapar de la policía. Deberían pensar en algo con avidez, pues los coches de policía se aproximaban peligrosamente.

—¡La rueda está destrozada! —apuntó Renee.

—¡El coche...! —dijo José desconsolado—. Debe haber sido en el momento de la colisión. Con la rueda así, no podemos ir muy lejos. A esta velocidad explotará en breve y nos volveremos a estrellar, pero si reduzco nos cogerán sin remedio. No tenemos salida.

Renee no iba a permitir que los pesimistas augurios de José se convirtieran en realidad.

—¡Frena! —pidió Renee.

—¿Qué? —contestó perplejo José, ante su reclamación.

—¡¡¡Frena!!! ¡Ahora! —insistió.

José no volvió a cuestionar su aviso. Colocó los pies sobre el pedal del freno y presionándolo con fuerza, provocó su violenta detención. Ambos coches de policía, que circulaban muy próximos a ellos, colisionaron contra el

Mercedes, sin esperar aquella temeraria e inaudita acción. Con determinación, Renee agarró el arma que guardaba José y salió a gran velocidad del vehículo. Comenzó a disparar contra ambos coches, provocando que los policías se refugiaran como pudieron ante la imprevista lluvia de balas que les asolaba.

—¡¡Muévete!! —gritó Renee mientras regresaba todo lo rápido que sus piernas le permitían.

José, que conservaba el motor arrancado, inició la marcha lo más rápido que pudo, mientras los agentes de policía emergían de su improvisado escondrijo y comenzaban a devolver la lluvia de balas contra ellos. Pero para cuando lo hicieron, el Mercedes ya se encontraba demasiado lejos para ser alcanzado.

—¡Dios santo! ¿Qué has hecho? —preguntaba alterado David—. ¿Pretendías matarles?

—Si hubiera querido hacerlo, ya serían historia —le contestó—. He inutilizado sus ruedas para que no nos persiguieran. No tenía intención de dispararles directamente. Ahora José tratará de esconderse y pasar desapercibido antes de que el coche quede inservible.

En pocos segundos, encontraron un recóndito escondrijo dentro de un oscuro callejón, donde quedaron estacionados con todo apagado, esperando no ser descubiertos.

—Aun no has dicho que hacías con un arma encima —le dijo Renee a José, pidiéndole explicaciones.

—Solo por precaución. Después de tantos acontecimientos extraños, simplemente quería sentirme más protegido. No tenía ninguna intención de usarla. De hecho, creo que no sabría hacerlo.

Tras tanto movimiento, la placidez reaparecía inundando el ambiente, hasta que el estridente teléfono volvió a resonar con insistencia. José alargó la mano para recogerlo cerca del asiento del copiloto, entregándoselo a Renee quien lo observaba con impaciencia.

—¡Todo tuyo!

Renee lo descolgó y accionó el altavoz instintivamente.

—¿Comisario?

—¡Por fin! Era imposible localizarles —les recriminaba, como si fueran los culpables de dicha contrariedad.

—¡Hemos tenido problemas! —respondió.

—¡Los problemas empiezan ahora! —dijo el Comisario—. La señal de localización de Kabil no cesa en su movimiento. Debéis daros prisa o terminaremos por perderlo definitivamente.

Reprimiendo su ansia de huir de tan fatídico y turbulento camino, recopilaron el resto de sus energías para centrarlas en la llamada del Comisario, y alcanzar concluir dicho padecimiento.

—¿Hacia dónde nos dirigimos? —Trató de informarse Renee.

—¡¡Por el bien del auto y el nuestro, más vale que no se encuentre lejos!!
—murmuraba José.

El Comisario Cuevas proseguía mirando la pantalla obnubilado. Su “*hacker*” en las oficinas centrales, fue capaz de detectar el control de la “SAHFA”, rompiendo su seguridad con pasmosa facilidad. Ante él, un mapa con diversos puntos luminosos que representaban a personas hartamente buscadas por la ley. Estafadores, ladrones, violentos,... Toda una red al alcance de la mano del Comisario Cuevas, quien ahora conocía a la perfección donde atrapar a cada uno de ellos. Un descubrimiento único y privado para él, pues le otorgaría con casi total seguridad el ansiado y definitivo ascenso que tanto buscaba, junto con el reconocimiento a nivel mundial por su gran labor de humanidad. Pese a la enorme tentación que representaría para cualquier otro, el Comisario Cuevas se mantenía impasible en las coordenadas indicadas para Kabil, ignorando las demás, que sin importancia ninguna olvidaba.

—¡Vamos, Vamos! El tiempo no espera nadie y el nuestro se consume como papel quemado.

—¡Tome, señor!

El ayudante del Comisario, le entregó un trozo de papel donde se leían diversas anotaciones. Tras echarle un vistazo, comenzó a ponerse en contacto con su enlace en Madrid, para comunicarle lo que tenía entre sus manos.

—40° 24' 55" Norte —3° 42' 33" Oeste. Esas son las coordenadas de su posición. Ha disminuido el paso gradualmente. Se encuentra en las proximidades de la “Plaza de San Miguel” y la “Calle Mayor”. La señal cada vez es más débil.

David escuchó dichos nombres comunes en su vida. No sin motivo, recorría sus calles con asiduidad. Visitaba el “Mercado de San Miguel”, donde disfrutaba de su amplia gastronomía en multitud de ocasiones, para gozar de la extensión de la calle Mayor, que desembocaba en un extremo en la Plaza de Oriente y la Almudena, y en el otro hasta la Puerta del Sol. Sin evitar recordar la carrera que horas antes realizara con un William salvajemente mutilado. Entre ellas, la majestuosidad de una de las plazas centrales más importantes y bellas del país.

—“La Plaza Mayor”. Puede que se dirija a la Plaza Mayor para pasar desapercibido entre la multitud que irá de celebración. Sabe que lo podemos localizar e intentará ir donde exista la mayor aglomeración de personas hasta que se pierda la señal. Tratará de protegerse entre el gentío, pues de ese modo no se podría realizar ningún escándalo con tanta gente inocente presente.

Con algo más de una hora, deberían encontrar a Kabil antes de perder su señal de rastreo. Con el escaso tiempo que restaba, sería imposible dar con él una vez perdida la señal. Si tenían que buscarlo entre una multitud, no les quedaría otra opción que aquella. Pero no podría demorarse. Con cada segundo perdido, acechaba la desgracia.

—¡Cuando usted me diga, Señor Soriente!

José se mantenía expectante, ante la decisión de David para dar comienzo a su marcha de nuevo. Todo el miedo que sentía, daba paso a una energía renovada, con la que solo quería dar fin a tal locura. Debía hacer su trabajo y ayudarles para poder olvidar tan nefasto día y escapar a unas merecidas vacaciones con el bien merecido sueldo prometido por la aparentemente pudiente Señora Soriente.

Como buen conductor, se interesaba por el estado del vehículo que conducía. Con tanta temeridad y colisión, no quería pensar en el estado en el que se encontraría el lujoso y flamante Mercedes que recién había retirado por la mañana temprano. Sufriría todo tipo de percances en la impoluta chapa y su pintura, además de que los faros delanteros y traseros estarían destrozados. Trató de salir del coche para comprobar el estado de la rueda que ya comprometía la estabilidad del mismo, pero Renee se lo impidió.

«Puede ser peligroso», le dijo.

Por lo que sin más remedio, tuvo que permanecer dentro, a la espera de una señal para poder arrancar el motor de nuevo y a expensas de que este funcionase correctamente.

—¡Vámonos José, no hay tiempo que perder!

David miraba a los ojos del conductor mientras le mentía. No estaba listo para continuar de nuevo, ni tampoco quería estarlo. Solo soñaba con olvidarse de todos y volver a sentir el tacto de la arena sobre sus pies y el agua sobre su rostro, de donde no debió haberse movido. Pese a ello, no encontraba mayor opción, pues como él, solo quería terminar con tanta barbarie. Solo quería encontrar a Sarah.

Capítulo 64

Kabil avanzaba abriéndose camino entre una alborotada multitud, que a su paso persistía en golpear con desdén. Un tortuoso recorrido que conseguía hacerse insoportable por la dificultad que entrañaba aplacar sus ánimos ante una acumulación de seres agitados con sus cánticos frenéticos y gesticulaciones excesivas. Intentaba deambular sin cesar, pero encontraba dificultades debido a la masificación. Para Kabil significaba ser testigo de un ajeno y desconocido ritual, cerca de una ofrenda por otorgar. Resultaba una pelea en su interior estar reprimiendo la ira ante los continuos empujones, las voces tan cerca de sus oídos y las conductas peyorativas e irritantes. Una tortura. Su paciencia se consumía e incitaría a tomar represalias contra aquellos que tanto lo estaban atosigando. Ansiaba tomar su medicación para contrarrestar tal ímpetu orientado a lo pernicioso, pero lamentablemente carecía de ella. Su irrefrenable deseo orientado a la destrucción alcanzaba su cenit, por lo que decidió alejarse de toda la algarabía concentrada.

Nunca se sintió cómodo rodeado de una multitud desconocida y nunca lo conseguiría. Las únicas personas con las que encontraba resquicio de bienestar estaban concentradas en la aldea que abandonara tantos años atrás para evolucionar en el curso de su existencia.

“Auh ixquichi in topa michiuh
in tiquitaque in ticmahuizoque
in techocti in tetlaocolti
inic titlaihyohuique.
Auh oc in otlica omitl xaxamantoc
tzontli momoyauhtoc
calli tzontlapouhtoc
calli chichiliuhtoc...”

No estaba seguro de hacia dónde dirigirse. Rechazaba alejarse de su área, pero si estaban consiguiendo rastrear su señal, terminarían descubriendo su

situación. Lo más inteligente sería permanecer en una zona recóndita sin trascendencia, para cuando pasara el tiempo oportuno y la señal desapareciera por completo, regresar para culminar su labor. Era imperativo cerciorarse que todo sucediera conforme su plan establecido. Resultaría una inconsciencia dejar al azar el más mínimo detalle o no encontrarse preparado para cualquier eventualidad, a pesar que fuera impensable que alguien pudiera descubrir la localización de su máquina.

“...y era nuestra herencia una red de agujeros.
Con los escudos fue su resguardo,
pero ni con escudos puede ser sostenida su soledad.
Hemos comido palos de colorín,
hemos masticado grama salitrosa,
piedras de adobe, lagartijas,
ratones, tierra en polvo, gusanos...
Comimos la carne apenas,
sobre el fuego estaba puesta.
Cuando estaba cocida la carne,
de allí la arrebataban,
en el fuego mismo, la comían.
Se nos puso precio.
Precio del joven, del sacerdote,
del niño y de la doncella.
Basta: de un pobre era el precio
solo dos puñados de maíz,
solo diez tortas de mosco;
solo era nuestro precio
veinte tortas de grama salitrosa.
Oro, jades, mantas ricas,
plumajes de quetzal,
todo eso que es precioso.
... en nada fue estimado.”

A una velocidad temeraria, surcaba el peligroso mar de asfalto sin importarle el restringido color de los semáforos, los coches a su paso o los perdidos transeúntes. José no escatimaría en los recursos del vehículo ni en desaprovechar sus habilidades hasta aproximarse a la nueva dirección, que al mismo tiempo se convertía en su huida.

La sosegada vida de José se esfumaba de golpe. A no tardar y con suerte, al día siguiente sería cazado con vida por alguno de los miembros del cuerpo de policía por dichos atentados. La escena que acababan de padecer, era ya la excusa definitiva para ser perseguido. Como conductor y responsable del vehículo, sería cómplice de intento de asesinato tras la trifulca de disparos organizada por Renee. De poco importaban los motivos o su razón, sería condenado. Adiós a su trabajo, su libertad,... adiós a su vida tal como la conocía.

En otras condiciones, alcanzaría su destino más rápido de lo que sucedía en dicha coyuntura. La celebración de “Noche vieja” obstaculizaba su andadura por un gran número de calles cortadas al tráfico de vehículos, por lo que José tuvo que ingeniárselas para primero acercarse a sus pasajeros lo máximo posible y segundo tratar de esconderse para que la policía no consiguiera contactar con él. De este modo, recorría varias callejuelas en dirección contraria a la permitida, sin importarle las repercusiones de sus acciones. Su suerte residía en la escasa afluencia de tráfico en aquellas horas, pero que aun así no impedía el desprendimiento de numerosos espejos de los vehículos que correctamente estacionados dejaron sus propietarios. Golpeaba sus immaculadas puertas, ocasionando gran número de desperfectos.

—¡No puedo acercarme más! Este es un buen lugar para mantenerme oculto durante un tiempo limitado, pero tratad no demoraros pues la policía seguro estará buscando el vehículo. Esperare vuestra señal cuando os encontréis listos para proseguir.

No había quedado estacionado precisamente contiguo a la Plaza Mayor, pues hubiera resultado una imprudencia. Quedaría emplazado unos metros más en la posición Suroeste, alejado de toda la aglomeración y zonas importantes de los festejos.

David y Renee se encontraban abandonando el coche de un José consternado al recordar el destrozo ocasionado. Se apresuraron a poner rumbo a la Plaza Mayor a toda velocidad. Pocos metros a una carrera más que rápida, les haría llegar en escasos segundos.

—¿Comisario? —se comunicaba Renee.

—¡Sigo aquí!

—Necesitamos conocer su situación exacta, y más importante aún, ¿cómo vamos a reconocerlo? Es imperativo conocer una descripción física y facial.

La cuestión de Renee se basaba en un adecuado planteamiento, pues ninguno de ellos conocía el aspecto físico de Kabil. Podrían cruzarse con su

persona en cualquier momento y nunca sabrían que se trataría del atroz criminal.

—Comenzamos a tener problemas con la recepción del microchip. Perdemos la señal paulatinamente y cuando estamos en disposición de recuperarla, no conseguimos obtener con exactitud su ubicación. Dicha eventualidad está sucediendo con todos los miembros registrados en nuestra base de datos —contestaba el Comisario.

La adversidad continuaba su implacable ascenso. Quizá los pensamientos negativos los inundaran con desborde, puesto que creían sentir que únicamente presentaban dificultades y contrariedades en el progreso de su camino.

—¡¡Plaza Mayor!! —dijo el Comisario—. La señal es muy débil. La estamos perdiendo, pero se ha distinguido su última señal fuera de la Plaza Mayor. No desaprovechen la ocasión pues desconocemos cuanto tiempo hace de esa transmisión.

—¿Pero cómo vamos a saber quién es?

Era indudable que la mayor contrariedad residía en que nunca habían visto de cerca el rostro de aquel maniaco. Necesitaban una descripción por parte del Comisario lo más exhaustiva posible o si no se deslizaría como una sombra sobre sus miradas.

—Lo primero que descubriréis de Kabil es su mediana estatura.

Aproximadamente metro sesenta y cinco de altura y una complexión muy delgada, pareciendo rozar la desnutrición. Sus ojos son color negro y su mirada resulta desbordantemente intimidante, pese a su cuerpo tan poco impresionante.

—¿No puede aportar algo más característico a simple vista? Tenga en cuenta que vamos a encontrarnos inundados por decenas de caras desconocidas. Alguna puede encontrar similitud con un tipo de descripción tan poco concienzuda.

Renee aunaba sus pasos con los de David, sin cesar en su afanoso recorrido para llegar cuanto antes a la zona explicitada. Mientras tanto continuaban su conversación con el Comisario Cuevas, tratando encontrar toda la información que les supusiera un soporte.

—¿Marca característica? —pensaba con empeño el Comisario—. ¡Sí! Lo cierto es que si tiene. Puede parecer extraño pero carece de lóbulos en sus orejas. Si se fijan con atención, es como si hubieran sido cortados de ellas. De hecho, es una característica que se llevaba a cabo antiguamente como parte del autosacrificio maya.

—¿Lóbulos de orejas? —expresaba su desconcierto—. ¿Estás hablando con seriedad?

Después de conseguir llegar a la zona más próxima de la Plaza, donde la aglomeración de la gente comenzaba a suceder predominante, Renee guardaba su teléfono para no levantar sospechas. Caminando a cierta distancia el uno del otro, pero en perfecta armonía, observaban cada rostro y cada cuerpo que apreciaban a su paso. Parecía impensable que con tanta gente conglomerada en la Puerta del Sol y sus proximidades como la Plaza Mayor, fueran a ser capaces de encontrar a un hombre del que quizá ya hubiera pasado tiempo desde la última pista sobre su ubicación. Sin remedio, deberían confiar en su suerte y buscar con mayor ahínco si cupiera.

—¡David! —Intentaba comunicarse.

Sin quererlo perdía su estela. Circulaban por una zona con amplio tránsito donde Renee no cesaba de tropezar con distintas personas. No distinguía con nitidez su posición hasta que a causa de los nervios, empezaba a quitarse gente de en medio a base de empujones. Sus malos modos y el aumento de su paso, ocasionaron la suerte de descubrir de nuevo la posición de David y llegar hasta él, quien tranquilamente caminaba a contracorriente del resto.

—¡Creí que te perdía! —le dijo sofocado Renee.

—Fíjate con atención en toda la multitud. ¿Qué notas diferente en todos ellos? ¿Qué puedes ver a simple vista? —le preguntaba David, con la mirada fija en el horizonte.

—¿Diferente? No entiendo tu pregunta.

El desconcierto era patente. Renee no era capaz de interpretar las cuestiones del astrónomo, o al menos así lo consideraba. Su interior le decía que nunca alcanzaría su capacidad de lógica.

—¿Hacia dónde se dirige toda esta gente? —retomaba su insistente cuestión con perseverancia.

—Se dirigen al Este. Se dirigen hacia la Puerta del Sol. En dirección contraria a la nuestra —dijo Renee con convicción.

—¡Exacto! —contestaba exaltado—. ¡En dirección opuesta a la que caminamos nosotros! Los únicos que avanzamos en dicha dirección. Ahora fíjate en aquel hombre menudo al fondo.

David señalaba la espalda de una persona de estatura baja y complexión delgada.

—Camina en dirección contraria al resto de gente concentrada aquí. Al igual que nosotros, no intenta dirigirse hacia donde discurre la aglomeración.

Nos alejamos de ella. ¿Por qué? ¿Qué te haría luchar contra una marea en vez de cursar su corriente?

—¿¡Tratar de ponerme a salvo!?! —respondía Renee con dudas.

—¡Sin duda! —Acompañaba David confirmando.

—A simple vista, la descripción sobre su complexión coincide con la del Comisario. ¡Acerquémonos a él!

Sin dudarlo y fiándose ciegamente de la capacidad de deducción del joven, comenzaron a aumentar el paso para acercarse hasta aquel menudo hombre con chaqueta de cuero y zapatos de ante azul marino.

Cuando el fluido comenzaba a menguar, Kabil notaba unos pasos que seguían su curso con insistencia. Sin prepararlo, emprendía una carrera por la amplia calle Real, para adentrarse en diversas callejuelas, intentado perder su estela.

«¿Por qué un despiadado asesino sin miedos, estará huyendo como un cobarde?» —se preguntaba Renee.

Sin esperarlo, Kabil detuvo en seco su carrera. Inconscientemente sus perseguidores imitaron su movimiento, extrañados por su actitud.

«¿¿Qué tramará??»

—David... Renee... —dijo Kabil riéndose.

—¡Tu...!

David se mantenía esquivo ante el conocimiento de ese hombre sobre su identidad. Se resguardaba tras la posición de Renee, sintiéndose seguro a su espalda y bajo su protección.

Renee estaba desconcertado. Conocía perfectamente el rostro que estaba persiguiendo, pues era el mismo que lo llevó hasta aquella prisión en Francia que tortuosamente le costaría abandonar. Quien colaboró en su accidente de coche para llevarlo hasta su encierro.

—¡Te dije que te encontraría y que acabaría contigo! —aseveraba Renee con cólera.

Capítulo 65

Sin discurrir las consecuencias ni reparar en las posibles secuelas, Renee se abalanzaba sobre Kabil, tratando de inmovilizar aquel cuerpo tan menudo a sus ojos.

Tras una interminable persecución a través de diversas bocacalles, la fatiga desencadenaba en que el camino llegara a su término cuando Kabil decidió internarse en un acceso subterráneo que en mitad de la calle, conduciría a los sótanos de una modesta basílica cercana. Sin problema rompería el acceso que impedía su paso para buscar el abrigo de un recinto desconocido y oscuro.

«¡Los planes no ocurren siempre tal como los planificas!»

La diferencia de corpulencia se deducía incuestionable a distancia, pero resultaba apabullante cuando con el impulso de su salto consiguió doblegar al perverso asesino. Ambos cayeron al suelo, siendo inevitable que uno de ellos sufriera en mayor grado el acentuado encontronazo. Kabil tuvo que soportar un fuerte impacto en su espalda sobre el duro suelo, acompañado por los más de ochenta kilos que reposaban sobre su torso, consecuencia del impetuoso ataque. Tan rápido como se levantaba, Renee lanzaba una firme patada que impactaba en el raquíptico costado del hombre tendido, notando todas sus costillas a través de su calzado y lamentando que no quebraran por su insuficiente fortaleza.

—¡Maldito insecto!

Kabil permanecía engarrotado y sin articular palabra. Aquejado de los golpes asestados, sus muestras de dolor eran más que evidentes como para erguirse de nuevo.

La cólera de Renee se iba esfumando con las imágenes de aquel débil hombre tendido y sin posibilidad de levantarse. Sacaba su pistola para terminar el trabajo empezado, recordando las exageradas palabras del Comisario Cuevas donde enaltecía la peligrosidad de su figura.

«Difícil decía. ¿Cómo va a poder un insecto como este con un hombre entrenado como yo?»

—¿Así? —expresaba Kabil, aun sin levantarse—. ¿No eres capaz de hacerlo con tus propias manos?

El desafío que le presentaba, era considerado una falta de reputación hacia su persona. Con risa irónica daba la vuelta para dejar su chaqueta, pero no así su pistola encima de la misma, esperando dar una lección con el que descargar parte de la ira acumulada y lista para recaer en otra persona. Aun con su orgullo, no arriesgaría la vida de David ni lo más mínimo. Acabaría con seguridad.

—¡Vas a descubrir lo que es el dolor! —aseguraba Renee.

Al girarse, solo conseguía divisar lo que parecía un diminuto charco de agua o sudor. Nada de Kabil. Hasta que un poco a su derecha, la situación cambiaba.

El asesino se había levantado rápidamente mientras Renee, seguro de sí, le otorgaba imprudentemente la espalda. Después de fingir durante demasiado tiempo el pesar por los golpes recibidos, solo con ver una minúscula oportunidad la aprovechó para hacerse con David y posar su cuchillo sobre su cuello. Inmovilizado. Asustado. Presa de lo que la perturbada mente de Kabil quisiera llevar a cabo con él.

—¡“Lu’um”!

Renee permanecía impasible, pues no entendía el idioma con el que se comunicaba. Impulsivamente dejaría caer su arma, creyendo que sería lo que trataba de ordenarle. Obedecería con cualquier mandato pues la imagen que estaba viviendo con David tan cerca de ser degollado, no podía soportarla.

—¡Al suelo! —le repitió.

Tras obedecer, Kabil impulsó a David con desprecio por el suelo y se apresuró a aproximarse a quien intentaba acabar con su vida a sangre fría con una impura y desleal acción.

La excesiva confianza de Renee reaparecía para revertir la disputa en su contra. Una marcada diferencia de fuerza física, presagiaba un choque plácido. Desigual. De nada importaba ahora. Llegaba el momento en el que se encontraba postrado a los pies de Kabil, quien se disponía a sacar su cuchillo de la condena. La hoja de la sentencia se cerniría sobre su pecho como lo hiciera con William o el Dr. de Janeya. Sus últimos latidos retumbaban en su pecho, enaltecidos por la vigorosidad del trance. Luchando por vivir sus últimos instantes. Quizá habría llegado su hora.

—¡No puede ser! Todavía...

Lograba salvar la vida de David en un momento de distracción, pero su inconsciencia ahora regresaba su voluntad en contra.

El impetuoso hombre en el suelo, con mayor fe y voluntad que determinación, trataba de buscar su arma extraviada sin fortuna.

—¡¡¡Eeeeehhh!!! —gritaba a toda voz David.

Kabil no tardaría en confirmar la razón de tan vigorosa reacción. Con el simple vistazo del asustadizo joven, comprobaba al mismo tiempo como Renee se alzaba del suelo con gran energía. Aprovechaba su fuerza para revertir la situación y dejar fuera de combate a aquel obsesivo hombre, pero la resistencia de Kabil fue tan estoica como fulminante. Golpeó con el mango de su cuchillo con toda la violencia que cosechaba, dejándolo aturdido y sin movimiento. Kabil levantó la cabeza, perdiendo la vista del hombre tendido, para buscar al joven que se mantenía impasiblemente alejado de la trifulca.

—¿Y ahora qué? —preguntaba desafiante.

Capítulo 66

La culata agarrada fuerte entre sus manos. El seguro quitado. La corredera bien acoplada al armazón. Una perfecta visión del blanco a través del punto de mira. El guardamonte acariciado suavemente por el dedo corazón, y el dedo índice con firmeza sobre el gatillo.

Nunca en su vida había tenido entre sus manos un arma de acción real, y mucho menos había disparado una. En multitud de ocasiones pensaba en las personas que con tanto afán acuden a los campos de tiro para practicar y tener la sensación de un arma letal en sus manos. No presentaba dicha estimulación, ni se había encontrado en aquella tesitura por necesidad, por lo que jamás hubiera imaginado que tuviera que hacerlo. Pero sus actuales circunstancias le conducirían a encontrarse delante de aquel hombre, apuntando a su torso.

—¡No te vayas a mover! —le ordenó David.

Kabil comenzó a apartar las manos muy pausadamente alrededor de su cadera. No emitía ningún sonido, lo que provocaba aun más nerviosismo en David, quien no quería verse en la obligación de tener que disparar a otro ser vivo. No importaba lo diabólico que pudiera ser. Quitar una vida seguía siendo quitar una vida.

—¡Te he dicho que no te muevas! Por favor, no me obligues —insistía con mayor nerviosismo.

La expresión de David, tornó a tintes más de ruego que de amenaza. Era evidente que apretar ese gatillo era lo último que querría hacer, pero no estaba dispuesto a ser una víctima suya.

Sin ninguna exaltación, Kabil mostraba lentamente el cuchillo que segundos antes protegía en una funda de cuero. Aun era capaz de sentir el frío de su afilada hoja recorriendo su cuello. Alcanzó a atisbar los restos de sangre que adheridas persistían, incapaces de desprenderse de su brillante acero. La culpa no remitiría con prontitud.

«William, Dr. De Janeya,...»

Quedaba claro que no quería provocar una reacción adversa de David, pues sus movimientos eran pausados y se mantenía impasible a cierta distancia.

—Las armas de fuego son impuras —soltó de repente Kabil—. Si hay que desprenderse de nuestra actual forma carnal, honremos nuestra sangre.

Eso alertó de sobremanera a David, quien ya se temía el peor de los desenlaces. Agarró el arma con fuerza, mientras Kabil levantaba el cuchillo lentamente, recitando en voz baja.

“Cuicatli quicaqui
in noyol nichoca:
ye nicnotlamati
tiya xochitica...”
“...me pongo a llorar,
me lleno de dolor:
nos vamos entre flores,
hemos de dejar esta Tierra:
¡estamos prestados unos a otros:
iremos a la casa del Sol...!”

—¡No te muevas! —gritaba mientras escuchaba tan extraños versos.

Kabil hacía caso omiso a sus exigencias y seguía elevando el cuchillo con pasmosa suavidad y enardecido su tono de voz.

“...Póngame yo un collar
de variadas flores:
en mis manos estén,
florezcan en mí guirnaldas.
Hemos de dejar esta Tierra:
estamos prestados unos a otros:
¡Iremos a la casa del Sol!”

—¡Quieto, no te muevas más! ¡Te juro que dispararé!

David estaba realmente tenso y asustado. No aguantaba más aquella presión sin saber que quería hacer aquel hombre.

—¡ka’a xi’itech! —Se despedía Kabil

De repente comenzó a bajar los brazos con fuerza, hasta que frenó en seco a causa de un incesante dolor en el pecho.

Consternado ante lo que vieron sus incrédulos ojos, fue cuando David no pudo evitar aquello que no quería hacer en ninguno de los casos, por su fuerte moralidad.

Ante tan repentino impulso, David se alarmó y accionó el mecanismo del arma para dispararla. Nada más apretar el gatillo, el percutor del arma fue accionado para golpear la base de la bala, provocando que se encendiese la pólvora y accionando el proceso de disparo. La pólvora comenzaba a hacer su trabajo proporcionando la energía a la bala, generando gases suficientes para que abandonase con gran aceleración el cañón del arma.

David creía estar visualizando como se desprendían los gases atrapados en los surcos del cañón, y como la bala que abandonara la protección de su casquillo, volaba girando repetidamente hasta su objetivo. Sobresaltado, observaba como aquella pequeña pieza de plomo, descubierta de su casquillo de latón que saltaba por los aires hasta posarse en el suelo, volaba impulsada por la justa cantidad de pólvora hasta hacer contacto con su objetivo. Desprendiendo carne y hueso a su paso, para terminar en el interior del cuerpo de Kabil.

Ejecutó un impacto seco y aunque David cerró los ojos al efectuarlo, el disparo dio justamente donde apuntaba.

—¡Dios...!

Kabil, que contemplaba como se alzaba Renee al otro lado, lo observaba sin inmutarse. Parado. Como si su musculatura estuviera congelada. En un instante de perplejidad, se llevaba la mano que tenía libre para posarla en su pecho. Cuando la separó, pudo contemplar como la tenía impregnada en sangre. Una gran mancha roja brotaba sobre su chaqueta, haciendo de su paranoia un desconcierto mayúsculo. No podía creer lo que estaba pasando.

Hincó las rodillas contra el suelo, y luchando por no desplomarse definitivamente, trataba de terminar lo que ya había comenzado. Con el cuchillo en la mano, intentó imprimir la suficiente fuerza como para clavarlo en su pecho. Por más que lo intentaba, no poseía las suficientes fuerzas para llevar a cabo su estridente acción. La frustración reflejaba en su cariacontecido rostro, la clemencia que intentaba transmitir para dejar este mundo de su particular forma más digna. Siendo una ofrenda más, evitando la impureza de su alma y la perversión de su carne. Su respiración era cada vez más dificultosa. Su visión difuminada. Encontraba gran dificultad para luchar por no perder la conciencia.

“...Hemos de dejar esta Tierra:
estamos prestados unos a otros:

¡Iremos a la casa del Sol!...”

No dejaba de barbotear las mismas palabras una y otra vez. Su voz temblorosa, mantenía compungido a David, sabedor que era el artífice del sufrimiento de una persona. Por criminales que pudieran ser sus intenciones, tendría siempre el sentimiento de culpa.

Tirado en el suelo, sin parar de temblar y con las manos agarradas al pecho, Kabil exhalaba los últimos alientos de vida que le quedaban. Seguía pronunciando los versos, cada vez más pausado, cada vez más entrecortado.

—¡No aguanto más!

Un impulso irrefrenable hizo que David saliera corriendo hacia ninguna parte. No le importaba donde, no le importaba como, pero no quería seguir siendo testigo del sufrimiento.

Renee salió en su busca. No podía consentir perder su pista con lo difícil que le había resultado dar con su paradero. En plena calle, lo agarró del brazo y forcejeando, terminó por sentarlo en el suelo.

—¿Qué haces? Déjame ir... —se desgañitaba David.

Entre charcos por una lluvia ya pasada, se situaron desafiándose con la mirada, hasta que uno terminó por sucumbir acobardado.

—¡Si te dejas ir, acabarán contigo en un instante!

Capítulo 67

Aunque se dedujera como una situación inverosímil unas horas atrás, Renee se estaba ganando la confianza de David. Lejos de ser plena para aquel inefable ser, en si misma resultaba suficiente para que comenzara a creer las palabras que con cautela llegaban hasta sus oídos. Su máxima prioridad se basaba en conseguir protegerle y ahí residía su afán por no dejarle marchar en soledad. Aunque para ello tendrían que dar respuesta a tanto misterio.

Renee consiguió apaciguar un sobre excitado estado de nervatura que impregnaba cada resquicio de la mente de David. Aplacaba sus descontrolados impulsos por evadirse sin ningún claro destino o mínimo plan de supervivencia. Después de hacer que entrara en razón, ambos se sentaron en un cochambroso rincón pero refugiados del agua estancada que asolaba todo el suelo de la zona. Renee trataría aprovechar la mente de aquel chaval asustado, para avanzar y no quedar estancados.

—Después de lo sucedido en aquella casa donde recibí el disparo, — explicaba Renee— desperté y registré las ropas de uno de los hombres que permanecía tendido. Su nombre era William. No sé qué te habrá contado y tampoco quiero saberlo, pero estoy seguro que sus intenciones no eran las que te quería hacer creer. William trabajaba en secreto para un multimillonario, quien mediante una información confidencial descubrió que el manuscrito de Copérnico había desaparecido. Tenía que obtener la información que guardaba Danielle, pero el por sí mismo no sabría descifrarla y por eso acudíó a ti. Te aseguro que ahora está donde debe, “pasto de los gusanos”. Quizá escondiera alguna información para que tú le ayudaras a resolver y encontrar el manuscrito, pues efectivamente guardaba un trozo de papel. Resultó que era esto.

David comenzó a observar aquel pedazo, de tan basta caligrafía en la que debía esforzarse para conseguir interpretar con escrupulosa precisión lo escrito.

XICRUZVIIIICÓSMICAMCMXCIX
NOSTRADAMUSCENXCUARXXXIV

NOSTRADAMUSCENXCUARLXXII
BUSCALOYDESTRUYELOPRONTO

Sus gestos faciales, en principio, no denotaron gran expresividad. Fiel reflejo y conocedor que no era la primera vez que observaba semejantes documentos, carentes de fundamentación ni lógica ninguna. Aun así, sabía que provenía del descifrado elaborado por el Dr. De Janeya que había conseguido terminar su trabajo con eficiencia.

«Gracias Doctor...»

David continuaba afligido por lo sucedido con aquel hombre inocente. Se sentía totalmente responsable de su suerte y aun así fue capaz de conseguir resolver tan complejo enigma.

—Lo que es seguro es que tiene alguna relación con lo que pretende hacer Kabil —continuó Renee ante la mudez de David—. David, hazme caso. Esto no es por un tesoro, es por algo mayor y aquí tenemos la clave, eso seguro. Yo puedo ayudarte en todo lo que me pidas, pero necesito que me digas que puedes interpretar.

David trató de dejar atrás sus nocivos pensamientos, en pro de avanzar y conseguir redimirse de sus actos. Notaba sus manos manchadas por la sangre de inocentes y quería tratar de eximir sus pecados y mantenerlas limpias por siempre.

—No es la primera vez que veo algo similar —siguió David—. Todos estos enunciados han sido resueltos por el Dr. De Janeya, a través de otros encriptados. Supuestamente Danielle lo hizo así para que los desconocidos que se hicieran con ellos no pudieran interpretar la información que contenía. Que solo yo fuera capaz de saber que dicen, aunque a veces pienso que lo hizo para que vinieran a por mí. Acudimos al Dr. De Janeya porque era la única persona que conocía, capaz de descifrar el encriptado que descubrimos en aquellos papeles que nos entregó William. Además de estos, otro mensaje nos agradó otra pista fundamental.

Cada vez que recordaba el pseudónimo de aquel hombre, no podía evitar emocionarse por el trágico desenlace al que fue arrastrado, a causa de sus improvisadas decisiones.

—“EL SECRETO ESTA EN COPÉRNICO”. Era idéntica a estas. Todos los caracteres unidos y sin espacio ninguno. De hecho me gustaría comprobar algo relativamente importante que me explicaron sobre la relación que podría conllevar las diferentes oraciones. Puede mantener una estrecha relación unas con otras por su causa.

David comenzó a realizar un extraño conteo por encima de cada una de las letras de las frases, que escritas sobre aquel arrugado papel descansaba en el suelo.

—Lo que me imaginaba —proclamó con aseveración David—. Estos enunciados están escritos por algún motivo en especial. Estas cuatro frases, añadidas a la que te acabo de mencionar, tienen el mismo y exacto número de caracteres. Las cinco están escritas con veinticuatro letras exactas. Te podrías preguntar qué relevancia tiene este hecho ¿no? El motivo se debe únicamente al momento de realizar la traducción. Deben ser traducidas con la misma frase-clave que consiguió descubrir el doctor de Janeya, para así alcanzar un efectivo descryptado, por muy ardua misión que pudiera parecer. No es azar. Está pensado para llegar a esto.

Renee atendía a sus pertinentes explicaciones, esperanzado en que David pudiera descubrir y dar solución a la odisea. Ansiaba por fin, conocer que atrocidad tramaban aquellos retorcidos hombres. Tenía especial miedo a lo que pudiera llevar a cabo Kabil, pues era conocedor de su perturbada mente, la cual solo provocaría destrucción y desembocaría en penurias.

«Tengo que proteger a David»

—“XICRUZVIIIICÓSMICAMCMXCIX”. He visto un tipo de línea semejante a esta cuando estaba en Meaux —dijo David sin cesar de mirar el papel—. Tenemos que conseguir realizar las oportunas separaciones para que cobre sentido.

David observaba con detenimiento la extraña línea abarrotada de caracteres, tratando discernir una conclusa información que ofreciera una opción resoluta.

—Si me rijo por los dictámenes que han ido sucediendo, —prosiguió David —parece que a simple vista se distinguen las palabras “Cruz y Cósmica”. Es muy posible que así sea pues es un suceso de tipo astronómico con tintes sobre astrología y durante todo el día no he cesado de encontrar pistas de dicha índole.

—¿Cruz Cósmica?

Renee se aproximó al papel, como quien tiene dificultades para ver adecuadamente, tratando de discernir las dos palabras que había encontrado con cierta facilidad.

—¿Y las otras letras? —preguntaba Renee.

—Estoy seguro de conocerlas. Como te he dicho, encontré algo parecido en mi casa de Francia y mi experiencia me dice que lo más seguro es que se

traten de números romanos. Me jugaría la existencia de vida en Marte a que estoy en lo cierto.

David comenzó a analizar con más exactitud el enunciado completo, y por separado los caracteres de los que suponía saldrían números romanos. Al mismo tiempo que observaba, iba relatando a Renee lo que creía estar descubriendo.

—“XI, es 11”. “VIII, es 8”. “MCMXCIX, es 1999”. La separación de cada número entre palabras, significa que dichos números no componen una única cifra, sino números separados. 11.8.1999.

—¿Sabes lo que es David?

Renee se sentía admirado ante la velocidad que demostraba para resolver los entramados.

—Si —sentenció, sabedor del tema—. “11CRUZ8COSMICA1999”. El 11/8/1999, fue una de las fechas en las que a lo largo de la historia, se dio este fenómeno astronómico y astrológico denominado como Cruz Cósmica. A este insólito día dentro de los fenómenos planetarios, hubo que sumarle un eclipse completo de Sol, resultando ser el último del milenio.

Renee se encontraba satisfecho, pues comenzaban a dilucidar los enigmas. Aun estaban lejos de encontrar lo imprescindible que revelara el entramado, pero esa primera pista significaba que comenzaban a dar una solución.

—El último mensaje, resulta sin ninguna duda el más esclarecedor de todos, pero al mismo tiempo su contenido es el menos halagüeño de los que podríamos obtener. Si te detienes a leerlo con calma y en orden, es fácil interpretar lo que dice. “Búscalos y destrúyelos pronto”.

Renee quedó paralizado, a sabiendas que sus peores temores se hacían realidad. Aquella frase escrita por Danielle era premonitoria. Identificaba con suma clarividencia lo que deberían hacer al final de la búsqueda. ¿Les estaría indicando que deberían destruir el tesoro escondido?, ¿hasta esa situación habría llegado?

Ahora solo les quedaban dos únicos mensajes. Estos deberían resultar los definitivos para satisfacer sus dudas y por fin descubrir lo que se estaba ocultando. De no ser así, parecía improbable poder conseguirlo de ningún otro modo. Perdiendo la esperanza.

David miraba fijamente la estructura semejante entre ambas, repitiéndolos interiormente una y otra vez. Pareciendo esperar que ellos mismos hablaran, respondiendo a sus plegarias.

«NOSTRADAMUSCENXCUARXXXIV»

«NOSTRADAMUSCENXCUARLXXII»

David se autodenominaba como un absoluto y ferviente creyente. Aunque no fuera el mejor ejemplo de cristianismo, pues su práctica no era relevante, en ocasiones especiales pedía ayuda divina. Tratando anterior y posteriormente recompensar ese llamamiento, convertido en ayuda por sus plegarias.

Renee, por el contrario, renegaba de ideologías o creencia que no fuera tangible, pero en aquel momento rezaría las plegarias necesarias a cualquier Dios para poder conseguir encontrar una solución.

—¿Alguna conclusión? —preguntó ansioso Renee.

—En principio sí, pero...

David creía haber descubierto algo, no obstante, por primera vez desde que se encontraba analizando dichos mensajes, tenía dudas sobre el significado de estos.

—Solo con leerlo se distinguir un nombre. No requiero mucho tiempo para saber que al principio de los dos mensajes hace referencia al nombre “Nostradamus”, un astrólogo del S. XVI. Aunque más que por sus capacidades dentro del mundo de la astrología, se le conoce por la publicación de sus libros como “Les Propheties”, sobre profecías. Alguien que predecía, en mayor medida, desastres a lo largo de la historia.

—En Meaux, mi madre consiguió descifrar un mensaje. Ese mensaje resultó mucho más fácil pues la clave era algo personal entre ellas que elaboraban en su infancia.

—La clave es el nacimiento de su abuelo, ¿verdad? —dijo Renee.

David quedó asombrado. ¿Cabía la posibilidad de que aquel hombre pudiera resultar quien realmente decía ser?

—La resolución de ese mensaje —continuó David— fue lo que nos trajo aquí. Una serie de pistas relacionadas con el Madrid del S. XVI.

Copérnico pertenece al S. XVI al igual que su manuscrito. Nostradamus y su obra también pertenece al siglo XVI. Sinceramente, si todo este enrevesado propósito lo realizó aquella mujer, Danielle realmente debía ser un genio. Ser capaz de elaborar un entramado tan complejo durante tanto tiempo y con un estudio tan exhaustivo, para que solo una persona como yo sea capaz de saber descifrarlo...

—¡Sí que lo era! Era una mujer de gran inteligencia y muy audaz. Y tú eres igual que ella. Llevas su sangre. No lo olvides.

Las palabras de Renee profesaban un gran sentimentalismo al recordar a Danielle. Del mismo modo trataba transmitirlo a David, esperando supiera tarde o temprano la verdad.

—¿Qué más podemos sonsacar de este hombre... Nostradamus? — preguntó intrigado Renee.

—Nostradamus escribió una serie de predicciones en forma de poemas, convirtiéndose algunos de ellos en realidad. Es importante comprender que quieren decir los siguientes caracteres escritos después de su nombre. Estos se repiten en ambos mensajes, “CENXCUAR”.

La duda asolaba incesante como la tormenta de granizo que no cesa en su caída. David lo observaba y hacían acopio de su memoria, recordando lo que su madre en Meaux consiguió descubrir con unos caracteres similares a esos.

—¡Números romanos!

Renee se sobresaltó pues no esperaba una reacción tan enérgica de alguien que aparentaba ser tan comedido en sus reacciones y mucho más en gesticulaciones.

—Esas últimas cifras son números romanos. Veras; “xxxiv, es 34” y “LXXII, es 72”. Pero “CENXCUAR...”

David se apresuró a coger su teléfono móvil para investigar por internet. Al abrir el navegador se dispuso a introducir los caracteres de “Nostradamus, CENXCUAR 72”.

Tan solo dos páginas aparecieron tras realizar la búsqueda. En la primera de ellos, la cual se leía en inglés, encontró lo que realmente necesitaba saber. Pese a no comprender la traducción, no era necesario, comprendía la única palabra inglesa que necesitaba conocer, “Prophecy”. La siguiente se encontraba presidiendo un poema en perfecto francés con sus cifras acompañándolo, el cual terminó por ser revelador. “Quatrain 10-72”.

En ese preciso momento el teléfono comenzó a sonar.

—¿Sí? —contestó David

Capítulo 68

“Nostradamus, centuria 10, quarteta 72”.
L’an mil neuf cens nonante neuf sept mois
Du ciel viendra un grand Roy d’effrayeur,
Ressusciter le grand Roy d’Angolmois,
Avant après Mars regner par bonheur.

David tenía ante sus ojos, esa especie de poema escrito por Nostradamus en el S. XVI, sobre el 1555. Diversos expertos que han estudiado las supuestas profecías del autor, han expuesto que esta en particular, ha sido la más famosa de todas. En ella daba a entender, siempre según los investigadores, la llegada del fin del mundo. Esta fecha dio lugar a uno de los hechos más sorprendentes de la historia. Una cruz cósmica con una rara alineación de planetas y a su vez de los astros, que sucedió junto al último eclipse de Sol del milenio.

David recordó informarse sobre esta teoría en su época universitaria, pero por desgracia no específicamente.

La traducción de dicho cuarteto sería;
El año mil novecientos noventa y nueve siete meses,
Del cielo vendrá un gran Rey de terror,
Resucitar el gran rey de Angolmois
Antes, después Marte reinar por buena hora.
—¿Qué ha pasado? ¿Habéis acabado con él? ¡Vamos, contestad!
¿Qué es lo que sucede?

Sus profundas reflexiones se vieron interrumpidos por la histérica llamada telefónica del Comisario Cuevas, que se interesaba por el devenir de los acontecimientos. A través del manos libres de su celular, David y Renee seguían comunicándose con aquel agente de la autoridad, que tanta ayuda les estaba prestando.

—¡Nunca más habrá que preocuparse por Kabil!

Desconcertantes palabras resultaron una sentencia en firme a través de la voz de Renee. El Comisario quedaba voluntariamente inmóvil. Incapaz de

reaccionar a una afirmación tan contundente y esperada desde tiempo lejano. Largos y tortuosos años de impecable búsqueda, desembocaron en un destino a más de nueve mil kilómetros y a él mismo encerrado en un amasijo de hierro en mitad del mar. El fin de Kabil llevado a cabo por unos desconocidos que no sabían lo perjudicial que llegaría a ser si se lo propusiera, ni las atrocidades que ya había consumado. Kabil era su objetivo. Atraparlo significaría su redención por dejarle escapar, pese que por siempre cargaría con las vidas inocentes perdidas.

—¿Lo habéis comprobado? ¿Os habéis cerciorado? ¿Dónde está su cuerpo ahora? ¿Lo tenéis delante?

La persistente insistencia de aquel hombre, resultaba perturbadora. Agotaba la limitada paciencia de la que disponían, tras intentar encauzar de nuevo la controversia de los hechos. Deseaban obviar los hechos de una muerte tan traumática, en la que David era causa directa.

—¡Sus heridas eran demasiado graves! —Se limitaba a contestar Renee.

—¿No lo tenéis delante? —insistía.

—¡¡No!! —gritaba Renee—. Lo hemos dejado atrás desangrándose. ¡Está muerto! Y nosotros tenemos que proseguir.

—¡Debemos tranquilizarnos! —Serenaba la situación David, deseoso por dejar el tema de conversación.

Por su parte, el Comisario Cuevas no se mostraba satisfecho. Tenía la imperiosa necesidad de comprobar con sus propios ojos que realmente el cuerpo de Kabil dejaría de respirar por siempre. Demasiado padecimiento soportó como para no cerciorarse en persona.

—Comisario, sino me encuentro en un equívoco, la profecía del 11/8/1999, de la cruz cósmica, ¿no tenía relación estrecha con la cultura maya? —preguntaba dubitativo David.

—Existe la creencia —contestó el comisario, consciente del curso de los hechos— que los mayas profetizaron que un eclipse ocurriría el Miércoles 11 de Agosto de 1999 e iría acompañado de una alineación de planetas. A partir de esta fecha, comenzarían a correr los últimos trece años en los que la raza humana tendría su última oportunidad de cambiar los errores pasados tan repetidos. Lujuria, gula, avaricia, codicia, pereza, ira, envidia, soberbia,... Si el linaje mostrase su incapacidad por erradicarlos, nos conducirían a una regeneración espiritual y una “nueva era”. Ampliamente reconocida como una predicción de la llegada del fin de los tiempos tal y como los conocemos. Curiosamente, ese día la tierra estuvo en su posición más cercana al Sol. Un dato aparentemente sin relevancia, pero que en la cultura Maya obtiene gran

presagio. Muy interesados en los ciclos de la naturaleza y los del universo, fueron grandes astrónomos y su forma de medir el tiempo no estaba relacionada ni con los ciclos lunares ni con los estacionales; de hecho solo se sincronizaba aproximadamente con el año solar. Los Mayas hablan de un periodo de “el tiempo del no-tiempo”, donde se menciona el eclipse como símbolo del cambio. Un periodo de tiempo que finalizaría el 21/12/2012, con la ya conocida premonición que vaticinaba el fin del mundo.

—Al igual que Nostradamus con el anterior cuarteto... —dijo David.

—Pero si el cuarteto habla del mes siete y agosto es el mes ocho... la profecía está equivocada ¿verdad? —Aportó Renee.

—No realmente. Si bien es cierto que se auguró para el mes de Julio, los cambios de fecha que asolaron al calendario juliano en el cual se basó. En la actualidad la fecha exacta concuerda con la que ocurrió.

—Aunque también es cierto —interrumpió David— que hay quien aporta que en la época de Nostradamus, solo existía un calendario de diez meses, y que el séptimo mes correspondería a Septiembre. De este modo todas esas conjeturas y confabulaciones quedarían totalmente desautorizadas. ¿Cierto? No lo tengo claro...

—Chico, —dijo con paciencia— las versiones a realizar sobre las profecías de Nostradamus pueden resultar variopintas. Existen tantas como personas quieren interpretar sus palabras. Una gran influencia viene dada de las teorías Mayas, afincadas desde tiempos inmemoriales, que incluyen discrepancias entre quienes tratan de estudiar su cultura.

El comisario Cuervas se acomodaba en su asiento, al mismo tiempo que se relajaba por escasos segundos.

—Los calendarios comenzaron a ver la luz hace ya más de tres mil años, y sin embargo las primeras civilizaciones Mayas no aparecieron hasta no hace más de mil doscientos años. ¿Cómo no va a existir confusión cuando ellos mismos conocían las diferencias de calendario con el resto de civilización Mediterránea, y no tenían ninguna intención de cambiarla? En la actualidad se asemejaría al calendario chino, que a sí mismo es cíclico. Un ciclo ciertamente largo, pero al fin y al cabo no dejaría de tener un principio y un final. Solo en el S. XVI, con la sucesiva invasión española sobre el Estado de Mexica, dejó de emplearse. En la actualidad, diversos científicos con años de investigación, pueden ofrecer creencia en la existencia de tres calendarios mayas. El “Tzolkin” para uso religioso (dividido en 20 períodos de 13 días), el “Haab” para uso civil (dividido en 18 períodos de 20 días más 5 días extras al final dedicados a la oración, lo cual daba un total de 365 días) y finalmente

el conocido como “Cuenta Larga”, que simplemente contaba los días desde una fecha de inicio ya marcada.

El Comisario Cuevas evadió todo entusiasmo al recordar dichos años privados de la libertad y hegemonía poseída antaño. Las guerras, sumadas al ansia de poder y conquista, siempre han corrompido al hombre común. Asolando el viejo mundo y a través de la barbarie de unos pocos, reconducirlo al nuevo mundo.

—Se dice que una alineación de planetas fue lo que originó la separación entre continentes como la entendemos hoy día —aportó David como dato.

Con la específica información otorgada, creían estar más seguros de que nada bueno podría avvicinarse.

«¿Fin del mundo?»

A lo largo de los largos años de existencia terrenal conocida y desconocida, la tierra ha sido asolada por un pensamiento sobre su juicio final. El miedo. Terror. Intriga. Se ha meditado en la posibilidad de caer, pero conociendo el espíritu de supervivencia que poseemos, el mundo necesita ser consciente que llegaran aquellos hombres con capa o armadura para protegernos con valentía. La concepción generalizada trata de hacernos creer que el fin del mundo es una devastación de nuestro planeta, acompañado del fin de la humanidad. Su extinción. Pero para tantos otros con antagónicas convicciones y moralidades, significaría un ensalzamiento a niveles más elevados o un cambio radical en nuestro modo de vida, tratando de reconducir nuestros errores del pasado.

Es de bien sabido que no sería la primera vez que se llega al fin de una era o civilización. Cretenses, Aztecas, Mayas,... son prueba fehaciente. Los dinosaurios vieron acabada su extirpe a causa de un renombrado asteroide proveniente del espacio exterior, que anegó todo a su paso. Aunque también existen hipótesis sobre una continuada era de eclosiones volcánicas que fulminaron toda flora y fauna, haciendo subir temperaturas a altos grados y provocando efectos invernaderos extremos. Hasta que un repentino cambio climático acabó con el resto de la vida que logró sobrevivir a la prolongada oscuridad. ¿Acaso no estamos amenazados en la actualidad por un desastre medioambiental? Continuamente nos invaden con datos sobre el calentamiento de la atmósfera y el agrandamiento del agujero de la capa de ozono. La extinción de flora y fauna y la creciente contaminación, conseguiría acabar con la vida en el planeta como hace sesenta y cinco millones de años. Los desastres nucleares que comenzaron con Hiroshima y Nagashaki hasta Chernobyl o Fukushima. El crecientemente desorbitado armamento nuclear

por parte de numerosos países, pueden desembocar en un conflicto político que un día haga eclosionar la burbuja de una guerra nuclear. Trayendo consigo numerosas enfermedades que asolarían a la humanidad, como ya ocurriera con la peste en la edad media, arrasando a un tercio de la población. Como en la actual generación sucede con el ébola o el ántrax, siendo consciente de las enfermedades naturales y sabiendo que las ocasionadas voluntaria o involuntariamente por el hombre, podrían ser más devastadoras. O algo tan arcano como la llegada de una civilización extraterrestre más avanzada que la nuestra. Nostradamus ya habla de ello y en la actualidad existen numerosos indicios que nos hacen pensar que si nosotros vivimos en un planeta habitable. ¿Por qué vamos a ser los únicos seres con vida propia entre las millones de galaxias existentes? El “Área 51”, platillos volantes,... son multitudinarias las ocasiones que se trata de estudiar con ahínco un fenómeno que se supone nunca ha existido. Sin ser indispensable examinar eventos irresolutos, las grandes culturales mesoamericanas como la Azteca o la Maya, sucumbieron por la llegada de una civilización mucho más avanzada y para ellos extraña. Sin embargo Nostradamus entre otros muchos, predice una era de felicidad tras la destrucción.

“La época humana de origen sobrenatural dará paz y unión.
La guerra, guardada en cautiverio,
dejará reinar la paz por largo tiempo”.

El horror impregnaba por completo a David y Renee, que se miraban con incredulidad nerviosa. Solo les quedaba esperar, que no resultase nada devastador.

«La noche no se acaba»
«La tierra no se rinde»

Capítulo 69

—Deberíamos pasar a este segundo cuarteto —dijo Renee, intentando recobrar el tema.

—¡Aguardad! —pidió David—. Se supone que Danielle llevo a cabo todas estas conjeturas cifradas, para que en determinado momento fuera consciente que algo dañino se avecinaba ¿no?

—¡Así es! —afirmo Renee.

—Creo que hay algo más que aportar sobre la Cruz Cósmica y tiene que ver con la Astrología.

Aun con su menguante contrariedad, captó sus corazones sobrecogidos por la incertidumbre que les asolaba con asiduidad. No conseguían ser rivales para un conjunto de caracteres, que les hacia titubear en su capacidad de deducción.

—Ese día no ocurrió solamente una alineación astronómica, sino también astrológica. En relación a los cuatro puntos cardinales, se alinearon los cuatro evangelistas y sus respectivos signos. Mateo el hombre, Marcos el León, Lucas el Toro y Juan el Águila. Estos representan a los cuatro signos zodiacales que formaron tal día la cruz. Para más índole, de ellos se habla en el “Libro del Apocalipsis”, siendo postulados como los más cercanos al trono de Dios y que además protagonizaron dicho Apocalipsis.

Renee a su lado, tragaba saliva ante tan escalofriantes verificaciones. Entre tanto monótono discurso, el comisario se mantenía enmudecido al teléfono, incapaz de articular palabra elocuente.

—El cuarteto habla del Rey del terror y menciona a Marte. No tan curiosamente es mencionado, pues en la antigüedad clásica se le denomina como el Dios de la Guerra.

—¿Tratas de decir que Kabil está planeando iniciar una guerra? —preguntó con miedo Renee

—¡Imposible! No puede ser eso —replicaba enojado el comisario.

—Yo no sé qué pensar a estas alturas. ¡Todo es posible! —expresó resignado David.

Los peores presagios, quizá se estaban convirtiendo en realidad con el paso de los minutos. Necesitaban mantenerse despiertos para proseguir analizando el segundo cuarteto. Con celeridad, se dispuso a reanudar la búsqueda y traducción del siguiente cuarteto, expectante sobre la revelación que ofrecería. Esperaban conseguir descifrar el último y definitivo mensaje del que disponían.

“Nostradamus, centuria 10, cuarteta 34”.

Quand le deffaut du Soleil lors será.

Sur le plein iour le monstre será veu,

Tout autrement on l’interpretera,

Chert n’a garde nul n’y aura pourueu.

Cuando la falta de sol entonces sea.

En pleno día el monstruo será visto,

De otra manera se le interpretara,

Carestía no importa, nadie lo habrá previsto

Esos extraños versos en forma de cuarteto, dejaban más bruma que claridad. Todo quedaba expuesto y ahora debería saber enlazar sus conclusiones.

—¿Algo que aportar? —Impetraba Renee.

—Bueno... El primer verso, parece mostrar relevancia temporal. Es decir, se puede interpretar que los hechos sucederán durante la noche, pues se está explicitando un marco mundano con la ausencia de Sol. Es curioso que el verso finalice con un punto y aparte y no con una continuación en forma de coma como los demás versos. Es como si quisiera interpretar dos acontecimientos diferentes dentro del mismo poema. Extraño, aunque a veces los detalles más pequeños, marcan las soluciones más complejas de esclarecer.

El segundo verso, sin duda, es más alarmante a los ojos de cualquier hombre pues encontramos la definición “monstruo”.

—¿Se supone que vendrá algún monstruo del cielo? —preguntó

Renee con grandes dosis de escepticismo y burla.

—¡Peor! —dijo David.

La cara irónica de Renee desapareció tan rápido como las gotas de sudor atravesaban su frente. Nunca hubiera esperado una contestación similar.

—Teniendo un poco de experiencia con los escritos de Nostradamus, cuando se refiere a un “monstruo”, no es nada mitológico ni ancestral. Sus escrituras van dirigidas hacia algo más terrenal. Nostradamus interpreta esa

palabra con algún tipo de artefacto o máquina tan física y perceptible como nosotros mismos. Palpable al tacto.

—¿Una máquina?, ¿seguro? —dijo el comisario.

¿Un espíritu halado?. ¿Un engendro deforme?... Nada de eso. Con una simple palabra, Renee quedó tan extasiado por la sorpresa que privadamente debería domar un indómito estado de alarma.

—Máquina... una bomba —dijo Renee.

—¿Una bomba? ¿Hablas en serio? —soltó el comisario.

—Lamentablemente, creo que algo así me temo —afirmó desangelado David.

—¡Maldita sea! Si puede tener razón —afirmó el comisario—. Como dichas profecías sobre la regeneración del mundo o la eliminación de un pueblo lascivo y primitivo como el nuestro, nunca ha llegado con tales desastres naturales, lo que trata de hacer es provocar el mismo la llegada de esa nueva era. Una hecatombe por medios artificiales. Ese resurgir en una mejorada humanidad. Ese fin del mundo. Va a utilizar una bomba y seguramente de grandes dimensiones. Su gran misión bendecida con multitudinarias ofrendas a sus dioses. Así ganaría una nueva y gloriosa etapa en un mundo renacido.

Los tres, aunque afligidos por la teoría, no se situaban en disposición de llevarse una gran sorpresa pues por las palabras del Comisario, eran conscientes de que la perturbación de Kabil no tenía límites. Se habían resignado con que se avecinaba una tormenta, pero nunca de semejantes descargas.

—¿Pero cuándo y dónde? Hay que descubrir alguna fecha, algún número, ¿no sabe nada más?

La preocupación del comisario Cuevas iba en aumento. Sabiendo lo que se avecinaba y el todavía a varios kilómetros de distancia, tenía la imperiosa necesidad de salvar las inocentes vidas que ese loco quería arrebatarse indiscriminadamente.

—Si volvemos al siguiente verso, “de otra manera se le interpretará”, parece estar cargado de un evidente simbolismo paradójico —dijo David—. Este cuarteto ha evolucionado ligado con la predicción de Nostradamus sobre el eclipse de Sol. “... la falta de sol sea,” y “en pleno día el monstruo será visto” significa que se podrá discernir el eclipse perfectamente y por tanto se malinterpretará pues no aparecerá de nada abominable. ¿Pero entonces qué demonios quiere decir todo esto?... No puedo más, no entiendo nada. ¡Me estoy volviendo loco!

La desesperación se había cebado con David. Demasiados conceptos y teorías albergaban su aturullada cabeza. Demasiadas conclusiones debía sacar con excesivas posibles soluciones y todas las esperanzas puestas solo en su capacidad. Notaba una presión incesante en el pecho que comenzaba a imposibilitarle una respiración adecuada.

—David, ¿estás bien? —preguntó Renee.

David no cesaba de jadear. Su frente se llenaba de sudor frío y sus músculos parecían tensarse como si levantara un gran peso. Necesitaba cerrar los ojos y respirar con tranquilidad pues estaba sucumbiendo a un brote de ansiedad por tanta presión a la que estaba siendo sometido. Su rostro era pálido como un neófito y sus manos temblaban sin control como la tierra en un terremoto.

—¡David tranquilo! —Trataba de alentarle Renee.

—Centuria 10 y Centuria 10. ¿Por qué justamente los dos diez, cuando existen más cuartetos de diversa numeración?

David seguía mareado, pero no era impedimento para comenzar a balbucear palabras en voz baja. Recordaba el primer escrito resuelto por la señora Soriente el día anterior en su casa de Meaux. En aquel aparecían dos números. El diez y el once, que no entendían realmente el porqué de su aparición.

—Centuria y Cuarteta... ¿Cuáles son los números que representan los versos de los dos Cuarteta? —preguntó una vez restablecido.

Terminó por erguirse por completo como si una descarga eléctrica atravesara su sistema muscular. Al momento se agachó y en un pequeño espacio de tierra comenzó a realizar trazos, exponiendo algún tipo de sistema numérico.

—Centuria 10, Cuarteta 34 y Centuria 10 Cuarteta 72.

—Centuria 10 y Centuria 10. Diez al cuadrado serian cien, pero 10 más 10 serian 20.

—Cuarteta 34 y cuarteta 72. Si tomamos cada cifra por separado y posteriormente los sumáramos, obtendríamos; 3 más 4 más 7 más 2 que de resultado daría 16.

David quedó enmudecido con lo que creía estar descubriendo. Renee lo miraba petrificado pues no entendía ese lio de números que traía en la enfangada arena.

—72 más 34 nos daría 106. Si suprimimos el 0 como numero nulo nos quedaría también el 16. ¡Lo que sospechaba...!

—¿Qué ocurre? ¡Dime algo! —solicitaba Renee.

—Si realizamos una suma con los números que representan los Centuria, nos daría el numero 20. Si hiciéramos lo mismo con ambos Cuarteta, conseguiríamos el numero 16. Si sencillamente los unimos como una única cifra, nos daría 2016. La catástrofe esperada está fechada para el 2016.

—¡Santo Dios!

David quedo totalmente petrificado.

Tras unos pocos segundos de tiberio mental, se levantó como si hubiera visto al mismo Lucifer frente a él.

—¡Ya lo he resuelto! —Se alzaba emocionado.

Como si hubiera resuelto los códigos secretos del misterioso y antiguo “Manuscrito de Voynich”, uno de los mayores enigmas de la historia y datado alrededor del S. XVI, montaban en alegría desmesurada cuando aun restaba contrastar y cerciorar sus sospechas.

—¡Explícamelo! —solicitó Renee.

—El eclipse y la cruz cósmica comenzó en la latitud 11, longitud 11 y ocurrió a las 11 de la mañana. El 11 ha sido interpretado como símbolo maléfico, sin olvidar el número 11 que obtuvimos en el primer mensaje cifrado... Sin embargo no tenemos que ver más allá, pues no se trata de un único numero. No es el numero 11 de por sí, sino que tendríamos que separarlos, convirtiéndose en un uno y otro uno.

—¿Y qué sucede con aquello? —preguntaron—. ¿Por qué tienen que ser dos números idénticos por separado si provienen de otro número de mayor carga?

—¿No necesitabais una fecha? —continuó David—. Dos números por separado que nos daría el día 1 del mes 1. Es decir, el uno de Enero. Estaríamos hablando que la fecha es el 1/1/2016. El uno de Enero de 2016. El mensaje subliminal de los versos de Nostradamus, era capaz de revelarnos que Kabil se encontraba en disposición de dos opciones. O bien ejecutaba algún maquiavélico plan que impusiera el fin a la vida universal o daba comienzo su particular apocalipsis en pocas horas, para extenderlo a lo largo del tiempo necesario hasta limpiar la contaminación. Este último sería el más previsible.

El dios del tiempo “Chronos”, no reparaba en súplicas. Hacia inevitable una espiral que asolaría cielo, tierra y mar. Se aproximaba Poseidón, hijo del titán “Cronus” y hermano de Zeus y Hades, con su implacable furia, cuya devastación recaería sobre ellos primero.

—¡Maldición! —dijo el comisario— y yo encerrado en esta prisión aérea.

—¡No he acabado! Creo saber cuándo exactamente y donde dará comienzo la ola de destrucción. Los versos hablan de “Con la falta de sol”, y evidencia la referencia sobre la noche. “En pleno día será visto”, es una clara paradoja con la anterior, pero dependiendo de qué tipo de artefacto sea y su magnitud, puede crear un gran estallido de luz que incluso podría iluminar toda la ciudad.

—¿Una bomba atómica? —preguntó Renee.

—El tercer verso —siguió David— nos habla que “se interpretará de otra manera”, en algún momento de la noche toda la gente puede pensar que esa gran iluminación se debe a otros motivos, y es cuando de esta manera que “nadie lo habrá previsto”... El numero 10, el numero 11 y ...

—¡Las doce! —confirmó el comisario que no dejaba de atender la conversación—. Piensa hacerlo justo a la entrada del nuevo año, a las doce. En el momento que la gente puede confundirlo con festejos y atraiga su atención.

El semblante de David experimentó una mutación. Preso del pánico, apenas unos cuantos minutos los separaba de una posible destrucción que se cerniría sobre ellos.

—Sucederá a las doce de la noche. Con la reciente entrada al 1 de Enero de 2016.

David retomaba su aprensión. Con la mirada perdida. Pálido. Mudo. No gesticulaba ni ofrecía expresión ninguna.

—David, reacciona. Has dicho que podría saber dónde estaría. Necesitamos saberlo. Tenemos poco tiempo.

David a duras penas mantenía sus piernas erguidas, pero sus ojos despejados como un mar de arena, divisaban un horizonte perdido.

—¡Copérnico! —dijo

—¿Cómo dices? —preguntó Renee.

—¡¡Copérnico!!

Capítulo 70

David y Renee, teléfono en mano, salieron corriendo hacia un nuevo destino únicamente conocido por David. Reacio a compartirla con los demás, pero la realidad era que se encontraba tan enfrascado en sus pensamientos que momentáneamente se olvidó de quien le acompañaba. Sus piernas tenían un brío especial. Parecían ligeras como las alas de un águila y recias para correr a gran velocidad. Incluso un experimentado en estas lides como era Renee, encontraba dificultades para seguir sus pasos.

—David, ¡espera!

Pronto llegaron hasta la posición donde pacientemente José esperaba, como de costumbre durante todo el día, dentro del coche. Al verles llegar tan rápido, se alteró su ligera ensoñación. Realmente no esperaba estar tan cerca de las campanadas de año nuevo y seguir enfrascado en lo que tornó a una persecución a contrarreloj y con el vehículo tan estropeado, pero se sentía gratificado de estar llevando a cabo una misión tan estimulante. Podría ser uno de los artífices de un hito histórico y su nombre entraría en los anales de la historia.

—Don José María Hernández. “Colaborador activo en la recuperación de uno de los mayores tesoros perdidos de la historia...”

—¡Rápido, ya sé dónde está la bomba! —gritó David adentrándose en el asiento delantero del coche.

La cara de José cambió de pretenciosa satisfacción a congoja.

—¿Bomba?. ¿Qué bomba?. ¿Cómo que una bomba? —repetía de forma incesante, perplejo por las nuevas noticias.

Quizá tanta rumorología durante todo el día con la previsión de algún tipo de desastre a causa de aquel hombre, hizo que cuando se comenzara a hablar del tesoro robado y escondido en alguna parte de la ciudad, templara sus perturbados nervios. Se sentía aliviado de sofocar los peligros que los acecharon durante todo el día y ahora solo quedaba recoger el premio por tanto castigo recibido.

En pocos segundos, toda la historia que con gran satisfacción se había forjado alrededor de su persona, cambió radicalmente. De nuevo volvían los aturridos pensamientos sobre un final nefasto. Un viaje donde no se quería ver envuelto pero del que se sentaba en primera fila. Apretando el acelerador, incluso para llegar a ser espectador de lujo.

—¡Rápido José! No hay tiempo.

En aquel momento Renee se adentraba en el coche, creyendo que ya estaban a punto de dejarlo olvidado en tierra.

—David, cuéntame que pasa.

José arrancó y comenzó a recorrer sus primeros metros sin destino ninguno. Estaba tan absorto en sus nuevos pensamientos, que sin quererlo se adentró en una de las principales direcciones que le conduciría a la gran ramificación de confluencia de tráfico.

El barniz de civilización que nos protegía de todo su mal, se resquebrajaba sin remedio, siendo David la única panacea capaz de obstaculizar el vertiginoso transcurso del veneno que se cierne sobre la inmunidad de la ciudad.

—¿Cómo he podido estar tan ciego? —hablaba David con la visión perdida—. Miraba, pero no observaba.

Tras los minutos de perturbada confusión, la mente de David, aunque aun temerosa por la situación a la que se iba a enfrentar, realizaba las acciones por puro instinto. Se avecinaba una espantosa tormenta que devastaría todo lo construido y amado, y solo ellos sabían dónde iba a desembocar.

—En el planetario, busqué la copia de la que dispongo del “De revolutionibus orbium coelestium” para intentar descubrir información relevante —hablaba David—. En dicho libro encontré unas páginas con marcas, las cuales no fueron realizadas por mí. Alguien entró en mi despacho para señalar esas hojas del manuscrito. Esa persona quería que examinara esas páginas y las frases de Copérnico por algún motivo.

—¿Danielle?... —musitaba Renee.

—En aquel momento me equivoqué estrepitosamente. Pero ahora lo veo claro. La primera de ellas decía... “Como sentado en un trono real, el Sol gobierna la familia de planetas que giran alrededor suyo”. La segunda... “En medio de todo está el Sol. Pues, ¿quién en este bellissimo templo pondría esta lámpara en otro lugar mejor, desde el que se pudiera alumbrar todo?”.

—“El Sol gobierna...” —expresaba Renee con abierto desconcierto.

—“En medio de todo está el Sol... Templo... Lámpara... Alumbrar...” Danielle no pretendía marcar la localización del manuscrito perdido. Estaba

dando pistas sobre Kabil y su bomba. La relación de los mayas con el Sol. La explosión que alumbraría todo. El templo de los sacrificios y las ofrendas. ¡¡Todo encaja!!

Parecía que al fin conseguían dar sentido a un recorrido por completo desconcertante. Pese a que no resultara agradable ni halagüeño, si debían enfrentarse a su destino, estarían obligados a saber donde actuar y contra que.

—¡La Puerta del Sol! —le dijo David a José.

—¿La puerta del Sol? —preguntaba Renee ante tanta confusión.

Renee era un hombre de acción nato. No soportaba seguir órdenes de nadie, era algo que ya había demostrado a lo largo de su vida. Sin embargo, confiaba ciegamente en David y lo seguiría hacia donde su joven juicio dictaminase.

—José, ¿recuerdas lo que hablamos en el coche esta tarde con Martín? Cerca del planetario me refiero.

—Quería ir a la calle Sol, ¿no?

—Si... Aunque lo cierto es que estaba equivocado. El punto correcto no era la calle Sol, sino la Puerta del Sol. Podría corresponderse con la calle Sol, pues siguiendo las directrices de la teoría heliocéntrica de Copérnico, el Sol se encuentra en el centro del Universo, y como en el mapa que trazamos con todos los planetas, el Sol quedaba en el mismo centro.

—“EL SECRETO ESTA EN COPÉRNICO” —dijo Renee con una voz tan liviana, que hasta David tuvo problemas para escucharle.

—¡¡Correcto!! —expresó David excitado por la emoción—. Hace relación tanto a su manuscrito como a la posición a la que deberíamos ir. Pero la Puerta del Sol también queda en el centro y atendiendo a las teorías mayas que nos ha explicado el comisario, los sacrificios los realizaban para el Dios del Sol. ¿Qué mejor sitio que la puerta que simbólicamente conduce al Sol?

El comisario Cuevas, atendía con gran atención a través del teléfono móvil, siente este de gran utilidad en esos momentos.

—¡Tiene sentido! —afirmó el comisario—. ¡Tiene todo el sentido! “Ak’Kin”, es el Dios del Sol Maya. Quizá ese nombre no os suene pero lo habrá utilizado en más de una ocasión. Realizaban los sacrificios en múltiples ocasiones, incluso mediante el suicidio para poder albergar posteriormente una vida mejor.

David afirmaba la teoría del especialista en cultura maya, con un ligero movimiento de cabeza, que evidentemente no pudo ver.

—Pero ¿Por qué la puerta del Sol? —prosiguió el comisario, ya que nadie le interrumpía—. ¿Únicamente por simbología maya? Puede ser, no lo niego.

Lo único que se puede afirmar, es que a las doce de la medianoche, esa puerta de Sol estará atestada de gente tratando de celebrar la entrada al nuevo año. Allí es donde se celebran las campanadas y eso es algo que todo el mundo conoce. Va a ser el epicentro de una gran masacre que no solo captarán los presentes, sino toda España y todo el mundo. Las cámaras de televisión, la radio, internet,... todos se harán eco. Quedará grabado y posteriormente será retransmitido en todos los países del mundo. Es un aviso a una masacre mayor y es un mensaje para que todos estén preparados para cuando les llegue su turno. No se olviden, “El fin del mundo”. No dispone de capacidad para conseguirlo de una sola vez, pero tratará de perpetrarlo sucesivamente. Quién sabe si su próximo destino se puede situar en París, Roma, Londres, Berlín,...

—Si... es cierto. Estará llena de almas inocentes y no sabrán lo que sucede hasta que ocurra, como bien lo explicita Nostradamus en su Cuarteta 34. Las cámaras lo recogerán todo y será difundido por el mundo. Arrasando como un virus infeccioso.

Cada conclusión que obtenían era peor que la anterior, pero mientras no obtuvieran lo que necesitaban deberían seguir alentando las diversas posibilidades.

—Pero si habla del manuscrito y la posición, ¿no indica dónde está escondido? —preguntó el comisario.

—No... —añadió Renee.

Tras una ligera pausa, pensativo por las palabras que debiera exponer tras dejar en vilo a los demás, ya se encontraba preparado para comentar su teoría.

—¡Es un engaño!... Y creo que esta vez, yo soy el protagonista.

Las palabras de Renee, dejaron un extraño ambiente enrarecido. David se sentía confuso por aquella afirmación, mientras el Comisario Cuevas, a estas alturas sospechaba de cualquier mínimo ápice que pudiera ocasionarles un contratiempo.

—¡Explíquese! —exigió el Comisario.

—Kabil quiere una masacre. Pero no olvidemos a la otra ficha del tablero. La que nos hace creer que ha desaparecido, pero seguro no tardaremos en volvernos a encontrar.

—Martín... —dijo David.

—¡Danielle y su astucia! Esa mujer nunca tuvo límites... Lo preparó todo para que incluso nosotros mismos pudiéramos pensar que estábamos buscando algo diferente.

—¡Un tesoro! —expresó con sorpresa.

—Creo que su intención era que si no consiguiéramos resolver sus mensajes y no fuéramos conscientes de la existencia de la bomba en primera instancia, nos veríamos obligados a encontrar el tesoro bajo la amenaza de Martín. Entonces una vez llegáramos al destino, en vez de encontrar el Manuscrito nos daríamos de bruces con la bomba para poder evitar su explosión.

—¿Demasiado enrevesado, no crees? —afirmo David.

—Sí, mucho —contestó Renee—. Pero así era Danielle. Era una mujer tan meticulosa e inteligente que no dejaba ni un solo ápice a la duda. Tejió su tela de araña de tal manera que quedáramos atrapados en ella. Incluso si no seguíamos sus pasos, como hacemos ahora, el objetivo era ser capaces de llegar hasta la bomba y una vez allí ya dependería de nosotros el improvisar, pero al menos deberíamos de tener la oportunidad en nuestras manos.

—Pero ¿Por qué ese mensaje era para usted? —volvió a preguntar el Comisario Cuevas.

En ese momento, el vehículo quedó en completo silencio. José seguía atento a la solitaria carretera. Circulaba a más de doscientos kilómetros por hora, sin importarle lo más mínimo las posibles consecuencias que pudiera repercutir que alguien lo pillara a velocidad tan elevada. Solo era capaz de pensar en todas aquellas personas que estarían recogidas en sus casas, preparadas para una de las celebraciones más esperadas del año, cuando la realidad era que se preparaban para un posible trágico final.

David contemplaba los ojos impenetrables de Renee, esperando alguna respuesta que resolviera la duda que el mismo tan misteriosamente había creado. Se preguntaba si algo proveniente de ese hombre tan misterioso podría sorprenderle, del cual lo único que conocía era la confianza de su madre. Se había ganado la virtud de la duda sobre sus intenciones, pues era algo que tenía totalmente en contra. Ahora exigiría saber que era lo que estaba ocultando.

Mientras Renee, oteaba el horizonte como si tratara de divisar algo en la profunda oscuridad de la noche, únicamente salvada por las luces de los faros del coche que tenuemente iluminaba ese interminable mar de asfalto, desvió su mirada hacia el reloj que portaba en su mano izquierda. Este solo disponía de una única función. Iniciar la cuenta atrás hasta las doce de la noche.

00:54:28

Esos eran con exactitud los minutos y segundos que disponían para dar fin a aquella locura, sin saber aun que le deparaba su todavía lejano destino.

—¡Debemos darnos prisa! —sentenció Renee sin dar mayor explicación.

Capítulo 71

Miedo. ¿Qué es el miedo? ¿Por qué sentimos miedo? ¿Qué se esconde tras él?

“El miedo es una perturbación angustiosa del ánimo por un riesgo, daño real o imaginario. Recelo o aprensión que alguien tiene de que le suceda algo contrario a lo que desea.”

Todo el mundo tiene miedo. El ser vivo siente esa desagradable sensación, provocada por un inminente peligro, capaz de ocasionar una irremediable penumbra en su interior. La naturaleza de los seres que desprenden sentimiento, así lo especifica. Difícil se hace tratar de soliviantarlo, pero más aun encontrar alguien capaz de tratarlo.

Todo el mundo tiene miedo en algún momento de su vida, pues de un modo u otro siempre tenemos algo que perder. La relevancia de la razón, carece de potestad a la hora de otorgar justificación a ese negativo sentir, pero lo cierto es que lo apreciamos dentro de nuestra alma como si nos la arrancaran desde lo más profundo de nuestro ser.

Miedo debes sentir, de quien nunca pueda representar dicho amargo sentimiento. Quien no pruebe su acerbo sabor, porque a su juicio no se enfrente a nada que perder. Esa carencia de miedo se puede convertir en ira hacia el mundo que no le ha permitido inhalar los efectos de dicha conmoción, pues de esa manera se podría presagiar que en algún momento, la sociedad humana se podría presentar sin remedio ante su propia destrucción.

Se hace complicado advertir el modo en el cual nos mostramos o nos dejamos ver por un grupo de iguales a nosotros. Nos aferramos con fuerza a cualquier atisbo de integración y unión con otros semejantes cuando nos sentimos en soledad. Pero en multitud de ocasiones solo se trata de un cruel espejismo. Vivimos en una sociedad encantada de demostrar su poder a cualquier espíritu, por débil que pudiera resultar, por el hecho de no pertenecer a una tribu social o elegir la dispar a la habitual. Excesivos patrones para los que no hemos sido creados, debemos seguir con exactitud para ser aceptados. Altura, delgadez, extroversión, belleza o cualquier

cualidad de interés general. Una trampa por la que muchos indecibles momentos de angustia y soledad padecidos para ser solo “aceptados”.

En una ocasión, una mujer mantenía su cuerpo confortable en un mullido colchón, caliente entre sabanas de franela y agradable edredón de plumas. Una estampa de calidez y felicidad en cualquier ocasión, pero no cuando la mente se sumerge incesante en un abismo oscuro y frío. Como alma en pena, dolorosamente se habituó a la cruda humedad hasta tal grado que no sentía necesidad de abandonarlo.

Entre los huecos de piedra, resonaban voces que le embaucaban como susurros, incitándole a escapar. Pero ella ya no quería salir de allí. Había forjado un duro cascarón, y por su causa sentía miedo de lo que sucediera fuera del amparo de sus paredes. No era capaz de recordar lo bueno que ella misma viviera en el mundo exterior, ni importaba las voces que trataban de ayudarle. El mundo fuera de esa lúgubre y profunda cueva cavada varios metros bajo tierra, era más tenebroso que donde se encontraba. El temor se apoderó de ella para atraparla entre sus afiladas fauces y no dejarla marchar jamás. Cada día calaba más en sus huesos destruyendo su alma y su corazón, como si se convirtieran en puro hielo. Sin calidez y sin vida. Conseguía apaciguar las voces pidiendo que fuera con ellas, pero las de su cabeza acrecentaban preocupantemente. Susurros con la potencia de un grito, que únicamente le mostraban repulsa por ella. Encontraron el modo de rechazarla airadamente, provocando que se sumergiera cada vez con más ahínco en su desesperanza.

Un irreconocible día, atisbó un incesante rayo de luz que conseguía cegarle los ojos. Aquella irradiación solar freno el frío para otorgar una extraña sensación de calor atrás olvidada. Las voces exigían su perduración más tiempo en el desamparo, pues no era merecedora de partir, pero aquella calidez recordada hizo obviarlas para comenzar su escapatoria. Con cada pequeño esfuerzo, notaba el peso de cada piedra en su cuerpo. Su congelado corazón le impedía desarrollar tal esfuerzo con elegancia, y lo único que conseguía era caer de nuevo al abismo. Una y otra vez se derrumbaba. Sin avanzar...

Cuentan que esa mujer, aun sigue tratando sustituir el frío por la calidez de una mano que a su llegada a la cima, le proporcione el último impulso y elimine su padecimiento. No se rinde. Las voces del exterior son cada vez más cercanas. Cada día avanza más que el anterior. El hielo se derrite y su corazón comienza a latir vigoroso, con intensidad renovada. Con vida nueva.

«...»

Teme a aquel que no tenga nada que perder, pues por trivial que pudiera resultar, es quien más daño podrá infligir. Quien no se respeta a sí mismo, tampoco guardará tal complacencia con los demás. Siente lástima por aquellas personas que nunca sienten miedo, pues la desidia y desazón serán la marca que llevarán por siempre grabada en su ahogado corazón.

Respetar tus miedos y los ajenos, pues quizás un día se conviertan en los tuyos. No eres ningún cobarde por sentir miedo, pues al fin y al cabo representa tu humanidad, tu fragilidad y tu fuerza. No debes temer el miedo. Solo debes temer que el miedo se apodere de ti. Teme que cada ápice de tu cuerpo se sienta renegado a evolucionar por ese temor. Teme perder el control. No debes temerte a ti mismo. Debes temer no poder ser tu mismo.

Capítulo 72

David y Renee se adentraron en aquella infesta cloaca que daba a parar al subsuelo de la ciudad, tras alcanzar su destino en pocos minutos. El enérgico dolor del brazo que padecía, quedaba momentáneamente enmascarado por el incesante olor a putrefacto que lo invadía. El hogar de todos los residuos y desperdicios que habitaban ligados entre sí.

«Debo tratar ser más pulcro y cuidadoso con la Naturaleza, por el bien de todos los que vivimos aquí»

Habían conseguido acceder a dicho vertedero de aguas fecales, tras dejar el coche lo más cerca posible de la Puerta del Sol. Teniendo en cuenta la aglomeración de gente, algunos metros le separaban de un camino de no retorno hasta su objetivo. Haciendo acopio de la fuerza de ambos, lograron abrir una de los innumerables accesos a aquel infesto pasaje. Esperando que una línea recta bien trazada desembocara en su destino.

Pese a la nauseabunda sensación que ofrecía, Renee avanzaba con cierta soltura pues estaba más acostumbrado a dirimirse en situaciones similares, al contrario que David pues nunca se había visto en un lugar tan repugnante.

—¡No te quedes atrás! —le pedía a David.

La parte fundamental por la que habían sufrido tantas penurias, la cual cimentaba las bases de la complicada tarea de encontrar la localización correcta del artefacto, parecía haber concluido. Se encontraban en la boca del lobo y en plena búsqueda. La tarea de David ya había concluido y ahora le tocaba a Renee, con su más que renombrada experiencia, finiquitar dicha locura. Este era su campo, su trabajo, la mayor misión de su vida.

—¡Espérame! —gritaba con desesperación David.

—¡Vamos! ¡Sigue corriendo!

Las zapatillas de David se encontraban enfangadas por aquel viscoso fango. Creía estar atravesando una inmunda ciénaga, llena de agua putrefacta y excrementos, que a cada paso salpicaba sus pantalones y embarraba su calzado, calando hasta sus pies. La nauseabunda peste, que atravesaba constantemente sus orificios nasales, le provocaba asiduas arcadas que le

impedían seguir el aeróbico trote de Renee. La iluminación resultaba escasa, y la única referencia de la que disponía era la sensible luz que desprendía el teléfono móvil, que con cierta dificultad era capaz de discernir a escasos metros de distancia.

Un pequeño grupo de insectos voladores comenzaban a arremolinarse alrededor de su cabeza, obstaculizándole su carrera y haciéndole parar en seco.

—¡¡Arrgg!! Fuera.

No estaba seguro de conocer con exactitud cuáles eran, pero aun así prefería no saberlo, pues pese a no padecer ningún tipo de fobia, estar rodeado de aquellos insectos no le resultaba nada reconfortante.

Zarandeaba sus brazos de manera incesante, tratando de deshacerse de aquellos molestos parásitos. Optó por desplazarse mientras seguía apartarlos con sus brazos, hasta desprenderse de ellos.

—¡Por fin!

Un gran alivio sintió cuando notó que se liberaba de esos diminutos y molestos bichos. Pero su alegría fue escasa. Cuando quiso alzar la vista, no veía nada. Total oscuridad se avecinaba sobre él. Había perdido la pista de Renee y ahora se encontraba totalmente a oscuras, pudiendo contemplar únicamente lo que sus ojos alcanzaban a ver a escasos centímetros. Como un gato, su vista se acostumbro a lo lóbrego, pero aun así no podía distinguir más allá de dos pasos adelante.

—¡Renee! —dijo en voz baja.

Sus ganas de alzar la voz y ser escuchado eran enormes, pero se encontraba cohibido pues no quería que ninguno de los dos fuera descubierto. Temeroso, avanzaba con discretos pasos hacia ningún lugar. En solitario, sus pisadas retumbaban con más fuerza que antes. El aire era más cerrado y húmedo. El miedo era la sombra que caminaba a su lado.

—¡¡¡Aaarrggg!!!

El quejido ahogado de Renee, no demostraba el incesante dolor que acababa de padecer. La nefasta iluminación había provocado que involuntariamente, golpeará una roca de considerables proporciones enclavada en el trascurso de sus pasos.

—¿Qué hará esto aquí?

Pese a disentir consigo mismo, no tuvo más remedio que detenerse por un momento para que el dolor remitiera levemente antes de proseguir con su camino.

«Ya tengo suficiente con el dolor del brazo»

Mientras descansaba unos segundos, recordó mirar su teléfono móvil. Se percató que la llamada telefónica ya se había cortado, a la vez que apreciaba uno de los motivos.

—Sin cobertura...

De igual modo, advirtió que la batería se consumía irremediablemente. Solo disponía de un 12 %, y si continuaba utilizándolo de ese modo se agotaría rápidamente. Como de costumbre portaba el móvil a media carga, lo cual habitualmente no le importaba pero hoy hubiera deseado ser más precavido.

—¡Mierda!

Optó por guardarlo en su bolsillo, tratando de almacenar su escaso porcentaje todo lo que pudiera. Pero algo le hizo cambiar de idea. A su derecha distinguió dos conductos, como dos entradas a un desconocido lugar, llamaron la atención de Renee. Volvió a iluminar con su teléfono para ser capaz de dirimir mejor lo que se postraba ante él. El camino se acababa y solo quedaban aquellas dos gigantescas vías de escape, los que a simple vista se podía comprobar que se dirigían en direcciones opuestas. Renee se acercó todo lo que pudo hasta ellos para poder examinarlos desde lo más cerca posible. El trascurso del agua contaminada, extrañamente se dirigía en mayor cantidad por uno de los dos conductos situado más a la parte derecha, pero Renee no era capaz de distinguir el más favorable. Aunque personalmente, preferiría evitar lo máximo posible aquella putrefacta agua.

—¿Qué opinas de esto David?

No dudaba ni un momento en pedir opinión al joven astrónomo, pues tenía en grata consideración su inteligencia y buen juicio, siendo capaz de demostrarla en los momentos más complicados.

—David, ¿me escuchas?

Por más que lo intentaba no encontraba respuesta. Nervioso, decidió darse la vuelta para comprobar que simplemente se encontraría descansando y sin aliento momentáneamente. Al comprobar que no se encontraba con él, se llevó un sobresalto.

—¡David!

—¿Dónde estará David?

El miedo a una incursión solitaria, quedaba rápidamente repelido. Unos pasos se acercaban lentamente hasta donde se encontraba. Por fin Renee se había dignado a dar de nuevo con él. La tenue luz volvía a brillar en la distancia y por fin podría reiniciar de nuevo la marcha.

«¡Qué ganas tengo de salir de aquí!»

David no aguantaba más tiempo perdido en aquella cloaca. Esperaba no ser mordido por ningún roedor o insecto que ocasionara alguna infección a su organismo. Era una preocupación constante.

—¡Por aquí Renee!

Por fin comenzaba a discernir su silueta aproximándose. Era la primera vez que sentiría una enorme sensación reconfortante por ver aquel rostro.

De repente la tenue luz se apagó por completo, volviendo a una oscuridad total. Sus ojos necesitaban unos segundos para poder alcanzar a distinguir algo, pues la ligera luz había hecho mella en sus quebradizos ojos y ahora necesitaba frotárselos para tratar de distinguir algo a un paso de distancia.

—Renee...

Unos brazos agarraron su grácil cuello mientras lo inmovilizaba por completo.

—Hola David...

Un espasmo paralizante sobrecogió al aficionado kite-surfista, como si el mar lo atrapara bajo una ola.

—Tu voz...

Aquella voz no se trataba de la de Renee. Aquel que parecía haber desaparecido volvía para hacer realidad las peores pesadillas que podía imaginar.

—Martín...

Una vez lo tenía amenazadoramente maniatado, volvió a encender la leve luz proveniente de un pequeño candil bastante carcomido por la humedad y afectado por el descolorante óxido, para oponer de nuevo sus rostros frente a frente.

Ahí se encontraban una vez más, uno delante del otro. Pero esta vez se sentía en el ambiente enrarecido, que era diferente a las demás. Esa vez era muy distinta a todas las demás. Contradictoria a cuando tomaban café juntos en su despacho, a cuando jugaban su particular partido de pádel de los jueves noche o incluso a aquel momento nada lejano cuando David tumbado en el suelo descubrió que su gran amigo no era más que un farsante. En ese instante ambos podían sentir que algo se acababa, que ese era el final del camino. No existía en aquel segundo mayor abismo para separarlos, que la tristeza y la desdicha ocasionada por el engaño de su mejor amigo.

—Ya me has hecho perder demasiado tiempo, ¿verdad? Eres igual que tu maldita madre.

La mano de Martín temblaba visiblemente, ya fuera por el cansancio o por la duda, algo en su interior refrenaba sus ansias y demoraba el acto para

mandar a su viejo amigo a un eterno letargo.

Las miradas de ambos se cruzaban como el carcelario que observa a su prisionero o como el condenado observa a su verdugo. La mirada de Martín era fría y carecía de todo sentimiento, sin que ningún pensamiento perturbara su presente. Daba o quería dar la sensación de que lo tenía todo bajo control, pues en su interior el sabía que todo estaba hecho, el tenía el absoluto control, el tenía el poder en su mano y solo el decidiría cuando poner fin a una historia que había durado demasiado.

Puede que ya no hubiera esperanza de escapar de su verdugo.

«“Esperanza”». «“Esperanza”».

«“Mantén siempre tu esperanza innata”». Solía decirle su madre.

«Respira, corre, levanta. Siempre puedes seguir hacia delante. Que nadie te pare, solo tus puedes ponerte los límites y cree siempre hasta el final, hasta que el aire se convierta solo en un dulce recuerdo...»

«Aunque la oscuridad parezca eterna, aunque bañe todo tú alrededor, aunque parezca imposible volver a ver la luz, recuerda que el sol siempre volverá a salir y un nuevo día comenzará»

«Tu inquina no desarbola mi voluntad»

Esas palabras estaban grabadas en su cabeza como la tinta se graba sobre la piel. Siempre le había faltado un carácter que necesitaba, pero si anhelaba ilusiones y renovadores objetivos. Ahora dichas esperanzas empezaban a abandonarle, por lo que cada vez se sentía más vacío.

Capítulo 73

La histeria del Comisario Cuevas seguía “in crescendo”, pues perdieron varios minutos desde su pérdida de contacto con David y Renee. Presuponía un corte en la llamada a causa de su pronta internada dentro del subsuelo de la ciudad, no obstante, una vez más volvía a encontrarse a ciegas. Una situación repetida en demasiadas ocasiones a lo largo del día, y de la cual ya su orgullo no era capaz de reponerse.

—¡Chingado! ¿“A poco” no podemos recuperar la señal? —incredó el comisario de manera vehemente a su ayudante—. ¿Para qué vale tanta tecnología si no sirve cuando más la necesitas? ¡Órale a prisa!

El comisario Cuevas era un hombre muy actual. Su corta edad, reflejaba la evolución de la tecnología en el paso de su trascurso laboral. Se encontraba totalmente a favor de los avances tecnológicos, pues los consideraba la mejor ayuda para llevar a cabo su labor. Aunque como hombre irascible, cuando el devenir de los acontecimientos no transcurría según sus pretensiones, no tardaba en culpar a quien fuera o lo que fuera.

—¡Sois unos completos ineptos! ¡Devolvedme con ellos! —gritaba con mayor exaltación.

Su fiel ayudante no tenía más remedio que agachar la cabeza y asumir forzosamente la culpa, pese a no ser el causante del problema. Solo quedaba asentir para dar solución a las reclamaciones de su jefe.

—¡Estoy en ello señor, se lo aseguro!

El comisario no cesaba en mascullar improperios e insultos varios, pues su paciencia era ya inexistente. No se podía encontrar en una situación más desfavorable. Encerrado en un avión desde hacía varias horas, se estaba perdiendo toda la operación. Ya había perdido la oportunidad de atrapar a Kabil y haberse ocupado personalmente de él. Ahora seguía con menos oportunidades aun, pues había perdido el único contacto que le ofrecía la posibilidad de tener conocimiento sobre el trascurso de los acontecimientos y poder colaborar en los mismos.

En aquel momento el copiloto se acercaba rápidamente hasta la posición del comisario, que se encontraba recorriendo inquieto la aeronave.

—Señor, hemos establecido contacto con la Torre de Control. Ellos mismos se han dispuesto a comunicarse con el resto de aeronaves que atraviesan nuestro espacio aéreo, para que desvíen momentáneamente su rumbo. Tenemos cielo despejado y nos disponemos a aumentar la velocidad. Le pido que se mantenga sentado y con el cinturón abrochado. Calculamos que llegaremos en unos treinta minutos.

Las noticias no podían ser mejores. Iban a acortar de manera considerable el tiempo de llegada sobre la hora prevista. Para el comisario, aunque solo se hubiera tratado de unos pocos segundos, ya serían valiosos, pues cualquier fracción de tiempo podría ser vital en su intervención.

—¡Estupenda noticia!

El júbilo, no era ni mucho menos una señal de identidad, pero interiormente se encontraba pletórico. Era la mejor novedad que había recibido en las últimas horas.

Capítulo 74

—¡Quieto! —Se escuchó una voz que retumbo por las estrechas paredes—. ¿Hacia dónde te diriges?

Renee apareció de forma inesperada, sobresaltando a las dos únicas personas que se encontraban presentes. La situación era muy comprometida, pero aun así la esperanza que sintió el joven astrónomo fue monumental. Martín por su parte, experimentó una irrefrenable sorpresa que no tardaría en convertirse en desdicha.

—Pero tu... ¿Cómo puede ser? —preguntaba Martín con el mayor asombro de sus días—. ¿Cómo puedes estar vivo? Yo mismo acabe contigo. Caíste delante de mis ojos, envuelto en un charco de sangre. Yo nunca fallo en mis ejecuciones.

La mezcla entre ira y asombro, era patente. Martín se encontraba sorprendido y alarmado por la presencia de una de las únicas personas que podría complicarle la vida, pero la cólera que sintió al comprobar que seguía con vida, obcecaba su capacidad de raciocinio, que por aquellas alturas ya era escasa.

—¡Tranquilo! —le dijo Renee, tratando de que cesara en su amenaza sobre David—. Sabemos cómo llegar hasta lo que buscas. David ha resuelto el enigma. Lo ha resuelto por completo.

La oferta de Renee era tentadora. Era lo que Martín anhelaba escuchar y el motivo por el que elaborar tan enrevesado plan. Quizá estuviera por fin al alcance de la mano.

—Demasiado fácil y tentador. ¿Es una trampa? —dijo Martín.

—¿Qué tienes que perder? —respondió Renee.

Sus miradas se cruzaron, con la dificultad que ofrecía tan escasa luz en aquella cochambrosa y lúgubre estancia.

—Te aseguro que nada de lo que me importe desprenderme —afirmó posando sus ojos en David—. Todavía tengo a tu amiguita Sarah. ¿Recuerdas?

Una exacerbada vigorosidad, recorrió los músculos de David, haciéndole sentir una fuerza nunca ejercida con anterioridad. Al escuchar eso quiso alzarse grácilmente para enfrentarse a la persona que tanto le engañara con el paso de los años y que ahora amenazaba la vida de la persona más importante que conservaba. Pero su intento quedó frustrado ante la reafirmación de Martín en apuntar con su arma sobre su cabeza, con mayor firmeza si cabe que antes.

—¡¡No!! —gritó Renee.

Martín se mostraba sorprendido por el arranque de valentía de su reservado amigo, pues nunca le había visto tan encolerizado como en esa situación.

—Por fin has encontrado tu coraje. Muy bien David. Pero ahora más vale que te mantengas alejado.

Aquella afirmación con tono tan sarcástico, fue acompañado de un golpe seco sobre su rostro haciéndole retroceder un par de pasos, doliéndose y apartándose la sangre que desprendía de la boca. Renee observaba con atención la escena, tratando de refrenar su instinto, pues el bienestar de ambos y del resto de la gente, pasaba por mantener la calma para que ese escabroso hombre no acabara con sus vidas. Al menos no antes de tiempo.

—Hemos entendido perfectamente tu amenaza —dijo Renee—. Si te engañamos todos acabaremos muertos sin remedio. ¿Podemos comenzar ya? El tiempo apremia. ¡Y no nos sobra precisamente! —terminó diciendo en voz baja.

—Contadme todo primero. ¿Qué dice el enigma de la Dra. Simmons? ¿Dónde guardó esa maldita el libro?

David se irguió, aun dolorido, para comenzar a explicar resumidamente la traducción e interpretación definitiva de los documentos que había tratado de descifrar junto a él.

—La traducción de los papeles —comenzó David— hablaban de la Cruz cósmica del 11-8-1999. “XICRUZVIIICÓSMICAMCMXCIX”. Esta hace alusión a una profecía maya, lo que indicaba la implicación de tu secuaz, el “quita corazones”. Tan fácil de entender como a su vez fue predicha por Nostradamus, descubierto por el desenscriptado del Dr. De Janeya.

«“NOSTRADAMUSCENXCUARXXXIV” “NOSTRADAMUSCENXCUARLXXII”.»

David mantenía el ritmo de su explicación, mientras se encaminaban por la misma ruta que Renee había dejado atrás por alcanzar la posición de David.

—Nostradamus —prosiguió— escribió unos poemas, los cuales daban a entender una especie de premoniciones. Los enunciados descryptados hablan de dos de esos específicamente. El significado de ellos nos ha llevado aquí. Ambos poemas dan a entender que Kabil ha colocado algo de extremado riesgo y tiene que ver con toda esta teoría. Los papeles de Danielle es lo que dan a entender y ella era quien sabía perfectamente la localización, aunque los poemas creían que algo siniestro recaería sobre la ciudad.

—¿Piensas que no lo sé? —le interrumpió Martín.

Renee se mostró sorprendido ante su contestación. Lo último que pensaba es que pudiera ser consciente de la existencia de la bomba, aunque conociendo su oscuro espíritu, podría esperarse diversos finales. Incluso que él fuera parte fundamental de su existencia. Pero aun así, debería mantener el papel que estaba creando para saber hasta dónde llegaban sus conocimientos.

—¿Cómo puedes saberlo? Tú no tienes los mensajes de Danielle para poder conocer su existencia. ¿Acaso eres cómplice? —comenzó a inculparle Renee.

—Eres un estúpido y siempre lo serás —le dijo él—. Yo siempre he sido la cabeza pensante de la organización. Yo conozco todos los planes desde el principio. ¿Crees que me importa lo que le pase a esta sucia ciudad?

Las palabras de Martín, mostraban la gran mentira que estaba contando. Hacia escasas horas que Kabil le había revelado sus planes y acongojado por su reacción, huyó con el rabo entre las piernas. Escondiéndose como una cobarde rata en la cloaca, para emerger cuando la situación fuera más ventajosa.

David se sentía asqueado por ver en lo que se había convertido. No sentía desazón ni desilusión. Solo pretendía dejar de perder el tiempo y tratar de llegar cuanto antes para impedir la detonación, por lo que continuó con su explicación.

—La clave ha resultado ser “ELSECRETOESTAENCOPERNICO”. ¿Eres capaz de verlo? El secreto está en Copérnico. El manuscrito que han anunciado como robado de la galería en la que se encontraba en la ciudad de Guadalajara en México, fue robado hace días. ¿Esto te parece una mayor coincidencia? Un libro que desaparece de México y uno de los mayores criminales que abandona la ciudad.

Su tono era cada vez más arrogante. David estaba mostrando una fuerza interior que se aunaba con la fuerza física de Renee. Pese a estar presos, se sentía fuerte. Conocedor de lo que estaba ocurriendo y motivado para revertir

la situación, además de esperanzado. Quizá no individualmente pero si para un bien mayor.

—La cruz cósmica —continuó— es un hito que tiene que ver con la alineación de planetas. Si el secreto está en Copérnico, también tiene relación con la astronomía. Cuando vimos con anterioridad en el planetario la localización de los distintos planetas como nombres de calles y fuimos a la calle Sol porque la teoría heliocéntrica de Copérnico lo situaba en el centro, realmente estaba equivocado. No se trataba de la calle Sol, sino de una localización que tuviera relación con esa cruz cósmica, con los eclipses de los que creían que hablaba Nostradamus y de las ofrendas otorgadas en la cultura Maya.

—¡La puerta del Sol! —dijo Martín asombrado.

—Esta conclusión la obtuve por Kabil. Su obsesión por la cultura maya me hizo saber que se refería a la puerta al Sol ya que los mayas dan una importancia capital a realizar sus ofrendas al Dios del Sol. ¿Qué camino más rápido que una puerta directa al Sol? Todo esto es lo que nos ha llevado a saber que el tesoro, o el Manuscrito, lo ha escondido Kabil en algún lugar debajo de la puerta del Sol. ¿Las razones? No las sé, te lo aseguro. Pero la evidencia era clarividente. Habría que ser un estúpido engreído y misógino para no abrir los ojos y ver la realidad de quién te ha engañado.

—El siempre se ha comportado como mi vasallo. Ha sido mi peón en toda esta operación —les dijo Martín tratando de transmitir una falsa seguridad.

—Pero entonces. ¿Qué razones existen para que no seas consciente de sus planes? ¿Seguro que puedes fiarte de un hombre así? —reprochaba Renee, tratando de debilitarlo mentalmente para minarle la moral.

Martín empezaba a unir cabos sabiendo que quizá todo lo que le había contado Kabil, fuera una inminente realidad y no pudiera ni escapar el.

—Lo quieras aceptar o no, queda muy poco tiempo para que una bomba arrase la ciudad con todos dentro de ella. Ahora sabemos dónde buscar pero aun necesitamos encontrar la localización exacta, así que si quieres vivir más vale que nos ayudes con lo que sepas —sentenciaba Renee.

Sintiéndose traicionado, comenzaba a comprender que los hechos expuestos, tenían más sentido del que le gustaría. Sin confiar en ellos, no tuvo otro remedio que acceder a ayudarles a investigar los alrededores para encontrar algún tipo de recóndito escondrijo al que él pudiera tener acceso. Siendo consciente de que aun tenía el control, ya que el portaba el arma tras sus espaldas.

Finalmente, con tanta charla, llegaron al punto donde Renee giró sobre sus pasos para dar la vuelta. Se encontraban en una encrucijada, y es que el camino tornaba a su fin. Dos posible soluciones ante ellos. Dos conductos idénticos se situaban frente a ellos, cuyas salidas, en apariencia conducían a zonas muy dispares.

—¿Qué camino? —preguntó Renee con inusitada deferencia.

Martín, por su parte, practicaba con gran habilidad la indiferencia. Cuando no sentía que pudiera sacar algo provechoso, nunca se molestaría en tratar de ayudar o aconsejar. Ese momento era distinto. Frente a él se postraba la posibilidad de encontrar uno de los tesoros más valiosos y únicos que el mundo conservaba. Sus contactos serían capaces de venderlo en el mercado negro, sin que llegara a oídos judiciales. Una reliquia de esa magnitud nunca pasaría desapercibida, pero para él no sería un problema.

—¿Sabes por dónde seguir? —preguntaba David tratando de dejar en entredicho sus conocimientos.

—Por supuesto —contestó—. Por la derecha llegaremos a la galería.

El pequeño grupo necesitaba encontrar algún tipo de habitación, pudiendo haber sido construida o habilitada como cámara secreta. Este tipo de construcción se utiliza a menudo para salvaguardar importantes bienes de personas poderosas, así que era más que probable que esta opción se llevara a cabo en este particular caso.

Después de andar escasos veinte metros por el angosto conducto, donde la falta de oxígeno era más pronunciada aun, llegaron a una galería tenuemente iluminada por sucios candiles.

David y Renee se mostraban asombrados. Ante sí tenían una galería perfectamente habilitada. David sentía curiosidad por conocer si la suerte o el conocimiento de su existencia, eran los artífices de la preparación para tal ocasión.

—¡Esta galería ha sido acondicionada por alguien! —aseguraba Renee, como quien es testigo del trabajo.

—¿Cómo puedes saberlo? —le dijo David extrañado de su seguridad.

—Observa esos candiles.

—Parecen llevar toda una vida usándose por el mal estado en el que se encuentran.

—Fíjate bien. No mires. ¡Observa!

La curiosidad de David hacían que las misteriosa palabra de Renee, le incitaran a comprobar lo que sus ojos no eran capaces de ver. Al acercarse,

agarro una de aquellas pequeñas lámparas, sin evitar exclamar la sorpresa que evidenciaba.

—¡Es polvo! Solo es suciedad —decía el joven—. Están perfectamente nuevos. Únicamente sucios.

David y Renee compartían viaje por los recónditos espacios, tratando buscar pistas que saltaran de la evidencia. Por su parte, Martín encontró la frustración. Esa misma galería era donde se había encontrado con Kabil. Ahí conocía la existencia de una habitación donde se encontraba Sarah, comenzando a recordar la misteriosa frase de Kabil antes de su huida. Al indicarles el camino, llegó a pensar que había errado en su elección, pues ciertamente la había realizado sin conocer el destino al que conduciría.

—Aquí no se esconde nada. No es la primera vez que accedo a este lugar. De hecho, mis hombres construyeron unas especies de galerías secundarias para posibles huidas si fuese necesario —explicó Martín.

—¿Quieres decir que existen escondites?. ¿Kabil lo sabía? —preguntó con interés Renee.

—¡Claro que lo sabía! En parte, fue idea suya.

David comprendió enseguida, lo que Martín era incapaz. No importaba cuan delante lo tuviera, pues su obcecación por la reliquia y el dinero, le hacía avanzar con los ojos vendados.

—Si en parte ha sido idea suya, quiere decir que necesitaba esos escondrijos para ocultar algo de gran relevancia. ¿Para esconder el artefacto? ¡Maldita sea, dinos dónde están esos accesos!

Martín enmudeció y solamente se limitaba a encogerse de hombros. Como quien no entiende sobre que le están hablando o no estuviera por la labor de conceder tal reclamo. Por su parte, David decidió una opción más salomónica, comenzando a divisar las paredes. Las palpaba con gran cuidado pero con firmeza. Cuando entre tanta oscuridad y desatino, fue capaz de distinguir algo que sobresalía de la pared.

—¡Quizá esté ahí! —opinó Renee.

David mantenía su mirada fija en aquellas extrañas figuras, similares a los jeroglíficos egipcios, pero sin ser capaz de discernir adecuadamente. Observaba por encima el resto de la galería, pensando en porque habría tal marca junto a un posible acceso.

Martín callaba más de lo que sabía y eso no les ayudaba en nada, pues era consciente de que la conversación que había tenido con Kabil, había revelado valiosas anécdotas. No paraba de darle vueltas a la existencia del jeroglífico, mientras Renee no dudaba en acercarse a la entrada, seguro de que era el

mejor momento de no pensar tanto en cómo actuar, pues el tiempo apremiaba, y si de actuar con decisión.

—¡¡¡¡¡No!!!!!! ¡¡Espera Renee!! —le gritó David que se encontraba a escasos dos metros detrás.

Sin percatarse del grito de David, centrado en su seguridad, Renee tocó uno de los salientes de la pared, provocando un fuerte chasquido que indicaba que una enorme losa de hormigón se movía de la pared.

—¡Lo ves! Tranquilo, vamos a acabar con es...

Un poderoso estruendo interrumpió la frase de Renee, que fue impulsado violentamente hacia atrás. Una explosión tras la puerta hizo su aparición, provocando que los tres presentes saltaran al suelo debido al impulso. Renee fue quien salió disparado con mayor brusquedad, pues era quien más cerca se encontraba de la amenaza. Se golpeo con la pared que se encontraba unos tres metros a su espalda, mientras David y Martín sufrían un similar destino.

Su instinto había traicionado a Renee y ahora todos estaban tirados en el suelo, sufriendo sus fatales consecuencias. Sin movilidad.

Capítulo 75

Escasos dos segundos después de que Renee abriera la puerta, a casi catorce kilómetros de distancia, se producía una inesperada y potente explosión en uno de los lugares donde mayor devastación podría ocasionar en aquel preciso horario.

La salida del metro de la Terminal cuatro del aeropuerto Adolfo Suarez-Barajas, se encontraba repentinamente devastada. La desolación se volvía patente por la gran cantidad de escombros y destrozados que asolaban sus galerías y túneles. Las llamas enaltecían la sensación de caos que inundaba la zona. La explosión resultó de tal calibre, que parte de la terminal se vio afectada por la potente explosión, ocasionando numerosos daños materiales y humanos. Los accesos a los túneles o cualquier planta inferior, se encontraban totalmente anegados por la destrucción. La nube de humo comenzaba a hacerse notoria, mientras los supervivientes que se encontraban en la terminal, comenzaban a abandonarla alarmados y presos del pánico. Personas inmóviles por los suelos, ataques de pánico generalizados, decenas de personas corriendo sin rumbo claro. La confusión era rotunda, y el sentimiento de miedo para aquellos que trataban de huir con urgencia era creciente, por temor al desconocimiento de tal suceso y a que pudiera volver a ocasionarse.

Decenas de aviones se encontraban a escasos metros y si solo uno se viera afectado por un suceso similar, la reacción en cadena podría resultar letal para todo el complejo y los alrededores. El resto de la ciudad y sobre todo donde se albergaba toda la aglomeración, se mantenía totalmente ajena a tal desgracia. Un simple temblor, acompañado de un pequeño estruendo, solo hizo distraerse de su fijación a pocas personas, mientras la inmensa mayoría seguía centrada en su alegre celebración.

Escasos minutos cesaban de una nueva entrada de año y la expectación era máxima. Solo había cabida para atender la cuenta atrás del reloj hasta la terminación de las doce campanadas. Los ruidos resultarían habituales, pues las celebraciones importantes, en multitud de ocasiones van acompañadas de

fuegos artificiales, músicas y algarabías. Por el momento, pasando desapercibidas.

Capítulo 76

Los tres cuerpos se mantenían inertes sobre el sucio suelo. No existía posibilidad de comprobar la existencia de vida en ellos, pues ninguno de los tres olvidaba su forzoso letargo.

La entrada quedó fulgurantemente anegada a cualquier intención de acceso. Pilas de escombros y rocas inundaban el túnel que segundos atrás tenían intención de perpetrar por varios kilómetros. Las llamaradas se consumían por la falta de oxígeno y la cantidad de tierra que convertían el túnel en una impenetrable fortaleza derruida. La puerta quedaba totalmente devastada, provocando el esparcimiento de sus materiales por los alrededores de aquellos tres cuerpos. Resultaba paradójico que una detonación de tales magnitudes, ocasionara una explosión tan potente en un foco de la ciudad tan distante de donde se había producido la causa. Únicamente una escrupulosa preparación sería capaz de ocasionar dicho impacto en un punto específico de la capital.

El panorama no resultaba halagüeño para sus víctimas pues continuaban recostado en el suelo, sin aparente intención de alzar sus cuerpos. El brazo de Renee sangraba notablemente, esta vez sí, sin que ningún vendaje fuera capaz de frenar una herida que volvía a abrirse por completo. David y Martin no habían sido lanzados de forma tan virulenta, ya que se encontraban más alejados de la puerta que Renee. Aun así, se apreciaban cortes y magulladuras valoradas pese a estar inundados por una cantidad indescriptible de polvo.

Finalmente uno de ellos comenzó a erguirse muy lentamente. Las muestras de dolor eran evidentes, lo que hacía que dificultara su posición entre el suelo y la estabilidad de sus maltrechas piernas. La chaqueta de cuero y el pelo castaño, era lo primero que acertaba a discernir.

—¡Dios santo! ¿Qué ha sido eso?

Era la voz de Martín la primera que se escuchaba, recuperándose con los claros signos de un atormentado suceso. Una vez capaz de mantenerse en pie, lo primero que hizo fue acercarse hasta la posición de David. Posó sus dedos anular y corazón sobre su cuello, con la esperanza de encontrar sus constantes

vitales, pues ya se había dado cuenta que necesitaba su colaboración para poder escapar de su reclusión con su preciado beneficio.

La tensión se palpaba en Martín, que trataba de acertar en la zona correcta donde sentir el trascurso de vida, pues sus manos aun temblaban a causa de la explosión. Uno de sus oídos desprendía sangre y su capacidad auditiva se volvió dificultosa.

—¡Sigue con vida!

Tras el alivio inicial, comenzó a golpear su rostro, tratando de que volviera en sí.

—¡Vamos! ¡Despierta!

Por más que lo intentaba, no era capaz de hacerlo reaccionar, por lo que desistió provisionalmente para aproximarse al otro cuerpo que continuaba inconsciente. Este lo miraba con desprecio. No se molestaba en comprobar si continuaba con vida, ya que a su parecer no le proporcionaba ninguna necesidad que estuviera vivo. De hecho tenía la situación perfecta. Si lo mataba, David no podría sospechar que había sido por su culpa. Ellos dos eran los que más lejos se encontraban de la explosión, pero a Renee lo cogió de lleno. Quizá no hubiera sobrevivido, pero resultaba imprescindible asegurarse que no se volvería a levantar.

Alzó su pistola en dirección a la espalda de Renee, cuando advirtió con mayor atención que se movía despacio. Eso significaba que el aire entraba en sus pulmones, aunque no había recuperado la consciencia.

—Mejor quitarlo de en medio. Un problema menos —decía.

Preparado para apretar el gatillo, una oportuna ojeada le hizo declinar tal opción. Echó la vista a su espalda, viendo como David se incorporaba y quedaba con dificultad sentado. Martín se apresuró a guardar el arma, pues ya no podía perpetrar la acción. Sería una inconsciencia llevarlo a cabo, podría provocar que David se negara a hacer lo necesario para sacarlo de allí. No tenía prisa pues podría hacerlo más adelante.

—¿Qué ha pasado? —preguntó David, aun atolondrado por las repercusiones de la explosión.

Aun no era capaz de incorporarse, por lo que echaría un vistazo a su alrededor. Vio como Martín era el único de los tres que se mantenía en pie, estando Renee a pocos metros de distancia, tirado en el suelo con el simple movimiento de la espalda, consecuencia de la inspiración y espiración de aire. Martín comprobó como una oportunidad yacía en ese momento. Más aun cuando David comenzó a incorporarse, comprobando que Renee finalmente mostraba signos de consciencia.

—Renee, ¿estás bien? —le preguntaba tratando de acercarse hasta su posición.

—Si... —contestó escuetamente.

Se encontraba muy dolorido por el impacto recibido. Había sido sacudido frontalmente por una fuerza más grande que la colisión recibida sobre el costado cuando cayó al suelo con violencia. Aun así, se sentía afortunado de que la primera voz que escuchaba era la de David, sabiendo de su bienestar. No habría soportado mentalmente ser el culpable de su desgracia, a causa de una mala decisión propia. En ese momento odiaba su parte impulsiva y le hubiera gustado poseer la racionalidad del chico astuto que tenía delante.

—¡Debemos ponernos en marcha! —dijo Renee con dificultad para moverse.

El tiempo apremiaba, y ahora que sabían lo que les podía suceder si investigaban donde no debían, quizá no tendrían la misma suerte que ahora de seguir con vida.

—¿Y ahora como haremos para saber dónde entrar o por dónde buscar sin que suceda lo mismo? —preguntaron.

—Existiría algún tipo de marca, —contestó David— donde se comprobara la ofrenda a otorgar. No podemos cometer errores.

Una sutil música brotó repentina desde los bolsillos de David. Después de que retumbara enérgicamente entre las paredes del vehículo, decidió reducir su capacidad de sonido. ¿Quién sabría dónde podría sonar la próxima vez?

—¡¡No!! ¿Qué haces? —dijo airadamente Martín, tratando de amedrentarle con la posición de su arma.

—¡Solo iba a comprobar quién llamaba!

—¡Cállate! Y continua con lo tuyo —le cortó groseramente.

Un intenso escalofrió erizó cada bello de su morena piel. Se apresuró a mostrar el tiempo a David, que aceleró su marcha entre latentes muestras de temor.

Sin esperarlo, sus manos palparon un saliente de la pared derecha.

—¡Luz! —pidió con urgencia.

Acudió a limpiarlo para quitar los restos de suciedad y polvo que perduraban e impedían su visión. Con la llegada de una mejor iluminación, pudo comprobar que se trataba de un relieve formado sobre el muro.



“u pak’ah tzen chaak ajawlel”

Cuando discernió de qué se trataba, quedó sorprendido.

—¿Qué es esto? —dijo David con gran enigma.

David volvió a escuchar el sonido del teléfono. Se apresuró a volver a buscarlo, sin atender a las amenazas de Martín.

—¡Te he dicho que no hagas eso! —le gritaba.

David sintió un gran alivio cuando contempló el autor de la llamada entrante. El Comisario Cuevas volvía a ponerse en contacto con él, después de varios minutos desaparecido.

—Tenemos un colaborador que es un experto en la cultura maya. El nos puede ayudar a entender los símbolos y palabras que hay aquí. Así que deja de apuntarme con el arma porque voy a coger el teléfono y si pretendes salir vivo tú también, dejaras que lo haga —increpó David con gran decisión.

Era improbable obtener pruebas fehacientes de que a la otra línea pudieran otorgar información clarividente, pero lo que parecía seguro, es que por ellos mismos nunca llegarían a nada en tan poco tiempo disponible. Por su parte, Renee mantenía una actitud distante y secundaria. Se apresuró a mirar el reloj de su muñeca, que proseguía su incontrolada marcha atrás.

00:29:45

El teléfono no cesaba de sonar con un liviano sonido, caracterizado por una conocida canción actual, que agotaba sensorialmente a todos los presentes. Su eco provocaba una estridente noción sensoria en su recóndita situación. Su liviana luz, consecuencia de su activación, cada vez estaba más cerca de la cara de un David tan decidido, que no expresaba temer las represalias por su acción. Su pulso era firme y su determinación contundente. Martín apuntaba al cuerpo de David, cada vez más nervioso al comprobar que este no claudicaba ante sus exigencias. No quería ser testigo de hasta donde sería capaz de llegar su desobediencia, pero tampoco quería dañarle pues necesitaba de su colaboración en aquel momento tan enrevesado.

—¡No me obligues! ¡Hazme caso! ¡Tienes que obedecer maldito cobarde!

Martín estaba histérico. La mano le temblaba producto de su ira incontrolada. Una situación que no beneficiaba en nada a quienes amenazaba. Aun necesitando de su colaboración, se encontraba en un estado en el que no era capaz de controlar sus propios impulsos. Agarró fuerte el arma, posando su dedo sobre el gatillo con mayor firmeza. Escasos milímetros separaban a David de una muerte segura, y pese a ello continuaba con su propósito.

—¿Comisario?

Finalmente llevo a cabo lo que se le antojaba lo más adecuado, pese a la insistente negación de su enemigo.

Martín, encolerizado, cuyos ojos inyectados en sangre solo eran capaces de centrarse en aquella persona que no había osado a desobedecer sus órdenes. Aquel que le plantaba cara con sus decisiones y sobre todo siendo una de las personas más cobardes que había conocido, ahora se convertía en una persona decidida pese al peligro que corría. No era capaz de pensar con serenidad. Solo quería darle una lección a quien osaba usurpar su estatus de líder. De tal modo que casi de manera inconsciente y producto de la rabia contenida, el dedo de Martín terminó por apretar el gatillo, con la suficiente fuerza como para activar el pulsador del arma.

Los peores miedos de David se hicieron reales. Un aterrador estallido tan potente como un trueno, indicaba que su vulnerable físico estaba expuesto a dicho proyectil. La oscuridad se cernió sobre él. No veía. No sentía. Solo aguardaba.

Capítulo 77

Martín accionó el gatillo. Ya no había vuelta atrás. El cañón del arma apuntaba fijamente al cuerpo de David y como el siempre alardeaba, nunca fallaba.

Renee había sobrevivido en la casa del Dr. De Janeya, gracias a su estrategia con el chaleco antibalas, pues conocía su modo de actuación. Pero David se encontraba desnudo ante tan mortífero artefacto. Se erguía indefenso tratando de articular unas segundas palabras al Comisario Cuevas, que esperaba ansioso desde el otro lado del teléfono, pero la situación se torno contraria para ello.

Como si de una cámara ralentizaba a un fotograma por segundo, David se había percatado del ruido provocado la activación del pulsador durante una fracción de segundo. No tenía tiempo para razonar el suceso, pero un irrefrenable miedo atravesaba todo su cortex. No se sentía preparado para abandonar el mundo. Menos de esa manera. Menos en aquel lugar.

Estaba paralizado, esperando que le atravesara mortalmente el inevitable y letal impacto. Su única reacción fue la de cerrar los ojos previamente a escuchar el siniestro chirrido del arma, encomendándose a Dios y solo esperando a que sucediera lo inevitable.

«¡Dios mío, ayúdame!»

David continuaba con los ojos cerrados, escuchando el posterior sonoro silencio que provocaba un disparo en un ambiente tan cerrado.

«...»

La confusión se apoderaba del joven mientras pensaba lo extraño que le resultaba no haber sentido ningún daño aun. No se decidía a abrir los ojos por el miedo, aunque poco a poco los fue entornando al comenzar a escuchar un quejido ahogado. Vio como Martín y Renee se encontraban tendidos en el suelo, mientras este último se levantaba antes, con el arma que segundos atrás le amenazaba la vida, hostigando en esa ocasión a su antiguo portador.

—¿Qué ha pasado? —preguntaría un sorprendido David, mientras trataba de averiguar su estado.

Renee avanzó sigilosamente, mientras la perturbación de Martín y su carencia de atender sonidos, no le dejaban comprobar más allá de su arma y su objetivo. Con cautela y como un espectro refugiándose en la sombra, se aproximó lo suficiente hasta la posición de Martín. Situado lo suficientemente cercano, se ayudó con un fuerte impulso de sus piernas, cayendo sobre el cuerpo de Martín y evitando justo a tiempo que la bala se introdujera en el cuerpo de David. Ambos cayeron y fue cuando aprovechó su mayor fuerza física para revertir la situación que les asolaba.

—¡No hay tiempo! ¡¡¡Comunícate con el Comisario!!!

Capítulo 78

El manos libres continuaba permanentemente encendido sobre la mesa del *jet* privado, hasta que por fin escuchó una respuesta al otro lado.

El Comisario Cuevas se mostraba desesperado al no parar de escuchar toda la trifulca protagonizada por aquellos a quien intentaba ayudar, pero sin volver a recibir respuesta alguna por parte del joven. Fue en ese momento cuando su estado de nervatura, volvió a acelerarse. Agarró el teléfono y comenzó a dar vueltas por todo el avión, tratando de volver a recuperar la comunicación.

Siempre que el Comisario Cuevas se mostraba nervioso o ansioso por alguna causa, tenía la imperiosa necesidad de caminar sin parar. Sin importar donde estuviera o quien estuviera delante, su estado de inquietud provocaba aquel compulsivo acto, impidiéndole poder mantenerse quieto. No hablaba con nadie. Se mantenía recluso en su pompa, mientras el mundo giraba sin cesar, sin importar lo que pudiera ocurrir lejos de sus pensamientos. Aquel momento era de máximo estrés, y psicológicamente lo estaba pagando.

Aunque con dificultad, estaba siendo testigo de cada hecho llevado a cabo en aquel lugar. Lo más inquietante fue el sonido vacío de un disparo que dejaban paso a unos desconcertantes quejidos, cuyas voces portadoras resultaban intrigantemente conocidas.

—¡Maldita sea! Que conteste alguien de una vez...

El avión al completo, incluidos los pilotos que se mantenían con la cabina abierta, estaban en tensión al ser testigos de la desesperación que acompañaba el diálogo telefónico de su jefe. Su nivel de decibelios, recordaba a las mayores reprimendas que les pudiera haber reprochado en estos cortos años a su servicio.

Pese a no ser culpables, la escasa tripulación se mantenía con cierta cautela a la hora de acercarse a aquel enajenado hombre. No querían ser víctimas indirectas de su ira. Sobre todo su inseparable ayudante, que se mantenía a cierta distancia prudencial.

—¿Comisario? —Se volvió a escuchar al otro lado.

El comisario Cuevas alzo ávidamente el teléfono, comenzando a hablar tan rápido que casi no articulaba palabra correcta.

—¡¡David!! —Se entendió por primera vez.

La serenidad por fin recorría sus venas, notando el alivio que le embargaba escuchar el timbre de voz del inexperto y talentoso astrónomo.

—¿Se encuentran bien? —preguntó con simple compromiso social el Comisario.

—Si —dijo este escuetamente.

—¿Qué ha sucedido? —volvió a preguntar.

—Hemos sufrido el ataque de alguna forma de explosivo al tratar de adentrarnos en una de las cámaras. Pensábamos que ahí estaría la bomba pero nos ha explotado una literalmente encima. Comisario, no tenemos tiempo que perder. Le mando unas imágenes para que nos revele su significado. Suponemos que sabrá interpretar esta especie de jeroglíficos.

El Comisario Cuevas no podía sentirse más decidido. Evitaba improductivos comentarios sobre el estado de los damnificados, para en contraposición no perder un ápice del valioso tiempo que les restaba. El atrevimiento del joven, sumada a la agresividad y audacia de Renee, los convertían en un improvisado pero más que aceptable tándem.

—¡Seríais bien recibidos en el cuerpo!

Era obvia su predilección por contar con sus mejores y más experimentados hombres para dicha tesitura, y no obstante podía sentirse aliviado de encontrarse en dicha coyuntura con Kabil fuera del camino y la búsqueda de la bomba en auge.

«Recibiendo mensaje»

Ni una décima de segundo tardaría en aparecer el aviso sobre su pantalla de cinco pulgadas. Su magnífica conexión le permitía recibir grandes cantidades de archivos en tiempo reducido.

—Es algo que hemos encontrado justo antes de la entrada a una especie de acceso escondido —comentaba David.

«Descarga completada»



u pak'ah tzen chaak ajawlel

Una desconcertante imagen se mostraba ante sus ojos. Aquellos cuatro garabatos, que podían parecer dibujados por cualquiera, tenían un específico significado junto con el enunciado que los acompañaba. Y el Comisario lo sabía.

—Es un tipo de comunicación de la lengua maya —dijo—. Se conoce más exactamente como “logográfica” y comenzó a utilizarse desde el tercer siglo a. C.

—¿Logográfica? —preguntó dubitativo David.

—Si. Quiere decir que aúnan la comunicación del logograma con la silábica. La expresión hablada a través de los dibujos. Similares a los jeroglíficos egipcios, aunque sin tener ninguna relación entre ellos.

El comisario Cuevas continuaba observando las cuatro imágenes, a las cuales les faltaba un poco más de nitidez, pero que a pesar de ello por suerte se distinguían con suficiencia.

—Las imágenes que pueden ver son llamadas “glifos”, —continuó el comisario— y eran talladas en madera o piedras y pintadas en cerámica o muros. Cada glifo puede representar una palabra o una sílaba, pudiendo llegar a tener el mismo significado. El desciframiento se consideró como un proceso largo y laborioso para los investigadores, recuperado a partir del s. XIX, cuando fue perdido desde el S. XVI.

—¿Pero eres capaz de saber qué significa? —preguntaba Renee.

Poco o nada le importaba toda la explicación del Comisario. Aunque David escuchaba con atención, pues era incapaz de despreciar una buena oportunidad para adquirir flamantes conocimientos frescos, Renee trataba de concentrarse en lo realmente importante en aquel momento, instando a todo el mundo a hacer lo mismo.

—¡La verdad es que no! Es un lenguaje muy complicado para aprender a descifrarlo. Llevaría varios años de arduo aprendizaje el conseguir descifrar estos símbolos logográficos...

La desilusión por la noticia, se hizo patente con un incómodo silencio al otro lado de la línea. Resultó inesperada la confesión sobre su imposibilidad de interpretación.

—¡... pero si se traducir las palabras que los acompañan! —terminó por sentenciar con mayor vigorosidad.

—¡Rápido! Apenas queda tiempo —reclamaba Renee, que no quería juegos sino acción.

«“u pak’ah tzen chaak ajawlel”»

—“El dios de la lluvia Chaak, el gobernante, planta el alimento” — tradujo.

El mismo comisario, quien lo había traducido con pasmosa facilidad gracias a sus largos años de estudio, se mostró sobrecogido por la literalidad de sus términos. Personalmente trataba de encontrar el sentido a dichas palabras y el motivo de su existencia junto a los glifos. La conclusión a la que acertaría a llegar sería que ni el propio Kabil sabía traducir dichos glifos, por lo que necesitaba incorporar el significado en lengua maya junto a los mismos para recordar su significado. Esto querría decir que dependiendo de lo que quisieran decir cada uno, su ubicación junto al acceso depararía algo sobrecogedor. Todo esto, aventurándose a reconocer la autoría y su correcta interpretación.

—¿Estas marcas las encontrasteis junto a una entrada? —preguntó—. ¿Sabéis de la existencia de más?

Una ligera pausa se hizo eco entre los perjudicados a una espera insoportable. El comisario Cuevas estaba cansado de estar realizando tan laboriosa acción por teléfono, sobre todo cuando las esperas se hacían interminables, escuchando los sibilinos comentarios que se realizaban entre ellos, sin ser capaz de distinguir lo que hablaban.

—¡Si existen más! —Se escuchó por fin.

Era la voz de Martín la que se dejó oír. Parecía que había comprendido la realidad de la situación y que comenzaría a colaborar, contando todo lo que sabía.

—Lo que Kabil me dijo, —comenzó a hablar el desleal profesor— fue que debía observar la existencia de las puertas. Me señaló las mismas figuras que habéis estado observando tanto, y no soy capaz de olvidar cada una de las palabras que me dijo. “Los dioses se han unido, aunando su grandilocuente poder para proporcionarme la suficiente energía y en *post* de llevar a cabo su misión terrenal. Si cortas una de las cinco uniones, una maldición caerá sobre quien perpetra dicho vínculo sagrado.”

—¡Cinco uniones! —repetía el comisario—. Una maldición caerá para quien lo perpetre...

La confusión del experto en cultura maya, era notable. Lamentaba tener que descifrar tantos enigmas a ciegas, pues solamente valiéndose de las palabras provenientes de unos desconocidos, no era suficiente para llevar a cabo un adecuado juicio de valor.

—¡David! Necesito que seas mis ojos. Ahora más que nunca. Dime todo lo que veas de relevancia. Antes me hablaste de algo sobre una puerta a la que

accedisteis, ¿cierto?

—Si —se escuchó con claridad—. Encontramos esas imágenes justo en una especie de puerta. Cuando la abrimos, con demasiada facilidad, algún tipo de explosivo detonó. ¡Hemos sobrevivido de milagro!

—Necesito que supervisen toda la estancia en busca de más de esas puertas. Deberían existir cuatro más con esos glifos y escritura maya. Pero no se le ocurra tocar nada. ¡Dese prisa! —apremió el Comisario.

David comenzó a explorar con ahínco toda aquella galería. Sus inundadas manos por la mugre estancada, las embadurnaba a causa de la exhaustiva limpieza que realizaba de las paredes. Procuraba inspeccionar con claridad todo recoveco. Renee se mantenía vigilando concienzudamente a Martín, mientras se sentaba en el suelo apoyándose en una de las paredes, sin dejar de apuntarle con el arma.

En poco tiempo, otro archivo llegaba al teléfono del Comisario.

«Descarga completada»



Och-k'ak'

—¿Sabe que significa Comisario? —preguntaba David.

—Es una expresión para hacer referencia a la entrada del fuego o una definición similar —contesto él.

—¿Entrada de fuego? ¿Sera otra trampa como la anterior? —volvió a preguntar.

—Sin duda. Ese logograma no representa nada halagüeño. La representación de las cinco puertas junto con la amenaza que predice “Si cortas una de las cinco uniones, una maldición caerá sobre quien perpetra dicho vínculo sagrado”, significa que si abris la puerta incorrecta, sucederá lo mismo que os ha ocurrido con la explosión anterior. Ahora imagina si explotara la bomba de gran magnitud... Debemos ser cuidadosos con las decisiones. Hay que olvidarse de ese acceso. ¡Sigue buscando!

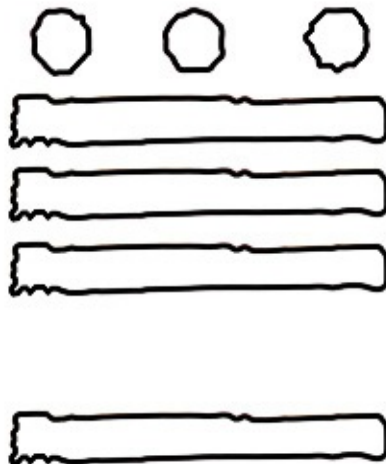
David proseguía registrando la antigua galería, antaño acondicionada para un tránsito de trenes subterráneos que nunca se produjo. El espacio no era exageradamente amplio, lo que colaboró con una búsqueda más rápida.

El comisario se mantenía inquieto, pues faltaban escasos minutos para la catástrofe y David estaba tardando más de lo debido en mandarle las siguientes imágenes. Su ayudante se mantenía de pie a su lado, expectante a que su orgulloso líder fuera capaz de resolver el drama. No era la primera vez que se le encomendaba una misión de semejante dureza, por lo que estaban acostumbrados a su heroica intervención.

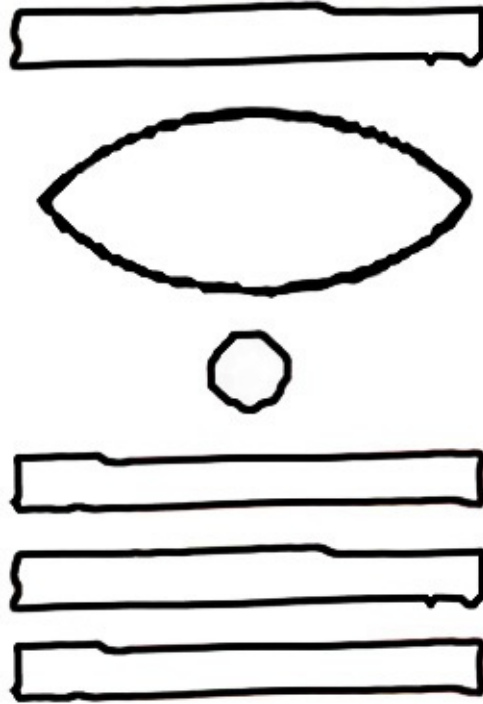
—¡Le envió todas las que he encontrado! —dijo David.

El teléfono se inundaba con tres nuevas y distintas fotografías, las cuales seguían descargándose a velocidad de vértigo.

«Descarga completada»



Ebu. Kinich Ahau



—Esta es la primera imagen donde no aparece inscripción —añadió nada más verla.



El comisario, tenía en su poder las últimas imágenes enviadas por David. Su labor ahora se centraba en analizarlas con avidez.

—De lo que no tengo ninguna duda, es que han sido dibujadas por alguien con no demasiado acierto —comenzó—. Si bien el glifo es correcto, el trazo no pertenece a un virtuoso. Es aberrante su manera de plasmar esta última en particular, pues pese a la vergüenza de su dibujo, es increíblemente curiosa. Se refiere a la “Puerta del Sol de Kalasasaya”. Es probable que fuera construida para la entrada de un gran templo. Se trataba de una pieza tallada en un solo bloque de tres metros de altura por cuatro metros de anchura. En el centro de la estructura, como soberano receptor, se encuentra una figura

humana mirando al horizonte con una gran cabeza cuadrada y rodeada de rayos. Los bordes de su ropaje están adornados con cabezas humanas reducidas. La figura central de la portada está ornamentada como corresponde a una deidad suprema, portando en las manos emblemas de poder. Se ha querido representar en esta imagen al dios Sol, porque su rostro de mirada fija despidió rayos en todas las direcciones, terminados en una cabeza de animal. A ambos lados de esta figura se exponen cuatro columnas representadas en tres filas, dos de las cuales simbolizan seres humanos alados y las otras dos, figuras de aves avanzando hacia la divinidad central para rendirle homenaje. Una manera en la que simbolizaban fenómenos cósmicos. Una representación de tipo calendárico o cronológico, al estilo de los mayas.

—Entonces, ¿ya tenemos nuestra puerta verdad? —dijo su ayudante con precipitación.

—¡¡¡No!!! —contestó enérgicamente el comisario—. ¡Calla de una vez ignorante! Aunque pueda resultar una opción más que lógica, por la denominación de “Puerta del Sol” que es la idéntica representación del lugar donde se encuentran, esta estructura ancestral realmente no era Maya. Pertenece a la época de los Incas. Es una trampa para crear confusión. Cualquiera que conociera o buscara información sobre esto, caería fácilmente.

El comisario Cuevas se mantenía analizando las restantes dos imágenes. Parecía totalmente perdido pasando de una imagen a otra sin cesar. No se detenía en ninguna en particular y su rostro comenzaba a rebosar frustración.

—¡Menos de cinco minutos señor! —le dijo con extremada sutileza su ayudante.

—¡Maldita sea, quieres callarte de una vez y dejarme pensar! —le espetó airadamente—. Soy consciente que no queda apenas tiempo, así que deja de incordiarme.

El cabreo del comisario era desorbitado pues se estaba viendo superado e incapaz de discernir dichas imágenes.

—¡Cinco minutos! —dijo musitando el comisario—. ¡Cinco! Claro que sí. ¡¡¡Cinco!!!

Su actitud varió instantáneamente.

—Papel y lápiz. ¡Rápido! —exigió con celeridad.

—Comisario, ¿ha descubierto algo? —preguntaba David con impaciencia.

—Las últimas dos imágenes que quedan por descifrar, se tratan del sistema matemático maya. Cada uno de los símbolos que aparecen, representa un número distinto por separado, que en conjunto formarían una cifra mayor.

En la primera imagen, cada pequeño círculo de los tres que aparecen, representa un uno y cada rectángulo un cinco. Cuando existe una separación entre figuras aunque sean iguales como en ese caso, la primera figura se multiplica por veinte. Es decir, tendríamos tres rectángulos y tres círculos perfectamente unidos que nos darían como resultado 18. Ese 18 tendríamos que multiplicarlo por 20, pues existe una separación evidente con la siguiente figura, y nos daría un resultado de 360. A 360 le sumamos un rectángulo de cinco, que se encuentra debajo del primer conjunto, perfectamente separada, y el resultado final sería de 365. Una cifra a la que tendríamos que unirle la traducción de la escritura maya que aparece junto a la imagen. “Ebu. Kinich Ahau”, significarían... “Escalera” y “Dios Sol”.

El Comisario Cuevas exponía los resultados de una numerología maya a una velocidad inagotable. Escuchándolo, realizaba simples operaciones numéricas que a oídos ignorantes, resultaban conclusiones irresolubles. No obstante, los oídos ajenos que atendían su explicación, no prestaban especial atención a su proceso sino más bien al resultado del mismo.

—En la siguiente, donde no hay inscripción en lenguaje maya, está compuesta por tres partes visiblemente separadas. El primer rectángulo significaría un valor de 5, que en este caso multiplicaríamos por 20 y su resultado por 20 otra vez. En vez de dos figuras separadas, ahora poseemos tres figuras, por lo que deberíamos realizar dicha operación dos veces. El resultado que obtendríamos sería 2000. El siguiente símbolo que se observa, una especie de círculo ovalado, representaría el número 0. En este caso no sumariamos nada y sencillamente continuaríamos con el siguiente. Por último, tres rectángulos y un círculo darían 16 como resultado. Número que se quedaría como lo tenemos, pues al ser la última figura no habría que realizar operación alguna. El resultado final dependerá de la suma de todos los números obtenidos, siendo este 2016.

Al comisario le dolía la mano de escribir con tanta velocidad, tratando de averiguar lo que se escondía tras esas figuras con rapidez.

—¿Entonces...? —preguntó David—. Tendría más sentido acceder a la puerta donde expone 2016. Ya hemos visto como con los poemas de Nostradamus y el eclipse, todo esto iba a suceder al comienzo del 2016. Debe de ser esa puerta, ¿verdad?

—¡Negativo! —afirmó—. Es la otra opción. 365 son los días del calendario solar. La escalera se refiere a los diferentes escalones que ascendían y descendía las ofrendas para el Dios Sol. En casos como “el templo de Kukulkán” en Chichén Itzá, que fue de los más relevantes y

actualmente una de las siete maravillas del mundo, su templo poseía cuatro tramos de escaleras con 91 escalones en cada uno, que unido a la parte alta, contarían finalmente con 365. Los mismos que días del calendario. ¡Es esa puerta! ¡Seguro!

David estaba incrédulo por la seguridad del Comisario, pero el tiempo se les echaba encima. No podía seguir divagando y tendría que tomar una decisión, por arriesgada que fuese. Deberían fiarse del experto.

Una vez reunieron la suficiente valentía, David se aproximó hasta la recóndita puerta protegida por sus símbolos numéricos y su escritura maya. Con mayor recelo que decisión, comenzó a impulsar una de las clavijas que se encontraba debajo de las imágenes. Al hacerlo, la puerta se torno levemente, pudiendo comprobar que el grosor de la misma, esta vez era mucho menor. Al descubrir su interior, ninguno pudo creer lo que albergaba tras ella...

—¡David! No era esa. Apártate de la puerta. ¡Rápido!

Capítulo 79

—¡Rápido al suelo!

Renee vociferaba todo lo que pudo desde su posición recostada. Al abrirse la puerta y no dilucidar nada con claridad, las sospechas a un nuevo error se cernieron sobre su cabeza. Así, David se impulsó con todas sus energías lo más lejos posible, protegiéndose como pudo de una inminente explosión que no llegaba.

—¡No sucede nada...! —acertó a descubrir un Renee, aliviado por su error de deducción.

David miraba fijamente a Renee, esperando que este le asegurara la ausencia de peligro para poder proseguir con su camino.

—Todo parece estar bien —confirmó.

Cuando consiguió terminar de mover la puerta, encontraron un recóndito hueco oscuro. El agujero era ligeramente más grande que la anchura de sus hombros, lo que les hizo cuestionarse que hacia una puerta tan grande ocultando un acceso tan limitado.

—¡Hay que pasar! —dijo con seguridad David mientras se incorporaba de nuevo.

El estrecho acceso no parecía nada confortable, pero no tenían más remedio que cruzarlo para descubrir hasta donde conduciría.

—¡No pienso pasar por ahí! No seremos capaces —se quejaba Martín.

—Tú harás lo que se te ordene —le increpó Renee.

Los tres se posicionaron ante el disimulado hueco, mientras David se agachaba e intentaba discernir que se avecinaba dentro. No era capaz de ver nada. Solo oscuridad infinita.

—¡Espera aquí hasta que diga que puedes pasar!

Renee se agachó, dándole la pistola a David e instándole a que esperase su señal. Le confió provisionalmente la custodia del infame profesor de Universidad, para ser el primero que investigara hasta donde conducía aquella senda. No quería ninguna desagradable sorpresa como la ya vivida, por lo que sin más preámbulos comenzó a gatear hasta internarse en el angosto agujero.

Su musculoso cuerpo y ancha espalda, provocaba que sus hombros fueran rozando con las paredes de piedra. Avanzaba con máxima cautela posicionando siempre una mano delante de su cabeza, tratando de comprobar si tenía espacio libre frente a él.

—¿Qué es esto?

De repente su mano derecha se topaba con un cuerpo extraño. Irreconocible al tacto. Era duro. Rocoso. Le impedía continuar su marcha. Estaba tan enfrascado en tratar reconocer lo que palpaba, que no se había percatado que su espalda se encontraba liberada. Ya no sentía aquella fricción, por lo que se apresuraría a usar sus manos para tocar las estrechas paredes que le consumían el oxígeno.

—¡No están!

Dichos muros habían desaparecido. Lo que unos metros atrás ofrecía sensación de aplastamiento, de repente se ausentaron para su gozo. Decidió levantarse pausadamente, notando gran dificultad en sus piernas e intentando no golpearse con nada que no alcanzara a ver. Nada. Se irguió con absoluta normalidad. El único muro que aun le impedía el paso era el que tenía delante, más alto de lo imaginable desde abajo. Cuando intentó continuar con su camino, se daría cuenta que a su derecha tenía vía libre para progresar, por lo que sin mayor demora continuaría avanzando en su trayecto.

—¡¡¡Demonios!!! —grito enérgicamente.

Su pie se golpeó con algo extremadamente duro, provocando un atroz aunque pasajero dolor. Era la primera vez que no caminaba con cuidado y terminó pagado el precio. Se agachó para tratar descubrir la causa cuando pudo distinguir pequeños y asimétricos rectángulos, apilados unos encima de otros.

—¿¿Una escalera??

Pensó en una escalera con grandes desniveles en su construcción, pero aun así, comenzó a ascender. Esta vez sí, olvidaría su gracilidad para progresar con lentitud precavida. Efectivamente se trataba de una escalera. La anchura del camino no había aumentado con respecto al anterior hueco. La falta de oxígeno era ya más que evidente. Ya fuera por lo recóndito del lugar o también por los problemas de Renee, su respiración era tan agitada y dificultosa que tuvo que detenerse para poder coger aliento. Aunque cargado, las bocanadas de aire que inspiraba resultaron reconfortantes. Casi sin quererlo, vio como a lo lejos, sobre su cabeza se distinguía una liviana claridad. Quizá producto de su imaginación a causa de la desesperación por

salir de aquella prisión de piedra, pero observaba la diminuta luz que parecía transportarle hasta ella.

Conforme ascendía, se hacía más prominente. Hasta que en los últimos cinco escalones, logró comprobar como una vasta puerta de su misma envergadura, se postraba ante su avance. Realizó un rápido vistazo para comprobar su seguridad y con la mayor celeridad, volvió hacia atrás. No quería dejar a David solo con ese asesino más tiempo del necesario. Ahora podrían examinar que se escondía en aquella misteriosa habitación. Su experiencia le decía que algo importante se ocultaría en esas paredes, pues nadie se molestaría en llevar a cabo un trabajo tan laborioso para no esconder nada en un lugar tan recóndito. Parecía estar claro que el lugar era seguro en su acceso, pero quedaba la duda sobre que le depararía.

«¿Estará el manuscrito ahí? ¿Estará la bomba?»

—Renee, ¿eres tú?

Mientras no dejaba de volar su cabeza, la voz de David se escuchaba con un fuerte eco.

—Si. Soy yo. Que pase Martín primero y una vez llegue te haré una señal para que pases tú.

Sin percatarse, había bajado todos los escalones y se posicionaba en el pequeño espacio que proporcionaba una incómoda separación entre el diminuto acceso con las escaleras.

—¡Vamos pasa! —Se escuchaba con dificultad desde el otro lado.

Martín volvía a hacer honor a sus reticencias a seguir las directrices marcadas. Sin encontrarse presente, podría estar seguro. Conociéndole así actuaría.

—Juro que si tengo que dispararte lo hare —se escuchaba de nuevo.

Tras eso, Renee comenzó a oír como empezaba a escucharse un activo movimiento por el estrecho acceso.

—¡Espero que seas tú! —dijo en voz alta.

Nada más tantear su cabeza, lo agarró de su ropa y lo arrastró hasta situarlo de pie junto a él. Lo inmovilizó con la fuerza de sus brazos, dejándolo aturdido.

—¡Ahora tú, David!

Martín intentaría forcejear tímidamente contra la impetuosa protección de Renee, pero este no le dejaba mover ni el más mínimo músculo que tenía presionados contra la pared.

—¡Por favor, inténtalo! Dame un motivo para que te rompa el cuello ahora.

Las amenazantes palabras de Renee parecían un tímido susurro recorriendo sus tímpanos, pues no deseaba que fueran escuchadas por nadie más que por su receptor. Tenía ante sí la oportunidad de acabar con el de una vez, pero reprimía su irrefrenable deseo por el momento.

—¡Estoy! —dijo David al llegar.

Los ojos de Renee se habían acostumbrado a la penumbra, debido al tiempo que llevaba expuesto a ella, cosa que el resto no podía. Era el único capaz de distinguir livianamente lo que se posaba ante ellos, por lo que sin decir nada le agarró el arma a David y la posaba nuevamente sobre el pecho de Martín.

—¡Delante mía!

Instaba a que comenzara a subir las escaleras. Martín no conocía la existencia de las mismas por lo que cuando comenzó a andar, le sucedió lo mismo que a Renee segundos atrás.

—¡Maldito seas! —soltó bruscamente.

—¡Ah! Y cuidado con las escaleras —dijo Renee mientras se regocijaba en su sátira.

Los tres comenzaban a subir las escaleras con cierta parsimonia, siguiendo el ritmo que marcaba quien iba por delante con el amenazante cañón de un arma sobre su espalda. La menguante luz, se hacía tibiamente más enérgica con cada paso. Terminó por iluminar lo suficiente para comprobar todo lo que se habían adentrado en la mismísima tierra. Cruzaron el umbral que separaba el desconocimiento de la realidad. La verdad sobre la mentira. La muerte o la vida.

Una vez arriba, David miró a Renee con la misma expresión que este poseía cuando apreció la existencia de la puerta. Pareciendo preguntarle si debería abrir la puerta que se postraba ante ellos, clavaba su mirada desconcertante esperando una respuesta.

—¡Adelante!

Totalmente cerrada, agarró el pequeño hueco que sobresalía de la misma y tiró con fuerza de la pestaña de su interior, del mismo tamaño que su mano, hacia sí mismo. Al escuchar un chasquido, se entornó ligeramente como si de una cámara frigorífica se tratara, solo teniendo que emplear su fuerza para desprenderla por completo.

Al abrirse, una bocanada de aire gélido fue desatada desde su interior. Un frío que no soportaron ni por sus largos recorridos callejeros. Sentían adentrarse en una cueva polar, con unas temperaturas glaciales.

—¿Qué es esto?

Un diminuto habitáculo se postraba ante los tres usurpadores del recinto. Una habitación de unos tres metros cuadrados, desprendía un helor salvaje, producto de alguna técnica artificial. Unos ligeros conductos en las esquinas, daban a entender que alguna clase de artefacto se encontraba conectado con la sala. Ateridos, se adentraron con rapidez en la sorprendente sala, cuando justo frente a ellos y tenuemente iluminada, la descubrieron al fin.

—¡Dios santo bendito!

Ninguno podía creerlo. Cualquiera de los tres se mostraba más sorprendido que el otro del horror que visionaban. Una extraña máquina reposaba junto a la pared, solo distinguida por una pobre iluminación.

Delante de ellos, descubrían lo que a simple vista se observaban como tres simples y transparentes urnas de cristal, el doble de grandes que la palma de su mano. En cada recipiente, se almacenaba una extraña piedra cuyo color y posición parecían reflejar diferente relación. Al aproximarse, descubrió que una era de menor tamaño y se posicionaba justo en el centro, escoltada por las otras dos de mayor tamaño.

—¡Una máquina de destrucción! —soltó Renee.

00:07:45

Una colorida cuenta atrás en intenso rojo, se dejaba ver sobre una pequeña pantalla, lustrándose como la aparición de aquel maligno artefacto. Añadiendo la luz de la luna, numerosos focos y luces artificiales del exterior del lugar, preparado para una feliz celebración, hubieran sido más que suficientes si hubieran tenido la fortuna de contar con ellos dentro de su recóndita situación. Sin embargo, debían conformarse con la escasa potencia contada por los focos instalados.

—¡Dios, ayúdanos! —pedía con clemencia un Martín, incluso más sorprendido y asustado que el resto.

Renee no dejaba de observarlo con desconocimiento. Durante su época en los marines, entabló estrecha amistad con uno de los miembros del cuerpo de artificieros, quien le mostró todos sus avanzados conocimientos sobre la fabricación y desactivación de distintas bombas. Su curiosidad le llevaría a investigar los artefactos más modernos que no podía mostrarle. Ahí fue cuando intervino en el desarrollo del sistema de explosivos que utilizaban dentro de la organización.

—¡Estúpido de mí! —se reprochó sin reparos.

Pero ahora de poco valdrían aquellos conocimientos. Algo muy diferente estaba preparado para provocar una posible hecatombe en menos de ocho

minutos.

—¿Qué sucede? —preguntó preocupado David, desconociendo aun la situación.

Renee dudaba. ¿Le contaba la verdad o la ocultaba para mantenerle en una falsa apariencia de serenidad?

—¿Recuerdas las últimas palabras de Kabil? —comenzó Renee con intención de ser totalmente sincero «¡Máquina de destrucción!. ¡Francia!». No sabíamos porque diría eso, ¿verdad? Pensábamos que era una simple alusión a tu país de origen. Pero ahora conozco la respuesta.

Martín se acomodaba sobre el escaso espacio que quedaba libre de aquel suelo de hormigón. Su cara se mostraba desencajada. Pasó varios años conociendo los entresijos de aquella malévola organización, al igual que su modo de actuar.

—Dentro de la organización, contábamos con un sobresaliente químico llamado “Dr. Brazowy”. El Dr. Brazowy de origen polaco, se hizo un experto en armas químicas, detonantes, explosivos, etc. Llevaron a cabo su propio arsenal de elementos químicos, siendo ese el inevitable sello de identificación de la empresa. ¡Menos armas. Mayor dificultad de búsqueda! No importaba el dinero que costara y te aseguro que costaba mucho más hacerse de elementos químicos para usarlos como bombas. King así lo quería y para él, su dinero era rentable.

—¿Químicos? No se trataran de elementos químicos inestables, ¿verdad? —preguntaba David preocupado.

—¿Sabes de que hablo? —contestaba Renee con sorpresa.

—Estoy especializado en Astrofísica, pero no dejo de ser un físico. He estudiado ciertos componentes químicos y soy consciente de que algunos de sus elementos son inestablemente muy peligrosos. Uno de los elementos químicos en estado sólido más inestables y con mayor fuerza de detonación que existe en la tierra, se trata del “Francio”.

La química no era nada que le apasionara a David. Lo consideraba un campo de gran dificultad, y ni en escuela básica fue capaz de sobresalir con grandes calificaciones. Una vez en la facultad, estudiaría ciertas asignaturas con mejores resultados, no solo plasmados en papel sino también en conocimientos. Duro quebradero de cabeza en el pasado, regresando al presente con similares intenciones.

—El Francio, —siguió— en un metal de tipo alcalino, es decir, de los más reactivos que se conocen. Se llama así, en honor al país “Francia”, ya que fue Marguerite Perey, químico francesa, quien lo descubrió en 1939. Contienen

un único electrón de valencia y si se desprende, provocaría una potente explosión.

Renee, que atesoraba conocimientos sobre las ciencias químicas, se perdía en la abundante terminología que desplegaba el joven.

—De forma más sencilla, los elementos químicos están formados por diferentes electrones. Este tipo se engloba dentro de los alcalinos, que son los más reactivos porque si pierden ese único electrón, provocaría una explosión.

—¡Vaya! —dijo inesperadamente Renee—. Recuerdo que el Dr. Brazowy, me hizo una referencia sobre esto. Me decía que imaginara una típica granada de mano. Si esa granada tuviera cincuenta anillas que desprender, sería mucho más difícil que explotara porque tendrías que quitarlas todas, pero si tiene solo una, con solo quitar esa explotaría.

—Una explicación aceptable —añadió David—. Sucede con este tipo de elementos químicos. Bastaría que entrara en contacto con el agua, para que el elemento del H₂O, lo desprendiera de su único electrón, ocasionando una devastadora explosión. ¿Pero cómo va a entrar en contacto con el agua?

—¿Agua? —respondía Renee—. ¡Mira arriba! Nos encontramos dentro de una red de alcantarillado. Rodeados del agua de la ciudad y justamente arriba, vemos el curso de una de las enormes tuberías de esa red. Kabil lo tenía todo preparado y pensado. ¡Ahora lo sé! El tamaño de la piedra que puedes ver encima de las demás, podría ocasionar la destrucción de hasta varios metros a la redonda. La puerta del Sol quedaría irreconocible. Y con ella toda la gente aquí presente. ¡Estamos atrapados dentro de una gran bomba química!

De repente, el cuerpo de Renee se venció como si una losa de hormigón cayera sobre sus hombros. Hincó las rodillas sobre el granulado suelo, sintiendo cada piedra clavándose en la piel que envolvía sus rotulas, provocándole pequeñas contusiones.

—Renee. ¿Qué te pasa? —preguntó angustiado David.

Era la primera vez que David mostraba preocupación sincera por aquel hombre. No debía sentir ninguna aversión hacia él, pues todo lo que creía saber fue una vil artimaña de Martín para ponerlo en su contra. La realidad era que todo el tiempo había puesto en riesgo su propia vida para intentar ayudarlo. Le debía mucho en tan poco tiempo, pese a no comprender bien las razones de por qué lo hacía. El vínculo que les unía, distaba mucho de una relación estrecha, pero en muy corto espacio de tiempo lograría infundirle un profundo respeto.

Renee se terminaba por desmoronar sobre el suelo, ante los impasibles ojos de Martín que se situaba a su lado, disfrutando de la escena. Como podía

y a duras penas, proseguía en su férreo objetivo de mantener la amenazante pistola en su trayectoria, evitando la tentación de una posible huida o una descarga de “*vendetta*” sobre el joven astrónomo. David por su parte, se agachó hasta su posición, tratando averiguar qué problema le acontecía como para perder el equilibrio de una forma tan espontánea.

—¡No! ¡Tranquilo! Estoy bien —trató de tranquilizarle.

Su voz sonaba débil, como a quien le cuesta respirar cada vez que pronuncia palabra. Apoyado sobre la pared, no pudo evitar emitir una profunda y sonora tos que fue acompañada de un pronunciado esputo que lanzó cerca de él.

—Renee...

David no era capaz de terminar de pronunciar las palabras que retenía en la mente. Sus ojos quedaron incrédulos ante la visión de aquel salivazo completamente de color rojo y que ya teñía a tono negruzco. Las flemas que desprendían sus toses, iban igualmente acompañadas de una sangre oscura que se despojaba de su cuerpo.

Terminó por fijarse como sobre su pecho parecía tener pegada una mancha húmeda y pegajosa. Se apresuró a abrir su chaqueta para discernir bien cuál era la causa.

—¡¡No!!

Pese a la negativa de Renee, no cesó en su intención de comprobar que le sucedía. Cuando abrió la chaqueta, comprobó como una gran mancha de un rojo oscuro bañaba todo su torso.

—¡No puede ser! ¡Ahora no!

Cuando se deshizo de la parte superior de la ropa, comprobó como un pequeño agujero atravesaba un lateral de su pared abdominal. Aquella herida no cesaba de sangrar lentamente, cada vez más oscura.

—¿Qué ha pasado? ¿Cuándo ha pasado? —preguntó con gran duda un consternado David.

—Antes de entrar en la sala, —comenzó a explicar— cuando Martín te apuntaba con el arma, me abalancé sobre él. Escuchaste el disparo pero todo quedaría en un susto sin heridos. Lo oculté para no preocuparte, pero ese disparo desembocó en un destino.

David no cabía en su asombro. Su sangre se había helado tan rápido como el casquillo se desprendía de la bala que le había alcanzado. No podía creer que llevara tanto tiempo sin queja ninguna.

—¡Hay que tratar de taponar la herida para que deje de sangrar! —Reaccionó rápidamente David, quitándose su chaqueta y apretando la herida.

Con gran ímpetu trataba de apretar la herida con fuerza, intentando frenar la salida de sangre de su cuerpo. Quería pensar que podía salvar su vida. No era capaz de imaginarse el llegar tan lejos para quedarse solo frente a Martín y sin desactivar el artefacto. Ya habían pasado demasiado durante tantas horas y ahora no quería soportar la idea de quedarse solo ante la situación, sin poder lograr el objetivo. Tenía que tratar de salvar a Renee pues únicamente él, era capaz de revertir la situación. Era el único en conseguir terminar el trabajo. Era quien le había ayudado a seguir con vida hasta donde ahora se encontraba.

—¡Tranquilo! Voy a ayudarte. ¡Te vas a salvar! —decía David con confianza ciega.

—¡Ya me has salvado! —respondió Renee manteniendo fija la mirada en sus asustados ojos.

David quedó extrañado por sus palabras. Cuando trató de responderle, notó un duro golpe sobre su cabeza, perdiendo enseguida el equilibrio y posteriormente el conocimiento.

Capítulo 80

—¡¡Socorroooo!! ¡¡¡¡Socorroooooo!!!!

Sarah se desgañitaba, tratando de que alguien pudiera escuchar sus desesperados gritos.

Parecía misión imposible habiendo perdido la cuenta del tiempo que llevaba sola, sin ver a nadie. La única cara visible y sin mucha lucidez era la de aquel esmirriado hombre con rostro esquelético y curvatura jorobada. Su miedo y capacidad de supervivencia la llevaba a no cesar en su intentona, esperando que resultara efectiva. Varias dosis suministradas de potentes tranquilizantes en un cuerpo como el suyo, provocaban un severo atolondramiento. Hacia escasos minutos que había conseguido despertar de su letargo encerrada entre esas cuatro paredes, gracias a un destello de luz que justamente iba a parar a uno de sus ojos. Esos ojos llevaban demasiado sin divisar una luz más clara que la absoluta y negra oscuridad, lo que produjo que buscara su procedencia. Comprobó que se trataba de un pequeño hueco que se había quedado abierto entre el sellado de dos paredes. La puerta que le separaba de la libertad, le estaba dando una oportunidad. Una oportunidad que desgraciadamente no era capaz de consumir. Aquella piedra de hormigón y roca, era demasiado pesada para sus escuálidos brazos. La debilidad que recorría su cuerpo le hacía incluso tener dificultades para mantenerse de pie.

—¡Ayudaaaa!

La esperanza de que alguien pudiera escuchar sus desesperados gritos, era su única esperanza. Una opción poco halagüeña, a la que había que sumar la desalentadora situación de no saber donde se encontraba. Quizá pudiera estar retenida en algún lugar con fluido tránsito de gente y solo necesitara un golpe de suerte para ser atendida, o quizá en un apartado lugar sin nadie en quien confiar para que atendiera sus llamativas plegarias.

—¡Por favoooooor!

De repente unos dedos sobrepasaron el estrecho hueco, quedando muy cerca de la cara de Sarah. Al verlos no pudo evitar sufrir un susto tremendo.

—¡Oh Dios!

Esos dedos manchados de sangre comenzaban a abrir la puerta con cierta continuidad, resultándole más fácil de lo que nunca le hubiera costado a ella. Otra vez aquel infausto hombre, que volvía para dejarla de nuevo dormida. Fuera de combate. Ya no podía aguantar más esa situación. Abatida, se refugió en una de las oscuras esquinas del habitáculo, como si fuera a ser la solución para pasar desapercibida.

—¡Vamos! Sal de ahí —se escuchaba la voz de un hombre, una vez había abierto la puerta.

Sarah se mantenía prevenida. No se movía de su espacio de seguridad, pero no dejaba de mirar hacia la abertura, tratando de discernir quien podría esconderse tras ese muro. No cesaba en su reclamo de ayuda, y cuando por fin encontraba la oportunidad de salir, no se fiaba. A la hora de la verdad, ni ella misma creía que alguien pudiera sacarla de su encierro en libertad.

—No quiero hacerte daño. No tengas miedo.

Finalmente hizo lo más coherente. Si aquel hombre pretendiera lastimarla, lo haría de igual forma. Después de tanto tiempo encerrada tenía que probar, esperando que su suerte cambiara. Salió de su escondrijo de oscuridad, pisando la alfombra en la que tanto sueño había desperdiciado, esperando que fuera la última vez. Se acercaba hasta la puerta, saliendo de la que fuera su cárcel. Un encierro de excesiva duración, arrastrando consigo un gran desgaste físico y mental.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó aquella desconocida voz.

—¡Sarah! —contestaba temerosa.

No recordaba aquella cara y aun seguía desconociendo sus intenciones. No se parecía en nada en aquel tipo que le asistiera durante su tiempo captiva, y aun así, su cara le resultaba extrañamente familiar.

—¿Piensa hacerme daño?

—¡Claro que no Sarah! Solo intento ayudarte.

En aquella circunstancia trataba de mostrarse amable, pues podía comprobar cómo no quedaba parte del cuerpo de la chica que no cesara de temblar.

Sarah miraba a su alrededor. Solo veía las mugrosas paredes llenas de suciedad y porquería. El polvo que se introducía en sus pulmones, se difuminaba con las pisadas que se marcaban en el suelo. El aire estaba tan cargado y sucio que la respiración era fatigosa.

—¿Dónde estoy? —preguntó Sarah.

—Estas en el subsuelo de Madrid.

—¿Subsuelo?

Sarah quedaba sorprendida por la respuesta que le dio el desconocido hombre y continuaba desconcertada al no terminar de entender donde se encontraba.

—¡Dentro de una cloaca! —Sentenciaría.

—¿Y por qué estoy aquí? —volvió a preguntar.

El desconocido hombre, tomo una enorme bocanada de aire revitalizador, como si tratara de comenzar una historia para que durara largo tiempo.

—Es una historia demasiado larga. Ahora tengo prisa —contestó el hombre—. Pero quiero ayudarte a salir de aquí.

Sarah se mantenía a una distancia prudencial del hombre. Quería buscar algún tipo de escapatoria, pero no era capaz de percatarse de ninguna por sí misma.

—Para salir de aquí —prosiguió el hombre— debes tomar el camino que conduce aquel conducto de la izquierda. Cuando lo atraveses continua recto sin parar de seguir el camino.

—No sé hasta dónde llegar para salir o a donde ir —decía Sarah desconcertada.

—No te preocupes, cuando llegue el momento sabrás que tienes que detenerte. Después no dudéis y salid cuanto antes. No debéis esperar a que se haga tarde.

Cada vez más descompuesta, las indicaciones de ese hombre se tornaban a exigencias. Su único deseo era escapar. Abandonar su cautiverio, a quien le mantenía dormida, su mugrosa alfombra, aquella cloaca y a la persona que tenía delante.

—¿Cómo que salgamos? —preguntó con gran duda.

Sin responder, aquel hombre comenzó a alejarse, dejándola sola en ese inhóspito lugar. Apreció como se marchaba aquel desconocido, que caminaba a duras penas y portaba diferentes manchas de sangre por el cuerpo, sin resultar en absoluto alentadoras.

Capítulo 81

00:03:21

Un premonitorio dantesco escenario, se postraba como infierno helado transformado en visión desalentadora.

La incomprensible y artificial gélida temperatura que bañaba la diminuta habitación, penetraba en su herida como una afilada daga, incesante en su trayecto. Su corazón cristalizaba su latir. Sentía como sus huesos se volvían hielo, tan frágiles que cualquier mínimo golpe que los asolara culminaría con su desintegración. Aun así, pese a que el reino de las sombras lo acechara, no era el momento para cruzar sus puertas. «Todavía no»

Conforme el tiempo expiraba, aumentaba su desazón. Era imperativo actuar con premura, pues desconocía los sucesos que depararían una demora a la consecución de tan aciaga cuenta atrás. Aquella bomba, era una imponente arma química al alcance de muy pocos. Si Kabil decía la verdad, el francio es un elemento químico altamente radioactivo y reactivo. No solo habría que contar con la enorme explosión capaz de provocar, sino las repercusiones nocivas para los supervivientes en kilómetros a la redonda, ocasionándoles graves problemas de salud. Una piedra con aspecto metálico, de unos diez centímetros cuadrados y rectangular aunque significativamente deforme, se encontraba perfectamente colocada dentro de una urna de metacrilato transparente. Su estratégica posición, bajo las otras dos vidrieras con otro singular elemento químico, hacía presagiar que la reacción en cadena resultaría aniquiladora.

—¿Cómo se hará con esta cantidad de Francio?

El Francio es el segundo elemento que más escasea en la tierra. Quizá solo existan unos cincuenta gramos naturales en la corteza terrestre, por lo que resulta de gran complejidad hacerse con él. Existe la posibilidad de producir sus propiedades de manera artificial en un laboratorio. No estoy

seguro de la cantidad, pero su origen podría resultar adulterado a conveniencia.

—¡Eso debe ser! El Dr. Brazowy, debe haber hallado la forma de obtener sus propiedades de manera artificial y conseguir así una creación en grandes masas. Aunque... ¿Y si no es francio? Y si se trata de otro compuesto.

Justo en ese momento, Martín comenzaba a despertar de su estado de inconsciencia. El tiempo se agotaba. Si Martín resurgía, con las heridas que portaba sería un blanco fácil para aquel traidor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó desorientado.

Rápidamente, Renee sacaba el arma que llevaba encima y comenzó a apuntarle. Era su única protección aunque no pretendiera disparar realmente.

—¡Que no se te ocurra moverte! —le contestó con determinación.

—Pero dime. ¿Dónde estamos?

La insistencia sacaba de quicio a un Renee más preocupado por la escasez de tiempo, que por aquel sujeto. La venganza resultaba la despiadada tormenta que lo empujaba, y sin embargo ahora solo deseaba evitar un desastre de épicas magnitudes.

—¡Estas dentro de una bomba! —sentenció—. ¡Tú eres responsable de esto!

—¡Yo no he puesto esta bomba! Yo solo quiero hacerme con el manuscrito... —contestó asustado Martín.

—Pero le has dado alas a una criatura alada sedienta de sangre. ¡Eres igual de culpable!

La desencajada cara de Martín no alcanzaba parangón. Nunca terminó de creer en los delirios de aquel perturbado extranjero, pero en cuanto sintió asolar el miedo con sus nada elocuentes historias, no dudó en huir de aquella trampa de hormigón. Simplemente esperaba su oportunidad para hacerse con el libro de Copérnico, pero ahora su codicia era la misma que la había llevado a regresar hasta aquella trampa. Sin reliquia. Sin salida. A escasos segundos de perder la vida con las manos vacías por culpa de sus delirios de grandeza, enaltecidos por una fantasía llena de riquezas y poder de la que nunca fue capaz de escapar.

—¡No puede ser! Tenemos que escapar —enloquecía—. Seguro que conoces alguna forma de detener esto.

Las desesperantes súplicas que en otro momento hubieran agudizado el enojo a Renee, pasaban desapercibidas pues solo se concentraba en efectivamente, lograr evitar tal detonación. Al tratarse de agentes químicos altamente inestables, no cabía una simple desactivación de explosivos. Si

conseguía separarlos de otras fuentes de ignición, fusión o cualquiera que pudiera alterar sus componentes, existiría la posibilidad de evitar la explosión. Por si solos, en un adecuado ambiente, sin ser mezclados con ningún elemento como el H₂O y sin recibir golpes, permanecerían impasibles sin consecuencias terribles. Pese a la humedad, la inexistente ventilación o el sofocante calor...

Los conocimientos de Renee en química derivaban de las explicaciones otorgadas por el Dr. Brazowy. Aprendió ciertas directrices sobre explosivos, que fueron ilustrados durante su época en el cuerpo de marines. Desde su internamiento en la organización, fue adiestrado para utilizar este tipo de explosivos químicos en sus trabajos. El Dr. Brazowy le indicaba ciertas curiosidades y documentación sobre algunos de ellos. Nunca olvidaría lo impactante de las imágenes utilizadas por el Doctor para que fuera testigo del nivel devastador de algunos elementos químicos. Litio, Potasio, Sodio, Rubidio, Cesio o Francio que al contacto con el agua, provocaban una potente explosión.

—¡Cesio...! La urna de mayor tamaño debe contener Francio, tal como ha dicho David. Las otras dos urnas menores, podrían contener Cesio.

Renee comenzó a recordar la predilección que tenía el Dr. Brazowy por la utilización del Cesio. Era menos devastador que el Francio, pero aun así intensamente poderoso. Más fácil de encontrar en la corteza terrestre, fue capaz de dar con una fórmula para conseguir su reproducción en mayores cantidades dentro de su laboratorio. Años de trabajo y dedicación consiguieron dar sus frutos a un científico con una carrera investigadora frustrada, pero que con su internamiento en la organización, el Señor King le dio los recursos deseados para llevar a cabo investigaciones de gran calibre.

Si finalmente se tratara del Cesio, la preocupación podría ser de similar tesitura. Se encontraban rodeados de tuberías repletas de agua que al contacto con el cesio, provocaría una reacción en cadena de suficiente dimensión como para volar varios metros a la redonda. El calor provocaría una disolución de gases que no deberían presentar problemas en las personas pues se disolverían con el aire, pero si alcanzaban el agua que recorría el subsuelo, provocaría un transporte de sus nocivas propiedades hasta cada hogar. El agua contaminada se propagaría como el veneno en una herida, afectando a cada familia. La explosión del cesio desencadenaría en otra de mayor magnitud con el contacto del francio, cuya explosión, si resultaría devastadora para toda la gente acumulada sobre sus cabezas.

—¡Debo sacar las urnas de aquí!

La idea de Renee era tan sencilla como compleja de ejecutar. Tan simple como brillante. Se dispondría a sacar las urnas de su posición, para llevarlas a la entrada del acceso de alcantarillado. Con sumo cuidado de no propinar ningún golpe virulento, las separaría unas de otras para que no se vean afectadas entre ellas. Una zona con temperatura ambiente para evitar el punto de fusión que se sitúa entre los 27 y 28 grados Celsius en referencia al Francio y al Cesio. Si no existe contacto con ellas, no habrá problema alguno.

—¡Estamos condenados! —repetía un agorero Martín, que no cesaba en su esperanza porque Renee consiguiera salvarles a ambos.

El ansia de Renee por apretar el gatillo contra aquel individuo era enorme, pero sabía que si lo hacía, una simple chispa podría desencadenar en un mortal escenario. El fuego provocaría la inmediata explosión de todas aquellas armas químicas, provocando la devastadora reacción que trataba de evitar con tanto ahínco.

—Si me sacas de aquí te pagaré. Tengo dinero y sé de donde podemos conseguir aun más. Seremos socios. ¡Serás rico! —Intentaba sobornarle Martín, como se compra un mercenario.

Renee se acercó pausadamente hasta la posición de Martín. Parecía que escuchar la propuesta del profesor le había resultado tan suculenta como a él ofrecerla. Le tendió la mano tratando de ayudarlo a levantarse. Las fuerzas le abandonaban, por lo que resultaba imperativo exprimir las de manera oportuna. Así, en cuanto Martín le devolvió la mano, Renee le ayudó a incorporarse, aquejándose de la dolorosa herida que empeoraba a cada momento.

—¡Has tomado una buena decisión! —dijo Martín con un aire mucho más confiado.

En cuanto ambos se encontraban frente a frente, la seria expresión en la cara de Renee discernía con la ligera sonrisa que se avistaba en los labios de Martín.

—¡Sé que voy a tomarla! —contestaba Renee.

Acto seguido, le propinó un golpe seco en su cabeza con la culata de la pistola, haciendo que Martín cayera al suelo inconsciente. Renee lo observaba con gran desprecio mientras desearía verlo languidecer tirado.

Sin tiempo que perder, volvió hasta donde se situaba aquel artefacto, posiblemente augurado por Nostradamus. Se posicionó delante del receptáculo que contenía la dañina piedra y volvió a echar un vistazo a la abrumadora cuenta atrás.

—¡Tengo que sacar esto de aquí!

Renee agarró la urna de mayor tamaño que contenía la piedra de Francio con sumo cuidado, y con gran delicadeza se dirigió hasta la puerta. El peso aparecía desmesurado. Desproporcionado para sus extremidades. Desmedido.

Cauteloso en cada paso y aun así con prisa, comenzó a bajar los escalones buscando la salida de tal insensatez.

Capítulo 82

00:01:14

El tiempo expiraba. Los cientos de personas que se agolpaban en la extensa plaza, se encontraban muy cerca de ser masacradas sin tener la más mínima noción. Como el epicentro de un terremoto de más de nueve puntos en la escala Richter, esa era la zona donde la devastación iba a ser fulgurante.

La exaltación entre los presentes era exacerbada, pues escasos segundos restaban para concluir un año que quedaba atrás y disponían de una nueva oportunidad para dar la bienvenida a uno lleno de ilusiones renovadas, promesas por cumplir y nuevas perspectivas de futuro. Las televisiones se agolpaban en los balcones, que otorgaban una vista privilegiada justamente frente al gran reloj del presidencial edificio de la Puerta del Sol. Retransmitían en absoluto directo para diferentes ciudades y hogares de España, quienes comprobarían en directo el funesto desenlace que deparaba la nueva entrada. Miles de personas lo padecerían en vivo, pero al día siguiente, miles de millones en todo el mundo especularían.

00:00:59

Grandes dosis teóricas sobre conspiración, aparecerían en boca de diferentes expertos, pero la realidad sería que nunca imaginarían la verdadera causa de los acontecimientos. La mano ejecutora conseguiría cumplir sus perturbados deseos y nunca obtendría su merecido castigo. Cientos o miles de personas no volverían a ver la salida del sol, ya fuera el próximo o los venideros. Una generación acabaría esa noche.

00:00:37

Capítulo 83

Renee consiguió cumplir su objetivo primordial. Logró alejar el principal medio de destrucción que se encontraba en aquella cámara de devastación. El mejor lugar que encontró, fue la sala que mantenía retenida a la chica liberada. Se encontraba bien aislada y con adecuada temperatura. Ahí esperaría.

Con el Francio fuera de la ecuación, existía una importante posibilidad por la que el resto de elementos que se encontraba en la cámara, no resultarían tan devastadoras. Solo quedaban los últimos instantes para que toda aquella pesadilla acabara. De una manera u otra, unos últimos segundos en los que él nunca sabría el final de los acontecimientos, pero que estaba convencido de su adecuada finalización. Al menos esperaba que así fuera.

Sentado, echaba un último vistazo al semiconsciente cuerpo de Martín que se debatía en una lucha interior por sus grandes síntomas de miedo. Se despojó del compresivo vendaje realizado por Mariah, que tan eficazmente protegió durante un tiempo la herida del brazo. Reticente a portar apósitos, consideró el momento de desprenderse de él. Había llevado a cabo su trabajo. Al descubrir la herida, no pudo evitar emitir una confidente sonrisa con una mueca repleta de nostalgia.

—¡Un hematoma...!

Tras eso, se tumbó sobre el duro y helado suelo, para cerrar los ojos. No podía más. Su cuerpo consumió las escasas energías que aun le estaban ayudando. No era capaz de proseguir en su intención de desprenderse de las piezas químicas presentes, así que solo cabía esperar que las restantes prestaran su colaboración. En aquel momento se transportó. El incómodo suelo se convertía en una caliente y mullida cama de sábanas blancas con olor a canela. El característico aroma de la casa de su infancia. El penetrante dolor ocasionado por la herida de bala se convertía en delicadas cosquillas provocadas por su hermana Mariah. El estrambótico zumbido de la máquina apunto de detonar, eran transformadas en las carcajadas de Danielle en una primavera mañana. No había dolor. No había penuria.

«5 segundos...»

Su cabeza se aglutinaba de recuerdos. Parecía comenzar a dar sentido a la tan típica y parafraseada “Tu vida pasa ante tus ojos”, pues resultaba inevitable empezar a recordar todos aquellos momentos en los que basaría su existencia. Una vida intensa y llena de anécdotas por compartir, pero que sería capaz de resumir en cinco únicos momentos. Cinco circunstancias que marcarían el devenir de su insoportable transcurso.

El primer inevitable recuerdo que se personaba ante él, era dedicado a la memoria de sus padres. Sus progenitores. El mayor apoyo y una indiscutible fuente de referencia con la que todo infante debería impregnar su inocente infancia.

Con tan solo diez años, un accidente de tráfico provocó el mayor dolor que un niño de semejante edad pudiera sentir. La pérdida de sus padres ocasionó que un niño jovial como Renee, pasara a ser ausente, reservado y deprimido. Milagrosamente lograría sobrevivir de tan espantoso accidente que cobró la vida primero de su padre al volante, para posteriormente llevarse la vida de su dulce y entregada madre, quien como último consuelo pudo comprobar cómo su hijo se encontraba a salvo. Impensable encontrar alivio en dicha tragedia, pudo aplacar su agonía al deleitarse con su mirada de nuevo y una delicada caricia sobre el rostro de su pequeño.

Tras varios días en el hospital y una vez sus heridas superficiales curadas, pero no así las psicológicas, ingresaría en un centro de acogida. No sería capaz de abandonar tan desolador recinto hasta varios meses después, cuando una desconocida mujer de pelo encrespado y voluminosas vestimentas, solicitaba poder hacerse cargo de su custodia.

Como hijo único y no reclamado por ningún miembro familiar cercano, su nueva vida comenzó a transcurrir dentro de un hogar rodeado de ostentosas esculturas caballerescas, en el cual solo se encontraba aquella extraña y solitaria mujer de labios perfilados.

Desde su primer día, empezó a comprender lo que es vivir en un auténtico infierno. Renee, durante su aún corta vida, siempre había resultado un joven de comportamiento ejemplar y buenos modales. Vivaz y dicharachero. Aunque todas esas virtudes parecían estar lejos de lo que aquella mujer deseaba para con ella. Sus borracheras eran continuas y enaltecían noche tras noche, por lo que tenía que sufrir continuas vejaciones y reproches. Se consideraba la dueña ilegítima de aquel pobre muchacho y en multitud de ocasiones lo trataba como esclavo.

«¿Por qué me haces esto? Yo no te he hecho nada malo. ¡Quiero irme a casa con mis padres!»

—¡Tú no tienes padres! —le contestaba ella—. Nadie te quiere. Eres un pobre desgraciado.

Diarias preguntas y súplicas que realizaba entre sollozos sin recibir respuesta agradable.

Con el paso del tiempo, en su aproximadamente tercer año con aquella mujer cada vez más decrepita e inundada en su propia locura, comenzaba a reclamar un contacto físico de dudosa intencionalidad. Este hecho era motivo suficiente por el que siempre terminaban enzarzados en enérgicas disputas, que finalizaban con fuertes amenazas y que en raras ocasiones no terminaban con algún tipo de maltrato físico por parte de tan infame señora.

Con tan solo catorce años y casi cuatro de padecimiento diario a sus espaldas, decidió escapar del martirio que constantemente lo envolvía. A partir de aquel día, comenzó a labrarse su futuro en solitario. Sin la ayuda de nadie. Añorando cada noche los abrazos de su madre y las palabras de consuelo cuando se encontraba abatido.

«4 segundos...»

A una temprana edad, en cuanto la ley lo permitió, comenzó su alistamiento en el servicio militar, donde empezó a sentir en primera persona lo que significaba la aceptación de sus semejantes.

Con su internamiento en el grupo especial de los marines, tras la consecución de tan duras y comprometidas pruebas de acceso, volvió a saborear ese fervor perdido que cualquier humano experimenta en su interior. No podía sentir mayor satisfacción personal y emocional, pues en aquel duro entorno, volvió a encontrar la familia que había perdido hace tantos años atrás. Su vida se dedicaba al servicio que se encontraba prestando a su país, a sabiendas que si fuera necesario, daría la vida por aquellas personas que convivían a diario a su lado y le hacían recordar lo que era volver a vivir.

Pero todo quedó truncado un fatídico día de 1983 con los atentados de Beirut. La tragedia golpeó con fuerza desmesurada su indomable espíritu, provocando no solo un dolor físico que paliaría con el tiempo, si no el dolor moral por la pérdida de sus “hermanos”. Su nueva “familia” había sido víctima de un premeditado ataque que supondría un desproporcionado asesinato a gran escala. Cobarde, desleal y carente de todo honor.

La muerte volvía a hacer su fatídica aparición, regresando para golpear a la gente que más apreciaba en un mundo en el que se encontraba tan perdido y desorientado como su niño interior.

Precipitadamente, abandonó su etapa infantil a causa de la pérdida de sus padres, y ahora demostraba perder toda esperanza para desarrollar vida adulta. Perdió su flamante categoría, que en progresión hubiera alcanzado los rangos con los que soñaba. En contra, fue expulsado con deshonor, provocando que su recuperado espíritu cayera al abismo. Dando paso a un “yo” destructivo y provocador.

«3 segundos...»

Era inevitable pensar, que su vida se basaba en una consecución de actos mal aventurados, los cuales uno tras otro solo causaban infortunio.

Su entrada a la organización “SAHFA”, fue la peor decisión que pudo tomar en su vida, pues le condujo a uno de los mayores infortunios. Lo anulaba como persona y provocaba su transformación en algo que nunca hubiera querido ser. Pero al mismo tiempo nunca podría arrepentirse de su entrada, pues fue allí donde encontró su verdadera felicidad. Alcanzar la plenitud, era un objetivo perdido, pues representaba una meta inalcanzable. Con el tiempo se daría cuenta que la vida aun le deparaba, al fin, el mejor de los posibles regalos. Una mujer. Su mujer...

Durante su época como “buscador”, dentro de la tan maliciosa organización, tuvo la oportunidad de conocer a la mujer más maravillosa que nunca hubiera imaginado que pudiera existir en un mundo tan terrible como en el que habitaba.

Su acercamiento nunca resultó sencillo, pues dentro de la misma existía otro individuo que intentaba agasajarla de igual modo que él mismo.

Dulce. Espontanea. Introversa, pero extremadamente agradable. La mujer más hermosa que sus tristes ojos hayan visto jamás. Todo lo que soñaba tener, pero que nunca pensaba alcanzar. En aquel momento de su vida no distinguía el bien y el mal. No le importaba el daño que infligiera, pues él había recibido grandes dosis del mismo. No sentía aprecio por el dolor ajeno pues acabaría por padecer más dolor que ningún ser humano sería capaz de aguantar en una vida. Pero esa mujer lo cambiaría todo.

En secreto, llevaron su relación basada en el amor y la confianza. Cuando sus sentimientos eran demasiado grandes, se vio en la obligación de advertir la realidad de para quien trabajaba y realmente cual era la labor que estaba desempeñando. Fue uno de los momentos más duros, pues suponría que una mujer como ella no querría tener ninguna relación con alguien que accedía a llevar una vida así.

—Esto no es lo que tú piensas —le dijo él—. Todo cuanto te hayan detallado, es mentira. Tu trabajo por el bien de la humanidad y la cultura

histórica es una patraña. Esta gente cuando consigue su mercancía, la subasta al mejor postor. Solo buscan ganar dinero e inconscientemente tú estas ayudando. Pero lo peor es que yo si era consciente.

La cara de estupefacción de la mujer no podía mostrar mayor asombro. Todo lo que le habían contado era mentira. Creía estar trabajando para un grupo de personas que amaba la historia y quería preservarla, cuando la realidad era que estaba contribuyendo a destruir su esencia y belleza.

—¡Dios mío! ¡No puede ser verdad! —respondió ella.

El desengaño que se había llevado por Renee, fue demasiado grande. Nunca hubiera esperado que aquella mentira perdurara tanto tiempo en sus labios sin ser expuesta. El hombre que había conocido era bondadoso, cariñoso y entregado. Nada que ver con lo que le estaba describiendo.

—Renee...

Las lágrimas de Renee comenzaron a brotar sin medida. Nunca se había encontrado tan afligido desde la muerte de sus padres. La pérdida que iba a pasar, era aun peor que todas las soportadas. Sin ella, ya no tenía nada que hacer en el mundo. Gracias a ella pasó los mejores meses, que consiguieron apaciguar un alma en llamas que clamaba la destrucción. Ese escaso periodo de tiempo supuso aplacar ese fuego, para ser capaz de convertirlo en simples ascuas. Una nueva oportunidad para un alma atormentada y perdida en un mundo repleto de ánimas.

—¡Te perdono, Renee!

Aquellas tres palabras fueron las únicas que necesitaba oír. La esperanza que albergaba para proseguir.

—¿Y ahora qué? —preguntaba ella, queriendo olvidar.

—Mantendremos las apariencias el tiempo necesario, hasta que tengamos la oportunidad de escapar. Tranquila Danielle, será pronto. ¡Te sacaré de aquí!

«2 segundos...»

“La vida, es el enfurecido océano que al azar arrastra los navíos a la perdición o a la salvación. Por siempre, mi alma estaba anclada en un puerto desolado, destruido, masacrado...”

La desolación recuperaba su protagonismo. La pérdida volvía a presentar su implacable acecho, el cual Renee comprendió que nunca había desaparecido. Simplemente acechaba agazapada, como un depredador previo al ataque de su presa. Aguardando el instante en el que más vulnerable parece.

Las circunstancias hicieron que Renee y Danielle tuvieran que separar sus caminos, aunque no sus corazones. Destruído en su interior, por no dar

cumplimiento a su promesa.

Sus almas seguían unidas, pese que sus ojos no podían observar los del otro y sus manos no podían sentir el tacto de su piel.

—¡Pronto estaremos juntos para siempre! —le repetía Renee, con cada oportunidad presentada.

Esas ocasiones eran escasas, y en su mayor medida se limitaban a cartas que tenían como intermediaria a la Señora Soriente. Devota hermana de Danielle. Siempre fue el ejemplo a seguir por ella. La admiraba como a una diosa, cuyos logros y metas eran impensables alcanzar para ella. En ocasiones con resentimiento, pero en su interior conocía que la única sincera razón se basaba en la espera de una mayor consideración por su ejemplo a seguir.

Llegó el día prometido por Renee. Cuando cumpliría su promesa de que abandonara tan monstruosa organización, al aprovechar uno de sus viajes, una razón superior para los dos hizo que los planes de ambos se truncaran estrepitosamente. La protección les obligaría a emprender caminos separados, permitiendo huir a Danielle pero sacrificándose Renee. Debería permanecer encerrado, con la esperanza de escapar pronto. Su calvario aun no terminaría y lamentablemente, el de Danielle tampoco. Ya nunca lo haría. Para ninguno...

Un día, tras muchos años viviendo tales adversidades, conscientes que su tiempo se agotaba pero con la ilusión intacta sobre un esperado reencuentro, se resquebrajaba como un cristal cayendo al suelo. La peor noticia, la que jamás hubiera querido imaginar, se posaba en su regazo. Como una vieja amiga, durante años olvidada, regresaba para finalizar su despiadado cometido. Un trabajo que comenzó con sus padres y prosiguió con sus compañeros marines. Un trabajo, según Renee, estaba convencido estar predestinado para él. La muerte hizo su gran aparición y la más perjudicial. Un día se llevo a Danielle...

No tardaría en llegar a los oídos de un Renee que quedaría consternado. Abatido. La tristeza y desolación dio rápidamente paso a un sentimiento de ira y cólera. Ansiaba venganza. Quería vengarse de aquel que había apretado el gatillo en aquella estancia. Aquel hombre que no tuvo reparos en arrebatarle la vida a sangre fría. Aquel mismo que le profesaba tanto amor, pero cuando comprendió que ella nunca sentiría lo mismo por él, no le importó asestarle el golpe de gracia de manera tan cruel. No le importó quemar su hogar aquella noche de lluvia, sin miramiento con su cuerpo yacente. Su delicado cuerpo...

Clamaba venganza. Era lo único que le importaba. Descubrió que su vida no valía de nada, solo para un único propósito. Solo tenía un objetivo en aquel

despiadado mundo sin corazón antes de iniciar su descenso al averno. No le importaba caer, pero cuando llamara a sus puertas, no lo haría solo. Caería con él.

Ese fue el motivo que le llevó el día anterior a aquella Universidad en Madrid. Aquella bomba que explotaba en el aparcamiento, debía haber explotado en su despacho, llevándose al bastardo autor del asesinato. Pero un imprevisto se interpuso en la acción, haciendo que tuviera que cambiar el rumbo de sus planes.

Solo venganza. Venganza para el verdugo de Danielle. Venganza contra quien se hacía llamar Martín...

«1 segundo...»

—Es la mejor opción. ¡Es la única opción! —le aseveraba Renee a Danielle.

—¿Pero y si nos arrepentimos alguna vez? —le contestó ella.

Inmersos en un diálogo controvertido, no se veían capaces de encontrar un consenso en las ideas. Sus expresiones reflejaban la tensión que estaban sintiendo y lo difícil de la decisión que tomar.

—¡Vale! Lo haremos así —terminó ella—. No podemos hacerle culpable de nuestros errores. Merece una vida.

—Quizá algún día... —dijo Renee compungido.

Renee observaba desconsolado el diminuto cuerpo de piel blanca como la pureza de los copos de nieve recién caídos. Lo sostenía en brazos con miedo, tratando no lastimar algo tan delicado. Su sedosa piel, sus ojos sin color determinado, sus pequeñas manos sosteniendo su dedo índice. Notaba como buscaba la protección de sus brazos, el calor de su pecho o la música relajante de su corazón.

Nunca había sentido sensación similar. El amor por Danielle no se podía contrastar por lo que sentía cada vez que sostenía en sus brazos a su propio hijo. El fruto de su amor, materializado en una vida. Perderse en su mirada sería lo más fácil y agradable en lo que invertir su tiempo. Verle crecer la aventura más apasionante.

Pero ahora ninguno de sus anhelos se podría ver cumplido.

La decisión más difícil a la que tuvieron que enfrentarse, supuso el comienzo de su complicada travesía por un camino de engaño y escape. Poco a poco fueron desertando de “SAHFA”, pese al gran inconveniente de no poder hacerlo desde tiempo atrás. Tenían alguien a quien proteger. Alguien a quien decidieron dejar con la única persona en la que podían confiar. La señora Soriente se hizo cargo del hijo recién nacido de ambos. Una pequeña

criatura que había llegado al mundo fruto del amor, pero que sus circunstancias no podían conducir a una vida normal. La hermana de Danielle se hizo cargo del retoño, haciéndose pasar toda su vida por su madre. Mientras tanto, Renee y Danielle pasarían el resto de sus vidas ocultando este hecho y huyendo de sus perseguidores para que él nunca fuera descubierto. Observando esporádicamente desde la distancia como crecía, como se hacía un hombre. Protegiéndolo de diversos peligros y otorgándole lo único que podían. Una vida normal y feliz para su pequeño.

—¡Mi David...!

Cuando todo se torció, cayendo Danielle en la sombra, Renee pudo confirmar sus sospechas. Gracias a que continuaba infiltrado dentro de la organización, descubrió cuáles eran sus planes y las intenciones que tenían en su contra. Danielle dejó algo escondido. Algo de gran valor. Y ellos presupondrían que su único descendiente sabría cómo encontrarlo. Ya no interesaba como habían descubierto sunexo familiar, pues de igual modo se mostrarían implacables con él. Ahora solo importaba protegerlo a toda costa.

El primer objetivo de Renee era Martín. Siempre había sido él.

Desde el primer momento que acosara a Danielle, hasta que decidió acabar con su vida. Convirtiéndose en una obsesiva fijación.

Todo era parte de un plan elaborado. No existía margen de error pues no le importaban los daños colaterales. Nada podía fallar. Hasta la sorpresa de encontrarle con David en la Universidad. Juntos. Tuvo que desistir de eliminarlo con aquella bomba, pues no se podía arriesgar a lastimar a su hijo. Forzado por la complicada coyuntura, huyó de la zona como un villano, sin importarle la tesitura en la que quedaba. Solo pensaba en su seguridad de su crecido retoño. Lo único que siempre ha intentado proteger. Toda una vida sin poder contemplar su rostro, y sin embargo parecía mirarse en un espejo estas últimas horas.

Sabía que David nunca sabría quien era su padre ni que lo tenía tan cerca. Que siempre creería que aquel hombre intentaba herirle, cuando solo quería protegerlo.

La muerte persiguió todo cuanto había querido. Todas esas personas fueron arrebatadas cruelmente, por lo que ya no quería seguir existiendo en un mundo semejante. No merecía seguir en un mundo donde fuera una amenaza para la única persona que aun quería. El ya conocía como sería el final. Estaba preparado para marchar. Por fin cumplía su misión. Ahora, se mostraba orgulloso de dar su vida por salvar la de su hijo.

—¡No conozco mejor forma!

Capítulo 84

00:00:00

«¡Se acabó!»

Las doce de la noche en punto. La cuenta atrás acababa de expirar. Las sonoras campanadas tornaban a su fin, mientras Renee permanecía incapaz de escuchar sonido procedente del exterior. Una extraña sensación sitiaba su organismo. La gélida envoltura predominante en la sala, se había calmado. Incomprensiblemente, el intenso helor daba paso a una temperatura mucho más confortable.

—¡Qué detalle!... ¿Estas son las terribles consecuencias del Caos? — mencionó Renee, solo con fuerzas para la ironía que desprendían sus carnosos labios.

La puerta se selló automáticamente, impidiendo la entrada y salida de cualquier materia sólida, líquida o gaseosa. Capaz de descubrir aquella eventualidad al situarse tan próximo, escuchó el ruido originado y advirtió como realizaba un movimiento extraño para un hermético cierre. El oxígeno quedaba esparcido entre el húmedo ambiente. Progresivamente se iría combinando con el monóxido de carbono, pues ya no existía manera real de acceder a aquel componente necesario para sobrevivir. Nada entraba, nada salía. Un final agónico si fuera el deparado para él.

Renee se encontraba extenuado. Rendido. No podía seguir cargando con su maltrecho cuerpo. Martín se mantenía junto a él, con una ligera semiinconsciencia, aunque sin mostrar interés ninguno por su estado. Lo único que lamentaba Renee era no poder arrebatarse la vida con sus propias manos como el hiciera con Danielle, a sangre fría y sin piedad. Se conformaría con saber que lo acompañaría al único lugar donde tenían hueco dos seres que llevaron a cabo actos tan deleznable durante su vida. Ya era tarde para arrepentirse. Renee no buscaba redimirse de sus pecados, solo resarcirse de sus deudas. Una grata sensación interna, si no fuera porque el

exterior rápidamente tornaba a un intenso efecto de calor. El gélido frío comenzó a pasar a un sofocante calor. Desconocía con exactitud qué cantidad de temperatura podría estar tolerando, pero estaba claro que el final de la cuenta atrás, provocó un cambio radical en el clima. Pasar de un gélido ambiente bajo cero a un sofocante calor por seguro superior a cuarenta grados centígrados, no era un trabajo sencillo.

—¿Qué demonios está pasando?

Ambos compuestos sólidos de Cesio, comenzaron a desprender una especie de tímidos vapores, perceptibles tenuemente. Su vista se volvía irremediabilmente borrosa, sin poder distinguir con claridad lo que hasta hace escasos segundos observaba con perspicuidad. Dichos gases comenzaban a empañar la pequeña urna de cristal donde aun se encontraban encerrados los dos elementos químicos... por poco tiempo. Su punto de fusión se posicionaba en veintiocho grados Celsius, lo que quería decir que por encima de dicha temperatura, su masa pasaría del estado sólido actual a un estado líquido novedoso. Así, aquellos vapores que dificultaban la visión, empezaron a descubrir el inminente fluido de la materia.

Las tuberías sobre su cabeza comenzaron a desprenderse sección por sección, liberando toda el agua que a su paso surcaba. La mezcla de oxígenos, unida a la incipiente humedad del recinto, provocó que la mezcla de vapores comenzara a arder progresivamente. Observaba las llamaradas rodeándole. Sin darle opción. Hasta que pasadas escasas milésimas de tan repentinos sucesos,... estos obtuvieron su fin cuando desencadenaron en una sonora explosión.

Un poderoso estruendo, fue suficiente para escandalizar a una fracción de toda la masa social reunida en aquellos ingentes metros cuadrados de la Plaza del Sol.

Entretanto la gente disfrutaba del recién entrado año con grandes dosis de algarabía y muestras de afecto, un grupo de los presentes que se situaba más próximo al gigantesco reloj del edificio, sintió una inesperada sacudida en el suelo. Se observaban los unos a los otros, tratando de comprender porque estaban sintiendo aquel evidente temblor de tierra bajos sus pies. No se manifestó imponente, pero resultó como vivir un terremoto que pese a toda la parafernalia y el escándalo de la fiesta, eran capaces de notar desde sus pies hasta la punta de los dedos de una mano. Pensaban que se trataría del producto de su imaginación o de la gran cantidad de ruido y movimiento. Aunque esa idea resultase errónea, fuera lo que fuera, cesó. Y al cesar,

volvieron a su celebración, sin ser conscientes de que lo había provocado. Sin saber la realidad.

Capítulo 85

«...»

Un silencio atronador que estremecería hasta el más frío de los corazones, inundaba toda la sala. Una hueste de sombras se regocijaba con el panorama que asolaba la cruda situación que había acontecido sobre aquellos muros manchados de culpabilidad y desazón.

«...»

Parecía inaudito que tras tanta algarabía tornada a estrepitosa calamidad, pudiera llegar un momento de paz como el que estaba viviendo aquel desangelado y abandonado lugar, convertido en improvisado escenario de destrucción.

Sus rudas paredes nunca habían sido provistas de suficiente protección para sostener tal cantidad de maldad en tan poco espacio. Eran capaces de soportar una gran carga de onda expansiva, llamas o camuflar el insufrible monóxido provocado por una nube de humo ennegrecido. Pero nunca sería capaz de ocultar una vida llena de culpa.

«...»

¿Por qué camuflar la verdad?. ¿Por qué condenarse a una vida llena de desdicha y sufrimiento?

Se supone que solo una vida poseemos para aprovecharla. En ocasiones conducimos nuestra existencia con restrictivas normas y conductas sociales que en gran cantidad de ocasiones ni entendemos sus causas, ni sus consecuencias. Nacemos predispuestos para nacer con dependencia. Dependencia de los sesgos sociales que paralizan la sociedad y la perturba. Dependencia monetaria para lograr subsistir, en ocasiones solo adecuadamente cuando anhelamos poseer todo tipo de lujos. Dependencia de otras personas para creer lo que nosotros pensamos que es la felicidad. Incluso dependencia para llevar a cabo nuestras propias dependencias.

«...»

El temor a las repercusiones, lleva a tomar medidas cuyas consecuencias son irremediabilmente perdurables en el tiempo. Es preferible no discurrir en

las consecuencias de un posible error, pues pensar en ellas, conduce a proyectar una visión negativa. Hoy resultó uno de esos días, en los que finalmente comprendes como un hombre que tiempo atrás se vio forzado a llevar a cabo una decisión, que finalmente le persiguió como molesta sombra en la noche, no fue capaz jamás de quebrar el yugo que lo preservaba a tan condenada prisión sin cadenas. Pies y manos estaban libres, pero su mente, su mente permaneció atormentada como el león enjaulado que puede ver la tierra bajo sus pies y nunca puede sentir su tacto.

«...»

Capítulo 86

—¡David!

Una grave y lejana voz, trataba reclamar su atención. Sus esfuerzos se convertían en infructuosos, pues David se mantenía sumergido en su abismal subconsciente.

—¡¡¡David!!!

Cada vez la escuchaba más cerca, hasta ser consciente de que justamente se encontraba a su lado. Empezó a sentir húmedas sus mejillas, mientras un conocido hormigueo recorría todo su rostro. Al abrir los ojos, distinguió como un perro no detenía su impetuoso afán por lamer cada rincón de su ya babeada cara.

—¡Kirà! ¿Qué haces aquí?

Kirà era su antigua perra. Perdida por culpa de un trágico accidente, cuando el solo tenía doce años. En un momento determinado dejó una puerta abierta de la casa de verano en la que disfrutaban de sus vacaciones y el que todavía era un cachorro de apenas diez meses, escapaba corriendo delante de sus ojos. Durante días la buscaron sin cesar, pero ya nunca volvería a su hogar. En paradero desconocido, sin saber si se encontraría viva. Nunca olvidaría su última imagen y jamás sería capaz de exculparse por aquello.

—¿Cómo estas pequeña?

David y su perra comenzaron a jugar de manera impetuosa. El cachorro, un Akita Inu del color de la canela y las nubes, no cesaba de correr persiguiendo los pies de su querido compañero de juego. Ambos se revolcaban por el suelo, enfangándose con la tierra del campo y la hierba de las verdes praderas que pisaban sus patas. David se encontraba feliz de poder jugar otra vez con su perrita. Su dulce rostro era fiel reflejo de la satisfacción que le producía volver a verla correr con las orejas puntiagudas y el rabo enroscado. Su lengua atravesando su prominente dentadura, viajando de un lado al otro de su boca.

Agotados, volvieron caminando a través de la orilla del río, hasta llegar a casa. Al acercarse, Kirà comenzó a correr con energías renovadas al divisar al

gato del hogar, con el que se recostó para jugar con énfasis. Micka, una gata persa de edad avanzada pero con vitalidad de cachorro, lo que hacía que ambos pasaran horas sin cesar de disfrutar unidos como hermanos.

Una vez dentro de la casa y listo para disfrutar de una gratificante comida con la que reponer sus recaídas fuerzas, vio como una esbelta mujer de pelo azabache y ojos como la miel, esperaba impaciente en la mesa su llegada.

—¡Hola hijo!, ¿lo habéis pasado bien? —preguntaba la mujer.

La sensación de David era extraña. Sentía aquella mujer como pieza vital de su vida, pero al mismo tiempo, una pequeña parte de su interior no conseguía reconocerla. Aun así, solo se sentía capaz de tratarla como lo que era.

—¡Muy bien madre!

Cuando la miraba fijamente, no la reconocía como tal, pero sabía que realmente era ella. Una misteriosa y confusa sensación.

Antes de sentarse a la mesa, quiso limpiar bien sus manos de la tierra y el polvo acumulado con tanto juego en el campo. Su inseparable perra Kirà, la acompañaba a sus pies, como si escoltara su camino para asegurarse que no le sucedería nada. Una vez llegó al baño, comenzó a lavarse las manos y se refrescó la cara. Al reflejar su rostro en el espejo, distinguió una cara conocida pero que no era capaz de reconocer como propia. La silueta y la tez de un muchacho en edad infantil se posaban en el pedazo de cristal. Reconocía sus rasgos faciales, sus ojos color miel, su abundante pelo negro, y una pequeña cicatriz en una de sus orejas. Recordaba sus gestos y el sonido de su voz, pero solo veía un niño.

—¡Soy un niño! ¡Soy yo de niño!

No se había percatado. No había sido capaz de darse cuenta, pues interiormente era aquel hombre que acudía al planetario o realizaba kite-surf. Pero su reflejo lo enmascaraba, para dar a relucir al niño que era. Aquel niño que continuamente tenía miedo y estaba preocupado por todo tipo de sucesos.

—¡David! —le llamó su madre— recuerda que hoy tenemos cita con el Doctor Luca de Janeya. ¡Debes estar listo!

Al oír ese nombre, un escalofrío recorrió su cuerpo. Estaba seguro de saber quién era ese hombre, aunque no era capaz de ponerle rostro. Las sensaciones eran extremadamente contrarias, pues excesivos sucesos no estaban transcurriendo con normalidad. Su perrita Kirà, su mística madre, el doctor de Janeya, su imagen,...

—¡Tu padre está aquí! —le gritó con ilusión.

Sus ojos se entornaron como si de un fantasma se tratase. No era para menos. El nunca había conocido a su padre, y ahora le reclamaban para ir a saludar a aquella persona con la que nunca entabló palabra y cuyo rostro no sería capaz de reconocer.

A gran velocidad abandonaba el baño, hasta atravesar el corto pasillo que lo separaba del salón principal. Cuando atravesó la puerta, lo contemplaba con claridad resoluta. De pie. Sin moverse. Mirándolo fijamente a los ojos. Su cuerpo atlético y musculoso, se empequeñecía con la visión de sus carnosos labios y su profunda barba oscura.

—¡Hola David!

—Tu... Pero tu... No lo entiendo...

Su asombro no cesaba. Continuaba paralizado, tratando de asimilar lo que estaban viendo sus ojos.

—Creo que llegó un momento en que si lo entendiste, aunque no quisieras verlo —dijo él.

—Renee...

Creía estar viviendo una alucinación o algo peor. La última vez que lo vio, se alejaba de su lado, y su destino no parecía depararle prosperidad. Ahora se encontraba en su casa, con todo lo que le representaba y reconocido como su padre.

—¿Estoy muerto? —preguntaba David.

—¡Depende de ti! —respondió Renee—. Hoy puede quedar aquí solo una parte de ti, la cual quieres y debes dejar atrás. O puedes quedarte por completo. Tus miedos e inseguridades o la voluntad de evolucionar. La fuerza y la perseverancia por progresar en la vida. Por lograr tus objetivos. Por tu felicidad plena. ¡Es tu decisión! ¡Eres quien elige!

En ese momento, Renee abrió la puerta que daba salida al exterior de la casa. Miró a la mujer, sintiéndose observado por ella, quien le devolvía la mirada con ojos comprensivos y llenos de ternura. Su perra Kirà y la gata Micka se acostaron a sus pies, durmiendo plácidamente. Renee lo observaba esperando que tomara la decisión correcta, decidido a ayudarle a elegir sabiamente. Esperando que sacara a relucir su lado más valiente.

—Se te hace tarde otra vez. Deberías correr —le dijo Renee con una ligera sonrisa cómplice en sus labios.

Era la primera vez que David veía sonreír a aquel extraño hombre que había conocido hace escasas horas atrás. Ese hombre que emanaba un aura oscura pero que finalmente mostraría su verdadera virtud. La protección que tanto anhelaba llevar a cabo.

No sin dudar y tras un profundo vistazo a los presentes, David enfilaría la puerta a toda velocidad sin volver a mirar atrás. Atravesó su umbral sin dejar de correr, cuando la luz poco a poco iba desapareciendo. Como si se tratara de una enorme esfera, esta se iba menguando con progresiva lentitud, mientras la oscuridad iba sumergiéndolo en un mar de penumbra que ya era demasiado conocida. Sin destellos ni atisbos luminosos. Pensando si había tomado la decisión correcta.

—¡David! ¡¡David!!

El joven comenzaba a recuperar la consciencia. Ladeaba su cabeza, al mismo tiempo que piernas y brazos acompañaban dicho movimiento. Seguía sin abrir los ojos, preso del sueño vivido, pues lo quería sentir tan real como pudiera ser. No quería despertar pues era la mejor sensación desde tiempo atrás. Toda aquella locura le hizo comprender lo que realmente añoraba y que tras unos acontecimientos tan duros, poder superarlos te hace disfrutar cualquier mínimo detalle.

—¡David, vamos despierta!

Una dulce voz se escuchaba tan cercana, que creía sentir el propio aire que desprendía sobre su rostro. Una ligera sonrisa se asomaba en los labios de David.

—¿Sigo soñando? —preguntaba casi sin ser consciente.

—No. No sigues soñando —dijo una femenina voz—. ¡Despierta!

David comenzó a abrir los ojos, pues sentía unas manos sobre su cara golpeándole con delicadeza. Al abrirlos por completo, no era capaz de creer que lo que veían fuera real.

—¡Sarah! ¡Eres tú de verdad! ¡Estás bien!

Como un resorte, irguió su mermado cuerpo como si no se encontrara resentido por tan duras adversidades. Ambos se fundieron en un impetuoso abrazo. Las lágrimas de Sarah brotaban por su rostro sin cesar, humedeciendo sus rojizas mejillas. Eran ingenuas víctimas de unos nervios que los estaban consumiendo muy lentamente. Nunca habían imaginado ser protagonistas de semejante coyuntura, y nunca merecieron tener que haberla vivido.

—¡Cuánto me alegro de verte! Llegue a pensar...

—Tranquila —contestó David.

David y Sarah seguían abrazados con gran fervor. El contacto y el calor que sentían, era una sensación tan agradable como para no querer desprenderse.

—Renee... ¿Dónde está Renee?

Un sentimiento de preocupación afloró dentro de su cabeza. Acababa de recordar porque se encontraba tirado y sin conocimiento en aquel hediondo suelo. El golpe de Renee fue tan efectivo que lo dejó inconsciente, siendo su imagen alejándose la última que con dificultad acertó a distinguir. No entendía sus motivos, pero lo había protegido del peligro.

Fue entonces cuando lo recordó. Pensó en su último sueño. En la lección que le había hecho reconocer y en la persona que querría ser. En ese momento pareció comprender, que el sueño vivido era el fiel reflejo de su fractura con el pasado. Todo quedaría atrás. Aquel niño asustadizo y lleno de miedos, también lo haría. Demasiado tiempo vivió protegido, pero ahora debería evolucionar y dejarlo en un rincón olvidado de su interior. Respetado, pero no alimentado. Su nuevo “yo” sería quien tomaría el mando. Sería quien guiaría su vida.

—¡Sarah! Dímelo otra vez. Necesito escucharlo más que nunca.

El deseo de David, nada aclaratorio, no resultaba enigmático para quien sabía lo que demandaba. Una impetuosa alegría recorría su interior al recordar las palabras que tan afortunado hacia recordarle.

Así, sin más, las expresaría con la mayor sutileza y ternura que nunca jamás haya sido capaz de nombrar.

—¡Te querré, hasta que mi corazón se agote!

Capítulo 87

—¡Arriba las manos! —Se escuchaba desde la lejanía.

Una tenue luz se movía a gran velocidad hasta su posición, haciéndose cada vez más grande en aquel oscuro lugar. David y Sarah experimentaron un inesperado sobresalto a causa de las anónimas voces que se escuchaban tras aquel haz lumínico.

—¿Qué sucede? ¿Qué está ocurriendo? —preguntó nerviosa Sarah.

—¡Al suelo! ¡He dicho al suelo!

Los gritos del desconocido hombre retumbaban en toda la angosta estancia. David y Sarah se tiraron al suelo, desconcertados. Estaban convencidos que ya había pasado todo el peligro, pero parecía ser una pesadilla de la cual nunca te despiertas.

«¿De quién se tratará?»

Tendidos y sin moverse, pudieron apreciar como el haz de luz perdía intensidad, dejando visibles las figuras que estaban increpándoles para seguir sus órdenes.

—¿La policía? —dijo David.

No eran capaces de distinguir la cantidad de agentes que comenzaban a arremolinarse a su alrededor. Cuatro, cinco o quizá más para tratar de inmovilizarlos, colocándole sus esposas.

—¿Pero que hacen? ¡Somos las víctimas! —recriminaba David ante la actitud de los policías.

Suficiente padecimiento habían vivido como para ahora tener que seguir con aquella locura. Acusados en el lugar de los hechos, sin ser la mano ejecutora de tales actos. Siendo el ángel salvador.

—¿Inocentes? Ya lo veremos. No soy yo quien os juzgará —dijo uno de ellos.

Dos de los agentes que se mantenían a la espalda de aquel que les instigaba a ir al suelo, se adelantaron hasta ponerse justamente detrás de David y Sarah. Mientras el policía que demostraba estar al mando, les apuntaba con su arma reglamentaria para asegurarse que no intentarían

ningún movimiento extraño, los otros dos les colocaban las esposas con sus manos sobre la espalda, y obligándoles a mantenerse de rodillas. Inmóviles y sintiéndose burdos criminales.

—¡Están cometiendo un grave error! —repetía David frustrado—. Nosotros somos los que descubrimos todo. Hemos desactivado la bomba y salvado toda esta gente. ¡Tienen que creernos!

La desesperación en su voz se hacía latente con cada palabra.

—De hecho, ¡te creo! —le contestó el hombre.

Acto seguido, uno de los corpulentos hombres de uniforme, colocó una gasa en la boca de Sarah. Esta comenzó a gritar asustada, pues desconocía que trataban de hacerle, hasta que en pocos segundos comenzó a dejar de emitir sonido, terminando por desplomarse en los brazos de aquel hombre.

—¿Qué le has hecho? ¿¿¿Qué has hecho?? —gritaba David con altas dosis de cólera.

No podía creer que fuera cierto lo que estaba ocurriendo. Otra vez parecían haber vuelto al punto de partida. Habían dejado inconsciente a Sarah, justo minutos después de conseguir salvarla. Ahora otra vez no sabía que irían a hacer con ellos. ¿Se tratarían de miembros de la “SAHFA”?

—Si buscáis el libro os aseguro que no sé donde está. ¡Lo juro! Las pistas no decían nada del manuscrito —trataba de convencerles David para que les dejaran tranquilos.

De pronto notó sobre su boca y nariz, un tacto áspero y arrugado. Comenzó a sentir un intenso olor a alcohol, que resultaba extrañamente agradable. Tras ver lo que habían hecho con Sarah, tenía claro que aquel trapo estaba empapado con cloroformo. Apenas unos pocos segundos de su potente olor, bastaron para que sus pensamientos se diluyeran como polvo en el aire. De nuevo volvía a pasar. Otra vez le dejaban inconsciente. Una desagradable costumbre que no podía soportar.

«...»

Una mezcla de olores con matices a deposiciones, provocaron que su sistema nervioso respondiera con actos reflejos incontrolados. De forma progresiva, sus pies notaban el tacto de una superficie firme para buscar apoyo. Su espalda, un respaldo confortable en el que reposaba. Sentía sus manos libres, llevándolas hasta su rostro para tratar de eliminar los restos del intenso olor que había impregnado su olfato.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy?

Sus ojos se abrieron poco a poco, recapitulando las imágenes del último infortunio sucedido con aquellas anónimas personas en los subsuelos de la

puerta del Sol.

—¿Qué sucede? ¿Quiénes sois? ¿Qué está pasando?

La histeria se apoderaba de su raciocinio. Se encontraba en el interior de un vehículo estacionado. Sentado y desatado. Era capaz de distinguir a uno de los hombres presentes en los asientos del vehículo. Se trataba de aquel hombre uniformado que transmitía las órdenes a los otros miembros del grupo, pero desconocía la identidad del otro de mayor edad a sus ojos.

—¿Sois miembros de “SAHFA”? No sois policías. Ya os he dicho que no sé dónde está el maldito libro. Y aunque lo supiera...

—¡Tranquilo David! —le interrumpió el más veterano de los presentes—. No pertenecemos a la organización a la que te refieres, y si, somos policías, pero no de por aquí.

David se sentía confuso. No era capaz de reconocer la voz de aquel hombre, pero la tonalidad y su peculiar acento le resultaba familiar. Resultaba evidente que no era de los que escuchaba con asiduidad.

—¡Soy el Comisario Cuevas! He aterrizado hace escasos minutos.

Con su formal presentación, pudo comprender la razón que hacía resultar tan familiar aquella voz y el porqué no era capaz de otorgarle una cara conocida.

—Debo admitirle que estaba deseando conocerle —le dijo el comisario—. Es un auténtico placer poder vernos al fin.

Los momentos más aciagos de su vida, los había vivido desde la distancia con aquel desconocido hombre que residía al otro lado de la línea telefónica, cuyo porte jamás habría imaginado.

Su semblante a la hora de comunicarse y sus duras líneas faciales, no hacía más que verificar su agria actitud. Su perfecto afeitado junto con un frondoso cabello negro perfectamente teñido y engominado, reflejaban su imaculada presencia. A sus ojos, en un puesto de tan alta autoridad, tan imprescindible resultaba infundir respeto y sumisión como una impoluta apariencia. Nunca había presenciado su rostro, y aun así creía conocerlo como a un íntimo.

—¡Sí! Lo mismo digo —contestaba.

David se mostraba escarmentado. Era incapaz de fiarse de ningún desconocido a estas alturas. Y menos aun de alguien que le drogaba para llevarles a él y Sarah, fuera de donde estaban en contra de su voluntad.

«¡Sarah!!»

David comenzó a ponerse frenético cuando recordó que también la habían secuestrado a ella y ahora mismo desconocía su paradero.

—¿Dónde está Sarah? ¡Dime! —le espetó al comisario.

—¡Tranquilo muchacho! Está bien. Está en el coche que puedes ver justo detrás de nosotros.

David se dio la vuelta, apoyándose en los asientos de piel negra y observó a través del amplio ventanal de la furgoneta, comprobando la existencia de otro vehículo a su espalda.

—¿Cómo se qué me dices la verdad? —preguntaba él.

—¡Puede traerla! —le ordenó a su compañero más joven.

El comisario Cuevas instó a su ayudante a que fuese a recoger a Sarah, para traerla al lado de David y así este fuera capaz de mantener la compostura. El comisario solo necesitaba que supiera que sus intenciones eran las mejores, pues lo único que pretendía era obtener toda la información posible sobre lo acontecido.

—¡Enseguida vendrán! Veras David, solo quiero hablar contigo sobre todo lo sucedido con Kabil. He preferido sacarte de aquel lugar para que no estuvierais involucrados en el ojo del huracán para cuando la seguridad de tu país llegara al lugar. Cuanto menos estéis implicados, mejor será para vosotros. ¡Te lo aseguro!

—¡Pero si no podríamos estar más implicados! —le contestó al comisario Cuevas con una sonrisa cómplice al ver que Sarah se acercaba.

Sus miradas se cruzaron con un claro atisbo de relajación al ver que ambos se encontraban a salvo.

—¡David!, —les interrumpió el Comisario—. Kabil es un criminal altamente peligroso. Víctima de un trastorno obsesivo-compulsivo muy acentuado, repercutiendo notablemente en su manera de actuar. Ya ha perpetrado varios asesinatos y tú mismo has visto la crueldad de sus actos. Nunca ha poseído respeto alguno por la vida humana pues no la considera de derecho propio. Es de vital importancia encontrar el cuerpo para repatriarlo de vuelta. Hay que cerciorarse que realmente ha llegado a su fin.

—¿Por qué habla de él en presente?

El silencio era más dañino que un ambiente de histeria colectiva. David ansiaba una respuesta por parte del Comisario que nunca llegaría. Cansado, se convencería de que ya nada podía controlar.

—Comisario, —reanudaba— ya conté todo lo ocurrido en nuestra conversación telefónica. Yo lo vi caer ante mis ojos. Es imposible que pudiera sobrevivir a tales heridas.

El comisario Cuevas quedó pensativo con la respuesta de David. No le había dicho nada novedoso y aun así parecía escéptico a la hora de asimilar

dicha versión.

—¿Acaso piensa que no le digo la verdad? —dijo David.

—¡Nada de eso! —Trataba de tranquilizarle—. Conozco demasiado a ese delincuente y su descripción no corresponde a la de un hombre normal y corriente. Le he visto sobrevivir a cosas que la mayoría de los mortales no podrían. Eso es lo que me preocupa. Es lo que le convierte en especial. Por eso quiero ver el cuerpo con mis propios ojos.

—Tengo una duda Comisario. ¿Por qué todo esto? ¿Realmente quería aniquilar a tanta gente?

—La mente de Kabil es una bomba de relojería que no sabes con que fuerza puede estallar. Una equivocada concepción sobre las teorías de una ancestral cultura, aunadas con su trastorno, hizo de él un arma muy peligrosa. Estaba seguro que el mundo necesitaba un cambio y que él era el cuerpo terrenal donde los dioses habían confiado tal tarea. Simplemente era un desequilibrado con erróneas ideas en su cabeza. Pero que ha resultado muy peligroso.

—¿Solo? —replicó David.

—Tu escepticismo esta más que fundado. El momento justo de la masacre seria con la entrada del nuevo año, cuando todas las cámaras pudieran grabar lo que ocurría. Al día siguiente todo el mundo vería el acto y poco a poco la gente comenzaría a realizar especulaciones. A veces es solo necesaria una chispa para que otro provoque un incendio. Contaminar la mente de ciertas personas para provocar el caos. En este mundo encontraría multitudes con diversas apologías, dispuestas a seguirle en su cruzada del horror. Y eso es lo que pretendía.

Aunque poco plausible y más fantástica que otra cosa, la realidad de los acontecimientos había hecho a David no comportarse de manera tan escéptica. Debía comprender la disparidad del mundo y aunque en esta ocasión casi le cuesta la vida a millones de personas o incluso a la raza humana, debería encontrar la riqueza entre la diferencia. Ser consciente de que no existe luz sin oscuridad. La necesidad de contrarrestar lo que la noche te arrebatara, pero el día te obsequia. Despojar y gratificar.

—¿Y ahora que sucederá con la organización “SAHFA”? ¿Seguirá existiendo?

David parecía más preocupado por la existencia de la organización, cuyos miembros habían hecho posible toda esa cadena de infortunios que del mismo Kabil, al que tanta relevancia le ofrecía el Comisario Cuevas.

—El jefe de la “SAHFA” era un multimillonario al que llamaban “Señor King”. Fue la primera víctima de Kabil cuando estaba descansando en sus lujosas y bien aseguradas dependencias en París. King se hizo con sus servicios a la salida de prisión queriendo valerse de su perturbada mente y su ausencia de personalidad, esperando moldearlo a sus necesidades. Cuando Kabil consiguió todo lo que necesitaba de él, fue cuando se lo quitó de en medio. Quizá como venganza o solamente por placer. Con la pérdida del hombre principal de la organización, tu amigo Martin y el asesino más mortífero, la organización quedaría seriamente dañada. La gran e inesperada ventaja en este aspecto nos la proporcionó su compañero, ese tal Renee. Al acceder a los chips de los integrantes de la “SAHFA”, quedaron expuestos a ser identificados. Ahora numerosos agentes de los países en los que se encontraban los están buscando con ahínco. La organización quedará totalmente desmantelada para siempre. ¿Qué futuro espera que pueda tener?

Sarah dio un pequeño sobresalto al escuchar el último nombre. Toda una sorpresa inusitada.

—Creo haber escuchado ese nombre —dijo Sarah.

—¿Segura? —preguntó el comisario.

—Si. Cuando estaba retenida creí entender algo sobre ese nombre y el dinero que iban a conseguir cuando obtuvieran uno de los mayores tesoros. Valdría millones para un buen comprador. Pero ¿Cómo que tu amigo?

Las especulaciones de Sarah tenían un claro motivo.

Al escuchar ese nombre, lo último que llegó a pensar era lo que se le pasaba por la cabeza.

—¡Si, es el! —contestó David con frustración—. Mi amigo Martín ha sido la cabeza pensante de todo esto. Te secuestró pretendiendo que si no colaboraba con él para encontrar el manuscrito, me amenazaría con tu vida para conseguirlo. Y la verdad que lo consiguió, aunque no le salió bien gracias a Renee. El ha sido el verdadero artífice por el que estas aquí ahora.

La sorpresa de Sarah se enmascaraba como el arcoíris en una profunda niebla, tras su inmenso enojo. No podía creer que fuera cierto, que la persona en la que David depositara toda su confianza, fuera capaz de jugar con la vida de ambos por dinero.

—¡Durante tanto tiempo! —exclamaba Sarah.

—Sí. Durante tantos años... —dijo él.

—Ya todo ha acabado David. Podremos volver a nuestra vida normal —expresó Sarah tratando consolarle.

Una tenue sonrisa apareció en los labios de David, intentando creer aquellas palabras que tanto anhelaba que fueran ciertas. Pero algo recorría su mente. Una cuestión que horas atrás, era el tema más importante donde centrar toda su atención, pero que paulatinamente desapareció de sus pensamientos.

—¿Y qué pasa con el manuscrito perdido de Copérnico?

—Ese es otro enigma muy diferente —aseveró el comisario.

Como uno de los miembros más capaces dentro del cuerpo, tenía la misión de conseguir traer de vuelta tan importante monumento nacional, pero lo cierto es que no expresaba extremada preocupación en su recuperación.

—El manuscrito de Copérnico, —continuó— espero que pueda volver a Guadalajara. El lugar que durante décadas lo ha conservado. Le puedo asegurar que confío en su palabra cuando me asegura que no tiene capacidad para conocer su paradero, pero si por alguna circunstancia voluntaria o involuntaria llegara alguna información de relevancia sobre su situación, espero que nos lo haga saber. Soy consciente de su labor como experto en Astronomía y que ese libro sería una gran reliquia para conservar, pero le pediría si por alguna misteriosa circunstancia se hace con el propio manuscrito, confío en que lo devuelva a casa. ¡Claro está, después de que tenga la oportunidad de analizarlo con detenimiento! No querría privarle de tal privilegio.

Por primera vez el Comisario Cuevas se atrevía a ofrecer una de sus burlescas ironías, que fue acompañada de una sonrisa cómplice. Únicamente dedicada para aquella persona que tanto le había ayudado durante este tramo de día y que tanto peligro había superado.

—¡Cuente con ello! —le contestaba David devolviéndole una copartícipe sonrisa.

Por fin la situación se había vuelto lo suficientemente distendida como para conseguir relajar los nervios de todos los presentes. David y Sarah no separaban sus manos mientras entablaban conversación, conscientes de lo que les había costado el poder llegar hasta ese momento. Por su parte, el Comisario Cuevas y su ayudante se mantenían en un segundo plano más serio, propio de su rango, pero indudablemente más acomodado tras poner fin a la locura iniciada.

—Llega el momento de despedirnos David —le comunicaría el

Comisario mientras paraban el vehículo delante de una puerta iluminada por las farolas de la calle.

—¡Estamos en mi casa! —dijo David sorprendido—. ¿Cómo sabía que vivía aquí?

El Comisario Cuevas volvió a ofrecer una de sus mejores sonrisas ante la sorpresa de su nuevo conocido.

—¡Ha sido un placer! —dijo el comisario—. Espero tener noticias sobre el manuscrito. ¡Suerte!

Tras eso, David y Sarah abandonaron la furgoneta sin hacer más preguntas. Estaban suficientemente agotados como para seguir en una conversación que podría durar eternas horas. Solo querían olvidarse de todo y descansar por fin tranquilos.

—¡Suerte con el Manuscrito, Comisario! ¡Gracias por todo!

Sin más, el ayudante cerró la puerta y se pusieron en marcha. Alejando sus rojas luces a través de la oscuridad de la noche, terminando por desaparecer en el horizonte.

Sin demorarse, ambos se adentraron en la zona común del edificio, entrando en el ascensor que parecía esperarles con paciencia. Extrañamente, hoy tenían la sensación que aquella caja de metal subía a mayor velocidad de lo que se encontraban acostumbrados.

—¿Cómo te encuentras Sarah?

—Cansada. Muy cansada —contestaba mientras reposaba el peso de su cuerpo sobre el pecho de David.

Cuando llegaron a la planta correspondiente, se aproximaron hasta la puerta de entrada del apartamento, internándose en el mismo y ofreciendo un gran suspiro de alivio al ver todos sus muebles, la decoración y sus enseres personales.

—¡Por fin en casa!

David se acercó hasta la pequeña ventana del salón que conducía a la calle, abriéndola de par en par y observando su añorada calle. Sentía alivio por tener la fortuna de notar otra vez el aire sobre su rostro y poder ver los parques y calles que ante él se mostraban, como si nunca hubiera pasado nada. Sin ser nadie consciente de lo que podría haber ocurrido. La gente celebraba apasionadamente la entrada del nuevo año. Gritos por las calles y numerosas luces encendidas en las casas, demostraban la gran fiesta vivida.

Vio un libro tirado en el suelo, apresurándose a recogerlo. Con él en la mano, se acercó hasta su habitación.

—¿Sarah?

Al entrar pudo ver como se encontraba tirada en la cama. Dormía con una amplia sonrisa en sus labios. Quizá el efecto de tantos somníferos que aun

perduraban en su sistema, el cansancio acusado por tantos nervios o la felicidad, hacían que se encontrara tan cansada. No importaba. Decidió dejarla dormir, arropándola con cuidado.

Mientras, volvió a salir hasta la sala principal, donde se recostó en su butacón y comenzó a leer el libro que había recogido con anterioridad. Igual que el día anterior había comenzado con la misma acción, antes de que todo se torciera. Y de la misma manera que en aquella ocasión, terminaría por quedar dormido. Esta vez rememorando las palabras de Sarah con gran relajación. Un sueño bien merecido.

«¡Te querré, hasta que mi corazón se agote!»

«¡Te querré, hasta que mi...»

«¡Te querré,...»

«¡...!»

“No existe ser más fuerte
que el que muestra sus debilidades”

Epílogo

—¿Lo has hecho? —preguntó la Señora Soriente con interés.

—¡Claro madre! Sin noticias.

David y la señora Soriente se encontraban cómodamente sentados en el confortable sofá que el astrónomo adquiriera días atrás. Fue una petición expresa de Sarah, impensable el no conceder, pues según ella la casa necesitaba un toque de mayor distinción y confortabilidad para los invitados. Después de padecer unos sucesos tan peligrosos unas pocas semanas atrás, y encontrarse expuestos a una amenaza que podría haber acabado fácilmente con la vida de ambos, no tardaron en asimilar la necesidad intrínseca que residía en cada uno de sus corazones. El salvar dichas adversidades junto con el deseo de volver a encontrar sus manos unidas hacía que, ahora sí, fueran conscientes que ningún motivo por excepcional que pudiera aparentar resultaría insalvable.

La ventana que conducía al balcón se encontraba abierta, pues el sol radiaba con luminosidad abundante. La brisa era cálida y refrescante pese a ser la última semana del mes de Enero.

—¿Puedes creer que estuviera todo este tiempo en mi biblioteca? —preguntaba con asombro David—. ¡¡En el salón de mi casa...!!

—¡No lo quiero ni pensar! —contestaba la señora Soriente—. Es increíble que siguiera allí sin percartarte.

Habían transcurrido cuatro semanas desde la última vez que se asomara al borde de ese edificio, observando el Mar Mediterráneo, cuyas aguas comenzaban a mostrarse bravías. Cuatro semanas desde que sus manos absorbieron el frío de su barandilla predilecta, carente de una mano de pintura pero que siempre le mostraba la mejor visión que podían ver sus enamorados ojos. Ahora volvía al punto de partida, antes de que toda su vida se torciera sin ser capaz de preverlo lo más mínimo, deseando que todo aquello no fuera uno de sus típicos sueños y ahora se encontrara realmente disfrutando de su acogedora realidad.

—¡Hemos vuelto!

Una agradable voz se escuchó al otro lado de la sala, tras el sonido de una puerta que se cerraba a su paso. Sarah entraba en la misma con una gran maleta y una amplia sonrisa, muestra de la serenidad y jovialidad que sentía. Tras ella apareció José, su inestimable conductor durante aquellas horas tan traumáticas, portando un considerable equipaje. Ahora José no se encontraba realizando las labores por las que fue contratado por la señora Soriente. Se había convertido en uno más de los buenos amigos que habían ganado, pero su inestimable amabilidad le llevaba a querer colaborar en todo lo posible. Juntos estaban disfrutando de unas merecidas vacaciones en el apartamento costero de David en Cabo de Gata. Su querida Almería había esperado durante días con ansia su vuelta, o al menos eso le gustaba pensar. Esta vez volvería con las personas que más habían padecido tanto sufrimiento, para gozar del clima y la gracia almeriense.

—¡Bonito equipaje José! —dijo David con sorna, cuando lo vio aparecer con dos maletas de estampado de flores.

—¡Muy gracioso David! ¡Muy gracioso! —le contestaba este jocosamente a su burla.

Por el tamaño y la cantidad de las maletas, parecía que fueran a pasar varios días disfrutando de la ciudad. No en vano, David ya les había preparado una ruta por diversos lugares que se presuponían de paso obligado.

«Esperemos que nos acompañe el buen tiempo», pensaba preocupado.

Inexcusable sería la visita a diferentes calas y rincones recónditos que ofrece la costa con las que disfrutar. Tristemente no podrían gozar de un mágico baño en aquellos recónditos parajes de costa como sucedería en verano, pero al menos podrían deleitarse la vista con su majestuosidad y encanto.

—Parece que está empeorando el tiempo. El viento empieza a soplar con fuerza —advirtió la Señora Soriente.

—¿Empeorar? —contestó David—. Ahora parece que está mejorando para mí.

David se acercó a una de sus maletas que se encontraba en mitad de la sala y sacaba de ella su traje de neopreno.

—¡Creo que voy a salir un poco a disfrutar del mar!

—¡Espera David! —avisó la señora Soriente—. Creo que ha llegado la hora. Mereces saber la verdad y Renee que la cuente. Estáis presentes las personas quienes en primera persona le debéis la vida y es un buen momento para reconocer su hazaña, para que nunca quede en el olvido.

—¡Qué mística te has puesto madre! —dijo entre risas.

Los presentes en la sala se acercaban a la señora Soriente, bastante interesados por el único misterio que aun quedaba en entredicho. Muchas teorías acumuladas por ellos mismos, pero ahora descubrirían la verdad. David se sentó junto a la señora Soriente, tranquilo y expectante. Pensando en las teorías que el mismo se había formulado, algo que hacia continuamente.

—¡David! Nunca pensé que fuera precisamente yo quien te dijera esto, pero Renee era...

En aquel preciso momento, a más de nueve mil kilómetros de distancia en la ciudad de Guadalajara, el Comisario Cuevas entraba como cualquier día en las oficinas de la central de policía. Una aburrida mañana como otra le quedaba por delante en su despacho. Sin ninguna novedad que alterara lo más mínimo su candente motivación un mes atrás, pero ahogada ahora por la falta de interés en los casos.

—¡Buenos días Comisario Cuevas! —le saludaba su ayudante nada más entrar en las oficinas.

—¡Buenos! —contestó agriamente.

El ayudante del Comisario Cuevas, ya se encontraba más que acostumbrado a sus escasos saludos matutinos, pues ciertamente no era una mala costumbre la cual solo ocurriera por las mañanas. Aunque tras tanto tiempo a su lado, estaba claro que prefería al hombre distante y pasota antes que al hombre gruñón y enajenado. Mañanas como estas, eran las que firmaría como cotidianas.

—Tenemos que tratar el tema del alijo de drogas y armas que fueron halladas en...

—¡Ahora no! —le interrumpió el Comisario.

Mientras su ayudante le comunicaba los puntos a tratar, el Comisario con gran animadversión, cortaba en seco sus explicaciones. Simplemente trataba realizar su trabajo con eficiencia como cada día, aunque en ocasiones le resultase difícil...

El comisario Cuevas se iba alejando poco a poco, aunque no precisamente a su despacho. Parecía ir directamente a la puerta de salida de nuevo, como si hubiera olvidado algo, cuando su ayudante le volvió a insistir.

—Señor, disculpe que insista...

—Otra vez, ¿podrías dejarme solo? —le increpaba él.

—Señor. Hace escasos minutos ha llegado un paquete para usted. Lo he dejado encima de su mesa.

Las últimas palabras de aquel esmerado agente, hicieron que el comisario cesara enseguida de su idea por abandonar la enorme sala.

—¿Un paquete? ¿Qué paquete? —dijo muy interesado.

—¡No lo sé señor! Simplemente, especificaba que solo debía ser abierto por usted y lo he colocado en su despacho.

Como si hubiera visto un espectro o al mayor de los criminales que buscaba, el comisario Cuevas torció su gesto a la vez que volvía sobre sus pasos para acercarse a paso ligero hasta la disposición de su despacho.

En su llegada elegiría el más alejado de todos para no verse en la obligación de tener relación estrecha e innecesaria con nadie de la oficina. Una gran ventaja a diario, pero que hoy representaba un gran obstáculo para alcanzarlo con mayor rapidez.

A su paso, despertaba la atención de los extrañados agentes que en sus mesas se encontraban tranquilamente sentados. Una vez llegaron, el comisario abrió la puerta con ímpetu desproporcionada, instando a su ayudante a esperar fuera. Volvió a cerrar la puerta, observando la cara de desconcierto del joven, mientras observaba como cerraba las persianas de la cristalera, para tener total intimidad.

Ahí estaba. Un paquete. Una simple caja de cartón no más grande que una lámina de papel y con una nota perfectamente pegada en uno de los laterales. Su simple habitual color marrón y la ausencia de marcas significativas, sin contar las típicas del franqueado, hacían del mismo un auténtico enigma. Antes de abrirlo, se dispuso a observarlo con detenimiento, pues su recelo era enorme a abrir tan desconocido objeto. No sabía sobre que podría tratarse, por lo que su sistema de defensa dio paso a una fuerte desconfianza. En ocasiones aun tenía muy presente los acontecimientos vividos con Kabil y aun sus sospechas eran muy elevadas de que volviera a aparecer. Tras no ser capaz de encontrar su cuerpo, se mostraba reacio a relajar su mente pensando que ya estaría acabado, aunque lo deseaba fervientemente. Sus heridas fueron lo suficientemente importante como para eso.

Arrancó la nota, depositándola sobre su mesa sin prestarle la más mínima atención. Abrió la caja con su sumo cuidado, como quien trata una bomba de plutonio, pues realmente desconocía que podría encontrarse tras dejar a la vista su contenido. Nunca recibía obsequios de particulares y desconocía de sobremanera el destino del que procedía.

«¿Será una bomba?»

La incertidumbre se adueñaba de sus manos y del movimiento de sus dedos que se hacía extremadamente delicado y cuidadoso en el trato con aquel desconocido presente. Se hizo con un objeto cortante, que bien podría pasar por un curioso abrecartas, y comenzó a rasgar la cinta que conservaba el

paquete bien cerrado. Con gran delicadeza, fue rasgando de una punta a otra de la pequeña caja, hasta que ambas solapas quedaron totalmente desprendidas. Fue en ese momento cuando dejó sus manos libres y desprendió ambos lados de cartón, dejando ver el interior del paquete.

Una gran envoltura de papel de burbuja, enroscaba lo que se escondiera bajo su protección. Extremadamente delicado debería ser lo que se escondiera para tomar tantas precauciones.

—¡Qué demonios!

El comisario Cuevas bajaba su mirada hacia la nota que había dejado caer sobre la mesa y se dispuso a leerla con avidez, pensando en porque no lo habría hecho antes.

El honor de una persona se refleja en la virtud de sus palabras. La bondad de sus actos lo convertirá en dichoso y su capacidad de perdón, le redimirá de sus pecados.

¡La lumière est un trésor qui guide ceux qui ne voient pas!
“Todo debe volver a su hogar”.

David Soriente

—¡Será posible...!

La sorpresa del comisario estaba más que justificada. Tras leer la nota no reparó en tiempo para disponerse a abrir el paquete. Comenzó a rasgar todo el envoltorio, hasta que quedó en sus manos un objeto cuadrangular envuelto en un suave pañuelo de seda. Deseaba encontrar lo que pensaba, pero no tenía claro que ese fuera el presente que David le mandaba de tan rudimentaria forma desde tan lejos.

Cuando empezó a desenvolver aquel delicado pañuelo, su contenido se dejó ver por completo. Su aparición fue de gran notoriedad, desencadenando el consecuente alivio que el comisario experimentó.

«De Revolutionibus Orbium Coelestium»

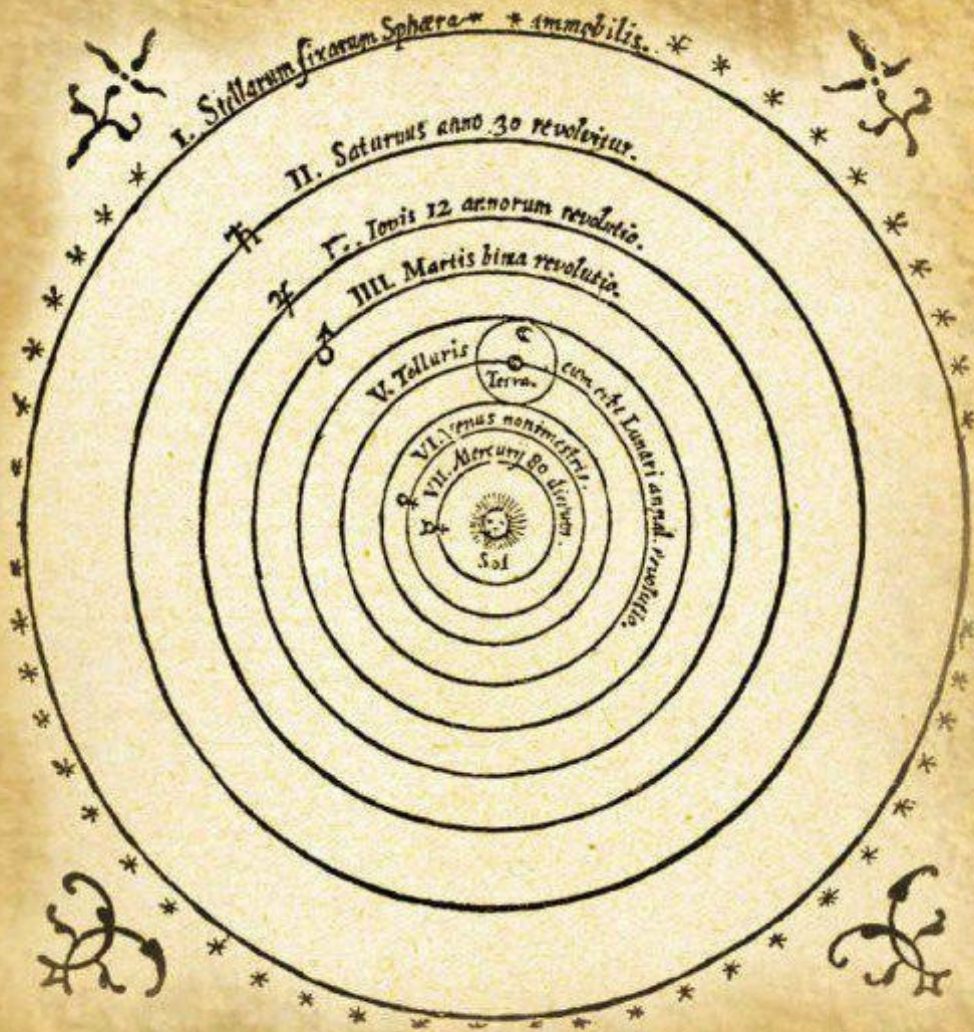
—¡Por fin en casa!



Pablo Rola (Almería, 1985) Diplomado en Magisterio y Licenciado en Psicopedagogía por la Universidad de Almería, compagina su labor como profesor con su afición literaria.

El secreto de Copérnico es su primera novela, en la que ha mostrado plena dedicación y un exhaustivo trabajo de investigación.

EL SECRETO DE COPÉRNICO



PABLO ROLA



Lectulandia